marcelino legido

misericordia entrañable

historia de la salvación anunciada a los pobres

ediciones sígueme

Todavía en los pequeños pueblos de Castilla se tiran tomillos a la calle por donde ha de pasar la procesión del Cuerpo del Señor. La gente sencilla siente hondamente que el Señor pasa, a la cabeza de su pueblo, por aquella tierra. Y como no tienen ni saben otra cosa le aclaman con unos puñados de tomillos traídos del campo. Esta sencilla parábola expresa el sentido de estas páginas de teología apostólica, donde se pretende cantar la misericordia entrañable del Señor, para anunciarla a todos los hombres, empezando por los más pequeños.

EDICIONES SIGUEME

misericordia entrañable

NUEVA ALIANZA 98

Otras obras de M. Legido
publicadas por Ediciones Sígueme:

- *De dos en dos* (NA, 76), 2.ª ed.
- *Fraternidad en el mundo* (BEB, 34), 2.ª ed.
- *Evangelio a los pobres,* I (Pedal, 189)
- *Evangelio a los pobres,* II (Pedal, 190)

marcelino legido

misericordia entrañable

historia de la salvación anunciada a los pobres

SEGUNDA EDICIÓN

ediciones sígueme - salamanca 1987

© Ediciones Sígueme, S.A., 1986
Apartado 332 - 37080 Salamanca (España)
ISBN: 84-301-1012-7
Depósito legal: S. 570-1987
Printed in Spain
Imprime: Gráficas Ortega, S.A.
Polígono El Montalvo - Salamanca, 1987

CONTENIDO

Aclamación 9

1. Se llenaron de alegría al ver al Señor 15
2. Nos eligió antes de la creación del mundo 35
3. Una casa para la familia de los hombres 44
4. La fraternidad rota 63
5. La misericordia entrañable 85
6. El paso de la esclavitud a la libertad 107
7. La hondura del camino de entrada 136
8. Los pasos del destierro 166
9. La entrada del retorno 193
10. La tierra encadenada 220
11. Las luchas por la liberación 241
12. La última hondura de la esclavitud y de la enemistad 264
13. La aparición de la gracia 299
14. El camino de la gracia 324
15. La pascua de la gracia 354
16. La Iglesia de la comunión 380
17. La Iglesia de la liberación 406
18. La fraternidad para la consumación 433

En torno a la mesa del Señor 461
Nota bibliográfica 469
Indice general 483

CONTENIDO

Advertencia 9

1. Se llenaron de alegría al ver al Señor 15
2. Nos eligió antes de la creación del mundo 35
3. Una casa para la familia de los hombres 44
4. La fraternidad rota 63
5. La misericordia entrañable 85
6. El paso de la esclavitud a la libertad 107
7. La hondura del camino de entrada 136
8. Los pasos del destierro 166
9. La entrada del retorno 193
10. La tierra encadenada 220
11. Las luchas por la liberación 241
12. La última hondura de la esclavitud y de la enemistad 264
13. La aparición de la gracia 299
14. El camino de la gracia 324
15. La pascua de la gracia 354
16. La Iglesia de la comunión 380
17. La Iglesia de la liberación 406
18. La fraternidad para la consumación 433

En torno a la mesa del Señor 461
Nota bibliográfica 469
Índice general 483

© Ediciones Sígueme, S.A., 1986

Apartado 332 - 37080 Salamanca (España)
ISBN: 84-301-1012-7
Depósito legal: S. 570-1987
Printed in Spain
Imprime: Gráficas Ortega, S.A.
Polígono El Montalvo - Salamanca, 1987

ACLAMACION

Todavía en los pequeños pueblos de Castilla se tiran tomillos a la calle por donde ha de pasar la procesión del Cuerpo del Señor. La gente sencilla siente hondamente que el Señor pasa, a la cabeza de su pueblo, por aquella tierra. Y como no tienen ni saben otra cosa le aclaman con unos puñados de tomillos traídos del campo. Esta sencilla parábola expresa el sentido de estos papeles de teología apostólica, donde se pretende cantar la misericordia entrañable del Señor, para anunciarla a todos los hombres, empezando por los pobres.

¿Por qué unos puñados de tomillos al paso del Señor? Es un día grande. Pasa el Señor, pasa por esta tierra, pasa por este pueblo. Pasa delante de nuestra casa, ante nuestros ojos. Pasa a la cabeza de su Iglesia. El delante. Y todos detrás, en marcha, sobre sus mismas huellas. Viene de más atrás y camina más hacia adelante. Va hacia la tierra nueva y los cielos nuevos, donde habita la justicia y él mismo seca las lágrimas de todos los ojos. ¿Qué hacer en su paso? Los pobres no disponen más que de un puñado de tomillos. Su casa no tiene balcones para engalanarlos. Tampoco disponen de una mesa grande, para poner un altar a su puerta. Ni siquiera se creen dignos de ellos. ¿No habrá otras puertas, en donde se oigan más aún los gritos por su espera y donde el Señor quiera entrar? No pueden por tanto detenerle. Irán al campo. Al lugar de su trabajo, a los caminos por donde cada día lloran y cantan. Es primavera. Y como por un milagro las cunetas se han llenado de tomillos. Pueden traer un saco lleno. Que vayan los chavales mismos a traerlos. ¿Quién podría cortarlos mejor? ¿Quién podría disfrutar más en la aventura?

Al amanecer los tirarán en la calle. A lo mejor otros amigos ya no los tiran. Hace años que muchos dejaron de tirarlos. Pero ellos los tirarán. Molestan tan poco unos tomillos y huelen tan bien. Pero alfombrarán también las otras puertas. Son de unos ancianos que no pudieron ir hasta el campo. Tenían el corazón a punto, pero estaban ya muy cansados de caminar. Y ¿qué buscaban con los tomillos? Casi

nada y era todo. Los tomillos eran sólo una sonrisa al paso del Señor. ¿Cómo podría expresar la alegría inmensa de que el Señor los alcanzaba y los pasaba adelante y los tomaba de la mano en la marcha? Pero tampoco pretenderían ponerse sin más a su lado. Sería muy atrevido. De momento al pasar sólo se pondrían de rodillas rostro a tierra. Porque la sonrisa es una alabanza, una aclamación. Seguro que la gente al pasar se sonreirá también con ellos y cantará todavía con más alegría al Señor. Unos tomillos a su paso no pretenden otra cosa. Una voz que habla en el silencio: «Es el Señor». Una voz que desaparece, para que sólo él sea contemplado, amado y seguido.

Hoy es la Pascua, el Paso del Señor. Pasa como brisa, como fuego ardiente. Ha terminado la modernidad en una tierra ensangrentada. Y ahora salimos de nuevo hacia el éxodo. No se pone él a la cabeza porque sea de noche. Es de noche porque él se ha puesto a la cabeza. Noche de pascua, noche en los levantes de la aurora. Noche en que se une el cielo con la tierra. La noche iluminada por el gozo. El Señor a la cabeza del universo en la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo lleva todo a plenitud. Algo así como una inmensa procesión de Corpus Christi. El a la cabeza. Con las marcas de la cruz en su cuerpo inmolado, en el que se ha entrañado a su Iglesia y a su creación. Por eso su paso es el paso de su Cuerpo, el paso de la Iglesia peregrina, en cuyo rostro se refleja él mismo, luz de las gentes, fermento del mundo, gloria y plenitud de la historia.

Nosotros estamos en un pueblo pequeño y en una tierra marginada. Los márgenes de Europa y de Castilla. En un rincón que empalma por abajo con Extremadura y con Andalucía y por arriba con Galicia. Linde por medio con Portugal, balcón al tercer mundo, desde donde divisamos la procesión que avanza. Hoy, en el nuevo Pentecostés, el Señor ha iniciado la marcha desde el Sur. El Norte, con sus bloques nivelados, ha despojado a muerte a aquellos pobres y él para liberar y reunir a todos ha empezado desde abajo, desde más abajo de los últimos. Es verdad que nosotros sentimos la alegría de que nos haya llamado de entre sus hermanos pequeños. Esta tierra también es Galilea, porque él la recorre. Pero hoy viene de más lejos y va más hacia adelante. A la cabeza de su Iglesia, rodeado de sus pobres inicia una época nueva de la historia, todavía no sospechada. Es un nuevo paso que nos aproxima a la tierra de la herencia, la tierra de los vivos, donde el Padre sea todo en todas las cosas. En su marcha acogerá a todos, de todos los pueblos, razas y naciones. Sólo los que no quieran acogerle se quedarán en la tierra calcinada. ¿No podríamos nosotros ser anatema por ellos?

Pero no podemos ocultar la alegría desbordante que invade nuestra pequeña tienda de campaña. Al intentar ponerla de su mano en la dirección del viento recio y del fuego que avanza, nos hemos visto

invadidos por la esperanza y por el gozo. Pasa el Señor. Viene del Sur, a la cabeza de su Iglesia, llevando a los pobres de su mano. Pasa arrancando las cadenas y derribando los muros. Pasa también por esta tierra, ante nuestra tienda, ante nuestros mismos ojos. ¿Qué podemos hacer? Como somos pequeños, iremos a por un puñado de tomillos. Por los caminos por donde esta Iglesia del Señor peregrina en la frontera salmantina de Portugal. El camino ha estado sembrado de maravillas. Ha sido un camino de salida. Primero creíamos que era de Egipto y luego nos hemos dado cuenta de que de donde nos quería sacar el Señor era de Babilonia. Ha sido un milagro de su mano poderosa. Después de la crisis de Galilea, sólo quedaron un puñado pequeño de discípulos, con el deseo ardiente de pisar sobre sus huellas. Tan amados, porque el Señor se compadeció de ellos. De lo contrario se habrían marchado también en la noche.

Extraños náufragos, errantes por este nuevo sequedal del desierto. Más adelante, decía el Señor. Más allá de donde nos atrevíamos a pedir y a sospechar. Entonces decidimos sentarnos en la tienda de campaña, a partir el pan y la copa. De la morada al camino y del camino a la morada. El pan y la copa, punto de arranque y término. Memoria de la pascua, anticipo de la tierra futura, aliento en la pascua de hoy. Tuvimos que abrir las Escrituras. El las explicaba en el camino y en la fracción del pan. Necesitábamos escuchar las grandes travesías, las salidas y las entradas, cuando él pasaba a la cabeza de su pueblo y de su tierra. Y allí, mientras cenábamos le escuchábamos a él. Bajo el resplandor de su rostro, acogidos a las sombras de sus manos inmensas. Sus brazos abiertos y sus manos extendidas eran como el largo camino de su misericordia, desde el Génesis al Apocalipsis, centrado en la travesía de su pascua, que veíamos en el costado abierto, de donde manaba hasta la mesa el agua con la sangre, plenitud de la alianza nueva. Allí aprendimos a comprender la historia santa como la historia de la misericordia entrañable que se había desentrañado, la historia de su liberación para su reconciliación. Gracia regalada a la gracia.

Algunos hermanos traían a la mesa la vida, las huellas que el Señor había hecho en su compañía cuando anunciaban el evangelio, servían a los pobres y trabajaban por la justicia. Eran hechos que hablaban. Hechos suyos en nosotros. Otros hermanos ponían en la mesa las palabras de otros hermanos muy queridos que en otra parte de España y de Europa, desde su trabajo universitario, vivían y morían por descifrar la palabra en la mesa de las iglesias. Los más jóvenes, hijos de los pobres, que tenían en la fraternidad su puesto preferido al lado de los últimos, venían con preguntas de su búsqueda apasionada y con la adivinanza de sendas nuevas que todavía no habíamos estrenado. Y aquella mesa y aquel camino se nos agranda-

ban de día en día. Al partir el pan y la copa nos sentíamos en el corazón de la Iglesia y del mundo. Y parecía que los cielos y la tierra, los continentes y los pueblos se habían hecho huéspedes de nuestra mesa, y entrañas de nuestro ser. Era el milagro de la Iglesia una santa católica y apostólica, que allí sucedía, en aquella mesa del cuerpo del Señor, servida por sus apóstoles. Mesa desde donde amanecía cada mañana para el nuevo éxodo, que todavía no habíamos empezado, pero que era la añoranza ardiente de nuestro corazón y el tema incesante de nuestros cantos.

Así año tras año, ya bastantes, fueron escribiéndose en común estos papeles de teología apostólica. Fue primero Benito, el obrero llamado a ser sacerdote entre los pobres, el que nos ayudó a pasar por escrito los primeros apuntes de la historia santa. Cada tarde al venir del trabajo, paso por paso, en el largo camino de las maravillas del Señor. Con la mirada puesta en los pobres, con la sospecha de que cualquier día los papeles serían pan partido en su mesa. ¿No nos había encargado a nosotros el Señor su tarea de anunciar el evangelio a los pobres, la liberación a los oprimidos, y a los afligidos el consuelo? Después, cuando el hermano entrañable atravesó la pascua, perdida su vida por ellos, algunos sacerdotes de esta tierra, que trabajaban en la iglesia del Señor en Salamanca y Ciudad Rodrigo, pasaron a limpio las notas y las dibujaron y las completaron. Eran papeles para la evangelización de los campesinos que muchos días, en muchos pueblos, se iban comentando y corrigiendo. El trabajo exegético era sólo una teología hecha en camino, entre la adoración y el anuncio. Traducir la exégesis reciente del antiguo y del nuevo testamento, era sencillamente ayudar desde abajo a partir el pan de la palabra en la mesa, para avanzar en el nuevo éxodo a donde el Señor nos convocaba.

Ahora al avanzar el mismo Señor, desde el hemisferio Sur en esta inmensa procesión de su cuerpo, hemos querido poner estos papeles, como un puñado de tomillos para aclamar su paso. La alegría inmensa del nuevo Pentecostés de la Iglesia, encendido por el Señor para el nuevo paso de la aventura humana, hace que queramos aclamar de rodillas, rostro a tierra, su paso admirable. No quisiéramos que se detuviera en nuestra puerta. Viene de lejos y marchará más hacia adelante. Nosotros somos sólo una insignificante tienda de campaña, en su Iglesia amada y bendecida. Pero el pequeño trozo de pan, las canciones, los apuntes del camino queremos ofrecerlos como una sencilla aclamación. Son evangelio anunciado a los pobres, en situación histórica, avanzando de la mesa al camino, y del camino a la última mesa. Seguro que otras canciones necesitarán cantarse en la peregrinación, canciones que completarán y corregirán las nuevas.

El pequeño puñado de tomillos era sólo una sonrisa, como aclamación al Señor que pasa. Así quisiéramos que nuestros papeles se resumieran en la apasionada y sencilla confesión del pequeño discípulo en el amanecer de la pascua. «Es el Señor». Que aparezca el rostro amable de Jesucristo en su Iglesia santa. Y que todos los hombres, y en especial los pobres, los últimos de los pobres, los del tercer mundo y los del cuarto, que se diseña ya entre nosotros, se sientan amados del Señor para hacer camino con él en su Iglesia hacia la nueva historia que él abre en la fuerza de su Espíritu para bienaventuranza de todos los hombres. Aclamarle en este nuevo éxodo. Aclamarle al despuntar la aurora. ¿Qué pueden ser los papeles de las tiendas de campaña de los apóstoles, sino un pequeño resplandor que anuncia el día, deja pasar el sol y desaparece? Nuestra única aclamación es un grito de alabanza y de espera: ¡Jesús Cristo es el Señor para gloria de Dios Padre!: *¡Marana tha.* Ven, Señor, no tardes ya! Noche Santa de la Pascua del Señor '86.

Marcelino Legido

Peralejos de Arriba. Salamanca

1

Se llenaron de alegría al ver al Señor

Estamos en el claroscuro del amanecer. Tanto la luz como la sombra aparecen desde el día que avanza. Por eso necesitamos fijar nuestra mirada en Cristo, el crucificado Señor de la gloria, que es la luz, que abre la claridad del día. Que el Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, nos conceda el Espíritu de sabiduría y revelación, para llegar a conocerle perfectamente a él; que ilumine los ojos de nuestro corazón para que conozcamos la herencia, a la que hemos sido predestinados por él, la esperanza a la que hemos sido llamados por él. Así, iluminados nuestros ojos, conoceremos la soberana grandeza de su poder para con nosotros, que es la energía de su fuerza poderosa, que ejerció en Cristo, su Hijo, al resucitarle de entre los muertos y sentarle a su derecha por encima de todo poder en el cielo y en la tierra, en este mundo y en el que está por venir. Todo lo puso bajo sus pies y le dio como cabeza sobre todo, a la iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lleva a plenitud todo en todo (Ef 1, 17-23).

1. *Les mostró las manos y el costado*

En el claroscuro del amanecer, escuchamos la buena noticia de su resurrección. La voz que se oye es la de los apóstoles, testigos vigilantes, que anuncian con palabra poderosa al Señor resucitado, el Hijo del amor que existía desde el principio, y que ahora han visto con sus ojos y han contemplado y palpado con sus manos (1 Jn 1, 1). «Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que vuestra alegría llegue a plenitud» (1 Jn 1, 3-4).

«Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: paz a vosotros. Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús les dijo otra vez: paz a vosotros. Como el Padre me envió, también os envío yo a vosotros». Dicho esto, alentó sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20, 19-23).

Juan nos anuncia el evangelio de la aparición de la gracia. Jesús, hecha ya la travesía de su pascua, viene ahora al encuentro de los suyos en medio del mundo, para liberarlos, y reunirlos en el amor de su Espíritu, enviándolos de nuevo al mundo a continuar la misión, que él mismo había recibido del Padre.

Las cadenas de la esclavitud

«Estando cerradas las puertas, donde estaban los discípulos, por miedo a los judíos» (Jn 20, 19). Estaban en una tierra de sombras y de cadenas. Tenían miedo. Al recorrer los caminos junto a Jesús y sobre todo al verle traicionado, maltratado y crucificado, se dieron cuenta de que el mundo estaba dominado por los que tienen en sus manos el dinero, el poder y la cultura. El pueblo para salir adelante se somete a los intereses de los poderosos. Por eso todos juntos cercaron y dieron muerte al Jesús, que ellos amaban y seguían, pensando que era el Mesías libertador. Las sombras y las cadenas de fuera les parecían más fuertes que nunca. Habían hecho fracasar a aquel hombre que sembraba la libertad y el amor por los caminos del mundo. No es extraño que se metieran en casa y cerraran la puerta, acobardados. Tenían miedo a los dirigentes judíos. El mundo en que estaban era para ellos amenazador (Lc 24, 37-38). Corría peligro ya no sólo su puesto, sino hasta su misma vida.

Encerrados en casa se dieron cuenta, además, de que las sombras y las cadenas procedían también de dentro de ellos mismos. Se sentían fracasados y desilusionados. Había fracasado Jesús, su esperanza. Ellos esperaban a su lado el poder situarse y triunfar en la vida. Es cierto que la oferta de la gracia de su amor, les había arrastrado. Pero también ellos habían querido aprovecharse de la gracia para los intereses de su esperanza. Y a medida que iban recorriendo las últimas etapas del camino y, sobre todo, cuando llegó el trance final, sintieron el más hondo de los fracasos. No encontraron en Jesús lo que ellos esperaban. Parecía incluso que hasta lo que buscaba él, la pura gracia del amor, había fracasado en el rechazo de los hombres y

en el abandono del Padre. De todas formas, al verle abandonado y fracasado, sintieron que ellos le habían traicionado. Efectivamente habían roto con su amor y habían cedido ante los dirigentes judíos. Huida y hasta traición. Con tal de no perder la vida, lo que hiciera falta. La tiniebla y la esclavitud suya, la que les nacía de dentro, empalmaba estrechamente con la tiniebla y la esclavitud del mundo, que desde fuera los envolvía.

Estaban en la tierra de los esclavos, vencidos por el miedo (cf. Ex 14, 10). Los poderosos habían enterrado la sangre derramada, para ocultar definitivamente sus crímenes. Aquella tierra era como la de Egipto. Los discípulos se habían escondido, cerrando la puerta para escapar de la muerte. Estaban mortalmente acosados. Pero el Señor vendrá de noche a sacarlos de la opresión (cf. Ex 12, 42; Dt 16, 1). Hay entablada una lucha a vida o a muerte. Parece que las cadenas de dentro y las de fuera han acabado de ahogar la libertad, incluso aquella que estrenó el Maestro; parece que el odio de dentro y de fuera han acabado de anular el amor, incluso aquel que inauguró el Señor. Esto ha sido una lucha en los cimientos. El escenario no es sólo lo que se ve por fuera en la historia de los hombres, sino lo que sucede por dentro, en la ultimidad de las raíces. Las cadenas y las sombras, son más fuertes que las que se sentían en la esclavitud y en el destierro, son aquellas cadenas y sombras de los cimientos, que rompieron y ensangrentaron la tierra en la primera hora de la creación (cf. Mt 4, 16; Lc 1, 79 a).

Ha aparecido la gracia de la liberación

«Ya anochecido, aquel día primero de la semana llegó Jesús y se puso en pie en el medio y les dijo: paz a vosotros. Y dicho esto les mostró las manos y el costado» (Jn 20, 19-20). Era la hora de cenar. Y se presentó él, el mismo que les había llamado, el mismo que les había acompañado por los caminos, el mismo a quien habían visto condenado, maltratado y colgado del madero. El mismo, vivo ahora, estaba en medio de ellos, en el centro de la mesa, con los brazos extendidos y las manos abiertas, marcadas por las marcas de la cruz. Ellos, conmovidos por la alegría, se pusieron a contemplar aquel rostro y aquellas manos en los que amanecía la luz. «Vimos romper el día sobre tu hermoso rostro y al sol abrirse paso por tu frente».

El era la aparición misma de la gracia, la re-velación de la misericordia entrañable (Jn 1, 14.17). Entre sus manos aparecían las del Padre. El Padre le amó y lo puso todo en sus manos (Jn 3, 35), para que reuniera a todos sus hijos dispersos por el mundo, en la unidad de su Amor, en torno a la mesa de su reino. Pero este don de la

misericordia, le llevó al exceso de la entrega que es la muerte. «Habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1). Por eso la pura gracia, la absoluta misericordia, el amor incondicional e inquebrantable hizo la travesía de la muerte. En la total renuncia al poder, se entregó a sí mismo, consumando su entrega (Jn 19, 30) y desvelando las entrañas del amor misericordioso del Padre (Jn 19, 34). Pero la muerte es el exceso del amor, una bajada que en realidad es una entronización (Jn 19, 14.19), un fracaso que en realidad es una victoria (Jn 20, 8s. 17s). Al verle vivo en medio de ellos apareció ante sus ojos la gracia entera del Padre, la misericordia de su amor en toda su fuerza y plenitud.

El hombre levantado en el madero, en el exceso del amor, se desvelaba ahora en lo que era, el Hijo entregado del Padre, para la plenitud de vida del mundo (Jn 3, 16). El Padre le entregó, para que él mismo se entregara gratuitamente (Jn 10, 18). Ahora tenían ante sus ojos los signos de su amor: las llagas en las manos y el costado abierto. «Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua» (Jn 19, 34). Eran los signos del amor de su Espíritu, que él mismo entregó, cuando colgado del madero llegó al extremo de la entrega (Jn 19, 30). «Pues son tres los que dan testimonio: el Espíritu, el agua y la sangre» (1 Jn 5, 7s). Al enseñarles las manos y el costado, allí junto a la mesa, a la hora de cenar, aparece Jesús ante sus ojos como el Hijo amado, entregado como siervo obediente, entronizado ahora, el cordero de Dios, el cordero sacrificado en esta pascua nueva y última (Jn 19, 36; 1, 36). Su sangre es el Amor entregado que les arranca las cadenas (liberación), para hacerles hermanos en torno a la mesa común (comunión).

La pascua de la humanidad

El Padre, a través de sus manos traspasadas, en las que arde el Espíritu, les abraza ahora, haciéndolos hijos en el Hijo amado y entregado, para que fueran una familia de hermanos. «Paz a vosotros. Dicho esto, alentó y les dijo: Recibid el Espíritu santo» (Jn 20, 22). Ahora es cuando en la pequeña fraternidad, los hermanos alentados con el mismo amor, con que el Padre amó al Hijo querido (Jn 17, 26), nacían de nuevo (Jn 3, 3.5.7), nacían del Padre (Jn 1, 12), al acoger la gracia de su misericordia entrañable y fiel, la plenitud del Amor del Hijo enviado, entregado y entronizado, que se derramaba sobre ellos (Jn 1, 14. 16). Los hermanos quedan así incorporados a Jesús, en la pascua de su amor. En su travesía él apareció como el Hombre (Jn 19, 5), el Hombre de la plenitud, el Hijo y el Hermano, que desveló el misterio del Padre y el misterio de la humanidad. El Espíritu que

alentaba en sus entrañas ha pasado a su fraternidad. Así los hombres fueron arrancados de la tierra de las sombras y de las cadenas, para llegar a ser humanidad nueva, familia de hijos y hermanos.

La pascua es el éxodo de la humanidad. Exodo es al tiempo una salida y una entrada. De la esclavitud a la libertad, de la enemistad se pasa a la comunión. En el mismo aliento del Espíritu. No es que la humanidad empezara ahora a ser humanidad, pero la gracia primera de su humanidad, quedaba liberada y plenificada en la gracia de la nueva humanidad (Gén 2, 7; Jn 20, 21-22). Los hombres empiezan a ser hijos y por ser hijos, a ser hermanos. Así la humanidad misma se libera, y se transciende convirtiéndose en la familia, que el Padre reúne, por manos de su Hijo, con el amor del Espíritu.

La pascua del universo

Pero el encuentro de la pascua, junto a la mesa, se convierte de don en misión. Los hermanos han recibido el don de la liberación de las cadenas para la comunión del amor. Ahora han de irradiarlo al mundo. «Os he destinado para que vayáis» (Jn 15, 16). «Como tú me has enviado al mundo, yo también les he enviado al mundo» (Jn 17, 18). «Como el Padre me envió, también yo os envío» (Jn 20, 21). El aliento del Espíritu que les arrancó las cadenas y les reunió en la fraternidad, no es para que queden en casa, con las puertas cerradas, sino para que salgan con la misión de su paz a recorrer los caminos del mundo, el escenario dominado por los poderes del pecado, de la opresión y la enemistad. De esta manera la liberación para la comunión se convierte en misión. Hay que arrancar las cadenas del pecado, que oprimen y enfrentan a todos los hombres y a todo el mundo. Habrá que arrancarlas de raíz con la misericordia del perdón, que acoge a los pecadores y les perdona, arrancando así en sus cimientos todas las demás esclavitudes, que proceden del pecado (Jn 8, 34.36). Las cadenas se están rompiendo. Las sombras se están iluminando. Amanece. La pascua del Señor es su liberación para su paz, la reconciliación en la unidad de su fraternidad. Los hermanos y discípulos de Jesús habrán de ser uno, en la unidad del Amor, para que el mundo crea en el Padre y en su enviado, el Hijo único, de modo que la humanidad dispersa en el mundo dividido, pueda incorporarse a la comunión de su Amor en una vida, que no terminará jamás (Jn 15, 9; 17, 23). La pascua del Señor no sólo ha sido el éxodo de la humanidad hacia la humanidad nueva, sino que por medio de la humanidad nueva es el éxodo de la creación hacia la nueva creación. Si la primera creación quedó ultimada en el primer éxodo, donde se atestiguó la alianza, la primera creación queda liberada y llevada a plenitud en la nueva creación del nuevo éxodo en la nueva alianza.

El anticipo del reino

El encuentro de la mañana de la resurrección es la aparición de la gracia de la liberación y de la comunión en toda su anchura. En las manos abiertas del Resucitado, entronizado al atravesar el madero, ha aparecido el amor entrañable y fiel del Padre, reuniendo a la mesa a sus hijos, en torno a su Hijo querido. Este Hijo primogénito que estaba junto a él desde siempre, después de haber puesto su tienda entre nosotros y haber recorrido los caminos de la tierra, fue levantado en el madero por el poder de este mundo. Pero en la travesía de su pascua hace amanecer la gracia nueva última, que es él mismo en la plenitud de su Amor. Ahora está sentado a la mesa, para avanzar delante de los suyos cambiando el rostro de este mundo de esclavitud y de división, haciéndolo pasar de la tierra del destierro, a la tierra prometida. En esta tierra de la herencia, el amor misericordioso del Padre, aparecido entre sus manos, transfigurará el mundo que acepte ser amado tan excesivamente y se entregue a este amor para la definitiva liberación de la consumada comunión. Entonces aparecerá la mesa grande y compartida. La pascua se convierte así en la aparición anticipada del reino. «Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor» (Jn 20, 20).

2. *La alegría de ver su rostro*

También nosotros vivimos la misma alegría del amanecer de la resurrección. El mismo Señor vive en medio de nosotros, va delante de nosotros. Es todavía de noche. Y el fuego empezó a arder entre las cenizas. El mundo estaba dominado por las sombras. Era el señorío de las tinieblas. Pero en la hoguera, que empezaba a arder, arrojamos nuestras cadenas. Era una señal. Arrojamos la propaganda de los bancos, los sacos del pienso de los animales, las fotonovelas que estaban repartidas por las casas y hasta botellas vacías de vino. Era una señal. Nosotros somos un pueblo de campesinos marginados y explotados, que consienten a gusto la explotación. El montaje de la sociedad de consumo, en manos del capital multinacional margina, explota y oprime al mundo de los pobres, a este mundo campesino nuestro, tirado en la cuneta, explotado, dividido y adormecido, cerrado también por su parte al amor y a la lucha, mientras la sangre mancha la tierra. Esas cadenas, que arrojamos al fuego, son las cadenas de dentro y las de fuera, las que nos imponen y las que nosotros mismos forjamos, las que articulan el montaje opresor del mundo, y las que brotan de nuestras mismas entrañas. Pero Jesús, el Cristo, nos amó hasta la muerte para darnos la vida. Ha vencido la

gracia del Señor. En la noche de la muerte, de las cenizas del fracaso, el Padre abrazó a su Hijo querido, el Siervo entregado, y con la fuerza de su Amor lo resucitó de entre los muertos, le sentó a su derecha y le puso a la cabeza nuestra. Sus llagas abiertas y gloriosas empezaron a arder con el fuego del Espíritu.

«Luz de Cristo»

Se encendió el fuego sin fin, en medio de nosotros. En el largo cirio, que los más pobres habían traído, trazamos los trazos de la cruz y las señales de las llagas. «CRISTO, AYER Y HOY, PRINCIPIO Y FIN, ALFA Y OMEGA, SUYO ES EL TIEMPO Y LA ETERNIDAD. A EL LA GLORIA Y EL PODER POR LOS SIGLOS DE LOS SIGLOS». Y la luz de Cristo que resucitó glorioso empezó a disipar las sombras de nuestros corazones. Poco a poco nos íbamos todos prendiendo en la luz. «Luz de Cristo. Demos gracias a Dios». «¡Oh luz gozosa de la santa gloria, del Padre celeste e inmortal! ¡Santo y feliz Jesucristo!». Así en la noche se levantaba el amanecer con la «admirable claridad de esta luz santa», la noche que se iluminaba como el día, la noche iluminada por el que era nuestro gozo. Envueltos en aquel resplandor empezamos a ver. En aquella luz veíamos la luz. De pronto nos vimos reunidos como una familia, alrededor de una mesa, bajo el techo de la casa común.

A nuestros labios afloraba la alabanza. «Eres la luz y siembras claridades. Abres los anchos cielos, que sostiene como columna el brazo de tu Padre. Arrebatada en rojos torbellinos el alba apaga estrellas lejanísimas; la tierra se estremece de rocío. Mientras la noche cede y se disuelve, la estrella de la mañana, Cristo el Señor, levanta el nuevo día y lo establece. Eres la luz, total día del día». Al vernos así envueltos en la luz, prorrumpimos todos a cantar.

«Esta es la noche, en que rotas las cadenas de la muerte, Cristo asciende victorioso del sepulcro». «¡Qué noche tan dichosa! Sólo ella conoció el momento en que Cristo resucitó de entre los muertos», Cristo el Señor, «que al salir del sepulcro brilla sereno para el linaje humano y vive y reina glorioso por los siglos de los siglos». Padre, «él hizo amanecer en tu presencia y enalteció la aurora, cuando no estaba el hombre sobre el mundo para poder cantarla. El es la luz profunda, el soplo vivo que hace posible el mundo y anima en nuestros labios jubilosos el himno que cantamos. He aquí la nueva luz que asciende y busca su cuerpo misterioso. He aquí en el ancho sol de la mañana el signo de su gloria». Por eso al verle a él, a la cabeza de la familia de la iglesia y del hogar del universo, les invitábamos también a ellos a cantar, asociándonos nosotros a su canto. «Que salten de gozo por fin

los coros de los ángeles, que salten de gozo las jerarquías del cielo, y por la victoria de rey tan poderoso, que las trompetas anuncien la salvación. Goce también la tierra, inundada de tanta claridad. Ahora está radiante con el resplandor del Rey eterno y siente la liberación de las sombras, que cubrían el universo entero. Que salte de gozo la iglesia nuestra madre, revestida de luz tan ardiente y tan luminosa». Que salte de gozo porque sus hijos, hijos del día, nacidos de la luz, han empezado a contemplar, limpiada ya la densa oscuridad de su mirada, la herencia gloriosa, que el Padre de las misericordias les dio en el Hijo mayor, Señor de la mañana.

«*Demos gracias a Dios*»

Al cantar con todas nuestras voces y con todo el afecto del corazón a la luz de la libertad y de la fraternidad recién amanecidas, dirigimos nuestra mirada al Padre, que nos reunía por manos de su Hijo, sentado a su derecha, con la fuerza del Amor de su Espíritu. Gloria a ti, Padre de la misericordia. «¡Qué asombroso beneficio de tu amor por nosotros! ¡Qué incomparable ternura y caridad! ¡para dar la libertad al esclavo, entregaste al Hijo!». Gloria a ti, Hijo del amor, Jesús Cristo, Señor nuestro. Tú has pagado por nosotros con tu sangre. Tú has sido quien has cancelado en el madero el recibo de nuestro antiguo pecado. Gloria a ti, Espíritu de la comunión, porque en el abrazo de tu Amor, el Padre ha incorporado a Jesús una familia inmensa de hijos, dispersos por el mundo, reunidos de todos los pueblos. Tú eres el don del don, el don de la pascua del Resucitado. «Señor Jesús» (Flp 2, 11). Tú eres nuestra pascua.

En tu travesía has abierto la nuestra. Tú eres el cordero inmolado, la víctima pascual. «Cordero sin pecado, que a las ovejas salva, a Dios y a los culpables, unió en nueva alianza». Tú eres el camino mismo por donde atravesamos de la esclavitud a la libertad, por donde traspasamos los umbrales del reino de los cielos. Por ti derribamos las puertas selladas, por ti gritamos a la gloria, asaltando sus muchas moradas. Tú eres la columna de fuego, que guías la marcha, que nos hace amanecer a la vida eterna. Por eso tú vas delante abriendo el día y lo acabarás de abrir cuando vuelvas. Tú eres el lucero de la mañana, «ese lucero que no conoce ocaso, Cristo, el Hijo resucitado». «¡Cristo, alegría del mundo, resplandor de la gloria del Padre. Bendita la mañana que anuncia tu esplendor al universo!».

Tu travesía Señor se ha hecho la nuestra, la de la humanidad y la del universo. Tu pascua es nuestra pascua. «Pascua sagrada, ¡victoria de la cruz! La muerte derrotada ha perdido su aguijón. Pascua sagrada, ¡mesa de la casa común! Se llena de invitados, que celebran

al Señor. Pascua sagrada, ¡fiesta del universo! El mundo renovado canta un himno a su Señor». Sí, «porque en él fue demolida nuestra antigua miseria, reconstruido cuanto estaba derrumbado y renovada en plenitud la salvación». En la noche de tu travesía, Señor, se ahuyentan los pecados, se lavan las culpas, se rompen las cadenas de la muerte. En esta noche los hombres «son arrancados de los vicios del mundo y de la oscuridad del pecado, son restituidos a la gracia y son agregados a los santos». Es la noche en la que los hombres son rescatados, de esclavos se hacen libres, de enemigos se hacen hermanos. Es la noche que «devuelve la inocencia a los caídos y la alegría a los tristes». Es la noche en la que la tierra, que es un campo de guerra se hace mesa compartida como anticipo del reino de los cielos. Noche en la que los potentados son derribados de los tronos y enaltecidos los humildes; noche en que se parte el pan a los hambrientos y los ricos han de marchar vacíos. Noche que «expulsa al odio, trae la concordia y doblega a los poderosos». «¡Qué noche tan dichosa, en que se une el cielo con la tierra, lo humano y lo divino!».

¿Dónde está muerte tu victoria?

Ahora es cuando el hombre empieza de verdad a ser hombre nuevo, cuando la humanidad empieza a convertirse en nueva humanidad y el universo empieza a transformarse en nueva creación. «¿De qué nos serviría haber nacido, si no hubiéramos sido rescatados?». Es en la pascua tuya, Señor, cuando se desentraña, se libera, se transfigura y se colma la creación entera. Es en tu pascua, donde hasta el mismo pecado se ha hecho ocasión de gracia, camino de gracia, aparición de la gracia. «Necesario fue el pecado de Adán, que ha sido borrado por la muerte de Cristo. ¡Feliz culpa, que mereció tal Redentor!». «¿Dónde está muerte tu victoria? ¿Dónde está muerte tu aguijón? Todo es destello de su gloria, clara luz, resurrección. Fiesta es la lucha terminada, vida es la muerte del Señor, día la noche engalanada, gloria eterna de su amor. Fuente perenne de la vida, luz siempre viva de su don, Cristo es ya vida siempre unida a toda vida en aflicción. Demos al Padre la alabanza, por Jesucristo Hijo y Señor, dénos su Espíritu esperanza viva y eterna de su amor».

3. *Sentados con él a la mesa*

Jesús, el crucificado Señor de la gloria, está a la derecha del Padre, a la cabecera de la mesa. Nosotros sentimos la alegría del encuentro con él. Estamos viviendo el amanecer de su pascua. Y tenemos la

dicha de sentarnos a comer y a beber con él, después de su resurrección (Lc 24, 30.43; Hech 1, 4; 10, 41; Jn 21, 13). También a nosotros ha llegado la buena noticia. «¿Buscáis a Jesús, el Nazareno, el Crucificado? No está aquí. Ha resucitado» (Mc 16, 6). «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado» (Lc 24, 5). «Ha resucitado de entre los muertos y va delante de vosotros a Galilea. Allí le veréis» (Mt 28, 7). Es él mismo quien ha venido a nuestro encuentro para compartir con nosotros la mesa. El es la gracia, que se revela como gracia en la soberanía de la gratuidad (cf. Rom 5, 21).

El Señor es el reino en persona

Cuando recorría los caminos, anunciaba la llegada del reino. El amor misericordioso del Padre, se entregaba a través de sus manos para reunir a todos los hombres en una familia de hijos y hermanos y preparar para ellos la mesa común, donde se sentaran todos y los pobres fueran los primeros. El gran signo del reino era la mesa, sobre todo cuando se sentaba a ella el pueblo entero, y aparecían en los primeros puestos los pobres y los pecadores. Así aparecía la libertad de la gracia, como misericordia infinita e inmerecida, volcada sobre todo con los pequeños. Para reunir a los hermanos y preparar la mesa común, renunció a todo lo que no fuera la misericordia de la gracia. Rompió las cadenas de dentro con la misericordia entrañable de su perdón y desde esta radicalidad de la gracia rompió también las cadenas de fuera. El camino de su liberación inédita e integral, que renunció enteramente al poder, era solamente el servicio inerme de la gracia que libera y hermana. El campo de guerra de este mundo, con sus trincheras y sus cadenas, no soportó la misericordia. La misericordia de la gracia es la objeción mayor, la anulación más radical de la ley judía y de la paz romana. Por eso todos, grandes y pequeños, movilizados por los poderes de la vieja creación, le acosaron y le colgaron del madero a él que era la misma misericordia entrañable.

En la cruz se condensa y ultima su camino. El maldito que colgó en ella como un criminal, es el mismo que anunció el reino del Padre, el don total e inquebrantable de su gracia. Por eso la misma maldición y el mismo desamparo, en el rechazo de los hombres, sus hermanos, y en el abandono de su Padre, fue la manifestación de la gracia, como gracia excedida en su locura, en su debilidad y en su pura ofrenda. Por eso, cuando el Padre le resucitó de entre los muertos, le sentó a su derecha y le puso como cabeza de la familia de sus hijos y de su casa común, confirmó la gracia, exaltó la gracia, entronizó la gracia en su absoluta soberanía. El crucificado Señor de la gloria es el reino en

persona, porque encabeza a la familia de los hijos, hacia la mesa común del Padre, por los caminos de la historia. Esta historia, que por él, con él y en él va pasando de la esclavitud a la libertad, es la aparición anticipada de la plenitud de la gracia, que es liberación y comunión, hacia la plenitud de la comunión. El antiguo éxodo sólo puede ser vivido y comprendido desde el nuevo éxodo de la gracia. La liberación es la gracia de la liberación. La comunión es la gracia de la comunión.

Nos reúne en familia

Así lo veíamos con nuestros ojos en aquella noche santa. Estaba reunida toda la familia de hermanos, extendida por los cielos y la tierra, la iglesia peregrina y la celestial. Del costado abierto vimos manar sangre y agua, las señales del fuego del Espíritu. Las llagas abiertas del Resucitado, encendidas en el fuego del Espíritu, se convirtieron en fuente de agua viva. La llama del cirio pascual prendía en la fuente. «Te pedimos, Señor, que el poder del Espíritu santo, por tu Hijo, descienda sobre el agua de esta fuente, para que los sepultados con Cristo en su muerte, por el bautismo, resuciten con él a la vida». El fuego se había hecho agua. En aquella fuente abierta alentaba «la gracia del Unigénito», «el poder del Espíritu santo». Por eso aquel agua era el agua del éxodo, la gracia de la liberación. Este era en verdad el agua torrencial del bautismo, que «puso fin al pecado y dio origen a la santidad». Este agua era el mar Rojo, por donde los hijos de la promesa, pasaban de las cadenas de la esclavitud a la gracia más honda de la filiación. En el agua encendida, el Señor resucitado daba un abrazo a los suyos con el amor de su Espíritu, el aliento de su entrega a muerte, que arrancaba las últimas cadenas del pecado entero y de la muerte eterna. Así acontecía la liberación (Rom 6, 3-10). La gracia de la liberación nos arrancaba las cadenas de dentro, las del pecado, de donde nacen todas las demás esclavitudes en la comunidad y en el mundo. Por eso al romper estas cadenas en sus raíces, se rompían todas las demás cadenas del montaje de la sociedad y del universo. Incluso la última de las cadenas, la misma muerte, quedaba definitivamente rota en su mismo germen. La liberación de la gracia del Señor Resucitado no sólo nos devolvía «nuestra libertad», sino que hacía nueva nuestra libertad, al darnos «su libertad», su libertad para su amor.

Pero la liberación conducía a la comunión. El Padre había prendido en el agua el Espíritu de su Hijo, «para que cuantos en ella renazcan por el bautismo sean incorporados a Cristo y contados entre los hijos de adopción». El Espíritu de los hijos actuaba en esta hora de

la creación nueva. En la primera gracia, en la «maravilla de nuestra creación», el hombre fue creado a imagen del Padre. Ahora en la gracia última, «en la maravilla aún más grande de nuestra redención», el hombre nacía de nuevo del agua y del Espíritu. Sepultado con Cristo en la muerte, resucita a una vida nueva, muere al hombre viejo y renace como hombre nuevo es decir como hijo en el Hijo y hermano en el Hermano, en la unidad del Espíritu santo. Todos, en torno al Hijo, podíamos levantar la mirada al Padre, estrechando nuestras manos entre nosotros: «Padre nuestro». La gracia de la liberación, que arrancó las cadenas, se convertía en la gracia de la comunión, que tiró todas las barreras. «En efecto, todos los bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, hombre ni mujer, ya que todos sois uno en Cristo Jesús» (Gál 3, 27 s). En la travesía de la pascua del Señor, el pueblo de los esclavos y de los enemigos se había convertido en familia de libres y de hermanos. Derribado el muro del odio, y la espiral de su violencia, el amor de la gracia, no sólo desplegaba todas las energías latentes en la primera gracia en la humanidad, sino que las transfiguraba de gracia en gracia por la filiación y la fraternidad.

Y nos sienta a la mesa

El Señor resucitado después de haber abrazado a los suyos y haberlos tomado de la mano, «arrancándolos de la esclavitud», «para pasarlos al reino de su amor», los sienta a la mesa para entregarse él mismo a sí mismo, en toda su gracia. Sentado a la cabecera de la mesa, les parte el pan y la copa, su «cuerpo entregado» y su «sangre derramada». Entre sus manos entrega sus mismas entrañas de misericordia, el don total de la pascua, que incorpora a los hermanos a él, en un mismo cuerpo, para que ellos, acogiendo su amor, compartan todo en la tarea del compartir. En torno a sus manos, extendidas sobre la mesa, la humanidad liberada, se ha convertido en familia unida en la comunión del mismo Espíritu, y la tierra liberada se ha convertido en casa común y mesa compartida de la justicia creadora y nueva. En esta entrega de la misericordia entrañable, que es la alianza nueva y eterna, la historia de los orígenes de la creación se ha transfigurado y colmado desde el abismo de la gracia hacia la plenitud de la gracia. El universo asumido y transformado, desde la justicia creadora de la gracia, es el hogar paterno, donde ya no puede ser posible el que los hombres sean víctimas de los otros hombres, el que unos ejerzan el oficio de verdugos y otros soporten el destino de víctimas. La comunidad de mesa del Resucitado con la familia de sus hermanos, en los levantes de la aurora, es el anticipo de la consumación del Reino.

Pero la cena termina en la misión. «Id» (Mc 16, 15-20; Mt 28, 16-20; Lc 24, 46-53; Hech 1, 1-11; Ef 1, 17-23). El Señor, encabezando a su iglesia va delante de ella para abrir en el mundo los caminos del reino. La gracia de la liberación y la comunión se hace misión para la liberación y la comunión. El Señor, con sus hermanos, pretende reunir en su familia a todos los hermanos y, con ellos y por ellos, cambiar el rostro del universo entero, haciéndolo pasar de campo de guerra a mesa compartida, una mesa, tan grande como los cielos y la tierra. Entonces entregará el reino al Padre. El futuro prometido, que se ha realizado anticipadamente, se convierte así en un anticipo prometedor, en una prenda, en una primicia. El aliento del Espíritu de la resurrección moviliza la historia, la hace ser historia nueva y transfigurada. La luz de la aurora irradia en el claroscuro del amanecer. Irradia contradiciendo lo que todavía es sombra y llevando a plenitud lo que ya es resplandor. Es verdad que el don del Espíritu, presente en el anticipo de la familia y de la mesa común, aún está oculto bajo las asechanzas de la creación vieja. A pesar de todo, al avanzar por los caminos de la historia, el Resucitado a la cabeza de los suyos obrará el avance de la gracia y de la misericordia, que cada día será nuevo, más ancho y más hondo. Su venida última nos tiene reservada la plenitud de la gracia. Pero ya ahora, en él tenemos el comienzo nuevo y definitivo, que lanza a la iglesia a su misión en el mundo para la llegada consumada del reino de Dios. «¿Qué hacéis mirando al cielo, varones, sin alegría? Lo que ahora parece un vuelo, ya es vuelta y es cercanía. El gozo es mi testigo. La paz, mi presencia viva, que al irme se va conmigo la cautividad cautiva. Partid frente a la aurora. Salvad a todo el que crea. Vosotros marcáis mi hora. Comienza vuestra tarea».

La pascua es la aparición definitiva de la gracia, como liberación para la comunión, que se irradia después a la humanidad y al universo en misión de liberación para la comunión. Pues entre las manos extendidas del Resucitado, que parte el pan y la copa, ha aparecido la misericordia entrañable que es el don total de toda la historia santa.

4. *Su mesa, término y punto de arranque*

Ahora nos vemos reunidos en torno al crucificado Señor de la gloria, que es el rostro del Padre, vuelto a nosotros, en toda la ternura de su misericordia, acogiéndonos, reuniéndonos y alentándonos con el mismo Espíritu en su familia de hermanos, que prepara ya ahora su mesa común. Ahora es cuando acabamos de descifrar el secreto entero de la historia de la salvación. La pascua de su muerte y de su resurrección se ha convertido en el centro de la plenitud. El es el Hijo

amado, entregado y entronizado. Por eso en su pascua se ha realizado y se ha revelado en nosotros la misericordia entrañable del Padre. Se ha desplegado y desvelado su paternidad. Y por eso se ha realizado y se ha revelado en nosotros el misterio escondido en la humanidad y en el universo. La humanidad era un proyecto de fraternidad, el universo era un proyecto de casa común. Desde la travesía pascual el Señor va a la cabeza de los suyos hacia el reino. Por eso, la pascua ha desplegado y desvelado también las raíces últimas de la historia humana. El camino de la historia era un proyecto de misericordia entrañable.

El centro de la historia

El centro de la plenitud, por tanto, no es sólo el Señor, sino la plenitud del Señor. Es él como Hijo amado, como Hermano mayor, entregado por el Padre, en el Amor del Espíritu. Es él a la cabecera de la mesa, rodeado de la muchedumbre de sus hermanos, en la familia de su iglesia. Es él que, encabezando la iglesia, prepara ya la mesa compartida del reino del Padre, que se ha de realizar por entero hasta el fin. Hemos alcanzado el centro, el núcleo de toda la historia santa. Más aún, hemos alcanzado el eje, el hilo conductor que la atraviesa. Y por esto hemos encontrado la clave, que nos abre y nos desvela su último secreto. Ahora, desde la mañana de la resurrección, donde se ha cumplido el plan del amor del Padre, sus entrañas de misericordia, podemos mirar hacia atrás, hacia la historia del viejo pueblo de Dios y más atrás hacia la historia de la humanidad y más atrás hacia el amanecer mismo de la historia y más atrás hacia el proyecto eterno, con el que el Padre nos amaba desde antes de la creación del mundo. El Hijo, la familia, la casa eran el beneplácito de su voluntad que se ha ido realizando hasta llegar a la plenitud de los tiempos. Pero podemos ponernos a mirar también hacia adelante, al camino abierto que el Señor va haciendo con su familia, transfigurando la humanidad en fraternidad y el universo en mesa compartida. Podemos incluso atisbar lo que está más allá del tiempo, su segunda venida en gloria, la entrega de la familia y de la casa al Padre, para que él sea todo en todas las cosas.

Desde la aurora de la pascua, mirando hacia atrás y hacia adelante lo que descubrimos es la historia del amor del Padre, de su misericordia, de su gracia. El Padre es el origen y es también el fin. Pero esta historia la ha realizado el Padre, por medio de su Hijo querido, Jesús el Señor, que está siempre al comienzo, al medio y al fin, como mediador. La historia de la misericordia avanza del Padre al Padre, por Cristo, con él y en él. Pero todo el gesto de la misericor-

dia no es más que el aliento del Espíritu entregado por el Padre a nosotros y al universo, por manos de su Hijo mayor. El Espíritu es así la fuerza que alienta toda la historia santa, que viene del Padre por el Hijo en el Espíritu y que incorporando a la humanidad y al universo, convertidos en familia y casa común, retorna al Padre por el Hijo en el Espíritu. Esta comunión de la misericordia del Padre, de la gracia del Hijo y del Amor del Espíritu, progresivamente entregados y realizados en la iglesia hacia el reino, es la última hondura del camino de la historia que vamos recorriendo.

Promesa y cumplimiento

Pero, ¿cómo avanza esta marcha? El avance del camino tenemos que contemplarlo desde la mirada de los primeros testigos de la pascua del Señor. Ellos a su vez asumieron una doble mirada, la mirada apocalíptica y la mirada profética, es decir la de los precursores del Señor que desde antes habían anunciado su venida. Para la apocalíptica la historia tiene una unidad y totalidad. Es una historia única que abarca totalmente todo. Pero está dividida por un corte en dos tiempos, el tiempo de la preparación y el tiempo del fin. En el corte el tiempo se colma en plenitud y se inaugura el tiempo colmado de lleno por la acción de Dios. La marcha de la historia estará vista, pues, como el paso del anticipo a la consumación. Para la profecía, la historia, que pende del pasado de la alianza y que se encuentra en la crisis del presente, apunta sobre todo al futuro, donde aparecerá la gloria soberana de Dios, cumpliendo todo lo que había prometido. La marcha de la historia estará vista, pues, como el paso de la promesa al cumplimiento. Nosotros, tomando la mirada de los primeros testigos del Señor resucitado, comprenderemos la marcha de la historia en esta clave doble: promesa / cumplimiento; anticipo / consumación. En esta perspectiva descubriremos el único camino del Señor con los suyos hacia el reino del Padre.

El pasado es «tipo», el futuro es «telos», el presente es «pléroma». Con estas palabras tomadas de los primeros hermanos vamos a dirigir nuestra mirada al pasado y al futuro desde el presente, para contemplar más de cerca el paso de la marcha.

Mirando al pasado y al futuro

La marcha de la historia está jalonada por los hechos, que el Padre hizo con la humanidad y con el universo. Son hechos que hablan y palabras que se hacen. Mirando hacia el pasado nos encon-

tramos con que estos hechos eran una preparación, que corresponde al don que nos iba a dar con la entrega del Hijo en la plenitud de los tiempos. Si miramos esta preparación desde la pascua, descubrimos en ella una promesa y un anticipo. Lo que ocurrió con Adán y con Abrahán, lo que sucedió en el éxodo y en la monarquía, en el destierro y en la restauración, todo ello prometía y anticipaba el misterio del Señor, de su iglesia y de su reino. Mirando desde la pascua al pasado, se descubre el pasado en toda su hondura y mirando la pascua desde el pasado se descubre mejor la plenitud de la pascua. Porque si todo el pasado de la historia santa es promesa, la pascua es cumplimiento; si es anticipo, la pascua es consumación. La pascua no sólo realiza el pasado y lo renueva, sino que lo hace nuevo, lo innova. Porque la novedad de la pascua está en su plenitud. Más amor de misericordia ya no nos puede dar el Padre. Al darnos a su Hijo, como criminal colgado en el madero, nos ha dado todo del todo en todo. La pascua así colma y supera el pasado de la historia santa. Es promesa cumplida en plenitud, aunque no en plenitud consumada.

Si ahora miramos hacia el futuro, que se abre en la pascua y se consuma en la parusía, cuando el Hijo entregue el reino al Padre, nos encontramos entonces con el camino que va abriendo el Señor a la cabeza de la iglesia por los caminos del mundo. Entonces la pascua, aunque es la novedad definitiva, se nos presenta también como promesa y anticipo. Sobre todo como anticipo y primicias. Porque el proyecto del amor del Padre no es sólo abrazar a su Hijo en la plenitud de su amor y de su gloria, sino también abrazar con este mismo amor glorioso a toda la humanidad en su familia y a todo el universo en su casa común. Por esto la plenitud ocurrida en el Hermano mayor es lo que moviliza la historia y la abre al futuro desde sus mismas raíces. La historia se convierte en camino de irradiación de la plenitud del Señor en el Amor de su Espíritu. En este sentido la pascua es promesa prometedora, no promesa que se ha de cumplir, sino promesa cumplida que propende hacia su entero cumplimiento. Y es promesa porque sobre todo es anticipo de la familia y de la casa común en la persona del Señor resucitado, Primogénito entre muchos hermanos. Su marcha es una proyección irradiante hacia el fin. Y el fin, entonces será una innovación de la plenitud, no porque la plenitud no se hubiera dado, sino porque sólo se había dado en el Primogénito. Mientras tanto, el futuro, hecho presente en cada hora, nos ofrecerá la novedad creadora de la creación nueva que el Señor va haciendo con su Espíritu.

Un camino, dos andaduras

Esta marcha de la historia de la misericordia entrañable del Señor, se realiza por el mismo camino, por donde la humanidad va haciendo su historia en el mundo. La humanidad, efectivamente, va haciendo su historia en el escenario del mundo, desde su pasado hasta su futuro. Por este mismo camino, ha caminado y está caminando el Señor con los suyos. ¿Qué relación hay entre estas dos andaduras, entre estas dos historias? Un ejemplo sencillo puede ayudarnos a adentrarnos en este misterio de la historia.

Algunos han pensado y piensan que sólo hay una historia. Esta única historia sería la historia de la humanidad en el escenario del mundo. En esta misma historia el Señor hace la historia de la fraternidad. Esta historia no sería más que humanizar hasta el colmo la historia de la humanidad, es decir, desplegar hasta el colmo todas las fuerzas escondidas en las entrañas de la humanidad y del universo. En este modo de ver la marcha se resalta mucho la gracia primera del Padre, que hizo a los hombres familia humana en la casa del mundo. Pero no aparece con toda su fuerza la gracia última de la entrega del Hijo amado en la pascua. Esta última entrega es una gracia nueva, plenamente nueva. Por eso su historia se inserta en el escenario de la historia de la humanidad, como una ofrenda, que puede ser acogida o rechazada, apropiada o compartida. No es lo mismo, pues, la historia de la humanidad que la de la fraternidad; no es lo mismo la historia de la construcción del mundo, que la de la llegada del reino.

Otros han pensado y piensan que hay dos historias. Como si además del primer piso del escenario, donde la humanidad hace su historia, hubiera un segundo piso, donde el Señor hace la historia de la fraternidad. Se acentúa tanto la diferencia entre la historia natural, que se hace desde abajo, de la historia sobre-natural, que se hace desde arriba, que la historia de la humanidad es casi tan sólo plataforma de la historia de la fraternidad. Se han separado radicalmente la gracia primera de la última. Pero no aparece con toda su fuerza que la gracia última de la entrega pascual del Hijo, se hizo desde la gracia primera, la humanidad humana e incluso empecatada. En la humanidad, enteramente humana del Resucitado, que al tiempo está enteramente transfigurada desde su filiación, alcanzamos a ver que la gracia última se ha hecho gracia primera para que la gracia primera compartiera la plenitud de la gracia última. Por eso aunque no es lo mismo la historia de la humanidad, que la fraternidad, la historia del mundo, que la del reino, no por ello hay dos escenarios distintos, ni tampoco dos historias separadas.

La Gracia regalada a la gracia

A la luz de la pascua podríamos pensar que sólo hay una historia, «sin mezcla ni separación». La historia de la misericordia entrañable, que avanza de gracia en gracia, que es gracia sobre gracia. La familia de los hombres salió de las manos del Padre para que fueran hombres a su imagen con su soberanía. El hombre, ser que «se es» para «darse», es ya un diseño del Hijo. La humanidad, que hace la historia en el escenario del mundo, es una humanidad autónoma, pero no puede ser enteramente autónoma. Su autonomía es relacional. Es decir, es una humanidad que vive por sí misma, pero no puede hacerlo enteramente, sino arraigada en las manos del que le dio el ser para que se viviera a sí misma. De la misma manera el universo salió de las manos del Padre, como casa común para la familia humana. También tiene una autonomía y de alguna manera es un absoluto, pero no absolutamente absoluto. El universo es un absoluto relativo. Consiste sólo en la medida que se mantiene sostenido y arraigado entre las manos del que lo creó. Esta «maravilla de la primera creación» es sin duda un gesto de la gracia del Padre, es la gracia primera, creada por manos del Hijo, que hace a la humanidad ser humanidad y al mundo ser mundo, para avanzar en la historia con la madurez de su autonomía para su donación en la comunicación hacia la plenitud. Pero de hecho esta gracia, que los hombres acogen de suyo por el hecho de nacer en la humanidad y en el universo, está «apropiada» y «desligada». La gracia primera ha hecho posible la soberanía de la humanidad y con esta soberanía la humanidad se ha decidido por la idolatría y la opresión. La gracia primera de la humanidad en el universo ha llegado a ser de hecho una «gracia clausurada». Así se desarrolla la historia de la humanidad en el escenario del universo como una historia en el claroscuro, una historia de gérmenes y gemidos.

En la pascua del Señor ha aparecido la plenitud de la misericordia, la última gracia. En el Hijo amado, entregado en el madero y resucitado de entre los muertos, en la fuerza del Espíritu del amor. El Señor ha hecho el camino, ha muerto, ha resucitado y vive en esta misma historia de la humanidad y del mundo haciendo en ella el camino de su nueva creación. Con un gesto nuevo por su plenitud, la plenitud de la gracia se ofrece ahora como don gratuito en entera gratuidad. Así el Señor, en la plenitud del tiempo, realiza la historia de la fraternidad hacia la casa común. Es la ab-soluta gracia ofrecida a la primera gracia. La humanidad puede acoger o rechazar esta gracia. Más aún, puede acogerla y apropiársela, para recaer en la idolatría y en la opresión, o puede acogerla para vivir desde ella, por ella, en ella y hacia ella. Así el Señor, la gracia acogedora de la misericordia entrañable, acoge a la gracia de la humanidad y la

alienta a la libre acogida, para la liberación de las sombras hacia la comunión de la luz. La «maravilla aún más grande» de la pascua es gracia ofrecida a la gracia. Es una gracia que en su plenitud se ofrece desde más atrás, más por debajo, hacia más adelante. Gracia última que se ofrece para que la primera llegue a la plenitud de la libertad para el amor. Y así se avance la única historia transfigurada donde se empalma el cielo con la tierra, lo humano y lo divino.

La historia de un encuentro

Un camino, pero dos andaduras distintas. En el mismo camino, dos sendas que se pueden encontrar. Conviene acentuar la diferencia de planos, o mejor de acciones y de acontecimientos. Hablamos de una historia pero en diá-logo, en co-loquio, en ofrenda y respuesta. Es el encuentro de la Gracia con la gracia, decisión de la gracia ante la Gracia. La recreación de la gracia por la Gracia. Sin la alteridad no hay encuentro. Sin encuentro no hay comunión. No es, por tanto, un proceso natural donde se con-funden las fuerzas, sino un encuentro histórico, donde se encuentran para el intercambio el Señor que ofrece la misericordia y la humanidad a quien se ofrece la misericordia. La historia santa es este encuentro en la ofrenda y en la libertad, un encuentro «en la unidad del Espíritu santo». En las mismas huellas del Señor, huellas de la liberación entera y de la comunión plena, destinada a abarcar a la humanidad y al universo, puede re-encontrarse con él la andadura de la historia humana. Si es encuentro, entonces la humanidad puede rechazar la gracia última o intentar apropiársela. Pero con ello no queda al margen de la Gracia, sino que su des-gracia en el rechazo de la misericordia entrañable, sucede en el camino de esta misericordia inquebrantablemente ofrecida hasta el último día. El mismo rechazo está posibilitado y acogido entre las manos del Señor de la historia, que indefectiblemente se abre paso, desbordando su misericordia en la culpa, hacia la mesa compartida del Reino.

En la luz admirable de la pascua nos hemos descubierto avanzando por un largo camino. Es el camino de la historia de la salvación, que acoge la historia de la humanidad y del universo. Una historia que desde antes de los siglos está proyectada en misericordia: la historia del amor del Padre por el Hijo en el Espíritu para ser realizada con la humanidad en el universo. Desde esta perspectiva comprendemos que la creación, gracia primera, es capacidad de acogida de la última Gracia de la pascua, que es la plenitud de la misericordia. La historia de la salvación es Gracia sobre gracia, Gracia regalada a la gracia. Por eso no es sin más la historia de la

humanidad en el mundo, la que hace la humanidad autónoma en un mundo autónomo. Ni siquiera es la historia de la humanidad autónoma dinamizada escatológicamente. Pero tampoco es la historia de la fraternidad, que viene de lo alto y se desarrolla rozando soberana, pero superficialmente la plataforma de la historia de la humanidad en el mundo. Ni siquiera es la historia de la fraternidad, que se inserta, sobreponiéndose a la humanidad para beneficiarla. Es la única historia de la Gracia última, de las entrañas de misericordia del Padre, por su Hijo en el Espíritu, que se ofrece en la ofrenda humilde, despojada de todo poder en el encuentro libre, con la grandeza de la humanidad en el mundo, grandeza ciertamente prostituida, pero grandeza, grandeza que es el don de la gracia primera, que ha constituido a la humanidad en la soberanía de la libertad, para decidir con autonomía entre libertad o esclavitud, entre odio o amor. Por ello todo ha sido acogido en la historia de la Gracia última, todo, hasta el pecado y la misma muerte. Todo se puede convertir en amor y en alabanza de gloria, en gratitud y gratuidad. Hasta que venga el Señor.

2

Nos eligió antes de la creación del mundo

Al mirar hacia atrás desde la fraternidad del Señor resucitado, que preside la mesa y parte el pan, alcanzamos a divisar no sólo el comienzo del mundo, sino hasta más allá de él. Nuestra mirada se adentra más allá del tiempo, en el misterioso secreto del Amor del Padre a su Hijo en el común abrazo del Espíritu. Ya entonces hemos sido amados y elegidos.

1. *Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo*

Parábola del proyecto de amor

Una pequeña parábola, tomada de la vida del pueblo sencillo, nos puede ayudar a iluminar este misterio. Era una vez un padre, que tenía muchos hijos. Al mayor era al que más quería en favor de los otros. Había puesto en sus manos todo su amor. Todo lo suyo era de él y lo de él era suyo. Uno vivía en el otro y para el otro. Y los dos siendo uno vivían para llevar adelante la familia y la casa común. Al regresar del trabajo, cuando venía de fuera, se daban un fuerte abrazo, que quería decir todo lo que eran. Al entrañarse en las entrañas de misericordia del padre, que habían pasado a ser las del hijo mayor, parecía que ya no eran dos, sino uno solo. Los brazos entrelazados eran como el amor común, que les reunía en la más honda unidad.

El padre quería a todos en el mayor. Con el mismo amor con que amaba al mayor, amaba a los pequeños. Y quería que los pequeños le amaran también a él, como le quería el mayor. El mayor y los pequeños eran uno solo. El padre les abrazaba en el mayor, en el mayor les reunía, por manos del mayor les alentaba a vivir unidos y a avanzar. En realidad por manos del mayor llevaba adelante su

familia. Pero por manos del mayor iba también construyendo su casa. Era una tarea difícil, pero la más importante: llegar a tener una casa para todos, con una mesa compartida donde se pudieran sentar todos, rotas todas las diferencias, y donde los hermanos pequeños ocuparan el primer lugar. Bajo la cabeza del mayor, la familia de los hermanos construiría la casa, que después sería para todos. Y así vivirían llenos de alegría, acogiendo el cariño del padre y respondiendo a él con el más entrañable agradecimiento.

Al estar reunidos en torno a la mesa que preside el hermano mayor en el puesto del padre, al verle ir muriendo por ellos y darse a ellos, partiéndoles el pan de su trabajo y de su sacrificio, la familia de los hijos aprendía a desentrañar el secreto del amor del padre. En el rostro del mayor, a quien el padre había confiado todo su amor, descifraban el proyecto que había encerrado en las entrañas del padre, antes de que se hiciera la casa y se reunieran los hijos en torno a la mesa. Ya desde mucho antes, el padre les había querido. En realidad, todo aquel camino que iban recorriendo salía de sus entrañas, del propósito de su amor, de la libre decisión de su ternura.

En la mesa, bajo el rostro del Cristo pascual

Estamos en los suburbios de una gran ciudad de Asia. Podría ser Efeso. En una casa humilde, un grupo de cristianos se reúne a partir el pan, en torno a la mesa del Señor. Es una reunión de familia, es una iglesia-en-familia. Se reúnen en torno al Padre común, que se hace presente en el Hermano mayor, Jesús Cristo, el Señor, que les reúne a todos con la fuerza del amor del Espíritu (Ef 1, 1). Han venido del mundo peligroso y difícil, que les acosa, pero donde tienen que hacer el camino del Señor y a él volverán con el propósito de preparar su venida. El mundo está esclavizado, pero en torno a la mesa, en Jesús, está la libertad. El mundo está dividido, pero en torno a la mesa, en Jesús, está la reconciliación. Ellos se sienten muy amados por el Padre, al ver todo el amor de la cruz, convertido en la sangre, que se derrama y se desborda sobre ellos. «Nos agració en el Amado. En él tenemos por medio de su sangre la liberación, el perdón de los pecados, según la riqueza de su gracia, que se ha derramado en sobreabundancia a nosotros» (Ef 1, 6 s). La gracia en la sangre les ha agraciado. Esta ha sido la gran obra que el Padre ha hecho con la pequeña fraternidad y con el mundo. Obra que ahora se desvela ante sus ojos y ante la cual sólo pueden prorrumpir a cantar en alabanza.

> Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bienes espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en él antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su

presencia, en el amor; eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de gloria de su gracia, con la que nos agració en el Amado. En él tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los delitos, según la riqueza de su gracia, que ha prodigado sobre nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según el benévolo designio, que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra» (Ef 1, 3-11).

2. *Amados en el Hijo amado*

El Padre nos ha iluminado en el rostro de su Hijo. Así nos ha descubierto el «misterio de su voluntad» para que podamos conocerlo «con toda sabiduría e inteligencia» (1, 8s). El tiene un propósito, un proyecto: «según el beneplácito de su voluntad» (1, 5), «según su beneplácito» (1, 9), «según su previo designio», «conforme a la decisión de su voluntad» (1, 11). Estas expresiones del canto de la comunidad muestran bien su soberana iniciativa, su absoluta libertad. Pero la hondura de esta libre y bondadosa iniciativa radica precisamente en su amor. El «nos ha elegido... en el amor» (1, 4). Ahora, al vernos reunidos en la fraternidad de su Hijo mayor, acogiendo en nuestras manos el exceso de su amor, entregado hasta la muerte y ofrecido en la copa de su sangre, se desvela ante nuestros ojos que el Padre es «rico en misericoria» y que nos ha «amado con gran amor» (2, 4; cf. Ex 34, 6 s; Dt 7, 6 ss). El último secreto de la historia que vamos haciendo, con el Señor a la cabeza, es la misericordia entrañable del Padre suyo y nuestro. El ha tenido un plan de amor para su familia y para su casa, que después ha realizado en el tiempo. Es la «economía del misterio» de su voluntad.

Ya entonces fuimos amados en él

Hemos alcanzado a ver su rostro. «Dios» es ahora para nosotros el «Padre de nuestro Señor Jesucristo» (1, 3). El es en verdad «Padre nuestro» (1, 2). Así le gritábamos, cuando nos vimos reunidos en torno a la mesa en el amanecer de la pascua. Pero ahora alcanzamos a ver que es «nuestro», porque es «suyo». El mismo Padre de Jesús, ha llegado a ser Padre de la familia de sus hermanos (la iglesia). Es que antes de que el mundo existiera como casa común y en ella caminara la humanidad, el Padre tenía junto a sí, desde siempre, a su Hijo amado (1, 6). Ha sido engendrado por él a su imagen. Este Hijo suyo propio (Rom 8, 3.32; 1, 3; 5, 10), que es el mayor, «el primogénito» (Rom 8, 29) es la misma «imagen» del Padre (2 Cor 4, 4), que existe junto a él y para él (Flp 2, 6). El abrazo común del Amor, que une en

la más absoluta unidad al Padre y al Hijo primogénito es el Espíritu del Amor, el Espíritu santo. «Imagen» es el rostro, el destello del rostro del Padre. Nosotros también, a lo largo de la vida, conocemos a los hijos, porque se parecen a sus padres, porque llevan en el rostro los mismos trazos. No es extraño, pues, que los primeros hermanos al ver al Señor resucitado, el Hijo querido enviado a nosotros, entregado por nosotros y entronizado sobre nosotros, envuelto en este abrazo de amor del Espíritu, confesaran, que habían visto «la gloria de Dios en el rostro de Cristo» (2 Cor 4, 6; cf. Heb 1, 3). Por él tenían acceso al Padre, que se re-velaba como «Padre nuestro», por ser «Padre suyo».

El plan de amor del Padre se encierra en su Hijo. El ha querido reunir en torno al mayor una familia inmensa de hijos, a los que ha querido amar en el mayor y como al mayor. Y él ha querido también bajo la cabeza del mayor construir una gran casa en los cielos y en la tierra, para que todos se sienten en una mesa común unidos en el amor. El Hijo, la Familia y la Casa están unidos. En el Hijo está el propósito y el proyecto de la familia de los hermanos y de la mesa compartida. Al ponerle como cabecera de la familia y de la casa, ya desde antes de la creación del mundo, la misericordia entrañable del Espíritu alcanzaba ya a la humanidad y al universo. Ya entonces fueron amados.

Ya entonces fuimos bendecidos en él

Hay una escena de la vida del pueblo, que todavía hoy podemos contemplar, donde se expresa este acontecimiento que acabamos de contar. Es la bendición del primogénito, que encontramos también en las primeras páginas de la historia de la salvación. El ejemplo más vivo lo tenemos entre los patriarcas. Cuando Isaac bendice a Jacob, al bendecirlo le constituye en señor de sus hermanos y de la tierra de la herencia. Es decir, la familia y la casa se constituyen en él, en la bendición que su padre le da. «Que Dios te dé el rocío del cielo y la grosura de la tierra, mucho trigo y mosto. Sírvante pueblos, adórente naciones, sé señor de tus hermanos y adórente los hijos de tu madre» (Gén 27, 28 s). Así bendijo el mismo Señor a Adán, para que constituyera la gran familia de la humanidad y dominara la tierra (Gén 1, 22.28). Y así bendijo también a Abrahán, para que se reuniera en torno suyo una familia tan grande como las estrellas del cielo, que alcanzara a poseer en herencia la tierra, como casa común (Gén 17, 4 ss). Iluminada por el Espíritu y suscitada por este hecho de la vida, la comunidad de hermanos canta el proyecto del amor del Padre.

La fraternidad agradece al Padre, como respuesta por verse agraciada, y bendice al Padre, como respuesta por verse bendecida. «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bienes espirituales... en Cristo... antes de la creación del mundo» (Ef 1, 3 s). Este ha sido en verdad su propósito. «Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo para que él fuera el primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8, 29). La comunidad contempla al Padre extendiendo las manos sobre el Hijo mayor, para bendecirle y ve que al tiempo, en esta bendición a él, nosotros somos bendecidos «en él» (Ef 1, 4), «en Cristo» (1, 3), «en el Amado» (1, 6). El Padre nos bendice en el Hijo, con su mismo Amor al Hijo, es decir, con el don del Espíritu. «Con toda clase de bienes espirituales» no significa las riquezas de su Amor, sino su Amor mismo que es toda la riqueza. El Padre en la bendición le ha hecho Señor de sus hermanos, amándonos en él, acogiéndonos en él, porque ya entonces él y nosotros estábamos unidos, éramos uno. Y al tiempo, la bendición le ha hecho señor de la casa común, de manera que el universo de los cielos y de la tierra sea el lugar donde realice el proyecto del amor compartido, que el Padre le confió. La bendición de la familia y de la casa, para ser realizada en la historia de su amor, ha sido «en él», «por él» y «para él».

3. *El proyecto de la familia de los hijos*

El Padre amó en su Hijo a la familia entera de sus hijos. Porque les amó, les bendijo; porque les bendijo, les eligió; porque les eligió, les predestinó; porque les predestinó, les agració y porque les agració les iluminó. La escena de la pequeña fraternidad entraba por los ojos. Allí reunidos en torno a la mesa estaban los hermanos, rotas todas las barreras que les separaban, la barrera que les separaba del Padre y las barreras del dinero, de la posición, de la cultura y hasta de la misma fe, que les separaban entre ellos. El Hermano mayor las había tirado, con la sangre de su cruz. Y todos, judíos y griegos, tenían acceso al Padre por él en el mismo Espíritu, como miembros de su misma familia (Ef 2, 18 s). Desde el proyecto, que ya se había empezado a realizar, el proyecto de la misericordia que libera y reconcilia, contemplaban este mismo proyecto, pero desde antes de que la historia comenzara. La ternura entrañable del Padre le llevó a «elegirnos en él», es decir, a «predestinarnos a él» (1, 4.5). El es el Hijo amado. Por eso al elegirnos y destinarnos a él, lo que se propuso fue envolvernos con el amor que le tenía en la santidad de su gloria, compartiéndonos su filiación. «Eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por Jesucristo» (1, 5).

El proyecto del Padre ha sido formar una familia de hijos en el Hijo, de herederos en el Heredero. Y esto sólo podía hacerlo compartiéndonos su Espíritu de filiación y de herencia (1, 13 s). Esto lo había de ir realizando a través de la historia, pero sobre todo cuando llegara la plenitud de los tiempos y entregara a muerte a su Hijo querido, en cuya sangre encontraríamos la liberación y la filiación, que nos hacen libres para ser hermanos. La elección y la predestinación era en realidad un don de su gracia, su gracia que se daba como gracia: la gracia del Hijo, la comunión en el Espíritu, que se nos entregaba para incorporarnos a él. «Por medio de él», «para él», «hacia él» son expresiones que muestran cómo el Padre en su misericordia entrañable se había propuesto reunir a la familia de los hermanos por medio de sus manos, pero no para que nos separáramos de ellas, sino para existir en ellas y caminar en ellas y consumar el camino en ellas. En la unidad del mismo Espíritu. Por eso no nos extraña que el Padre que nos eligió para incorporarnos a su misma vida, nos eligiera también para configurarnos con su imagen para ser en verdad en todo nuestro ser hijos según la forma del Hijo, en el mismo camino del Hijo (cf. Rom 8, 29; 2 Cor 3, 18; 1 Cor 15, 49; Col 3, 10).

Todos uno en la unidad del Espíritu

El proyecto de la gracia y de la misericordia del Padre ha sido, pues, hacer una familia de hermanos, en torno al Primogénito. Esto significa, pues, que nos ha querido en el Hijo, para amarnos en él y para que nosotros le amemos en él, con el mismo abrazo de amor del Espíritu. Juan con la mayor hondura ve este proyecto expresado en la plegaria de Jesús. «Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros... Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en la unidad y el mundo conozca que tú me has enviado y que les has amado a ellos como me has amado a mí. Padre, los que tú me has dado, quiero que donde yo estoy, estén también ellos, conmigo, para que contemplen mi gloria, la que me has dado, porque me has amado antes de la creación del mundo... Yo les he dado a conocer tu nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me amaste esté en ellos y yo en ellos» (Jn 17, 21-26).

Este misterioso proyecto lleva consigo dos hechos muy importantes. Para llegar a la comunión consumada del amor del Padre y del Hijo en el Espíritu, que nos hace hermanos, hemos de ser antes hijos. En la historia aparecerán muchas formas de relación entre los hombres, algunas próximas a la fraternidad, como la amistad, la solidaridad, la camaradería, pero ser una fraternidad sólo es posible para

aquellos que hayan acogido al Hijo y a través de sus manos hayan recibido el Espíritu de los hijos, que les hace gritar al Padre (Gál 4, 4-7; Rom 8, 15-17). Pero no se puede ser hermanos manteniendo las barreras que nos dividen. En el proyecto del amor del Padre está la fraternidad como liberación para la reconciliación, una reconciliación que derribe toda diferencia de dinero y de puesto, de poder y de cultura (Gál 3, 27 s; 1 Cor 12, 13; Col 3, 11; Ef 4, 24). El don del proyecto, que se irá realizando en la historia no sólo será protesta contra toda forma de división y marginación, sino que será al tiempo, sobre todo, fuerza invencible de liberación y reconciliación. Pero todo esto supone que en el proyecto se incluye cómo hay que compartir la casa.

4. *El proyecto de la casa común*

La pequeña fraternidad que se reúne en torno a la mesa en los suburbios de Efeso, se encuentra en un mundo lleno de injusticia y de opresión. Es el imperio romano de finales del siglo primero. Una sociedad de clases, dominada por la dictadura del emperador, que a su vez está sostenida por la clase media, defendida por los militares y los funcionarios. Los hermanos no sólo se encuentran incómodos en el mundo, sino que están perseguidos. Y sienten la tentación de marcharse y emigrar. Fuera del mundo no podían salir, pero sí podrían retirarse a la vida privada, tranquila y sin complicaciones. Sin embargo, el Señor que preside la mesa, les llama a salir al mundo y a comprometerse seriamente en él, para transformarle en mesa compartida, como era la mesa del Señor, en la casa humilde del suburbio, donde partían el pan y bebían la copa. Al ver que el Señor atravesó el madero abriendo los caminos de la liberación con su sangre, se dieron cuenta de que el compromiso en el mundo, no era una decisión, que ellos podían tomar o no tomar, sino algo que estaba incluido en el proyecto de la misericordia del Padre, tal como había aparecido en la pascua del Señor.

Familia de hijos en la casa común

Desde el humilde hogar en que comparten, les parece que la tierra está envuelta en niebla, en tiniebla. Es como una bruma, que la envuelve. Entonces entre ellos la llamaban «los cielos». Esta palabra no significa lo que está más allá de la historia y de la muerte, sino lo que envuelve el escenario de la historia, que la humanidad va realizando en el mundo. Esta bruma, «estos cielos» representan las fuerzas de

la injusticia y de la opresión, que forman el montaje del mundo. Parece que están a las órdenes de un jefe, que en persona, les dirige. Además dan a la historia una atmósfera de idolatría y de opresión. La pequeña fraternidad, a la luz del rostro del Señor, resucitado y entronizado, que se ha llevado cautiva a la cautividad, atravesando, desarticulando e innovando «estos cielos» (Ef 4, 7 ss), canta y confiesa que también ella desde siempre fue predestinada a insertarse en el mundo para prepararlo y consumarlo como casa de la herencia.

La bendición del Padre en el Hijo con el Amor del Espíritu a la familia de los hijos, sucedió «en los cielos» (1, 3). Esto no significa que sucedió en lo alto, sin que tuviera que ver con la historia. Más bien podríamos decir que la bendición situó a la fraternidad «en los cielos», es decir, en el combate del mundo, en medio de los poderes. La bendición no sólo nombra al primogénito Señor de la casa y de la tierra para que la lleve adelante, siguiendo el encargo del Padre, sino que asocia también a todos los hermanos a este encargo y a esta responsabilidad. La familia de hermanos está predestinada a construir en la historia la casa común del señorío del Padre ejercido bajo la mano del primogénito. Por tanto esta bendición, que es al tiempo elección y predestinación, hace que la familia de hermanos esté destinada desde la misma misericordia entrañable del Padre a trabajar y compartir la casa común. Lo cual significa que la iglesia está destinada al mundo, pero para que el mundo se convierta en el hogar de la herencia del Padre.

Recapitulada bajo el Primogénito

Efectivamente el Hijo amado, por ser imagen del Padre, es el primogénito de toda la creación. El Padre ha querido que el universo de los cielos y de la tierra exista por él y en él y para él (Col 1, 15-17). El primogénito desde antes de la constitución del mundo, ha sido destinado a ser el Señor del mundo y de la historia. Aparentemente la historia del mundo parece una naturaleza, que existe por sí misma, pero convertida en historia, que sucede como un caos. Por eso los primeros hermanos, al ver este universo en torno suyo, a la luz del Señor resucitado que les preside, creen descubrir que en el plan de la gracia del Padre, estaba «el recapitular en Cristo todas las cosas, las del cielo y las de la tierra» (Ef 1, 10). El Hijo mayor estaría destinado a ser el centro, resumen, donde el mundo disperso y apenas empezado, se reuniera, se concentrara y así se ultimara, avanzando hacia la meta de su plenitud. Pero la meta es también el Hijo mayor. El es la cabeza. Recapitular el universo no es sólo reunirlo y concluirlo, sino reunirlo y concluirlo bajo su cabeza, de su mano. Con su misericor-

dia, por los caminos de su misericordia. El Hijo mayor, yendo a la cabeza de la casa común, arrancará de ella el odio derribando los muros de separación (Ef 2, 14; Col 1, 14). Y así liberándola de las barreras, la convertirá en lugar de encuentro y de reconciliación (Col 1, 22). Entonces el universo de los cielos y la tierra, se convertirá en hogar y en mesa compartida, donde los hijos se encuentran abiertamente con el Padre, que en el primogénito ha salido a su encuentro, y así puedan ser hermanos, que en comunión compartan todo lo que tienen y son. El Padre en su proyecto de misericordia ha destinado así el universo a la plenitud. Pero ha querido, para realizarla, asociar a los hijos pequeños a esta tarea del mayor, la tarea de la liberación y de la reconciliación (Ef 1, 22 s). El mayor, yendo a la cabeza de la familia, siendo la cabeza de la iglesia, donde va realizando su plenitud, llevará a plenitud el universo y la historia, de modo que la misericordia amorosa del Padre pueda ser acogida y compartida del todo en todo. Para alabanza de su gloria.

3

Una casa para la familia de los hombres

Estamos siguiendo la historia de la misericordia del Padre, contemplando las maravillas de su amor. Y nos encontramos ahora en el momento, en que hizo la casa para que viviera y caminara en ella la familia de los hombres, que habían de ser sus hijos. Conviene que hablemos también ahora el lenguaje de las parábolas, sacado de nuestra misma vida.

1. *La parábola de la familia y de la casa*

El padre había decidido ya hacer una familia de hijos. Pero necesitaba construir una casa para ellos. A simple vista parecía que la casa era lo primero que empezó a hacer. Pero la casa sólo se entendía desde su plan de amor, que después iba a realizar en el camino. Propiamente la construcción de la casa se entenderá después, desde más atrás, cuando él vaya caminando de la mano con sus hijos, haciéndolos hombres, reunidos en hermandad, para hacer el hogar común. En realidad este primer gesto de su amor se comprenderá desde el segundo. El padre construye la casa, para poner en ella a sus hijos y poder darse después a ellos enteramente, con toda la fuerza de su amor.

Al construir la casa aparece en primer lugar su rostro. Por muchos materiales que use para hacerla, todo proviene de su amor, de su libre decisión de volcarse sobre la familia de los hijos. Ha salido de él, él mismo se ha adelantado y lo ha hecho «para ellos», «pensando en ellos», de acuerdo a «las necesidades de ellos». La construcción de la casa es un gesto de amor entrañable.

La casa habrá de ser un hogar, es decir, un lugar para vivir y caminar. Será importante que tenga suelo y techo y buenas paredes. No debe faltar el agua y la luz, sobre todo la luz. Mesa no hará falta,

porque toda la casa será mesa. Pero sí se necesitará algo, que poder compartir: tierra y cielo, animales y plantas. Ahora bien, todo lo que haya en la casa será para sus hijos. Todas las cosas son para ponerlas debajo de sus pies, para ponerlas en sus manos y que ellos las puedan compartir. Todo será para todos. No se puede pensar que una parte de la casa sea para unos y otra para otros. Toda la casa es mesa común. Y no pueden unos hijos vivir debajo de la escalera y en la cuadra, mientras otros viven en la cocina o en la sala grande.

La casa entera es para los hijos, que son un reflejo de su rostro, imagen y semejanza suya. El padre hace las cosas de la casa, pero a los hijos los engendra, los da de su mismo ser. Pero no aisladamente. Los ha engendrado hijos en familia. Al darse, se da a cada uno dándose a todos. Al darse a todos, se da a cada uno. Es decir, pone a los hijos en su casa como una familia, formando una comunidad. Pero si han de ser hombres maduros, entonces han de compartir con él la tarea del trabajo. Ellos han de trabajar en la casa y para la casa, para construir el hogar común. Con su trabajo construirán la mesa compartida y se harán más hermanos y agradarán al padre, que les ve crecer unidos en el amor.

Esta parábola se entiende, sobre todo, cuando están sentados todos a la mesa y el padre les da un trozo de pan, que se ha sacado del cuerpo y que es la expresión de su amor entregado al sacrificio y a la muerte por ellos. Al sentarse a la mesa, después de ir recorriendo el camino, es como se entiende aquella primera hora, cuando, sin haber todavía traído a los hijos al mundo, el padre con el esfuerzo de su amor fue construyendo los cimientos y levantando los muros y poniendo los techos, cuando puso la luz y cavó el pozo, cuando adquirió el campo y sembró el huerto, cuando miraba a todo y le parecía que estaba bien para sus hijos.

2. *Un relato de relatos*

Al abrir el libro de la Escritura santa nos encontramos con un relato sobre la creación. Al leerlo parece sencillo, entra por los ojos. Pero, cuando nos detenemos en él, nos encontramos con un relato hecho a trozos, un relato de relatos. Pasa igual, que cuando el padre, ya mayor, se sienta a la mesa y empieza a contar la historia de su vida. Son muchas escenas, son muchas palabras. Unas son de un trozo de su camino, otras de otro trozo. La historia de cada trozo se deja notar. Tiene su aire propio, el aire de aquel momento. Pero después se junta un trozo con otro y resulta así como una sola historia de lo que fueron muchas, como una palabra de las que fueron muchas. Nosotros queremos escuchar ahora los relatos de la creación, que abarcan

desde Génesis 1, 1 a 2, 25. Pero no queremos dejar de advertir cómo están entrelazados. Así, aunque de momento parezca que la historia se nos complica, es al contrario, se nos llena de luz.

La historia primero contada, después escrita

Esta historia de la construcción de la casa común del mundo fue primero una historia contada de viva voz. Israel, el puñado de pastores nómadas, que emigraban entre los grandes imperios de la antigüedad, la contaba en las tiendas, bajo el resplandor de las estrellas. Su único libro entonces era la memoria. Los padres se la contaban a sus hijos. Poco a poco el relato se iba moldeando con trazos fuertes, donde después se encuadraban los detalles. Así se contaban sobre todo los pasos del trance más grande de su camino, cuando estaban en la casa de la servidumbre y llevados de la mano del Señor, pasaron de la esclavitud a la libertad, cuando recorrieron el desierto y entraron a la tierra de la herencia, como casa para compartir. Las tribus se hacen sedentarias en Palestina (siglos XII-XI). Y poco a poco van uniéndose en torno a los santuarios, sobre todo el de Siquem, donde veneran al Dios, que les había acompañado y guiado en el camino. Allí, en el santuario, los cantores cantaban la historia y los sacerdotes la aplicaban a la vida. La historia de las hazañas del Señor era regalo y camino. El hilo de esta historia era el sendero por donde el puñado de pobres se estaban haciendo pueblo, familia de familias, y luchaban por trabajar y compartir la tierra común.

La historia del amor, que se contaba primero, se escribió después, cuando pudo escribirse, en distintos momentos. Ya no conservamos aquellos escritos. Pero ahora, al leer de cerca el relato, que nos transmite la Escritura, descubrimos que había por lo menos cuatro escritos, cuatro historias, redactadas en distintos momentos de la marcha del pueblo: el yavista (J), el elohista (E), el deuteronomista (D) y el sacerdotal (P). Los iremos conociendo poco a poco. Su punto de partida es común. Los cuatro escriben la historia de la marcha, a partir de un credo, una confesión de fe que confiesa el camino que el Señor hizo con su pueblo desde la casa de la esclavitud hasta el hogar de la libertad y la fraternidad. «Mi padre era un arameo errante, que bajó a Egipto y residió allí como inmigrante siendo pocos aún, pero se hizo una nación grande, fuerte y numerosa. Los egipcios nos maltrataron, y nos oprimieron y nos impusieron dura servidumbre. Nosotros clamábamos a Yahvé, Dios de nuestros padres, y Yahvé escuchó nuestra voz; vio nuestra miseria, nuestras penalidades y nuestra opresión, y Yahvé nos sacó de Egipto con mano fuerte y brazo extendido en medio de gran terror, señales y prodigios. Nos trajo aquí y nos dio esta tierra, tierra que mana leche y miel» (Dt 26, 5-9).

La voz de dos catequistas

El relato de la creación, que estamos escuchando (Gén 1, 1-2, 25), está formado por trozos empalmados de la historia santa, que nos cuenta el yavista y el sacerdotal. Por eso conviene que los conozcamos.

El yavista es un catequista, que vive aproximadamente hacia el siglo X a. C. Israel es una nación, un reino extendido y abierto. Nos encontramos en el tiempo glorioso del reinado de David y de Salomón. Ya hay escritores que puedan recoger la historia y ponerla por escrito. El que llamamos yavista es uno de ellos, el primero que escribió una historia de la salvación. Pero, ¿qué pretendía con ello? Israel es un pueblo sembrado entre los pueblos, está concentrado en Sión, que es la cima de los montes. Siente una vocación universal. Y tiene que explicarse su origen y su camino en el marco del universo, de la humanidad y de la historia. Este catequista será el catequista de la misión universal a las gentes. El reino de Israel, es la presencia del reinado del Señor sobre la historia entera. El yavista al contar la historia de la creación, va a contar y a cantar la grandeza del Señor, que empezó ya desde antes en el marco del universo y de la humanidad, la historia del amor, que los hombres rompieron, pero que él reanudó de nuevo con los padres de Israel y ahora con el reinado davídico está llevando a un anticipado cumplimiento. La creación del mundo estará vista, pues, desde el reinado de Dios, señor soberano de toda la historia, presente con especial predilección en la historia del pueblo que acogió su alianza.

El sacerdotal es un catequista, que vive aproximadamente en la última época del destierro de Babilonia (siglo VI a. C.), pero sus escritos se continúan trabajando, cuando el pueblo retorna a Palestina y rehace allí su camino (siglo IV a. C.). Estamos en una época de desaliento. Se ha roto el pueblo, se ha roto la tierra. ¿Dónde está la mano del Dios de las promesas, del Señor de la historia? Israel está ahora desterrado, medio perdido en el marco del imperialismo babilónico. Necesita vivir más que nunca su fe, en noche oscura. Ser él mismo, conservando vivamente las marcas de su fe en el Señor. Porque según el grito de los profetas, que anuncian en la noche, está a punto de amanecer algo nuevo, totalmente nuevo. La voz de los profetas es aliento para el destierro y guía para el paso siguiente en el camino. Da la impresión, como si de nuevo hubiera que vivir el éxodo, una nueva salida de la esclavitud a la libertad, tan nueva que parece un comienzo de nuevo desde el principio, una creación. Por eso cuando el sacerdotal haga la historia santa, contando lo que pasó en la hora primera de la historia, pintará aquel gesto de amor desde la creación nueva del Señor.

Los relatos del yavista y del sacerdotal, como vemos, son muy distintos, de épocas distintas, de horizontes distintos, de caminos distintos. Después se entrelazarán uno con otro, para expresar juntos el mosaico de la aurora de la creación. Habrá buen motivo para hacerlo, porque aunque son distintos, cuentan la misma historia del amor del Señor y en el fondo la cuentan con los mismos trazos principales.

La pascua, clave para la mirada

Aquel gesto primero está visto desde el último. Es un gesto de amor para otro gesto nuevo de amor más grande y más definitivo. La creación es una gracia para la gracia. Está vista desde más acá del éxodo, desde la fraternidad de la liberación, experimentada por el pueblo, que es ya familia de familias en una tierra común. Es el credo de la pascua el que alumbra toda la historia santa de aquellos catequistas. La construcción del hogar común en la primera hora sólo fue una maravilla, que preparó la gran maravilla de la liberación y de la entrada, obrada por la mano poderosa del Señor. Visto el amanecer primero desde aquí se comprende que los dos catequistas entiendan el universo de los cielos y de la tierra como algo destinado al hombre. Es una casa para la humanidad, que es el centro (J) y la cumbre(P) de aquel hogar inmenso, que ante la mirada de otros muchos pueblos parecía sobrepasar y dominar a la aventura humana. El universo, a cuya construcción vamos a asistir, es el escenario de la historia de la humanidad creada, para ser después humanidad agraciada. Es el camino de un encuentro de gracia en gracia, es sin más el marco por donde se abrirá el sendero del reino de Dios para su nueva creación.

Ahora hemos encontrado la clave para escuchar el anuncio. Estamos situados en la pascua, en la primera pascua. Pero nosotros hemos visto, con nuestros ojos, que la primera pascua se ha cumplido de lleno en la última, en la pascua del Resucitado. Es en torno a la mesa del Señor, donde bajo el mismo techo partimos el pan y vivimos en anticipo la comunión del amor, desde donde aquella historia se nos hace hondamente luminosa, luminosa desde sus raíces, desde el amor entrañable del Padre, que la realizó.

3. *El rostro del Padre, que se deja adivinar*

El catequista sacerdotal nos anuncia la primera hora del mundo. «En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas» (Gén 1, 1-2).

Esta buena noticia, contada en medio de los pueblos, que adoran a los ídolos, es un fuerte contraste. Los hombres han creído casi siempre que este mundo procedía de «una mano poderosa», que les sobrepasaba. Pero casi siempre han pensado que esta «mano poderosa» era el mismo mundo con sus fuerzas admirables. La humanidad del imperio egipcio, con la que lindaba Israel, se había fijado sobre todo en la vida asombrosa, que latía en los animales y de ellos había hecho sus ídolos. La humanidad del imperio babilonio se había fijado más bien en la fuerza del universo, sobre todo en el cielo estrellado, y de los astros había hecho sus ídolos. La primera palabra del catequista es una palabra apasionada. Es un grito contra toda idolatría conocida, que diviniza las fuerzas que el mundo tiene dentro de sí mismo. Estas fuerzas que el hombre encuentra o fabrica son ídolos, «hechura de manos humanas». De pronto el catequista empieza a presentarnos un rostro, que no hay que desentrañarlo de la naturaleza, sino de la historia, pero no de una historia empezada, que se construye por sí misma, sino de una historia que aún no se ha empezado a construir.

Manos extendidas en ofrenda

El «Dios» que anuncia el catequista es el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de la promesa y del éxodo, el Dios del desierto y de la entrada, sí, incluso el Dios del destierro y de la nueva esperanza. Es el Dios de los padres, el que quiso empezar con ellos una familia tan grande como las estrellas del cielo y darles en herencia una tierra fecunda y compartida. Por eso no nos extraña que al dejar entrever su rostro, el Señor aparezca con la gracia de su ternura. Su gesto es radicalmente personal, aparece como una decisión absolutamente creadora: «Hágase»... «Y se hizo» (1, 3.9.11.15.24). «Dijo... e hizo» (1, 6.16.21). Se trata de un proyecto desde la absoluta libertad, un proyecto destinado decididamente a la familia de los hombres.

No es una «mano poderosa», anónima y neutra, la que moviliza la marcha del universo. Son manos extendidas, con un proyecto enteramente personal. Es un gesto incondicional. No depende de nada ni de nadie. Es un gesto, que se anticipa. No ha esperado a nada ni a nadie. Es un gesto que se ofrece, que se da. La soberana libertad del gesto aparece como una ofrenda en favor de la familia de los hombres. El gesto es una palabra, que se hace. Palabra y hecho al tiempo. En absoluta soberanía. Parece como si no hubiera esfuerzo ni fatiga. Es que no hay lucha. Los poderes de la naturaleza y de la historia están destronados. Ni siquiera se han puesto en marcha. Lo que empieza a suceder, la historia de la casa común del universo, no procede del

universo mismo, ni de su iniciativa, ni de su fuerza. No hay nada preexistente, ni siquiera masa ni forma alguna, debatiéndose en el caos. Si nada se ofrece de nuestra parte, es que todo se ofrece de parte suya. Todo, del todo, en todo. No nos extraña que más tarde el pueblo confiese que todo fue creado de la nada (2 Mac 7, 28). Entonces todo es gracia, todo es don, don de gracia.

Manos que hacen ser para el encuento

Esta soberana palabra imperante, que es el gesto de las manos abiertas y poderosas, de quien ha decidido volcarse sobre el mundo en favor de la familia de los hombres, no es una gracia que sale al encuentro de estos, sino una gracia que les pone en pie para el encuentro. Es una gracia que constituye en las raíces, creando el ser como don de la gracia. Por eso siempre quedará la amenaza del caos, que no es otra cosa que el desarraigo. Es caer fuera de las manos que hacen ser, en el abismo de la desintegración y de la ruina. Pero las manos se extendieron en favor de la familia de los hombres. Estos habían de ser creados, es decir, constituidos enteramente por el don de la gracia. A ningún espacio de ser podrían emigrar, donde no se encontraran con la ofrenda de la gracia, que les hacía ser libres para el encuentro. Pero antes de que se pusieran en pie sobre los caminos de la historia, el gesto de la gracia quiso ofrecerles una casa grande, un hogar común, el universo de los cielos y de la tierra. El relato de la creación que el catequista anuncia es, pues, una buena noticia, la noticia de que Alguien nos ha amado primero y al darse, habló e hizo, hizo y habló. Por eso el universo salido de sus manos es como un anuncio, como un desvelamiento de su rostro.

El que aparece, envuelto en misterio y revelado en historia, en la hora primera de la creación, es el mismo Señor del camino, que iba reuniendo a la familia y preparando la casa común. Ya se adivina su rostro. «Mil gracias derramando pasó por estos sotos con presura, y yéndolos mirando, con sólo su figura vestidos los dejó de su hermosura».

4. *El Padre hizo la casa del mundo para la familia de los hombres*

El catequista, que cuenta la historia del principio, enmarca la obra del Señor en el marco de la semana judía. El tiempo de la construcción del mundo, donde se ha de situar a la familia humana, durará siete días. Y la forma de construcción será como la edificación de una gran

casa, una inmensa obra de albañilería, como las que hacían los grandes soberanos. Es el hogar común de «los cielos y de la tierra». Todo lo que el Padre ponga en la construcción no lo va a sacar de su ser, como si de él emanara, tampoco lo va a sacar de materiales que existieran antes. Por eso esta construcción se diferenciará radicalmente de las que hacemos los hombres. Nosotros trabajamos con la materia que nos encontramos. El Señor ha «creado» aquello mismo, con lo que va a construir y la construcción misma. Unas veces parece que lo trabaja con sus manos, otras sólo con la fuerza poderosa de su palabra. Pero en todo caso, el hogar entero será un gesto de su amor y de su gracia. El hará las cosas llamándolas por su nombre con un gesto absoluto de su soberanía. Es una ofrenda para la familia de los hombres.

Casa dispuesta para la humanidad

Cuando se va a construir una casa, antes de amanecer, cuando todavía es de noche, se necesita la luz. La luz amanecida será la obra primera que abra brecha en el caos de la sombra. «Dijo Dios: "Haya luz" y hubo luz. Vio Dios que la luz estaba bien, y apartó Dios la luz de la oscuridad; y llamó Dios a la luz "día" y a la oscuridad la llamó "noche". Y atardeció y amaneció: día primero» (Gén 1, 3-5). Una vez amanecida la aurora, se hace necesario trazar las paredes maestras de la construcción. En primer lugar poner un gran techo firme, que sostenga el agua que cae de arriba y hacer que aparezca el suelo firme, en la tierra que estaba encharcada. «Dijo Dios: "Haya un firmamento por en medio de las aguas, que las aparte unas de otras". E hizo Dios el firmamento; y apartó las aguas de por debajo del firmamento, de las aguas de por encima del firmamento. Y así fue. Y llamó Dios al firmamento "cielos". Y atardeció y amaneció: día segundo. Dijo Dios: "Acumúlense las aguas de por debajo del firmamento en un solo conjunto y déjese ver lo seco"; y así fue. Y llamó Dios a lo seco "tierra" y al conjunto de las aguas lo llamó "mares"; y vio Dios, que estaba bien» (1, 6-10).

La casa está ya construida en sus muros, en su suelo, en su techo. Pero aún no es una casa acogedora. Se necesita luz que alumbre y ayude a marcar el tiempo del camino. Los astros, que a los ojos de los antiguos eran dioses soberanos, para el catequista son simples lumbreras para el servicio del hombre. «Hizo Dios los dos luceros mayores; el lucero grande para el dominio del día, y el lucero pequeño para el dominio de la noche, y las estrellas» (1, 16). Ellos tienen la luz recibida de aquella luz primera, salida de las manos creadoras del Señor. Son también criaturas para la familia de los hombres. Pero

hace falta que la casa tenga medios de vida, para que los hijos puedan alimentarse. La tierra, que tiene ya fuerza creadora, recibida del Señor, puede producir «hierbas que dan semillas, por sus especies, y árboles que dan fruto con la semilla dentro, por sus especies» (1, 12). Pero aún quedará más. Los animales, creados más inmediatamente por el Señor, acompañarán al hombre en el camino, estando a su servicio: «los grandes monstruos marinos, que bullen en las aguas del mar, y las aves que revolotean sobre la tierra, y las alimañas y las bestias y hasta los animalitos que serpean por la tierra» (1, 20-25). Al ir haciendo la casa, vio el Señor que todo lo que hacía era bueno, que estaba bien (1, 10.12.18.25). El mal no ha roto el orden de la primera hora, un orden que estaba ordenado al hombre, destinado para el hombre. La casa grande iba resultando bien, según el propósito de su voluntad.

Casa compartida por la humanidad

El catequista llama a la casa «los cielos y la tierra», un gran edificio en tres pisos: lo que hay arriba en los cielos, lo que hay abajo en la tierra y lo que hay en las aguas por debajo de la tierra (Ex 20, 4). Esta gran casa no es como un organismo, que descansa sobre sí, y vive desde sí, como pensaban y piensan muchos hombres. Es eso sin más: casa y camino, que se van haciendo. Más que naturaleza hecha, es historia que se hace, pero no desde sí misma, sino desde las manos abiertas del Señor que ha hecho el ser del universo como don de la gracia para la aventura de la familia de los hombres. No es extraño, pues, que todo sea para los hombres. Todo para todos. «Ved que os he dado toda hierba de semilla que existe sobre la haz de la tierra, así como todo árbol que lleva fruto de semilla; para vosotros será de alimento» (Gén 1, 29). La tierra entera, con toda la fuerza de su vida, que hace florecer la multitud de las plantas es como el pan, que el Padre quiere ofrecer a la familia de los hombres, para que se sostengan y avancen hacia una tierra desarrollada, sometida y compartida. Y lo mismo los animales. El hombre los pondrá nombre, es decir, los situará en el mundo, en el puesto que les corresponde para la historia humana, nunca como seres que le dominen, siempre como seres a su servicio. «Mandad en los peces del mar y en las aves del cielo y en todo animal que serpea sobre la tierra» (1, 28; 2, 19-20).

«¡Dios mío, qué grande eres! Te vistes de belleza y majestad, la luz te envuelve como un manto. Extiendes los cielos como una tienda, construyes tu morada sobre las aguas... Asentaste la tierra sobre sus cimientos y no vacilará jamás; la cubriste con el manto del océano, y las aguas se posaron sobre las montañas... De los manantiales sacas

los ríos, para que fluyan entre los montes, en ellos beben las fieras de los campos, el asno salvaje apaga su sed; junto a ellos habitan las aves del cielo, y entre las frondas se oye su canto. Desde tu morada riegas los montes y la tierra se sacia de tu acción fecunda; haces brotar hierba para los ganados y forraje para los que sirven al hombre; él saca pan de los campos, y vino que le alegra el corazón y aceite que da brillo a su rostro y alimento que le da fuerzas... Hiciste la luna con sus fases, el sol conoce su ocaso. Pones las tinieblas y viene la noche y rondan las fieras de la selva... Cuando brilla el sol se retiran y se tumban en sus guaridas; el hombre sale a sus faenas, a su labranza hasta el atardecer. Cuántas son tus obras, Señor, y todas las hiciste con sabiduría, la tierra está llena de sus criaturas... Gloria a Dios para siempre, goce el Señor con sus obras... ¡Bendice, alma mía, al Señor» (Sal 103).

5. *Y puso a la familia de los hombres en la casa del mundo*

El Padre ha construido ya la casa grande para la familia de los hombres. Su propósito al construirla no era la casa misma, sino la familia que había de vivir y caminar en ella. Porque la casa es para los hijos. La casa se construye, pero los hijos se engendran. Los catequistas han centrado en estos su mirada y han anunciado la luz, que brilla en su rostro, y el puesto que ellos ocupan, ante el Señor, ante los otros y ante el mundo. Vamos a seguir de cerca sus relatos. Son muy distintos, pero coinciden en que la familia humana es lo más importante de la creación. Para el sacerdotal es como la corona del gran edificio, para el yavista como el centro del gran jardín. A simple vista el hombre es insignificante, un ser pequeño y frágil, que atraviesa el camino grande y asombroso del universo. «Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!... Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas, que has creado, ¿qué es el hombre, para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?» (Sal 8, 2.4-5).

La humanidad, barro alentado

El yavista fue el primero en contarnos cómo salió el hombre de las manos del Señor. «Entonces Yahvé Dios formó al hombre con polvo del suelo y alentó en sus narices aliento de vida, y llegó a ser el hombre un ser viviente» (Gén 2, 7). El catequista presenta ante los ojos del pueblo sencillo una escena, tomada de la vida. Por una parte las

gentes conocen a los alfareros, que modelan con sus manos el barro de la tierra. Por otra parte han tenido una larga y dura experiencia de la muerte, es decir, han conocido en la muerte lo que es la vida. Los hombres, al morir, exhalan el aliento, que les mantenía en la vida, que parecía ser su vida misma. Barro y aliento eran los dos materiales para la creación del hombre. El Señor está tan cerca, que en figura humana camina por la tierra y toma polvo del suelo y lo da forma, forma de hombre. Pero el hombre sólo vive cuando se ha inclinado sobre él y le alienta su propio aliento. «Les retiras el aliento y expiran y vuelven al polvo; envías tu aliento y los creas y repueblas la faz de la tierra» (Sal 103, 29 s).

Al escuchar el mensaje del catequista se nos va despejando el horizonte. El hombre no es barro, es mucho más que barro. Y el barro de que está hecho ni es un sepulcro, donde está encerrado su espíritu, ni una herramienta de la que su espíritu se sirve. A veces hemos oído estas cosas, pero no podemos en modo alguno confundirlas con la buena noticia de la primera hora de la creación. El «aliento de Dios» unido al «barro» es lo que hace al hombre ser viviente. El hombre es «barro alentado». Las dos cosas a un tiempo: barro más aliento, aliento y barro en una pieza. Barro alentado, o para decirlo con una palabra castellana muy vigorosa, «aliento enterrado». Ya no podremos hablar fácilmente del alma y del cuerpo, como dos realidades separadas, como si el alma se hospedara en el cuerpo, o estuviera en él encarcelada. El hombre, como decimos hoy, es un espíritu encarnado o una carne espiritualizada, en la unidad de ser personal. Nosotros no tenemos barro ni aliento, lo somos al tiempo. Es el yo personal el que a una es barro, salido de la tierra, y aliento alentado de la boca de Dios. Parece que el hombre se encuentra entre la encrucijada de lo humano y lo divino. Es una criatura, hechura del Señor, pero al hacerlo, el Señor ha recogido el barro, recogiendo todo el ser y la vida de esta tierra, que ya era don suyo, para enriquecerlo con el don de su aliento. La familia de los hombres, ocupará por tanto el centro del universo, que existirá en torno a ella y para ella. Es que la tierra, donde la familia fue creada, era como la plataforma, el escenario de su vida y de su camino.

La humanidad, imagen y semejanza

El catequista sacerdotal nos da la misma noticia, pero de otra manera distinta. «Dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y mande en los peces del mar y en las aves del cielo y en todas las alimañas terrestres y en todos los reptiles, que serpean por la tierra. Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya, a

imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó» (Gén 1, 26-27). El relato marca bien el paso de la casa a la familia. Hay una decisión nueva y distinta, más intima, más personal: «Hagamos». Con ello se desvela el nuevo propósito. Si la mano creadora del Señor dejó en la casa sus huellas, ahora en la familia de los hombres se grabará su imagen. Es también una experiencia del pueblo sencillo. Los hijos se parecen a los padres, son como un reflejo de su rostro, llevan su imagen y su semejanza (Gén 5, 1.3). Desde luego aquí no nos encontramos ante una generación. Lo que el Señor hace también ahora es una creación, con la fuerza poderosa de su palabra. Para el sacerdotal, ni siquiera toma barro de la tierra. Es la sola palabra la que constituye al hombre. La palabra de su soberana libertad, que hace lo que dice, es, según hemos visto, la expresión de su don, el don gratuito de su amor. «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (1, 26). Pero, ¿qué significa la palabra imagen? ¿En qué está la imagen de Dios reflejada en el hombre?

Desde luego imagen y semejanza expresan un parecido. El hombre, la familia de los hombres «se parece» al Señor. Pero, ¿en qué? En ocasiones se ha pensado que la semejanza estaba precisamente en el aliento, del que hablaba el yavista, es decir, en el espíritu. Otras se ha pensado también que estaba en la inteligencia, que le distanciaba de los animales y le acercaba a la proximidad de Dios. Sin embargo, el catequista lo expresa con fuerza: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza para que domine» (1, 26). «Llenad la tierra y sometedla. Mandad» (1, 28). La imagen del Padre en nosotros es la soberanía de la libertad. El hombre puede ser dueño de sí mismo. Es una capacidad de ser, de decidirse, de darse. Esto es lo que nos hace ser personas, decimos hoy. Nosotros somos imagen y semejanza del Señor de la historia, el libre, el absolutamente libre, el que puede darse y amar absolutamente. Si el Señor es la gracia, el hombre, creado a su imagen, es también gracia, que se puede dar. Por ello es lugar-teniente y representante del Señor. Hace las veces del Señor en el mundo, le representa o, mejor, es el Señor quien se hace presente en el hombre, para llevar adelante, en el encuentro y diálogo con él, el propósito de su misericordia entrañable.

La imagen del Señor en el hombre es el señorío, dependiente de él, compartido con los otros y ejercido en el universo. Hombre en el relato del sacerdotal es un ser soberano. Pero su soberanía es un don. Sólo en cuanto se acoge el don y se vive del don se es soberano, es decir libre para darse. La libertad que constituye al hombre consiste en existir desde la gracia que le ha hecho ser. El hombre no podrá hacerse ídolo alguno. El relato tiene un enérgico acento frente a toda idolatría. La familia humana no podrá adorar a nada de lo que está sobre el cielo, ni a nada de lo que hay en la tierra, ni a nada de lo que

está bajo la tierra. El hombre, todo y solo, es de su Señor. Y es de sí mismo en cuanto es de su Señor. Pues cuando el hombre se idolatra a sí mismo y se desliga de la gracia de su Señor, que puede hacerlo, en esta misma medida se esclaviza y se arruina. Su señorío se constituye en el exclusivo y entero servicio al Señor, de donde viene su ser, como don de libertad para la gracia.

Pero el señorío del hombre, no es individual, sino comunitario, compartido. Hombre, en el relato, es una persona comunitaria, es decir, una comunidad de personas o una persona que consiste en ser una comunidad. Hombre es en realidad una familia. La soberanía de la imagen está dada a este ser comunitario. Por eso este don de la gracia primera excluye ya de raíz toda relación de dominio. No es posible que un hombre domine sobre otro hombre. La gracia no se puede desdoblar entre dominio y dependencia, señorío y sumisión. Es la familia entera de los hombres, todos y cada uno, la que ha recibido el don de la soberanía, que es en último término el don de poder darse y compartir. El arraigo en la soberanía del Señor, constituye a los hombres en radical igualdad y es así como expresan comunitariamente el encargo de la representación para el señorío sobre el mundo.

Por fin la imagen es un señorío ejercido en el mundo. El universo de los cielos y de la tierra es para la familia de los hombres, jamás la familia de los hombres es para el universo de los cielos y la tierra. Un solo hombre, un solo gesto del hombre, un solo latido de su pensamiento o de su amor vale más que el universo entero. Por tanto la familia tendrá que «llenar» el mundo, someterlo y mandar sobre él. Ya veremos cómo. Desde luego, en la línea de convertirlo en hogar de gracia para todos. Pero no podrán los hombres someterse a las criaturas, sin que corran el riesgo de desintegrarse ellos mismos y desintegrar a la misma casa común. Imagen y semejanza, expresan así no sólo la religación del hombre con el Señor, sino su religación con la comunidad de los hombres y su religación con la casa común del mundo. Así lo sugiere el catequista. Veámoslo más de cerca.

6. *Formando una comunidad de amor, para construir el hogar común*

Según acabamos de ver, el Padre, desde la primera hora ha puesto en el mundo al hombre en una comunidad familiar. «A imagen de Dios los creó, macho y hembra los creó» (1, 27). El yavista, en cambio, construye una escena que entra por los ojos de manera más viva. «No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada», dice el Señor (2, 18). Ayuda era el universo entero, más ayuda aún los vivientes y sobre todo los animales, que servían al

hombre. El Señor en una larga procesión les hace pasar a todos delante de él, para que les ponga nombre. El hombre está ejerciendo su soberanía, como presencia del creador que llama y manda y sitúa en el universo. Pero en los vivientes sobre los que domina, en aquellos que le sirven de cerca, «no encontró una ayuda adecuada» (2, 20). El hombre necesita una persona con quien compartir, reconociéndose en ella, es decir, compartiendo el ser y el camino desde lo que, en último término, son gracia de amor. «Entonces Yahvé Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne. De la costilla que Yahvé Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces éste exclamó: "Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta será llamada varona, porque del varón ha sido tomada"» (2, 21-23).

La humanidad, familia de amor

La escena del catequista parece que recoge datos de leyendas del pueblo. El sueño es como un dejar paso a la acción misteriosa del Señor (Gén 15, 12). El gesto de sus manos se sustrae a nuestras miradas. Y el gesto mismo, la costilla tomada y recreada, tal vez sea un dato popular que contaba la atracción mutua del hombre y de la mujer, su estrecha comunicación de vida. Pero en medio de las figuras de la narración, se anuncia el mensaje. El hombre, que el Señor ha puesto en la tierra, no es un individuo, sino una comunidad, pero una comunidad familiar, de un amor que se comparte y se prolonga. La grandeza del hombre de ser barro alentado por el soplo de Dios, no le da la suficiencia ni la autonomía. Necesita recibir el aliento del Señor, para caminar en pie, como viviente, más aún, necesita compartir este aliento con otras personas. Su grandeza es insuficiente, se siente necesitado de otros, con quien compartir. Y estos otros ¿quiénes son? Una comunidad familiar: marido y mujer, padres e hijos. La comunión de amor en la familia es la que mejor puede expresar esta atadura en las raíces de los hombres entre sí. El gran signo, como capacidad de amor, será la sexualidad, a través de la cual la vida se comparte y se prolonga.

Hombre y mujer son, al tiempo, iguales y distintos para poder amarse y comunicarse en el don. Son iguales, un yo frente a un tú. El catequista lo expresa con un vigor admirable. Son los dos carne de carne, huesos de huesos, «varón» y «varona». En radical igualdad. La gran alegría del hombre al encontrarse con la mujer es que en ella se reconoce a sí mismo, como algo idéntico consigo mismo. Pero al tiempo son distintos. Han de ayudarse. Ayudarse de modo adecuado

es compartir como hombres lo que les falta a uno y a otro. El don de la sexualidad, que hace al uno hombre en toda su realidad personal y a la otra mujer en toda su realidad personal, muestra bien que en la misma igualdad son distintos, más aún, complementarios. La distinción no es enfrentamiento, afirmación de uno frente a otro, sino necesidad de uno para otro. Sólo en comunión pueden ser y caminar. Pero en una comunión, que se da fuera de sí, que prolonga creadoramente el ser de los dos en una carne única y distinta, la familia de los hijos. De este modo, el barro alentado, que es comunidad familiar existe compartiéndose y compartiendo; al compartirse, comparte la vida a otros. Una vida que tanto en su origen como en su resultado es una unidad de amor, una carne única. «Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne» (2, 24). La comunidad familiar, hecha de padres e hijos son hombres todos, iguales y distintos, para poder amarse y compartir y alcanzar así la unidad. En la familia de los hombres se deja entrever la otra familia de los que llegaron a ser hijos de veras, cuando acojan la última gracia que el Padre les dará.

Para construir la casa común

La familia de los hombres, puesta por el Padre en el universo, implantada en él, desde sus mismas raíces, está encargada y destinada a realizar responsablemente el proyecto de la gracia. La familia ha de construir una casa común, para poder compartir en ella el amor cumplido. El Padre no ha terminado la creación. Tan sólo la ha empezado. El solo empezó a hacer la casa grande del mundo. Pero ahora tendrán que ayudarle los hijos de la familia humana. «Bendíjolos Dios y díjoles Dios: Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea en la tierra» (1, 28).

El catequista yavista nos ha dado una pequeña sugerencia, para comprender esta tarea de la familia humana en la construcción del mundo. «Plantó Yahvé Dios un jardín en Edén, al oriente, donde colocó al hombre que había formado. Yahvé Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer, y en medio del jardín, el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal... Tomó pues, Yahvé Dios al hombre y le dejó en el jardín de Edén, para que lo labrase y lo cuidase» (Gén 2, 8-9.15). Para este catequista que pinta la obra del Señor con trazos tan vivos, la tierra era un gran desierto que tenía un solo manantial. El Señor convirtió el desierto en un jardín para el hombre. Preparó una casa y se la dio en regalo a la familia de los hombres. Era suya y se la dio a ellos, para

que la habitasen y construyesen con su esfuerzo, mientras iban haciendo camino.

Por una parte es una casa suya. Como salida de sus manos poderosas es una casa grande y bella, una casa habitable, que parece un jardín, donde los hombres pueden encontrar sus delicias (Edén). Arboles, ríos y piedras preciosas la decoran. Sobre todo los ríos, porque el agua es la que da fecundidad a la tierra, agua que se extiende por todas partes para dar vida en favor del hombre. El catequista no sabe bien dónde estuvo enclavada esta primera gran casa de la familia humana. A lo mejor tampoco tenía especial interés en situarla exactamente. El hace referencia a la «fértil media luna», a la zona de entrerríos de Mesopotamia o las tierras de más al norte. Lo que importa para el catequista es que aquella tierra primera era de esta misma nuestra, que el paraíso era la tierra de nuestro espacio y de nuestro tiempo, que era ya la tierra de nuestra historia.

Por otra parte el Señor pone la casa en manos de la familia de los hombres, que acaba de estrenar su vida. No hace lo que un padre con los hijos pequeños, que les da todo para ellos, pero sin ellos. Les trata como a hijos mayores. Pone todo en sus manos, contando con ellos, pidiéndoles que compartan con él el trabajo de construir el mundo. Antes había empezado él mismo como un trabajador a edificar el hogar común de la tierra. El don se ha convertido en tarea. Ya desde la primera hora los hombres se encuentran con el encargo del trabajo. El Señor puso al hombre en aquella casa-jardín para que la labrase y la cuidase (2, 15). En este sentido, las palabras del yavista empalman con las del sacerdotal. «Llenad la tierra y sometedla» (1, 28). La creación está en marcha. Para realizar en ella el proyecto de amor del Señor, la familia de los hombres ha sido agraciada y comprometida. Los hombres, que desde la primera hora son «hombres-en-comunidad», hermanos de una familia, son también desde esta primera hora «hombres-en-un-mundo», trabajadores del universo en su historia.

Con el trabajo de sus manos

El trabajo es una tarea, que tiene sus raíces en el mismo ser del hombre, como barro alentado por Dios y configurado con la imagen de su señorío. Si el Señor de la historia crea y construye para la familia de los hombres el universo, los hombres ejercerán con él su señorío, compartiendo la tarea creadora de esta construcción. El trabajo es el gesto del hombre, que se pone en juego, que se emplea, y que se da, para que avance la creación. No se puede ser hombre, sin ser trabajador. El que no trabaje, traiciona la historia de la aventura humana del universo bajo la mano del Señor. Por eso el trabajo, que

construye la tierra, edifica también la comunidad y se convierte en alabanza del Señor.

Ya desde la primera hora de la creación, el hombre tiene necesidad de trabajar para poder comer. De la tierra se saca el pan. Trabajar la tierra para que la tierra regada por el esfuerzo de los hombres dé el fruto de sus entrañas, es construir el mundo, convirtiéndolo en lo que verdaderamente es, mesa común, donde se parte el pan. Por eso el trabajo de los hombres, que hace a los hombres más hombres, hace también al mundo más mundo, lo convierte en hogar común y mesa compartida. Pero en la primera hora de la creación, quien trabaja no es un hombre, sino la familia de los hombres. Todos, los padres y los hijos, trabajan la tierra y todos juntos comparten el pan a la mesa. El trabajo une a la familia porque es tarea común, distribuida, según las posibilidades de cada uno y según las necesidades de la comunidad. Al trabajar la tierra juntos se hacen más hermanos y sobre todo al compartir sobre la misma mesa el pan de su trabajo. El catequista que pinta la tierra, la pinta sin propiedad privada, sin alambradas, sin trabajo vendido y dinero acumulado. Como en una familia de verdad, todo lo tenían en común. Por eso el trabajo les hacía ser más hermanos y por serlo, podían levantar sus manos hacia el Señor ofreciéndole el fruto primero de sus manos (Gén 4, 3 s; cf. Ex 34, 26; Dt 26, 1 ss). Es así como la casa es trabajada y guardada, según el encargo recibido, en obediencia fiel al encargo, donde se encuentra la verdadera libertad para la fraternidad y el hombre se va haciendo plenamente hombre.

De este modo con los trozos de las viejas catequesis se compone el relato de esta buena noticia de la primera hora de la creación. El Padre para realizar en la plenitud de los tiempos el proyecto de su misericordia entrañable, creó entre sus manos el hogar común, en el que puso a la familia de los hombres, que algún día serían de verdad hijos suyos, para que ya desde el principio iniciaran el camino del compartir en torno a la misma mesa, bajo la mano de aquel que les había creado como don de su gracia, para ponerles en pie por el camino de la historia.

7. *Un anticipo de la aurora de la nueva creación*

Nos pusimos a contemplar la aurora de la creación desde el amanecer de la pascua. Y descubrimos que aquella aurora era el resplandor de la luz ardiente y luminosa del misterio de amor, escondido desde antes de los siglos en el Padre, que se ha entregado a su Hijo en la unidad del Espíritu. La luz de la pascua nos condujo a la luz del proyecto amoroso de la misericordia entrañable, antes de la

creación del mundo, y la luz de este beneplácito fue la que vimos brillar en el amanecer de la creación. Pero como el amanecer es un paso hacia la plenitud del día, comprendemos bien que esta aurora nos remita a la plenitud de los tiempos, cuando el misterio escondido se ha desvelado enteramente en el Hijo entregado. Esto es lo que nos permite ahora ver el resplandor de la pascua desde la aurora de la creación, pues si ésta fue una promesa y un anticipo, aquélla es un cumplimiento y una plenitud para la consumación. En el beneplácito descubrimos el proyecto de la gracia, en la creación su diseño, en la pascua su plenitud.

Jesús, el Señor, el Hombre nuevo, el Hijo primogénito

En primer lugar contemplamos a Jesús, el Hombre nuevo, desde el hombre de la primera creación. El Padre ha creado al hombre por manos de su Hijo, en el amor del Espíritu. El Hijo es su imagen, «el resplandor de su gloria, la marca de su ser» (Heb 1, 3). Cuando decimos que el hombre fue creado por Dios «a su imagen y semejanza» (Gén 1, 26), si desciframos estas palabras desde la pascua del Señor, entonces hemos de decir que el hombre primero, en la primera hora de la creación, ha sido creado ya según la imagen del Hijo. En esta perspectiva el ser del hombre, su gracia creada, es ya un diseño del Hijo. Por eso cuando aparezca el Hijo, en medio de nosotros, habiendo tomado por entero nuestra humanidad, lo que era una imagen diseñada en el hombre, aparecerá en él como imagen en plenitud. El será la imagen del Padre y por ello será el Hombre en plenitud, el Hombre último, que es el Hombre nuevo. Efectivamente Jesús, el Hijo amado del Padre, encarnado, muerto, resucitado y entronizado se nos aparece como el rostro mismo del Padre. «El que me ha visto a mí, ha isto al Padre» (Jn 14, 9; cf. 12, 45). En su rostro ha amanecido la última y nueva creación. «Pues el mismo Dios, que dijo: de las tinieblas brille la luz, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar la gloria de Dios, que está en el rostro de Cristo» (2 Cor 4, 6). El que existía «en la forma de Dios» (Flp 2, 6) siendo desde siempre su imagen, entregado y glorificado ahora, es la imagen en plenitud, la «imagen de Dios» (2 Cor 4,4), la imagen visible del Dios invisible (Col 1, 15). En este sentido, Adán no era más que un «tipo del que había de venir» (Rom 5, 14). En el Cristo de la pascua ha aparecido en plenitud gloriosa la humanidad del hombre.

En segundo lugar, contemplamos a la iglesia del Señor, la familia de hermanos del primogénito, desde la humanidad de la vieja creación. En el proyecto eterno del Padre estaba incluida ya la familia de sus hijos. Por tanto, cuando creó la humanidad por manos de su Hijo

en el Amor del Espíritu, esta humanidad era ya un diseño de lo que había de ser la familia de la iglesia. En efecto, la familia humana, creada a imagen del Primogénito, lleva en sí una vocación al encuentro definitivo con él y por tanto a su transfiguración en fraternidad. No es extraño, pues, que cuando los primeros hermanos se vean reunidos en torno a él, después de haber tomado parte en su misterio pascual confiesen admirados: «Hechura suya somos, creados en Cristo Jesús» (Ef 2, 10). La humanidad que «es en Cristo una criatura nueva. Lo viejo pasó; se ha hecho nuevo» (2 Cor 5, 17; cf. Gál 6, 15). La iglesia será la nueva humanidad, que lleve el aliento y la imagen del Hombre nuevo. Los hermanos, desalentados y decaídos, reciben el aliento del Señor resucitado (Jn 20, 22). El Señor es el Espíritu (2 Cor 3, 17), el «Espíritu vivificante» (1 Cor 15, 45). Por eso su Aliento da la vida nueva a su fraternidad, configurándola al tiempo con su propia imagen. Si en la primera creación, la familia de hijos llevaba la imagen del Adán primero, también ahora la familia de los que han llegado a ser hijos en el Hijo, llevará la imagen del Adán último y celestial (1 Cor 15, 49). Despojados del hombre viejo, que era la humanidad envejecida por su idolatría y opresión, por su desobediencia y enfrentamiento, los hermanos se revisten ahora del Hombre nuevo, para ser todos uno en Cristo (Col 3, 10) y así recorrer las sendas de una vida nueva (Ef 4, 24).

En tercer lugar, contemplamos la tierra nueva, el hogar del primogénito, desde el universo de la vieja creación. Según su proyecto el Padre ha creado los cielos y la tierra por manos de su Hijo en el aliento del Espíritu para que fueran la casa grande de su familia. Todo fue hecho por él y para él y todo tiene en él su consistencia (Col 1, 16-17.20; Jn 1, 3). Pero el universo lleva en su misma constitución un diseño que le avoca a ser el hogar de la familia de hermanos del Primogénito, pues él es el Heredero (Heb 1, 2) y bajo su cabeza se ha de recapitular (Ef 1, 10). Si desde la creación del universo, nos ponemos a contemplar la plenitud de los tiempos, vemos cómo con la llegada del Hijo se abre de nuevo el paraíso, pues el reino que anuncia y realiza es el hogar del Padre, con los hermanos en torno a la mesa compartida. En la pascua el Padre le entrega todo poder en el cielo y en la tierra (Mt 28, 18) y se convierte de lleno en lo que era desde el principio: «primogénito de toda la creación» (Col 1, 15). El universo de la primera hora era el hogar donde los hombres vivían en armonía con su Señor, con sus hermanos y con su tierra. Ahora el nuevo Adán, el libertador y el reconciliador, va a la cabeza del universo en la iglesia hasta que vencidos todos los poderes, realice en plenitud la mesa compartida del reino y la ofrezca al Padre (1 Cor 15, 24-28; Ef 1, 20-23), para alabanza de gloria de su gracia.

4

La fraternidad rota

Acabamos de ver el primer gesto de amor del Padre en la historia nuestra. Desde antes de la creación del mundo se propuso reunir una familia inmensa de hijos en torno a su Hijo mayor, y preparar para ellos una gran casa común, donde pudieran compartir su amor para alabanza de gloria de su gracia. Este propósito de su voluntad, lo empezó a realizar en el tiempo, cuando al principio creó los cielos y la tierra como casa grande en donde había de situar a la familia de los hombres. Después creó a éstos a su imagen y semejanza, como personas libres, que pudieran darse a sí mismas en el amor. En manos de esta comunidad familiar puso el universo de los cielos y de la tierra para que lo dominara y construyera mediante el trabajo y así pudieran todos sentarse en torno a una mesa compartida, para alabanza de gloria de su gracia. Ahora sí que puede hacerse ya la historia del amor, como un encuentro, como un diálogo, como una comunión. Los hombres son personas libres, conscientes y responsables, por la gracia primera que el Padre les dio, constituyéndolos a su imagen. Ahora es cuando pueden responder libremente a la ofrenda de su amor.

1. *Parábola de la ruptura del amor*

Cuando en una familia los hijos son ya mayores, es cuando empieza de verdad su historia. Hasta entonces el padre ha trabajado para ellos. Pero ahora es cuando ellos empiezan a compartir el camino. Hay algo que les viene dado sin que ellos quieran, su propio ser, que les hace ser hijos y por ello hermanos. Este hecho es un dato previo, de un amor que les ha amado de antemano. También por este hecho parece que hay trazados ya en la tierra unos caminos para llevar adelante la familia y construir la casa, caminos que el amor del

padre de antemano ha trazado. Sin embargo, todo depende ahora de la respuesta de los hijos.

Cuando los hijos están abiertos al amor del padre y son hijos de verdad, entonces están abiertos también al amor de los hermanos, son hermanos de verdad. Pero hay un grave riesgo en el camino. Los hijos mayores, por ser libres, pueden decidir su respuesta al amor, que les ha salido al encuentro. Si se cierran al amor del padre, rompiendo con su misericordia entrañable, desobedeciendo a los caminos de amor, que su voluntad propone, entonces se cierran también al amor de los hermanos. Nace en ellos la ambición, pretenden tener más que los otros, poder más que los otros, ser más que los otros. Entre los hermanos se han levantado barreras, cada uno está a lo suyo. Pero las barreras son a su vez trincheras, porque al ir cada uno a sus intereses, la familia se ha roto. Hay un conflicto que causa dolor y que lleva incluso a la muerte. Cerrados al amor, en el que consistían, empiezan a dejar de ser y mueren matando.

La desobediencia y la ambición han nacido en el corazón de los hijos, pero no quedan dentro de ellos, sino que salen fuera y contagian todo el ambiente familiar. La familia entera deja de ser comunidad de amor para ser comunidad en conflicto de intereses encontrados y en lucha a muerte. Pero aún sucede más. La desobediencia y la ambición de los hijos condiciona el reparto de la casa común. Se pasa a un reparto del hogar según el dinero y el poder de cada uno. Se levantan alambradas. Los más poderosos se quedan con la mejor parte y a los más pequeños se les deja tirados en la calle. Desobediencia y ambición se han contagiado a los muros de la casa derrumbada y construida ahora como campo de guerra. Pero también es verdad, entonces, que todos los hermanos que vivan en esta casa destrozada y en esta familia rota, se sentirán envueltos desde la primera hora hasta la última de su camino, en una provocación más fuerte a la desobediencia y a la ambición.

2. *Los hombres rompieron el amor con el Padre*

Esta parábola que acabamos de contar fue una realidad en los comienzos de la historia humana. Los hechos nos han sido relatados por los dos catequistas, que ya conocemos, sobre todo por el que llamamos yavista. A este catequista le gustan también las parábolas y habla al pueblo sencillo con imágenes. Parece como si representara ante nosotros el teatro de la historia. Lo que importa en la representación es el hecho, que se hace mensaje, más que los detalles de la escena. Por otra parte, sabemos que escribe su catequesis desde muy atrás, desde después de la liberación de la esclavitud y la entrada en la

tierra de la herencia. Nosotros, además, la contemplamos, viéndola desde más acá, desde la última liberación y la última entrada que sucedieron cuando Jesús, el Señor, resucitó de entre los muertos. Vamos a dejarle la palabra.

«La serpiente era el más astuto de todos los animales del campo que Yahvé Dios había hecho. Y dijo a la mujer: "¿Cómo es que Dios os ha dicho: No comáis de ninguno de los árboles del jardín?". Respondió la mujer a la serpiente: "Podemos comer del fruto de los árboles del jardín. Mas del fruto del árbol, que está en medio del jardín, ha dicho Dios: no comáis de él, ni lo toquéis, so pena de muerte"» (Gén 3, 1-3). Ya tenemos en escena a tres personajes: los hombres, el árbol y la serpiente. Vamos, pues, a presentarlos. ¿Quiénes son?

Los hombres envueltos en gloria

En primer lugar los hombres están allí, recién salidos de las manos del Señor, en toda su grandeza. Son «imagen y semejanza» del Padre. El Padre les ha coronado de gloria y dignidad, les ha dado el mando sobre las obras de sus manos y todo lo ha sometido bajo sus pies (Sal 8, 6-7). Estaban vestidos de gloria. Esta es una palabra que no sabemos lo que significa. Los israelitas la aprendieron en el Sinaí. El pueblo estaba en torno a la montaña y aparece el Señor como una luz fuerte y poderosa que le envuelve. Este amor poderoso, esta fuerza deslumbrante es la gloria. Es el amor que acoge, envuelve y alienta. Entonces los hombres de la primera hora aparecen aquí en esta escena envueltos por el amor, dentro de la fuerza y la luz del amor del Padre. Esta es su sobrecogedora grandeza, cantada en un fragmento, que se recoge en Ez 28, 12 ss. «Eras el sello de una obra maestra, lleno de sabiduría, acabado en belleza. En Edén estabas en el jardín de Dios, mil piedras preciosas formaban tu manto... Querubín protector de alas desplegadas te había hecho yo, estabas en el monte santo de Dios, caminabas entre piedras de fuego» (Ez 28, 12-14).

Un indicador puesto en su camino

En segundo lugar aparece en medio del jardín un árbol, «el árbol de la ciencia del bien y del mal» (Gén 2, 9.17; cf. 3, 3.22). ¿Qué es este árbol? ¿Qué significa su presencia en el jardín? En el mundo antiguo había leyendas sobre el árbol y el fuego, que eran tan sólo propiedad de Dios. Un árbol, que estaba solo en su jardín, un fuego que estaba solo en su monte. Ninguno de los hombres podían acercarse a ellos y

apropiárselos. Entonces llegarían a ser como dioses. El hombre difícilmente podía resistir la tentación de esta aventura y de esta escalada. De todas formas, el catequista, cuando pone en escena el árbol, aunque tiene ante su mirada estas leyendas, pretende, con el árbol, representar otra cosa: la presencia del Señor, que sale al encuentro de los hombres, con una propuesta de amor, ofreciéndoles sus caminos, que ellos tendrán que decidir. Pero, ¿cómo es que el catequista ha llegado a estos pensamientos?

Como el catequista está viendo la escena del paraíso desde la alianza del éxodo, necesitamos trasladarnos hasta su punto de mira para comprender el árbol de la escena. Moisés está delante del pueblo. Le ha anunciado el camino de la voluntad del Señor. Por ello ante el pueblo se abren dos sendas: la del bien, que conduce a la vida, y la del mal que conduce a la muerte. Es decir: entregarse en obediencia a la voluntad de amor del Señor o rechazarla para abrir el propio camino. «Mira, yo pongo hoy ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia. Si escuchas los mandamientos de Yahvé tu Dios... si amas a Yahvé tu Dios, si sigues sus caminos... vivirás y te multiplicarás. Yahvé tu Dios te bendecirá en la tierra, que vas a entrar a poseer. Pero si tu corazón se desvía y no escuchas, si te dejas arrastrar a postrarte ante otros dioses, yo os declaro hoy que pereceréis sin remedio... Pongo hoy por testigos contra vosotros al cielo y a la tierra: te pongo delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Escoge, pues, la vida, para que vivas, tú y tu descendencia, amando a Yahvé tu Dios, escuchando su voz, uniéndote a él; pues en esto está tu vida, así como la prolongación de tus días mientras habites en la tierra, que Yahvé juró dar a tus padres Abrahán, Isaac y Jacob» (Dt 30, 15-20). Desde esta escena, entiende el catequista el árbol de la ciencia del bien y del mal, que sitúa en el hogar inmenso del paraíso.

El catequista quería decir al pueblo, que cuando el Padre empezó la historia de su amor, puso a los hombres en la tierra, para que vivieran como hermanos, y compartieran la casa común. Pero para hacer esta historia no se podía ir por cualquier camino. La familia de los hombres era imagen y semejanza del Señor, compartía con él el encargo del señorío. Pero era el mismo Señor el que ponía la señal y el indicador de su voluntad, para mostrar los caminos de su amor. Lo bueno y lo malo no lo deciden los hombres por sí mismos, según sus intereses. Lo decide el Padre, de cuyas manos hemos salido. El catequista sitúa entonces en la escena el árbol de la ciencia del bien y del mal, como el indicador de los caminos del Señor, como la señal que marca el trazado de las sendas de su justicia, que es su amor. Los hombres podrán aceptar este plan de amor o rechazarlo, pero ahí está ante ellos, como una invitación, como una pro-vocación, una vocación hacia el futuro de la historia. Por un lado está el camino de su

voluntad, que conduce a la vida. Por otro, el camino que se aparta de su voluntad y conduce a la muerte. Escoged (cf. Sal 1, 1-6).

La voz de sí mismo

Aún nos queda por presentar a la serpiente, el astuto animal del campo, que toma parte en la escenificación. También aquí tenemos que ponernos en el punto de vista del catequista que conoce la experiencia del pueblo. En muchas ocasiones, el pueblo se ha negado a seguir los caminos del Señor, para hacer su propia aventura. Con ello no es que haya renunciado a todo señorío, sino que se ha entregado a los ídolos, que pueden ser o él mismo o los ídolos de barro, que él fabrica con sus manos a su imagen y semejanza. El ídolo es precisamente la imagen de su pretensión de independencia y autonomía absoluta, el eco de su deseo de hacerse la vida por sí mismo, sin depender en absoluto de nadie. Pues el ídolo es el que le garantiza las condiciones favorables con las que el hombre puede hacer su propia aventura. El catequista desea presentar la tensión del fondo del hombre en alta voz, como si fuera una voz que se escucha fuera de él, incluso dirigida a él. Le interesa representar en un personaje el deseo del hombre de apropiarse enteramente la vida que recibió como gracia, con el intento de divinizarla por los caminos que él mismo se traza hacia la plenitud. Pero como en Palestina, la serpiente en los cultos idolátricos es uno de los signos más destacados de la fecundidad inmanente de la vida, la toma como personaje para la escena de la tentación. La serpiente, que va a suscitar en el hombre un poderoso impulso a «serse» por sí mismo, es ni más ni menos que la imagen de su voluntad de independencia y autonomía.

La tentación, última encrucijada

Ha llegado ya el momento de representar en una escena el hecho histórico de la ruptura del amor con el Padre, una escena que cuente lo que sucedió, pero en una parábola, que pueda ser entendida por el pueblo sencillo. De momento el catequista no pretende más que subrayar lo que va a suceder en una respuesta dada por el hombre mismo. No es una seducción que arrastra, sino una provocación que sitúa en el trance de decidir. La provocación, puesta en boca de la serpiente, es la tentación interior que él siente por su soberana grandeza. Es sin más un ataque a la sencilla obediencia, para dejar de estar en las manos del Padre y pasar enteramente a las propias manos. «Replicó la serpiente a la mujer: De ninguna manera moriréis. Es que

Dios sabe muy bien que el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como los dioses, conocedores del bien y del mal» (Gén 3, 4-5). Ante el árbol, se abren las dos sendas. Comer del árbol, que según el Señor no se puede ni se debe comer, es un camino de conocimiento, que en aquel entonces es igual a poder: el poder hacerse uno a sí mismo, por sí mismo y para sí mismo. En la gracia primera estaba encerrada verdaderamente esta posibilidad.

Ante el hombre se abre ahora la absoluta disyuntiva: o vivir desde el Señor o vivir desde sí mismo, o vivir para el Señor, es decir, para la familia de hermanos y la casa común o vivir para sí mismo, es decir, para su propia familia y su propia casa, en un camino de saber y poder cada vez mayor. Es la absoluta disyuntiva entre obediencia o desobediencia, libertad o esclavitud. Es una encrucijada de caminos, la única que es propiamente encrucijada. La primer gracia de ser hombre encierra una soberanía, pero en sus límites, una libertad pero en sus límites. Es un absoluto relativo. No obstante, en lo que hay en ella de libertad soberana cabe la posibilidad de querer apropiarse enteramente la gracia, es decir de traspasar los límites. Y con el pretexto del recelo de Dios, de suponer que la gracia primera es una condena a la permanente inmadurez de la dependencia, puede iniciar la aventura de la construcción de sí mismo, que arranque el fuego sagrado, como contaba la vieja leyenda. Es decir, puede intentar trazar por sí mismo el trazado de los caminos de la historia. Consentir a esta tentación, que es la más hondamente humana, sería intentar apropiarse la gracia, es decir, convertirla en propiedad privada. Pero esto es ni más ni menos que la ruptura con el amor del Padre que se nos ha dado, haciéndonos ser como don.

La decisión por la desobediencia

«Y como viese la mujer que el árbol era bueno para comer, apetecible a la vista y excelente para alcanzar sabiduría, tomó de su fruto y comió, y dio también a su marido, que igualmente comió» (Gén 3, 6). En este momento los hombres han desobedecido. El pecado en sus raíces es cerrarse al amor. Pero en su forma más originaria es cerrarse al amor del Padre en la desobediencia. El Padre respeta profundamente la decisión soberana del hombre y viene a su encuentro, consintiendo en que quede abandonado a los deseos de su corazón. «¡He aquí que el hombre ha venido a ser como uno de nosotros, en cuanto a conocer el bien y el mal!» (Gén 3, 22). Estas palabras no son de broma ni de compasión. Toman en serio a los hombres en lo que acaban de decidir: la decisión de ser ellos mismos por sí mismos para sí mismos. Decisión que pretende llevarlos más

allá de la creaturalidad, de saltar todo límite, de arrancar toda dependencia. «Oyeron luego el ruido de los pasos de Yahvé Dios, que se paseaba por el jardín... y el hombre y su mujer se ocultaron de la vista de Yahvé Dios. Yahvé Dios llamó al hombre y le dijo: «¿Dónde estás?». Este contestó: «Te oí andar por el jardín y tuve miedo, porque estoy desnudo; por eso me escondí» (Gén 3, 8-10).

Se ha consumado la ruptura del amor con el Padre. No es que el Padre haya roto su amor a la familia de los hombres, es que la familia de los hombres ha roto el amor que debía al Padre, que le había creado entre sus manos. Se habían pasado a los ídolos, pero en este caso, el ídolo no era la serpiente, sino ellos mismos. La serpiente en la escena sólo aparecía como el eco de la pretensión interior del hombre. Ahora la pre-tensión se ha cumplido. Ellos han decidido romper la dependencia del que los amó y los creó, para pasar enteramente a sus manos. Se han arrancado del amor de la gracia que los había constituido y que los envolvía y alentaba, se han despojado ellos mismos del vestido de la gloria, porque no han consentido en dejarse amar. Por ello, se sienten desnudos, desvestidos del amor glorioso y fuerte que los envolvía. Y hasta rotos por dentro, con una sensación de vergüenza, de no ser lo que debían ser ante la mirada de quien les amó y ahora amorosamente sale a su encuentro. Pero esta decisión de la desobediencia es una ruptura del lazo que a él les unía, una ruptura de su religación creatural y por tanto lleva consigo un trastorno en las raíces profundas de todo su ser. Y si su ser es un ser-con-los-otros-en-medio-del-mundo, entonces la ruptura del amor repercutirá en la comunidad y en el universo.

3. *Los hombres rompieron el amor con los hermanos*

Estamos siguiendo de cerca la escenificación del yavista. Aún no ha terminado la primera escena, pero pasamos a la segunda para poder comprender mejor la secuencia entera de su anuncio. La primera escena ha sido una escena de desobediencia. Los hombres han cerrado los puños hacia lo alto y no han querido ser acogidos por la gracia. La escena segunda es un asesinato. Caín da muerte a su hermano Abel (Gén 4, 1-16). A simple vista las dos escenas no están muy relacionadas y sin embargo tienen empalme muy hondo. En la ruptura de la fraternidad, el egoísmo no es la última raíz. Muchos así lo piensan. Nos robamos y matamos porque somos egoístas. Pero, en realidad, ¿por qué somos egoístas? El catequista no pretende explicar una teoría de la historia, pero sí relatar un acontecimiento de la historia santa. Para él, la raíz última de la ruptura de la fraternidad está en la desobediencia, que rompe el amor con el Padre. Los hijos,

una vez roto este amor, ya no se consideran hermanos y se matan. Los hombres, salidos del amor que les reúne en familia y hogar común, se convierten en asesinos.

Hermanos distintos, grandes y pequeños

Ya en la primera escena a raíz de la desobediencia a la voluntad del Padre, el catequista anota el nacimiento de la insolidaridad en la fraternidad humana. La mujer ya no es la carne y los huesos del hombre (Gén 2, 23), sino alguien que desde fuera se le ha dado como compañera, a quien puede reprochar, proyectando su culpa (Gén 3, 12). Pero el catequista se propone presentar otra escena, más viva y detenida todavía, construida con los hijos de los padres que se habían cerrado al amor. «Conoció el hombre a Eva, su mujer, la cual concibió y dio a luz a Caín, y dijo "He adquirido un varón con el favor de Yahvé. Volvió a dar a luz, y tuvo a Abel su hermano. Fue Abel pastor de ovejas y Caín labrador» (Gén 4, 1-2). También aquí la historia de la primera hora está vista desde más atrás, desde la situación de Palestina, una vez que el pueblo se establece en la tierra de la herencia. El primer dato de la escena revela la situación socioeconómica y política, en la que se encuadraría la representación. La tierra está mal repartida. Hay dos grupos sociales: «los labradores», que tienen tierra propia y la cultivan y se abren un futuro mejor; y «los pastores», sin tierra, que en tiendas de campaña van de un sitio a otro dando de comer los pastos que quedan a su rebaño miserable. La tierra tiene ya alambradas. Una barrera separa a los grandes de los pequeños. Y hasta parece que cada uno de ellos tiene su propio altar.

«Pasó algún tiempo y Caín hizo a Yahvé una oblación de los frutos del suelo. También Abel hizo una oblación de los primogénitos de su rebaño y de la grasa de los mismos» (Gén 4, 3-4). Parece que hay una importante diferencia en sus ofrendas. Caín ofrece algo, que no es lo mejor de lo suyo, que no corresponde al agradecimiento al Señor. Está cerrado en sus intereses y, desde ellos, se presenta ante el altar para ofrecer al Señor con manos cerradas. Abel, en cambio, le ofrece todo lo mejor. Lo mejor, porque son los primogénitos de su rebaño y, sobre todo, porque nada se reserva en el holocausto. Según la manera de entender entonces la acogida del sacrificio, de parte del Señor, el Señor no acepta la manipulación y la comercialización de la gracia. O la gracia se acoge o, si no se acoge, la bendición se convierte en maldición. «Yahvé miró propicio a Abel y su oblación, mas no miró propicio a Caín y a su oblación» (Gén 4, 4 s). Pero ¿es que Abel fue acogido porque era justo, porque se había entregado a la gracia? El texto, aunque se puede leer desde la distinta calidad de las ofrendas y

desde las posturas hondas de los que ofrecen, tiene aún una lectura más profunda y desconcertante.

El Señor prefiere a los pequeños

El Señor los ha contemplado, desde donde vienen. Los dos son hombres cerrados al amor, en un mundo que ya está cerrado al amor, donde el pecado se ha convertido ya en una fuerza que acosa a los hombres desde fuera (Gén 4, 6). Pero a la hora de salir al encuentro, toma decididamente partido por los pobres. Su misericordia entrañable se muestra en su preferencia por los pequeños, por los últimos. Isaac será preferido a Ismael (Gén 21), Jacob a Esaú (Gén 25, 23; 27), Raquel a Lía (Gén 29, 15-30). «Se rompen los arcos de los valientes, mientras que los cobardes se ciñen de valor; los hartos se contratan por pan, mientras los hambrientos engordan; la mujer estéril da a luz siete hijos, mientras que la madre de muchos queda baldía. El Señor... levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre, para hacer que se siente entre príncipes y que herede un trono de gloria; pues del Señor son los pilares de la tierra, y sobre ellos afianzó el orbe» (1 Sam 2, 4-8; cf. Sal 112, 7-9; 106, 33 ss; 145, 6-9). En el fondo, aunque Abel hace la ofrenda mejor de su pequeñez, el Señor no le prefiere porque fuera un pobre suyo, sino porque, de antemano, su misericordia había optado por él, para realizar su proyecto de amor entrañable. Aquí es donde se plantea el problema. Caín, que es rico, no puede soportar la preferencia del Señor por los pobres. Esto le desestabiliza, le arranca de raíz su fingida autosuficiencia.

El asesinato del hermano

«Caín se irritó en gran manera y se abatió su rostro» (Gén 4, 5). Cuando el hombre vive bajo la mirada del Señor, a la luz de su rostro, camina con el rostro levantado, tendiendo la mano a su hermano, pero cuando pretende desligarse de su misericordia y ceder a la tentación de la autonomía, parece como si el hombre se doblara sobre sí. «Si no obras bien, a la puerta está el pecado, como fiera que te codicia, y a quien tienes que dominar» (Gén 4, 7).En el momento que el hombre se ha cerrado al amor del Padre, ya ha perdido de vista al hermano. Su hermano se ha convertido en un extraño, más aún, en un enemigo. Primero pretende tomar las cosas del hermano para sí. Es el robo y la explotación. Después pretende tomarse su persona, dominarle. El poder le deshace hasta en sus últimas raíces y su pretensión de vida se convierte en instinto de muerte. Para continuar viviendo,

tiene que matar. Al hermano se le va arrancando el ser, hasta que se derrama la sangre. La explotación se hizo opresión y la opresión terminó siendo asesinato. «Caín dijo a su hermano Abel: "Vamos afuera". Y cuando estaban en el campo, se lanzó Caín contra su hermano Abel y lo mató» (Gén 4, 8). La ruptura del amor del Padre, des-liga al hombre de su condición de hijo, pero con ello se des-liga de su condición de hermano. Roto el único amor, se consuma el único pecado: la desobediencia, que asesina.

«Yahvé dijo a Caín: "¿Dónde está tu hermano Abel?". Contestó: "No sé. ¿Soy acaso el guarda de mi hermano?". Replicó Yahvé: "¿Qué has hecho? Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo"» (Gén 4, 9-10). La gracia no puede ser manejada y mucho menos anulada. El don de ser hombre, que es la sangre, no está en manos del hombre impunemente. El hombre puede romper su ser. Puede desobedecer y hasta asesinar. Pero la sangre derramada plantea una querella ante el Señor de la vida. Esta querella, sin embargo, no es en último término porque su derecho propio haya sido pisado, sino porque al pisar el derecho de la gracia, se ha pisado a los pobres, donde esta gracia se revela soberanamente como gracia. La querella por la vida, no es tanto la querella vertical: «¿qué has hecho de la vida que te di?», sino la querella horizontal: «¿dónde está tu hermano? ¿qué has hecho de la vida de tu hermano?». Es que la gracia salida de las manos del Padre crea una comunidad y una tierra, donde se ejerce el derecho de la gracia como fraternidad centrada en torno a los pequeños. La sangre derramada de los oprimidos se convierte, por tanto, en grito que sube hasta el cielo. El Padre y los hermanos son inseparables. Si la desobediencia ya era de suyo ruptura de la solidaridad humana, el asesinato ya es de suyo ofensa grave contra el Señor. Y si la desobediencia llevaba ya en sí una transmutación en la entera creaturalidad del hombre, más aún la desobediencia consumada en el asesinato. En la tierra se ha inaugurado el dolor, como anticipo de la muerte.

4. *La fuerza del dolor y de la muerte*

En el encuentro del Señor con los hombres que se habían cerrado al amor, resuena ahora una palabra fuerte, que nos era desconocida: la maldición (3, 14.17; 4, 11). Esta palabra, puesta por el catequista en boca del Señor, plantea un problema difícil. ¿Es que un padre puede maldecir a sus hijos y a las cosas de sus hijos? La luz a veces nos ciega y se nos hace tinieblas. Por nuestra flaqueza el eco de la luz ha ensombrecido nuestra mirada. Del mismo modo la maldición es en nosotros el eco de la bendición. Es una bendición, que nosotros no

hemos querido bendecir, que hemos rechazado y al rechazarla se nos ha convertido en maldición. De todas formas, como veremos luego, la maldición está desbordada y envuelta por la bendición: «Dios les bendijo» (Gén 1, 28). «El te pisará la cabeza» (3, 15). Esto no significa que el hombre, al romper el amor y desligarse del Padre y de los hermanos, no haya sufrido en su mismo ser una transformación importante, que alcanza a sus mismas raíces. Estaban desnudos, es decir, habían perdido la gloria, esto es, se habían des-ligado de la gracia.

Este gesto tan radical y absoluto del hombre, no se puede realizar sin consecuencias, que afectan a su mismo ser. Por de pronto, si el hombre es un don, es decir, una gracia creada entre las manos del Señor, pasar a las propias manos es descentrarse, es decir, comenzar a desintegrarse. Si el hombre es gracia y existe como gracia, es decir, acogiendo y ofreciendo el amor, cerrarse al amor en la desobediencia y en la opresión, es empezar a desintegrarse en su ser. No podrá arrancarse la imagen, pero la imagen habrá quedado des-figurada. La religación última permanece, porque si no el hombre quedaría reducido a la nada. Y hemos visto que las manos del Señor están ahí sosteniendo el gesto de la traición. Pero esta consistencia religada y ahora des-integrada se ve afectada por el dolor y en último término por la muerte. El catequista no es un teólogo que explique una lección con palabras elevadas y abstractas. Más bien, es un hombre que conoce al pueblo y habla el lenguaje del pueblo, de donde toma los datos de su parábola para continuar la representación. A consecuencia del pecado, allí donde el hombre tenía su grandeza, allí mismo ha encontrado su miseria.

El dolor de la desintegración

La grandeza más grande del hombre es ser imagen y semejanza del Señor. Gracias a ella el hombre puede darse y formar una familia de hijos, a los que comparte la vida, y gracias a ella también puede trabajar y dominar la tierra, convirtiéndola en casa común. La procreación y el trabajo son dos gestos supremos de la soberanía de la libertad. Entonces el catequista que ha leído detenidamente la vida del pueblo de los pobres, pone en escena la existencia doliente de los humildes, como signo del dolor que atormenta a la humanidad, desde la hora que rompió con la gracia.

«A la mujer le dijo: Tantas haré tus fatigas, cuantos sean tus embarazos: con dolor darás a luz a los hijos. Hacia tu marido irá tu apetencia y él te dominará» (Gén 3, 16). La procreación, como comunicación de la vida, aparece aquí representada en la figura de la

maternidad. El catequista contrasta esta grandeza con su realización miserable en medio del pueblo de los pobres. La madre de familia cargada de hijos, con el enorme peso de darles a luz y llevarlos adelante. Dar la vida se ha convertido en carga pesada. Pero aun el mismo hecho de compartirla para darla, se convierte en un anhelo que termina en la opresión y en el vasallaje humillante. Aquí la bendición de ser una sola carne se ha convertido en la lucha entre el dominio y la sumisión, entre la opresión y la dependencia. Es verdad que la vida continúa en su empeño y en su fecundidad, pero gravada por el dolor. Engendrar la familia de hijos es una tarea que lleva consigo la contradicción y la desintegración.

«Al hombre le dijo: "Por haber escuchado la voz de tu mujer y comido del árbol del que yo te había prohibido comer, maldito será el suelo por tu causa: con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu frente comerás el pan"» (Gén 3, 17-18). El dominio de la tierra por el trabajo era uno de los gestos más grandes del hombre, puesto sobre la casa-jardín del universo. Pero el catequista no pretende hacer una teología del trabajo. Tan sólo intenta contrastar la contraposición entre la grandeza del encargo del Señor y la miseria de las condiciones en las que se ha de realizar este encargo. Ante su mirada tiene la vida de los campesinos, arrastrada a más no poder, sudando de sol a sol y sin apenas recompensa. La tierra se les resiste, se les niega. Ya no es la tierra fecunda que ofrece sus frutos al hombre que es la imagen del Señor, sino la tierra pobre, huraña, maldita, donde apenas se puede sobrevivir. Junto a la imagen del campesino, que está sentado en la tierra, la imagen del beduino, que peregrina por ella no ofrece mejor esperanza. Casi no le queda otro remedio, que comer la hierba, convertida muchas veces en espinas y abrojos. Construir la casa común es una tarea que lleva consigo la contradicción y la desintegración.

Merece notarse que el dolor, como marca que sigue al pecado, no está entendido por el catequista, como diríamos hoy, como «dolor de la enfermedad», sino como «dolor de la historia». Lo que se pinta en la escena no es la enfermedad que muchas veces, sin nosotros, se apodera del hombre y lo deshace, sino algo que está tal vez en el origen mismo de la enfermedad, la fatiga del vivir de los pobres, de los desheredados, que los va deshaciendo y condenando a muerte. Parece como si el catequista estuviera haciendo una crítica sorda a la civilización. El hombre se ha desligado para ser más, para crecer, para subir, para arrancar al Señor la gracia y ponerse en su puesto, creando una historia grandiosa y autónoma. Pero resulta que al desligarse de la gracia, se va hundiendo, se va desintegrando. Es verdad que lleva adelante la familia humana y la tierra de la herencia, pero con trabajo,

más aún, con dolor, con conflicto, incluso con sangre. Rota la familia y arruinada la casa, el pecado, como una fuerza que está ahí, como la serpiente que ahora ya no es una imaginación, sino una realidad poderosa, se va adueñando de la historia, acompañado del dolor, que termina en la muerte.

La muerte como destino

El catequista continúa teniendo ante la vista el camino del pueblo de los pobres, por donde avanza y a donde termina. Es como una lucha interminable y des-esperanzada por la subsistencia, que acaba sin remedio hundiéndose ante la majestad de la muerte. En su representación catequética de los dos caminos, hay como una promesa y un cumplimiento. «Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal, no comerás, porque el día que comieres, morirás sin remedio» (Gén 2, 17). «Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo volverás» (Gén 3, 19). La muerte para el catequista, que está presentando su mensaje, es verdaderamente un misterio. Los hombres, que han sido creados por la vida y para la vida, ¿cómo pueden sucumbir al peso de la muerte? El catequista sólo tiene una respuesta: la gracia recibida, que se desliga de las manos del que le agració, se desintegra en sus mismas raíces. Trazar por su cuenta los caminos de la gracia creada, como propios e independientes, es adentrarse en la senda de la muerte. Por más grandiosas que aparezcan sus realizaciones, la rotura interna del ser termina en la muerte, pero en la muerte que muere asesinando. El volver al polvo, también aquí en la escena, no es la aniquilación de una enfermedad, sino el derramamiento de la sangre.

La muerte está ya sembrada en el ser del hombre que se ha cerrado al amor. El polvo alentado y el aliento enterrado, amenaza de nuevo en ser sólo barro, que vuelve al barro. Así la muerte se hace simiente, camino y al parecer hasta meta. Pues la muerte no sólo ha ensombrecido la vida sino que se ha implicado con la vida. Y ya no parece la muerte un momento de la vida, sino la vida un momento de la muerte. Ciertamente no tenemos aquí en el catequista este empalme tan estrecho de pecado y muerte, que encontraremos en los escritos de Pablo, pero en el hecho de la sangre derramada queda claramente insinuado que la muerte ha aparecido sembrada en la tierra, desde el día en que los hombres se cerraron al amor del Padre y así se cerraron al tiempo al amor de los hermanos. Pero el catequista no termina aquí su escena de la ruptura de la fraternidad. Se atreve todavía a continuar su mensaje con otra escena más sobrecogedora todavía. El pecado, el dolor y la muerte no han sucedido sólo en el corazón del

hombre, ni siquiera en el pequeño entorno interpersonal. Se han contagiado a la comunidad entera de los hombres y al universo entero de los cielos y de la tierra.

5. *Las oleadas del pecado en el mundo*

El catequista continúa su representación. La próxima escena, compuesta de varios cuadros, es como una historia de ejemplos. Pero de ninguna manera se propone edificar con sus relatos. Está anunciando la historia de la gracia, que Dios ha hecho con los hombres. Para comprender la escena podríamos partir de dos pequeños datos. Si en la laguna de las afueras de un pueblo, tiramos una piedra en el centro, empieza a ondularse la superficie con unas ondas que se van extendiendo cada vez más hasta llegar a los extremos. Es una oleada irradiante, que se extiende. Pero no sólo se extiende, sino que se agrava cada vez más, como una espiral que se levanta o se ahonda, lo que llamamos ahora espiral de la violencia.

En las escenas anteriores, hemos ido viendo cómo el pecado, que empezó siendo sin más una decisión tomada en el corazón del hombre, ha salido fuera de él y ha ido ganando terreno. La serpiente que al principio era como el eco de la lucha interior del hombre, después es una figura de la escena con personalidad y peso propios, con una fuerza primaria (3, 17-19), como si fuera un ser vivo que está ahí fuera acechando para ver cómo asalta el corazón del hombre o logra que el hombre consienta en ser asaltado (4, 17). En realidad, dicho de otra manera, es que entre el hombre (adán) y la tierra (adama) hay una relación tan estrecha que, cuando el hombre se niega a acoger la bendición, la tierra cae en la maldición. «Maldito sea el suelo por tu causa» (Gén 3, 17). «Maldito seas lejos de este suelo, que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano» (Gén 4, 11). Una tierra que se ha tragado la sangre derramada por la rebeldía y el asesinato, es una tierra que ha sido contagiada hasta la hondura de sus entrañas del pecado que los hombres han hecho nacer en el mundo. En la representación del catequista vamos viendo el avance irresistible del pecado, del dolor y de la muerte: del hombre a la comunidad, de la comunidad a la tierra. Pero no basta con estas pinceladas, trazadas en el paso de las escenas. Se hace necesario pintar detenidamente las olas expansivas de la violencia. Y el catequista lo va a hacer en tres pasos.

La multiplicación de la venganza

La primera escena del acto es la multiplicación de la venganza: Gén 4, 17-24. Los hombres han arrancado de la tierra el indicador de los senderos del plan amoroso del Padre. Están haciendo su tierra, la suya, la que quieren construir con sus propias manos. Es verdad que la tierra es del Señor, pero como es un don de la gracia, pasó también a sus manos, como un encargo de gracia. Ahora, aunque ellos se desligaron del amor, la mano del Señor les continúa sosteniendo sus manos. Ellos mantienen una capacidad creadora sorprendente. En los relatos de las religiones antiguas, los avances del progreso aparecían como regalos que Dios hacía a los hombres; el catequista los presenta como conquistas de los hombres mismos. La familia de los hombres avanza poderosamente. Pasa de la cultura rural a la urbana. Cuando Caín «estaba construyendo una ciudad» (Gén 4, 17). Ya se está superando la existencia errante de los beduinos, o la dura existencia de la labranza de la tierra. En la ciudad se van abriendo los nuevos caminos de la industria, que diríamos hoy. Y aparecen los «forjadores de cobre y de hierro» (Gén 4, 22). Atrás quedan las herramientas de madera y de piedra, con las que se trabajaba y se luchaba. Y en esta nueva forma de vida es posible ya el ocio y el juego. Ya tienen allí un lugar «los que tocan la cítara y la flauta» (Gén 4, 21). Aunque los hombres estén de espaldas al Padre y ellos se crean fuera de sus manos, no han perdido la imagen de su soberanía, pueden construir, diríamos hoy, autopistas y rascacielos.

Pero estos hombres con tanto poder creador, están sin embargo cerrados al amor y cantan el canto de la venganza. «Dijo Lamek a sus mujeres: Adá y Sil-lá, oíd mi voz; mujeres de Lamek escuchad mi palabra: yo maté a un hombre por una herida que me hizo. Y a un muchacho por un cardenal, que recibí. Caín será vengado siete veces, mas Lamek lo será setenta y siete» (Gén 4, 23-24). La humanidad tenía por entonces la ley del talión, que está incluso recogida en Ex 21, 23-25: «darás vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, cardenal por cardenal». Pero en el canto de Lamek se trata de una venganza contagiada y multiplicada. Ya es el grupo humano entero el que está comprometido a la venganza, en exceso, mucho más allá de la ofensa recibida. El pecado se ha extendido a todos. Y la afirmación de la autonomía humana y del progreso realizado desde esta autonomía, se hace con los costos de la opresión y la muerte de venganza. Se está desgarrando el tejido mismo de la comunidad humana. Pero el catequista tiene interés en mostrar que cuando se desintegra la comunidad, se desintegra también el universo, en donde la humanidad vive y camina.

El mundo en ruinas

La segunda escena del acto es la casa del mundo enteramente en ruina: Gén 6, 1-7, 24. Se trata del relato del diluvio. La humanidad ha crecido más allá de su estatura. Se ha apropiado de lo divino y ha llegado a ser una humanidad gigantesca (6, 1-4). Desde esta postura de su soberanía absoluta, la maldad del hombre se extiende en la tierra, porque «todos los pensamientos que ideaba en su corazón eran puro mal de continuo» (6, 5). El corazón entero del hombre se ha corrompido y no de uno sólo, ni siquiera de un grupo, sino de la humanidad entera, de «toda carne» (6, 12). Así resulta que «la tierra está llena de violencias por culpa de ellos» (6, 13). La bendición se ha convertido en maldición. Desligada de la gracia, la humanidad y el universo se desintegran en la sangre. El catequista para dar más fuerza a la escena, presenta al Señor indignado en su corazón, y arrepentido de haber dado al hombre la soberanía sobre la tierra y decidido a castigar la violencia no sólo en la familia humana, sino en la casa de los hombres y en todos los seres vivientes que la pueblan (6, 7). En un pequeño resto permanecerá la esperanza para un nuevo futuro, pero la desintegración de la casa se pone en marcha. El estado de ruina se acelera. El catequista pinta el diluvio con toda su viveza: «en ese día saltaron todas las fuentes del gran abismo, y las compuertas del cielo se abrieron, y estuvo descargando la lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches» (7, 11-12).

La familia estaba puesta en la casa para construirla y compartirla. Pero cuando se separó del amor del Padre y se levantaron las barreras y trincheras en medio de ella, ya no sólo los hermanos se convierten en enemigos que luchan violentamente, sino que la misma tierra se ha convertido en campo de guerra, en tierra de violencia. Los pisos se arruinan. El suelo de abajo se resquebraja y brota el agua incontenible de la inundación. El techo de arriba se resquebraja y cae a torrentes la lluvia. Parece que el cosmos por momentos está a punto de convertirse en caos. Esto ya no es casa, esto ya es un mar de agua, que traga a los hombres y a los animales, es decir, que destruye a los que habían sembrado la destrucción misma. Sólo por la mano del Señor, Noé y los suyos, fieles a la gracia, pudieron ser, según el catequista, una simiente nueva, pero en la inundación del caos, el universo y la humanidad han estado a punto de perecer. La segunda oleada ha sido aún más fuerte que la primera. Menos mal que la mano poderosa del Señor libró a la humanidad y al universo de hundirse en la nada. De nuevo aparece la bendición (Gén 9, 1-3; cf. 1, 28).

La humanidad en el enfrentamiento

La tercera escena de este oleaje irradiante de la destrucción aparece en el relato de la torre de Babel: Gén 11, 1-9. El catequista está trabajando materiales de un cuento antiguo, que quiere dar razón de por qué la humanidad está rota, dividida y enfrentada. Pero toma este cuento desde su visión creyente. La humanidad estaba unida. Emigraba buscando un sitio para hacer una casa común. Encontraron por fin una vega. Y se dijeron: «Ea, vamos a edificarnos una ciudad y una torre con la cúspide en los cielos, y hagámonos famosos, por si nos desperdigamos por toda la faz de la tierra» (Gén 11, 4). Parece como que el catequista tiene ante los ojos a Babilonia, la gran ciudad, metrópoli de la civilización y signo del orgullo colectivo. En ella había una gran torre, que parecía llegar hasta el cielo. Se llamaba el zigurat Etemenanki. Pero el catequista relee entre líneas en el proyecto de la humanidad. Lo que se pretende en último término es una aventura de titanes, que quieren acosar a Dios y arrebatarle su señorío, la altura de su gloria. Parece que la aventura va adelante y que la humanidad está a punto de transpasar los límites de su condición creada. «Ahora nada de cuanto se propongan les será imposible» (Gén 11, 6). Estas palabras quieren ser una constatación. El poder de la humanidad es soberano, se levanta hasta los cielos.

Pero el universo, que ha dejado de ser casa, se está convirtiendo en templo de la gloria del hombre. Es la idolatrización de la imagen del Señor que habían recibido en gracia. Es la disputa por el último y absoluto señorío. El signo de la torre inmensa, del rascacielos diríamos hoy, indica que esto es posible. Y, sin embargo, cuando la bendición se convierte en maldición, la humanidad se divide y se desintegra (11, 7). El Señor, entre las mismas manos con que los ha creado y los bendice, ve cómo caen en la maldición. Hablando la misma lengua, dejan de entenderse. Cada uno hablará ya su lengua. Cada uno se iba a ocupar un trozo de la tierra. El titanismo secreto que conduce a un mundo aparentemente grande y admirable, encierra en sí mismo la semilla de la destrucción. Un mundo titánico, pero desarraigado de la gracia, es un mundo que revierte sobre la humanidad que la habita, desarticulándola y enfrentándola. De nuevo vemos aquí como en el relato del diluvio, lo que empezó en el corazón del hombre se ha hecho figura en el mundo, pero el mundo construido en el pecado retorna sobre la humanidad amenazándola de muerte, porque la divide y la enfrenta en lucha. De este modo el catequista se dispone a terminar este acto de su representación de la historia santa, acto que termina, como ningún otro, en una noche plenamente sombría. Ya no parece que pueda amanecer la esperanza.

El círculo del pecado

Si tuviéramos que traducir al lenguaje de hoy el último mensaje del catequista diríamos que el pecado avanza en un círculo, que se cierra sobre sí. El hombre, hecho a imagen de Dios, es hombre dentro de una familia de hombres (comunidad) y dentro de una casa común (mundo). El hombre es hombre, crece y madura en su humanidad, en cuanto que, bajo la obediencia del Señor, comparte la comunidad y construye el mundo. Pero si se cierra al amor, se inicia el círculo del pecado. Al cerrarse al amor del Padre por la desobediencia, se cierra al amor de los hermanos por la ambición y la opresión, cerrazón que le desintegra en el pecado y por fin en la muerte. Pero el pecado no es un acontecimiento que permanezca en su corazón. Como ser comunitario que es, el hombre irradia el pecado a la comunidad humana y el pecado se hace pecado comunitario. Pero como la comunidad humana está inserta en un mundo, el pecado se convierte en fuerza que configura el mundo, es decir, en pecado cósmico, pecado del mundo. Ahora el pecado, metido en las estructuras del montaje injusto y violento del mundo, provoca al pecado a todos los hombres que viven en la familia humana y en la casa común convertida ahora en campo de lucha. ¿Será posible la esperanza? ¿Es que la gracia salida de las manos del Padre y puesta en las manos de los hombres se desintegrará en la nada?

6. *La mano extendida del amor inquebrantable*

No podemos olvidar que esta historia de la primera gracia, la historia de la creación del hombre como gracia y de la respuesta negativa a esta gracia, está vista desde la segunda gracia, la nueva gracia de la alianza. Nosotros la contemplamos incluso desde la plenitud de la nueva gracia aparecida en la pascua del Señor. Por eso el catequista ha tenido especial cuidado en hacer aparecer discreta, pero amorosamente, la mano del Señor que va acompañando a la familia de los hombres en progresivo alejamiento de él. «Cuando por desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busca».

El Padre respeta que los hijos le digan que no, que se alejen de él y que se opriman unos a otros, pero su mano silenciosa y amable continúa abierta. Cuando un padre ve que sus hijos se le van de casa en una noche fría de invierno, les saca el abrigo del baúl y se lo pone. Y les dice: cuánto lo siento, pero os continúo queriendo. Adán y Eva estaban desnudos y tenían que salir de casa, pero el Padre viste su

desnudez con un gesto de gracia: «Yahvé Dios hizo para el hombre y su mujer túnicas de piel y se las vistió» (Gén 3, 21). Y si los hijos son malos, el padre dirá a los demás: aunque lo sean, no los toquéis. Su mano les acompañará en la intemperie. «Entonces dijo Caín a Yahvé: "Mi culpa es demasiado grande para soportarla. Es decir, que hoy me echas de este suelo y he de esconderme de tu presencia, convertido en un vagabundo errante por la tierra y cualquiera que me encuentre me matará". Respondióle Yahvé: "Al contrario, quienquiera que matare a Caín, lo pagará siete veces". Y Yahvé puso una señal a Caín, para que nadie que le encontrara le atacara» (Gén 4, 13-15).

El cariño providente del Señor no sólo alcanza a la familia de los hombres sino a la misma tierra de la humanidad. La serpiente que al principio era la lucha interna del hombre, se ha convertido en poder independiente del pecado que atraviesa el mundo. Pero no vencerá. «Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya y ésta te aplastará la cabeza, mientras acechas tú su calcañar» (Gén 3, 15). Es una promesa de esperanza para el futuro. A pesar de todo, el linaje nacido de la mujer, la descendencia de la humanidad acabará aplastando su cabeza. Y cuando el diluvio amenaza con la ruina completa de la tierra, resuena por primera vez en esta hora temprana de la humanidad, una palabra, que el catequista conocía por haber visto su cumplimiento, la palabra alianza, el compromiso del amor. «He aquí que establezco mi alianza con vosotros y con vuestra futura descendencia, y con toda alma viviente que os acompaña: las aves, los ganados y todas las alimañas que hay con vosotros... Establezco mi alianza con vosotros y no volverá nunca más a ser aniquilada toda carne por las aguas del diluvio» (Gén 9, 9-11). Así en el oleaje del pecado, del dolor y de la muerte ha ido apareciendo la mano acogedora del Señor, logrando que la maldición fuera una forma de bendición y la ira una forma de misericordia.

Pero al final, ¿no venció la noche? Es verdad que cuando la torre llegaba hasta el cielo, la humanidad se desmoronaba como los sueños y las pesadillas del amanecer. Pero a unos cuantos kilómetros de los rascacielos, en terrible contraste con ellos, la mano poderosa del Padre salía al encuentro de un puñado de pobres de la tierra. La llamada y la promesa a Abrahán manifiesta que su mano es ahora más fiel que nunca, más fuerte que nunca, más amorosa que nunca. Es ahora cuando empieza a manifestarse la segunda, la nueva, la última gracia, que llegará algún día a la plenitud de su consumación.

7. *La culpa feliz, que mereció tal Redentor*

La humanidad acaba de salir de las manos del Padre y apenas acogida la gracia de su creación, pretende apropiársela, negándose en desobediencia al proyecto de la misericordia entrañable. Nosotros estamos contemplando este hecho desde la aurora de la nueva creación, desde la pascua del Señor. Desde esta perspectiva aparece en toda su hondura la ruptura del pecado, pero a su vez aparece con mayor fuerza la plenitud de la gracia. Esta respuesta de la desobediencia de Adán, que sumerge en el pecado, en el dolor y en la muerte a la familia de los hermanos y a la casa común aparece, está vista desde la mañana de la resurrección, como una culpa dichosa, en la que se desborda más todavía la gracia. En la oscuridad de la culpa brilla con mayor resplandor la gloria del Señor resucitado. Pues «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rom 5, 20).

Jesús, el Señor, el Hijo obediente

En primer lugar contemplamos a Jesús, el Hijo obediente, desde el hombre desobediente de la vieja creación. Adán era hombre hecho a imagen del Padre, gracia creada para darse en gracia. Pero intentó «arrebatar» la gracia misma del Padre. Pretendió ser Dios, es decir, ser él mismo por sí mismo. Esta pretensión le cierra al amor del Padre en la desobediencia y al amor de los hermanos en la ambición. Así inicia el camino de la muerte. Jesús, en cambio, existía «en la forma de Dios», era el Hijo amado del Padre, engendrado por él, como la marca de su ser y el resplandor de su gloria (Heb 1, 3). Pero no intentó arrebatar y retener su igualdad con el Padre. Al contrario. Se entregó por entero a su proyecto de amor. Si el hombre viejo se cerró en la desobediencia, que conduce a la opresión, el Hombre nuevo se abrió enteramente en la obediencia que conduce a la ofrenda hasta el vaciamiento. Si el hombre viejo inicia el camino de la muerte, empieza a morir matando, el Hombre nuevo inaugura el camino de la vida tomando la forma de esclavo y dejándose matar como un criminal, colgado de un madero (Flp 2, 6-7). Visto desde Adán, se ilumina aún más el rostro de Jesús, el Hijo obediente, que rechaza la tentación de separarse del amor del Padre (Mc 1, 12 s; Mt 4, 1-11; Lc 4, 1-13), para hacerse obediente hasta la muerte y muerte de cruz, consumando así su filiación, en favor de todos sus hermanos (Heb 5, 5-10).

En segundo lugar contemplamos la comunidad de los hijos, iniciada por el Hijo obediente, desde la humanidad de la vieja creación. La ruptura del amor del Padre conduce a la ruptura del amor de los hermanos. Pero, como ya vimos, esta ruptura no es un hecho sola-

mente interpersonal, sino que llega a ser un hecho comunitario. La comunidad llega a ser comunidad bajo el pecado. Los signos de esta comunidad empecatada son la esclavitud y el enfrentamiento de los hermanos. La bendición se ha convertido en condenación. «El delito de uno solo atrajo sobre todos la condenación» (Rom 5, 18; cf. 5, 16). Pero «así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos» (Rom 5, 19). Al abrirse en obediencia al Padre, Jesús es la justicia para la familia de sus hermanos, la justicia, que conduce a la vida. «La obra de la gracia se resuelve en justificación» (5, 16). «La obra de la justicia de uno solo procura toda la justificación, que da la vida» (5, 18). Si la condenación de los hombres era su esclavitud y su enfrentamiento, que les lleva a la muerte, el Hombre nuevo, Hijo obediente, dará a todos los que le acogen la liberación (Rom 7), que conduce a la filiación para la fraternidad (Rom 8). La liberación y la comunión conducirán a la vida, pero a una vida en plenitud que no se termina nunca. Además, si el Hijo obediente ha roto la ruptura del pecado en su raíz más honda, también la romperá en sus últimas consecuencias. «Habiendo venido por un hombre la muerte, también por un hombre viene la resurrección de los muertos. Si en Adán murieron todos, así también, en Cristo, todos volverán a la vida» (1 Cor 15, 21-22). La familia de hermanos llevará la imagen del Hombre celestial, como llevó la imagen del hombre terreno y de esta forma el barro se convertirá en gloria (1 Cor 15, 45.49. 54-57).

En tercer lugar contemplamos la tierra de la herencia, inaugurada por el Hijo obediente, desde el mundo empecatado de la vieja creación. «Por un solo hombre entró el pecado en el mundo» (Rom 5, 12). El universo de los cielos y de la tierra estaba puesto en manos del hombre, bajo los pies del hombre. Del hombre dependía su destino. El hombre decidiría si iba a ser casa común o campo de guerra. Cuando el hombre se cerró al amor, las cadenas de la esclavitud y los muros de la separación configuraron la creación entera. En consecuencia, la creación, no porque quisiera ella misma, sino por el hombre que la decidía en sus manos, quedó sometida a la servidumbre de la destrucción (Rom 8, 20). Pero el Hijo amado ha sido enviado a la carne del pecado, para que en aquel mismo barro cerrado y manchado, él iniciara las sendas de la liberación para la filiación (Rom 8, 1-4. 14-17). Ahora bajo los pies del Hijo entregado y entronizado están todas las cosas (1 Cor 15, 27; Ef 1, 22). El es ahora el «primogénito de toda la creación» (Col 1, 15), que él encabeza para darle la liberación y la reconciliación. «En el reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención» (Col 1, 13 s), han sido reconciliadas todas las cosas, pues él ha pacificado por la sangre de su cruz,

todo lo que hay en el cielo y en la tierra (Col 1, 20). Si el hombre viejo, a través de la familia humana, cerrada al pecado, inicia el reino de la injusticia para la muerte, el Hombre nuevo inaugura el reino de la justicia para la vida. El anticipo que parecía un fracaso aparece ahora como el camino del desbordamiento de la misericordia entrañable. Ha sido mayor la gracia que la culpa, mucho mayor. «Reina la gracia» (Rom 5, 21). «¡Gracias sean dadas al Padre, que nos da la victoria por Jesús Cristo, el Señor nuestro!» (1 Cor 15, 57).

5

La misericordia entrañable

La historia del amor, que estamos siguiendo, parece que había tropezado con el absoluto fracaso. La ofrenda de la gracia había sido rechazada. La familia se había roto. La casa se había arruinado. Pero la misericordia entrañable del Padre aparece ahora, con un gesto nuevo: la promesa hecha a Abrahán.

1. *La parábola de la misericordia entrañable*

Continuamos con el hilo de nuestra parábola tomada de la vida del pueblo. Los hijos rompieron el amor con el padre. Pero en aquella misma hora había empezado a romperse el amor entre ellos. De hermanos empezaron a ser extraños y enemigos. Cada uno intentaba tener más de los otros, poder más que los otros. En esta lucha la casa se iba deshaciendo. Aquello ya no era hogar común. Cada uno se había hecho su propia casa y entre ellas atravesaba un muro, que unas veces parecía ser sólo una barrera, pero que en realidad era una trinchera. De ello resultaba, que los más ricos, los más poderosos y los más listos explotaron a los más pobres, los más débiles y los más ignorantes. Es verdad que todos estaban cerrados al amor y en este sentido todos eran pobres. Pero en esta lucha por el tener y por el poder, quedaban tirados fuera de la casa los pobres de entre los pobres, los últimos de los pobres. Explotados y oprimidos, tenían que ponerse a emigrar. Necesitaban familia y tierra. Y la noche oscura les cubría por encima de su camino. Era difícil apostar por la esperanza.

Pero el amor del padre era grande y fuerte. Sobre todo era gratuito y fiel. Su propósito de amor era inquebrantable. El amaba a sus hijos antes que ellos existieran, les amaba fuera cual fuera su respuesta. Les amaba porque era su padre. Por eso su amor era incansable, inagotable, porque era enteramente fiel. ¿Es que iba a dejar de amarles, porque ellos no le amaran y no se amaran entre sí?

Al contrario. Precisamente la fraternidad rota y la casa destruida le conmovían más aún las entrañas. Los hijos habían salido de sus entrañas, eran sus mismas entrañas. Les había dado el ser. Fue la gracia primera. Así ellos habían podido ponerse en pie, como hombres y responder a su amor. El amor sólo es amor, desde la libertad. La primera gracia era el don de la libertad. Gracias a este don, ellos podían decir que sí o que no. Habían dicho que no, con la fuerza del don mismo, que habían recibido. Ahora llegaba la ocasión de una gracia nueva. Conmovidas sus entrañas, podía el padre ahora darse a sí mismo, en la ofrenda de su misericordia entrañable.

La ofrenda de esta gracia nueva exigía salir de nuevo al encuentro. En realidad era ahora cuando su proyecto de amor podría aparecer. Lo que hasta ahora había sucedido sólo era una preparación para quererlos. Hacer la casa y traerlos a este mundo, sólo era el comienzo de la historia o lo que está antes del comienzo. Ahora es cuando con la palabra y con la prueba de su amor podía decirles y ofrecerles su proyecto más hondo. Decirles ahora ya, mayores como eran y alejados como estaban, decirles que su plan era reunirlos como hermanos y preparar para ellos una casa común y una mesa compartida. Decirles que este propósito nacía sobre todo de su amor, inquebrantable y definitivo. Por eso decide salir a su encuentro, adelantarse a amarlos y a ofrecerse a ellos. Pero, ¿a quiénes? Porque los hijos estaban dispersos y enfrentados. A todos, pero había que empezar por los pequeños.

Sus entrañas se habían conmovido al ver a todos, cómo se explotaban y se mataban. Pero le conmovían sobre todo los más pequeños, los que estaban tirados fuera de la familia y de la casa, explotados y oprimidos, enteramente pobres. El quería reunir a todos los hijos en una familia y preparar para todos una mesa común. Ha de preferir a los pobres y a los pequeños. Ellos serán los primeros en ser amados, para amar en ellos y desde ellos a todos los demás. Y su destierro, la tierra donde peregrinan, será la más amada, para intentar rehacer desde los cimientos la casa común. De modo que en la mesa donde se sienten todos, los pobres sean los primeros. La familia de los pequeños será la fraternidad de todos. La casa centrada en los pequeños será el hogar común, a todos abierto. Este es el nuevo gesto de su misericordia entrañable.

Los hijos pequeños, que escuchen esta llamada, se verán provocados a dejarse querer y tomar de la mano. Tendrán que salir. También ellos tienen las manos cerradas. Acoger la misericordia entrañable del padre en favor de todos los hermanos y de la tierra entera de la herencia, obligará a entregarse a este amor y salir... salir fuera de lo suyo y de los suyos. Ponerse en camino hacia el futuro, en favor de todos y de todo. Larga y difícil aventura.

2. *El mosaico del relato de esta historia*

Cuando escuchamos el relato de la historia de la promesa, nos encontramos con tres bloques distintos: tradiciones en torno a Abrahán (Gén 12, 1-25, 18), tradiciones en torno a Isaac y Jacob (Gén 25, 18-35, 29) y tradiciones en torno a José y a sus hermanos (Gén 37, 1-50, 26). A simple vista un relato sencillo y seguido. Pero ya estamos acostumbrados a ver un mosaico en lo que parece a primera vista una fotografía. Y es que el relato de esta historia, como el que acabamos de escuchar sobre las primeras horas de la creación, está compuesto de trozos empalmados de varias catequesis, pensadas y escritas en distintos momentos, sobre todo de dos, de la que hemos llamado yavista (J) y de la que hemos llamado sacerdotal (P). Cada uno de estos catequistas, o del grupo que con ellos está, ha visto la historia de la promesa desde una mirada distinta, según la situación de la comunidad creyente a la que hablaban. Nosotros ahora tenemos sus anuncios entretejidos, y así el relato de la promesa se hace más complicado, al parecer, pero mucho más hondo en realidad.

Los catequistas trabajan ahora con un material distinto de aquel material que tenían para construir los gestos primeros de la historia santa. Entonces contaban una historia, pero con imágenes que tomaban del pueblo. Ahora la historia está más cercana y la imagen ha sucedido en gran medida. Los patriarcas son figuras que se pueden fijar ya en el espacio y en el tiempo. Sus historias se han transmitido de generación en generación, en sus propias familias y grupos de familias (tribus). Se han recogido en los santuarios, en donde estas familias se reunían para venerar al Dios de sus padres, que era el lazo fuerte que les unía, junto con la sangre y la tierra. En los santuarios la historia se ha ido poco a poco dibujando y organizando. Y cuando los catequistas, en la época de la monarquía o en la del destierro, toman, releen y construyen la imagen de la promesa con estos materiales, están tomando entre sus manos una historia viva, que ahora la ven desde su situación, empalmando así el pasado con el presente y el presente con el futuro.

La mirada del yavista

El yavista escribe en la época gloriosa de la monarquía, por los días de David y de Salomón. El problema que tiene planteado es la misión de Israel entre los pueblos. El profeta Natán había dicho a David «Voy a hacerte un nombre grande, como el nombre de los grandes de la tierra» (2 Sam 7, 9). Ahora es, pues, cuando estamos palpando la promesa hecha al viejo patriarca. Pero cuando se ve la

promesa desde este cumplimiento, la promesa se ilumina con luz nueva. Ahora Israel es un pueblo en una tierra. Pero está en medio de los pueblos, en la tierra entera. La política del momento parece ser la integración de las zonas que se han incorporado al estado de Israel. El problema es si esta integración iba a ser como la del imperialismo egipcio o babilónico, o si más bien iba a ser un servicio de bendición. El catequista toma los materiales de la promesa, materiales muy antiguos. Se refieren a un pueblo pobre de pastores emigrantes, que necesitan familia y tierra, porque viven en tiendas en los márgenes de la tierra de cultivo. La promesa del Dios de los padres será darles una familia y un hogar, hijos y tierras. Pero no sólo para ellos. La bendición de la promesa va destinada a todos los pueblos de la tierra. En aquel puñado de pobres el Señor bendecirá a toda la humanidad y a todo el universo. Por ello el camino de la historia no es sólo la vieja promesa que se cumple, dando por cierto el rodeo de la esclavitud y la liberación, sino incluso una promesa, que una vez cumplida, abre el futuro hacia el total cumplimiento. Sólo cuando la humanidad sea una familia y la tierra sea un hogar, en torno a los pobres, la promesa hecha a Abrahán, quedará enteramente cumplida.

La mirada del sacerdotal

El catequista sacerdotal se encuentra en una situación distinta. Estamos en el destierro. El pueblo está medio perdido entre las gentes y su esperanza está a punto de apagarse. Entre muchos se ha extendido el desánimo. La noche está muy cerrada. Habían oído hablar de pueblo y de tierra, de familia y de hogar, pero esto ya no lo verán con sus ojos. ¡Son tantos años desterrados en tierra extraña! El catequista anuncia de nuevo la historia de la promesa. Pero ahora le interesa sobre todo anunciar el amor inquebrantable del Señor. Su alianza es perpetua, eterna. Más aún, es eterna porque es gratuita, porque no depende de la respuesta del pueblo. Aunque el pueblo haya traicionado a la alianza, el amor del Señor, misericordioso y fiel, está por encima de sus flaquezas. Es que el Señor se ha apropiado a su pueblo. El pueblo es del Señor, porque el Señor es del pueblo. «Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios». Estamos oyendo ecos del Sinaí, trasladados a tiempos más antiguos, porque el gesto era el mismo, la pura y eterna gracia de la elección. Por ello el acoger esta gracia y confesarla en los signos, que muestran ante los pueblos su pertenencia al Señor (circuncisión, sábado), es una tarea que ha de afrontarse aun a costa de la persecución. La promesa, por ser gracia, invita más poderosamente a la fidelidad. Así también el pasado, hecho presente, está abriendo el horizonte del futuro. El sacerdotal

está apuntando con el dedo hacia una nueva salida de la esclavitud y hacia una nueva entrada en la tierra.

La mano del Señor

La historia que escuchamos está construida como un mosaico, con trazos distintos tomados de un catequista y del otro, y reunidos todos en un rostro, el rostro del Señor, que sale al encuentro de los pobres de la tierra para realizar con ellos su proyecto de amor en favor de la humanidad y del universo. Sin embargo, al leer el Génesis desde 12, 1 a 50, 26 corremos el riesgo de desorientarnos. Son tantas las escenas de esta historia, que por mucho que las agrupemos en torno a los grandes patriarcas, pueden ocultarnos el hilo del acontecimiento que las atraviesa. Es como si al pasar las cuentas de un rosario, las cuentas no nos dejaran ver el hilo que las une, las sostiene y las conduce de unas a otras. ¿Podríamos descubrir aquí este hilo conductor? Tenemos gran interés en ello, porque se trata del gesto de la misericordia entrañable del Señor, aparecida como gracia nueva y última, aunque no total, aparecida como preparación y anticipo de la plenitud de la gracia. Pretendemos descubrir el hilo conductor, es decir, descubrir en el gesto de la promesa hecha a los patriarcas, el gesto de la misericordia, que empezó con aquella promesa, que se cumplió definitivamente en la plenitud de los tiempos, y que se consumará plenamente cuando vuelva el Señor. Porque también aquí, como venimos diciendo, no sólo estamos viendo la promesa desde el éxodo primero y la primera pascua, sino también desde el último éxodo y la pascua final.

Los catequistas ya habían compuesto su historia de la salvación. Habían ido recogiendo las distintas historias de los patriarcas y las habían empalmado unas con otras siguiendo la promesa, el gesto de la llamada y bendición del Señor, al que responden aquellos pobres emigrantes, con la obediencia de la fe. La historia queda, pues, engarzada en la promesa. Los hilos en los que todas las escenas se entretejen son por una parte la mano misericordiosa del Padre que sale al encuentro y la mano humilde de los pobres, que acogen su don. Esto hasta se puede observar con facilidad en el texto del Génesis. La huella de la promesa es el encuentro que se prolonga y se hace una y otra vez presente e irradiante: Abrahán (12, 1-4; 13, 14-17; 15, 5-6.18-20; 17, 1-8.19-21; 22, 15-18), Isaac (26, 3-4) Jacob (28, 13-15), José (39, 5). Se advierte en todo el anuncio, que lo que importaba es la mano del Señor. Cuando se presenta la mano de los pobres en sus distintas respuestas, se pretende reflejar en sus reacciones y conflictos la mano de la misericordia entrañable, que los ama y los sostiene y los

alienta, en favor de la humanidad y del universo hacia el futuro definitivo, donde esta misericordia se consumará. Al ver cómo está entretejido el relato, hemos alcanzado el gesto central en el que ahora vamos a concentrarnos.

3. *Los vagabundos del país miserable*

El camino de la historia santa depende sobre todo del amor del Padre, de su alianza, de su fidelidad. Pero para llevar adelante su proyecto, nos invita a acoger su amor y a compartirlo, dentro de una historia que se abre paso por la humanidad en el universo. Por ello, a pesar de los caminos de división y de destrucción, trazados sobre la tierra por los hombres, que se cerraron a su amor, salen a nuestro encuentro sus manos, fieles a su misericordia. Este nuevo encuentro podemos incluso fijarlo en la historia, en el espacio y el tiempo. ¿Por dónde localizar el camino de esta historia santa que el Padre empezó a hacer con el puñado de pobres en torno al viejo patriarca? Vamos a intentar fijar nuestra mirada en la tierra que recorren y, después, en el rostro de los pobres que caminan.

La tierra despojada

Si pintamos un mapa del mundo, podemos localizar las huellas de los viejos patriarcas en una franja de tierra entre Asia, Europa y Africa, una encrucijada de la geografía y de la historia humana. Si ahora pintamos el mapa del trozo de tierra, que acabamos de delimitar, nos encontramos sobre todo con la franja pequeña, que después se llamará Palestina. Durante muchos años, estuvo situada entre dos grandes potencias, entre dos grandes imperios, que se dividían el mundo. Pasaba lo que sucede ahora con Estados Unidos y Rusia. En realidad son dos grandes imperios, que de una manera o de otra engloban bajo su señorío anchas zonas de la tierra, apropiándolas y explotándolas para sus intereses. En aquel entonces, Palestina se encontraba por una parte con Mesopotamia, entre el Eufrates y el Tigris. Allí se enmarcaban las bases de un imperio, que fue pasando de unas manos a otras, pero que era uno de los ejes de la situación socioeconómica y política de aquellas áreas del mundo. Por otra parte estaba Egipto, articulado por el Nilo, otro gran imperio, con continuas pretensiones de expansión.

La tierra era pobre, extremadamente pobre. Sin embargo vista con los ojos de los vagabundos que, desterrados, han de caminar en busca de los pastos miserables que lindan con el desierto, será como la

tierra que mana leche y miel. En la costa, en el valle del Jordán y sobre todo en Galilea hay un poco más de vida. Son trozos de jardín entre desiertos y montañas. Por eso no es extraño que sean los oasis, donde mana el agua y florece la vegetación, los lugares que jalonan la travesía de la tierra de norte a sur. Desde luego, comparada aquella franja de tierra con los márgenes del Nilo o la zona interfluvial del Eufrates y del Tigris, la tierra, por donde aparecen las huellas del Señor, es una tierra pequeña y pobre. Más aún. Es una tierra de servidumbre. Las grandes potencias en su expansión y confrontación tienen siempre lugares de defensa y de tránsito. Con ellos se parapetan para defenderse. A través de ellos avanzan o se enfrentan con la fuerza del otro imperio que les disputa el señorío. Palestina es, pues, una tierra despojada y utilizada para los intereses de unos y de otros. Pero el Señor ha tenido a bien fijarse en ella. Su gesto quiere ser una caricia a los últimos pobres de la tierra en favor de la humanidad y de la creación.

Los pobres vagabundos

Desearíamos ahora fijar nuestra mirada en el rostro de aquellos pobres. La dificultad no es pequeña. Está varias veces repintado. Es lo mismo que ocurre con el retrato de los padres y de los abuelos, cuando los hijos, que antes eran unos pobres campesinos, emigraron a la ciudad y se han situado y enriquecido, aunque sea mínimamente. Aquellos rostros sin afeitar y con gorra no encajan bien en sus muebles recién estrenados. Hay que repintarlos. O bien se les encuadra en un cuadro elegante, o bien se hace con los viejos rostros una nueva composición, cambiando incluso las facciones de la cara. Las generaciones que vengan detrás tendrán una gran dificultad para imaginarse lo que ocurrió al principio. Es que no se acepta fácilmente el origen humilde de los padres. Así nos ocurre con el viejo patriarca. Visto desde la época de la monarquía era un rico pastor, que emigra con su hacienda. Aunque los relatos dejan entrever su último rostro. El y los suyos eran pastores de ganado menor.

El credo de la fe le llama «arameo errante» (Dt 26, 5). Era un pastor emigrante con unas cuantas cabras y ovejas. Viene de la zona próxima al desierto. En el desierto viven los beduinos nómadas. Entre el desierto y la zona habitada están los pastores nómadas, que viven en pequeñas chozas. Entre nosotros diríamos: chozas con cuatro palos y cuatro escobas, mientras los animales se comen la hierba de aquel trozo de tierra. Luego tendrán que desmontar su tienda y marcharse a otro lugar. «Hubo hambre en el país y Abrahán bajó a Egipto a pasar allí una temporada» (Gén 12, 10). Por eso su camino

va recorriendo el camino de los oasis, donde está el agua y florece la hierba.

El camino que va atravesando Palestina, pasa por cuatro o cinco sitios en donde los patriarcas se encontraron con el Señor. Según dirá después la tradición, allí, al marcharse, ponían una piedra para atestiguar el encuentro. Allí con el tiempo surgirían los santuarios, donde se recogen y organizan las tradiciones. En la parte norte, Siquem y Betel, en torno a los cuales cristalizan las tradiciones de Jacob; en la parte sur Mambré y Bersebá, en torno a los cuales cristalizan las tradiciones de Abrahán e Isaac. A través del camino se van descubriendo las huellas de los pobres y las del Señor que sale a su encuentro y camina con ellos. Por aquellos caminos iban también los comerciantes con sus camellos cargados y los carros de los ejércitos. Armas, materias primas, piedras preciosas, embajadas diplomáticas. Todo esto transita por aquellos caminos, en las manos de los poderosos del mundo. Y allí junto a la cuneta, los viejos patriarcas, bajo las estrellas, descubriendo y realizando la historia del Señor con la humanidad y con el universo. Sencillamente el Señor se había fijado en ellos. Pero, ¿por qué?

La preferencia del Señor

Ellos no tenían tierras. Los pastores emigrantes ponen sus tiendas en tierras de nadie o en tierras que por un poco de tiempo han de arrendar. No tener tierra entonces, es no tener más que el día y la noche. Tener tan sólo la fuerza de los brazos. Están por tanto en los últimos márgenes. Un viejo documento egipcio, hablando de estos hombres, les llama: «errantes en la arena», «caminantes del desierto», «vagabundos del país miserable». Se explica bien que el sueño de estos pastores sea tener un trozo de tierra, de donde puedan sacar un trozo de pan, para dar de comer a sus hijos. Además sienten la gran necesidad de tener casa, para que viva allí su familia. Tener tierra y casa es el sueño de todos los desterrados de este mundo. El Señor se fijó en ellos, no porque tuvieran dinero y puesto y poder y cultura. Nada de esto tenían.

Ellos no tenían hijos. Los pobres, aunque no tengan tierra, si tienen hijos, encuentran en ellos toda su riqueza. Los primeros patriarcas, sin embargo, ni eso tenían. «Dijo Abrahán: "He aquí que no me has dado descendencia"» (Gén 15, 3). Y el catequista yavista anota: «Sara, mujer de Abrahán, no le daba hijos» (Gén 16, 1). La marginación se había convertido en fracaso. Porque los hijos, como los retoños del olivo o los racimos que cuelgan de la cepa, son los que alientan a los padres, los que les ayudan a hacer frente a la vida y a

abrirse camino en ella (cf. Sal 126; 127). Los hijos son como la prolongación de los padres, la vida que se ensancha. De lo contrario, la vida fracasa. Se explica, por tanto, que los viejos pastores sueñen con tener una familia, para vencer la horfandad y el vacío. Además de tirados en la cuneta, estaban condenados al fracaso. Si el Señor se fijó en ellos no fue porque tuvieran familia. No la tenían.

Ellos estaban amenazados por la nada. Abrahán y Sara están en el límite de la vida, que es la muerte, la amenaza de la nada. No sólo son pobres, por estar marginados y fracasados, sino que lo son porque su ser, sin futuro, corre el riesgo de desaparecer de la historia, de anularse. Parecía que estaban pisando la nada, tropezando con ella. El catequista nos ha dado esta impresión en el asombro que el viejo patriarca padece ante la promesa. «Abrahán cayó en tierra y se echó a reír diciendo en su interior. ¿A un hombre de cien años le va a nacer un hijo? Y Sara a sus noventa años, ¿va a dar a luz?» (Gén 17, 17). Pablo ha pintado su rostro, viéndole desde la nada de donde surge la vieja creación y desde la nada de donde surge la nueva. «Su cuerpo ya sin vigor —tenía unos cien años— y el seno de Sara igualmente estéril» (Rom 4, 19). Pero creyeron en «Dios, que da vida a los muertos y llama a lo que no es para que sea» (Rom 4, 17). Si el Señor se fijó en él, no fue porque él fuera alguien importante ante los ojos del mundo, ni porque tuviera nada que le situara destacadamente en este mundo. Se fijó en él, porque quiso, por pura gracia, por pura misericordia. Los caprichos de Dios son insondables. ¿Es que tienen algún motivo? Sí, lo tienen. Es un padre, a quien se le conmueven las entrañas.

4. *La mano del Padre sale al encuentro*

A un lado estaba la torre de Babel derrumbándose en su asombrosa grandeza. Pero al otro lado estaban los pobres emigrantes en busca de tierra y de familia. Ellos desde hacía mucho tiempo se sentían conducidos por la mano del Señor que luego al ser vista desde atrás, desde el cumplimiento de las promesas, apareció como la mano paternal de la alianza y de la bendición. Las tradiciones de los patriarcas son una historia de familias, de unos padres con sus muchos hijos, caminando por la tierra hacia otro lugar. Pero esta familia siente que su paso está guiado y acompañado por la mano de Dios. Existen nombres antiguos de personas compuestos con ab (padre), aj (hermano) y amm (pariente), elementos que pueden ser intercambiados por la divinidad. Abiram = "Mi (divino) padre"; Eliab = "Mi Dios es padre para mí"; Abimelek = "mi (divino) padre"». Parece, pues, que en las experiencias de los primeros patriarcas

la mano de la divinidad que les acompaña es experimentada como la mano del padre y señor. Dios sería la cabeza invisible de la casa y la familia era la familia de Dios.

La alianza del Dios de los padres

El Dios de los padres es, como ellos, una divinidad nómada. Acompaña, guía y defiende en el camino al pueblo, que es la familia de sus hijos fieles. Está dentro de su misma historia. Se reveló a los padres, pero permanece de generación en generación con el aliento y la promesa de llevar adelante la familia y conseguir la tierra. De esta época antigua serían los títulos que aparecen en ocasiones: «El Dios de mi padre, el Dios de Abrahán» (Gén 31, 42; 28, 13), «el terrible de Isaac» (Gén 31, 53) y el «fuerte de Jacob» (Gén 49, 24). En estas expresiones claramente se advierte que la vinculación familiar es una vinculación personal y comunitaria, que consiste en la asistencia, el cuidado y la defensa. En la peregrinación por la tierra, el Dios de los padres ha salido al encuentro de los pobres, les asiste en su camino, les defiende en sus peligros y les alienta garantizándoles la llegada a una tierra de herencia. No podemos perder de vista estos datos históricos, que desvelan el rostro paternal del Señor, en el camino de los pastores emigrantes entre los grandes imperios.

Esta relación familiar queda profundizada y ampliada cuando se ve desde la obra que este Padre ha ido realizando con su pueblo, sobre todo la obra de la liberación de Egipto y la conquista de Canaán. Los catequistas al verla desde atrás la expresan con una palabra honda y difícil: «alianza». Vamos a detenernos en ella. Empezamos por contemplar el texto de Gén 15, 7-20. «Y le dijo: "Yo soy Yahvé, que te saqué de Ur de los caldeos para darte esta tierra en propiedad". El dijo: "Mi Señor, Yahvé, ¿en qué he de conocer que ha de ser mía?". Díjole: "Tráeme una novilla de tres años, una cabra de tres años, un cordero de tres años, una tórtola y un pichón". Tomó él todas estas cosas y partiéndolas por medio puso cada mitad frente a la otra... Y sucedió que estando ya el sol para ponerse, cayó sobre Abrahán un sopor y de pronto le invadió un gran sobresalto. Yahvé dijo a Abrahán: "Has de saber que tus descendientes serán forasteros en tierra extraña. Los esclavizarán y oprimirán durante cuatrocientos años. Pero yo a mi vez juzgaré a la nación a quien sirvan; y luego saldrán con gran hacienda... Y a la cuarta generación volverán ellos acá...". Y puesto el sol, surgió en medio de densas tinieblas un horno humeante y una antorcha de fuego, que pasó entre aquellos animales partidos. Aquel día firmó Yahvé una alianza con Abrahán diciendo: "A tu descendencia he dado esta tierra, desde el río de Egipto hasta el

río grande, el río Eufrates: los quenitas, queneceos, cadmoneos, hititas, pereceos, refaitas, amorreos, cananeos, guirgaseos y jebuseos"».

En la mirada del yavista

Estamos ante una alianza. Entre los patriarcas, las relaciones entre familias o tribus (familia de familias) podían ser de parentesco, por sangre compartida o de alianza con sangre derramada. La alianza se firmaba con sangre. Los dos grupos humanos mezclan la sangre y la beben juntos. O por ejemplo, si hacen un pacto de parentesco, que no quieren romper, toman unos animales, los parten por la mitad y pasan por medio unos y otros, para expresar el juramento: si no cumplimos este pacto, que quedemos rotos como estos vivientes, que están rotos, sangrando sobre la tierra. El yavista, con su habilidad para pintar al pueblo con colores vivos los acontecimientos salvadores, presenta a Yahvé como un amigo o mejor como un padre, que les sacó de Ur de los caldeos. Su relación familiar va a ser afirmada, el catequista piensa que va a ser constituida por una alianza de sangre. No estamos ante una alianza entre iguales, en la que las dos partes participan (alianza bilateral), sino ante una alianza entre desiguales, en la cual uno actúa y el otro recibe, uno da y otro acoge (alianza unilateral). El patriarca está abatido por el sueño y el sobresalto. Sólo es el Señor, el que pasa como fuego por medio de los animales partidos y sangrantes. Es el Señor el que se compromete, el que se da, el que constituye y garantiza la alianza. Al patriarca sólo le queda la acogida y la pasividad. Sólo dejarse querer, dejarse acoger. Abrahán está sobre-cogido, tomado desde arriba, acogiendo el amor y la gloria. Porque en una alianza así, el gesto último es el amor gratuito, la gracia que se regala. Claramente se ve que la promesa de los orígenes: la familia y la tierra, prometidas para ser alcanzadas, es aquí transformada en una promesa quebrada por la esclavitud y agrandada y extendida al pueblo y a la tierra de la época de la monarquía. El texto, sin embargo, nos permite adivinar los orígenes.

En la mirada del sacerdotal

El relato de la alianza en el sacerdotal nos ofrece una imagen, semejante y distinta al tiempo. «Cuando Abrahán tenía noventa y nueve años, se le apareció Yahvé y le dijo: "Yo soy El-Saday. Anda en mi presencia y sé perfecto. Yo establezco mi alianza entre nosotros dos y te multiplicaré sobre manera". Cayó Abrahán rostro a tierra, y

Dios le habló así: "Por mi parte he aquí mi alianza contigo: serás padre de una muchedumbre de pueblos. No te llamarás más Abram, sino que tu nombre será Abrahán, pues padre de muchos pueblos te he constituido. Te haré fecundo sobremanera, te convertiré en pueblos, y reyes saldrán de ti. Y estableceré mi alianza entre nosotros dos, y con tu descendencia después de ti, de generación en generación: una alianza eterna de ser yo el Dios tuyo y el de tu posteridad. Yo te daré a ti y a tu posteridad la tierra en que andas como peregrino, todo el país de Canaán, en posesión perpetua, y yo seré Dios de los tuyos". Dijo Dios a Abrahán: "Guarda, pues, mi alianza, tú y tu posteridad, de generación en generación"» (Gén 17, 1-9).

El rostro del Señor aparece ahora todavía más distante. «Se le apareció» (17, 1). Es un rostro que parece estar distante, lejano, casi imperceptible. Y por otra parte se siente tanto su poderosa cercanía que «Abrahán cayó rostro a tierra» (17, 3). El patriarca está tirado en la tierra, pegado a la tierra. Pero el Señor y sólo él toma la iniciativa. Sólo él promete. Solo él da. El es el único protagonista. El patriarca escucha y acoge. Pero el Señor ha salido al encuentro, para tomar de la mano y tomar como propio al viejo patriarca, a su familia y a su tierra. Es un gesto de absoluta gracia. La alianza aquí es también unilateral. Sólo el Señor se obliga consigo mismo. Sólo es su amor de gracia el que le compromete por siempre. El patriarca es un receptor mudo del don de la promesa. Al darse el Señor a él y a los suyos, para ser «su Dios», la familia y la tierra del patriarca han pasado a ser de Dios, enteramente suyas. Ha sido una apropiación, una acogida como algo propio, con entrañas de padre, del pobre patriarca, que marginado en los caminos de la historia busca familia y casa. Es una gracia constituyente, que crea unas relaciones nuevas de la familia y de la casa del patriarca con el Señor, porque el Señor de antemano se ha religado a ellos. El compromiso de amor es enteramente gratuito y por ello enteramente fiel. De nada depende más que de la gracia del amor. Por eso la alianza será eterna, de generación en generación (17, 7). La acogida del don, tendrá una señal, la circuncisión (17, 10-14), y la tarea será la fidelidad al don recibido. «Guarda, pues, mi alianza, tú y tu posteridad» (17, 9).

La alianza es una promesa

La relación antigua, relación familiar, del Dios de los padres con los viejos patriarcas, aparece ahora en toda su hondura. Es una alianza: es decir, no una sangre compartida (generación natural), sino una sangre derramada (compromiso de amor). Más aún. No es la alianza la que se ve desde la generación, sino la generación la que

queda relativizada y comprendida desde la alianza. El catequista está superando los restos de religión natural, que pudieran quedar en las viejas experiencias religiosas de los padres. La alianza lo ha penetrado todo, lo ha articulado todo. Pero la alianza, que es un amor previo, gratuito y fiel, aparece como promesa. Y si es promesa, entonces la alianza constituye una historia. El camino de los patriarcas sobre el universo no es el sendero del círculo de la naturaleza, sino la brecha creadora de la historia. La mano amorosa del Padre tendida como promesa, constituye y dinamiza la historia, haciéndola paso de la promesa al cumplimiento, cumplimiento que a su vez se hace promesa hacia un cumplimiento más pleno, hasta que lleguemos a la plenitud, hasta la consumación de la plenitud. Por eso con Abrahán empieza propiamente la aparición de la misericordia entrañable, que progresivamente se irá realizando. Esta historia es ya preparación y anticipo de la plenitud de la gracia.

La promesa es una bendición

La alianza como promesa aparece, pues, en el marco de la experiencia familiar de los pobres como una «bendición». «Yahvé dijo a Abrahán: "Sal (imperativo) de tu tierra y de tu patria y de la casa de tu padre hacia la tierra que yo te mostraré, de manera que yo pueda hacer de ti una nación grande, bendecirte y hacer grande tu nombre, que servirá de bendición; de manera que yo pueda bendecir a quienes te bendigan y maldecir a quienes te maldigan, y así, en ti se bendecirán todas las familias de la tierra"» (Gén 12, 1-3). Con estas palabras termina la historia de los orígenes y empieza la nueva historia, termina la historia de la primera gracia apropiada y prostituida, que se ha convertido en maldición (Gén 3, 14.17; 4, 11; 5, 29; 9, 25) y comienza la segunda gracia que es y será una bendición para todos (en Gén 12, 1-3 «bendición» se repite cinco veces). El rostro y la mano del Señor pasan de la gran ciudad con su inmensa torre, a los márgenes de la historia donde están los últimos. Está derribando del trono a los poderosos y enalteciendo a los humildes. Y lo hace en forma de bendición, como cuando un padre bendice a su hijo mayor, constituyéndole cabeza de su familia y de su casa. La llamada es para bendecir. El padre bendice al hijo, aquí el Señor al patriarca, el extremado amor a la extremada pobreza. Es la gracia del don, la que va a constituir la vida que se comparte y se ensancha. Se les da el don de ser gracia, para caminar compartiendo la gracia de la bendición, de modo que en torno a esta pobreza enriquecida por la misericordia, la humanidad y el universo entero se congreguen en la esperanza. Veámoslo más de cerca.

5. *Con el don de la gracia irradiante*

La alianza de la promesa abre la historia de la nueva gracia con el compromiso de llevarla adelante con nosotros. Pero el yavista está viendo la historia en toda su anchura. Los pobres pastores han sido desde luego llamados, amados y bendecidos. Han sido preferidos. Pero su preferencia no es para ellos solos. Al contrario, la ternura de la alianza es en favor de toda la humanidad y de todo el universo. La bendición a los pobres para hacerlos familia alcanza a la humanidad entera para convertirla en familia. La bendición a los pobres para darles una tierra como hogar alcanza al universo entero, que ha de convertirse para todos en hogar.

La bendición del patriarca

La bendición va dirigida en primer lugar al patriarca. «Yahvé dijo a Abrahán» (12, 1): «No temas. Abram. Yo soy para ti un escudo» (15, 1). «Aquel día firmó Yahvé una alianza con Abram» (15, 18). «Yo establezco mi alianza entre nosotros dos, y te multiplicaré sobremanera» (17, 2). La llamada a simple vista cambia el rumbo y el destino de su vida. Pero lo que acontece es algo más. La llamada constituye a Abrahán, porque el hombre es vocación y la vocación del Señor es la que le hace ser en su realidad personal, comunitaria, cósmica e histórica. Con la vocación empieza la vida de una persona, su auténtica vida, su auténtico destino. El nombre representa la cosa. «Serás padre de una muchedumbre de pueblos. Ya no te llamarás más Abram, sino que tu nombre será Abrahán, pues te he constituido padre de una muchedumbre de pueblos» (17, 4-5). «A Saray, tu mujer, no la llamarás más Saray, sino que su nombre será Sara... La bendeciré y se convertirá en naciones» (17, 15.16). La bendición, que es la vocación entregada, se nos da para darnos. Nos adentra en las entrañas de la humanidad y del universo. La pobreza bendecida por la gracia ha sido bendecida para ser multiplicada la gracia, para que la pobreza convertida en gracia sea camino de paso, por donde la bendición alcance a la humanidad y al universo.

La inmensa familia

El patriarca es bendecido, para bendecir en él a una inmensa familia de hijos. «Por ti serán bendecidos todos los linajes de la tierra» (12, 3). «Y sacándole afuera, le dijo: "Mira al cielo y cuenta las estrellas, si puedes contarlas". Y le dijo: "Así será tu descendencia"

(15, 5). "Haré tu descendencia como el polvo de la tierra: tal que si alguien puede contar el polvo de la tierra, también podrá contar tu descendencia" (13.16). "Te haré fecundo sobremanera, te convertiré en pueblos, y reyes saldrán de ti"» (17, 6). La familia del viejo patriarca era la familia de sangre. En adelante será la familia de la bendición. Lo que antes constituía la familia era la sangre de los hombres compartida de generación en generación. Lo que constituye ahora la familia es la gracia del Señor que se difunde y alcanza a todos, superando todas las barreras de la sangre. Será pues una inmensa familia de familias, reunida por la alianza de la promesa, en torno a los pobres que han acogido y han obedecido a la gracia. La preferencia de los pobres se convierte ahora en la mayor universalidad. No hay oposición entre preferir a los últimos y acoger a todos. Precisamente la acogida en gracia de los últimos es el camino para invitar a todos a que se acojan a la gracia, a la pura y absoluta gracia, que a todos irá alcanzando. La gracia se contagia a derecha y a izquierda: a Sodoma y Gomorra (18, 23 ss), a los filisteos (26, 1-5) y al mismo Egipto (39, 5; 50, 20).

La tierra de la herencia

El patriarca es bendecido, para bendecir en él la tierra, en donde ha de vivir compartiendo la familia de sus hijos. «A tu descendencia he de dar esta tierra» (Gén 12, 7). «Alza los ojos y mira desde este lugar hacia el norte, el mediodía, el oriente y el poniente. Pues bien toda la tierra que ves te la daré a ti y a tu descendencia por siempre» (13, 14-15). Al patriarca se le promete esta tierra «desde el río de Egipto hasta el río Grande, el río Eufrates» (15, 18). «Yo te daré a ti y a tu posteridad la tierra en que andas peregrino, todo el país de Canaán, en posesión perpetua, y yo seré el Dios de los tuyos» (17, 8). Los catequistas que narran la alianza están viendo la promesa desde su cumplimiento, desde la tierra de la dinastía davídica, extendida entre Egipto y Mesopotamia. Hay una transposición al pasado de la situación presente. De todas formas hay unos hechos que merecen ser anotados. En algunos momentos parece que la tierra no es de nadie, que es del Señor. Entonces él es el que la da en encargo. Por tanto no es posible la propiedad privada para unos cuantos solamente. Al contrario. Si los pobres andan errantes sin tierra, en un país miserable, él mismo actuando con su justicia, colmará de bienes a los hambrientos y despedirá vacíos a los ricos. «Si menguan abatidos por el peso de infortunios y desgracias, él mismo, que arroja desprecio sobre los príncipes y los descarría por una soledad sin caminos, levanta a los pobres de la miseria y multiplica sus familias como rebaños» (Sal 106, 39-41; cf. 67, 2-10).

La anchura de la promesa

Ahora comprendemos la anchura de la promesa. En el patriarca es bendecida la familia y la tierra, la familia para que herede la tierra. Nos movemos en la comprensión primaria de la familia en el mundo de los pobres de aquel entonces, que todavía perdura hasta hoy. La familia tiene que tener una casa y casa incluye la tierra de la herencia. El Dios de los padres cuidaba no sólo de que aquellos pobres tuvieran familia, sino que alcanzaran a tener tierra. Ahora que su gesto de amor es visto desde la alianza, la promesa de la familia y de la tierra se incluyen en la alianza misma. Pero si se tiene en cuenta que familia y tierra son constituidas por la alianza, también por la misma alianza son transcendidas. La familia de la bendición va más allá de los hijos de la sangre y se extiende a la humanidad entera, numerosa como las estrellas del cielo. Y la tierra de la herencia va más allá del trozo pequeño de la tribu para abarcar todo lo que se ve en todos los puntos cardinales. El sacerdotal ve la tierra como don, que se da en encargo, de tal manera que no es de nadie en propiedad, ni siquiera de los pobres. Si es destinada provisionalmente a los pobres y se arranca a los que la poseen, no es para ceder a los pobres los derechos del Señor sino para que a través de ellos estos derechos de su justicia lleguen a su cumplimiento en favor de todos. En realidad, sólo el pueblo entero, la familia de familias, es el verdadero y último destinatario de la tierra de la herencia prometida. De este modo familia y hogar se convierten en promesa prometedora, promesa que siempre continúa siéndolo, mientras no estén todos los hijos reunidos y todos ellos se sienten en la tierra como en mesa común y compartida.

6. *La acogida de la alianza*

La mano extendida del Padre a los pobres de la tierra, para hacer con ellos su alianza, aparece en los relatos patriarcales con la respuesta que recibió. Desde luego, con la llamada y la bendición se pone en marcha no sólo la historia de la promesa, sino la historia de la respuesta. Y si la historia de la promesa es perpetuamente fiel, la historia de la respuesta está entrelazada con la fidelidad y la infidelidad. En ocasiones los pobres desconfían de la promesa (Gén 17, 17-18), en otras la pretenden forzar (Gén 16) y hay por fin situaciones en que llegan a traicionarla (Gén 12, 10-20). Aunque en ocasiones se cierren sobre sí ante la promesa que se les ofrece, ellos al fin obedecen a la promesa (Gén 12, 4), se entregan a ella (Gén 15, 6) y hasta están dispuestos a morir por ella (Gén 22, 1-19). De todas formas ni en las respuestas de rechazo ni en las respuestas de acogida se pretende en

primer lugar presentar un ejemplo. Lo que los catequistas pretenden primariamente es hacer aparecer la gracia de la alianza que es promesa. Las respuestas son ocasión de revelación y de testimonio. Vamos a verlo en los momentos más cruciales.

Los relatos, que los catequistas nos anuncian son, en último término, un encuentro del Señor con sus pobres. Un gran encuentro. Ha habido una alianza. El Señor ha salido al encuentro del viejo y pobre patriarca, con una alianza que es promesa, una promesa que empieza cumpliéndose como bendición. En este acontecimiento hay en verdad una llamada. El acontecimiento mismo llama. Pero la llamada invita a ponerse en camino: «Sal» (12, 1). Invita, manda. Es un mandamiento de salida, de éxodo. Es en primer lugar una salida de la tierra, arrancarse las raíces que él tenía en la tierra, en donde había vivido siempre. En segundo lugar, salir de su familia, arrancarse las raíces de la familia en la que había vivido siempre. Pero este éxodo de la tierra y la familia es insignificante comparado con el éxodo más profundo que le pedía la llamada de la promesa: la salida de sí mismo. Se trataba de arrancarse las raíces de sí mismo, para no vivir ya desde sí mismo, sino desde el don que se le ofrecía y se le daba. Y esto de cara al futuro pues el don era un don prometido y su pleno cumplimiento pendía del futuro. Por eso la respuesta sólo se da en el camino.

La obediencia de la fe

La obediencia es la respuesta a la promesa (Gén 12, 4). Ante la llamada del Señor, Abrahán responde. «Marchó, pues..., como se lo había dicho el Señor» (12, 4). Tal como lo presenta el catequista, la respuesta de la fe no es sentir la presencia del Señor, ni tampoco asentir a una verdad que se propone. La fe no tiene que ver primariamente ni con el sentimiento ni con la inteligencia. Es la persona en su más profundo centro, la que entra en juego. Creer consiste en fiarse de alguien, apoyarse en alguien, entregarse enteramente a alguien, desde el fondo de uno mismo, desde la hondura del hombre, que es su libertad. Abrahán lo que hace es tomarse a sí mismo en sus manos, y salir fuera de sí mismo para ponerse en manos del Señor, que le llama. Esto es la pobreza última. Aquel día el patriarca llegó a ser verdaderamente pobre, pobre en su corazón. Tomó la pequeñez de su marginación, la pobreza de su vida, la nada de su ser y se entregó a aquél, que le amaba y salía a su encuentro para darle la gracia, que le hiciera amar. La libertad es gracia y por ello es soberanía, configurada con la imagen y semejanza del Señor. Tomar en las manos esta primera gracia y entregarse enteramente al Señor que ofrece la nueva y última gracia es sobre todo obedecer. La obediencia en el gesto del patriarca

es una obediencia sin palabras. «Marchó, pues» es un hecho sencillo y escueto, es un hecho inmediato e incondicional. Se entregaba en obediencia a una promesa de gracia que le sobrepasaba, se entregaba a un plan de amor, que el Señor tenía sobre la humanidad y el universo. Pero con este gesto llegaba a las raíces de sí mismo y las transcendía.

La acogida de la promesa

La entrega es la respuesta a la promesa (Gén 15, 6). Después de que el Señor hace a Abrahán la alianza en favor de la familia y de la tierra enteras, el catequista comenta: «y creyó él en Yahvé, el cual se lo reputó por justicia» (15, 6). Nos encontramos con un texto muy difícil de descifrar. A simple vista viene a decir: se entregó a la promesa y el Señor se lo contó como justicia. Esta palabra no tiene que ver aquí con la justicia humana de dar a cada uno lo suyo, sino con la justicia de Dios, es decir, dar a cada uno lo que Dios le da y quiere que se le dé. Justicia viene a ser entonces lo mismo que plan amoroso, designio salvador, misericordia entrañable del Padre. El patriarca responde a la justicia que se le ha aparecido. Se entrega al propósito del Padre de reunir una familia inmensa de hijos y de prepararles la mesa común donde se sienten todos y los pobres sean los primeros. Parece que el patriarca escucha, acoge y obedece. En realidad consiente en ser tomado de la mano. El patriarca se confía, se sostiene, se entrega enteramente entre aquellas manos abiertas. Es entonces cuando cambia sus relaciones con los demás, o mejor dicho, cuando el Padre, por medio de él, recrea las relaciones de la historia. La humanidad entre las manos del Señor, en las que se sostienen las del patriarca, se está empezando a convertir en familia (pueblo de Dios) y la tierra se está empezando a convertir en tierra compartida (tierra de Dios). Se está inaugurando una humanidad nueva para un mundo nuevo, por la gracia acogida en la obediencia entregada de la fe.

El último abandono

La obediencia de la fe se consuma en la muerte por la promesa (Gén 22, 1-19). Abrahán está en el camino de la promesa. La promesa, acogida por la obediencia de la fe entregada, es su propio camino, el camino de la gracia. De pronto llega un momento, en que parece que este camino termina en el abismo. «Dios probó a Abrahán y le dijo: "¡Abrahán, Abrahán!". El respondió: "Heme aquí". Y le dijo:

"Toma a tu hijo, a tu único, al que amas, a Isaac, vete al país de Moria y ofrécele allí en holocausto en uno de los montes, el que yo te diga"» (22, 1-2). Parece que estamos ante una prueba de fidelidad del patriarca llevada hasta el límite. Es un momento de seriedad mortal. El Señor le había pedido que abandonara todo el pasado. Y lo abandonó. Se arrancó las raíces que tenía en su tierra y en su pueblo y, en la pura obediencia de la fe, se volvió al futuro de la promesa. La promesa es del Señor y se realiza en una persona, su hijo, único y querido. Fue el Señor el que fortaleció sus entrañas, para que pudiera dar vida a su hijo, que es el don más radical de sí mismo. Ahora el Señor le pide que entregue al hijo, que de él había recibido, pero que era suyo, lo más suyo de sí mismo.

La entrega está llegando a límites increíbles. Se le pide que entregue a su hijo a muerte sangrienta y total. Un sacrificio de holocausto, donde todo se inmola y se quema. Entregar al hijo, para el patriarca, es más que entregarse a sí mismo. Es morir él de muerte más cruel todavía. Pero al tiempo es dar muerte a la misma promesa del Señor. Porque si Isaac era hijo suyo, es porque el Señor de alguna manera le había puesto en sus manos para abrir el futuro de su promesa, de la promesa que él hizo de llevar adelante su plan de amor. La entrega del hijo es dar muerte al futuro de la promesa y a la promesa misma. La llamada que ahora se oye en el camino no es sólo la última contradicción del patriarca, sino la última contradicción del Señor. Parece como que el Señor se ha apartado de su promesa. La noche se ha hecho más densa que nunca.

La inquebrantable fidelidad del Señor

La respuesta de Abrahán es la misma: «Heme aquí», «aquí estoy», «hágase». O por decir mejor, ni siquiera se pronuncian estas palabras, sino que se dicen, haciéndolas. «Levantóse, pues, Abrahán de madrugada, aparejó su asno y tomó consigo a dos mozos y a su hijo Isaac. Partió la leña del holocausto y se puso en marcha hacia el lugar que le había dicho Dios» (22, 3). Es una obediencia de hechos, obediencia que pone en juego la vida entera en la más densa de las noches oscuras. A la pregunta de Isaac: «¿dónde está el cordero para el holocausto?». Dijo Abrahán: «Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío» (22, 7-8). Ya está el hijo sobre el altar. Abrahán toma el cuchillo y alarga la mano para matarle (22, 9-10). El don de la promesa era el hijo, en el que había de reunirse la familia de hermanos en la tierra común. Ahora el patriarca inmola sobre el altar el mismo don recibido. Todo lo suyo, lo más suyo, lo que él aportó al don se ha convertido en ofrenda. Pero ahora lo recibe de manos del Señor en

pura gracia. El Isaac recuperado ya no es de sus entrañas. El había ofrecido el don para perderlo. Ahora recibe el don nuevo, agraciado desde la pura gracia, en la absoluta fidelidad. Es un don exclusivo y total, dado por las manos del Señor. Cuando el patriarca, arrastrado por la gracia, en obediencia de la fe, muere por la promesa, entonces es cuando la promesa aparece en toda su fuerza, como gracia que se ha dado por el camino de la flaqueza humana, que asume ésta y la trasciende.

Por eso ahora se escucha la voz de la alianza de la promesa más fuerte que nunca: «Y dijo: "Por mí mismo juro, oráculo de Yahvé, que por haber hecho esto, por no haberme negado tu hijo, tu único, yo te colmaré de bendiciones y acrecentaré muchísimo tu descendencia, como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa y se adueñará tu descendencia de la puerta de sus enemigos. Por tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra, en pago de haber obedecido mi voz"» (22, 15-18). En la fidelidad del pobre patriarca ha aparecido la fidelidad del Señor. Lo que el catequista pretende sobre todo es atestiguar la soberana e inquebrantable fidelidad del Señor que ha salido con su alianza al encuentro de su humanidad y de su creación en aquel puñado de pobres desterrados de la tierra. La nueva gracia, la última gracia, podríamos decir, de la misericordia entrañable, ha empezado a realizarse ya. Es un pequeño resto, insignificante, perdido entre los imperios de este mundo. Pero el Señor ha hecho con él el juramento de fidelidad en favor de la humanidad y del mundo. En aquel hijo entregado, sacrificado y devuelto para abrir la descendencia de la vida, se está empezando ya a reunir la familia de los hijos, el primer eslabón del pueblo de Dios, y a preparar por los senderos de la historia la tierra compartida de la herencia.

7. *Jesús, el Señor, el heredero de la promesa*

Hemos venido contemplando la promesa de la alianza y la obediencia de la fe, de la mano de los viejos catequistas, pero viéndolas desde más acá del antiguo éxodo, e incluso desde más acá de la nueva pascua. Ahora dirigimos nuestra mirada al misterio de Cristo en su iglesia hacia el reino, desde el rostro del patriarca Abrahán que se nos ha agrandado e iluminado. Nos sorprende que Jesús y la familia de sus hermanos, desde distintas perspectivas, puedan ser vistos en la línea de la filiación del viejo patriarca. Para Mateo, Jesús, el Cristo, es «hijo de Abrahán» (Mt 1, 1). En la mirada del evangelista toda la promesa del antiguo testamento se ha hecho cumplimiento en Jesús, que encabeza al nuevo pueblo hacia el reino de los cielos. Para él, toda

la historia de la salvación, y en concreto toda la promesa de la alianza, ha desembocado sin limitaciones por una línea recta en el Cristo de Israel, que es ahora el Cristo del verdadero Israel, el único y auténtico Israel de la promesa, que se ha cumplido plenamente en él. Jesús, por tanto, que es la promesa cumplida y la bendición heredada será el hijo de Abrahán. Lo que ocurrió en su pascua fue la plenitud de la misericordia, que se había empezado a realizar en el patriarca. «Realizando la misericordia que tuvo con nuestros padres, recordando su santa alianza y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán» (Lc 1, 72-73). En otras ocasiones esta mirada a Jesús, como hijo de Abrahán, se ensancha aún más. También los creyentes en Jesús, son «hijos de Abrahán». El es «padre de todos nosotros, como dice la Escritura: te he constituido padre de muchas naciones: padre nuestro delante de aquel a quien creyó, de Dios que da la vida a los muertos y llama a la nada para que sea» (Rom 4, 17-18; cf. Heb 11, 8.17-19). Ahondemos un poco más en esta perspectiva que es la propia del apóstol.

La mirada de Pablo es aún más penetrante. Jesús aparece como «Hijo entregado». En realidad la muerte por la promesa ha sucedido en verdad, cuando el Padre nos entregó a su propio Hijo, colgándolo de un madero. No fue el hombre el que ofreció la víctima, fue el Padre el que se ofreció a sí mismo, dando a su Hijo querido como víctima para darnos con él la plenitud de la promesa de la gracia. «El que no perdonó a su propio Hijo, sino que le entregó por nosotros, ¿cómo no nos va a dar con él en gracia todas las cosas?» (Rom 8, 32). El gesto del patriarca era un atisbo del gesto del Padre en la plenitud de los tiempos y el Isaac puesto sobre el altar era el anticipo del Cristo crucificado, verdaderamente inmolado y realmente devuelto a la vida nueva para la absoluta aparición de la gracia. En torno a él, se reunirá la familia de los hijos, con él configurados (Rom 8, 28-29), con los que aparecerá también para el universo la primicia de la liberación que un día le abarcará por entero (Rom 8, 20-23). En este sentido el «Hijo entregado» aparece como «Hijo primogénito» entre la multitud de hermanos.

Pablo avanza más aún en su contemplación. «Las promesas fueron dirigidas a Abrahán y a su descendencia. No dice: "a los descendientes", como si fueran muchos, sino a uno solo, a tu descendencia, es decir, a Cristo» (Gál 3, 16). Para el apóstol la descendencia, según la carne, apenas tiene valor. El llevar la sangre judía, el estar circuncidado y cumplir los preceptos de la ley de Moisés no son las últimas señales de la verdadera descendencia de Abrahán. La promesa promete al patriarca un hijo, que va a ser el primogénito de una inmensa familia de hijos reunida de todos los pueblos. Por él, la bendición ha de llegar a la familia entera de la humanidad en el

universo entero. Pero la verdad es que ha sido ahora, por manos del maldito, que colgó en el madero, por donde la gracia de la promesa ha alcanzado hasta los extremos de la historia, «a fin de que llegara a los gentiles, en Cristo Jesús, la bendición de Abrahán, y por la fe recibiéramos el Espíritu de la promesa» (Gál 3, 14). En este caso, el descendiente propiamente no es Isaac, sino Jesús, el Cristo, el primogénito de muchos hermanos, que encabeza la iglesia hacia la nueva creación. En Cristo, la promesa se concentra y se cumple. El no es un hijo más entre los hijos, sino es sin más el hijo de Abrahán, el único, el amado, el heredero.

El Señor inaugura en Abrahán la familia de la promesa de la gracia, acogida en la obediencia de la fe. En esta familia, donde el primogénito es el Cristo, la plenitud de la gracia, sólo se puede entrar cuando se acoge con la fe el don del Hijo primero, muerto por amor y resucitado para darnos la vida. «Tened, pues, entendido que los que viven de fe, esos son los hijos de Abrahán» (Gál 3, 7). Esos son «los bendecidos con Abrahán, el creyente» (Gál 3, 9). «Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. En efecto, todos los bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego, libre ni esclavo, hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, ya sois descendencia de Abrahán, herederos según la promesa» (Gál 3, 26-29). En torno al Cristo, simiente de Abrahán, el Hijo y el heredero, se han congregado la multitud de los hijos del Padre, con el Espíritu del Hijo mayor, y por ello se han roto todas las barreras que separaban a la vieja humanidad. El puesto y la cultura, la raza y el sexo, hasta la misma fe se han roto como barreras. Entonces es que en la tierra se ha empezado a anticipar el hogar común de la herencia. Si lo que aconteció en Abrahán fue una promesa, la pascua del Señor ha sido el cumplimiento. Si fue un anticipo, la pascua ha sido la plenitud. La gracia de la misericordia se sembró ya desde entonces en las entrañas de la historia.

6

El paso de la esclavitud a la libertad

El Padre ha salido al encuentro de su humanidad y de su creación, para reunir la familia de sus hijos y preparar para ellos la mesa común. Su ternura entrañable se hizo promesa, entregada al puñado de pobres, que encabezaba Abrahán, el viejo patriarca. De la mano del Señor empezaban a ser familia y a recorrer la tierra, haciéndola mesa compartida (Gén 35, 11-13). Sobre el rostro de la tierra, por un sendero apenas perceptible, iba haciendo camino la pequeña caravana de pobres, alentada y guiada por la promesa recibida. Familia, tierra y pan son el don, que hay que convertir en tarea. Así lo van intentando por los caminos del sur de Palestina. Pero pronto lo que parecía una toma de posesión se convierte en una nueva perdición.

Aquella tierra donde están poniendo sus tiendas son los márgenes del imperio de Egipto, una tierra de paso, para sus planes de expansión y de defensa. Puede suceder que les falten pastos y pasen hambre y no tengan pan en su mesa. Entonces se les ocurre ir a suplicarlos a la mesa de los poderosos (Gén 42, 5; 43.1-2; 46, 32-33; 47, 13). Es posible que en Egipto les cedan un trozo de tierra para pastar, pero con el propósito de hacerlos pasar a sus manos. Tendrán que venderse. El imperio en esta zona está haciendo grandes construcciones. De pastores libres han de pasar a ser jornaleros esclavizados (Ex 1, 11). Es verdad que han crecido como pueblo (Gén 46, 3; Ex 1, 7), pero han pasado a manos ajenas. Más que la familia itinerante, que se sienta sobre la tierra libre a partir el pan, bajo las estrellas, se ha convertido en la «herramienta barata de trabajo» al servicio de los opresores. Ir a pedir pan a su mesa llevaba consigo el caer oprimidos en «la casa de la servidumbre». El camino de la liberación se convirtió en camino de opresión, la entrada en la tierra en una nueva enajenación. ¿Dónde estaba la promesa de la familia en la tierra de la herencia, que les hizo el Señor? «Los israelitas, gimiendo bajo la esclavitud, gritaron» (Ex 2, 23).

1. *La parábola del éxodo*

Volvemos de nuevo a contar nuestra parábola en escenas, tomadas de nuestros pueblos. Cuando la familia de los hijos, que se empieza a reunir, intenta abrirse paso por el mundo, está amenazada por la fuerza de los poderosos, que pretenden envolverlos con sus redes. Marcharon a la gran ciudad a buscar trabajo, porque necesitaban un trozo de pan. Allí les dieron un puesto para trabajar, pero a costa de la esclavitud. Eran los nuevos esclavos, los últimos esclavos, aquellos que estaban donde nadie quería, en las peores condiciones de explotación. Ellos se veían aplastados. Incluso algunos de los suyos, haciendo de capataces, eran el látigo de los opresores, que descargaba sobre ellos. Por otra parte, tampoco ellos se querían de verdad. Se peleaban por el puesto de trabajo y el trozo de pan. Se lo disputaban. Querían ser también dueños y amos. Por eso la opresión no sólo les venía desde fuera, sino que estaba consentida desde dentro. Parecía que aquello no tenía salida. Y de vez en cuando gritaban por la libertad. La tenían miedo, pero gritaban por ella. El padre, aunque parecía estar lejos, estaba sin embargo muy cerca de ellos y oía día y noche sus gemidos. Se le conmovieron las entrañas.

La única fuerza que les podía liberar era su amor. La red era espesa y fuerte. Los mismos hijos oprimidos estaban construyendo la red. Pero el padre que les amaba primero, con amor inquebrantable, salió de nuevo a su encuentro. Ser padre es amar con misericordia entrañable. Y este nombre único se va mostrando en los gestos de amor de cada día. Era la hora de salir a liberar a sus hijos. Pidió ayuda a un mensajero, para que fuera su presencia y su voz, no para que le sustituyera, sino para que le hiciera más cercano y presente. El mensajero vendría a traer la buena noticia de la libertad. Por una parte hablaría a los hijos oprimidos, pero por otra hablaría también a sus opresores. A estos les pedirá que les dejen salir, a los otros que se animen a la marcha. Ninguna de las dos formas de dar la noticia de la libertad era fácil y agradable. Los opresores no querrían soltar las herramientas; los oprimidos tendrán miedo de los riesgos de la libertad. La confrontación era inevitable. El padre había tomado partido por sus hijos, frente a aquellos que les oprimían. Se entablará una lucha, la lucha por la liberación.

De todas formas, el padre antes de hacerles pasar a la libertad, pedirá su consentimiento. Les ofrecerá su misericordia entrañable. Se sentará con ellos a la mesa a contarles la historia de su amor. Al contarla, se hará presente en el mismo gesto de compartir el pan de la cena. Ellos no pueden ser liberados, si no aceptan liberarse, si no creen y se confían a su amor, si no se disponen, después de acogerlo, al atrevimiento de la travesía, que el compromiso del amor lleva consi-

go. Ser amados como hijos exige ser hermanos y para ello hay que pasar de la casa de la servidumbre a la casa de la libertad. Por eso, cuando el padre vino a la ciudad a cenar con ellos, era para encabezar su marcha, para abrir camino a su salida. Dejar que los poderosos se hundan en el poder y abrir camino a los oprimidos era el primer paso de la larga marcha. Lo que había más allá de la travesía, aún no se había padecido pero se sospechaba. De momento la salida era un corte, romper con la esclavitud y abrir paso a la libertad, al menos a la libertad de las cadenas, que por fuera se les habían impuesto.

Así lo hicieron. El padre iba con ellos. Unas veces parecía que iba delante abriendo la brecha de la aventura, otras veces parecía que iba detrás, para que no se perdiera ninguno de los que amaba. La sorpresa fue grande. El puñado de pobres oprimidos se unieron y apiñaron en torno a él y se dio la batalla al poder opresor. El aliento del amor les empujaba a caminar y a darse la mano, a abrir la senda de la libertad para reconquistar la fraternidad en una tierra distinta y nueva. Parecía mentira. Pero cuando estuvieron al otro lado de la travesía, abandonado el barrio de la servidumbre, se pusieron a cantar. Aquello no parecía una obra de sus manos. Nunca creyeron que sus fuerzas llegaran a tanto. Y en verdad no llegaban. Fue el aliento del padre y su mano derecha los que les alentaron, les reunieron y guiaron. Así se disponían a una marcha de consecuencias insospechadas. Porque las cadenas de fuera parecían rotas, no así en cambio las de dentro, que continuaban frenando la última marcha.

2. *El mosaico del éxodo*

El caminar de los pobres, llevados de la mano del Señor, es una huella que apenas se divisa sobre la palma de la mano, que es la tierra. Pero ellos saben las maravillas que el Señor hace en la travesía. Y las recuerdan y las confiesan. «Mi padre era un arameo errante, que bajó a Egipto y residió allí como inmigrante, siendo pocos aún, pero se hizo una nación grande, fuerte y numerosa. Los egipcios nos maltrataron, nos oprimieron y nos impusieron dura servidumbre. Nosotros clamamos al Señor, Dios de nuestros padres, y el Señor escuchó nuestra voz, vio nuestra miseria, nuestras penalidades y nuestra opresión, y el Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte y brazo extendido en medio de gran terror, señales y prodigios» (Dt 26, 5-8; cf. Sal 135, 10-22). Estas palabras son un credo que el pueblo confiesa, una historia que se cuenta confesando y una confesión que se proclama contando. El Señor nos sacó con mano poderosa, porque es eterna su misericordia. El paso del Señor a la cabeza de sus pobres en la travesía de la libertad fue primero confesado de palabra, más

tarde fue apuntado por escrito y, tomando el hilo de esta confesión, fue por fin relatado en un libro, el éxodo, el libro de la salida.

La historia de viva voz

Los pobres conservaron primero aquella hazaña del Señor en el gran libro de la memoria. Cuando emigraban de un sitio a otro, buscando pastos, se contaban de padres a hijos los gestos de aquella historia. Así la historia misma se iba moldeando con algunos trazos fuertes, los más principales, donde se encuadraban los detalles. Después cuando las tribus se hicieron poco a poco sedentarias (s. XII-XI a. C.), surgieron los santuarios: Siquem, Betel y Berseba. Allí los juglares cantaban la historia de la salida y los sacerdotes aplicaban esta fe a los problemas del camino de la vida. La historia del paso de la esclavitud a la libertad, hazaña del Señor con su pueblo, se iba poco a poco articulando, como si fuera un tejido con dos núcleos entrelazados: narraciones y leyes. Habrá que esperar todavía un poco de tiempo y la historia ya no sólo se escribirá a trozos, sino que aparecerá escrita entera, como una catequesis que explica la fe que se cree, aplicada a la vida. Eran las primeras «historias sagradas», que después se juntaron y a trozos se compusieron en la forma del mosaico que hoy día conservamos.

La mirada del yavista

La catequesis del yavista (J), según ya conocemos, está escrita en la época de David y de Salomón (s. X a. C.), cuando el pueblo era una nación, un reino extendido y abierto. Al lado del palacio real, los letrados recogen los materiales y componen esta gran historia sagrada. Sembrado en medio de los pueblos, Israel se ve en la cima de los montes. Desde allí contempla el éxodo, como el paso que va de la promesa del Señor a los patriarcas hasta su cumplimiento en el reinado de David. La pequeña familia va haciendo camino de la esclavitud a la libertad, atrayendo las bendiciones sobre toda la humanidad, incluso hasta sobre los opresores (Ex 12, 31-32) y extraños (Núm 24, 5-9). Moisés es el caudillo, lugarteniente del Señor, que anticipa la figura del rey, que ahora representa su señorío en medio de los pueblos de toda la tierra, a quienes va destinada su gracia. Así el yavista, catequista de la universalidad, ve el éxodo como la travesía que abre paso al reino, cumpliendo la promesa. Israel se veía así en su misión universal hacia la humanidad y hacia la tierra. Con algunos trozos de esta primera historia de la salvación se compondrá el libro

del éxodo. Pero los que lo redactan al final, echan mano también de otras catequesis.

La mirada del elohista

El elohista (E) es un catequista que ve el éxodo desde las exigencias de la fidelidad. En el reino del norte no hay rey, ni templo. La seducción de la cultura y la religiosidad de Canaán es fuerte. El pueblo en gran medida ha recaído en la idolatría y en la injusticia. Los profetas, ante este pueblo, son la voz del celo del Señor (Elías, Eliseo), del Señor de la alianza, que parece distante y exigente (Amós) y que por otra parte está ahí amoroso y cercano como un esposo a su esposa, como un padre a su hijo (Oseas). Los profetas, portavoces del Señor, critican el presente, la entrega a los ídolos, que legitiman el orden injustamente establecido, mantenido en pie por los sacerdotes y los reyes. Ahora bien, esta mirada al presente se hace desde la mirada al pasado. Por ello la situación, que ahora se padece, se ilumina desde la liberación de Egipto y esta liberación desde la alianza a los patriarcas. El Señor, lejano y totalmente otro, como la nube, que se levanta sobre el horizonte, está presente en Moisés, el profeta y el mediador, para alentar al pueblo a renunciar al becerro de oro (Ex 32, 1-8. 15-34) y a seguir fielmente el camino de la voluntad del Señor que es la ley, la ley de la alianza (Ex 20). Cuando el reino del norte fue desarticulado por los asirios (721 a. C.), estas tradiciones pasan al sur y se van entretejiendo con las tradiciones yavistas.

La mirada del sacerdotal

Pero todavía advertimos que el redactor final, ha incorporado al mosaico otros documentos, especialmente el documento sacerdotal (P). En seguida se advierte que esta catequesis ha sido escrita cuando el pueblo ya no es una nación, sino una comunidad religiosa en el destierro, animada por los sacerdotes. Hacia finales del destierro y en los comienzos del retorno se ha escrito este documento para alentar la esperanza. El desaliento era grande. Parecía que la mano del Señor se había apartado de los suyos. Pero los profetas anuncian de nuevo que en medio de ellos está su presencia alentadora, su misma gloria (Ez 37, 1-14) (Ezequiel II y III Isaías). Ahora se estaba cumpliendo la promesa. El éxodo antiguo de Egipto está visto desde el éxodo nuevo de Babilonia. En la travesía la gloria del Señor estaba en el tabernáculo (Ex 35-40). Este pueblo marcado por la alianza (circuncisión, sábado, templo), es el pueblo del «divino servicio», el pueblo de la

gloria, acogida en la liturgia y prolongada en la vida. El pueblo así marcado por las señales de la fe, se mantendrá en el cautiverio como pueblo del Señor y anunciará su gracia a las naciones hasta que llegue el día del retorno. Para el catequista sacerdotal, el éxodo será por tanto la hora de la aparición de la gloria que acompaña y sostiene al pueblo, la gloria que hace mirar al futuro y exige disponerse a construirlo en una nueva marcha.

El redactor final ha recogido trozos de la catequesis yavista, de la elohista, de la del sacerdotal y en ocasiones también de la del deuteronomista, para construir la historia del paso de la esclavitud a la libertad, como un comentario al credo de la fe. Nosotros al encontrarnos con el éxodo, no tenemos, pues, una historia de aquellos acontecimientos, filmada entonces, sino una confesión creyente de aquella historia de la hazaña del Señor con su pueblo, que rememorada en el presente, abre los caminos del porvenir.

3. *La opresión del pueblo*

«Los israelitas fueron fecundos y se multiplicaron» (Ex 1, 7). Los datos primeros sobre la entrada en Egipto (Ex 1-6) empalman con la historia de los patriarcas (Gén 15, 13-14; 46, 2-4; 50, 24-25), pero para dar un paso nuevo. Se había cumplido la promesa. El puñado de pobres en torno a Abrahán son ahora un pueblo grande, una familia de familias. Parece que los hijos de Israel (Ex 1, 1) y de Jacob (Ex 1, 3-4) se habían multiplicado hasta llenar la tierra (Sal 104, 23-24). Pero en realidad eran un pueblo pequeño y oprimido.

Es fácil precisar el tiempo de la opresión. «Se alzó en Egipto un nuevo rey... Edificaron para el faraón las ciudades de depósito: Pitón y Ramsés» (Ex 1, 8.11). Nos encontramos ante las grandes potencias de la fértil media luna. Estamos en el imperio egipcio, que ve con recelo el poderío mesopotámico y se siente amenazado por los piratas, que vienen del mar. Posiblemente nos encontramos en el siglo XIII a. C. en la época de Ramsés II. El faraón, que es la aparición misma de la divinidad, dirige la marcha del imperio. Su firme dictadura se apoya en el ejército, la burocracia y el clero de los templos. El peso recae sobre el pueblo bajo, cuyo último eslabón son los esclavos. Se hace necesario por una parte frenar las invasiones de los hititas y por otra controlar e incluso dominar, si fuera posible, la zona del Eufrates. Palestina está en el paso y las zonas de paso son al tiempo defendidas y explotadas. Sobre todo cuando hay que mantener un equilibrio de fuerzas y prepararse para la expansión económica y política.

La tierra de la opresión

La pequeña indicación histórica que estamos comentando (Ex 1, 11) permite, no sólo precisar el tiempo, sino también la tierra de la opresión. Nos encontramos en el delta del Nilo, el «país de Goshen». Es aquí donde se están construyendo las ciudades de Ramsés y Pitón, residencias del faraón. Las construcciones son sobre todo fortificaciones para los combates del ejército, y almacenes para el abastecimiento de la población. Los poderosos tenían que defenderse contra los poderosos. El delta es, por tanto, una zona de «taponamiento». Para mantener y extender el dominio del imperio se hace necesario en esta zona levantar un muro. La «herramienta barata» serán los pobres. Hay que preparar muchos ladrillos y habrá que echar mano de ellos.

En esta tierra y en este tiempo de opresión, se entiende la situación de Israel, pueblo oprimido. Los israelitas en Egipto son un pueblo extranjero. Pero hay que distinguir entre los extranjeros instalados e integrados y los extranjeros des-instalados y des-integrados. Muchos israelitas llegaron a vivir al estilo de los egipcios, a alcanzar un alto nivel económico y una buena posición social. Por eso se encuadraban en el comercio y en la administración llegando en ocasiones a puestos importantes del funcionariado. A estos israelitas, el gobierno los protege porque son medio de contacto y enlace, medio incluso de dominación sobre sus compañeros. Sin embargo, hay otros muchos extranjeros, mano de obra oprimida, que el gobierno necesita para las explotaciones agrícolas y para las grandes construcciones. Entre estos hay a su vez dos grupos, los prisioneros de guerra y los emigrantes. Estos últimos eran los que necesitaban trabajo para ganar el pan y tenían que dejar su tierra, para buscar medios de vida en las zonas de prosperidad. En principio eran unos «pobres pastores». «Ganaderos hemos sido tus siervos desde la juventud hasta ahora, lo mismo que nuestros padres» (Gén 46, 34). «Hemos venido a residir en esta tierra, porque no hay pastos para los rebaños, que tienen tus siervos, por ser grande el hambre en Canaán» (Gén 47, 4). «No había pan en todo el país» (Gén 47, 13). Situaciones semejantes les obligarían a pasar las fronteras con unos pocos ganados. En una carta de la época se lee el visto bueno de un pasaporte. «Hemos determinado dejar pasar a las tribus schasu de Edom, a través de la fortaleza de Mernepthah, para mantenerlos vivos a ellos y a sus ganados en la gran propiedad del faraón» (TGI. 40 s). Pero estos pastores nómadas no pueden permanecer en el país si no es a costa de arrimar el hombro a su marcha. Deben consentir no sólo en ser controlados, sino incluso en ser utilizados. Que trabajen y no crezcan demasiado. Lo mejor es darles de comer para que trabajen. Y no más. Entonces poco a poco de pobres pastores pasan, en sus condiciones de vida, a ser como los esclavos y los prisioneros de guerra. Son un pueblo oprimido.

Las cadenas de fuera

Les oprimen en primer lugar las cadenas de fuera. Es clara su esclavitud económica y social. «Y les redujeron a cruel servidumbre a los israelitas, les amargaron la vida con duros trabajos de arcilla y ladrillos, con toda suerte de labores del campo y toda clase de servidumbre, que les imponían por crueldad» (Ex 1, 13-14). Su condición va más allá que la de los trabajadores asalariados. Estos venden su trabajo, su misma persona. Pero los israelitas ni siquiera pueden venderse, porque son tratados como esclavos. Son una herramienta de trabajo, que nadie quiere. Por eso su puesto en la sociedad consiste en no tenerlo. Son el desecho del último puesto. Están enteramente al margen. La esclavitud socioeconómica lleva consigo la esclavitud sociopolítica y sociocultural. Por eso carecen de toda participación en la marcha de la sociedad. Sólo participan en cuanto instrumentos de producción. Y hasta su misma fe, que es al tiempo su cultura y lo más hondo de su historia, debe ser excluida. Cuando dicen que se van a reunir en torno a su Dios, dicen sus opresores que se están escapando del trabajo con la holgazanería más disimulada. No les queda más que el grito de la esclavitud. «Los israelitas, gimiendo bajo la servidumbre, se pusieron a gritar» (Ex 2, 23). Lo mejor para que se integren enteramente en la situación socioeconómica y política es que no piensen y que no sean. «Que se aumente el trabajo de estos hombres para que estén ocupados en él y no den oídos a palabras mentirosas» (Ex 5, 9). Los opresores sostienen que cualquier convocatoria para responder a su fe, que les mantiene y alienta en su camino, es una mentira, que les engaña y arruina. Pero no basta con que no piensen ni crean. Mejor es que no sean. Lo mejor es que su natalidad sea controlada. Los opresores pretenden casi siempre, diríamos hoy, que los oprimidos ni siquiera crezcan en número, que se cieguen las fuentes de su vida. «Tomemos precauciones contra él para que no siga multiplicándose, no sea que en caso de guerra se una también él a nuestros enemigos para luchar contra nosotros» (Ex 1, 10). «El rey de Egipto dio también órdenes a las parteras de las hebreas...: cuando asistáis a las hebreas observad: si es niño, hacedle morir; si es niña dejadla con vida» (Ex 1, 15). «Faraón dio a todo el pueblo esta orden: todo niño que nazca lo echaréis al río» (Ex 1, 22). En la trinchera de la guerra entre los imperios, la familia de los hijos de la promesa se había convertido en un escuadrón de esclavos. Las cadenas de fuera, impuestas por el montaje de la sociedad, dirigido por los poderosos, con su poder absoluto, les había despojado, oprimido y casi aniquilado. El pueblo de los hijos estaba esclavizado en la «casa de la servidumbre» (Ex 20, 2).

Las cadenas de dentro

El pueblo está oprimido y grita, pero las cadenas no le vienen impuestas sólo desde fuera, sino también desde dentro. Es muy importante detenerse también en estas esclavitudes hondas, si es que queremos comprender en sus raíces el paso de la esclavitud a la libertad. Pero, ¿en qué se advierten estas cadenas que atan a los israelitas por dentro? En dos hechos muy significativos. En primer lugar se oprimen unos a otros. «Aquel mismo día dio faraón esta orden a los capataces del pueblo y a los escribas: "Ya no daréis como antes paja al pueblo para hacer ladrillos; que vayan ellos mismos a buscarla"» (Ex 5, 6-7). Capataces y escribas suelen ser gentes del mismo pueblo, que se han encumbrado en la escala económica y social, y que se han convertido en «portavoces del faraón» (Ex 5, 10-16), llegando a ser así el látigo de sus hermanos. Pero no son sólo los letrados y capataces; algo semejante ocurre entre ellos mismos. Todos se encuentran metidos en «trabajos penosos» (Ex 2, 11), pero entre ellos mismos se pelean. Cuando Moisés fue a verles, vio a un egipcio, que golpeaba a un hebreo. Pero también «salió al día siguiente y vio a dos hebreos que reñían» (Ex 2, 13). También ellos mismos, los pobres y oprimidos, querían tener más y poder más, a costa de los otros, por encima de los otros. Por eso no es extraño que se integren en la esclavitud, ya que llevaban dentro actitudes semejantes a las de los opresores. Los pobres estando oprimidos, son al tiempo opresores. De ahí nace el segundo hecho, que se hace notar: el miedo a la liberación. El Señor les llama para encaminarse hacia la libertad y llegar a ser un pueblo nuevo. Pero ellos «no escucharon consumidos por la servidumbre» (Ex 6, 9). Los dirigentes israelitas protestan contra el trabajo profético de Moisés, que despierta al pueblo hacia la liberación. A él y a los suyos les echan la culpa de que los opresores hayan estrechado sus cadenas. «Que Yahvé os examine y que él os juzgue por habernos hecho odiosos al faraón» (Ex 5, 21). Pero esto mismo sucedía con la gente del pueblo. También ellos protestaban contra la voz profética que les convocaba. No sólo tenían miedo (Ex 14, 10), sino que hasta se sentían a gusto en la esclavitud y querían que les dejaran tranquilos. «¿No te dijimos claramente en Egipto: Déjanos en paz, queremos servir a los egipcios? Porque mejor nos es servir a los egipcios, que morir en el desierto» (Ex 14, 12; cf. 16, 3). En realidad consentían en las cadenas, porque ellos mismos las pretendían. Los pobres desde dentro, al cerrarse al amor y a la libertad, han forjado sus propias cadenas. Se han introyectado voluntariamente la actitud de opresión, serían opresores si pudieran. Por eso la opresión de fuera está aceptada y consentida por dentro. Parece en ocasiones que hasta está pretendida, como medio absoluto de sobrevivir. Para el pueblo

oprimido, los opresores son sus mejores amos. Su apoyo no está en el Señor: sus señores son aquellos que les dan un trozo de pan, aunque para esto tengan ellos mismos que venderse.

4. *La mano poderosa del Señor*

El pueblo está despojado y oprimido. Por una parte necesita la liberación, pero por otra parte tiene miedo a la libertad. En todo caso no toma la iniciativa para arrancarse las cadenas, sino que grita desde la hondura de ellas. Efectivamente, le oprimen las cadenas de fuera, las cadenas del montaje de la tierra y la sociedad, pero también las cadenas de dentro, las de su propia cerrazón al amor y a la libertad. «Los hijos de Israel, gimiendo bajo la servidumbre, gritaron, y su grito que brotaba del fondo de su esclavitud, llegó a Dios. Oyó Dios sus gemidos y se acordó de su alianza con Abrahán, Isaac y Jacob. Y miró Dios a los hijos de Israel y conoció...» (Ex 2, 23-25). El pueblo no toma en sus manos la empresa de su liberación. Grita, solamente. Y parece que su grito se pierde en el vacío. Si los oprimidos no quieren liberarse, menos lo quieren los opresores. Sin embargo, hay alguien que ha escuchado este grito. Pues hay una mano que a lo largo del camino aparece detrás del pueblo, en medio del pueblo, delante del pueblo. «Con mano poderosa, con brazo extendido, porque es eterna su misericordia» (Sal 135, 12).

El rostro del Señor

Intentamos buscar el rostro del Señor. En Ex 2, 1-7.7 nos encontramos con él, en los relatos de sus llamadas a Moisés. Son fragmentos del yavista (Ex 3, 7-8) y del sacerdotal (Ex 6, 2-3), que nos muestran cómo el Señor, el libertador que toma la iniciativa de la liberación, ha llamado a su siervo Moisés, para que le represente en esta tarea. Mientras el yavista pinta el encuentro con sus colores populares, presentando la zarza ardiendo y el siervo descalzo, rostro a tierra, el sacerdotal habla un lenguaje más sustancial, presentando sólo la llamada y la respuesta. Pero en el fondo los dos relatos nos des-velan un mismo rostro. El Señor «ha conocido» la opresión de su pueblo. «Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo y he escuchado el grito, que le arrancan sus opresores, pues ya conozco sus sufrimientos» (Ex 3, 7). «Ahora, al oír el gemido de los israelitas, reducidos a esclavitud por los egipcios» (Ex 6, 5). Conocer es vivir y padecer desde las entrañas. Conocer es comulgar en vida y en amor. El Señor ha conocido la opresión y la ha sentido desde su alianza, desde su compromiso de amor. Los gritos, que parecían perderse en el vacío

han alcanzado sus entrañas de misericordia, han apelado a su ternura y a su fidelidad, que eran la promesa hecha a los padres. «Oyó Dios sus gemidos y acordóse de su alianza, con Abrahán, Isaac y Jacob» (Ex 2, 24). «Me aparecí a Abrahán, a Isaac y a Jacob... Con ellos establecí mi alianza... Ahora, al oír el gemido, he reconocido mi alianza» (Ex 6, 3.4.5.).

El Dios de los padres

Estamos empezando a descubrir el rostro del Señor del éxodo. Es el Señor de la alianza. Alianza era el compromiso de amor anticipado, gratuito, fiel, inquebrantable, que hizo con Abrahán y el puñado de pobres, que le pertenecían, el compromiso de reunir una levadura de fraternidad en el mundo, es decir, de acoger a una familia inmensa de hijos que pudieran compartir la tierra de la herencia, según el propósito de su voluntad. La alianza empezó siendo promesa, pero cuando los hijos están en la esclavitud, se convierte en liberación. La promesa excluye las cadenas. Por eso el Dios de los padres se muestra verdaderamente como tal, cuando extiende su brazo poderoso y levanta con su mano a los hijos, que han caído derrumbados bajo la esclavitud. El Señor de la alianza, que es el Señor de la promesa, es precisamente por ello el Señor de la liberación, es decir, el Señor del pueblo, el Señor de la tierra, el Señor de la historia, el Señor del futuro. Pues alianza es un compromiso de amor, que está en marcha hasta su pleno cumplimiento en el porvenir, en la gran familia de los pueblos, sentada a la mesa compartida del universo, bajo la mano amorosa de su misericordia. El Señor, pues, está en pie, va abriendo camino, a la cabeza de su pueblo. Y se dispone ahora a una nueva hazaña, a un paso nuevo en la misma hazaña de su misericordia, el paso de la liberación. El Señor dijo a Moisés, mientras éste se cubría el rostro y se inclinaba hacia la tierra: «Yo soy el Dios de tu Padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob» (Ex 3, 6).

Moisés continúa preguntando por su nombre. Tener el nombre es saber quién es la persona. No es que quisiera apropiarse de él, pero sí que quería acogerse a él, porque le necesitaba. Se sentía pequeño para cumplir el encargo de la liberación. «Contestó Moisés a Dios: "Si voy a los israelitas y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros", cuando pregunten: "¿Cuál es su nombre? ¿Qué les responderé?". Dijo Dios a Moisés: "Yo soy el que soy"» (Ex 3, 13-14). Esta palabra misteriosa ha planteado muchas interrogantes, cuando, a lo largo de los siglos, se ha intentado descubrir el rostro del Señor, que sale aquí a nuestro encuentro. ¿Cuál es su rostro? ¿Qué significa su nombre? Unos han respondido: «Yo soy el que soy» significa «el

absolutamente existente», es decir el que es por sí mismo, frente a los otros seres, que son por otro, que toman parte en el ser y por tanto son relativos. Otros han respondido: «Yo soy el que soy» significa el «originariamente causante», es decir, el que causa el ser de los otros, el creador, frente a los otros que han recibido el ser de sus manos y son por tanto creados. Estas respuestas que encierran tanta luz y que en gran medida se han buscado desde la filosofía, no expresan la más honda novedad de su rostro. Conviene que nos aproximemos a él desde el mismo camino de la historia santa.

El Señor de la alianza

El Señor que sale aquí a nuestro encuentro es el Dios de los padres, que aparece ahora como el Dios de los hijos oprimidos. Su alianza les va conduciendo con mano poderosa de la promesa a la liberación y de la liberación a la entrada en la herencia. De momento constatamos un hecho. Al Señor se le han conmovido las entrañas por la opresión de su pueblo. En el compromiso de la alianza, él se había entregado a ellos, para que ellos fueran suyos. «Yo establezco mi alianza entre nosotros dos... Una alianza eterna de ser yo el Dios tuyo y el de tu descendencia... Yo seré el Dios de los tuyos» (Gén 17, 2.7-8; cf. Gén 6, 8; 9, 8-9; 15, 18). El rostro del Señor se desvela desde la alianza, ahora como antes. Los catequistas están confesando y descifrando el credo (Dt 26, 5-9). El pueblo oprimido, que le duele al Señor en las entrañas, es el pueblo de sus hijos. «He visto la aflicción de mi pueblo»... «Te envío... para que saques a mi pueblo» (Ex 3, 7.10). «Israel es mi hijo primogénito» (Ex 4, 22). «Vosotros seréis mi propiedad personal» (Ex 19, 5). «El te ha elegido para que seas el pueblo de su propiedad personal, entre todos los pueblos, que hay sobre el rostro de la tierra» (Dt 7, 6). No es extraño, pues, que al llamar a Moisés para el encargo de la liberación, el rostro del Señor sea el rostro paternal de la alianza. «He recordado mi alianza... Yo os libertaré... Yo os haré mi pueblo y seré vuestro Dios» (Ex 6, 5.6.7). «Yo soy el que soy» está visto, pues, desde la liberación y desde la entrada en la tierra de la herencia, que son las grandes señales de la alianza, las grandes muestras del amor de la misericordia del Padre que les amó de antemano.

El Padre de la misericordia

El rostro de la alianza es el rostro de la misericordia entrañable. Así se va perfilando a lo largo del camino. El Libertador actúa desde su gracia. «Tendiste tu mano derecha... guiaste con bondad a un

pueblo rescatado» (Ex 15, 12 s). Y cuando les ha arrancado las cadenas y les quiere indicar el camino de su voluntad, se presenta entregando la ley de la alianza lleno de «misericordia por millares» (Ex 20, 6). Por eso a pesar de las traiciones del pueblo, su fidelidad se mantiene en pie. Cuando el pueblo ha adorado al becerro de oro y ha roto la alianza, Moisés se pone en la brecha frente al Señor, suplicando misericordia (Ex 32, 32). No se da cuenta que está sobrepasado por ella. Al hacer la plegaria por la claridad de su rostro, se encuentra sorprendido. «Que yo te conozca y halle gracia a tus ojos» (Ex 33, 13). «Déjame ver, por favor, tu gloria» (Ex 33, 18). «Yo haré pasar ante tu vista toda mi bondad y pronunciaré delante de ti el nombre de Yahvé» (Ex 33, 19). Y efectivamente apareció la gloria de su rostro. «Yahvé pasó por delante de él y exclamó: "Yahvé, Yahvé, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por millares, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes; que castiga la iniquidad de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación"» (Ex 34, 6-7). Ahora comprendemos cómo el rostro de la alianza se desvela desde el rostro del amor paternal inquebrantablemente fiel. El Señor eligió a su pueblo, no porque lo mereciera por su grandeza o su bondad. Más bien, era un pueblo pequeño, pobre y rebelde. La promesa y la liberación de la alianza son un latido de sus entrañas de Padre. Así se ve, cuando se ha recorrido el camino. «Por el amor que os tiene y por guardar el juramento hecho a vuestros padres, por eso os ha sacado el Señor con mano fuerte» (Dt 7, 8). «El Señor tu Dios te llevaba como un hombre lleva a su hijo a todo lo largo del camino» (Dt 1, 31).

El rostro del Señor de la alianza es el rostro en el que aparecen sus entrañas de misericordia (rahamín). Esta expresión nos presenta las últimas raíces del amor paternal. En el juicio de Salomón cuando el niño que quedaba vivo va a ser despedazado, «la mujer de quien era el niño vivo, habló al rey, porque sus entrañas se conmovieron por su hijo» (1 Re 3, 26). Los hijos son las entrañas de los padres, las entrañas entregadas. Y es desde esta perspectiva desde donde la predicación profética ha iluminado el rostro del Señor. Os 11, 1-4 proclama cómo el Señor amaba a su pueblo, aun cuando se alejaba de él. Le enseñó a andar, tomándolo por los brazos, llevándolo en los brazos. Le sujetó con amor, más que con las correas y, cuando se caía, lo levantaba hasta su rostro. «Un hijo tan querido para mí, a quien he mimado tanto. Después de lo que ha hecho, ¿tengo que recordarlo todavía? Sí. Se me han conmovido las entrañas, no puedo abandonar la ternura hacia él» (Jer 31, 20). Es como un vuelco del corazón, como cuando a un padre la ternura le atrapa y le avasalla y sólo puede ceder a ella. «¿Es que una madre puede olvidar a su hijo, a quien está dando

el pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque le llegara a olvidar, yo no te olvido» (Is 49, 14-16). Es que «como un padre siente ternura por sus hijos, así siente el Señor ternura por sus fieles» (Sal 102, 13).

El Señor es el padre de las entrañas de misericordia, que se le conmueven, sobre todo, cuando ve a los hijos en la pobreza y en la opresión. Por ello su rostro se revelará verdaderamente cuando les tienda la mano para arrancarles de la esclavitud. Las cadenas se van a arrancar del cuello. El Señor ha desnudado su brazo. Los confines de la tierra van a contemplar su liberación. «Por eso mi pueblo conocerá mi nombre en aquel día y comprenderá que "yo soy" el que decía "aquí estoy"» (Is 52, 6). El Señor que sale al encuentro del pueblo oprimido, su libertador, es el padre de las entrañas de misericordia, de la ternura y del amor, de un amor que por una parte es gratuito e incansable y por otra es inquebrantable y fiel. El se ha propuesto reunir la gran familia de sus hijos y preparar para ellos la mesa común en la tierra de la herencia. Ahora emprende el camino de la liberación, «porque es eterna su misericordia». Su misericordia es presencia y transcendencia, una presencia que se regala en gracia y que al tiempo alienta al compromiso. Por eso el Señor, que es el que es, alentará siempre de nuevo la peregrinación a la tierra prometida, «porque es eterna su misericordia» (Sal 135).

«*Yo soy el que soy*»

Ahora es cuando podemos descifrar lo que el Señor nos dice y nos da, al desvelarnos su nombre: «Yo soy el que soy» (Ex 3, 14). Al darnos su nombre, se da a sí mismo, en el don de sí mismo. Su nombre es su ser. El nombre entregado es el desvelamiento y la revelación de su ser en sus últimas raíces. Pero, como venimos viendo, la entrega del nombre se ha realizado a lo largo del camino. El dijo su nombre y lo hizo, caminando a la cabeza de su pueblo de la esclavitud a la libertad. El se atestiguó como Padre con entrañas de misericordia, un padre que está con sus hijos, ofreciéndoles su gracia y que va delante de sus hijos, exigiéndoles la fidelidad a su gracia. Su misericordia entrañable acoge al pueblo, pero al tiempo le sobrepasa. Su gracia no se puede manejar, ni instrumentalizar a los intereses del pueblo. El don es camino en encrucijada. Por la senda de la fidelidad se alcanza la vida, por la senda de la infidelidad se alcanza la muerte. No podemos olvidar que la nueva gracia de la liberación, libera la primera gracia de la creación, para llevarla a la plenitud. El rostro del Señor, aparece por eso a nuestros ojos, desde lo que ha hecho, hace y hará con su mano fuerte y su brazo extendido. Así se desvela dándo-

nos su nombre, «Yo soy el que soy», que dice no lo que él «es en sí», sino lo que él «es para nosotros». Por una parte, él «está ahí» con la mano extendida. Su gesto es «por vosotros», «para vosotros», es decir, la ofrenda de la gracia. Pero por otra parte este mismo gesto es «sobre vosotros», «más allá de vosotros», es decir, el gesto de la soberanía de la gracia. El Señor está cerca con su misericordia entrañable, pero esta misma misericordia le hace estar delante, sobrepasándonos, para que su gracia sea liberadora en plenitud. Nos acoge y nos provoca al último éxodo, para la última herencia. No se puede manejar su presencia. Por eso la gracia libre es al tiempo gracia fiel, la gracia en su soberanía. Es importante subrayar y empalmar los dos gestos o los dos momentos del único gesto, es decir, la gratuidad de la gracia, que es al tiempo la soberanía de la gracia.

5. *Moisés, la transparencia del rostro del Señor*

Parece a simple vista que el Señor realiza la liberación por manos de Moisés. Pero conviene acercarse a este caudillo, para ver en su rostro la presencia transparentada del Señor, que es el verdadero libertador. Moisés no aparece en los antiguos credos. Poco a poco se va introduciendo en los pasos de la hazaña del Señor. Por de pronto más que en el caudillaje, parece que hemos de fijarnos en la mediación, en una mediación que consiste fundamentalmente en la representación, es decir, no tanto en que represente al Señor cuanto en que el Señor se hace presente en él. Interesa mucho que nos fijemos en los distintos aspectos de su rostro, que dependen sin duda de los distintos enfoques que los catequistas dan al éxodo.

Moisés sin cayado

En primer lugar aparece el Moisés sin cayado, que es el Moisés del yavista. Acompaña a su pueblo desde la salida de la esclavitud hasta la tierra de la herencia, pero en segundo plano. El primero le corresponde al Señor. Yahvé es el único caudillo. Los prodigios son obra exclusiva del Señor. Moisés no interviene en absoluto. «Voy a golpear el río», dice el Señor (Ex 7, 17). «Yahvé hirió el río» (Ex 7, 25). «Salió Moisés de la ciudad, extendió las manos hacia Yahvé, y cesaron los truenos y granizos» (Ex 9, 33). Incluso en el mar Rojo, Moisés contempla cómo el Señor realiza el prodigio, después de anunciarlo. «Sabrán los egipcios, que yo soy el Señor, cuando me haya cubierto de gloria a costa del faraón, de sus carros y de sus jinetes» (Ex 14, 18). El verdadero cayado lo lleva el Señor. Y la misión de este Moisés, sin

cayado, es sobre todo, un servicio profético, que no consiste en adivinar el futuro, sino en ser «portavoz del Señor», en «hablar en nombre del Señor», anunciando lo que el Señor le encarga. «Ve, yo te envío» (Ex 3, 10). «Así dirás» (3, 15). «Ve y diles» (3, 16). «Tú le dirás cuanto yo te mande» (7, 2). El otro gran servicio será la intercesión. Tendrá que hablar al Señor «en nombre del pueblo». Con las manos en alto tendrá que interceder al Señor por los que se le habían confiado (Ex 8, 26; 17, 9-13). El rostro de Moisés aparece aquí desde el señorío del Señor, sólo bajo la mano del Señor, en un puro servicio de mediación, en la muda transparencia, es decir, en la mediación para la inmediatez.

Moisés con cayado

En segundo lugar aparece el Moisés con cayado, es el Moisés del elohista. En esta catequesis aparece destacada la soberanía del Señor, que se caracteriza por su soberana distancia frente a los ídolos. Si el Señor está tan alto y tan lejos, entonces su presencia en el camino necesita ser transparentada más de cerca. La mediación adquiere consistencia. Si el Señor no está tan al alcance, entonces son los profetas los que tienen que hacer resonar su voz. El cambio se advierte enseguida. El yavista decía: «di a los ancianos: "Yo, el Señor, quiero sacar a Israel"» (Ex 3, 16 s), pero el elohista dice ahora: «Tú sacarás a Israel» (Ex 3, 10.12). La mediación se hace más fuerte. El Señor se sirve de Moisés para la liberación como de un instrumento. Entonces para decirlo de una manera que entre por los ojos, podríamos decir que en esta imagen de Moisés, el Señor ha puesto el cayado, el suyo, en las manos del profeta que encabeza al pueblo. De todas formas Moisés continúa siendo un profeta, no más. Cuando afirmamos esto queremos decir que es tan sólo «la boca» del Señor (Ex 4, 16). Ahora bien, en este nuevo acento, el profeta será un profeta activo. Intervendrá no sólo con sus anuncios, sino con sus prodigios dramáticos. Su cayado se convierte en serpiente (Ex 4, 2-4). Con él desencadena las plagas y divide el mar Rojo (Ex 4, 17-23; 10, 13; 14, 16; 17, 9 ss, etc.). Además será un intercesor exigente. No sólo levanta las manos al Señor para hacerle llegar las angustias y esperanzas del pueblo, sino que pide, suplica, insiste, exige. «Con todo, si te dignas perdonar su pecado; y si no, bórrame del libro que has escrito» (Ex 32, 32). La mediación en todo caso no es una instrumentación mecánica, sino una densidad de presencia, que se hace más cercana y elocuente.

Moisés en áspero camino

En tercer lugar aparece el Moisés del áspero camino, es el Moisés del deuteronomista. En este caso es sobre todo el mediador de la revelación, es decir, un profeta, pero el profeta de los profetas, el profeta por excelencia. Es el que anuncia todo y sólo lo que el Señor dice, el profeta fiel. Ha sido suscitado de entre los hermanos (Dt 18, 15) y el Señor ha puesto sus palabras en su boca (Dt 18, 18). Es el excelso profeta que viene hacia los hermanos después de una experiencia inmediata y única de encuentro con el Señor (Dt 34, 10-12). Entonces resulta que este profeta será extraño a sus hermanos y tendrá que adentrarse en el camino del dolor, hasta convertirse en el mediador doliente. Ya según las tradiciones antiguas aparecía «aplastado bajo el peso de todo el pueblo» y disputando con Yahvé sobre su aflicción. «¿He concebido yo a todo este pueblo o lo he dado a luz, para que me digas, cógelo en brazos?» (Núm 11, 11-17). Pero ahora el dolor no es una anécdota, sino que abarca la existencia entera, el camino y la oración apasionada y ardiente (Dt 9, 18 s. 25 s). Así el que era un hombre apasionado que conocía las explosiones de ira (Ex 2, 12; 32, 19; Núm 11, 11), con un talante prometeico (Núm 15, 10 s) ha llegado a ser ahora el sumiso «siervo de Dios» (Dt 3, 24.34, 5), el «más humilde de todos los hombres» (Núm 12, 3). La última prueba será la inmolación en representación, su muerte fuera de la tierra prometida en sustitución del pueblo entero. «Por culpa vuestra, el Señor se irritó también contra mí» (Dt 1, 37; cf. 3, 23-29; 4, 21; 11, 18 s. 25 ss). La presencia del Señor es ahora la pérdida de sí, el servicio humilde, la transparencia en el servicio del dolor...

Moisés sobre la montaña

En cuarto lugar, el Moisés sobre la roca de la montaña, es el Moisés del sacerdotal. Aquí es sobre todo el mediador de la revelación, que sucede entera y solamente en el monte. Allí está en presencia del Señor, llamado y enviado a testimoniar su nombre. Está solo, inmerso y absorto en la gloria. Sólo él sube hasta la cumbre envuelta en la nube; sólo él tiene contacto con el Señor, sólo él conoce el nombre y la ley (Ex 24, 15-18). Todo lo demás ha pasado a manos de otros. A excepción del paso del mar Rojo (Ex 14, 16.26), el cayado y el sacrificio están en manos de Aarón que es el que brega con el faraón y con el pueblo (Ex 7, 19-22; 8, 1-2; 12, 1). Hasta cuando el pueblo se amotina, Moisés permanece en el monte (Núm 16, 4.22; 17, 10; 20, 6). El mediador de la revelación es un gran solitario. Cuanto más se acercaba al Señor, parecía que más se alejaba de los hombres. Pero al

tiempo esta lejanía era la más íntima cercanía, el mejor servicio en favor del pueblo que iba caminando en la travesía. Por eso, cuando viene del monte, su resplandor destella la luz de la gloria reflejada (Ex 34, 29-35). Allá arriba subió llevándose consigo al pueblo con sus pecados, y ahora baja lleno trayendo consigo la gloria del Señor reflejada en su rostro. El redactor final ha compuesto con estos rostros de Moisés una imagen en mosaico, que expresa al vivo su transparencia del Señor: con cayado y sin él, en el monte y por los caminos, abrumado por el dolor y envuelto por la gloria. Por ello en el Moisés del éxodo lo que tenemos es la transparencia histórica del Señor, que va liberando a su pueblo, yendo a la cabeza de la marcha.

6. *Acogiendo su misericordia en torno a la mesa*

El Señor libertador de los oprimidos

El Señor, por manos de su siervo, ha empezado la obra de la liberación. Su alianza de Padre no le permite consentir que unos hijos suyos opriman a otros en el entramado de la historia. Al ver que los poderosos están despojando y oprimiendo a los pobres, se presenta en este campo de guerra como el libertador de los oprimidos. Su misericordia entrañable se atestigua tomando parte por los oprimidos. El no conoce la neutralidad. La universalidad inmensa de su amor, incluye precisamente esta opción preferencial: todos, desde los últimos. Pero el testimonio de su misericordia entrañable no está sólo en optar por los oprimidos, sino en ponerse a luchar con ellos, de parte de ellos. Siempre ha avanzado así por su camino. El Señor es compasivo y misericordioso»... «hace justicia y defiende a todos los oprimidos» (Sal 102, 8.6). «Dios prepara casa a los desvalidos, libera a los cautivos y los enriquece, sólo los rebeldes se quedan en la tierra abrasada» (Sal 67, 6-7). Es que «levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre, para sentarlo con los príncipes, los príncipes de su pueblo» (Sal 112, 7-8). Para preparar la casa común y la mesa compartida «hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos colma de bienes y a los ricos despide vacíos» (Lc 1, 51-53).

Al poner el Señor manos a la obra de la liberación realiza el juicio de su justicia. Su mano extendida es salvación para los que se entregan a la liberación de su misericordia y perdición para los que la rechazan y se enfrentan a ella. «Me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto» (Ex 12, 12). Su opción y su lucha realiza una crisis en el mundo. «Yo soy Yahvé: Yo os libertaré de los duros trabajos de los

egipcios, os libraré de su esclavitud y os salvaré con brazo extendido y grandes castigos» (Ex 6, 6). La liberación que salva al pueblo oprimido es castigo que condena al pueblo opresor. El castigo no recaerá sobre la tierra de su pueblo, «donde está mi pueblo... a fin de que sepas que yo soy Yahvé en medio de la tierra; haré distinción entre mi pueblo y el tuyo» (Ex 8, 18-19; cf. 9, 4; 11, 7). Hay una lucha entre dos señores y sus señoríos: el señorío de la opresión y el señorío de la libertad. El faraón parece como un signo que concentra el poderío opresor de este mundo, como si fuera «el príncipe de este mundo». El Señor, en cambio, aparece como la mano poderosa que arranca las cadenas, para abrir la senda de la liberación para la comunión. No es extraño, pues, que se plantee una lucha enérgica, llevada hasta el final. El Señor se ha propuesto dar a conocer su nombre, mostrar quién es el Señor de la misericordia que en su reino «mantiene su fidelidad perpetuamente, hace justicia a los oprimidos, da pan a los hambrientos, liberta a los cautivos» (Sal 145, 6-7).

Las hazañas del Señor

El combate entre el Señor y el faraón, frente a frente, se mantiene en el ancho escenario de la tierra, por donde el pueblo hace camino. Es un combate en medio de la historia. Parece como que el faraón es el dueño absoluto, pero la mano del Señor es más fuerte. Actúa en «señales», signos visibles de su poder invisible, pero señales tan sorprendentes que son verdaderos prodigios, «hazañas», «maravillas». Los catequistas las han pintado con colores vivos ante los ojos del pueblo. Son las plagas de la sangre (Ex 7, 14-25), de las ranas (7, 26-8.11), de los mosquitos (8, 12-15), de los tábanos (8, 16-28), de la muerte del ganado (9, 1-12), de la granizada (9, 13-35), de las langostas (10, 1-20), de las tinieblas (10, 21-29) y de la muerte de los primogénitos (11, 1-10; 12, 29-30). Se trata de combates del Señor frente a los opresores, que el catequista pinta como las tablas de un gran retablo, como las escenas de una secuencia de teatro. Probablemente en ellas subyace un hecho histórico, que serían algunas de las calamidades que afligieron a Egipto. Pero los catequistas han pretendido hacer de ellas una «revelación del Señor», una obra de su mano poderosa. Y por ello las han pintado de grandiosidad. No importa el orden ni los detalles, lo que importan son las hazañas (cf. Sal 105, 28-36).

Las plagas, es decir, las luchas del Señor están pintadas por los catequistas con rasgos vigorosos. En primer lugar hay un anuncio al faraón. Es una pro-vocación, una llamada para que deje libres a los oprimidos, es decir, para que deje de oprimir, de ser opresor. «Deja

salir a mi pueblo, para que me sirva en el desierto» (7, 16; 7, 26; 8, 16; 9, 1; 9, 13; 10, 3). Esta llamada a la liberación de los oprimidos, que es, al tiempo, liberación de los opresores, no es aceptada por éstos, que no quieren renunciar a su posición. Por eso, en segundo lugar, sucede la actuación del Señor, que pretende atraer a la conversión y que cesa cuando parece que aparecen señales de ella. Y sin embargo, la luz, cuando no se quiere recibir, ciega más; la libertad, cuando no se quiere acoger, endurece más la opresión. Por eso, en tercer lugar, sucede el endurecimiento del faraón. «El corazón del faraón se endureció» (7, 22; 8, 11). «Dijeron los magos a faraón: "¡Es el dedo de Dios!". Pero el corazón de faraón se endureció y no les escuchó» (8.15; 8.28). «Se endureció... y no dejó salir al pueblo» (9, 7; 9, 12; 9, 35; 10, 20.27; 11, 10). El Señor, sin embargo, sigue adelante en su lucha. El es el protagonista de esta hazaña de liberación, porque ama a su pueblo con la misericordia de sus entrañas.

Es Señor y se atestigua como Señor, siendo el libertador de los oprimidos. «En esto conocerás que yo soy Yahvé» (Ex 7, 17; 8, 18). Esta situación de endurecimiento será la ocasión de realizar «sus señales» y mostrar que él es el que había dicho «yo soy el que soy» (10, 2). El es el único libertador (8, 6; 9, 14). Su mano es invencible (7, 5; 9, 3). El pretende que la pobre familia de sus hijos, que ha caído en la esclavitud de los poderosos de este mundo, pase de la servidumbre al servicio. Para ello hará frente a los poderosos de este mundo, con todos sus montajes de poder. Y así atravesando y rompiendo todas las cadenas se atestiguará como el «Dios de su pueblo», el que lo llamó y lo reunió, el que lo liberó y lo condujo, el que lo hará entrar en la tierra de la herencia en favor de todos los pueblos. Su mano fuerte y su brazo extendido aparecen tan en primer plano, que en principio parece que la liberación es solamente obra suya, que la hace él como un don de su misericordia. Y, sin embargo, a lo largo de los relatos de sus hazañas, se advierte que los poderosos se pierden porque no han aceptado su gracia y que el pueblo de los pobres se salva, porque se ha acogido a ella. El relato de las plagas encierra dentro de sí, intercalados, unos relatos sobre la acogida de la liberación del Señor, en materiales de culto, de épocas distintas, pero que expresan bien cómo en torno a la mesa ha sido acogida su misericordia: 12, 1-14 (P) (institución de la pascua del sacerdotal); 12, 15-20 (P) (fiesta de los ázimos); 12, 21-28 (PJ) (normas sobre la pascua); 12, 43-51 (P) (más normas sobre la pascua). En estos fragmentos nos encontramos un texto legislativo ritual, que al hablarnos del modo de celebrar la pascua, nos descubre al tiempo el sentido hondo de esta fiesta de la liberación.

La cena pascual, fiesta de la liberación

El pueblo de los pobres, que está oprimido en Egipto, es un pueblo de pastores errantes, entre los grandes imperios de la tierra. Acostumbraban a celebrar una fiesta de acción de gracias. Era la fiesta donde acogían y compartían la vida de la naturaleza, que renacía. Hacían un sacrificio de su ganado para dar gracias por la vida, que se les había concedido y luego se sentaban a la mesa, a compartir con alegría esta misma vida. Así unidos, caminaban otro paso adelante en el camino. Pero la experiencia de la mano poderosa del Señor, que les está arrancando las cadenas de la esclavitud, les lleva a dar un nuevo sentido a esta fiesta. Ahora la celebran como fiesta en la que acogen y comparten la nueva libertad estrenada, que han empezado a recibir del Dios de sus padres, el Señor de la liberación. De fiesta de la naturaleza, pasa a fiesta de la historia, pero de la historia que el Señor está haciendo con ellos. De celebrar la vida de sus ganados y de sus hijos, pasan a celebrar la nueva libertad, que les ha devuelto la vida y que les hace vivir por un camino nuevo, aún no rastreado, el camino de un pueblo liberado y fraternal.

El pueblo se reúne en torno a la mesa, que es al tiempo mesa de sacrificio y de comunión. ¿Podríamos alcanzar la situación más originaria a través de las capas, que se han ido superponiendo a lo largo de los siglos en la celebración de esta fiesta de la liberación? Está reunida «toda la comunidad de Israel» (Ex 12, 3). Y «toda la asamblea de la comunidad» (12, 6) sacrifica una res de ganado menor por familia. El pueblo es una familia de familias. Y cada una de las familias debe tener la puerta abierta a todos, sobre todo a los esclavos, a los forasteros y a los pobres hambrientos (Ex 12, 44-48; Lev 23, 22; 25, 35). Los pequeños no pueden faltar y cada vez deben estar más delante de los ojos (cf. Dt 24, 10-21; 26, 12). Sobre la mesa el cordero sacrificado, las lechugas amargas y los panes ázimos. «Y cuando os pregunten vuestros hijos: "¿Qué significa para vosotros este rito?", responderéis: "Este es el sacrificio de la pascua de Yahvé, que pasó de largo, por las casas de los israelitas en Egipto, cuando hirió a los egipcios y salvó nuestras vidas"» (Ex 12, 26-27). Nos encontramos pues ante un sacramento, es decir, ante un signo visible de un acontecimiento invisible, el sacramento de la liberación. La mano poderosa del Señor se hace presente y visible en los signos, que suceden en la mesa, compartida por la familia que se apiña a su alrededor.

Los signos visibles están sobre la mesa. Están las hierbas amargas. Debía ser una cena corriente de los pastores nómadas bajo las tiendas. Ahora expresaban la «amargura de la esclavitud», porque ciertamente «los egipcios amargaron la vida a nuestros padres» (*Mischna*, P.

10, 5). Los panes ácimos podían significar el «pan de la aflicción» (Dt 16, 3), que era al tiempo «pan de la huida». «No había fermentado todavía, pues al ser echados de Egipto, no pudieron tomar víveres ni provisiones para el camino» (Ex 12, 39). Los signos expresan un paso de la esclavitud a la libertad. Pero este corte y este paso ha sido obra del Señor. El cordero degollado y su sangre querrían expresarlo. «Tomarán la sangre y untarán las dos jambas y el dintel de las casas donde coman» (Ex 12, 7). La vieja costumbre de los pastores se convierte ahora en signo de la hazaña del Señor. «Yo pasaré esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos del país de Egipto, desde los hombres hasta los ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo, Yahvé. La sangre será vuestra señal en las casas donde moráis» (12, 12-13). Cuando pase el libertador y vea la sangre, que marca a los suyos, pasará salvándolos, mientras los opresores se arruinan (12, 23; 12, 27 a). El acontecimiento invisible que se expresa en los signos visibles es la alianza del Señor, convertida en liberación, es decir, en «justicia» (12, 12), que arranca las cadenas y da la «salvación» (12, 27). Es el cumplimiento de la promesa, que se hace anticipo de la consumación.

La pascua: don y tarea

En torno a la mesa se acoge la liberación. La liberación es el don de la misericordia entrañable de la alianza, que se expresa en la sangre derramada. La liturgia posterior ha querido hacerse eco de aquellos instantes, presencializándolos. «Cuando Israel salió de Egipto... el mar al verlos huyó... ¿Qué te pasa mar que huyes?... En presencia del Señor se estremece la tierra, pues "transforma las peñas en estanques y el pedernal en manantiales de agua"» (Sal 113, 1.3.5.7-8). «Amo al Señor porque escucha mi voz suplicante... Me envolvían redes de muerte... Invoqué el nombre del Señor: "Señor, salva mi vida"». El Señor es benigno y justo, nuestro Dios es compasivo... Arrancó mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída» (Sal 114, 1.2.4.5-6.8), Con las manos abiertas la familia del pueblo acoge el don de la liberación. Sobre la mesa el cordero sacrificado, que se va compartiendo. Después de proclamar el memorial, se agradece la hazaña del Señor. «Señor, yo soy tu siervo, siervo tuyo, el hijo de tu esclava. Rompiste mis cadenas. Te ofreceré un sacrificio de alabanza» (Sal 115, 7-8). «Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Empujaban y empujaban para derribarme, pero el Señor me ayudó. El Señor es mi fuerza y mi energía, él es mi salvación. Escuchad, hay cantos de victoria en las tiendas de los justos: La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es

excelsa, la diestra del Señor es poderosa» (Sal 117, 1.13-16). «Señor, danos la salvación» (117, 25).

En torno a la mesa se comparte la liberación. El sacrificio de alabanza se ha convertido en banquete. Los hijos toman parte en el don entregado y se hacen asamblea del Señor, para caminar bajo la mano del Señor. Lo que era don se ha convertido en aliento para el camino, en tarea para caminar. El paso del Señor es un paso que provoca también a su pueblo a pasar, a compartir con él la aventura de la liberación. La comunión se hace en marcha y para la marcha. «Así lo habréis de comer: ceñidas vuestras cinturas, calzados vuestros pies y el bastón en vuestras manos; y lo comeréis de prisa. Es pascua de Yahvé» (Ex 12, 11). Aquella travesía está sólo empezada. El sacramento y la fiesta de la liberación son un memorial de generación en generación, para siempre (Ex 12, 14.42). Lo que era promesa de la misericordia entrañable, ha empezado a ser cumplimiento, pero a su vez el cumplimiento es sólo anticipo de la plena liberación para la comunión, que sólo se consumará en la última tierra de la herencia. El pueblo será siempre contemporáneo de la travesía, porque la travesía será siempre presente para él y le comprometerá a la acogida para la comunión, que se hace liberación, liberación que a su vez conduce a una comunión más honda y se convierte en una alabanza más agradecida. Por eso la larga marcha de la liberación empezó con el canto de la misericordia desde la primera hora de la creación y se consumará cuando el don de la gracia del Señor se consume por entero (Sal 135).

7. *Para avanzar la marcha de la liberación*

Desde la mesa de la pascua, parte el camino hacia la travesía del mar. La mano del Señor que les había reunido, ahora les alienta para una nueva marcha, la gran hazaña, un hecho grande y engrandecido. El relato que conservamos es un mosaico entretejido con las catequesis de los cuatro catequistas. El pueblo emprende la salida (12, 31-42) (JEP) (13, 17-22) (EJ), hace la travesía de la mano del (14.1-31) (JEP), y después la agradece en un canto de alabanza (15, 1-21) (D). El escenario nos es bien conocido. Más acá del río «la casa de la servidumbre», más allá del río «la brecha de la libertad», por medio el río, la senda de la liberación emprendida. Pero el que abre, avanza y consuma la travesía es el Señor, con su brazo extendido y su mano poderosa. Conviene por tanto que contemplemos su rostro en esta hora de la liberación.

La aparición de la gloria del Señor

Es de noche, noche en la que el Señor está haciendo guardia para sacar a su pueblo de la esclavitud (Ex 12, 42). «El Señor iba al frente de ellos, de día en columna de nube y de noche en columna de fuego para alumbrarlos, de modo que pudiesen marchar de día y de noche» (13, 21). Era el mismo Señor, a la cabeza de su pueblo, camino de la tierra de la herencia, el que hacía «camino» (14, 17.18). Es el mismo que había dicho «yo soy el que soy» y que ahora se iba a mostrar como lo que era, el «padre de la misericordia y de la fidelidad», el «señor de la gloria». El catequista con colores vivos y populares ha pintado esta mano poderosa, como una nube, a veces oscura y a veces encendida. Con esta imagen, presenta el signo visible de su presencia invisible. Desde la nube acoge, guía y defiende (14, 19-20), desde la nube hace que los egipcios se pierdan y que su pueblo encuentre la senda de la liberación (14, 25). Así será siempre en las horas cruciales de la travesía (Ex 19, 9.16; 24, 15-18; Sal 104, 39; 77, 14). Para el pueblo sencillo las nubes que caminan en lo alto, son carro y sede, desde donde el Señor, que es un luchador de la liberación, avanza con brazo poderoso y mano extendida (Ex 15, 3. 16; Sal 117, 15-16). Por una parte parece como que las nubes envuelven y con los relámpagos y truenos que las des-entrañan son fuerza luminosa y luz poderosa que acogen (cf. Sal 17, 12-14). Pero, por otra parte, las nubes bajan y su sombra y su luz se adentran más adentro, desarticulando y transformando (cf Sal 28, 1. 3 ss. 11). El catequista sacerdotal llama «gloria» a esta fuerza luminosa y a esta luz poderosa, que se experimentó sobre todo en el Sinaí y que desde allí se contempla (Ex 16, 10; 24, 16; 40, 34).

Ahora sí que comprendemos quién es el que va delante. Es el Señor con las entrañas de misericordia de su alianza, que toma de la mano a la pequeña y pobre familia de sus hijos, que está en la servidumbre, para arrancarle las cadenas y conducirla a la mesa compartida de la tierra de la herencia. Su mano es como la nube, que ardiendo o dando sombra, expresa su gesto de amor por su pueblo, que por una parte le envuelve y le acoge y por otra parte le penetra y le transforma, alentándole hacia adelante. «Yo manifestaré mi gloria... Yo soy Yahvé» (Ex 14, 4). «Me cubriré de gloria» (14, 17). Ante la aparición de este amor liberador tan fuerte y tan inquebrantable, los hombres se dividen. El pueblo de los opresores lo rechaza, el pueblo de los oprimidos lo acoge. Es así como se hace a la travesía.

El rechazo de los opresores

La gloria es rechazada por los opresores. El faraón es la personificación soberana del señorío de este mundo. Cuando ve que la misericordia entrañable ha alentado a los oprimidos y un pequeño grupo de ellos se ha puesto en marcha, «hizo enganchar su carro y llevó consigo sus tropas... todos los carros de Egipto, montados por sus combatientes» (14, 6). Desde luego el catequista ha engrandecido a sus personajes. Un destacamento militar podría haber hecho frente a la marcha del puñado de pobres, que se atrevían a la aventura de la liberación, pero al catequista, para mostrar la gloriosa hazaña del Señor, le importa pintar que lo que está aquí en juego es todo el poder opresor de este mundo. Cuando los poderosos tienen cerrados los puños y aparece la gracia, los puños se cierran más enérgicamente, más duramente. Parece como que es la gracia misma, el Señor de la gracia, quien endurece. «Yo endureceré el corazón del faraón» (14, 4). Efectivamente, al avanzar la mano alentadora del libertador, los opresores se endurecen más y despliegan toda su fuerza de agresión (14, 5-9). «Les persiguieron. Les dieron alcance» (14, 9). Pero al rechazar la misericordia, ellos mismos se hundieron. Cuando los hombres, que son gracia para ser agraciada, se cierran a la ternura de la última misericordia, se derrumban, se destrozan, se aniquilan. El catequista lo ha pintado con fuertes y escandalosos colores. En realidad el Señor ha tomado partido por los oprimidos, en contra de los opresores. «Yahvé pelea por ellos contra los egipcios» (14, 25). Por eso desde la nube ardiente «miró», «sembró la confusión», «trastornó las ruedas de sus carros» (14, 24-25). Más aún, «el Señor precipitó a los egipcios en medio del mar» y «no escapó ni uno siquiera» (14, 27-28). La oposición de los opresores a la misericordia entrañable del Señor, no sólo les ha endurecido, sino que les ha aniquilado. Los cadáveres, tirados en las orillas del mar, manifiestan «su gloria». «Manifestaré mi gloria a costa del faraón y de todo su ejército y sabrán los egipcios que yo soy Yahvé» (14, 4).

La acogida de los oprimidos

La gloria es acogida por los oprimidos. El pueblo de los pobres se ha puesto en marcha (Ex 12, 31-42). «Los israelitas partieron» (12, 37). «Salieron con la mano alzada» (14, 8). Pero el ponerse en marcha no significa que ellos ya hayan emprendido el camino de la liberación del Señor. Ellos iban a buscar su libertad, con los menos riesgos posibles. De lo contrario, sería preferible la esclavitud acoplada a los opresores de este mundo, pero al parecer más rentable y segura. De

pronto llegaron a la encrucijada. Se tropiezan con el mar, como una barrera. Y se les ofrecen dos caminos: o someterse al faraón o acogerse al Señor. Es un cruce de señoríos, una alternativa de señores: o la opresión de este mundo o la liberación de la alianza. De pronto, se ponen a temblar y gritan. «Al acercarse faraón, los israelitas alzaron sus ojos, y viendo que los egipcios llegaban tras ellos, temieron mucho los israelitas y gritaron al Señor» (14, 10). Su grito en principio es una queja. Ellos esperaban una libertad regalada, pero no comprometida ni padecida a riesgo de muerte. «¿No dijimos, dicen a Moisés, claramente en Egipto: Déjanos en paz, queremos servir a los egipcios? Porque mejor nos es servir a los egipcios, que morir en el desierto» (14, 12). Desde luego la liberación es un don de la misericordia del Señor: «la salvación que Yahvé os otorgará» (14, 13). El ha tomado partido por vosotros, «Yahvé peleará por vosotros» (14, 14). Pero este don que el Señor les da sin ellos, no se consumará si no es con ellos. Ellos tienen que entregarse a la misericordia entrañable. Romper con el miedo y la angustia: «No temáis»... «No tendréis que preocuparos» (14, 13.14). Ahora bien, para ello, hay que confiar en su amor, creer en su amor, abandonarse a su amor. «Vuestra salvación está en convertiros y tener calma, vuestro valor consiste en confiar y en estar tranquilos» (Is 30, 15). La flaqueza, experimentada como flaqueza, se apoya en la fuerza del Señor, acoge su misericordia entrañable y la flaqueza se convierte en fuerza. La fe en el Señor es el coraje de la lucha, pues el puñado de pobres camina de su mano, ya que él va delante y detrás y en medio. Habrá que fatigarse al caminar mirando y avanzando hacia adelante, pero sin que se crispen las manos. Sólo queda la firme y gozosa esperanza. «No temáis, estad firmes y veréis la salvación, que el Señor os dará» (14, 13).

La brecha abierta de la libertad

La mano de la misericordia entrañable, con el fuego de la gloria, está extendida desde más atrás, más por debajo, más hacia adelante. Esta mano gloriosa ha tirado el muro y por manos de Moisés, el siervo del Señor y de su pueblo, abrirá el camino seco por el cauce del mar y lograrán dejar abierta para siempre la brecha de la última liberación. El pueblo de los pobres, si no confía en sí mismo y no quiere avanzar por sus intereses, sino acogerse a la liberación del Señor, se pondrá a marchar, desplegando toda su energía, la energía del Señor en ellos, y las sendas serán más hondas y más anchas, de lo que ellos se esperaban. «Di a los israelitas, que se pongan en marcha. Y tú, alza tu cayado, extiende tu mano sobre el mar y divídelo para que los israelitas entren» (14, 16). «Los israelitas entraron en medio

del mar a pie enjuto mientras que las aguas formaban una muralla a derecha y a izquierda» (14, 22). Y «pasaron el mar» (14, 29). Aquel día salvó el Señor a Israel del poder de los egipcios; e Israel vio a los egipcios muertos a orillas del mar» (14, 30). La gloria acogida es glorificada en la liberación. En realidad es ahora cuando ha aparecido el rostro del Señor. El «Dios de los padres» (15, 2), es el luchador de la liberación (15, 3), por sus entrañas de misericordia. «Extendiste tu mano derecha... guiaste con misericordia a tu pueblo rescatado, lo llevas con tu poder hasta tu santa morada» (15, 12-13)... «Lo introduces y lo plantas en el monte de tu heredad; lugar del que hiciste tu trono, Señor»... «El Señor reina por siempre jamás» (15, 15.18). La alianza fue primero promesa, que reunió a la familia de los hijos para prepararles una tierra compartida. Luego, cuando los hijos han caído en la esclavitud, es liberación de las cadenas y sendero nuevo para que la familia avance hacia la tierra de la herencia. Pero la alianza que es promesa y liberación es radicalmente un gesto de amor de las entrañas misericordiosas del Padre, que «ha hecho» y «ha constituido» a su pueblo (Dt 32, 6). Pero este mismo gesto de amor, le hace continuar todavía más adelante. La liberación y la comunión de su familia y de su casa sólo están empezadas.

8. *Jesús, el Señor, el precio de nuestra liberación*

Acabamos de asistir al paso central de toda la antigua alianza, la pascua primera del éxodo. Lo hemos contemplado desde la última pascua, la pascua del Señor. Pero ahora conviene cambiar la dirección de nuestra mirada. Desde la antigua pascua contemplaremos la travesía del Señor en su muerte y en su resurrección. En la antigua pascua apareció la mano del Padre de la misericordia. Su gesto fue su entrega. Su hazaña fue la liberación de su pueblo. Se entregó para hacerle pasar de la casa de la servidumbre a la tierra de la libertad. El éxodo fue una salida de las cadenas, que esclavizaban y enfrentaban y una entrada en el camino nuevo donde se empieza la libertad para la fraternidad. Cuando contemplamos la travesía pascual del Señor, desde la vieja pascua, enseguida descubrimos que la mano del Padre de la misericordia es su mismo Hijo entregado. Su gesto fue la muerte en la cruz. Su hazaña fue la última liberación, desde la esclavitud y la enemistad más hondas hacia la libertad y la fraternidad más plenas. Por ello Jesús, el Señor, se nos presenta como nuestra liberación, nuestra redención. Son muchas las perspectivas que se abren cuando le contemplamos desde la vieja pascua; son muchas las figuras que lo hacen presagiar. Nosotros aquí queremos concentrarnos sólo en una que en gran parte resume a todas: Jesús, el cordero pascual.

En la pascua del pueblo de Dios, Jesús realiza su propia pascua. «Antes de la fiesta de la pascua, viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (Jn 13, 1). «Ardientemente he deseado comer esta pascua con vosotros antes de padecer» (Lc 22, 15). Efectivamente, Jesús celebra con la pequeña fraternidad de sus apóstoles la cena pascual: Mc 14, 12-25; Mt 26, 17-29; Lc 22, 7-20. En la cena les ofrece su «cuerpo entregado» y su «sangre derramada». Es él mismo, el que se entrega a sí mismo. El Hijo amado es ahora el Hijo entregado como siervo, víctima de rescate, la misma alianza, que ha llegado a ser nueva. Esta entrega de la mesa anticipa la entrega de la cruz; más aún, es la misma entrega de la cruz. Por eso están inseparablemente unidas la cruz y la mesa. En ellas se entrega el Hijo entregado, como la liberación de nuestra pascua. Y como la entrega para el rescate, en la vieja pascua, aparece en el signo del cordero pascual, que sacrificado, se comparte en la mesa, los primeros testigos del Señor, al contemplarle en su pascua, se inclinan a verle como el «cordero inmolado», nuestra liberación.

Pablo lo apunta. «Purificaos de la levadura vieja, para ser masa nueva. Porque nuestro cordero pascual, Cristo, ha sido inmolado» (1 Cor 5, 7). En la vieja pascua se echa fuera toda levadura, se inmola el cordero y se come el pan sin fermentar (cf. Ex 12, 6.15.18-20) Juan también lo sugiere. Al principio del evangelio, el Bautista presenta a Jesús con esta imagen: «He ahí el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1, 29). El evangelista está empalmando la perspectiva del siervo entregado de Is 53 y la del cordero inmolado en expiación de Lev 16. Pero su mirada está puesta de modo especial en el cordero pascual. Todo el camino de Jesús es una travesía; sale del Padre y viene al mundo, luego deja el mundo y se va al Padre. Pero no sólo abre el éxodo nuevo y él mismo lo es, sino que es también el cordero inmolado para la cena de esta travesía. Cuando al final del evangelio le contempla entregado en el madero, habiendo ofrecido su Espíritu y su sangre, el evangelista comenta: «Y todo esto sucedió para que se cumpliera la Escritura. No se le quebrará hueso alguno» (Jn 19, 36; Ex 12, 46).

Jesús es el cordero pascual, porque es la víctima de rescate, el precio entregado por nuestra liberación. La carta primera de Pedro y el Apocalipsis de Juan, que por sus circunstancias históricas se sitúan en un momento de éxodo marcado por el conflicto y la persecución, tienen ante su mirada este rasgo de su rostro. Jesús, el Hijo entregado, es el Libertador, porque nos ha comprado con su sangre. «Habéis sido rescatados... no con algo caduco, oro o plata, sino con una sangre preciosa, como de cordero sin tacha y sin mancilla, Cristo, predestinado antes de la creación del mundo y manifestado en los

últimos tiempos a causa de vosotros» (1 Pe 1, 18-20). Y el Apocalipsis aclama al cordero de la nueva pascua: «Fuiste degollado y compraste para Dios con tu sangre hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación y has hecho de ellos para nuestro Dios un reino de sacerdotes y reinan sobre la tierra» (Ap 5, 9-10).

La mano del Señor es ahora el Cordero inmolado y entronizado. Como en la primera pascua el Señor se entrega a nosotros, pero al tiempo nos encabeza; es ofrenda de gracia, pero al tiempo iniciador de tarea. Por ello, el pueblo que a él se acoja tiene que hacer con él el camino del éxodo, tiene que dejar la tierra de la servidumbre para entrar en la tierra de la libertad. Lo que ocurre es que ahora servidumbre y libertad no están vistas como en el éxodo primero, desde las cadenas de fuera, sino desde las cadenas de dentro, desde donde se han forjado las cadenas de fuera. La comunidad del Señor abandonará la tierra de los ídolos, por donde hacía un camino extraviado (1 Pe 1, 14.18; 4, 2-3; Ap 14, 3), para formar la «nación consagrada» (1 Pe 2, 9; Ap 5, 9-10; cf. Ex 19, 6), que en el nuevo reino haga el camino irreprochable de la luz (1 Pe 2, 9). La mano del Señor, el que es y el que era (Ap 1, 4.8) está extendida y avanzará extendida haciendo sus hazañas prodigiosas (cf. Ap 8 y 16) hasta el día de la victoria definitiva. Será el momento de cantar, ahora y por los siglos, «el cántico de Moisés, siervo de Dios y el cántico del Cordero» (Ap 15, 3). «Digno es el cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza» (Ap 5, 12). A esta aclamación responderán todas las criaturas del cielo y de la tierra con un amén, que dure por los siglos.

7

La hondura del camino de entrada

Estamos haciendo el camino de la misericordia entrañable del Señor. Su familia estaba destrozada, su casa en ruinas, sus pequeños en la esclavitud. Pero con su gracia y su fidelidad salió a su encuentro: los reunió, los encaminó, los liberó. Se escogió un puñado de pobres, para reunir en su familia a todas las familias de la tierra, haciendo del universo su casa común en torno a su mesa compartida. Pero el puñado de sus pobres cayó de nuevo bajo las cadenas de los poderosos de este mundo. La alianza de su amor, que empezó siendo creación y después promesa, se convirtió después en liberación para la nueva comunión de la fraternidad en la tierra de la herencia. Con su mano poderosa y su brazo extendido les arrancó las cadenas, con las que los opresores les oprimían y les destrozaban. Eran las cadenas del montaje opresor de la sociedad y de la tierra, las cadenas socio-económicas, socio-políticas, socio-culturales y socio-religiosas. Al asistir a la travesía del mar Rojo, hemos visto que el Señor hizo pasar a sus hijos pequeños de la esclavitud a la libertad. Si las cadenas que los oprimían hubieran sido sólo las de fuera, con esta travesía se habría terminado la liberación. Pero ya comprobamos que el pueblo de la promesa, atado por las cadenas de fuera, estaba a su vez atado por las cadenas de dentro, que empalmaban estrechamente con las de fuera. Habían consentido a la idolatría y a la opresión. Estaban a gusto bajo los opresores divinizados y entre ellos se disputaban un trozo de pan o de posición. Por eso el éxodo continúa adelante. Estamos adentrándonos precisamente en la hondura de la travesía, que pueda conducir a la entrada en la tierra de la herencia.

1. *La parábola de las quejas y las peleas*

Estamos intentando adentrarnos en la historia de la salvación, partiendo de una parábola de una familia, que se va haciendo, mientras construye su casa, bajo la mano cariñosa y fuerte del padre.

Supongamos que el padre ha logrado arrancar a los hijos las cadenas, que sus explotadores les habían cargado. Tuvieron que salir de casa a buscar un trozo de pan y cayeron en manos de los dueños del capital y del poder, que en las zonas de la gran industria les acogieron y luego les explotaron como mano de obra barata. Allí estaban oprimidos, pero iban viviendo. Estaban despojados, pero entre ellos se enfrentaban unos con otros, buscando cada uno su hueco, entre los barrotes de aquella cárcel, que era un campo de guerra. El padre con su cariño entrañable logró arrancarlos de allí. En principio los opresores se oponían, porque les perjudicaba su marcha. Pero pudo más el amor de las entrañas del padre común, que las cadenas económicas y sociales, que les retenían y les desangraban. Un día abandonaron la «casa de la servidumbre». El padre les había dicho que les reuniría como hermanos en una casa común, fuera, en otra tierra, hacia la que tenían que encaminarse. Ellos consintieron y agrupados bajo su mano, rompieron con la servidumbre y se abrieron paso hacia la libertad. Emprendieron el camino de la liberación, nacido del amor entrañable del padre, camino que conducía a realizar el proyecto de fraternidad, que él se había propuesto desde antes de hacer su familia y su casa.

Atrás quedaron las zonas industriales, que parecían un jardín. Allí había de todo, aunque ellos sólo pudieran alcanzar las migajas. En el fondo, a pesar de sus gritos estaban a gusto. Dejar aquella tierra, para emprender el camino por una tierra seca y pobre, viviendo en tiendas de campaña, era una aventura a la que no estaban acostumbrados. Parecía una travesía por el desierto. Cobijados en las tiendas, a solas con el padre, a solas con los hermanos, a solas con un pequeño y diario trozo de pan. El camino era difícil, porque conducía a la hondura. Pronto empezaron a mirarse unos a otros. Su corazón se iba desvelando. ¿Era esto lo que buscábamos? Inmediatamente empezaron las quejas y las peleas. Las quejas contra su padre. ¿Por qué les sacó de aquella tierra, que aunque era ajena y les enajenaba, permitía sin embargo comer y beber bien? En este camino por la tierra reseca ni tenían pan, ni agua. ¿Es que les quería matar sobre esta tierra pobre y desnuda? En esta situación, las disputas y las peleas entre ellos eran cada vez más frecuentes. Cada uno quería tener para él y no podía, ser para él y no le era posible. La única tienda, la única familia, la única mesa común, el único camino, acabaron exasperándolos y enfrentándolos encarnizadamente unos con otros. ¿Para esto era la libertad? ¿Se pretendía esta fraternidad? ¿Era esta la casa compartida, a la que se encaminaban?

Estas quejas contra el padre y estas disputas entre los hermanos desvelaban el fondo de sus corazones. En el fondo estaban más a gusto en la casa de la servidumbre. Pesaba más en ellos el amor al

puesto y al bienestar que el cariño entrañable de su padre, que por un momento les sedujo. Lo que les importaba era tener dinero, vivir bien y estar seguros para el día de mañana. El bienestar era su dios, aunque fuera tan miserable. Preferían las cadenas con dinero que la libertad con cariño. Mejor ser esclavos de los dueños del capital y del poder, que peregrinos desarrapados hacia una fraternidad, que les parecía imposible. Esta idolatría del dinero y lo que ella llevaba consigo, les conducía al enfrentamiento de unos con otros. Ahora en el desierto, salían desde el fondo de ellos mismos sus aspiraciones más hondas a tener más que los otros y a poder más que los otros. Preferían las chavolas de cada uno a la tienda del compartir, el individualismo a la solidaridad. A la mesa compartida no estaban dispuestos. Por eso el camino les iba des-enmascarando. Cuando estaban en el barrio miserable, al lado de las grandes fábricas, parecían oprimidos, solamente oprimidos. Pero ahora descubrían que se «habían tragado a los opresores», que eran igual que ellos en su corazón. Oprimidos-opresores, que pretendían la misma idolatría y la misma opresión, aun cuando no pudieran realizarla.

Por un momento parecía que el camino no tenía salida. Pero el padre, con su misericordia entrañable, los reunió en la tienda a todos, encabezados por el hijo mayor, que hacía de mediador entre él y ellos. Allí les contó la historia entera de su amor y se la entregó de nuevo entre sus manos. El estaba renovando su alianza. Pero enseguida les dijo al corazón: «Tenéis que caminar en mi amor. Mi amor es al tiempo camino. Os lo voy a explicar. No podéis tener otro padre más que a mí. Si tenéis vuestro corazón puesto por entero en algo, que no sea mi cariño, eso mismo os esclaviza y os enfrenta. Pero si me queréis con todo el corazón y con todas las fuerzas, con ese mismo amor querréis a vuestros hermanos. Y seréis capaces de compartir todo, lo que sois y lo que tenéis, empezando por los más pequeños». Ellos nunca habían tenido un encuentro así. El rostro de su padre ardía de amor, con una claridad cegadora. Y ellos como si fueran niños pequeños se pusieron a temblar. El padre escribió allí mismo, sobre la tierra de la tienda del encuentro, estos mandamientos de su amor. Y todos ellos a una dijeron sí. «Estamos dispuestos a quererte a ti y a querernos unos a otros con tu amor. Sí. Estamos dispuestos». Se dieron un abrazo. El padre fue abrazando uno a uno, a todos. Ellos le abrazaron a él y entre ellos. Aquello era un pacto de fidelidad. Se estaban rompiendo las cadenas más hondas que ataban sus entrañas: la idolatría y la ambición. En aquel instante sucedía la travesía más honda, el paso de la última esclavitud a la última libertad, para atreverse a la consumada fraternidad, en otra casa nueva, que habrían de construir.

La brecha estaba abierta: el camino del amor, la senda de la alianza. Pero los corazones son de barro. El padre marchó unos días a explorar la tierra, que iban a recorrer después. Había marchado con el hermano mayor. Y en ausencia de los dos, volvieron las quejas y las peleas. Afloró de nuevo en su corazón lo que llevaban dentro, su apego apasionado al dinero. Les parecía a ellos que sin dinero no se podía ir a ningún sitio. Entonces decidieron sacar de sus bolsillos lo que tenía cada uno para montar un banco, como los que había en aquella tierra que dejaron. Un banco es lo que da seguridad, lo que permite que cada uno saque, invierta, gane y triunfe. ¿No les daría más ánimo para caminar aquel banco, aunque fuera miserable, que el cariño de su padre, que tan pocas raíces tenía dentro de ellos? El padre al volver les vio a todos en corro, sobre la tierra convertida en banco. Se le conmovieron las entrañas. Primero les dijo una palabra fuerte. Parecía una amenaza. Pero después les dio un abrazo más fuerte todavía. Cedió a la ternura de sus entrañas, a su misericordia y a su fidelidad. De nuevo les dio su amor y les indicó el camino. Más aún. Les dijo que él no se podría apartar de ellos jamás. Que tenía que caminar en su misma tienda y hacer con ellos jornada tras jornada, hasta que llegaran a la tierra de la herencia. La fuerza luminosa y la luz poderosa de su misericordia entrañable, quedarían para siempre en esta tienda del encuentro, hasta que un día en la tierra de la herencia la tienda se hiciera casa común y el pueblo familia de hermanos, en favor de todos los pueblos y del universo entero.

2. *El mosaico del Sinaí*

Esta pequeña parábola nos ayuda a adentrarnos en el paso de la historia de la salvación del Señor al que estamos asistiendo, paso que nos viene relatado en el libro del Exodo, desde 15, 22 hasta 40, 38. A simple vista parece como si una cámara fotográfica hubiera filmado los acontecimientos y una cinta magnetofónica hubiera recogido los diálogos del Señor con su pueblo. Pero ya conocemos que esto no sucedió así. La historia santa que allí se narra es como un mosaico, formado por piedras de varios colores. Estos colores son trozos de las cuatro grandes catequesis que ya hemos ido conociendo en sus puntos de vista y en sus líneas fundamentales: el yavista y el elohista, el sacerdotal y el deuteronomista. En distintos momentos del tiempo, desde distintos puestos en la vida, los catequistas del pueblo de Dios han explicado el paso del Señor, comentado el credo fundamental de su fe, que va desde la elección de la promesa hasta la entrada en la tierra de la herencia pasando por la travesía de la liberación.

Diseño del camino

Veámoslo primero a simple vista. El pueblo que acaba de salir de las cadenas de la servidumbre (15, 22-18, 27), llega al Sinaí, en donde el Señor reafirma su alianza con él y le entrega la ley (19, 1-20, 21), ley que no es sólo decálogo, sino el «código de la alianza», que parece completar los diez mandamientos (20, 22-23, 33). El pueblo con las manos abiertas acoge esta ley, que el Señor le ha dado y se compromete a seguirla (24, 1-18). Moisés sube de nuevo al monte y parece como si allí el Señor le continuara instruyendo sobre las normas para construir el santuario y el servicio de sus ministros (25, 1-31, 18). Es tanto lo que tarda en venir, que el pueblo se ha entregado de nuevo a la idolatría. Moisés rompe las tablas de la ley de la alianza, pero la misericordia y la fidelidad del Señor acoge incansable y definitivamente al pueblo rebelde, para que continúe sus caminos (32, 1-34, 35). Entonces Moisés reúne a toda la comunidad de Israel y le cuenta lo que le ha dicho el Señor sobre la construcción y erección del santuario (35, 1-40, 38), que como tienda del encuentro será la presencia del Señor que acompañará con su gloria a su pueblo, hasta que alcance la tierra prometida, para convertirse después en el centro, que concentre al pueblo y a la tierra, a la comunidad y al universo, hacia su consumación. Sólo esta simple presentación permite adivinar que el redactor final, que ha compuesto esta secuencia de los hechos, lo está haciendo desde atrás y que está reuniendo los materiales de que dispone según un diseño que él mismo tiene para presentar la hondura de la historia santa que anuncia al pueblo. ¿Podríamos adivinar este diseño?

La fiesta de la renovación de la alianza

Los escrituristas han trabajado por desentrañar el trazado fundamental, que reúne en un mosaico materiales tan distintos. Y han logrado descubrir que se trata de la «fiesta de la renovación de la alianza». Ya sabemos que la alianza es el compromiso de amor que el Padre tiene de antemano de reunir la familia de sus hijos, en la mesa compartida de su reino, poniendo a los pequeños en primer lugar. Este compromiso de amor exige una respuesta por parte del pueblo de sus hijos, respuesta que en muchos casos ha sido negativa. El pueblo ha roto la alianza. Pero como la alianza es un amor incansable, definitivamente fiel, entonces el mismo Señor se hace presente para confirmar de nuevo su compromiso y el pueblo lo acoge, renovando también su respuesta en la obediencia de la fe. Conservamos relatos de esta fiesta de la renovación de la alianza en momentos cruciales del

camino, casi siempre cuando se termina o se empieza una nueva etapa. Ex 34, 1-35 cuenta esta renovación en el mismo monte Sinaí, cuando se reemprende la marcha hacia la tierra de la promesa. Dt 29, 1-28 cuenta la alianza renovada en Moab, aunque está vista desde más tarde, incluso con las perspectivas inmediatas del destierro. Josué 24, 1-28 nos cuenta la gran asamblea de Siquem, después de la entrada en la tierra de la promesa, cuando el Señor termina de cumplir su alianza y el pueblo reafirma la fidelidad a su propia vocación. Todavía conservamos en 2 Re 23, 1-27 la renovación de la alianza en la encrucijada del reinado de Josías, y en Nehemías 8-10 la gran celebración de la alianza al comienzo de la restauración con la lectura de la ley, la petición de perdón y las actas del compromiso de respuesta de Israel. Tiene tanto arraigo esta fiesta de la renovación de la alianza, que se convierte en una clave para leer el camino de la historia santa y en ocasiones hasta en el esquema fundamental para narrarla.

Nosotros podemos aproximarnos a la dinámica de la celebración de esta fiesta, que ha cristalizado incluso en la estructura fundamental del Deuteronomio. Poseemos además algunos salmos, que conservan elementos originarios de esta celebración, sobre todo los salmos 49 y 80. ¿Cómo se desarrolla?

— En primer lugar hay un anuncio de la alianza, realizada en la liberación de Egipto. El Señor ha demostrado su misericordia entrañable arrancando a su pueblo de la esclavitud y haciéndolo pasar a la libertad: Dt 1-4. «Retiré sus hombros de la carga y sus manos dejaron la espuerta. Clamaste en la aflicción y te libré» (Sal 80, 7-8).

— En segundo lugar hay una propuesta de la ley. Esta misericordia entrañable de la alianza es un don para una tarea, una gracia para un camino, que el pueblo está llamado a seguir: Dt 5-10; 12-26; 27-28. «No tendrás un dios extraño. Yo soy el Señor Dios tuyo... Ojalá me escuchase mi pueblo y caminase Israel por mi camino» (Sal 80, 10.11.14).

— En tercer lugar hay una acogida de esta alianza, que se entrega en la ley. En ocasiones hay una llamada a la conversión al Señor, para seguir sus caminos. El pueblo responde aceptando, en la obediencia de la fe, la voluntad que el Señor le ha propuesto: Dt 27-28; Sal 49, 7-21; 80, 12.

— En cuarto lugar aparece la bendición y la maldición. Ante el pueblo se abren dos caminos: la fidelidad, que conduce a la vida y la infidelidad que conduce a la muerte: Dt 28, 1-68; Sal 49, 22-23; 80, 12-17.

Más abajo, a la hondura

Este descubrimiento que acabamos de hacer nos sitúa hondamente en esta etapa del camino, a la que estamos asistiendo. En medio del mosaico de los textos se dibujan las líneas fundamentales. Nos encontramos en el segundo paso de la salida. La travesía se adentra en su hondura. El Sinaí no es sin más la entrega de una ley, para que el pueblo se organice. La ley está vista desde la alianza y para la alianza. El Señor, en el compromiso de su misericordia entrañable, va a la cabeza de su familia hacia su casa dando un paso nuevo, más en las raíces. Antes la liberación fue de las cadenas de fuera. Ahora aquella liberación se ultima arrancando las cadenas de dentro. Y ¿cómo sucede esto?: en la alianza renovada y reafirmada, alianza que es gracia convertida en camino para que el pueblo la acoja y se entregue a ella. El Sinaí es, por tanto, la morada del encuentro, a donde llega el camino de la liberación y de donde parte este camino más hondo y más ancho todavía. Los textos fundamentales del anuncio serán: la alianza y el decálogo (19, 1-20.21), acogidos por el pueblo en la ratificación de la alianza (24, 1-18), alianza que el pueblo rompe, pero que se restaura por obra del Señor, rico en misericordia (34, 1-35), para poder continuar el camino hacia adelante. Este es el gran acontecimiento de la liberación de las raíces, sucedido en el Sinaí, que aparece como la gran morada del encuentro. Sobre esta transformación se entretejen los textos legislativos, que en gran parte provienen del catequista sacerdotal (20, 22-23, 19; 25, 1-31, 18; 35, 1-40, 33).

3. *Las cadenas estaban más hondas*

Acababan de cantar el canto de la victoria del Señor. «Tú le llevas y le plantas en el monte de tu herencia. ¡El Señor reinará por siempre jamás!» (Ex 15, 17.18). Parecía que habían abandonado definitivamente la «casa de la servidumbre» y habían empezado ya a pisar para siempre la «tierra de la libertad». Pero enseguida aparece el contraste. «Moisés hizo partir a los israelitas... y se dirigieron hacia el desierto. Caminaron tres días por el desierto sin encontrar agua» (15, 22). Es un impresionante cambio de escenario. Delante la tierra pobre y seca. Por ella había que abrirse camino de la mano del Señor. Fiados en su palabra, sujetos de su mano, tendrían que ensayar la comunión de la fraternidad y el avance hacia la tierra prometida. Hasta ahora parecía que la dificultad de la marcha estaba en los opresores: no dejaban que los oprimidos se arrancaran las cadenas. Ahora ya sólo queda un pequeño puñado de oprimidos, abriendo hacia adelante la brecha de la libertad. ¿Qué sucederá? ¿Habrán quedado ya definitivamente atrás

las cadenas de la opresión? ¿Habrán quedado ya definitivamente derrumbados los muros de la división? Por de pronto hay dos cosas importantes que se hacen sentir en el camino: las quejas y las peleas.

Las quejas contra el Señor

El pueblo de los pobres se empieza a quejar. Se queja de que pasa sed. «¿Qué vamos a beber?» (15, 24). «Danos agua para beber» (17, 2). Se amotinaron, porque «no había agua para la comunidad» (Núm 20, 2). Se quejan también de que están pasando hambre. «Toda la asamblea empezó a murmurar. Vosotros nos habéis traído a este desierto para matar de hambre a toda esta asamblea» (Ex 16, 2.3). El pueblo se puso a llorar a gritos. «¿Quién nos dará carne para comer?» (Núm 11, 4). Pero grita también por los riesgos que lleva consigo la conquista de la libertad. «Entonces toda la comunidad se puso a gritar: y la gente estuvo llorando aquella noche. ¿Por qué el Señor nos trae a este país para hacernos caer a filo de espada y que nuestras mujeres y nuestros hijos caigan en cautiverio?» (Núm 14, 1.3). Pero ¿contra quién protestan y murmuran? En primer lugar contra Moisés, pero ellos saben que Moisés es el re-presentante del Señor, aquel hermano mayor en el que el Señor se hace presente, habla y actúa. La protesta, por tanto, va dirigida contra el Señor y sus caminos. «No van contra nosotros vuestras murmuraciones, sino contra el Señor» (Ex 16, 8). A veces tienen la impresión de que el Señor les ha abandonado. «¿Está el Señor entre nosotros o no?» (Ex 17, 7). Pero siempre protestan porque no quieren seguir sus caminos.

La idolatría del bienestar

En realidad, aunque se fiaron del Señor para hacer la travesía, su corazón en el fondo estaba puesto en el bienestar de Egipto. Ellos añoraban la casa de la servidumbre y allí hubieran querido vivir y morir. «Estaban a gusto». «¡Cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta hartarnos!» (Ex 16, 3). Es verdad que vivían en la opresión y en la miseria, pero se habían integrado interiormente a la servidumbre. Más que la libertad, les importaba tener para vivir bien. En el fondo su corazón estaba puesto ab-solutamente en aquella situación social, protagonizada por los opresores. Ahora al salir al desierto, se dieron cuenta de que dentro de sí querían ser esclavos, pues siendo esclavos de los amos, podían ser también en cierto modo amos y no se verían obligados a ser peregrinos andrajosos de la liberación del Señor. En el fondo vivían en la

idolatría. A pesar de las hazañas que el Señor había realizado para sacarlos de la servidumbre, «ellos volvieron a pecar contra él y se rebelaron... contra el Altísimo» (Sal 77, 17-56). «Sin acordarse de aquella mano, que un día les rescató de la opresión» (Sal 77, 42). El pueblo se encuentra, pues, en el señorío del faraón. Se rompió la cadena del montaje social, que les oprimía, pero resulta que esta cadena estaba todavía más adentro. Ellos querían comida, bebida y seguridad. Y buscaban alguien que les encabezara para volver a la servidumbre (Núm 14, 4).

La resistencia al compartir

Con la idolatría va unida la opresión. El pueblo que tiene puesto su corazón en el bienestar de Egipto se resistirá a compartir. El camino por el desierto intenta ser un ensayo de fraternidad. No tiene sentido que bajo las tiendas cada uno se coma su propio pan. El pan es escaso y, sobre todo, el pan de que se dispone es el pan del Señor, el pan que él regala desde el cielo (Ex 16, 4.15). En este ensayo, cada uno debía ser atendido según sus necesidades. Moisés les había dicho. «Este es el pan que el Señor os da en alimento». Cada uno debe recoger «cuanto necesite para comer», él y «la gente de su tienda» (Ex 16, 16). El Señor quería la igualdad. Pero en el fondo de ellos estaba la ambición: coger más y además coger para la mañana. «Unos recogieron mucho y otros poco» (16, 17). «No obedecieron... y algunos guardaron algo para el día siguiente» (16, 20). En el momento en que los hermanos no tienen puesta su entera obediencia en el proyecto salvador del Señor, brota entre ellos la ambición y el enfrentamiento. Se suceden las disputas y las peleas. Y Moisés debe permanecer «desde la mañana a la noche» intentando darles a conocer los caminos del Señor (Ex 18, 14-15). Por el relato del catequista se ve que es un peso superior a las fuerzas de Moisés, que necesita ser compartido, porque el camino está lleno de disputas, unas veces pequeñas y otras grandes. Parece como que cada uno vive para lo suyo y busca su propio derecho. Estamos asistiendo a la misma experiencia que se daba antes de la travesía del mar Rojo. Entre ellos reñían y se maltrataban (Ex 2, 13). Aún no se había tirado el muro de la separación. La cadena de la ambición no dependía sólo del montaje socioeconómico de la explotación. Estaba arraigada en las raíces de sus corazones.

A lo largo de la marcha por el desierto, la mano poderosa del Señor continúa acogiéndolos y alentándolos. «El Señor es compasivo y misericordioso... El perdona todas tus culpas y cura tus enfermedades» (Sal 102, 8.3). «Porque yo soy el Señor, que te sana» (Ex 15, 26).

El libertador les acompaña con su gloria, con la fuerza luminosa de su amor (Ex 16, 7.10.12). Por eso les dará de comer (Ex 16, 13-14) y de beber (Ex 17, 5-6). Como un padre que siente ternura por sus hijos, escucha sus gritos y sus murmuraciones y, aunque estén extraviados, sale a su encuentro y se entrega a ellos. «Erraban por un desierto solitario, no encontraban el camino de ciudad habitada; pasaban hambre y sed, se les iba agotando la vida, pero gritaron al Señor en su angustia, y los arrancó de la tribulación... Colmó el ansia de los sedientos y a los hambrientos colmó de bienes... Dad gracias al Señor por su misericordia, por las maravillas que hace con los hombres» (Sal 106, 4-6.9.8).

4. *La gracia de su voluntad*

«Después de la salida de Egipto... llegaron los hijos de Israel al desierto del Sinaí. Y al llegar... acamparon en el desierto... frente al monte» (Ex 19, 1-2). La familia de los hijos pequeños se habían arrancado las cadenas que les oprimían por fuera, pero llevaban las cadenas más hondas y fuertes, que les esclavizaban por dentro. Iban por el camino del éxodo, el camino de la liberación para la fraternidad. Era la hora de adentrarse más dentro, pero más adentro sólo alcanza la misericordia del amor. Sólo el amor transforma las entrañas. Sólo el amor ofrecido para convertirse en camino. Los corazones esclavizados de los hijos se liberan y encaminan con la ley, si esta ley es la gracia de la voluntad del Padre. Por eso conviene desde el principio descubrir en esta hondura de la travesía que primero es la alianza y luego la ley; que la ley es un don de la alianza; que si la alianza es el don del amor, la ley es el encargo de este mismo amor. Ya hemos descubierto en el mosaico del Sinaí, que el catequista que explica al pueblo la entrega de la ley, presenta esta entrega en una fiesta de la renovación de la alianza. Vamos a adentrarnos en ella.

La inquebrantable alianza

El Señor llamó a Moisés al monte, para encargarle un mensaje para la familia de sus hijos, «la casa de Jacob», «los hijos de Israel». «Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios, y cómo a vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, pues, si de veras escucháis mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa» (Ex 19, 4-6). La ley, que encontraremos después (20, 1-21 decálogo; 20,

22-23.19 código de la alianza) ha sido entregada por las manos del Señor de la alianza (19, 3-25). Siempre nos hemos aproximado a ella desde la experiencia familiar, por creer que es así como nos adentramos más en su entraña. La alianza es el compromiso de amor, que el Padre ha hecho de reunir una familia inmensa de hijos y preparar en el universo de los cielos y la tierra una mesa compartida donde se sienten todos y los pequeños sean los primeros, para alabanza de gloria de su gracia. Este compromiso de amor es previo a su familia y a su casa. Lo ha tomado él, para que pudieran existir. No se ha dado a ellos, cuando existían, sino que se ha dado a ellos para que existieran. Este compromiso de amor no depende de la respuesta de los hijos. Es gratuito y por eso es firmemente fiel e inquebrantable. Los hijos podrán romper con su amor una y otra vez; podrán una y otra vez romper con el amor de sus hermanos. Pero sus brazos extendidos y sus manos abiertas están siempre ahí, dispuestas a la acogida. En ella se encuentra su radical liberación, para la filiación y la fraternidad más plenas.

Aparecida como liberación

El catequista intenta expresar esto al pueblo sencillo, primero con las palabras (19, 4-6) y luego con los signos (19, 9-25). La buena noticia de su catequesis se proclama como la parte primera de la fiesta de la renovación de la alianza. El pueblo ha sido convocado por la palabra del Señor que resuena en boca de Moisés: «Así dirás... a la casa... a los hijos» (19, 3). Enseguida se anuncia el cumplimiento de la alianza, realizada en la liberación de Egipto. En la travesía los opresores quedaron aniquilados, el pequeño pueblo de los oprimidos, que el Señor conducía, quedó liberado. «Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios» (19, 4). «¿Algún dios intentó jamás venir a buscar una nación de en medio de otra nación por medio de pruebas, señales, prodigios y guerra, con mano fuerte y tenso brazo, por grandes terrores, como todo lo que el Señor vuestro Dios hizo con vosotros, a vuestros mismos ojos, en Egipto?» (Dt 4, 34). «Vosotros visteis todo lo que el Señor hizo a vuestros ojos en Egipto... las grandes pruebas que tus mismos ojos vieron, aquellas señales, aquellos grandes prodigios» (Dt 29, 1-2). La alianza de la promesa se había hecho liberación. El Señor tomó posición por sus pobres y luchó de parte de ellos. Los opresores cayeron como piedras al fondo del abismo.

Desde la misericordia entrañable

«¡Y cómo a vosotros os he llevado sobre alas de águila y os he traído hacia mí!» (Ex 19, 4b). Esta expresión encierra en su hondura lo que es la alianza como misericordia entrañable. El libertador, que ante los egipcios parecía un guerrero, resulta que es un padre, a quien se le conmueven las entrañas por los hijos de su amor. Como el águila se siente conmovida por sus polluelos y los conduce sobre sus fuertes alas extendidas. «Lo rodeó cuidando de él, lo guardó como a las niñas de sus ojos. Como el águila incita a su nidada, revolando sobre los polluelos, así extendió sus alas, los tomó y los llevó sobre sus plumas. El Señor sólo los condujo» (Dt 32, 10-12). Pero más que las alas del águila, son los brazos de un padre, los que les acogieron y les condujeron por el camino. «El Señor tu Dios te llevaba como un hombre lleva a su hijo, a todo lo largo del camino, que habéis recorrido hasta llegar a este lugar» (Dt 1, 31). «Era para ellos como los que alzan a un niño contra su rostro, me inclinaba hacia él y le daba de comer» (Os 11, 4; cf. Is 46, 2-3). «Por su amor y su compasión él los rescató, los levantó y los llevó» (Is 63, 9). ¿A dońde los llevó? «Os he traído a mí» (Ex 19, 4b). La liberación consiste en adentrarlos en sus entrañas, en estrecharlos contra sus entrañas, donde encontrarán su misericordia que es la más radical liberación para la última entrada en la fraternidad. El éxodo en su última hondura es pasar a ser de él, porque él es de ellos. Mientras hacen camino desde sí mismos, aunque tanteen la liberación, no han alcanzado todavía sus raíces.

«Vosotros seréis mi propiedad»

«Vosotros seréis mi propiedad personal» (Ex 19, 5). En el compromiso de amor de la alianza, el Señor acogiendo en sus entrañas de misericordia al puñado de sus hijos pequeños, les dice «todo lo mío es vuestro», «yo mismo soy vuestro». La familia de sus hijos aparece ante él como su tesoro, como su herencia. Pero su amor constituye a los que ama. Al ser él para nosotros, nosotros somos para él. «Del Señor tu Dios son los cielos y los cielos de los cielos, la tierra y cuanto hay en ella. Y con todo, sólo de tus padres se prendó el Señor y eligió a su descendencia después de ellos, a vosotros mismos, de entre todos los pueblos, como sucede hoy» (Dt 10, 14-15). «Serán para mí... propiedad personal y yo seré misericordioso con ellos, como un padre con el hijo que le sirve» (Mal 3, 17). Este anuncio de la alianza, como misericordia entrañable, que se ha realizado ya y que aún está por consumarse es la buena noticia, que ha de asombrar al puñado de pobres, que acampa en tiendas frente al Sinaí. El Señor es bueno, su

nombre es amable. «El se escogió a Jacob, a Israel en posesión suya» (Sal 134, 3-4). «Dichosa la nación, cuyo Dios es el Señor, el pueblo que él se escogió como heredad» (Sal 32, 12). La pequeña familia de hijos ya son su propiedad, pero los brazos del Padre no se cierran sobre ellos. Ya la promesa de la alianza les hizo ver que ellos eran camino para reunir a la familia entera en la gran mesa común.

Para abrir caminos hacia los pueblos

El catequista está anunciando su mensaje desde más adelante, cuando el pueblo ya ha entrado en la tierra y la tierra es reino, que se concentra en la ciudad, y cuando la ciudad se concentra en el templo. «Seréis para mí un reino de sacerdotes» (Ex 19, 6). Los sacerdotes realizan dos gestos, el gesto de la alabanza, de abajo arriba, y el gesto de la bendición, de arriba abajo. Esta pequeña familia de hijos, en la entrega de la misericordia entrañable, recibe un encargo, el servicio del sacerdocio. A través de sus manos tienen que llegar las bendiciones del amor del Padre a todos los pueblos, a toda la tierra, «entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra» (Ex 19, 5). Ser testigos y siervos de su misericordia, para que se reúna en torno al Padre por manos del ungido la familia de las familias, en la casa común de su reino. Y al tiempo, han de recoger todas las angustias y esperanzas de la humanidad y del universo, dejando que hagan eco en su corazón, para presentárselas después al Padre, con las manos levantadas y abiertas. A través de ellos la misericordia se derrama por la historia entera y se convierte en alabanza de gloria. «Vosotros sois mis testigos» (Is 43, 10). «Vosotros seréis llamados "sacerdotes del Señor", "servidores de nuestro Dios se os llamará"» (Is 61, 6; cf. 41, 9; 44, 1-2). El don se convierte en tarea, la gracia en camino, la misericordia en pro-vocación. La alianza se va a hacer mandato, que ha de ser guardado y la voz del Señor exigencia, que ha de ser escuchada. Entonces todavía más serán suyos, para poder ser de todos en el camino de la liberación para la fraternidad (Ex 19, 5).

Las manos abiertas de la gloria

El catequista está hablando al pueblo sencillo. Por eso después de anunciar la palabra, muestra cómo la palabra se hace en el signo. Estamos en el camino del éxodo. El pueblo acampa en sus tiendas de campaña y ha de pasar a otra morada. El Sinaí envuelto por la gloria del Señor será la morada de este nuevo encuentro (Ex 19, 9-25). Las manos del Señor se extienden con toda la fuerza de su amor. ¿Cómo

representarlas? Con la nube, llena de luz y de fuerza, la nube que envuelve y acoge. «Voy a presentarme a ti en una densa nube» (Ex 19, 9). «Al tercer día, al rayar el alba, hubo truenos y relámpagos y una densa nube sobre el monte y un poderoso resonar de trompeta» (Ex 19, 16). «La montaña ardía en llamas, hasta el mismo cielo, entre tinieblas de nube y densa niebla. El Señor os habló desde el medio del fuego... El os reveló su alianza, que os mandó poner en práctica» (Dt 4, 11-13). Ya conocemos que la nube es un signo visible de la presencia invisible del Señor, que aparece en su gloria, la luz poderosa y la fuerza luminosa de su misericordia. La gloria se llama también santidad. Es la misericordia entrañable que envuelve, acoge y transfigura al pueblo de los hijos, para reunirlos hacia la tierra de la promesa. El pueblo es ahora una «nación santa» (Ex 19, 6). Ha sido acogido, ha sido apropiado en favor de todos los pueblos y de toda la tierra. «Tú eres un pueblo consagrado al Señor tu Dios; él te ha elegido a ti para que seas el pueblo de su propiedad personal entre todos los pueblos, que hay sobre la faz de la tierra» (Dt 7, 6; cf. 14, 2; 26, 19).

Para salir fuera del camino

Pero estas manos abiertas de la misericordia entrañable son una provocación para una tarea en un camino. El pueblo de los hijos no puede acoger la gracia y apropiársela, sino que está tomado por ella y exigido por ella. «Sed santos, porque yo el Señor, vuestro Dios soy santo» (Lev 19, 2). Lo que era un don, se convierte en un mandato. «Santificaos y sed santos... pues yo soy el Señor, el que os ha subido de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios. Sed, pues, santos, porque yo soy santo» (Lev 11, 44-45). El catequista lo quiere presentar de forma que al pueblo le entre por los ojos. El pueblo tiene que salir de sus tiendas, abandonar las huellas de su camino, despojarse de sus viejos vestidos, lavando sus manchas y salir al encuentro del Señor. «Haz que se santifiquen hoy y mañana; que laven sus vestidos y estén preparados» (Ex 19, 10-11). «Entonces Moisés hizo salir al pueblo del campamento para ir al encuentro del Señor y se detuvieron al pie del monte» (Ex 19, 17). La montaña se ha convertido en una gran tienda del encuentro, en una morada. El Señor que ha venido al encuentro de su familia de hijos, les ha provocado para que ellos vengan a su encuentro, dispuestos a acoger la gracia de su voluntad. La nación ya santificada y santa tiene todavía que santificarse y avanzar en el camino de la santidad en medio de los pueblos y de la creación.

La ley, senda de la gracia

Están dispuestos a la escucha. Cerca y lejos al tiempo. La gloria les acoge y les envuelve y sin embargo hay un límite que no se puede traspasar. El catequista ha querido subrayarlo enérgicamente. «Deslinda el contorno de la montaña» (Ex 19, 12). «Conjura al pueblo, que no traspase las lindes para ver al Señor, porque morirían muchos de ellos» (Ex 19, 21). El Señor ha acogido a su pueblo en su misericordia y el pueblo puede acogerse a ella confiadamente, desmedidamente, pero jamás puede apropiársela ni manejarla. Entonces moriría. La gracia no se puede utilizar. Nada se puede añadir a la gracia. Su máxima cercanía es su absoluta y soberana distancia. Una misericordia así no podemos nosotros albergarla en nuestras tiendas de campaña, para legitimar con ella nuestros propios caminos. Hemos de salir. Somos invitados al último éxodo, al éxodo de nosotros mismos, para ser ya desde la gloria y caminar ya desde la gloria. Cuando el misterio de la luz ardiente y poderosa se haga palabra, el pueblo comprenderá que la ley es el don de la alianza, el encargo del amor recibido. El Señor pide que se comparta el amor desbordante que él mismo ha regalado. En favor de los hermanos, en favor de los otros pueblos, en favor del universo y de la historia entera, para alabanza de gloria de su gracia. La ley no se añade a la alianza, es el camino de la alianza, la senda expansiva de la misericordia entrañable. Los brazos amorosos del Padre no se habían cerrado sobre el pequeño resto de sus hijos. Desde la gracia de sus entrañas destinada a la humanidad y a la tierra, la misericordia tiene que hacerse camino. Por eso, decíamos que lo que está detrás de la ley es la gracia de su voluntad y la raíz de la gracia de su voluntad es el amor de su gracia.

5. *La acogida absoluta de la gracia*

«Entonces pronunció Dios todas estas palabras diciendo: "Yo, el Señor, soy tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de la servidumbre"» (Ex 20, 1-2). El Señor antes de manifestar a su pueblo la gracia de su voluntad, se presenta de nuevo como el Señor de la alianza cumplida en la liberación. Los dioses extranjeros, «desconocidos de ti y de tus padres» (Dt 13, 7), no han hecho camino con su pueblo, no le han tomado de la mano para avanzar por el camino. El Señor, él mismo en persona, ha hecho con ellos su historia entera. «Tú mismo con tu mano... Porque no fue su espada la que ocupó la tierra ni su brazo el que les dio la victoria; sino tu mano derecha y tu brazo y la luz de tu rostro, porque tú los amabas» (Sal 43, 3.4; cf. Dt 8, 17-18). Si el don de la alianza ha sido la liberación para la

fraternidad, el encargo de la alianza será la liberación para la fraternidad. Pero ahora la gracia se presentará como exigencia.

La alianza que pro-voca y encarga

El decálogo son las palabras que habla el Señor a su pueblo. Nos las encontramos en tres relatos de tres épocas distintas: Ex 20, 8-11 (recensión elohista); Dt 5, 12-14 (recensión deuteronomista) y Ex 34, 14-16 (recensión yavista). En el relato del Sinaí el decálogo forma parte de la fiesta de la renovación de la alianza, de la que venimos hablando. Después del anuncio de la alianza (I), hay una propuesta de la ley (II). ¿De dónde nace esta propuesta y este encargo? De la misericordia convertida en celo. El Señor de la misericordia entrañable es «un Dios celoso» (Ex 20, 5; Dt 4, 9). «El Señor tu Dios es un fuego devorador, un Dios celoso» (Dt 5, 24). ¿Qué significa esta palabra tan extraña? Celo a nosotros nos suena a pasión de amor, pasión ardiente, exigente, exclusiva. Si ahora vamos a desentrañar su hondura desde la misma historia de la salvación, nos encontramos con que el celo proviene de la gloria, la gloria de la santidad y la santidad de la alianza.

La alianza, lo venimos diciendo como un estribillo, es el compromiso de amor que ha hecho el Padre de reunirnos en la familia de sus hijos y preparar para nosotros la casa común y la mesa compartida, donde los pequeños ocupen el primer lugar. Es, como antes subrayamos, un amor ab-soluto, que no depende de nosotros y por tanto inquebrantablemente fiel. El amor de la misericordia entrañable es fuerte, es una fuerza de luz poderosa y de fuerza luminosa, es la gloria, que acoge, envuelve, y transfigura en santidad. La gloria, sin embargo, aparece actuando en la historia. El Señor «se santifica» y «se glorifica» en los gestos históricos, que son las hazañas de su amor (Ex 14, 4 s.17; Núm 20, 13; Lev 10, 3; Ez 20, 41; 28, 22.25). El Señor se ha propuesto llenar con su santidad el cielo y la tierra (Is 6, 3). De momento en el camino de reunir la familia y preparar la casa, su gloria aparece provisionalmente en espacios limitados, en tiempos limitados, en un pueblo limitado, pero está destinada a desbordar todo con la ternura de su misericordia. «La gloria del Señor llenará la tierra» (Núm 14, 21; Zac 14, 20 s). Por eso mismo se presenta ante nosotros como algo inesperado, imprevisto, desconcertante. Nosotros no podemos integrarla ni acoplarla a nuestra vida y a nuestro proyecto. El Señor de la alianza, en su entrañable misericordia, es el «totalmente otro». «Soy Dios, no hombre» (Os 11, 9). Su gesto de amor no es como el nuestro, condicional, el suyo es incondicional, absoluto y por ello invencible. Se hace presente como una presencia

estremecedora, ardiente y poderosa. La misericordia es terrible en su energía, en su fuerza soberana, que se hace llamada exigente, implacable. Este amor único y excesivo es celoso, es decir, pro-voca, interpela, exige. Por amor al mismo pueblo, el Señor pide que la misericordia entrañable sea acogida. De ello depende en absoluto su liberación y su fraternidad.

Para pasar a la hondura del camino

Ahora comprendemos la dinámica interna del decálogo. El Señor en su proyecto de reunir la familia y construir la mesa compartida, nos da enteramente y fielmente la misericordia de su gracia. Y después nos exige que la acojamos y que la compartamos. A simple vista parece que los mandamientos se refieren, por una parte, al Señor (I-IV) y, por otra parte, a los hermanos (V-X). Pero están en íntima relación unos con otros. En realidad es un único mandamiento. El Señor nos manda que recibamos su amor, y lo compartamos por su mismo camino. Para ello exige dos momentos. En primer lugar hemos de acoger este amor. Los mandamientos referidos al Señor nos mandan acoger ab-solutamente su misericordia entrañable; los mandamientos referidos a la comunidad, nos mandan com-partir absolutamente su misericordia entrañable. Para compartir hay que acoger primero. Si se acoge primero hay por fuerza que compartir después. Por eso en el Sinaí, convertido en morada del encuentro, estamos en el lugar de la liberación para la fraternidad. Allí el puñado de pobres, liberados de las cadenas de fuera y atados todavía con las cadenas de dentro, se adentran en la liberación, para poder adentrarse en la fraternidad y realizar después el camino hacia la mesa compartida en la tierra de la herencia. El decálogo es la exigencia de la verticalidad del amor que se ha de hacer horizontal, es la llamada a la acogida de la altura del amor, que se ha de ensanchar en el pueblo y en la tierra.

a) *La llamada a acoger absolutamente el amor del Señor*

«No habrá para ti otros dioses delante de mí» (Ex 20, 3; Dt 5, 7). Ya no es posible otro amor absoluto. Sólo el Señor, exclusivamente el Señor, totalmente el Señor. El primer mandamiento aparece así como una llamada exigente e ineludible de acoger in-condicionalmente su misericordia. Este celo, que a simple vista pudiera parecer interesado, es el último des-interés del Señor, porque su gracia es un don para nosotros y de su acogida depende nuestra vida o nuestra muerte. El primer mandamiento, por tanto, es una llamada al último éxodo, que

hace posible la verdadera y única fraternidad en la mesa común. Ya hemos visto repetidamente que la idolatría lleva consigo la opresión. La travesía del mar Rojo fue la liberación de la opresión, pero aún quedaba la raíz de la esclavitud, la idolatría. Liberar de la opresión no es más que el primer paso; cuando uno se libera de verdad es cuando se libera de la idolatría, sobre todo de la idolatría de sí mismo, de estar centrado y concentrado sobre sí mismo. Arrancado el pueblo de las cadenas de fuera, el Señor a través del desierto le condujo a una experiencia profunda de su amor gratuito y absoluto, para provocarlo a la entera salida de sí mismo, que hiciera posible la donación entera de unos a otros, en la mesa común. Frente al «regreso» a Egipto y la «trampa» de Canaán, aparece el primer mandamiento, en el que se concentran todos los demás.

1) «No habrá para ti otros dioses delante de mí» (Ex 20, 3). El don absoluto del amor, sólo puede ser acogido con la acogida absoluta. El Señor es el único y nuestra respuesta a él es única y total. «Has de ser íntegro con el Señor tu Dios» (Dt 18, 13). «Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Queden en tu corazón estas palabras que yo te he dicho hoy» (Dt 6, 4-6). «Yo soy el Señor y no hay otro»... «Yo soy el Dios justo y salvador y no hay ninguno más»... «Sólo el Señor tiene la justicia y el poder» (Is 45, 18.21.24). Al aparecer de este modo la exclusividad del don, aparece la exclusividad de la respuesta. Como si fuera un sello de absoluta y única propiedad, que se lleva en el ser y en el camino (Dt 6, 7-9; Cant 8, 6) hasta la muerte (cf. testimonio de Akiba. Bonsirven.TR.467).

2) «No te harás escultura ni imagen alguna. No te postrarás ante ellas» (Ex 20, 4.5; Dt 5, 8-9). La imagen puede velar o des-velar, pero en todo caso permite apropiarse. El Señor pide que no se tome nada del cielo ni de la tierra, como si fuera absoluto. Todos los poderes naturales e históricos, quedan relativizados. Pero hasta el mismo Señor no debe tampoco ser representado con imágenes (cf. Dt 27, 5) para no ser confundido con los ídolos y convertido en un ídolo. El está frente a la naturaleza y mantiene en suspenso la historia desde la gracia de su alianza. Que queden los ojos abiertos de par en par, sin resplandor alguno, que medie ante su rostro. Sólo su rostro. Los ídolos, «hechura de manos humanas», crean y legitiman la opresión.

3) «No tomarás en falso el nombre del Señor tu Dios» (Ex 20, 7; Dt 5, 11). El nombre es la persona misma, que se nombra. Hay una forma de religiosidad, que consiste en apropiarse del nombre, para conseguir los propios intereses. En ocasiones se invoca el nombre para jurar en falso. «No juraréis en falso por mi nombre: profanarías el nombre de tu Dios. Yo el Señor» (Lev 19, 12; Dt 5, 20). En otras

ocasiones, se pretende manejar el nombre mágicamente, «dando al Señor para que el Señor dé», o incluso utilizándole como herramienta para abrir la brecha del propio camino, derribando las dificultades insuperables que en él se presentan. Pero este nombre sólo puede ser servido y alabado. «Reconozcan tu nombre grande y terrible: Él es santo» (Sal 98, 3; 102, 1). Sólo su palabra. Los ídolos manejados por manos humanas crean y legitiman la opresión.

4) «Recuerda el día del sábado para santificarlo» (Ex 20, 8) «como te lo ha mandado el Señor tu Dios» (Dt 5, 12). «Santificar» es responder a la santidad, entregarse a la consagración, en la que la familia de hijos ha sido consagrada. Se trata de cortar el tiempo del trabajo, para darse enteramente al Señor en favor de los hermanos. Con ello se desarticula el tiempo de este mundo, para ser recreado desde el señorío del Señor. El tiempo es acogida de la gracia, para convertirla en alabanza y en servicio. De este modo la familia de los hijos se adentra en el proyecto de amor iniciado en la creación y consumado en la liberación. La creación es anticipo de la liberación y la liberación consumación de la creación, recreación. «Pues en seis días hizo el Señor el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto contiene y el séptimo día descansó: por eso bendijo el Señor el día del sábado y lo hizo sagrado» (Ex 20, 11; Gén 2, 2-3). «Recuerda que fuiste esclavo en el país de Egipto y que el Señor tu Dios te sacó de allí con mano fuerte y tenso brazo; por eso el Señor tu Dios te ha mandado guardar el día del sábado» (Dt 5, 15). Estas dos tradiciones empalmadas, sitúan el sábado en la historia santa como el tiempo de la acogida de la gracia para la gratitud y la gratuidad.

b) *La llamada a compartir absolutamente el amor del Señor*

No basta con que se hayan roto las cadenas que pesaban sobre los oprimidos. Todavía quedaban las cadenas que les esclavizaban por dentro: la idolatría y la opresión. También el pueblo de los pobres, amados por el Señor en su alianza, es un pueblo de corazón endurecido. Los peregrinos que atraviesan el desierto existen también para sí mismos. Esto significa que también ellos han forjado las cadenas de la opresión y han levantado los muros de la división. Quieren vivir para sí, tener para sí, poder para sí. Y esto sólo se puede hacer a costa de los otros, oprimiendo y despojando a los otros. Por eso, cuando el Señor les llama a acoger absolutamente su misericordia entrañable, para liberarse de la idolatría, les llama al tiempo a compartir esta misma misericordia para liberarse y liberar de la opresión. Este es el sentido de los mandamientos que se refieren a la comunidad en el mundo.

1. Llamados a compartir la vida como hermanos

El pueblo es una familia de familias. La vida familiar es el centro de la vida, casi podíamos decir que es la vida misma, pues el pueblo se entiende como la «casa de los hijos de Israel». Ya desde la hora de la creación estamos acostumbrados a ver la familia humana sobre la casa del universo y ahora, en el paso de la liberación, el puñado de pobres es una familia que busca casa. Importa, pues, mucho que la comunión de vida empiece precisamente por la familia, como fermento del pueblo, que en familia se ha de convertir. Pero cuando se vive para sí mismo, hay dos problemas que se plantean en la vida diaria, a cada hora del camino. Se deja a los hermanos que desagradan y se toma a los hermanos que satisfacen. Por eso a los padres mayores, se les deja a un rincón, se les abandona. Por eso también, cuando la mujer de uno ha dejado de satisfacerle, se busca otra donde sea. Los mandamientos del Señor no son normas generales, sino interpelaciones directas. Van dirigidos a los que están escuchando la alianza en el día de hoy. «No con nuestros padres concluyó el Señor esta alianza, sino con nosotros, con nosotros que estamos aquí, todos vivos» (Dt 5, 3). Para nosotros, en nuestros problemas concretos.

«Honra a tu padre y a tu madre» (Ex 20, 12; Dt 5, 16). Los padres son como la imagen del Señor. El Señor que nos dio el ser, nos lo da a través de sus manos. El Señor de la creación tiene rostro paternal, pero más todavía el Señor de la liberación. Lo hemos descubierto con entrañas de padre y de madre (cf. Os 11, 4.8; Jer 31, 20; Is 63, 16). Por eso «respete cada uno a su padre y a su madre» (Lev 19, 3). No se puede decir que los padres, porque no trabajen ni produzcan, ya han perdido valor, y han dejado de ser manantial de vida y de camino (Lev 27, 7). Cuando, en obediencia al Señor se comparte amorosamente la vida con los padres, aunque estén ancianos y enfermos, entonces su bendición llega a la casa de los hijos (Ecl 3, 1-16). La vida de familia, compartida en el aliento de la alianza, es una vida que se hace cada vez más fecunda y se ensancha fructificando para el porvernir. «Honra a tu padre y a tu madre para que se prolonguen tus días sobre la tierra, que el Señor tu Dios te va a dar» (Ex 20, 12).

La familia no sólo plantea el problema entre padres e hijos, sino entre los mismos esposos que la fundan. Cuando se ve la primera hora de la creación, desde el camino de la liberación, se descubre que el pueblo es una familia nacida de la unión inseparable del hombre y de la mujer que han llegado a ser una sola carne (Gén 2, 23-24). A su vez, vista la liberación desde la creación, parece como si la hazaña del Señor fuera un desposorio del Señor con su pueblo (cf. Os 1-2; 11-14; Jer 2, 3; Ez 16; Is 54). La sexualidad es una capacidad de amor y fácilmente puede pasar de regalo a posesión. Entendida como pose-

sión para la satisfacción, se explica que se rompa a veces el lazo que ha unido al esposo y la esposa, por el camino de la infidelidad.« No cometerás adulterio» (Ex 20, 14; Dt 5, 18) parece un mandato negativo, pero niega para afirmar. La infidelidad es severamente condenada (Lev 20, 10; Dt 22, 22), para llamar a la fidelidad, que exprese la fidelidad del Señor a su pueblo.

Del Señor es la vida. El libertador, que es «padre» y «esposo», manda que esta vida que él ha dado en gracia, en gracia sea compartida, para que el pueblo sea familia de familias y, conservando los vínculos más hondos de la vida, haga camino hacia la tierra de la herencia.

2. Llamados a compartir los bienes como hermanos

El pueblo va haciendo camino por la tierra y la va construyendo. Con las herramientas de su trabajo, consigue los frutos de su trabajo. Los bienes parece por una parte que son necesidades de la vida. Los hombres se están haciendo y los necesitan para existir. Pero por otra parte los bienes son factores de la vida. No sólo satisfacen sus necesidades, sino que pueden acrecentar su expansión. El problema es en manos de quién están. Cuando los hombres viven para sí, intentan tener para sí, tener más para sí de los otros. De ahí que pronto empieza la lucha por el tener, lucha en la que unos se yerguen como poseedores y otros se hunden como desposeídos, unos se levantan como dueños y otros son despojados como esclavos. Por los relatos del código de la alianza, que recoge fragmentos antiguos, aunque redactados más tardíamente, parece que también en el pueblo de la alianza hay un despojo de los pobres (cf. Ex 21, 2-11; 22, 20; 23, 9). A los pobres se les explota (Am 8, 4-8), se les quita el salario (Dt 24, 14-15) y después se les presta a usura (Lev 25, 36-37; Dt 23, 20; Ez 18, 8.13.17).

El mandato del Señor «no robarás» (Ex 20, 15; Dt 5, 19) es una llamada dirigida al pueblo en la situación de robo y de despojo. Al pretender cada uno tener más para sí, se ha ido apropiando de los bienes de los otros y los que quedan despojados son los más pequeños. Puede suceder incluso que se robe y se esclavice a las mismas personas (cf. Ex 21, 16; Dt 24, 7). Cuando se ve la creación desde la liberación, se descubre que la tierra ha sido entregada por el Padre a la familia humana, una tierra sin muros y sin alambradas (Gén 1, 28-30; Sal 8, 6-9). La tierra de la herencia habrá de ser también compartida, como se comparte una casa común. En último término, la tierra, como la vida, es del Señor y, por tanto, al recibirla de sus manos, estamos ob-ligados a compartirla según su voluntad. El pueblo del

Señor es un pueblo de forasteros y peregrinos hacia la tierra nueva, que son sólo administradores de los bienes para servir con ellos a los hermanos. «La tierra no puede venderse para siempre, porque la tierra es mía y vosotros sois para mí como forasteros y huéspedes» (Lev 25, 23). El mandato de no robar, niega para afirmar. El enriquecimiento de unos y el despojo de otros es una traición a la alianza y a la creación. Sólo la posesión compartida por el pueblo será el proyecto del Señor para la tierra de la herencia.

3. Llamados a compartir los caminos como hermanos

Al hacer camino en la historia, la situación socio-económica, determina la situación socio-política y cultural. Sobre la barrera del dinero se levanta la barrera del puesto, del poder y del saber. El que tiene el dinero, ocupa un lugar en la sociedad y establece con poder lo que ha de ser la verdad. El camino del pueblo es por tanto una lucha por el puesto, lucha que a veces se hace en el juicio, donde se disputa quién tiene la razón en sus sendas. En esta disputa a algunos les toca perder, casi siempre a los indefensos, que son tirados a la cuneta fuera del camino. Pero hasta puede darse el caso de que en el camino algunos hermanos sean enteramente eliminados. Se les excluye del todo dándoles muerte. El asesinato puede ser de muchas formas y llegar incluso al derramamiento de la sangre. Tanto en las disputas como en los golpes, parece que siempre ganan los fuertes. Por los caminos del desierto, aun entre los mismos pobres, parece que rige la ley del más fuerte.

El Señor manda compartir los caminos y para eso encarga: «no darás falso testimonio contra tu hermano» (Ex 20, 16; Dt 5, 20). «No levantes testimonio contra tu hermano, ni ayudes al malvado dando testimonio injusto» (Ex 23, 1). «Porque se encuentran en mi pueblo malhechores: preparan la red... Así se engrandecieron y enriquecieron... La causa del huérfano no juzgaban y el derecho de los pobres no sentenciaban... Algo pasmoso y horrendo se ha dado en la tierra: los profetas profetizaron con mentira y los sacerdotes dispusieron a su antojo» (Jer 5, 26.27.30-31). «Sus jefes juzgan por soborno, sus sacerdotes enseñan por salario, sus profetas vaticinan por dinero» (Miq 3, 11). Y esto no sólo se da entre los poderosos, sino entre la gente sencilla (Dt 19, 15-19). Se hace necesario respetar los derechos de cada uno, para compartir juntos los caminos hacia la tierra de la herencia. «No torcerás el derecho, no harás acepción de personas, no aceptarás el soborno. Justicia, sólo justicia has de buscar para que vivas y poseas la tierra, que el Señor tu Dios te da» (Dt 16, 19-20).

Al caminar juntos por el camino, los hombres, que entran en conflicto, se ofenden, pero a veces la ofensa va más allá y llega a las heridas y hasta la muerte. En medio del odio, la venganza sobrepasa con mucho la ofensa. «Por una herida maté a un hombre, a un muchacho por un golpe, pues Caín es vengado siete veces, pero Lamek lo es setenta y siete» (Gén 4, 23-24). Si la venganza se puede realizar libremente y una familia a otra, o una tribu a otra tienen que cobrarse todavía más caro los delitos de sangre, entonces la ley del talión, que era corriente en la civilización oriental (cf. código de Hammurabi) tiene, a pesar de todo, para aquel entonces un carácter restrictivo y humanitario (Ex 21-23). En los delitos de sangre se debe proceder con justicia. No se puede ir más allá de la ofensa, pero tampoco creer que con cualquier paga se puede restaurar el asesinato (cf. en el código de la alianza, las normas sobre el homicidio: Ex 21, 12-17; Lev 24, 17; Núm 35, 16-34). Estos datos muestran que en el pueblo de la alianza con frecuencia unos a otros se quitan la vida y que desde pronto ha habido que echar mano de la legislación penal de los pueblos próximos para evitar el derramamiento de sangre. Parece que entonces se pensaba que en algunos casos podía ser justo y exigido por la justicia de Dios. Sin embargo, si junto con estas capas jurídicas tomadas del medio ambiente y reformadas por la alianza, alcanzamos a descubrir las luces más originarias, que brotan de ésta, nos encontramos con el mandamiento: «No matarás» (Ex 20, 13; Dt 5, 17).

La primera hora de la creación está vista desde la travesía de la liberación. Desde aquí se ve que la opresión procede de la idolatría. Cuando uno cierra sus puños ante el Señor, descarga sus puños contra su hermano. Caín mata a Abel. «El Señor replicó: ¿Qué has hecho? Se oye la sangre de tu hermano gritar a mí desde la tierra» (Gén 4, 10). La vida no está en manos nuestras. Es un don del Señor, para ser tomado en las manos por los hombres y compartido con sus compañeros de camino. Será difícil en muchas ocasiones este respeto a la vida, para un pueblo que está en guerra y que a veces la considera santa. Pero el derecho del Señor queda levantado sobre las fragilidades del pueblo. «Detestas a los malhechores, destruyes a los mentirosos, al hombre sanguinario y traicionero lo aborrece el Señor» (Sal 5, 6-7; 137, 7). El derecho del Señor no sólo defiende la vida, sino que sale en defensa del oprimido y venga la injusticia cometida con él. El propósito de su voluntad es que nadie sea injustamente excluido del camino, ningún hombre, ningún pueblo. Y menos puede hacerlo el pueblo que ha de traer la bendición de la vida a la humanidad y al universo. A este pueblo se le exigirá severamente que no mate, más aún, que defienda la vida y la haga florecer. «No odies en tu corazón a tu hermano, pero corrige a tu prójimo, para que no te cargues con su

pecado por su causa. No te vengarás, ni guardarás rencor contra los hijos de tu pueblo. Amarás a tu prójimo, como a ti mismo. Yo el Señor» (Lev 19, 17-18). «Sea cual fuere su agravio, no guardes rencor al prójimo y no hagas nada en un arrebato de violencia» (Ecl 10, 6).

4. Abiertos de raíz a la fraternidad para caminar más adelante

El decálogo termina con un mandamiento que empalma estrechamente con el primero: «No codiciarás» (Ex 20, 17; Dt 5, 21). El Señor manda a la familia de sus hijos que no codicien nada de las cosas ni de las personas, que son de sus hermanos. La palabra ha alcanzado las raíces del hombre, su propio corazón. El hombre es imagen del Señor y esta imagen está, según veíamos, en el señorío que tiene sobre las cosas, señorío que a su vez arranca del dominio que tiene sobre sí mismo. Los hombres son libres, porque tienen poder de darse. La libertad es una capacidad de amor, que puede existir para apropiarse o para regalarse. Por eso la cerrazón más originaria es la idolatría, cuando el hombre pretende apropiarse del Señor, haciendo con sus manos un ídolo, que puede estar a su servicio y justificar sus caminos. Pero en el momento en que el hombre se ha cerrado en la idolatría, se ha convertido en el centro de sí mismo y en su capacidad de infinito necesita ambicionar, tener más, tener todavía más, tenerlo de los otros, tenerlo sobre los otros. «Por encima de todo guarda tu corazón, porque de él brotan las fuentes de la vida» (Prov 4, 23). Desde el corazón el hombre se es para la fe o para la idolatría, para el servicio o para la opresión, para la vida o para la muerte. Pero así como el latido de la vida es único, el latido de la fe convertida en amor, así también el latido de la muerte es único, la idolatría que es la ambición (cf. Ef 5, 5). Ahora es cuando comprendemos que en la morada del Sinaí ha sucedido la última liberación para la más consumada fraternidad, ha sido la salida y la entrada pero en su última hondura, que después habrá de hacerse camino histórico en el pueblo y en la tierra que se han de construir.

El pueblo de los pobres, si acoge la ley de la alianza, ha pasado a la libre libertad para la honda y ancha fraternidad en la mesa compartida. Abiertas las raíces del corazón, el pueblo de la misericordia entrañable, pasa de la servidumbre al servicio. Su servicio será ir arrancando las cadenas, tirando las barreras, preparando la última entrada en la tierra de la promesa. Si acogen la gracia serán libres para liberar y, así, hermanos para compartir. A su paso la vida florecerá, la vida que salida de las manos del Señor en la primera hora de la creación, agraciada con la promesa y enajenada con la opresión, ha sido liberada para la fraternidad. Los hombres, ahora libres y

hermanados, podrán sembrar la gracia de la liberación radical en la historia, anunciando la alianza a todos los pueblos. Pero al sembrarla podrán también tirar la barrera del montaje de la sociedad, que separa a los ricos de los pobres, a los grandes de los pequeños. Desde la morada del Sinaí habrán de emprender de nuevo el camino hacia la tierra prometida. Pero este camino depende de que acojan o rechacen la misericordia entrañable.

«He aquí que yo voy a enviar un un ángel delante de ti, para que te guarde en el camino y te conduzca al lugar que te tengo preparado. Pórtate bien en su presencia y escucha su voz; no le seas rebelde, que no perdonará vuestras transgresiones, pues en él está mi nombre» (Ex 23, 20-21). En la celebración de la fiesta de la renovación de la alianza, hemos llegado ahora a las bendiciones y maldiciones. Ante el pueblo se abren dos caminos: la fidelidad conduce a la vida, la infidelidad conduce a la muerte; la obediencia conduce a la victoria, la rebeldía conduce al fracaso. ¿Qué sucederá con este pueblo, tan pequeño, tan frágil, tan esclavizado todavía?

6. *Tomados de la mano por la inquebrantable misericordia*

El éxodo avanza de una manera increíble, inaudita. La familia de los hijos se encuentra con la gracia entrañable del Padre, que les ha acogido y liberado, para hermanarlos hacia la tierra de la herencia. El amor de la gracia se ha manifestado como la «gracia de su voluntad», como «la ley de su alianza». En primer lugar ha habido una oferta para la acogida. «Moisés refirió al pueblo las palabras del Señor y todas sus normas» (Ex 24, 3). «Tomó el libro de la alianza y lo leyó ante ellos» (Ex 24, 7). El pueblo responde, que sí quiere acoger este amor. «Cumpliremos todas las palabras que ha dicho el Señor» (Ex 24, 3b). «Obedeceremos» (24, 7b; cf. 19, 8). Moisés prepara un sacrificio, para «sellar» esta entrega. La sangre compartida es como el signo de la mutua fidelidad inquebrantable. La mitad de la sangre «la derramó sobre el altar» (24, 6) y con la otra mitad «roció con ella al pueblo y dijo: "Esta es la sangre de la alianza que el Señor ha hecho con vosotros, según todas estas palabras"» (24, 8). La proclamación de la alianza fue un anuncio del compromiso de amor del Señor, que llevaba consigo la exigencia de acogerlo. El pueblo está dispuesto a vivir siguiendo la voluntad del Señor, que le ama fielmente. La sangre derramada y compartida es el signo de la comunión. El Señor y su pueblo están unidos para la vida común, para el camino común de su alianza, que lleva consigo una búsqueda continua en cada instante. Es una aventura de misericordia y de fidelidad. Pero esta fidelidad queda rota enseguida.

La traición de la alianza

Acoger la misericordia entrañable es sumamente arriesgado. Hay que disponerse a un camino imprevisible, de entrega ab-soluta. Por eso, cuando Moisés sube a orar al monte, el pueblo dice a Aarón: «Anda, haznos un dios, que vaya delante de nosotros» (32, 1). El pueblo quiere tener una imagen, hecha con sus manos, del Señor de la alianza. Parece que es más seguro apropiarse de él, haciendo y teniendo su imagen, que disponerse incondicionalmente a la aventura de su gracia. En principio, parece que lo que hacen es una representación del Señor, más bien como un pedestal para que él se haga presente, «un becerro de oro», al estilo de las imágenes orientales de la divinidad. Pero esta imagen no es una mediación para la inmediatez, sino una mediación para la apropiación. Por eso la «imagen del Señor» aparece a los ojos de éste y de su mensajero como un ídolo, que ha arrancado al pueblo de la obediencia de la fe. «Bien pronto se han apartado del camino, que les había prescrito. Se han hecho un becerro fundido y se han postrado ante él; le han ofrecido sacrificios y han dicho "Este es tu Dios, Israel, el que te ha sacado de la tierra de Egipto"» (32, 8). La alianza ha sido traicionada. El pueblo por su parte la ha roto y se ha pasado a otro señorío, al de los ídolos, hechura de sus manos. Al bajar Moisés del monte «ardió en ira, arrojó de sus manos las tablas y las hizo añicos» (32, 19). «Habéis cometido un gran pecado» (32, 30).

El exceso de la misericordia

El catequista tiene gran interés en presentar con trazos vivos el rostro del Señor, que está en medio de su pueblo. De momento el Señor aparece provocando al éxodo hacia la tierra de la herencia. Poneos en marcha. «Anda, sube de aquí... que yo no subiré contigo» (33, 1.3). Parece de momento que su cólera se ha encendido (32, 10). ¿Qué va a hacer? ¿Les castigará? ¿Les aniquilará? Moisés y los levitas están decididos a vengarse. Pasaron a espada el campamento y «cayeron aquel día tres mil hombres del pueblo» (32, 28). Pero el caudillo les amaba también apasionadamente. Se le conmovieron las entrañas y se dispuso a entregarse en expiación: que el castigo cayera sobre él. En la tienda del encuentro, envuelto en «la columna de nube» (33, 9), dirigió al Señor sus ardientes plegarias. Señor, conviértete a tu pueblo, acuérdate de tu alianza que hiciste con nuestros padres (32, 13). Perdona a tu pueblo o exclúyeme a mí (32, 32). «Muéstrame tu camino» (33, 13). «Mira que esta gente es tu pueblo» (33, 13). Si es que tu gracia nos ha acogido, marcha con nosotros (33, 16). Pide que el Señor vaya con la familia de sus hijos hacia la tierra de

la herencia, que vaya en medio de ellos, delante de ellos con la claridad de su rostro. «Déjame ver, por favor tu gloria» (33, 18). Entonces sucede lo que no se había visto ni oído: la fidelidad de la misericordia llevada hasta el extremo.

Si el Señor es un padre que lleva al pueblo de su mano, si es una madre, que lo lleva en sus entrañas, entonces la desobediencia de la infidelidad le conmueve a un amor mucho mayor, más fuerte, más fiel, inquebrantable: el amor que acoge la rebeldía, que perdona el pecado, que hace de la infidelidad ocasión del desbordamiento de la gracia. «Yo haré pasar ante tu rostro toda mi bondad y pronunciaré delante de ti el nombre de Yahvé» (33, 19a). Y ¿qué significa este nombre?: la misericordia entrañable, inquebrantablemente fiel. «Hago gracia a quien hago gracia y tengo misericordia con quien tengo misericordia» (33, 19b). El verbo hebreo que aquí se usa *(raham)* significa que el Señor ha sido alcanzado en lo más íntimo y sensible de sí mismo, en sus entrañas, y que allá ha brotado la ternura, la compasión, la gracia, la misericordia. Es verdad que la desobediencia lleva consigo unas consecuencias (34, 7b), pero es más fuerte la gracia del Señor. «Yahvé, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera, rico en amor y fidelidad (cf. Núm 14, 18; Os 2, 21-22; Sal 85, 15), que mantiene su amor por millares, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado, pero no los deja impunes» (Ex 34, 7a). La alianza, vista desde la predicación profética, se ha radicalizado como expresión de amor inquebrantable: misericordia fiel, fidelidad misericordiosa (Núm 14, 18; Dt 7, 8-10; Neh 9, 17; Jer 33, 8; Nah 1, 3; Jl 2, 13; Sal 144, 8; 104, 8; 110, 4; 111, 4). La desobediencia y la infidelidad de la familia de los hijos ha sido acogida por la misericordia del Padre.

De la morada al camino

El Señor se ha excedido en el amor y ha desvelado así su rostro. Ha mantenido la alianza acogiendo la rebeldía de los hijos y descendiendo a las sendas de la muerte por donde caminan. El fuego de su gloria se ha hecho morada en medio de ellos. La señal de la misericordia es que no los abandonará jamás, que irá delante de ellos, a pesar de todo, hasta que se reúnan en la mesa común de la tierra compartida. La tienda del encuentro (Ex 25, 8), será el lugar de su morada, donde more con ellos, mostrándoles que él es (29, 45). Lo que importa ahora sobre todo es la acogida ab-soluta de la gracia, para hacer después el camino: reconocer que sólo el Señor es el Señor (34, 13-17), disponerse a existir desde el Señor (34, 18.21-25) y caminar en ofrenda al Señor (34, 19-20.26). El acento que ahora se pone en construir la tienda, para esta absoluta acogida de la alianza, es un intento que

visto después, desde atrás, aparece como la construcción de un gran montaje cultual (Ex 25-31; 35-40; Lev 1-27; Núm 7-8; 15-19; 26-30). Y, sin embargo, sólo pretende ser la expresión comunitaria de la asamblea de los hijos, que se dispone a expresar sacramentalmente «el aquí estoy» a la alianza, la entrega en obediencia, en sacrificio y en alabanza a la misericordia del Señor, que les ha acogido. Por eso ahora, el fuego del Sinaí baja a la humilde morada de la tienda del encuentro para hacerse camino. «La gloria del Señor llenó la morada» (Ex 40, 34-35). El fuego de la gloria es el que guía la marcha, el que indica cómo hay que caminar y hacia dónde (Ex 40, 36-37). «Porque durante el día la nube del Señor estaba sobre la morada y durante la noche había fuego a la vista de toda la casa de Israel. Así sucedía en todas las marchas» (40, 38).

El Señor en la morada se ha hecho camino. El ha ido abriendo las sendas del desierto en sus distintas etapas: del Sinaí a Cadés (Núm 10, 11-14, 45), de Cadés a Moab (Núm 20-25), de Moab, atravesando el Jordán, hasta la entrada en la tierra de la promesa (Dt 29-34; Jos 1-10), hasta que por fin el camino se convierte en morada. La comunión en la morada, que es acogida del amor del Padre, que después se comparte a los hermanos, es propiamente la comunión que se intenta realizar históricamente. Ante la mirada teológica del final de la marcha, parece que el pueblo comparte comunitariamente la tierra de la herencia (Jos 13, 8-21, 42), en cumplimiento de la alianza del Señor, que se ha renovado y realizado en el pacto de Siquem (Jos 24, 1-28). «El Señor dio a los israelitas toda la tierra, que había jurado dar a sus padres. La ocuparon y se establecieron en ella. El Señor les concedió paz en sus confines... Todo se cumplió» (Jos 21, 43-44.45). Parece, en el relato de Josué, que el pueblo ha respondido en la entrada. No quieren abandonar al Señor, el que les hizo subir de la casa de la servidumbre, el que caminó delante de ellos con las hazañas de su misericordia, el que les guardó por todo el camino, que recorrieron, hasta llegar a la mesa compartida (Jos 24, 17).

7. *Jesús, el Señor, el guía del camino, fin y plenitud de la ley*

Nos encontramos en el éxodo. Al mar Rojo ha seguido el Sinaí. Después de haber contemplado desde la pascua del Señor la salida de las cadenas de la esclavitud, hemos visto la entrada por el camino de la ley. El Señor ha arrancado a su pueblo las cadenas de dentro y le ha encaminado a la hondura de la libertad para la fraternidad en la tierra de la herencia. Ahora es el momento de cambiar la dirección de la mirada. Intentamos contemplar la travesía pascual de Jesús, desde el

camino de la ley, que acabamos de descubrir. Se nos abren muchas perspectivas. Pero quisiéramos solamente centrarnos en una: la ley senda de la gracia. En principio parece que nos encontramos con un corte en este camino. «Porque la ley fue dada por Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo» (Jn 1, 17). ¿Qué ha sucedido? Jesús ha puesto fin al viejo camino de la ley y ha inaugurado un camino nuevo. Pero, ¿cómo se relaciona aquél con éste? ¿Encontramos también aquí las claves (promesa, cumplimiento; anticipo-consumación), que venimos persiguiendo?

Jesús es el fin del camino de la ley. «Todos los profetas y la ley han profetizado hasta Juan» (Mt 11, 13; Lc 16, 16). Hemos insistido en contemplar la ley desde la alianza, como el encargo de la alianza, como la senda de la alianza. Pero no podemos olvidar que la ley ha pasado a manos del pueblo. En vez de la ab-soluta acogida de la gracia, lo que ha sucedido ha sido una apropiación de la gracia. La ley ha sido tomada por el pueblo y vista y vivida «desde» su existencia cerrada y empecatada. Las interpretaciones, que han cristalizado en las tradiciones, se han apropiado de lo que era oferta de la gracia, para comprender la ley como exigencia de una tarea propia. En la medida que «las leyes» se han puesto delante de la gracia de la voluntad del Señor, en esa misma medida el hombre se ha visto atrincherado con una postura de apropiación por medio de «las obras». Las leyes han estrechado y obstaculizado el camino de la gracia; las obras han cerrado a los hombres a la desnudez de la obediencia. Ha surgido una nueva relación: la ley y las obras son un muro que separa y distancia. Ahora el pueblo no está ante la aventura de la gracia, sino que se afirma a sí mismo ante el Señor, intentando la autoconquista de las obras. La ley se ha hecho vieja en las tradiciones e interpretaciones. En los que la practican, especialmente entre los letrados y fariseos, se advierte que la ley conduce a la arrogancia y a la marginación. Los hombres observantes se sienten algo ante Dios y miran con desprecio a los hermanos y sobre todo a los pobres.

Jesús se sitúa ante la ley con una autoridad inaudita. En las antítesis del sermón del monte (Mt 5, 21-28) contrasta la ley vieja y la senda nueva con una palabra desconcertante: «Pero yo os digo...» (5, 22.28.32.34.39.44). Aparece como el Señor de la ley, alguien que es mayor que la ley, que dispone sobre la ley, que toma la ley para expresar su voluntad. Con ello radicaliza la ley, la retrotrae a sus raíces, para que vuelva a ser lo que era en realidad: expresión de la voluntad del Padre, de la gracia de su voluntad. La ley es liberada ahora de las tradiciones para que aparezca en toda su inmediatez. Y con ello el hombre es despojado del resguardo de las obras para entrar en la desnudez de la obediencia. La gracia es regalada a la gracia. De nuevo, como en el Sinaí, la voluntad amorosa del Señor alcanza a las

raíces del corazón de los hombres para abrir desde allí la hondura del sendero de la fidelidad. Jesús es el fin de la ley apropiada y es la plenitud de la ley liberada. El ha venido para dar plenitud a la ley (Mt 5, 17). Pero al tiempo sucede una profunda reducción. Jesús concentra la ley en el amor para llevarlo a la consumación. Toda la ley y los profetas se concentran en el amor al Padre y en el amor a los hermanos (Mt 22, 34-39; Lc 10, 25-28). Hay que acoger en acogida ab-soluta el amor que el Padre nos ofrece y después compartir en comunión ab-soluta este mismo amor con los hermanos. Pero esta ley se hace todavía más nueva cuando sucede entre las manos del Hijo entregado. Acoger y compartir el amor del Padre al Hijo en la unidad del Espíritu será el mandamiento nuevo (Jn 15, 9-12).

Esta nueva senda de la gracia, en la que Jesús quiere poner fin a la ley vieja, para inaugurar la nueva, llevando a plenitud lo que germinalmente era la ley primera, le lleva a su travesía pascual. Ni la ley judía ni la ley del imperio, permiten el camino de su gracia, que no sólo desenmascara, sino que provoca a la estructura de la ley, que no sólo configura la existencia, sino también la sociedad y la historia. Jesús es colgado del madero, como un criminal, aceptando la maldición, para que aparezca la justicia (Gál 3, 13; 2 Cor 5, 21). Al tomar la forma de esclavo y morir con los impíos (Lc 22, 37; Mc 15, 28), pone fin definitivamente a la apropiación de la ley, que asegura la existencia empecatada y legitima el orden establecido, para inaugurar la senda de la gracia, que se hace posible desde el don de su Espíritu. En su carne crucificada ha tirado el muro de la división y ha abierto el acceso al Padre y a los hermanos (Ef 2, 14-18). Ahora es cuando más que ley hay gracia, o dicho con más precisión, ahora sólo queda la «ley de Cristo» (Gál 6, 2; 1 Cor 9, 21). Ahora el hombre no se justifica por las obras de la ley, sino por la fe en Cristo Jesús (Gál 2, 16; Rom 3, 28). Jesús es el «fin de la ley» (Rom 10, 4). Ha cortado el camino de la vieja ley, que aunque conducía hacia él como un pedagogo (Gál 3, 24), sin embargo era más bien un tropiezo (Gál 3, 19), que ahondaba la impotencia de los hijos en sus interminables fracasos. Pero no sólo es un corte, Jesús es la plenitud de la ley. Pues el don de su gracia no sólo restaura, sino que recrea la gracia que había sido dada en el Sinaí. El camino reducido y obstaculizado, es ahora camino libre y ensanchado. El don de la gracia es el Espíritu derramado en los corazones (Rom 5, 5). Y si la fraternidad suya vive del Espíritu, puede caminar según el Espíritu. Pues el Espíritu, que es la libertad en toda su hondura, es también camino de filiación y de fraternidad en toda su hondura (Gál 4, 4-7; 5, 13-14). Los hermanos que se reúnen en su iglesia, liberados con la libre libertad del Señor y encaminados por la senda del amor indiviso, pueden ya inaugurar aquí la mesa, entrando en la tierra de la herencia, en un anticipo que se consumará cuando el Señor vuelva.

8

Los pasos del destierro

El éxodo, que acabamos de contemplar ha sido una salida de la casa de la servidumbre y una entrada en la casa de la herencia. Los catequistas, que nos han anunciado este acontecimiento central de la historia de la salvación, lo estaban contemplando desde la época de la monarquía, es decir, desde el establecimiento del reino. Parece que ante sus ojos el reinado de los ungidos del Señor y sobre todo de David viene a ser la consumación de esta entrada. No está en nuestras manos ahora precisar lo que la historia nos atestigua en esta época davídica. ¿Es que de verdad el pueblo llegó a ser una familia de hermanos en una tierra compartida, bajo la mano bondadosa del Señor, representado por su ungido? Sabemos que David fue el que reunió al pueblo, como un único pueblo, en una tierra, que se fue ensanchando como nación en el escenario de los grandes imperios. Los trazos centrales de la historia santa: un Señor, un ungido, un pueblo, una tierra parece que se cumplen ahora. El éxodo, por tanto, ha terminado en la entrada.

Nosotros no intentamos una constatación histórica de la llegada del reino de Dios, sino que pretendemos más bien contemplar esta llegada con los ojos, con los que la miraba el pueblo de Dios. Y para esto disponemos de dos documentos, que son una historia teológica, la historia deuteronomística, que aparece recogida en 2 Sam 5-23, y la historia cronística, que aparece recogida en 1 Crón 10-29. Son dos documentos, que provienen de la época del destierro y de la restauración, que ven el reinado de David, desde su fidelidad al Señor. Desde esta mirada teológica, que proviene de la predicación profética, el pueblo de Dios ha llegado a entrar en la tierra de la promesa y a vivir en el reinado de la justicia y de la paz, porque el rey David, con su fidelidad, ha posibilitado la fidelidad del pueblo. El reino está contemplado desde el primer mandamiento. Si el rey obedece al Señor, podrá obrar la justicia entre los hombres. Tanto la historia deutero-

nomista, como la cronística están más atentas a la verticalidad que a la horizontalidad. Su propósito teológico es mostrar el fracaso al que llegó más tarde el pueblo, por su infidelidad al Señor. Pero, al menos David ha sido el ungido fiel, que ha reunido al pueblo en la tierra, en torno al templo, realizándose así un anticipo de la futura llegada del reino, que sucederá cuando venga el Mesías, que habrá de ser un hijo de sus entrañas (2 Sam 7, 1-16; 1 Crón 17, 1-15). A partir de ahora el reino, y lo que él implica, es decir, el ungido, el pueblo, la tierra y el reinado, serán palabras claves para traducir la alianza del pasado, que se actualiza en el presente, abriendo el camino del futuro.

Para adentrarnos en el destierro, más que los libros históricos, nos pueden ayudar los libros proféticos. Pero esto nos obliga a que renunciemos a estudiarlos todos al tiempo en su conjunto, y vayamos presentando su testimonio, entretejido con los momentos históricos que cada uno de los profetas fueron viviendo. Los profetas, en primer lugar, nos permiten asomarnos con más fidelidad a la situación histórica. En sus anuncios y denuncias nos encontramos al pueblo y a la tierra, en la situación que atraviesan. Pero además, en segundo lugar, nos permiten verla desde la mirada de la historia de la salvación, desde donde ellos miran el caminar del pueblo en la tierra. A diferencia de los libros históricos, los profetas mantienen como clave permanente, la doble fidelidad, fidelidad al Señor y fidelidad a los hermanos, como una única fidelidad. La dimensión horizontal de la justicia social está fuertemente subrayada. Por eso si en algún momento sucedió la entrada en la tierra de la herencia, es decir, si en algún momento el reinado del Señor se estableció anticipadamente, sería cuando la fidelidad a la alianza estuviera unida a la justicia en el pueblo y en la tierra. Pero este instante, ante su mirada, es muy provisional, pues enseguida el pueblo recae en la idolatría y en la opresión. Si la fe y la justicia le hacen entrar en la tierra, la idolatría y la opresión le avocan inmediatamente al destierro. Con esta clave sencilla nos adentramos en los hechos, que arrastran al pueblo fuera de su tierra.

1. *La parábola del destierro*

La familia que compartía la mesa y el camino en la tierra común, empezó pronto a romperse de nuevo. Primero estaba muy unida, pero después empezó a romperse, a desterrarse. Una familia de hijos empieza a desterrarse cuando se escapa de las manos del padre. Los hijos son hermanos, en la medida que son hijos; y en la medida que son hijos y hermanos, están compartiendo la humilde tierra de la herencia. La tierra de la casa es el lugar de vida y de camino, donde

todos viven unidos en el mismo amor que el padre les tiene. Si los hijos rompen con el padre y en su puesto ponen otros bienes o se ponen a sí mismos, entonces la ruptura entre ellos empieza a realizarse y a sentirse. Ya no se sienten hijos y, por ello, ya no se sienten hermanos. Entonces, al ser extraños, unos intentan apropiarse de las cosas de los otros, o incluso dominarlos, poniéndose por encima de ellos. Están abandonando sus propias raíces, se están desarraigando.

Al buscar cada uno su futuro, des-vinculándose de la familia, puesto su corazón en el dinero, sucede, en este desarraigo, que se ponen en manos de otros, de las otras familias pudientes del pueblo, de los que tienen y mandan más, de los que llevan las riendas de la marcha. Es corriente que haya una lucha entre los más poderosos: lucha por la tierra, el puesto y el poder. Entonces estos hermanos, que estaban divididos, se apoyan en los poderosos para sacar adelante sus planes. Ahora bien, apoyarse en los poderosos, que están en lucha, es ser sin más campo de la guerra que combaten entre ellos. Puede ser que en algún momento las cosas marchen bien, si el poderoso, que parece apoyar, triunfa en sus planes. Pero todo está en el aire, ya que estos hermanos tienen su vida pendiente del próximo combate, de la próxima victoria o de la próxima derrota. Entonces es cuando se comprueba que ya no están en casa, que su tierra y sus personas han empezado a ser de verdad propiedad del poderoso, en el que se han confiado o al que se han opuesto. Estos poderosos, los arrancarán de su casa y de su familia para hacerlos criados suyos. Entrarán en la servidumbre del destierro. Y hasta pudiera suceder, que se encontraran a gusto, viviendo en tierra y en casa ajena, fuera de los suyos. Prefieren estar a gusto, siendo esclavos, que caminar siendo hijos, con la responsabilidad familiar, compartida sobre sus hombros.

Pero el padre les ama con entrañas de misericordia. Y por fidelidad a su amor, sale de nuevo a su encuentro, para abrirles el camino de la libertad, ayudándoles a pasar del destierro a la patria. De nuevo nos encontramos en los caminos de la liberación, una liberación nueva. El origen está en las manos del padre que se extienden incansablemente a sus hijos, para ofrecerles su amor y su proyecto de vivir como hermanos en la casa común. Puede ser que estando desterrados y enfrentados, el padre envíe una y otra vez a sus amigos para expresarles su amor, haciéndoles ver lo que desde siempre les ha querido, descubriéndoles la situación tan dura de ruina que están padeciendo, y anunciándoles un futuro mejor de reconciliación en el hogar común. Todo es obra de su misericordia entrañable. Pero para ser liberados, los hijos han de acoger esta misericordia. La liberación es un don que se ofrece y que ha de convertirse en tarea. Ahora bien, la tarea se empieza propiamente cuando los hijos acogen el proyecto del amor del padre, se entregan a él y a partir de esta entrega intentan

abrir un camino nuevo en la vida. De este modo, el des-tierro se termina. De la tierra extraña se pasa a la tierra de la herencia, de la familia rota se pasa a la fraternidad compartida bajo la mirada amorosa del padre. El hijo mayor irá a la cabeza, abriéndoles camino.

2. *La idolatría y la opresión*

Nos encontramos en el siglo VIII. Ha pasado la época gloriosa de la monarquía. El reino se ha dividido en dos partes: Israel en el norte; Judá en el sur. Pero los dos están amenazados por los mismos problemas: la injusticia y la idolatría, íntimamente unidas. Al principio del asentamiento en la tierra de la herencia, la comunidad de Israel era una anfictionía, es decir, una asociación de tribus, familia de familias, que se regía por el derecho santo del Señor. Apenas si se advertían diferencias económicas y sociales y éstas eran sentidas como una traición a la alianza. Pero el proceso político de la monarquía lleva consigo un cambio notable en el marco histórico, socioeconómico, político y cultural. Las diferencias sociales se agrandan de nuevo.

El muro de separación

En lo más bajo de la sociedad están los campesinos, pequeños labradores y ganaderos, que están a punto de caer en la servidumbre. El rey se apodera de sus posesiones, para crear sus propias fincas o las de los nobles, toma la población campesina para trabajarlas y a la juventud rural para formar parte del ejército, que ha de defenderlas. Los créditos, los engaños y las injusticias están despojando a los más pobres, mientras que las clases más pudientes van creciendo en dinero, en puesto y en poder. La clase media se va formando con el comercio y los trabajos artesanales. Junto a los reyes aparece la burocracia que mantiene la administración y los jefes del ejército que aseguran la defensa. El abismo entre los pobres y los ricos se ha hecho cada vez más grande. Ya no rige la ley del Señor. El Señor ahora es otro, son los ídolos de la naturaleza y de la historia. O bien se venera a los baales de Canaán, que garantizan la fecundidad de la tierra y el ganado y aseguran el avance económico de todos, incluso de la gente sencilla, o bien, se venera a los poderes de los imperios circundantes, confiando más en su apoyo y en su alianza para sacar adelante el país, aunque sea en favor de las clases privilegiadas. En uno y otro caso, Mammón, el dios del dinero, ejerce su señorío. De ello resulta de nuevo una fuerte red de cadenas, que oprime y divide al pueblo del Señor, en una tierra convertida en campo de guerra.

La idolatría empalma con la opresión

Cuando tenemos ante la vista la idolatría de la naturaleza y de la historia, en las que subyace la idolatría del dinero, nos encontramos con unos datos comunes. Por una parte están los ídolos, realidades neutras, que han sido divinizadas: las fuerzas de la naturaleza (Baal) o las fuerzas de la historia (Asiria, Egipto, Babilonia). El pueblo les atribuye la fuerza de salvar. En segundo lugar, están los dones que la divinidad ofrece: en unos casos los frutos de la tierra (trigo, lana, lino, agua), en otros casos la seguridad histórica (caballos, carros, jinetes, para la supervivencia, la seguridad y el bienestar). Pero esto exige de los que adoran a los ídolos unas actitudes interiores de entrega a ellos: fe, confianza, seguimiento. Estas actitudes llevan a unas acciones idolátricas. En la idolatría de la naturaleza serán súplicas, sacrificios, prostitución sagrada; en la idolatría de la historia serán firma de tratados y pago de tributos. Pero como la idolatría intenta apropiarse de la divinidad en beneficio propio, ha de entregar al ídolo unas víctimas, que fundamenten o legitimen el gesto de la religiosidad. Pueden ser sacrificios de animales en el caso de la idolatría natural. Con estos sacrificios se gana prestigio social ante el pueblo y parece como que se apoya y legitima la posición de los explotadores, que aparecen como buenos creyentes. Pero en el caso de la idolatría política está claro que para recibir privilegios y ofrecer tributos a los aliados, hay que consentir en el despojo y la opresión de la colonización. En ambos casos las verdaderas víctimas son los pobres. De este modo la idolatría lleva siempre consigo la opresión. En el fondo de la idolatría subyace la desobediencia convertida en ambición. Cuando uno no cree exclusivamente en el Señor que le hermana con el pueblo y le solidariza con la tierra, tiene que entregarse a otros señores, que son máscaras distintas del príncipe de este mundo. Los ídolos afirman al hombre en sí mismo y legitiman sus actitudes de apropiación. En vez de alentarle a darse, le alientan a apropiarse, es decir, a tener más de los otros, a poder más sobre los otros.

Palestina empalma con el imperialismo

Claramente se advierte que las cadenas de la idolatría y de la opresión están entrelazadas entre sí. La fe en el Señor y la sumisión a su ley traían consigo un nuevo orden social de la tierra y la historia compartidas. Por el contrario, la ruptura con la fe en el Señor y el paso a los ídolos, trae como consecuencia y legitima la opresión de unos sobre otros. Los ídolos de la naturaleza o de la historia no son más que los dioses que protegen y defienden los intereses socioeconó-

micos y político-culturales, sobre todo los de los grupos privilegiados. Por eso se advierte también con claridad, que este entramado de la idolatría y de la opresión dentro de Palestina, está a su vez entrelazado con la idolatría y la opresión del imperialismo circundante, egipcio por un lado y mesopotámico por otro. Palestina no es más que un pequeño cuadro en el gran ajedrez. Y cuando las clases pudientes hacen el juego idolátrico y opresor, no hacen más que entrar en el juego englobante de la opresión internacional, donde el despojo, la marginación y la opresión se legitiman religiosamente con los dioses del imperio, que expresan la absoluta soberanía de su poder. De este modo empalman el entramado socioeconómico, y sociopolítico y sociorreligioso de Palestina, con el entramado socioeconómico, sociopolítico y sociorreligioso del imperialismo asirio o egipcio. Se advierte que el pueblo de la alianza, que en la primera entrada de Abrahán en la tierra de la promesa, cayó envuelto en el imperio egipcio, ahora en la segunda entrada, cae envuelto en el imperio asirio y después babilonio. Es decir, lo que empezaba a ser familia y casa común en el reinado del Señor se ha enajenado en el señorío de este mundo. Este es el marco histórico, en el que se encuadra el destierro.

3. *Anuncio y denuncia de los profetas*

El pueblo está recayendo de nuevo en la tierra de la esclavitud. Nosotros podemos descubrir y presentar esta situación a partir de los datos que nos ofrece la historia. Pero aquí estamos leyendo la historia desde la historia de la salvación. Hemos de contemplar esta encrucijada desde la mirada y la voz de los profetas. Al decir esto, pretendemos tomar su visión y su palabra para describir la situación. Esta fue también la perspectiva histórico-salvífica del grupo de catequistas, llamado deuteronomista, (Deuteronomio, Josué, Jueces, 1-2 Samuel; 1-2 Reyes) que cuenta el camino del pueblo del Señor desde la entrada en la tierra a la salida para el destierro. La palabra de los profetas es en principio una palabra de anuncio y de denuncia en el nombre del Señor. Los profetas son portavoces, en los que el Señor se hace presente para indicar el camino de su proyecto de amor. Por tanto su denuncia no es un simple análisis social para proponer una nueva alternativa histórica. Es algo más profundo todavía. Su mirada al presente, que está viviendo el pueblo, parte de la mirada al pasado de la historia del Señor. Los profetas parten de la alianza del Señor con el pueblo y con la tierra, en sus distintos gestos, en sus distintos momentos. Y desde lo que el Señor ha obrado con su misericordia entrañable, se ve y se enjuicia el presente viendo la respuesta del pueblo, en la clave de la fidelidad o de la infidelidad. Pero en último

término su denuncia, aunque no aparezca en primer plano, mira al porvenir. Nace de un anuncio de la obra que el Señor ha hecho en el pasado, para abrir a través del presente los caminos del futuro. Por ello no nos extraña que la idolatría y la opresión aparezcan empalmadas, como causa de la recaída en la esclavitud. Los profetas encuentran aquí mismo el origen del destierro. Conviene que oigamos su voz.

Amós grita: «Venden al inocente por dinero y al pobre por un par de sandalias; revuelcan en el polvo al desvalido y tuercen el camino de los humildes» (2, 6-7). «¡Ay de los que convierten la justicia en acibar y arrastran por el suelo el derecho, odian a los fiscales del tribunal y detestan al que declara rectamente! Pues por haber pisado al débil, exigiéndole un tributo de grano, si construís casas de sillares no las habitaréis; si plantáis viñas selectas, no beberéis de su vino. Sé bien vuestros muchos crímenes y pecados innumerables: estrujáis al inocente, aceptáis sobornos, atropelláis a los pobres en el tribunal» (5, 7-12). Los grandes en efecto viven en el lujo, en casas de veraneo (3, 15), comen carne y duermen en camas de marfil (6, 4), beben vino de calidad, se perfuman con perfumes exquisitos (6, 6), se divierten alegremente (6, 5). Esta es la situación que el profeta ve desde el Señor: «Escuchadlo los que exprimís a los pobres y eliminái a los miserables; pensáis: ¿cuándo pasará la luna nueva para vender trigo o el sábado para ofrecer grano y hasta el salvado del trigo, para encoger la medida y aumentar el precio, para comprar por dinero al desvalido y al pobre por un par de sandalias? ¡Jura el Señor por la gloria de Jacob no olvidar jamás lo que han hecho! ¿Y no va a temblar la tierra, no van a hacer luto sus habitantes?» (8, 4-8).

La injusticia se empalma con la idolatría: «rechazaron la ley del Señor y no observaron sus mandamientos... Padre e hijo van juntos a una mujer profanando mi nombre santo; se acuestan sobre ropas dejadas en fianza, junto a cualquier altar, beben vino de multas en el templo de su Dios» (2, 4.7-8). «Escuchad y dad testimonio contra la casa de Jacob —oráculo del Señor, Dios de los ejércitos—. Cuando tome cuentas a Israel de sus delitos, le tomaré cuenta de los altares de Betel: los salientes del altar serán arrancados y caerán al suelo» (3, 13-14). «Detesto y rehúso vuestras fiestas, no me aplacan vuestras reuniones litúrgicas; por muchos holocaustos y ofrendas que me traigáis no los aceptaré ni miraré vuestras víctimas cebadas. Retirad de mi presencia el barullo de los cantos, no quiero oír la música de la cítara; que fluya como agua el derecho y la justicia como arroyo perenne» (5, 21-24). Si la idolatría del dinero es causa de la injusticia, la injusticia hace del culto al Señor una verdadera idolatría. Israel es un pueblo que se está arrancando sus raíces. Todos y sobre todo sus dirigentes se han desarraigado del Señor y de sus pobres, creyendo practicar el culto y el orden.

Estamos ahondando en las causas del destierro desde la mirada profética. Reinan la idolatría y la opresión. Oseas se sitúa en el mismo frente que Amós. Su denuncia es a la idolatría, en su doble vertiente: cultual y política. También aquí el pueblo siente la tentación de adorar a las fuerzas de la naturaleza para que le sean propicias. «La fornicación, el vino y el licor quitan el juicio a mi pueblo, consultan a su leño, escuchan el oráculo de su vara; porque un espíritu de fornicación los extravía y fornican abandonando a su Dios. Sacrifican en la cumbre de los montes y queman ofrendas en las colinas, debajo de las encinas y álamos y terebintos de agradable sombra» (Os 4, 11-13). «Ellos me calumnian, y no me gritan de corazón, sino que vociferan en sus lechos, son devotos de Ceres y Baco y se apartan de mí» (7, 13-14). Jeroboán mandó instalar un becerro de oro, que al principio podría representar al Señor, pero que poco a poco lo sustituyó al ser comprendido y adorado desde la religiosidad de la naturaleza. «Con su plata y oro se hicieron ídolos para su perdición. Hiede tu novillo, Samaría, ardo de ira contra él... Porque ¿qué es ese toro? ¿Acaso un dios? Un escultor lo hizo, no es dios, se hace astillas el novillo de Samaría» (8, 4-6).

Pero la gran idolatría es la política. Un pueblo lleno de injusticias sociales, está dirigido por gobernantes que buscan apoyo en las grandes potencias militares, Egipto y Asiria, que pueden ofrecerles soldados, caballos y carros. Son los nuevos ídolos, los nuevos señores, que pueden dar la salvación. De este modo se rompe la vinculación radical del pueblo con el Señor (primer mandamiento) y en consecuencia se originan y legitiman las injusticias. «Escuchad la palabra del Señor, hijos de Israel: el Señor pone pleito a los habitantes del país, que no hay verdad ni lealtad ni conocimiento de Dios en el país, sino juramento y mentira, asesinato y robo, adulterio y libertinaje, homicidio tras homicidio. Por eso gime el país y desfallecen sus habitantes» (4, 1-3). El pueblo sufre la agitación. No puede haber paz por la injusticia que reina. Pero en vez de hacer justicia, se intenta poner orden y salvar el país, poniéndose en manos de la potencia imperialista de turno. «Efraín se mezcla con los pueblos, Efraín es hogaza sin volver. Extranjeros le han comido su fuerza y él sin enterarse... Su arrogancia acusa a Israel, pero ellos no vuelven al Señor su Dios, a pesar de todo no lo buscan. Efraín es ingenua paloma atolondrada: piden a Egipto, y acuden a Asiria; en cuanto acudan, echaré sobre ellos mi red y los abatiré como a pájaros, los atraparé en cuanto escuche la bandada» (7, 8-12; cf. 5, 8-14). Por eso, en realidad, en este extravío, está ya la raíz del destierro. «Siembran viento y cosechan tempestades; las mieses no echan espiga ni dan grano, y si lo dieran, extraños lo devorarían. Han devorado a Israel, es ya entre las naciones un cacharro inútil» (8, 7-8). En efecto,

Samaría cae en manos de los asirios, que la sitian el año 722 y el reino de Israel desaparece de la historia.

Abandono del Señor y explotación de los pobres

Judá, por su parte, es también un satélite de Asiria. Por dentro estaba llena de injusticias. «¡Ay de los que añaden casas a casas y juntan campos con campos, hasta no dejar sitio y vivir ellos solos en medio del país! Soy testigo: lo ha jurado el Señor de los ejércitos: sus muchas casas serán arrasadas, sus palacios magníficos quedarán deshabitados... ¡Ay de los que llaman al mal bien y al bien mal, que tienen las tinieblas por luz y la luz por tinieblas, que tienen lo amargo por dulce y lo dulce por amargo!... ¡Ay de los valientes para beber vino y aguerridos para mezclar licores; de los que por soborno absuelven al culpable y niegan justicia al inocente» (Is 5, 8-9.20-23). La denuncia de Isaías y Miqueas va dirigida en primer lugar contra los poderosos, apoyados por los sacerdotes y los falsos profetas. «¡Ay de los que planean maldades y traman iniquidades en sus camas! Al amanecer las ejecutan porque tienen poder. Codician campos y los roban, casas y las ocupan, oprimen al varón con su casa, al hombre con su heredad» (Miq 2, 1-2). «Pero yo digo: escuchadme, jefes de Jacob, príncipes de Israel: ¿No os toca a vosotros ocuparos del derecho, vosotros, que odiáis el bien y amáis el mal? Arrancáis la piel del cuerpo, la carne de los huesos, os coméis la carne de mi pueblo, lo despellejáis» (Miq 3, 1-2). «Escuchadme jefes de Jacob, príncipes de Israel: vosotros que detestáis la justicia y torcéis el derecho, edificáis con sangre a Sión y a Jerusalén con crímenes. Sus jefes juzgan por soborno, sus sacerdotes predican a sueldo, sus profetas adivinan por dinero» (Miq 3, 9-11).

Esta situación de injusticia tan grave, en la que los poderosos marginan y oprimen a los pobres hasta derramar su sangre, se encubre con un culto brillante, en el que las clases dominantes se pretenden legitimar. Más aún, creen que la alianza del Señor está de su parte y, según la teología política de la realeza, creen que el Señor les garantiza y protege siempre con la prosperidad, cualesquiera que sean sus caminos. En realidad lo que parece un servicio al Señor es la forma más fuerte de idolatría. «No me traigáis más dones vacíos, más incienso execrable. Novilunios, sábados, asambleas... no aguanto reuniones y crímenes. Vuestras solemnidades y fiestas las detesto; se me han vuelto una carga que no soporto más. Cuando extendéis las manos cierro los ojos; aunque multipliquéis las plegarias no las escucharé, vuestras manos están llenas de sangre. Lavaos, purificaos, apartad de mi vista vuestras malas acciones. Cesad de obrar mal,

aprended a obrar bien; buscad el derecho, enderezad al oprimido; defended al huérfano, proteged a la viuda» (Is 1, 12-17). Ante la mirada del profeta no se trata de acontecimientos distintos: idolatría e injusticia, sino de dos dimensiones del mismo acontecimiento. Si las cadenas de la injusticia atestiguan la ruptura de la sociedad, su última causa está en las cadenas de la idolatría, que atestiguan la ruptura con el Señor. La alianza se ha roto. Cuando los hijos han puesto su absoluta confianza en el dinero y han dejado de reconocer al Padre, entonces ya no se reconocen como hermanos. La única posibilidad es la explotación. «Oíd, cielos; escucha, tierra; que habla el Señor: Hijos he criado y educado, y ellos se han rebelado contra mí... ¡Ay gente pecadora, pueblo cargado de culpas, raza de malvados, hijos degenerados! Han abandonado al Señor despreciando al Santo de Israel» (Is 1, 2-4).

La sumisión al imperialismo divinizado

La ruptura con el Señor no es en modo alguno una renuncia a toda religión. Es el paso de un dios a otros, del Señor a los ídolos. Y los ídolos en este caso son fáciles de reconocer: son las potencias imperialistas, que rodean a Israel. Isaías es así un vigía que se mueve entre los frentes. Durante el reinado de Acaz (734-727), Damasco y Samaría se oponen a Siria y declaran la guerra a Judá. Judá, en cambio, pide ayuda a Asiria. «El corazón de Acaz y del pueblo se agitó como se agitan los árboles del bosque» (7, 2). Pero para el rey y para el pueblo, su auxilio ya no es el nombre del Señor, sino el poder imperialista que asegura su sobrevivencia. A esto había de sacrificarse todo. Isaías grita: «Así me dijo el Señor, mientras su mano me agarraba y me amonestaba para que no siguiera el camino de este pueblo: No llaméis aliados a los que este pueblo llama aliados, no os aterre ni atemorice lo que él teme; al Señor de los ejércitos llamaréis Santo» (Is 8, 11-13). La forma más eficaz de idolatría es la divinización de las grandes potencias. El profeta insiste a voz en grito: ni Egipto ni Asiria. «¡Ay de los hijos rebeldes! –oráculo del Señor– que hacen planes sin contar conmigo, que firman pactos sin contar con mi profeta, añadiendo pecados a pecados; que bajan a Egipto a consultar mi oráculo, buscando la protección del faraón y refugiarse a la sombra de Egipto» (30, 1-2). Y lo mismo le sucederá a Asiria, llena de orgullo y de soberbia, que dispone de la tierra de los pobres como de una herramienta de sus intereses. «Lo que hice con Samaría y sus imágenes, ¿no lo voy a hacer con Jerusalén y sus ídolos? El decía: con la fuerza de mi mano lo he hecho, con mi talento, porque soy inteligente. Cambié las fronteras de las naciones, saqueé sus tesoros y

derribé como un héroe a los jefes de sus sitiales. Mi mano cogió, como un nido, las riquezas de los pueblos; como quien recoge huevos abandonados, cogí toda la tierra, y no hubo quien abriese las alas, quien abriese el pico para piar» (10, 11-14). El pueblo se ha sometido gustosamente a los planes imperialistas. Los poderosos creían que en ello estaba su liberación. Pero al escaparse de las manos del Señor, estaba empezando ya su destierro. Aparentemente apoyados por el poderío imperialista, caerán cualquier día bajo sus garras mortales.

4. *Arrancados fuera de la tierra*

La situación era extremadamente grave. En 642 moría Manasés, un rey despótico y cruel, que había gobernado legitimando el poder asirio y explotando enérgicamente al pueblo. Hay una revuelta de las gentes del país (los *amhaares),* que matan a los conspiradores y nombran rey a Josías (cf. 2 Re 21, 23 ss). Asiria se está debilitando. Egipto aún no se ha recuperado plenamente. Palestina puede respirar por un poco de tiempo, intentando cierta autonomía, que se pretende realizar por el camino de la reforma religiosa y social. La predicación profética había cuajado en el libro del Deuteronomio, un conjunto de homilías de los levitas que acompañaban de cerca a los campesinos. En ellas se expresaba con fuerza las exigencias de la alianza. Entregarse al Señor es vivir como hermanos en una tierra compartida. Josías tomó el Deuteronomio como programa: un señor, un pueblo, una tierra. Le convenía utilizar la fe como estrategia política. Se propuso concentrar el culto al Señor en Jerusalén, suprimiendo los santuarios locales y el clero rural, para hacer posible una unidad religiosa que refuerce y legitime la unidad política. Por otra parte había que pedir al campesinado importantes sacrificios económicos y humanos para el saneamiento del país y la recomposición del ejército. Para estos proyectos de base servía bien este programa de reconstrucción nacional. Era una restauración político-religiosa, que quería aprovechar la oposición de los pobres, alentada por los profetas, para garantizar la dinastía y el futuro del pueblo, que continuaba estando en manos de los mismos. Era sin más una integración de la alianza en una política reformista. El Deuteronomio, que de lejos parecía un aliento, ahora parece a muchos que fue un pretexto. Jeremías, que al principio vio con buenos ojos los caminos de la reforma, los denunciaría después. Se intentaba hacer frente a la idolatría, pero no a la opresión y resulta que las dos cosas son dos dimensiones de la misma ruptura de la alianza. «Paraos a los caminos a mirar, preguntad por la vieja senda: "¿Cuál es el buen camino?", seguidlo y hallaréis reposo; ellos respondieron: no queremos caminar» (Jer 6, 16). «Vuestras culpas han

transtornado el orden, vuestros pecados os dejan sin lluvia, porque hay en mi pueblo criminales que ponen trampas como cazadores y cavan fosas para cazar a los hombres: sus casas están llenas de fraudes como una canasta está llena de pájaros. Así es como medran y se enriquecen y engordan y prosperan; rebosan de malas palabras, no juzgan según derecho, no defienden la causa del huérfano, ni sentencian a favor de los pobres» (5, 25-28).

Los poderosos arrasan la tierra

La alianza está rota. El pueblo, con sus gobernantes a la cabeza, se ha separado de las manos del Señor. A pesar de su culto apariencial, no son las exigencias de la alianza las que articulan la vida comunitaria. En realidad la alianza ha sido integrada en la historia, una historia que protagonizan los grandes de este mundo. El reino de Judá se ve entre dos imperios. Va a intentar jugar a las cartas con uno y con otro, según corresponda el turno. Y al final va a quedar arruinado de un zarpazo, desapareciendo como nación entre las naciones (cf. 2 Re 24-25; 2 Crón 36). Los babilonios han sustituido a los asirios. Nabucodonosor avanza, intentando dominar Palestina, de cara a Egipto. El rey Joaquín empieza pagándole tributo. Pero después, para salvarse de las garras de Babilonia, se apoya en Egipto. La respuesta de Nabucodonosor no se hizo esperar. Asedió a Jerusalén y realizó la primera deportación en 597. Tampoco ahora Judá se somete fácilmente. Los deportados en Babilonia esperaban que terminara su cautiverio y se movilizan, apoyados en una revuelta, que por aquellos días estaba ocurriendo en la ciudad. Los nobles que quedaron en Palestina, seducidos por las presiones egipcias, incitan a Sedecías a romper con Nabucodonosor. En el 586 los babilonios abren brecha en las murallas y dividen el pueblo en dos grupos: los más pobres que quedarían libres, y los más pudientes (nobles y artesanos) que habrían de ser deportados, algunos incluso amenazados de ser juzgados personalmente por Nabucodonosor. Poco después se incendia el templo y el palacio, se arrasan las murallas. Judá queda arruinada como una minúscula provincia del imperio con Godolías a la cabeza. Allí quedan campesinos humildes y soldados. La mayoría de las clases dirigentes está desterrada allí donde querían apoyarse: en el imperio. Parece que el Señor les ha abandonado a los deseos de su corazón. Ellos le habían abandonado a él, se habían separado de sus manos, para ponerse en manos de los poderosos de turno, babilonios o asirios. A éstos Israel no les importaba más que como campo de guerra o instrumento de lucha. Por ello la destrucción de Jerusalén es el último signo de la desintegración. Los pobres de

Palestina están desolados, los nobles del destierro consternados y desesperanzados. Nos encontramos ante las últimas consecuencias de la ruptura de la alianza por la idolatría y la opresión. Esta visión profética ha cristalizado en parte en la historia deuteronomista, en donde se ve venir el destierro, como consecuencia de la infidelidad: 1 Re 11, 11-13; 14, 7-16; 2 Re 17, 7-23; 1 Re 9, 3-9; 2 Re 20, 16-19; 21, 11-15; 22, 15-20; 23, 26-27.

El destierro, consecuencia de la idolatría y la opresión

Jeremías ha sido un testigo excepcional, que ha leído y anunciado los acontecimientos desde el Señor. Su palabra ha sido fundamentalmente una denuncia, nacida de un anuncio. El pueblo se ha apartado del Señor, ha rechazado su palabra. «Tienen oídos incircuncisos, incapaces de atender, toman a burla la palabra de Dios, porque no les agrada» (Jer 6, 10). Por ello rechazan a los profetas: «Sus profetas son viento, no tienen palabras del Señor» (5, 13). «Os di centinelas: "Atención al toque de trompeta"; ellos respondieron: "No nos importa"» (6, 17). Se refugian en el culto falso: «Ponte a la puerta del templo y proclama allí: Escuchad, judíos, la palabra del Señor, los que entráis por estas puertas a adorar al Señor... No os hagáis ilusiones con razones falsas, repitiendo: "el templo del Señor, el templo del Señor"... "Si no explotáis al emigrante, al huérfano y a la viuda, si no derramáis sangre inocente en este lugar, si no seguís a dioses extranjeros (cf. 7, 16-20, 29-34; 19, 3-5) para vuestro mal, entonces habitaré con vosotros en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres"» (7, 2-7). La idolatría lleva consigo la injusticia (5, 26-28; 12, 1-5), que pone su seguridad en el dinero y en el poder (17, 5-13). De esta situación los principales responsables son los que tienen el poder, el rey y los nobles (21, 11-12; 22, 13-19; 5, 5) y los que se lo legitiman con el sacerdocio o la profecía (6, 13; 23, 11; 14, 13-16). Pero, si la mirada llega hasta el fondo, entonces se descubre que el pueblo entero es cómplice, que nadie permanece fiel al Señor (cap. 5-6), que todos están haciendo el juego de la idolatría y la injusticia (9, 1-10). Por ello llega el día del castigo. Vendrá una invasión de enemigos gritando al alarido de la guerra (4, 5-26). «Miro a la tierra, ¡caos informe!; al cielo, está sin luz; miro a los montes, tiemblan... miro: no hay hombres, las aves del cielo han volado; miro: el vergel es un páramo, los poblados están arrasados: por el Señor, por el incendio de su ira» (4, 23-26; 7, 1-15). «Del mismo modo romperé yo a este pueblo y a esta ciudad; como se rompe un cacharro de loza y no se puede recomponer» (19, 11).

En realidad, el destierro no es más que desvelar en las raíces lo que de atrás venía sucediendo. El asedio (Ez 4, 1-2), el hambre (4, 9-11) y la deportación de Jerusalén (5, 1-6), no son más que señales del «día del Señor». El pueblo vivía en la idolatría y la injusticia (Ez 5, 9; 6, 4; 7, 10-11). Se había apartado del Señor y se había prostituido, entregándose a las grandes potencias, egipcios, asirios y babilonios (16, 1-43; 23, 1-34). No valen justificaciones de los falsos profetas (13, 1-16), ni seguridades en las tradiciones de los padres (14, 1-8). El destierro es la última consecuencia de la propia historia. Están en realidad donde estaban, en el des-tierro de la idolatría convertida en opresión que conduce a la muerte. Parece que sólo cabe el silencio: «Os consumiréis con vuestra culpa y os lamentaréis unos con otros» (24, 23).

5. *De nuevo la misericordia entrañable*

El golpe del destierro derrumbó las esperanzas de Israel. El pueblo había luchado durante siglos por ser una familia y tener casa y tierra bajo la mirada del Señor. Pero ahora no puede menos de escandalizarse. Jerusalén, la ciudad santa, está destruida; el templo, la morada del Señor, ha sido robado e incendiado; el trono de la casa de David está vencido. ¿No hay motivos para pensar que toda la esperanza ha quedado frustrada? El Señor, a pesar de su alianza, ha dejado que el pueblo fuera deportado y llevado al destierro. ¿No será que los dioses de Babilonia son más fuertes que el Dios de Israel? En la conciencia colectiva hay unas cuantas preguntas, que en ocasiones resultan angustiosas. ¿Dónde está la fidelidad de Yahvé, el Dios de nuestros padres? ¿No será mejor pasarse a la nueva fe en los ídolos de los pueblos? ¿Por qué sufrir la discriminación y el desprecio por la fe? ¿No será preferible integrarse a la nueva cultura y a la nueva vida, en una ciudad como Babilonia, tan llena de atractivos? Indudablemente que una noche oscura se ha echado sobre el pueblo deportado. Los profetas ya habían dicho que ellos mismos eran culpables, por su idolatría y opresión. Pero el peso y al tiempo la seducción del destierro les están poniendo a prueba.

El destierro es un camino en el que el Señor acompaña a su pueblo por los profetas. «Por los profetas les fuiste guiando con la esperanza de la salvación». Efectivamente, los profetas, como Moisés en otro tiempo, son los re-presentantes del Señor, es decir, no los que representan al Señor, sino aquellos en quienes el Señor se hace presente. Según vamos viendo, su presencia se transparenta en un anuncio que se convierte en denuncia. Esto nos indica que los profetas son sobre todo porta-voces del Señor. No son los adivinos del futuro, sino los mensajeros, que transmiten el mensaje que el Señor les confía. El

mensaje no es otro que su alianza de amor en medio de la historia del pueblo y de la tierra. Por eso, la voz de los profetas nace de una triple mirada y consiste en un triple gesto.

La mirada y el anuncio de los profetas

Los profetas, en primer lugar, miran al pasado. En el pasado aparece, efectivamente, el compromiso de la misericordia entrañable del Padre, es decir, su alianza, en distintos momentos y bajo formas distintas. Esta historia de las maravillas de su amor es el anuncio desde donde se enjuicia el presente. La mirada al pasado de la alianza desvela la realidad de la historia presente como una respuesta del pueblo en la tierra al compromiso del amor del Señor. No es extraño, pues, que la ruptura de la alianza aparezca descrita en sus trazos fundamentales. Frente a la obediencia de la fe, nos tropezamos con la rebelión de la idolatría. Frente al servicio del amor, nos tropezamos con la opresión de la injusticia. Pero el gesto de la alianza del Padre es una promesa que pretende un cumplimiento, más aún, la plenitud del cumplimiento. Por eso el profeta tiene que dirigir siempre la mirada hacia el futuro. Su mano, que señala la des-gracia del presente, es en esta misma denuncia un anuncio del futuro de la gracia, del cumplimiento de la misericordia entrañable. Así pues, el futuro no es una adivinación, sino la meta de una promesa. El futuro está visto desde el pasado, desde la alianza del pasado, aunque de momento haya sido traicionada en el presente. Lo que sí se advierte con suficiente claridad es que esta triple mirada de los profetas tiene un denominador común y, sin embargo, según el momento histórico, los horizontes descubiertos son nuevos, progresivamente cada vez más luminosos, más hondos, más esperanzadores.

La desgracia, camino de la gracia

En el destierro ha aparecido de nuevo la mano del Padre, con su misericordia entrañable. Esto significa que su alianza ha sido redescubierta, con mayor profundidad, con amor más poderoso, con fidelidad más inquebrantable. De momento este descubrimiento empieza siendo una relectura iluminada del pasado. Se recorre la historia de sus maravillas. En unas ocasiones se parte de la alianza, atestiguada en el reino de David, en otras de la alianza atestiguada en la travesía del éxodo, en otras de la alianza atestiguada en la promesa a los padres, en otras incluso de la alianza que inaugura la creación misma. En esta relectura del acontecimiento hay un hecho fundamen-

tal, que es como un denominador común. Al escuchar la palabra que el Señor dirige al profeta para el pueblo y la tierra, se descubre que el fracaso del camino se ha convertido en un nuevo comienzo de la gracia. La misericordia entrañable ha convertido en gracia la desgracia, pero en gracia dentro de la historia, en gracia que constituye la historia abriéndola hacia el futuro. No podemos olvidar que los profetas son la presencia de la palabra del Señor que acompaña y guía a su pueblo hacia el porvenir del definitivo cumplimiento de la promesa.

La misericordia entrañable apareció sobre todo en la travesía del éxodo, como confiesa el credo primitivo de la fe. La mano del Señor salió al encuentro de la familia de sus hijos, convertida en escuadrón de esclavos, los hizo pasar de la esclavitud a la libertad, los condujo de su mano en el desierto por el camino de sus mandamientos y por fin los reunió como familia en la tierra compartida de la herencia. Los profetas ven de nuevo la aparición de la misericordia entrañable por el mismo camino. Es una nueva salida, es de nuevo la mano del Señor que conduce por el éxodo a la liberación para la comunión. No es extraño, pues, que al iluminar la desgracia del presente se entretejan las perspectivas del pasado con las del futuro, es decir, que la promesa del pasado sea preparación del cumplimiento del futuro.

La mano amorosa del Señor

La mano amorosa del Señor sale al encuentro. Oseas se había anticipado a expresar la alianza desde la experiencia familiar: desde el amor del esposo a la esposa, del padre a los hijos. El pueblo como esposa infiel ha dejado al Señor y se ha vendido a sus amantes, a los ídolos de la naturaleza y de la historia. En Os 2, 4-25 aparece el Señor poniendo obstáculos a su pueblo, para que retorne a él (v. 8-9), castigando públicamente su dureza (v. 10-15), pero al final aparece su excesivo amor, el amor puro del nuevo encuentro, que restaura la intimidad (v. 16-25). En realidad el nuevo éxodo es un gesto del amor entrañable de un padre, a quien le duelen las entrañas por su hijo querido y, por ello, le toma de la mano y le conduce. La esposa resulta ser el hijo del amor, los hijos del amor en ella engendrados. «Mira, voy a seducirla, llevándomela al desierto y hablándole al corazón... Me casaré contigo para siempre, me casaré contigo a precio de justicia y derecho, de afecto y de cariño... a precio de fidelidad. Y conocerás al Señor» (2, 16.21.22). «Cuando Israel era niño, lo amé, y desde Egipto, llamé a mi hijo. Cuanto más lo llamaba, más se alejaba de mí... Yo enseñé a andar a Efraín y lo llevé en mis brazos... Con correas de amor los atraía, con cuerdas de cariño. Fui para ellos como quien alza

una criatura a las mejillas; me inclinaba y les daba de comer» (Os 11, 1-4). «Con amor eterno te amé, por eso prolongué mi lealtad... Seré un padre para Israel, Efraín será mi primogénito... ¡Si es mi hijo querido Efraín, mi hijo pequeño, mi encanto! Cada vez que le reprendo, me acuerdo de ello, se me conmueven las entrañas y cedo a la compasión» (Jer 31, 3.9.20).

Nueva salida de la esclavitud

En la crisis del destierro, desde el comienzo hasta el fin, al Padre se le han conmovido las entrañas. Por eso el paso de la esclavitud a la libertad, el tiempo de la salida y del destierro, resuena poderosamente en las profecías de Israel y de allí pasan a las profecías de Judá (cf. Jer 2, 1-7; 7, 22.25; 16, 14; 23, 7; 31, 31). En realidad si el pueblo está disperso en la esclavitud es por los falsos pastores que se apacientan a sí mismos, comiéndose la grasa de las ovejas, vistiéndose de su lana, matando a las cebadas, descuidando a las débiles y abandonando a las descarriadas. «Al no tener pastor, se desperdigaron y fueron pasto de las fieras salvajes. Mis ovejas se desperdigaron y vagaron sin rumbo por montes y altos cerros; mis ovejas se dispersaron por toda la tierra, sin que nadie las buscase y siguiese su rastro» (Ez 34, 5-6). Pero se inicia un nuevo éxodo, el éxodo desde el destierro, reunidas las ovejas y conducidas por el mismo Señor. Es así como atravesarán la tierra del desierto y llegarán a la tierra de la herencia. El Padre tiene el propósito de reunir a su pueblo, como familia en torno a la mesa común, en la que los pobres sean los primeros y esto lo realizará con la fuerza poderosa de su misericordia. «Yo mismo en persona buscaré a mis ovejas siguiendo su rastro... y las libraré sacándolas de todos los lugares por donde se dispersaron un día de oscuridad y nubarrones. Las sacaré de entre los pueblos, las traeré a su tierra, las apacentaré en los montes de Israel, en las cañadas y en los poblados del país. Las apacentaré en ricos pastizales, tendrán sus prados en los montes más altos de Israel... Buscaré las ovejas perdidas, recogeré las descarriadas; vendaré a las heridas, curaré a las enfermas; a las gordas y fuertes las guardaré como es debido» (Ez 34, 11-16).

Nuevo camino de entrada

Ya está en marcha la peregrinación hacia la tierra de la herencia, atravesando el desierto. Pero el Señor que les conduce, les ama tanto, que no sólo les arranca de la esclavitud y la dispersión para encaminarlos hacia la reunión de la libertad, sino que les toma de la mano

para que la marcha se realice por los caminos de su voluntad, de su proyecto de amor. La antigua travesía pasaba por el Sinaí. Allí la alianza se mostró como entrega de la ley. Ahora en esta nueva salida, en la que el pueblo se encuentra aún más desesperanzado, la alianza eterna será nueva, y la ley será grabada en las entrañas. «Mirad, que llegan días, oráculo del Señor, en que haré una alianza nueva con Israel y con Judá: no será como la alianza que hice con sus padres cuando los agarré de la mano para sacarlos de Egipto; la alianza que ellos quebrantaron y yo mantuve, oráculo del Señor; así será la alianza que haré con Israel en aquel tiempo futuro, oráculo del Señor; meteré mi ley en su pecho, la escribiré en su corazón, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo; ya no tendrán que enseñarse unos a otros, mutuamente diciendo: "Tienes que conocer al Señor", porque todos, grandes y pequeños me conocerán —oráculo del Señor—, pues yo perdono sus culpas y olvido sus pecados» (Jer 31, 31-34). El nuevo éxodo nace de la misericordia entrañable del Padre y avanza en la experiencia, el aliento y el camino de esta misma misericordia, que acoge y perdona. Misericordia soberana, que realiza su ternura inquebrantable, y que al final será acogida por el pueblo de los hijos. «Seré rocío para Israel, florecerá como azucena y arraigará como álamo, ...volverán a morar a su sombra, revivirán como el trigo, florecerán como la vid» (Os 14, 6-8; cf. Jer 3, 14-22).

6. *La tierra de la herencia, otra vez a la vista*

El paso de la esclavitud a la libertad, encaminado por la nueva ley conducirá a la entrada en la tierra. El pastor va delante y pondrá de nuevo las chozas en la tierra de la herencia, que había sido concedida a los padres por la promesa. «Aquel día levantaré la choza caída de David, tapiaré sus brechas, levantaré sus ruinas, hasta reconstruirla como antaño... Cambiaré la suerte de mi pueblo, Israel: reconstruirán ciudades arruinadas y las habitarán... Los plantaré en su tierra y ya no les arrancarán de la tierra que les di, dice el Señor tu Dios» (Am 9, 11.14-15). Las promesas a los patriarcas se han cumplido en el establecimiento del reinado de David. Pero después de fracasar aquel reinado, en el destierro, las promesas se cumplirán de nuevo. «El que esparció a Israel lo reunirá, lo guardará como pastor a su rebaño; el Señor redimió a Jacob, lo rescató de una mano más fuerte, y vendrán entre aclamaciones a la altura de Sión, afluirán hacia los bienes del Señor... Serán como un huerto regado, no volverán a desfallecer» (Jer 31, 10-12). «Como vigilé sobre ellos para arrancar y arrasar, para destruir y deshacer y maltratar, así vigilaré sobre ellos para edificar y plantar, dice el Señor» (31, 28). La entrada en la tierra es un gesto de

la misericordia entrañable, de la santidad del Señor. «No lo hago por vosotros, casa de Israel, sino por mi santo nombre» (Ez 36, 22). Es la fidelidad inquebrantable de su amor, la que los conducirá a la tierra. «Habitaréis la tierra que di a vuestros padres, vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios» (Ez 36, 28). La entrega fiel del Padre a ellos, les reunirá en familia y les asentará en la casa común, bajo la presencia de un representante suyo, el ungido.

Al nuevo reinado del ungido

La nueva gracia, que se anuncia en la desgracia del destierro, es la llegada del reino, de un reino que al ser proclamado por los profetas desborda los marcos de las limitaciones históricas. Sabemos bien que la entrada en la tierra consistió en reunirse en familia y compartir el hogar común, en la anfictionía de las tribus, familia de familias.

Aquella realización de la promesa tomó después la forma de un reino bajo el reinado del rey, el ungido. Así se explica bien que los profetas al anunciar de nuevo la familia reunida en torno a la mesa común, hablen del nuevo ungido. «Yo cambiaré la suerte de las tiendas de Jacob, compadecido de sus moradas; sobre sus ruinas será reconstruida la ciudad, su palacio se asentará en su puesto... Serán sus hijos como antaño, asamblea estable delante de mí; de ella nacerá su jefe y yo lo acercaré a mí... "Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios"» (Jer 30, 18.20.22). «Mirad, que llegan días —oráculo del Señor— en que daré a David un vástago legítimo. Reinará como rey prudente y administrará la justicia y el derecho en el país; en sus días se salvará Judá, Israel vivirá en paz, y le darán el título: "Señor, nuestra justicia"» (Jer 23, 5-6). En efecto, el ungido no representará al Señor, sino que será el Señor quien se haga presente en él para realizar la justicia de su reino (Ez 17, 22-24). En este sentido el ungido es la transparencia de su gloria, la gloria que se concentrará e irradiará en el templo. «Los haré un solo pueblo en su país... y un solo rey reinará sobre todos ellos... Mi siervo David, será su rey, el único pastor de todos ellos. Caminarán según mis mandatos... Haré con ellos una alianza de paz, alianza eterna pactaré con ellos. Los estableceré, los acrecentaré y pondré entre ellos mi santuario para siempre; tendré mi morada junto a ellos y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo» (Ez 37, 22.24.26-27). De este modo, en el señorío del Señor, el Santo (Ez 39, 7), ejercido por manos del ungido, se alcanzará la tierra de la paz, la paz consumada del pueblo y de la tierra (Ez 34, 25; 37.26).

Portador de la justicia y la paz

En los caminos que avanzan desde el destierro, se ha levantado la voz de la misericordia entrañable anunciando el cumplimiento de la alianza. Familia, tierra y caudillo tienen ahora otros nombres, donde el significado se ha ahondado y ampliado: el pueblo en el reino bajo el ungido. La mirada se dilata hacia el futuro y las limitaciones y los fracasos son camino para la apertura del horizonte de la promesa. Fue Isaías quien mejor acertó a anunciarla y a describirla. El reino es como un monte convertido en mesa, a la que vienen a sentarse los pueblos. La mesa es una mesa de justicia, donde la guerra se ha convertido en reconciliación. Es la mesa de la paz. «Al final de los tiempos estará firme el monte de la casa del Señor, descollando entre los montes, encumbrado sobre las montañas. Hacia él confluirán las naciones, caminarán pueblos numerosos» (Is 2, 2-3). Será como una larga peregrinación de los pueblos a aquella mesa donde la palabra del Señor enseña el camino de la paz. En aquel hogar, en torno a su mesa el Señor «será el árbitro de las naciones, el juez de pueblos numerosos. De las espadas forjarán arados, de las lanzas podaderas. No alzará la espada pueblo contra pueblo, ya no se adiestrarán para la guerra» (Is 2, 4; cf. Miq 4, 1-3). Esta obra de liberación y de reconciliación será la tarea del ungido, a quien el Señor le ha encargado hacer pasar al pueblo de las sombras a la luz, de la guerra a la paz. Cedemos la palabra al mismo profeta, que pinta con rasgos admirables la obra de este Mesías, que realizará el reino.

«El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz intensa, los que habitaban un país de sombras se inundaron de luz. Acreciste la alegría, aumentaste el gozo: gozan en tu presencia, como se goza con la siega, como se alegran los que se reparten el botín. Porque la vara del opresor, el yugo de su carga, su bastón de mando los trituraste como el día de Madián. Porque la bota que pisa con estrépito y la túnica empapada en sangre serán combustible, pasto del fuego. Porque un niño nos ha nacido, nos han traído un hijo: lleva el cetro del principado y se llama: "milagro de consejero, guerrero divino, jefe perpetuo, príncipe de la paz". Su glorioso principado y la paz no tendrán fin en el trono de David y en su reino; se mantendrá y consolidará con la justicia y el derecho, desde ahora y por siempre. El celo del Señor de los ejércitos lo realizará» (Is 9, 1-6). «Retoñará el tronco de Jesé, de su cepa brotará un vástago, sobre el cual se posará el espíritu del Señor... Juzgará con justicia a los desvalidos, sentenciará con rectitud a los oprimidos; ejecutará al violento con el cetro de su sentencia y con su aliento dará muerte al culpable. Se terciará como banda la justicia y se ceñirá como fajín la verdad» (Is 11, 1-5). Este ungido será quien reúna la familia de los hijos separados y enfrenta-

dos en la mesa común del universo, compartida por todos en la paz, que es fruto de la justicia. «Entonces el lobo y el cordero irán juntos y la pantera se tumbará con el cabritillo, el novillo y el león engordarán juntos; un chiquillo los pastorea; la vaca pastará con el oso, sus crías se tumbarán juntas, el león comerá paja con el buey. El niño jugará en la hura del áspid la criatura meterá la mano en el escondrijo de la serpiente. No harán daño ni estrago por todo mi monte santo, porque se llenará el país del conocimiento del Señor, como colman las aguas el mar» (11, 6-9).

7. *El anuncio de un nuevo éxodo*

Otro gran profeta, que llamamos también Isaías, ahora, más bien, el Segundo Isaías (Deuteroisaías), anuncia en el destierro la buena noticia del consuelo del Señor (Is 40-55). Mira al futuro desde el pasado del éxodo y anuncia un nuevo éxodo, que la misericordia entrañable del Señor va a realizar, sobrepasando inmensamente el primero y anticipando misteriosamente el último. Lo anuncia antes de que suceda como una palabra de consuelo al pueblo, que padece en el destierro el abatimiento y la desesperanza. En el antiguo éxodo la mano poderosa del Señor (I) arrancaba al pueblo las cadenas de la esclavitud de Egipto (II) y por el camino difícil del desierto (III) le acompañaba y guiaba por sus sendas, hasta adentrarlo en la tierra de la herencia (IV). En aquel entonces el éxodo sucedió por la mediación de Moisés, re-presentante del Señor (V). Ahora también habrá otro mediador, un siervo del Señor. En estos momentos, en la nueva situación histórica, la manifestación de la misericordia entrañable de la promesa se hace anuncio de una nueva travesía, que va más allá de la salida de Egipto, del paso de la esclavitud a la libertad. Lo que sucede ahora tiene que ver con los orígenes mismos de la creación, que estaba en los cimientos de la alianza. Es un paso de la nada al ser, es una entrada en el señorío del Señor, en el pueblo nuevo y en la tierra nueva, desde la raíz de la gracia aparecida en el siervo, que se entregó por todos. Conviene que vayamos paso a paso.

La liberación del destierro

Estamos ante una hazaña del Señor, que se presenta de nuevo como «rescatador» *(goel)*, como «libertador». «Tu redentor es el Santo de Israel» (41, 14). «El Señor, vuestro redentor, el Santo de Israel» (43, 14; 44, 6.24; 47, 4; 48, 17; 49, 7.26; 54, 5.8). «En favor vuestro... he arrancado todos los cerrojos de las prisiones y los

caldeos rompen en lamentos» (43, 14). «Aclamad, cielos, porque el Señor ha actuado; vitoread, simas de la tierra, romped en aclamaciones, montañas... porque el Señor ha redimido a Jacob y se gloría de Israel» (44, 23). «¡Salid de Babilonia, huid de los caldeos! Con gritos de júbilo anunciadlo y proclamadlo, publicadlo hasta el confín de la tierra. Decid, el Señor ha redimido a tu siervo Jacob» (48, 20). El Señor saca los ejércitos de sus estrellas y despliega todos sus poderes (40, 26). El pueblo sale de Babilonia, la potencia imperialista, que les desterró, consumando el destierro que ellos mismos habían iniciado. Ahora es el mismo Señor, el que sale a su encuentro como en Egipto, para sacar a sus hijos de la esclavitud (49, 7), de la cautividad (52, 2), de la cárcel (42, 7; 51, 14), de la oscuridad (49, 9) del servicio obligatorio (40, 1-2). Babilonia los tenía abrumados con su yugo (47, 6). «Tus hijos yacen desfallecidos en las encrucijadas, como antílope en la red» (51, 20). «Sacúdete el polvo, ponte en pie Jerusalén cautiva; desátate las correas del cuello: porque así dice el Señor: de balde fuisteis vendidos y sin paga os rescataré» (52, 2-3).

La vuelta a la tierra

El camino por el desierto está transfigurado. El Señor mismo va caminando (40, 3) y al caminar con su pueblo, abre el camino (43, 19). Les conduce, les guía, les lleva (42, 16). «Escuchadme, casa de Jacob, resto de la casa de Israel, con quien he cargado desde que nacísteis, a quien he llevado desde que salísteis de las entrañas... Yo lo he hecho y os seguiré llevando, yo os sostendré y os libraré» (46, 3-4). El camino del desierto está lleno de seguridad y se recorrerá rápidamente. Más que una prueba en la difícil intemperie, es como una marcha festiva de triunfo, una procesión que anuncia y canta las maravillas del Señor. El desierto está lleno de bendiciones, es un anticipo de la tierra esperada. «Los pobres y los indigentes buscan agua y no la hay. Su lengua está reseca de sed. Yo, el Señor, les responderé; yo, el Dios de Israel, no los abandonaré. Alumbraré ríos en las cumbres peladas; en medio de las vaguadas manantiales, transformaré el desierto en estanque y el yermo en fuentes de agua» (41, 17-18). «Porque ofreceré agua en el desierto, ríos en el yermo, para apagar la sed de mi pueblo, de mi elegido, el pueblo que yo me formé para que proclamara mi alabanza» (43, 20-21; cf. 44, 3-4; 55, 1). También la entrada en la tierra de la herencia aparece transfigurada. Entrar es volver, regresar. El Señor viene (40, 10) y vuelve (52, 8). El pueblo es traído y tiene que volver al Señor. «Diré al norte: entrégalo; al sur: no lo retengas; tráeme a mis hijos de lejos y a mis hijas del confín de la tierra; a todos los que llevan mi nombre, a los que creé para mi gloria, a los que hice

y formé» (43, 6-7). Además la entrada no será en la tierra de Canaán, sino en el monte Sión, en la ciudad de Jerusalén. Es allí donde se concentra el pueblo, donde se establece la mesa común del reinado del Señor. Jerusalén es la madre del pueblo, la familia y el hogar. A ella, sobre todo, se dirige la buena noticia de la liberación, anunciándole que el Señor reina (51, 17-52, 6).

El éxodo, una nueva creación

El nuevo éxodo no sólo cumple el antiguo y lo transciende, sino que acontece en una dimensión aún más profunda, anticipando así el último éxodo de la plenitud de la misericordia. El segundo Isaías empalma estrechamente la liberación con la creación. Ya no sólo que la creación es la preparación y el marco de la liberación, sino que la liberación es entendida como una creación nueva, un paso de la nada al ser. La desesperanza del pueblo en el destierro es tan honda que parece que la esperanza en la promesa se ha perdido y, si se ha perdido la esperanza en la promesa, entonces es que se ha alcanzado la hondura de la nada. Con frecuencia resuenan en el libro de la consolación expresiones que presentan la antítesis entre el no-ser y el ser: 40, 17.23; 41, 11.24; 43, 11.14; 45, 18. Que la situación del destierro se comprende como aniquilación es un dato que nos lo ofrece también Ezequiel 37, 1-14. El destierro parece «un valle todo lleno de huesos» (37, 2). «Ahí los tienes, diciendo: nuestros huesos están calcinados, nuestra esperanza se ha desvanecido; estamos perdidos. Por eso profetiza diciéndoles: Esto dice el Señor: Yo voy a abrir vuestros sepulcros, os voy a sacar de vuestros sepulcros, pueblo mío, y os voy a llevar a la tierra de Israel. Sabréis que yo soy el Señor cuando abra vuestros sepulcros, cuando os saque de vuestros sepulcros, pueblo mío. Infundiré mi espíritu en vosotros para que reviváis, os estableceré en vuestra tierra y sabréis que yo, el Señor, lo digo y lo hago» (37, 11-14). Por eso el acontecimiento del nuevo éxodo se presenta como un paso de la nada al ser, como obra re-creadora de la misericordia entrañable del Señor. Mirando desde adelante hacia atrás parece que en esta hora se cumple la alianza con David y la edificación del templo, más atrás se cumple la alianza del éxodo y de la ley; más atrás todavía se cumple la alianza de la promesa hecha a los padres. Pero la radicalidad y universalidad de la obra de la misericordia del Señor hacen que el éxodo nuevo aparezca como aurora de una nueva creación. «No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo, ¿no lo notáis?» (Is 43, 18-19). «Lo oíste; míralo todo, ¿por qué no lo anuncias? y ahora te predigo algo nuevo, secretos que no conoces; ahora son creados» (48, 6-7).

El siervo que abre el camino

El camino del nuevo éxodo está encabezado por un siervo, que actúa de re-presentante del Señor, como mediador de la obra que se realiza. Los fragmentos que de él hablan se suelen llamar los «cánticos del siervo»: 42, 1-13; 49, 1-13; 50, 4-9; 52, 13-53, 12. Se trata de un profeta, por cuyas manos se va a realizar la justicia del reinado del Señor. «Mirad a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido a quien prefiero. Sobre él he puesto mi espíritu para que promueva el derecho en las naciones. No gritará, no clamará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, el pábilo vacilante no lo apagará. Promoverá fielmente el derecho, no vacilará ni se quebrará hasta implantar el derecho en la tierra y su ley que esperan las islas» (42, 1-4). El siervo, aunque de momento fracasado, tiene como misión reunir al pueblo de la promesa y así iluminar y convocar a toda la humanidad de las naciones. «Es poco que seas mi siervo y restablezcas las tribus de Jacob y conviertas a los supervivientes de Israel; te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra» (49, 6). El siervo afronta su misión en la obediencia entregada en inmolación de representación. «El Señor me abrió el oído: yo no me resistí ni me eché atrás: ofrecía la espalda a los que me apaleaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no me tapé el rostro ante ultrajes y salivazos» (50, 5-6). Pero el camino de la entrega humilde y enteramente abandonada es el que conduce a la justificación y a la vida de todos. Antes la familia de hermanos estaba dispersa, cada uno buscando lo suyo. «Todos nosotros andábamos errantes, cada uno por su lado, y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes» (53, 6). Todos los pecados de los hermanos fueron puestos sobre sus espaldas. El estaba ocupando nuestro puesto, por nosotros, en vez de nosotros. Y así fue maltratado y asesinado. «Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron. Le dieron sepultura con los malvados y una tumba con los malhechores» (53, 8.9). Es que al entregarse como siervo obediente ofreciendo «su vida como expiación» (53, 10), el Señor, para dar a todos la liberación, quiso «triturarlo con el sufrimiento» (53, 10). Y sin embargo esto sólo fue una travesía.

El siervo alcanzará la victoria, tendrá éxito, el que había bajado, «subirá»; el que se había sembrado, «crecerá». Al subir «crecerá mucho», y ensanchará su vida (52, 13). Al ser triturado, su rostro quedó desfigurado, como el rostro de los pobres y de los oprimidos. «Desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano» (52, 14; cf. Is 3, 14-15; Am 2, 7). Pero este rostro desfigurado se convertirá en rostro glorioso, con más gloria que la que tienen todos los señores de la tierra. «Por los trabajos soportados verá la luz, se saciará de saber;

mi siervo inocente rehabilitará a todos, porque cargó con sus crímenes. Por eso le asignaré una porción entre los grandes... porque desnudó el cuello para morir y fue contado entre los pecadores, él cargó con el pecado de todos e intercedió por los pecadores» (53, 11-12). El siervo es la aparición de la misericordia entrañable de la alianza en el exceso de su gratuidad. En la tierra, los poderosos creen tener establecido su señorío, pero su maldad, que acosa y derriba al siervo, se vuelve contra ellos mismos (cf. Sal 63, 4-7.8-9.10). En efecto toda lengua, todos los pueblos y todos los reyes se asombrarán ante el siervo entregado, maldito, asesinado, que al final es entronizado. Los que antes cayeron en el espanto al verle desfigurado, ahora son vencidos por el asombro al ver realizada en él la alianza del Señor de un modo que jamás se había oído y que nunca se puede narrar. «Los reyes cerrarán la boca al ver algo inenarrable y contemplar algo inaudito» (52, 15). El siervo, convertido en señor, avanzará a la cabeza de su pueblo hacia la tierra de la herencia, que es la nueva creación. De nuevo la tierra envuelta en la gloria del Señor, se convertirá en paraíso. «Vosotros, montes de Israel, echaréis frondas y daréis fruto para mi pueblo, Israel, que está para llegar. Porque yo estoy con vosotros y me vuelvo hacia vosotros... Acrecentaré vuestra población, la casa de Israel; serán repobladas las ciudades y las ruinas serán reconstruidas» (Ez 36, 8-10).

8. *Jesús, el Señor, el Ungido, que inaugura el reino*

El pueblo, que se desarraigó del Señor por la idolatría y la opresión, terminó siendo arrastrado fuera de su tierra. El destierro es una vuelta a la casa de la servidumbre. Pero de nuevo el Señor con su misericordia entrañable viene a su encuentro para arrancarle las cadenas y hacerlo pasar a la casa de la herencia. Nos encontramos ahora ante un nuevo éxodo. Si el éxodo primero fue encabezado por Moisés, el caudillo, este éxodo nuevo que se divisa ahora será encabezado por el Ungido, el rey que inaugure el reinado del Señor. Por medio había sucedido la experiencia de la monarquía y la alianza pasa a ser vista en la clave del reino. Se niega el reino histórico que se acaba de vivir y que condujo por su infidelidad y su opresión al destierro, para esperar del futuro el reino de la justicia y de la paz, que se realizará por manos del Mesías. En el fracaso se abre el sendero de la gracia. Hasta ahora nosotros estábamos contemplando el destierro desde la pascua del Señor, pero ahora podemos cambiar la mirada para ver esta travesía del Señor, desde la promesa del Ungido, que los profetas anunciaban. Nos concentramos en esta perspectiva.

El Ungido es el lugar-teniente y el re-presentante del Señor. La unción viene a ser una entrega de su poder para realizar su proyecto de salvación. El Ungido, por tanto, al hacer las veces del Señor, más aún, al hacerse presente el Señor en él, hace aparecer a aquél de quien es lugarteniente, a Yahvé, al único y verdadero Rey. Por eso el Ungido aparece normalmente como un rey, en el que el Rey soberano ejerce su reinado. Y como reinado es ejercer un poder en un pueblo, en medio de una tierra, cuando hablamos del Ungido, hemos de tener en cuenta que es el representante del Señor, pero ante su pueblo y para su pueblo, en medio de su tierra y para su tierra. Es así como se fue perfilando en los anuncios proféticos el futuro Mesías, que encabezaría el pueblo de Dios para conducirlo al reino de la justicia.

El Mesías poderoso. En Israel se mantenía viva la esperanza del Ungido, esperanza que se avivó ardientemente en la proximidad de la llegada de Jesús. Desde los fariseos, que se alineaban defendiendo el orden establecido, hasta los celotes, que luchaban para subvertirlo, todos esperaban a un gran caudillo con poder, que arrancara las cadenas, impuestas por el imperio, y diera al pueblo la justicia y la paz en una tierra nueva. Los hombres al ver a Jesús se preguntaban. «¿No es este el Mesías?» (Jn 4, 29), «¿no es este el Hijo de David?» (Mt 12, 23). Desde pronto empiezan a confesarle como el Ungido esperado (Mc 8, 29; Mt 9, 27; 15, 22; Jn 1, 41; 11, 27). Pero Jesús toma una actitud de reserva. Acepta las confesiones de fe, pero recomienda que no se diga que es el Mesías. Marcos subraya insistentemente este secreto mesiánico. Ya desde el principio Jesús quiere mostrar que él es el Ungido, pero con otro rostro, por otro camino. El ha renunciado al camino del poder político (Mt 4, 1-11; Lc 4, 1-13), para tomar el camino de la entrega (Mc 8, 31; 9, 31; 10, 33 s. p), donde aparezca la alianza como ab-soluta gracia. Lo que él inaugura no es una alternativa histórica, sino la nueva creación del reino del Padre.

El siervo entregado. En la mirada de los profetas había dos palabras, que al parecer no se podían conciliar: Mesías y Siervo. Los dos inauguraban la salvación del Señor, pero por caminos distintos. El Mesías sería un jefe en poder, el Siervo un profeta en debilidad. Jesús, al ir haciendo camino con los suyos en medio del pueblo, va transfigurando el rostro del Ungido, que habían diseñado los profetas. El va pasando del dominio al servicio. Insiste en que no ha venido para dominar, sino para servir (Mc 10, 45) y su servicio se volcará sobre todo con los hermanos que sufren, cargándose con todas sus dolencias (Mt 12, 18-21). Pero Jesús intenta llevar hasta el final este camino del siervo, pasando del triunfo al fracaso. No pretende ser el jefe poderoso que implante la soberanía de Israel, sino el siervo, que toma la forma de esclavo, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Flp 2, 7-8) para iniciar el reino del Padre. Es verdad que entra

en Jerusalén, como rey, pero manso y humilde (Mc 11, 7-10); es verdad que ante el tribunal se confiesa Mesías, pero como el Hijo entregado, que viene de lo alto (Mt 26, 63-65). Su rostro de siervo, que se había ido dibujando (Mc 1, 11; Mc 9, 7), se muestra sobre todo en la travesía de su muerte (Hech 3, 13; 4, 27-28). En la perspectiva pascual, abierta a los discípulos, Jesús muere no a pesar de ser el Mesías, sino precisamente por serlo (Lc 24, 46). La alianza del Señor que aparece en las manos del Ungido no es primariamente una acción política, sino la aparición de la gracia como una entrega a muerte. El Hijo entregado es el Mesías que se ha transfigurado en la figura del Siervo.

El Señor entronizado. Esta travesía del Ungido no le arranca su mesianidad, sino que precisamente la des-vela. Si Mesías es el Hijo entregado, el Hijo que aparece como Hijo cuando ha muerto como un esclavo, entonces la resurrección hará aparecer la fuerza de este amor victorioso. «Tenga pues por cierto toda la casa de Israel, que Dios le ha hecho Señor y Mesías a este Jesús a quien vosotros crucificásteis» (Hech 2, 36). La travesía pascual ha terminado en la entronización. El Padre le ha resucitado de entre los muertos y le ha puesto a la cabeza de su pueblo, para la llegada de su reino (Flp 2, 9-11; Rom 1, 4). Ahora es en verdad el lugar-teniente y el representante del Padre. El Hijo entronizado es el que inaugura su reinado. Cuando empezó a recorrer los caminos anunciaba que había llegado el reino (Mc 1, 15). Ahora en la travesía pascual se ha realizado anticipadamente el reino del Padre en el señorío de su Hijo entronizado (1 Cor 15, 25-28; Col 1, 13-20). Este nuevo éxodo de la pascua del Señor no ha sido una restauración, sino una recreación. Por eso si el Ungido reúne al pueblo en la tierra, lo que ahora contemplan nuestros ojos no es sólo el nuevo Israel en la tierra prometida, sino la nueva humanidad en la nueva creación. El Cristo, entregado como Siervo, es el Señor. Así ha aparecido la gracia de la misericordia entrañable, excediéndose en su entrega y ofreciéndose con tal fuerza que en ella se renueva el pueblo y la tierra, en el reino que se inaugura anticipadamente a la espera de su consumación. La palabra de los profetas, que era una promesa, ha encontrado ahora su cumplimiento.

9

La entrada del retorno

En el destierro, la misericordia entrañable del Padre salió al encuentro de su pueblo desterrado y disperso, para abrirle de nuevo los caminos de la liberación hacia el retorno. Es un gesto nuevo de su gracia que después se va realizando en la historia, en un claroscuro, que anticipa y hace añorar la plenitud de la aurora. Vamos a partir de un ejemplo sencillo de la vida, que nos ayude a adentrarnos en este trozo del camino.

1. *La parábola del retorno*

De nuevo la casa se había arruinado y la familia se había roto. Los hijos se habían dispersado. Cada uno había marchado por un sitio. Unos se habían quedado en el mismo pueblo, pasando allí las estrecheces de la marginación, los otros se tuvieron que ir de nuevo a la gran ciudad, vendidos como herramientas de trabajo. Unos y otros estaban desterrados, porque habían roto el amor que el padre les tenía y, al romperlo, habían roto también su fraternidad y la tierra de su herencia. Convocados de nuevo por la llamada del padre, se deciden a ponerse en marcha para rehacer la familia y la casa común. De nuevo es un camino de retorno, de restauración. Es una nueva entrada. Pero las dificultades son grandes.

En primer lugar, los que tenían que venir de fuera plantean serias dificultades. Muchos ya no querían venir. Se encontraban bien situados en la gran ciudad. Y en todo caso estaban dispuestos a ofrecer su ayuda desde lejos, pero no querían poner en riesgo sus propias personas. Entre los que regresan, hay algunos que vienen con la mejor intención, con el amor más sincero. Vienen dispuestos a arrimar el hombro, para rehacer la casa de la familia. Pero hay otros que traen también sus propios intereses. Creen que pueden de nuevo hacer

negocios en el pueblo, y de paso ayudar a la reconstrucción. En segundo lugar, están las dificultades de los que se habían quedado en el campo. Ellos siempre se consideraron los últimos, los más abandonados. Al parecer, no habían salido de la tierra, pero nadie como ellos había padecido la desolación. Ahora cuando vuelven los emigrantes, con los planes de reconstrucción que ellos mismos pretenden dirigir, los que quedaron en el campo se mueven entre el deseo de ayudar y el recelo de ser de nuevo engañados. De momento no arrimarán el hombro con facilidad. Se tendrá que dejar oír la voz de los mensajeros del padre de familia, que llama a unos y a otros a trabajar en la obra común.

Al empezar la obra, lo primero que se piensa es en reconstruir la casa. Parece como que al levantar las piedras y poner las cosas en marcha, ya todo ha empezado a rehacerse. Como la tarea es difícil, cae sobre ellos el desaliento. De nuevo los mensajeros del padre tendrán que devolverles la esperanza para mirar hacia adelante y preparar un futuro nuevo, desde un nuevo presente. Más que poner las piedras de la casa, importa hacer la justicia y compartir el amor. Parece como que hay que continuar saliendo. El destierro de fuera quedaba atrás, pero se mantenía el destierro de dentro, el destierro más hondo de la esclavitud, que los hijos llevan dentro, y que en cada momento aparecía por fuera. Esta voz de los mensajeros es como una llamada al compromiso de la esperanza, a una esperanza que lleva consigo el preparar ya desde ahora una mesa, donde quepan todos y los pobres sean los primeros.

Mientras tanto, la casa no se reconstruye. Ni hay medios, ni ánimos. Pero viene otro grupo de hijos de los de la ciudad, sobre todo, dos de ellos, despiertos y valientes. Se han propuesto rehacer el campo y la casa común. Pero sobre todo se han propuesto enseñar a convivir a los hermanos, con una regla de vida, la voluntad del padre, que había de ser como una ley. Desde luego, ya no está en sus manos reconstruir el montaje de la casa y de la familia, tal como estaba antes. Pero tampoco importa demasiado. Es más importante saberse querer que hacer un gran negocio. Se abren unas pequeñas brechas de futuro y sobre todo, se sientan las bases del camino. Ellos son hermanos, porque tienen la misma sangre y viven bajo la misma voluntad de su padre. De momento les unen la sangre y la ley, la ley que se convierte en camino para la sangre. Ya no les unirán tanto los negocios económicos, ni el puesto social que ocupen, sino sobre todo el ser lo que son por la historia que les ha hecho ser, historia que están llevando adelante como el camino de una ley que consiste en vivir como hermanos.

El problema se planteará cuando aquella familia de hermanos, en torno a la mesa común de la ley, haciendo su camino como pueden, se

vean envueltos en una red honda y difícil. Supongamos que cambia la vida y viene algo así como la sociedad de consumo. Entonces les envolverá una nueva sociedad, una nueva cultura. El mundo ha cambiado de amos. Estos amos nuevos parece que respetan el pueblo, pero con los medios de educación y de diversión, van atrapando aquella familia en sus propios intereses. La sociedad de consumo, sin darse cuenta, arrastra y cambia por dentro tan hondamente, que de ella parece que se engendra un hombre distinto. Antes en el pueblo iban viviendo, unidos bajo la mirada del padre, caminando paso a paso. Pero ahora han perdido ya su propio ser. Les interesa sobre todo tener, situarse. Ya no cuenta ni la sangre, ni la ley. O mejor dicho, la sangre y la ley se ponen en juego para servir a los nuevos amos, en una servidumbre terrible, que dejándoles disfrutar les arranca su propio ser. Nunca se habían visto en tanto peligro. Lo peor será cuando los amos del mundo aprieten las clavijas. Y vengan las dificultades del paro y hasta del hambre.

Un buen día la familia de los hermanos, ya desidentificada y dividida, metidos cada uno en sus sitios, pero todos con la misma idolatría del bienestar y consintiendo a la opresión más íntima, se ven amenazados por la misma situación que creían iba a durar para siempre. Están dejando de ser. Son muñecos de plástico sobre los basureros. Supongamos que hay otro cambio y se pasa de la sociedad de consumo a la seguridad nacional. Muchos cerrarán los ojos y se acomodarán como puedan. El caso es ir tirando. Pero los que sienten la inquietud por la familia y la casa común, no podrán hacer esto. Unos marcharán a las montañas a la guerra de guerrillas. Piensan que estos amos y los hermanos mayores, que les hicieron el juego, han llevado la casa a la última ruina. Otros en cambio, dispuestos a todo, ya no confían en nadie, ni siquiera en sí mismos. Ya no creen en los políticos, ni tampoco en los de abajo. Pero saben que el padre les ama y está siempre dispuesto a salir a su encuentro. Por eso ellos con las manos abiertas desearán ardientemente acoger su misericordia entrañable para ponerse en camino hacia un futuro nuevo y definitivo.

2. *La difícil brecha del retorno*

Cuando Ciro empieza a reinar en Babilonia, en el año 538 a. C., da un decreto para que se restaure la comunidad y el templo judíos en Palestina (Esd 1, 2-4; 6, 3-5). Este decreto es un detalle más en su estrategia imperialista. Es una política de autonomías, para que los pueblos se encuadren y se integren mejor en el imperio. Si los pueblos tienen libertad, al menos para vivir sus creencias y sus costumbres, con mayor facilidad aceptarán el imperialismo y colaborarán a su

marcha. Este plan era de particular interés tratándose de las zonas que limitan con Egipto, la otra potencia imperialista, que en cualquier momento puede disputar la soberanía. Palestina puede hacer de tapón, de muro de contención, de trinchera de defensa. Pero, los judíos desterrados en Babilonia es ahora por primera vez, cuando oyen una palabra que les permita la liberación. Pero, ¿qué liberación?

El pequeño resto dispuesto a salir

La verdad es que los judíos en Babilonia se habían situado bien. Los que trabajaban en el campo, se encontraban con una tierra más fecunda y más habitable que la de Palestina. Pero otros muchos se habían insertado en el comercio y en la artesanía, llegando algunos a ocupar puestos importantes en la administración. Aunque mantenían su fe, se habían insertado profundamente en los engranajes socioeconómicos y políticos del imperio. Nombres judíos aparecen con frecuencia en los documentos de negocios de la banca de Nipur. La voz de los profetas del destierro había resonado en sus oídos, unas veces como una utopía de ensueño, otras como una tarea apasionante. Hablaban de un nuevo éxodo y de una nueva entrada. Ahora cuando llegó la hora de decidir, muchos de ellos se echaron sus cuentas. «No querían dejar sus posesiones» (Jos., *Ant* 11, 1.3). El pueblo desterrado se divide. La mayoría no quiere salir del destierro. Se encuentra a gusto allí. A lo más está dispuesto a colaborar económicamente, pero sin poner en juego sus posiciones y sus personas. Si en algún momento hay que echar una mano, podrían hacerlo, pero la salida se queda para otros. Otros, en cambio, con los vasos sagrados del templo, están dispuestos a marchar (Esd 1, 7-11). Un grupo marcha primero, dirigidos por Sesbasar, después otros dirigidos por Josué, hijo de Josadac, a quien corresponde el cargo de sumo sacerdote, y Zorobabel, hijo de Salatiel, que por su descendencia davídica podría ejercer el cargo de gobernador. La lista de los que marcharon, nos ha sido transmitida como si fuera un documento base (Esd 2; Neh 7). Parte un grupo del pueblo sencillo y un grupo muy numeroso de sacerdotes y levitas.

La fe entre la ambición y el desaliento

El problema de los que retornan es la mezcla entre fe y ambición. Indudablemente son creyentes en el Señor y, porque oyeron su voz, se pusieron en marcha. Fue un éxodo creyente, como la salida de Egipto, pero pensaban en que irían a mejor. Reconstruir el templo, en el

nuevo marco de la política imperial, además de encontrar el nuevo espacio de confesar la fe y vivir en común de ella, podría significar también un buen medio de vida. Los dirigentes del imperio pagarían bien sus servicios, además tenían detrás de sí a los judíos acomodados del destierro, que les habían prometido ayuda. Al fin y al cabo, no eran sólo los pioneros del pueblo del futuro, sino que, además, su aventura al retornar a la patria podría ser también un motivo importante para conseguir en el gobierno de Babilonia una ciudadanía especial. Esta mezcla de fe y ambición será pronto puesta a prueba y al ser comprobada, se verá si era la fe la que sobrepasaba los intereses, o eran más bien los intereses, los que estaban legitimados por la fe.

El problema de los que habían quedado en la tierra era la mezcla entre fe y desaliento. A ellos siempre les había tocado perder. A Babilonia fueron deportados sobre todo los dirigentes, pero allí en la emigración habían pasado a mejor vida. Ellos en cambio habían quedado sobreviviendo en la tierra desolada. Habían intentado mantener su fe, pero habían consentido también en otros cultos, que favorecieran la fecundidad de las tierras y los ganados. Además de pobres, ante los ojos de los que retornaban con conciencia de pureza y de fidelidad, aparecían como un pueblo de idólatras y extraviados. Por otra parte, las poblaciones campesinas estaban dominadas por la nobleza de Samaría, que era la que llevaba las riendas de la historia que ellos mismos, como sometidos y dependientes, estaban haciendo. La vuelta de los desterrados planteaba serios problemas. Para los nobles dirigentes, dueños de la situación, los que retornan pueden ser o bien una plataforma o bien una amenaza. O se les permitía compartir la construcción de la nueva aventura, animándoles a que inviertan en ella sus medios, para abrir el futuro o podían ser una competencia próxima, que dificultará sus aspiraciones de dominio y de expansión. Para las gentes sometidas, en cambio, la venida de los desterrados, los opresores de antaño, les parecería sobre todo como una amenaza. Ahora querrán de nuevo tener y dominar. No es extraño, pues, que los nobles y los campesinos sometidos hagan frente común a la reconstrucción de Jerusalén (Esd 4, 1-5). También aquí la fe estaba instrumentalizada por los intereses socioeconómicos y políticos.

La dificultad de los primeros pasos

¿Es posible así reemprender la entrada en una tierra nueva? Los que retornan son creyentes, pero con ánimo de integrar en sus proyectos históricos a los pobres de la tierra. Los pobres de la tierra son creyentes, pero lo que cuenta también para ellos, por encima de todo, son sus propios proyectos históricos. De momento se pretende,

si no reedificar el templo, al menos levantar un altar. Bastaba con limpiar los atrios y edificar un sencillo altar de piedras, donde se pudieran reanudar los sacrificios (Esd 3, 1-6). «Cantaron alabando y dando gracias a Yahvé. Porque es bueno, porque es eterno su amor para Israel. Y el pueblo entero prorrumpía en grandes clamores, alabando a Yahvé, porque la casa de Yahvé tenía ya sus cimientos» (Esd 3, 11). Entre llantos y gritos de alegría, confesaban al Señor, cuya misericordia entrañable, en medio del claroscuro, está volviendo a reunir a su pueblo para una tierra nueva. De todas formas aquella primera fiesta no podía ocultar los conflictos. Al morir Ciro, Cambises, tirano cruel, caprichoso y enfermo, no prestó atención a aquel proyecto de autonomía de Israel. Más aún, los conflictos en el imperio se hicieron tan turbulentos que hasta algunos llegaron a pensar que, aprovechando esta situación, de la autonomía se podía pasar a la independencia. Pero el pueblo estaba desunido y enfrentado. «No había seguridad de movimientos, debido a las rivalidades» (Zac 8, 10). Por eso, en este tiempo difícil de inclemencia, cada uno se iba a lo suyo, es decir, a construir su casa y a prepararse un negocio para vivir. La brecha se había abierto, pero era la brecha hacia el desierto. La entrada exigía continuar en el éxodo.

3. *Las voces de los profetas se suceden*

De momento parecía que se hacía necesario el templo como lugar de encuentro con el Señor. En este encuentro se podían sentar todos a la mesa. Y así se iniciaba de nuevo la familia y la casa. Pero la gente se interesa sobre todo por hacer su propia casa, por «vivir en casas recubiertas» (Ag 1, 4). El templo y lo que venga después, la llegada del reino, eso se hará cuando se pueda. De momento no es tiempo para ello. Primero hay que asegurarse. Ageo levanta la voz. Esta miseria que se padece (Ag 1, 6-11; 2, 15-17) resulta de que no se busca primero el reino de Dios y su justicia». Es entonces cuando vendrá la bendición. «Animo, pueblo entero —oráculo del Señor—; ¡a la obra!, que yo estoy con vosotros» (2, 4). Precisamente en el monte, en la ciudad y en el templo es donde se iniciará el reinado de Dios, que se hace presente en su ungido, en su siervo (2, 23). «Dentro de muy poco yo agitaré cielo y tierra, mares y continentes; haré temblar a todas las naciones y vendrán las riquezas de todos los pueblos y llenaré este templo de gloria» (2, 7; cf. 2, 21-23). Al escuchar la palabra de Ageo, se descubre un acento fuerte sobre el presente, que predomina sobre el futuro. Para abrir el futuro del reino, hay que empezar por gestos pequeños, concretos, históricos, como el poner unas piedras y hacer visible una casa común. Pero hay un peligro: que las situaciones de

fondo continúen igual. ¿Cuál es el templo que hay que construir y cómo hay, entonces, que construirlo?

Caminamos hacia la ciudad del futuro

Zacarías levanta la voz para acentuar el presente, pero como paso al futuro. «Así dice el Señor: Me vuelvo a Jerusalén con compasión, y mi templo será reedificado» (Zac 1. 16). El profeta se dirige al mismo gobernador para darle ánimo. Aquellos que despreciaban los humildes comienzos verán ahora «en manos de Zorobabel la piedra emplomada» (4, 10 a). Pero reconstruir el templo es cosa distinta de emprender una obra humana. «No cuentan fuerza ni riqueza, lo que cuenta es mi Espíritu, dice el Señor de los ejércitos» (4, 6 b-7). Por eso no se trata sin más de hacer una casa de piedras para ofrecer un sacrificio y participar en un banquete. El culto por sí solo no basta. «Cuando coméis y bebéis, ¿no lo hacéis en provecho propio?... Juzgad según derecho, que cada uno trate a su hermano con piedad y compasión, no oprimáis a viudas, huérfanos, emigrantes y necesitados, que nadie maquine maldades contra su prójimo» (7, 6.9-10). Edificar el templo tiene sentido, en la medida que el pueblo se convierta de la idolatría y de la opresión. Conversión (1, 1-6) y justicia (8, 16-17) serán los caminos que conducen al verdadero retorno.

En realidad esta ciudad y este templo son un paso hacia la otra ciudad y el otro templo. La Jerusalén del futuro es la que cuenta, aquella Jerusalén que está envuelta en la misericordia entrañable del Señor aparecida como su gloria, su luz poderosa e irradiante. «Jerusalén será ciudad abierta; yo la rodearé como muralla de fuego y mi gloria estará en medio de ella» (2, 8-9). «Aquel día se incorporarán al Señor muchos pueblos y serán pueblo mío; habitaré en medio de ti, y sabrás que el Señor de los ejércitos me ha enviado a ti» (2, 15; cf. 8, 3.23). En esta ciudad se realizará la mesa compartida, donde se siente el pueblo reunido. «Yo salvaré a mi pueblo y lo traeré de los países de levante y poniente, para que habite en Jerusalén. Ellos serán mi pueblo, yo seré su Dios» (8, 7-8). La tierra entera dará fruto para poderlo compartir. «Sembrarán tranquilos, la cepa dará su fruto, la tierra dará su cosecha, el cielo dará su rocío» (8, 12). Y los pueblos de la tierra, que hablan lenguas distintas, tomarán de la mano a los hijos de Israel para decirles: «Vámonos con vosotros, pues hemos oído que Dios está con vosotros» (8, 23). La voz de los profetas, que se van sucediendo, ayuda al pueblo a dirigir la mirada al presente, pero sobre todo a fijarla en el futuro. El regreso a la tierra de la herencia no consiste sin más en levantar un edificio de piedras, como tampoco en construir de nuevo un reino sociopolítico entre los otros.

La idolatría y la opresión cierran el camino todavía

Han sido sobre todo los discípulos del Isaías del destierro, cuyas voces se suelen agrupar bajo el nombre del Tercer Isaías (Tritoisaías), los que han acompañado y alentado al pueblo en esta encrucijada. Su maestro había anunciado un retorno glorioso. «A vuestra cabeza marchará el Señor, el Dios de Israel a vuestra retaguardia» (Is 52, 12). Los montes se rebajarán y los valles se levantarán para que pasen los repatriados (Is 40, 4). Y Jerusalén será demasiado pequeña para contener a los que vuelvan (Is 54, 1-3). El retorno ha sido en cambio un camino por el desierto. La promesa no se ha cumplido. El pueblo se escandaliza del «aún no». Pero en realidad es que aún no había empezado el éxodo nuevo ni el pueblo se había adentrado en él. El éxodo provocado y alentado por la misericordia entrañable, no consiste primariamente en cambiar el destierro por la patria, Babilonia por Jerusalén, sino en entrar por los caminos de la conversión para la justicia. Ellos en cambio habían vuelto a las mismas y en realidad estaban en las mismas. Los judíos que habían vuelto se debatían entre su fe y sus intereses, pero al fin prevalecieron estos. Los judíos que no habían marchado, se dejaron también vencer por sus intereses, aunque en algún momento les movilizara la fe. Y al final los que quedaban fuera en la cuneta eran los pequeños, los pobres y los extranjeros.

Los profetas, discípulos del Isaías del destierro, hacen frente a esta queja del pueblo, que protesta porque la mano del Señor es corta. «Mirad, la mano del Señor no se queda corta para salvar ni es duro de oído para oír; son vuestras las culpas, que se interponen entre vosotros y vuestro Dios; son vuestros pecados los que os ocultan su rostro» (Is 59, 1-2). En primer lugar es la idolatría, el pueblo se ha vuelto a los ídolos de la religiosidad natural, aquellos dioses que le garantizaban sus intereses económicos y vitales, los que podían dar fruto a las cosechas y crías a los ganados (Is 57, 1-13). «Decía: "Aquí estoy, aquí estoy" al pueblo que no invocaba mi nombre. Tenía mis manos extendidas todo el día hacia un pueblo rebelde... pueblo que me provocaba en la cara continuamente, que sacrificaba en los jardines y ofrecía incienso sobre los ladrillos... Porque ofrecían incienso en las alturas y me afrentaban en los collados» (Is 65, 1-3.7). Ellos querían asentarse y asegurarse, haciendo su camino hacia sus intereses. La idolatría de los dioses a su medida, les permitía también la justicia a su medida, las relaciones sociales a su medida. Por esto no significa nada que tengan ya un altar para los sacrificios y que guarden las observancias del ayuno y del sábado. «Mirad, el día de ayuno buscáis vuestro interés, y apremiáis a vuestros servidores; mirad, ayunáis entre riñas y disputas, dando puñetazos sin piedad»

(Is 58, 3-4). De lo que se trataría más bien es de «abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos; partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo y no cerrarte a tu propia carne» (58, 6-7). «Pues vuestras manos están manchadas de sangre, vuestros dedos de crímenes; vuestros labios dicen mentiras, vuestras lenguas susurran maldades» (59, 3).

Nuevo éxodo de la mano del Ungido

Estamos a punto de empezar el éxodo, el éxodo de las raíces. Dejar Babilonia para entrar en la tierra de la promesa, con las mismas actitudes de fondo, con las mismas estructuras de forma, no es el retorno al que el Señor llamaba. Se trata de un nuevo éxodo, de una salida de la idolatría y de la injusticia. Aunque nosotros no seamos capaces de esta aventura, para ello está ahí la mano extendida del Señor con su misericordia entrañable. «El Señor contempla disgustado que ya no existe la justicia. Ve que no hay nadie, se extraña de que nadie intervenga. Entonces su brazo le dio la victoria, y su justicia lo mantuvo: por coraza se puso la justicia y por casco la salvación» (59, 15-17). «Despejad el camino al pueblo; allanad, allanad la calzada, limpiadla de piedras, alzad una enseña para los pueblos. El Señor envía un pregón hasta el confín de la tierra: Decid a la ciudad de Sión: Mira a tu Salvador que llega, el premio de su victoria lo acompaña, la recompensa lo precede; los llamarán "pueblo santo", "redimidos del Señor", a ti te llamarán "la buscada", "ciudad no abandonada"» (62, 10-12).

La mano del Señor se hará presente a través del ungido, que preparará los caminos hacia su reino. «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado a dar una buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos y a los prisioneros la libertad, para proclamar el año de gracia del Señor, el día del desquite de nuestro Dios» (61, 1-2). La tierra se convertirá en la tierra abierta y compartida del Señor, donde rotas todas las esclavitudes, los hombres puedan sentarse en corro a la mesa común. Esta historia que el Señor va a realizar con su brazo poderoso será un juicio que obre la justicia (65, 1-66, 6). Y mediante la justicia es como se alcanzará la salvación y la liberación (66, 7-24). En realidad a donde nos encaminamos no es a restaurar el templo y las murallas de esta ciudad, sino a otra ciudad nueva, la nueva Jerusalén, en donde se congregarán todos los pueblos de la tierra. En esta ciudad que ha sido destruida (24, 7-12.16-18), el Señor ahora, con su pequeño resto (24, 13-15 a), va a realizar su victoria. Y la gran señal será el monte convertido en mesa para

compartir. «El Señor de los ejércitos ofrece a todos los pueblos, en este monte, un festín de manjares suculentos, un festín de vinos de solera, manjares enjundiosos, vinos generosos. Arrancará en este monte el velo que cubre a todos los pueblos, el paño que tapa a todas las naciones; y aniquilará la muerte para siempre. El Señor enjugará las lágrimas de todos los rostros y alejará de la tierra entera el oprobio de su pueblo» (25, 6-8). A esta mesa están invitados todos y sobre todo los pobres (57, 14-19; 66, 7-24). «Como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo. Al verlo se alegrará vuestro corazón y vuestros huesos florecerán como un prado» (66, 13-14).

Amanece la creación nueva

Vamos hacia la nueva ciudad del pueblo nuevo. «¡Levántate, brilla, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti! Mira, las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos; pero sobre ti amanecerá el Señor, su gloria aparecerá sobre ti; y acudirán los pueblos a tu luz, los reyes al resplandor de tu aurora» (60, 1-3). «Hasta que rompa la aurora de su justicia y su salvación llamee como antorcha. Los pueblos verán tu justicia, y los reyes tu gloria; te pondrán un nombre nuevo, impuesto por la boca del Señor» (62, 1-2; cf. 60, 1-22; 61, 10-62, 9). En realidad, la ciudad nueva de la gloria del Señor, que es la ciudad de su justicia, será la recreación entera del universo y de la historia. «Sí, se olvidarán de las angustias de antaño y hasta de mi vista desaparecerán. Mirad, voy a crear un cielo nuevo y una tierra nueva: de lo pasado ya no haya recuerdo ni venga pensamiento»... «No construirán para que otro habite»... «No engendrarán hijos para la catástrofe»... «Antes de que me llamen yo les responderé, aún estarán hablando y los habré escuchado. El lobo y el cordero pastarán juntos... No harán daño ni estrago por todo mi monte santo» (65, 16-17.22.23.24.25; cf. 66, 22). Es entonces cuando en la historia de los hombres, transfigurada por la historia de la misericordia entrañable del Señor, se cantará definitivamente un cántico nuevo. «Señor, tú eres mi Dios, te ensalzo y te doy gracias, porque realizaste planes admirables» (25, 1). «Doblegó a los que habitan en la cumbre, y a la ciudad encaramada la abatió, la abatió hasta el suelo, la tumbó en el polvo; y la pisan los pies, los pies del oprimido, las pisadas de los desvalidos» (26, 5-6; cf. 63, 1-6). Cantarán mientras van trayendo a la casa común a todos los hermanos dispersos, a los que se les había enviado la buena noticia del retorno para la fraternidad (66, 18-20).

4. *La misericordia del Señor aparece de nuevo*

La buena noticia del futuro aviva aún más la conciencia del presente. Ahora, en el presente la tierra está devastada y la casa en ruinas. De nuevo los dirigentes religiosos utilizan el culto para sus intereses aprovechándose del altar humilde que acaba de levantarse. Se desinteresan de la autenticidad de los sacrificios (Mal 1, 6-14), e interpretan la ley del Señor según sus antojos, haciendo tropezar a muchos con su parcialidad (Mal 2, 1-9). Se van poco a poco enriqueciendo y se unen a los más pudientes, mientras que los levitas han de abandonar su servicio, porque no pueden sobrevivir (Neh 13, 10 ss) y el pueblo de los pobres siente cada vez más el peso de la opresión. «Os llamaré a juicio, seré testigo exacto... contra los que defraudan al obrero el jornal, oprimen a viudas y huérfanos y atropellan al emigrante» (Mal 3, 5). «Había quienes decían: "Tenemos que entregar en prenda a nuestros hijos y a nuestras hijas para conseguir grano con que comer y vivir". Había otros que decían: "Nosotros tenemos que empeñar nuestros campos, nuestras viñas y nuestras casas, para conseguir grano en esta estrechez"... "Siendo así que tenemos la misma carne que nuestros hermanos y que nuestros hijos son como sus hijos, sin embargo tenemos que entregar como esclavos a nuestros hijos y a nuestras hijas ¡hay incluso entre nuestras hijas quienes son deshonradas! Y no podemos hacer nada, ya que nuestros campos y nuestras viñas pertenecen a otros"» (Neh 5, 2-5). La brecha, que se abrió con el retorno de Babilonia, se está cerrando. El pueblo se encuentra en un callejón sin salida. Por fuera acosado (Samaría y Edom) por dentro desintegrado (idolatría y graves injusticias).

Reconstruir primero las ruinas

Hacía falta buscar caminos nuevos. Ahora también la mano del Señor, fiel a su amor incansable, estaba con ellos. «Pero tú eres el Dios de las misericordias, clemente y entrañable, tardo a la cólera y rico en bondad. ¡No los desamparaste!» (Neh 9, 17). Ellos no se lo podían imaginar. A veces el Señor escribe derecho con los renglones torcidos de la historia de los hombres. Convierte los planes de la política humana en caminos de salvación. Y así fue. Los persas acababan de ser derrotados por los griegos en Salamina. En Egipto y en Siria se habían dejado sentir disturbios y revueltas. Se hace necesario estabilizar la región fronteriza de Palestina con una política de autonomía, al menos religiosa. Y para esta tarea nadie mejor que los judíos, que estaban situados en el poder central, y que al tiempo, sentían amor a su pueblo. De momento marcha Nehemías, copero del

rey, con el encargo de gobernador, para lograr una estabilidad sociopolítica y económica, integrando orgánicamente el territorio en el marco del imperio. Había conocido la situación (Neh 1, 1-3) y el rey le había nombrado gobernador de Judá, provincia separada de Samaría (Neh 5, 14; 10, 1). Llega a Jerusalén hacia el 440 a. C. La primera tarea sería construir la casa común, para que después el pueblo se acogiera en ella. Es todo un signo.

Nehemías empieza a reconstruir las murallas de Jerusalén. Se necesitaba una mínima seguridad física. Primero ve las ruinas y organiza el trabajo. Pide ayuda al pueblo, no sólo al de las cercanías de Jerusalén, sino al pueblo extendido por Judea (Neh 2, 11-3, 32). Las obras avanzan con bastante rapidez. Pero desde la primera hora surgen dificultades. Los notables de las provincias del entorno, Sambalat de Samaria, Tobías de Ammon en la Transjordania y Gesen, «el árabe», jefe de Quedar, en el noroeste de Arabia, los tres dirigentes de estas regiones del imperio se oponen a que surja un pueblo reunido en Jerusalén. Era arrancarles a ellos una zona de su soberanía y de su comercio. Pero unidos a ellos estaban los notables de Judá, a los que se habían aproximado los sacerdotes. Estos eran los que habían despojado al pueblo, arrancándole sus tierra y la fuerza de su trabajo. Nehemías tiene que tomar partido contra los opresores en favor de los oprimidos. Con los notables del contorno político actúa con una buena lucha diplomática ante el rey; con los notables de la propia tierra mantiene una actuación decidida y enérgica, para que abandonen la usura y restituyan. El mismo renunció a las retribuciones ordinarias de gobernador y no quiso adquirir propiedad alguna, tomando únicamente el pequeño tributo que necesitaba para vivir (Neh 5, 6-19).

Necesidad del cambio interior

La casa ya estaba mínimamente reconstruida. Parte del pueblo de los contornos viene a vivir dentro (Neh 7, 4; 11, 1-12), para iniciar una experiencia comunitaria, que fuera el núcleo que articulara la provincia entera de Judea. Pero Nehemías descubrió enseguida que el mal estaba dentro del mismo pueblo de los pobres. También entre ellos tenían raíces la idolatría y la opresión. Crear un marco socioeconómico y político era poco. Este éxodo no era el nuevo que los profetas habían anunciado. Se necesitaba una reforma religiosa. Por otra parte esta dimensión también se incluía en la estrategia política imperialista. Si de la ley de Dios se hace la ley del rey y con ello se establece el estatuto de la convivencia y del camino, entonces se habrá conseguido tranquilizar el país y garantizar las fronteras. Pero entre las sombras

iba a aparecer la luz. En la realización de este proyecto político de dar un «nuevo estatuto» al pueblo de Jerusalén, se inicia un paso nuevo en el camino de la historia santa, propiamente el paso del retorno. Nehemías, para esta reforma religiosa, busca en la corte a un escriba y le apoya en su tarea (Neh 8, 9; 10, 1). La ley divina se iba a imponer con el brazo secular, apoyándose en el poder de este mundo.

Esdras es un «escriba» judío de la corte imperial (Esd 7, 1-10), que ha recibido un encargo para toda la zona más allá del Eufrates (7, 11-26). Es como el encargado de «negocios religiosos» para el pueblo judío. Le estaban encargados los asuntos religiosos y los seculares, en cuanto que estos empalmaban con aquellos. Esdras traía la ley. Los persas querían tranquilad y orden y esta pretensión la disimulaban diciendo que querían la pureza y la fidelidad religiosa. «Y tú, Esdras, conforme a la sabiduría de tu Dios que posees, establece escribas y jueces que administren la justicia a todo el pueblo de Transeufratina, a todos los que conocen la ley de tu Dios. A quienes la ignoran, habréis de enseñársela. Y a todo aquel que no cumpla la ley de tu Dios y la ley del rey, aplíquesele una rigurosa justicia: muerte, destierro, multa, en dinero o en cárcel» (Esd 7, 25-26). Hacia el año 428 a. C. llega a Jerusalén y empieza su obra, en colaboración con Nehemías. La mano del Señor se hace presente y cambia el sentido de aquel gesto político, abriendo una brecha nueva en el camino. Conviene adentrarse en el gesto, para descubrirlo en su ambivalencia y en su profundidad. El relato nos es conservado sobre todo por Nehemías 8-10.

La alianza aparecida de nuevo como ley

Esdras venía del destierro, donde el pueblo había hecho una importante experiencia. Venía con la ley, que allí se había recogido. Las tradiciones yavista, deuteronomista y sacerdotal se habían conjuntado. Así había aparecido la historia entera de la alianza del Señor con su pueblo, para reunir a todos los pueblos de todo el universo. Y en aquella historia la alianza se había convertido en camino, el camino de la ley. Las leyes aparecían ahora coleccionadas en la historia santa como camino marcado por esta historia y propuesto para continuar esta historia. Pero el Señor en el destierro había enseñado a su pueblo a vivir sin el marco sociopolítico de la monarquía. Ellos eran pueblo, no por la tierra, ni por el estado, sino sobre todo por la alianza, hecha ley, acogida en la fe y practicada en la observancia de la vida diaria. Este pueblo se congregaba ya no en torno al rey, ni tampoco en torno al sacerdote, sino en la mesa de la palabra, servida por los letrados, sabios o profetas. Los mismos

sacerdotes desde hacía tiempo habían empezado a ser maestros de la ley para enseñar el camino al pueblo. No es extraño, pues, que Esdras convoque al pueblo a la plaza en torno a la ley entera del Señor. «Todo el pueblo se congregó como un solo hombre en la plaza, que está delante de la puerta del agua. Dijeron al escriba Esdras, que trajera el libro de la ley de Moisés, que el Señor había prescrito a Israel» (Neh 8, 1). Esdras estaba de pie sobre un estrado de madera, junto con otros levitas. «Abrió el libro a los ojos de todo el pueblo... y al abrirlo, el pueblo entero se puso en pie... Esdras bendijo al Señor, el Dios grande, y todo el pueblo levantando las manos, respondió: "¡Amén! ¡Amén!" e inclinándose se postraron ante el Señor rostro a tierra» (Neh 8, 5-6).

La asamblea está reunida en torno a la palabra. Era una proclamación y una explicación. Una lectura de la palabra, con una homilía intercalada, que explica la palabra y la aplica a la situación. A Esdras le ayudan los levitas. Parece que después invitan al pueblo a participar en el banquete del sacrificio que se había celebrado en el templo. «No estéis tristes. La alegría del Señor es nuestra fortaleza» (8, 10). La ley era un don y una tarea, ahora parecía como el último don y la única tarea. Por eso obligaba al pueblo a salir fuera de sí mismo, como en la travesía del desierto y en la acampada del Sinaí. En realidad habían vuelto a las tiendas (8, 13-17). Se hacía necesaria la conversión, la ruptura con los pecados de la idolatría y de la opresión, los suyos y los de sus padres, para entregarse al Señor que aparecía de nuevo ante ellos en su inmensa ternura. Era la obediencia de la fe, confesada y aclamada en el canto común. «¡Bendito seas Señor Dios nuestro, de eternidad en eternidad! ¡Y sea bendito el nombre de tu gloria, que supera toda bendición y alabanza!» (Neh 9, 5). El fue el que hizo los cielos y la tierra, el que eligió a Abrahán para darle descendencia en la tierra de la promesa, el que sacó a su pueblo de la esclavitud y lo condujo por el desierto. El fue quien le dio la ley de la justicia y de la verdad. Y cuando ellos fueron rebeldes y arrojaron su ley a las espaldas, les entregó de nuevo a la opresión pero no pudo menos de compadecerse de ellos (Neh 9, 6-29). Por su «Espíritu bueno», por su misericordia «clemente y entrañable», «por su inmensa ternura» que «mantiene la alianza y el amor» (9, 20.31.32). «Ellos de nuevo gritaban a ti y tú escuchabas desde el cielo: ¡muchas veces por ternura, los salvaste!» (9.28). El pueblo entero se ha entregado a la alianza y hasta la ha ratificado por escrito, «nuestros jefes, nuestros levitas y nuestros sacerdotes... y el resto del pueblo» (10, 1.29).

La comunidad del camino del Señor

En medio del claroscuro del acontecimiento, algo muy importante acaba de suceder. El Señor ha reunido el pueblo en la tierra. Pero ya no por el camino de la comunidad socio-política. Lo que ha resultado no es ni la anfictionía, ni la monarquía. Lo que el Señor ha hecho ahora, a través de todas las ambigüedades de la historia humana, es reunir a su pueblo como comunidad religiosa, para seguir hacia la tierra de la herencia por el camino de la ley. La ley constituye la comunidad. Es la ley del Señor, que de alguna manera se ha convertido en el «estatuto legal» de la existencia del pueblo, en «la señal del pueblo». Es un paso gigantesco hacia adelante, que inaugura una nueva época en la historia del pueblo judío, época que le permite sobrevivir a través de las civilizaciones. De todas formas, aún no se ha llegado a la mesa común que anunciaban los discípulos de Isaías. No es todavía el Señor el que se ha apropiado enteramente del pueblo sino que es el pueblo el que acogiendo la ley del Señor, se la ha apropiado para su identidad histórica, religiosa y cultural. En esa medida, como la acogida de la gracia no ha sido absoluta e incondicional, no caben en el pueblo los que no tienen sangre judía. Los matrimonios mixtos deben ser rechazados (Esd 9, 1 ss). «La raza de Israel se separó de los extranjeros» (Neh 9, 2). Quedan las barreras de la sangre y de la fe (Neh 10, 31-32), con el peligro de que el privilegio de ser el pueblo de la elección, se convierta en un motivo de superioridad frente a los pueblos, sobre todo frente a los de lejos y a los impíos. De todas formas en el claroscuro, las sombras no deben ocultarnos el nuevo resplandor de la luz. El Señor, en su misericordia, está recogiendo a la familia de sus hijos y preparando para ellos la mesa común, pero por un nuevo éxodo, el éxodo de la fe, recorrido por el camino de la ley.

5. *El último peligro del camino*

La familia se ha reunido en una modesta casa común, para continuar avanzando por el camino de la ley. Por fuera, en el marco internacional, hay un cambio. En el 336 a. C. Darío es sustituido por Alejandro Magno, es decir, el imperialismo griego sucede al imperialismo persa. Parece que Palestina se sumerge por mucho tiempo en la oscuridad, como un pequeño estado semiautónomo, dirigido por los sumos sacerdotes e integrado en el imperio helenístico. Primero bajo el dominio de los ptolomeos de Egipto, después bajo el dominio de los seléucidas de Siria. El sumo sacerdote era la cabeza espiritual de aquella comunidad religiosa, cuyo estatuto histórico era la misma ley.

Pero el sumo sacerdote cada vez más se hace un príncipe secular, que asegura la plataforma imperialista facilitando los tributos y consintiendo los movimientos del ejército. Con los seléucidas el grupo de los dirigentes religiosos recibió mayores privilegios, exención de impuestos y ayudas para el culto, con lo que se reforzaba el proceso de integración política en el marco imperialista. Lo más grave de todo, como esperanza y como peligro, era la expansión del helenismo.

La ley, camino de la sabiduría

El pueblo va haciendo camino por los mandamientos de la ley. La ley había sido el don y el camino de la alianza. Pero al ser entregada como tarea, poco a poco la ley configura al pueblo, pero el pueblo se va apropiando de la ley. En el mismo camino emprendido, donde había luz, aparece el claroscuro. La ley de ser la voluntad del Señor podía pasar a ser el estatuto de identidad y de autonomía del pueblo, de ser la sabiduría podría convertirse en una cultura. En la medida en que el pueblo deja de entregarse a la voluntad del Señor, manifestada en la ley, para apropiarse de la ley, como privilegio del pueblo, recibido del Señor, entramos en una zona de grave peligro. Algunos libros sapienciales son un buen documento para esbozar los primeros pasos de esta marcha. Efectivamente, los sabios son los guías espirituales y los humanistas religiosos de Israel. Intentan explicar el camino para dirigirse acertadamente por la vida y alcanzar la meta de la virtud, cuyo fundamento es el temor de Dios. Pero la ética de la creación acaba siendo vista (esp. Ben Sirach) desde la ética de la alianza. La sabiduría, en último término, será la traducción de la ley a los senderos de la vida. La ley ha pasado a primer plano. No es que se hubiera roto la alianza, que alienta al camino, sino que la ley había sustituido a la alianza, como la forma más plena y clara de su manifestación. Era importante sobre todo aplicarse a la ley, el distintivo del pueblo. Y los letrados que ahondan la ley desde la vida y la vida desde la ley serán los maestros que ayuden al pueblo a caminar en este claroscuro del camino.

Muchas veces, al escuchar la voz de los sabios, parece que el camino del pueblo es el camino de la humanidad, sin más. El material de los libros sapienciales, que recoge la sabiduría de los pueblos, especialmente de Oriente, de Egipto, y del helenismo, parece que es tan sólo la voz del humanismo humano, que pretende abrirse paso por este mundo. Y, sin embargo, estos refranes vienen a agruparse de alguna manera en torno a los trazos fundamentales de la creación, que después aparecen en la ley: la religación con el Señor, la religación con los hombres, la religación con el mundo. Lo que aparece como

camino simplemente humano, es en realidad el camino «bajo la mirada de Dios». «El temor de Yahvé es el principio de la sabiduría» (Prov 1, 7; 9, 10; 15, 33; cf. Eclo 1, 11-20). «Hijo mío, si aceptas mis palabras y mis preceptos guardas contigo, prestando tu oído atento a la sabiduría... entonces comprenderás el temor de Dios y la ciencia de Dios hallarás» (Prov 2, 1-2.5; cf. Eclo 6, 18-37). «Teme a Dios y guarda sus mandamientos, que esto es ser hombre cabal. Porque toda obra la emplazará Dios a juicio, también todo lo oculto, a ver si es bueno o malo» (Ecl 12, 13-14). En otras ocasiones se ve el camino «desde la mirada de Dios». Pues la sabiduría que alumbra la vida es la sabiduría que estaba con él desde el principio. Por ella hizo todo el universo creado y ella habita en el pueblo de la elección (Prov 8, 22-36; Eclo 1, 1-10; 24, 1-22; Sab 7, 22-8, 1). El Señor de la creación es el mismo Señor de la alianza. Por eso su gloria es su sabiduría y la sabiduría se hace visible y asequible por el camino de la ley. «¿Deseas la sabiduría? Guarda los mandamientos y el Señor te la dará» (Eclo 1, 26). La alianza en la perspectiva de Ben Sirac, se ha revelado en la ley y la ley se ha dado en los mandamientos (45, 5; 24, 33; 17, 11-14). Por eso la sabiduría se complace en mostrar nuestros deberes para con el Señor y para con los otros hermanos, logrando así que el hombre, que es imagen de Dios, llegue a dominarse y a abrirse camino por las sendas de la voluntad del Señor.

La seducción del humanismo griego

De todas formas la voz de los sabios atestigua en dónde están los peligros del camino y cuál es su peligro último. La sabiduría ha mantenido un diálogo con el humanismo griego, especialmente con el pensamiento estoico, y cuando se escuchan las normas de la sabiduría parece en ocasiones que el verdadero camino es la *musar*, la disciplina, el autodominio, que propone el humanismo griego para triunfar en la vida. Sin embargo hay un corte que separa a este humanismo religado, que se vive en la fe, bajo la mirada de Dios, del humanismo desligado y autónomo que se vive en nombre propio viviendo según la naturaleza. En el momento en que se pase de uno a otro, la instrucción de la ley se convierte en educación humana *(paideia)*, la historia de la alianza del Señor se convierte en la historia de las hazañas de los hombres, los testigos de la historia santa se convierten en la galería de retratos de los testigos de la humanidad, que se presentan para que el pueblo sea él mismo y no se deje seducir por ninguna otra visión del mundo. Cuando llama a la puerta otro humanismo más seductor, cabe la posibilidad de dialogar con él, para anunciar el mensaje de la alianza y de la ley tomando sus palabras y horizontes, pero cabe

también la posibilidad de consentir a la seducción. En este caso la alianza y la ley se asumen desde este humanismo, al que se acoge incondicionalmente y al que se da un valor absoluto. Para educación... la griega, para hazañas históricas, las del imperio. En este momento el camino alcanza el último de sus peligros. Cuando la «educación judía» ha sido sustituida por la «educación griega» se corre con ello el último riesgo. Se ha perdido la acogida incondicional de la alianza.

El proceso es lento, pero progresivo. Primero es una seducción. Colonias griegas siembran el país, en Galilea, en Samaria y hasta en Judea. Las colonias griegas son grupos humanos abiertos, centros de intercambio comercial y de irradiación cultural. Esta irradiación seductora del helenismo está favorecida por los mismos dirigentes. El imperio seléucida se está desmoronando. Se ve acosado al este por los partos, al sur por Egipto, al oeste por Roma. Entonces necesita llevar hasta el extremo la integración de sus regiones dentro de la política imperial. Esto se hace por caminos militares, económicos y culturales. En Palestina se aumenta la presencia del ejército, se exigen mayores impuestos y se intensifica la campaña cultural. La plataforma del dominio imperialista, son los mismos dirigentes del pueblo, sobre todo la clase sacerdotal y en concreto el sumo sacerdote Jasón, que se ofreció para el cargo, pagando una importante cantidad de dinero y disponiendose a una completa cooperación con la política imperial (2 Mac 4, 7-9). La helenización se reactiva (1 Mac 1, 13-15; 2 Mac 4, 10-15). Su sucesor Menelao, para mantener su puesto no tendrá inconveniente en robar los vasos del templo y enviarlos a Antioquía (2 Mac 4, 27-32). Nos encontramos de nuevo con la idolatría y la opresión, en una forma tan enérgica como disimulada. Enérgica, puesto que se trata de venerar a las grandes potencias del mundo, robando el patrimonio del mismo pueblo. Y disimulada, porque todo ello parece que se hace por el bien y el futuro del pueblo, que «en la alianza imperialista» encontrará el mejor camino del porvenir.

La abominación de la desolación

De la seducción se pasa al consentimiento. Los judíos progresistas dependientes de la política imperialista, «surgieron de Israel», pero «sedujeron a muchos» (1 Mac 1, 11). El Acra, la ciudadela de Jerusalén, con su guarnición militar se había convertido en una colonia de paganos helenizantes (1 Mac 3, 45; 14, 36) y de judíos renegados (1 Mac 6, 21-24; 11, 21), como una ciudad griega dentro de la ciudad central de Israel. Más aún, en Jerusalén se crea un gimnasio, con un estadio, galerías y salas donde se estudia, una biblioteca,

baños, etc. El gimnasio es un lugar de encuentro y de convivencia, donde se ofrece el nuevo estilo de vida y, con él, la nueva visión del mundo. Pero no sólo es un club o un foro, sino además un centro de religiosidad, donde se rinde culto a los dioses griegos. No es extraño, pues, que a la seducción siga el consentimiento. Todo un movimiento helenizante, arraigado en las clases dirigentes, pero que va calando poco a poco en el pueblo y especialmente en los jóvenes. Algunos se apresuraron a acudir donde el rey para pedirle que les conceda «la autorización para seguir las costumbres de los gentiles» (1 Mac 1, 13). Se empieza a sentir que el judaísmo es una forma vieja de ver el mundo y la vida, que ya no va con los tiempos. Y en ocasiones muchos se avergüenzan de ella. Los médicos se inventan una cirugía estética para disimular la circuncisión (1 Mac 1, 15), que por los creyentes era considerada como la señal de la alianza. Poco a poco el pueblo iba llegando de nuevo al des-tierro, pero ya no al destierro de su tierra, sino al des-tierro de su identidad. El imperialismo seléucida iba apretando el cerco.

Así se pasaba del consentimiento a la violencia. Antíoco ya había despojado al templo de sus tesoros, arrancándole incluso las láminas de oro de la fachada (1 Mac 1, 17-24; 2 Mac 5, 15-21). Ahora se decide no sólo aprovecharse de las bases económicas del pueblo, sino imponerle la helenización total. Se suprimieron los sacrificios regulares, quedó prohibida la circuncisión, se mandó destruir las copias de la ley, se erigieron altares paganos por todo el país. Y se urgió a la población a consentir este proceso de integración bajo pena de muerte (1 Mac 1, 41-64; 2 Mac 6, 1-11). En diciembre de 167 a. C. se introduce dentro del templo un altar a Zeus y se ofrecen en él sacrificios de animales impuros. Los judíos se ven obligados a tomar parte en el sacrificio mensual en honor del nacimiento del rey, revestidos también de los atributos de la divinidad (2 Mac 6, 3-7). No es que se arrancara el culto al Señor, ni tampoco que se le sustituyera. Se trataba más bien de identificar a Yahvé, el Señor de la historia, con el «dios de los cielos», el dios supremo de la religiosidad griega. Esta identificación tenía una pretensión política, la sumisión y la integración del pueblo de la alianza en los marcos de los intereses imperialistas. La identificación llevaba a la última desidentificación, al último des-tierro. Consentir la seducción del imperialismo helenista y someterse a su imposición violenta, suponía llegar a la «abominación de la desolación» (Dan 9, 7; 11, 31; 12, 11). De nuevo el camino de luz, abierto por el retorno, se vuelve sombrío. Las sombras de la idolatría y de la opresión dominan al pueblo. Pero en este «último destierro» se deja entrever de nuevo la esperanza en la última gracia, el último gesto de la misericordia entrañable del Señor.

6. *La expectación del futuro*

El pueblo judío, al pasar del «bienestar del consumo» a la «seguridad nacional», cobra conciencia de sus últimas raíces. Su último arraigo es la alianza del Señor, atestiguada en la ley como camino de fidelidad por los senderos de la humanidad en medio de la historia. Ahora, en la imposición violenta de la opresión y del paganismo, ha sonado la hora de la suprema fidelidad a la alianza, tal vez incluso de la última manifestación de la alianza. En esta hora dos posturas se destacan entre todas, la de los guerrilleros y la de los pobres de corazón. Por una parte se pretende luchar por la tierra, esta tierra, la tierra de estos intereses. Por otra, en esta tierra se intenta acoger el don de la tierra nueva, para después trabajar por ella y hacia ella.

De la guerrilla al pacto

Matatías, con sus hijos, se ve forzado a organizar la resistencia armada (1 Mac 2, 15-28). Se habían retirado a una aldea para vivir su fidelidad a la ley, pero hasta allá llegan los enviados del rey, para inducir al pueblo a ofrecer un sacrificio, abandonando el culto de los padres. Cuando un judío se acerca al altar para el sacrificio, Matatías, inflamado por el celo de «la alianza de nuestros padres», se encolerizó y le mató sobre el altar. A partir de entonces tienen que huir a los montes (1 Mac 2, 28). Pronto otros van a reunirse con ellos. Primero «los asideos, israelitas valientes y entregados de corazón a la ley». Más tarde «todos aquellos que querían escapar de los malos tratos» (1 Mac 2, 42-43). Pronto se reúnen varios millares de hombres, en la resistencia de la guerrilla (2 Mac 8, 1). «Judas Macabeo, valiente desde su mocedad, será el jefe de vuestro ejército» (1 Mac 2, 66). Escondidos en las montañas de Judea, apoyados por la población campesina, evitando el encuentro directo, pero atreviéndose cada vez más a los asaltos de la guerrilla, aparecen claramente como un puñado de hombres difícil de vencer. Judas era un caudillo, que empalmaba su experiencia mística con su valor guerrero. «Es fácil que una multitud caiga en manos de unos pocos, al cielo le da lo mismo salvar con muchos que con pocos» (1 Mac 3, 18; cf. 4, 6-11). Vencidas las tropas de los imperialistas, los guerrilleros alcanzarán la ciudad santa con el propósito de purificar el templo. «Vieron el santuario desolado, el altar profanado, las puertas quemadas, arbustos nacidos en los atrios como en un bosque o en un monte» (1 Mac 4, 38). Purifican el templo y construyen un nuevo altar. El poder imperial se ve forzado a consentir. «Comprendiendo que los hebreos eran invencibles... propuso la reconciliación» (2 Mac 11, 13-14). Estaba conseguida la libertad religiosa.

Se trataba ahora de plantear la lucha por la liberación política. Era una nueva reivindicación salida de la primera o al revés, la lucha religiosa era una forma de reivindicación política. La identidad religiosa del pueblo era su identidad histórica, su estatuto socio-político. Era como una forma de nacional-catolicismo. Luchar por la religión era luchar por la patria, pero en el fondo entonces por lo que se luchaba era por la patria, por la tierra, y no desde la acogida absoluta de la alianza, sino desde los intereses de un grupo, el pueblo oprimido, encabezado por una parte de su aristocracia, que había sido despojada de su posición. A la muerte de Judas Macabeo, que muere gloriosamente como un héroe y un mártir (1 Mac 9, 8-10, 17-18), Jonatán se hace cargo de la dirección de la guerrilla y por algunos años se mantiene en el desierto. Pero ahora el rey Demetrio intenta ganárselo para la causa imperial. Si se adhiere a la política real, podrá contarse entre los aliados del rey, ser amigo suyo, y con ello fabricar armas, reclutar tropas, ya no naturalmente para la guerrilla, sino para buscar una nueva alternativa de integración (1 Mac 10, 6). Después de aceptar esta propuesta los guerrilleros se ponen a construir la ciudad (10, 10) y la misma cuestión religiosa queda pacíficamente resuelta. «Vistió Jonatán los ornamentos sagrados, reclutó tropas y fabricó armas» (10, 21). La lucha por la liberación política, que empezó siendo una lucha por la libertad religiosa, pasaba de la resistencia armada a la colaboración consentida. Detrás de Jonatán viene Simón y detrás toda una dinastía sacerdotal que, cuando el imperialismo helenista sea sustituido por el romano, continuará siendo una base firme para el mantenimiento del orden establecido y para la integración de Palestina en los marcos del imperio. No será la última vez que el proyecto de la lucha armada resuene en la tierra de Israel. La alianza era un don que llevaba consigo reunir el pueblo en la tierra de la herencia bajo el único señorío del Señor. Y esta tarea obligaba a unos cambios económicos, sociales y políticos. Todo dependía desde dónde y hacia dónde se hacían: si desde la alianza apropiada o desde la alianza acogida.

Expectación ardiente y apremiante

La rebelión había terminado en el consentimiento. Pero otro grupo, los pobres del Señor, alentados por el anuncio de la apocalíptica, representaban una esperanza, al parecer más evasiva, pero en realidad mucho más peligrosa. El libro de Daniel es el documento que representa este gesto. En plena noche del último des-tierro, empieza a levantarse la aurora. La apocalíptica es la profecía de esta hora. Y la profecía estaba sobre todo pendiente del futuro, del desenlace de la

historia. Así lo habían ido anunciando los profetas en los últimos tiempos: Ez 38-39; Is 65-66; 24-27; Jl 3-4; Zac 12-14. Ahora la historia aparecía en la unidad de la totalidad, pero ante el corte de la última novedad. Parece que estamos viviendo en las vísperas del último desenlace. El movimiento de la apocalíptica parece como un salto en la carrera de longitud. Daniel (1-7) se sitúa atrás, como retrocediendo en la historia. Hasta sus visiones las sitúa en la época del destierro, en tiempos de Nabucodonosor y Baltasar, que aparecen como figuras típicas de la opresión imperialista sobre el pueblo de la promesa. Atrás, descubre la fidelidad de la alianza y la respuesta fiel a esta alianza, aun a riesgo de persecución y martirio. Los sueños de los cuatro reinos (2-7) están entrelazados con las actas de los mártires (3-6), entre las que aparece el juicio a los reyes de esta tierra (4-5). «Durante esos reinados, el Dios del cielo suscitará un reino, que nunca será destruido ni su dominio pasará a otro, sino que destruirá y acabará con todos los demás reinos, pero él durará por siempre; eso significa la piedra, que viste desprendida del monte sin intervención humana y que destrozó el barro, el hierro, el bronce, la plata y el oro» (Dan 2, 44-45; cf. 3, 10; 4, 31; 6, 27). El profeta está viendo la historia entera, como desde una atalaya, una historia a punto de ser cortada de un modo definitivo. Y este corte no va a ser una oleada nacida de las entrañas de la misma historia, una última hazaña, que culmine lo que en la historia de los hombres se va haciendo desde dentro. Por el contrario, el último corte de los tiempos será un don, venido de lo alto, un don que debe ser acogido y convertido en tarea a realizar en el camino.

La llegada del Hijo del hombre

Los señoríos del mundo avanzan y se suceden. En el capítulo séptimo, cuatro bestias terribles representan los poderes, que a lo largo de los últimos siglos han dominado la tierra. La última y más terrible es una bestia de diez cuernos (los reyes seléucidas), entre los que brotó un cuerno pequeño y blasfemo, Antíoco. Este fue el que profanó el templo (11, 31-39). Por un poco de tiempo será tolerado (7, 25; 11, 36; 12, 11), pero su última ruina será segura e inmediata (8, 23-25; 11, 40-45). Los setenta años del destierro (Jer 25, 12) son retraducidos ahora en setenta semanas, que se van a cumplir pronto, para dar paso a la intervención definitiva de Dios, la que sus pobres esperan (9, 24-27). Está a punto de venir el reino de Dios y su venida se realizará por medio del Hijo del hombre, que va a encabezar al pueblo de los santos del Altísimo. «Durante la visión vi que colocaban unos tronos, y un anciano se sentó: su vestido era blanco como nieve, su cabellera

como lana limpísima; su trono llamas de fuego; sus ruedas, llamaradas. Un río impetuoso de fuego brotaba delante de él. Miles y miles le servían, millones estaban a sus órdenes. Comenzó la sesión y se abrieron los libros» (7, 9-10). Las fieras gigantescas fueron despojadas de su poder y el cuerno (Antíoco), que profería insolencias, fue descuartizado y echado al fuego. «Seguí mirando, y en la visión nocturna vi venir en las nubes del cielo una figura humana, que se acercó al anciano y fue presentada ante él. Le dieron poder real y dominio: todos los pueblos, naciones y lenguas lo respetarán. Su dominio es eterno y no pasa, su reino no tendrá fin» (7, 13-14). Y al ser abatidas las fieras gigantescas, «los santos del Altísimo recibirán el reino y lo poseerán por los siglos de los siglos» (7, 18).

El reino del Señor viene de lo alto. Es su mano extendida en la soberanía de su gracia, de su misericordia entrañable. Se trata de un don de la absoluta gracia que cortará definitivamente la historia, la historia entera y única. El Señor realizará su reinado por manos del «Hijo del hombre», que no es un libertador político, encumbrado desde la historia humana, sino un libertador celestial, enviado para realizar la liberación, que libere y lleve a plenitud toda la historia de los hombres, haciéndola pasar incluso de la muerte a la vida, en la resurrección de entre los muertos. Pero el Hijo del hombre, además, no es una figura aislada, es una persona comunitaria, que encabeza al pueblo de los santos del Altísimo, por medio de los cuales el reino se irradia a través del espacio y del tiempo enteros.

La historia va a ser transfigurada, pero además transcendida, transfigurada en la misma medida en que es transcendida. Cuando la absoluta gracia, aparecida en su plenitud, es acogida en la absoluta acogida, entonces es cuando desde el último des-tierro se emprende el último éxodo, ya no hacia una tierra de esta historia, bien sea entendida como marco socio-político o como marco cultural-religioso, sino que atravesando y transfigurando caminos, el éxodo se dirige hacia la tierra nueva, el reino de Dios y de su justicia. La acogida de esta gracia, que antes anunciaba la profecía y ahora la apocalíptica, supone un alma de pobre. No se puede tomar la gracia para apropiarse de ella y de su historia. Se trata de dejarse tomar por ella para hacer la aventura, que la gracia inicia y comparte. Por eso el anuncio del futuro desde el pasado, se hace presente en la acogida de la alianza por parte de los pobres del Señor, los *anawim*, que lo esperan todo y sólo de él. Estos pequeños grupos, en su mayor parte reunidos de entre el pueblo humilde, están alentados por la oración de los salmos. Su fidelidad a la alianza, por el camino de la ley, pretende ser una acogida del don de la gracia, la gracia de la voluntad del Señor, para correr por los caminos de su historia, anunciando y haciendo sus maravillas con un corazón ensanchado. Por ello, cuando el Padre en

la plenitud de los tiempos, nos entregue el último don de su amor para reunir su familia y hacer su casa común, nos lo entregará entre las manos de estos pobres suyos.

La acogida de los pobres del Señor

Los pobres del Señor son en primer lugar pobres de verdad, que están pisados por «los ricos», que son verdaderamente «malhechores» (Sal 33, 11.17). Por eso, en realidad están «abatidos», «atribulados» (Sal 33, 19), «afligidos por la angustia» (33, 7). Están comprados y vendidos por dinero (Am 2, 6), atropellados en sus derechos, reducidos en su desvalimiento y en su despojo (Is 10, 2; cf. Job 34, 28-29; Ex 22, 20-26; 23, 6; Dt 24, 10-11). Pero han experimentado que el Señor de la alianza les ama con entrañas de misericordia. Así se lo han oído a los profetas del destierro y del retorno sobre todo. «El Señor consuela a su pueblo y se compadece de los desamparados» (Is 49, 13). «Allanad... despejad el camino, quitad todo tropiezo del camino de mi pueblo, porque así dice el Alto y Excelso... Yo habito en la altura sagrada, pero estoy con el de ánimo humilde y quebrantado, para reanimar a los humildes» (Is 57, 14-15). «En éste pongo mis ojos, en el humilde y en el abatido, que se estremece ante mis palabras» (Is 66, 2). «Tú ves las penas y los trabajos, tú miras y los tomas de la mano... El Señor reinará eternamente... Señor, tú escuchas los deseos de los humildes, les prestas oído y los animas, tú defiendes al huérfano y al desvalido» (Sal 9, 14-18). Por eso, esta misericordia entrañable ha alcanzado a los pobres, y ha hecho eco en su corazón. «Tú, Señor, Dios clemente y misericordioso... mírame, ten compasión de mí. Da fuerza a tu siervo» (Sal 85, 15-16). «El Señor se confía a sus fieles y les da a conocer su alianza» (Sal 24, 14). «Confiarán en ti los que conocen tu nombre, porque no abandonas a los que te buscan» (Sal 9, 10-11).

Los pobres del Señor, que están despojados y abatidos, son en segundo lugar y sobre todo aquellos que no confían en los grandes ni en los pequeños, ni tampoco confían en sí mismos. Los que no esperan ni a nadie ni en nadie. Los que lo esperan todo y sólo del Señor. Los que se confían a él, y se entregan a él y le obedecen a él y se abandonan a él, para que se realice en ellos la llegada de su reino. Por eso «buscan al Señor» y «se acogen a él» (Sal 33, 11.23), con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas. Con las manos vacías y abiertas, esperan contra toda esperanza, confían sobre toda medida, obedecen sin ninguna condición. Su oración humilde, confiada, inquebrantable ha quedado cristalizada en el latido de algunos salmos, que son propiamente sus plegarias: Sal 9, 10.11; 10, 14-18; 21,

25-28; 22, 1-4; 24, 16-18; 33, 5-10; 36, 3-6.39-40; 68, 17-20.33-34; 71, 1-4.12-14; 73, 19-21; 85, 1-5; 139, 13-14; 145, 7-10. Para el nuevo éxodo, que va a inaugurar la plenitud, son estos pobres los que expresan la fidelidad de la historia, de la tierra y del pueblo para acoger la última gracia de la alianza. «Dejaré en ti un pueblo pobre y humilde, un resto de Israel, que se acogerá al Señor» (Sof 3, 12-13). Incluso algo que parecía increíble, inaudito. Los pobres del Señor, guiados por la palabra de los profetas sospecharán que el Ungido será un pobre, manso y humilde, oprimido y maltratado, enviado especialmente para reunir la familia y preparar la mesa compartida empezando por los últimos (Is 11, 4; 53, 4; Zac 9, 9; Sal 71, 12-13; 21-25).

7. *Jesús, el Señor, Hijo del hombre, que inaugura la nueva humanidad*

Acabamos de contemplar los pasos del retorno a la tierra de la herencia. Ha sido una entrada que poco después se ha convertido en des-tierro, que avoca a una nueva salida. En este largo camino se ha dibujado ante nosotros el rostro del representante del Señor para su salvación en dos figuras bien distintas, que aparecen difíciles de conciliar: el Siervo de los pobres y el Hijo del hombre. Al diseñarse este rostro, hemos comprobado que su altura se alzaba cada vez más y que su anchura se ensanchaba cada vez más. ¿Qué queremos decir con esto? Pues que el representante del Señor más que un ungido, salido de abajo, de la fila de los hombres, es un enviado, que viene de arriba, de la derecha del Padre. Y que su obra, más que concentrarse sobre todo en Israel, se abre a toda la humanidad y a todos los pueblos. El Hijo del hombre, pues, desciende desde la altura y hace camino en la más ancha anchura. Ahora sería el momento de dirigir nuestra mirada a Jesús, el Señor, en su travesía, viendo su rostro y su camino desde este rostro del mediador de la salvación, que se nos ha presentado en el camino del retorno.

Parece que Jesús se llamó a sí mismo el Hijo del hombre. Pero si escuchamos atentamente el evangelio, vemos que cambió de sentido la palabra. En primer lugar quería decir que él era el Hijo del Padre, que hacía camino entre los hermanos como siervo. Hijo del hombre en sus labios significa entonces su bajeza y su humillación. El es el hombre, que hace camino entre los hombres, con gran pobreza (Mt 8, 20), con sencilla cercanía (Mt 11, 28-29). Su actitud fundamental es el servicio. No ha venido a que le sirvan, sino a servir (Mc 10, 45). Su servicio es una oferta de perdón (Mc 2, 10). Pero sobre todo es la entrega de la misma vida, como rescate. La palabra del Hijo del hombre, en este sentido primero, aparece sobre todo en los anuncios

de la pasión. «Comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debía sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitar a los tres días» (Mc 8, 31; cf. 9, 31; 10, 33 p; Mc 9, 12; Lc 17, 25). Nos encontramos aquí con la imagen del siervo, que Isaías había diseñado, el siervo que se entrega a muerte en rescate por el pueblo (Is 42, 1-3; 53, 10-12). El Padre le entrega en manos de los hombres, para que llegue a darse hasta la muerte, pero después le levanta para que llegue a todos su salvación. Jesús en el tribunal que le juzga dice: «De ahora en adelante el Hijo del hombre estará sentado a la derecha de Dios todopoderoso» (Lc 22, 69). Con estas palabras está expresando que él es el siervo del fin de los tiempos, que ahora el Padre va a entronizar para realizar su justicia.

Hijo del hombre, en segundo lugar, significa el que ha de venir a hacer la justicia como Señor. Al escuchar el evangelio, nos encontramos con que Jesús habla de sí mismo como el Hijo del hombre, no sólo en presente, sino también en futuro. Poco a poco va apuntando en el camino que va a venir por segunda vez a terminar el reino del Padre, que estaba empezando (cf. Mc 8, 38; Mt 10, 32-33; Lc 12, 8-9, también Lc 18, 8; 21, 16; Mt 10, 23). En la misma tradición sinóptica, el Hijo del hombre en su pasión no habla sólo de que va a ser entronizado, sino de que va a volver. «¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito? Y dijo Jesús: Sí, yo soy, y veréis al Hijo del hombre, sentado a la diestra de Dios y venir entre nubes del cielo» (Mc 14, 62; Mt 26, 64). Efectivamente, él va a venir a consumar el reino. A la cabeza del pueblo de los santos establecerá la justicia del Padre, llevando a consumación la nueva humanidad en una nueva creación. La perspectiva apocalíptica de Dan 7 resuena así en sus palabras. «El Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno según su conducta» (Mt 16, 27; 19, 28). «Entonces verán en el cielo la señal del Hijo del hombre... Verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria» (Mt 24, 30). El camino y la pascua del siervo entregado anticiparon la mesa común del reino del Padre, pero esta mesa se terminará de poner a todos en toda justicia, cuando el Hijo del hombre, ascendido y entronizado junto al Padre, vuelva a terminar la obra que el Padre le encargó.

Jesús, con la palabra del Hijo del hombre, se presenta a sí mismo como el Siervo, según la mirada profética, y como el juez, según la mirada apocalíptica. Pero los primeros hermanos, a la luz de la pascua, han creído ver detrás de esta palabra, al Hijo amado del Padre, que desciende, camina y asciende. «Nadie ha subido al cielo, sino el que ha bajado del cielo, el Hijo del hombre» (Jn 3, 13; 3, 31; 6, 62). Este es el Hijo, que se entrega a sí mismo como vida del mundo y así podemos compartir su cuerpo entregado y su sangre derramada

(Jn 6, 53). Su travesía pascual fue en realidad una entronización, una exaltación (Jn 3, 14). «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre» (Jn 12, 23; 13, 31). «Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que soy yo» (Jn 8, 28). Este Hijo que desciende y asciende, que asciende y al descender, que es entronizado al ser crucificado, es el que volverá a hacer la justicia definitiva del Padre, venciendo incluso a la muerte (Jn 5, 26-29). De esta forma la palabra del Hijo del hombre viene a anunciar el camino entero de Jesús, desde su altura más alta, en el seno del Padre, hasta su más ancha anchura, la reunión de los suyos en la unidad, para que el mundo crea que él ha sido enviado por el Padre. También aquí pasamos de la promesa al cumplimiento y del anticipo a la consumación.

10
La tierra encadenada

Vamos siguiendo los pasos del camino, que el Señor, desde su misericordiaa entrañable, va haciendo con su pueblo y con su creación en la historia. El propósito de su voluntad es reunir en torno a su Hijo la familia de hermanos, sentados a la mesa común en donde estén todos y los últimos sean los primeros. Al regresar del destierro, parecía que el pequeño pueblo de los pobres había pasado a la tierra de la herencia, que iba a compartir. Pero lo que fue al principio una vuelta a la casa se fue convirtiendo con el tiempo en una nueva entrada en la esclavitud, en una esclavitud última, desde donde fue tomado de nuevo en la plenitud de los tiempos para la última y definitiva liberación y comunión.

La casa está de nuevo en ruinas. Dividida en dos bloques, unos tienen la riqueza, el puesto, el poder y la cultura. A otros, en cambio, se les impone la pobreza, el despojo, la opresión y la ignorancia. No es extraño, pues, que en una casa así de mal repartida, la familia de hermanos se enfrente en lucha, atrincherados unos frente a otros, combatiéndose a muerte unos contra otros. Lo peor de la situación es que no tiene salida, porque todos aspiran a lo mismo, todos están situados en la idolatría y en la opresión. En el último transfondo de su vida, lo que buscan todos es tener y poder más para sí sobre los otros.

Necesitamos ocuparnos detenidamente de la situación de opresión y de enfrentamiento, que configuraba la tierra que atravesó Jesús, porque nuestro ensayo de historia de la salvación pretende anunciar la misericordia entrañable del Padre, que se nos entrega en su Hijo para nuestra liberación y reconciliación. Nuestro estudio de la esclavitud y del enfrentamiento tiene tres partes. En la primera, que titulamos «La tierra encadenada», intentamos mostrar la situación histórica del mundo de Jesús: la situación socioeconómica («La cadena de la injusticia»), la situación sociopolítica («La cadena de la opresión») y la situación sociocultural («La cadena de la mentira»). Este estudio

nos muestra que la tierra, que Jesús recorrió, está atravesada por un muro de separación, que separa a grandes y a pequeños, todos ellos esclavizados. En la segunda parte, que titulamos «Las luchas por la liberación», pretendemos mostrar cómo este muro de separación es una trinchera, en donde se mantiene un duro combate por una y otra parte. Intentamos explicar este combate, mostrando la lucha en tres frentes: el frente socioeconómico («La lucha por el pan»), el frente sociopolítico («La lucha por la libertad») y el frente sociocultural, que es al tiempo el frente sociorreligioso («La lucha por la fraternidad»). Pero la esclavitud es todavía más honda.

De momento nos hemos mantenido en la superestructura, es decir, en la estructura histórica y en las luchas, que en ellas se mantienen. Pero hay otro nivel más profundo, el nivel personal, que podemos llamar infraestructura de la historia. Por eso en la tercera parte, que titulamos «La última hondura de la esclavitud», intentamos mostrar cómo todos los hombres situados a uno y otro lado del muro de la separación, están todos cerrados al amor, unidos por una profunda solidaridad en la culpa. Por debajo de las cadenas estructurales de la injusticia, la opresión y la mentira, está la cadena más honda, que es «la cadena del pecado». Más aún, si las estructuras injustas y opresoras son propiamente el «pecado colectivo», este pecado estructural debe ser visto desde sus últimas raíces, que son el «pecado personal». El círculo del pecado personal y del pecado colectivo, en su mutua implicación, acabará mostrándonos que la humanidad, que así combate en el muro de la separación, no tiene más salida que la destrucción. En estas cadenas que se entrelazan, el último eslabón será «la cadena de la muerte». En efecto, cerrados todos al amor, esclavizados por el pecado y enfrentados como enemigos, todos se van des-integrando en el dolor y van abriéndose camino hacia la muerte. De esta forma, la esclavitud y la enemistad, que empezamos a contemplar en su superestructura penúltima, pasan así a ser contempladas en su última infraestructura. El grito por la liberación y la fraternidad es más hondo de lo que sospechábamos.

Procuraremos recoger los datos que nos ofrecen los estudiosos del evangelio. Y al tiempo estos datos desearíamos verlos desde la mirada de Jesús y de los suyos, tal como aparecen narrados a lo largo de su camino. ¿Podríamos ver el mundo de Jesús desde la mirada de Jesús, incluso desde la mirada del Señor muerto y resucitado? Ya explicamos que los evangelios se sitúan en este punto de vista. En él también nos situamos nosotros.

1. *Bajo el yugo del imperio romano*

Cuando queremos contemplar la historia de la misericordia del Padre en «la plenitud de los tiempos» (Gál 4, 4), tenemos que marchar a Palestina, un pobre rincón de la tierra, bajo el imperialismo romano. El mismo evangelio nos ayuda a situarnos: «En el año quince del gobierno de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea y siendo tetrarca de Galilea Herodes, siendo Felipe, su hermano, tetrarca del país de Iturea y de Traconítide y siendo Lisanias tetrarca de Abilene, bajo el pontificado de Anás y Caifás» (Lc 3, 1.2). Estos datos sencillos nos trazan el telón de fondo de la situación. Nos encontramos en el marco del imperio romano, que en el momento de salir Jesús a los caminos, precedido por Juan el Bautista, está protagonizado por el emperador Tiberio (14-37 d. C). Había terminado poco antes el reinado de Herodes, que fue la mano larga de Augusto, para encuadrar a Palestina en el imperio. Ahora la tierra se había dividido entre sus hijos. Judea, Samaría e Idumea habían pasado a manos de Arquelao; Galilea y Perea a manos de Herodes Antipas; Iturea y Traconítide a manos de Filipo. Estos dos gobernaron por más tiempo, pero Arquelao fue desterrado enseguida. Aquella tierra de Judea planteaba demasiados problemas y era necesario pasarla a la custodia del emperador, por medio de un procurador, que dependiera a su vez del gobernador de la provincia de Siria. En aquel entonces es Poncio Pilato (26-36 d. C.), el que lleva las riendas de Judea y Samaría.

Un pequeño rincón del imperio

Estos son los datos sencillos que encuadran el marco. ¿Podríamos ahondar más en ellos? El imperio romano es como un gran mosaico, como un inmenso tablero de ajedrez de tierras y de pueblos. Sucede a los grandes imperios orientales y helenísticos. En cada una de las parcelas de este mosaico, la construcción del mundo se hace sobre la diferencia entre capital y trabajo. Unos pocos tienen los medios de producción y dirigen la marcha, la mayoría sólo tiene su trabajo y ha de someterse al poder de los grandes. Ciertamente en Italia y en todos los países que se incorporan al imperio, se da la fisura entre el bloque dominante y el bloque dominado. Pero el mosaico se mantiene conjuntado, porque desde Roma se ha impuesto el dominio imperial. Augusto ha encuadrado bajo su dominio a todas las tierras y pueblos, que rodean el Mediterráneo y al encuadrarlos desde el poder parece que ha hecho florecer una paz nueva y universal. Pero, ¿cómo puede el emperador mantener unido y conjuntar este tablero tan distinto y

contrapuesto? En primer lugar lo encuadrará en unos barrotes de hierro: las legiones y los gobernadores repartidos por el imperio. En segundo lugar procurará que entre la trinchera de los pocos capitalistas y el numeroso pueblo empobrecido crezca de día en día la clase media que dará estabilidad al conjunto. En tercer lugar, con una misma cultura, que era la herencia griega ligeramente transformada, se creará el clima para abrir un camino común a una humanidad tan distinta. La política del acoplamiento es un intento de integración, que se hace con dos gestos complementarios: para apropiarse de las tierras y de los pueblos (apropiación), hay que dejarles un margen de independencia donde sientan al menos su propia identidad (autonomía).

El imperio se ha ido apropiando poco a poco de Palestina. Primero toma partido entre los frentes, que se disputan la soberanía en la época de los asmoneos. En el año 65 a. C. Pompeyo, mientras está sometiendo a Siria, recibe tres legaciones, una de Aristóbulo, otra de Hircano y otra del pueblo judío. Con este motivo interviene, domina Jerusalén, se lleva cautivo a Roma a Aristóbulo, asegura el mando a Hircano y pone las bases de la entrada de Roma en aquel pequeño rincón. Como tantas veces hemos subrayado, aquel trozo de tierra tan insignificante, tiene una gran importancia política por ser una encrucijada entre imperios y rutas históricas. Después Augusto se sirve de Herodes, nombrándolo rey, para someter a fondo la tierra y el pueblo, integrándolo en el imperio (37 a. C-4 d. C). La estrategia de dominación lleva a Roma a dar unos decretos en favor de los judíos. Se trata de integrarlos, no por el aplastamiento, sino por la respetada y enmarcada autonomía. Algunas pequeñas diferencias fiscales, militares y sobre todo culturales y religiosas pueden hacer ver que el emperador y su administración ofrecen al pueblo judío un «estatuto de autonomía», mientras se va apropiando de él económica, militar y culturalmente. El imperialismo romano procura aprovechar las estructuras locales para implantar su dominación. Ata a los pueblos sirviéndose de las mismas cadenas con que ya están atados. La superestructura imperial empalma estrechamente con la infraestructura de cada uno de estos cuadros del ajedrez del imperio. El bloque dominante imperial, se servirá del bloque dominante nacional, para fortalecer y arraigar el dominio. El telón de fondo y el telón del primer plano son eslabones de la misma cadena.

Bajo los militares y los recaudadores

Empecemos por los eslabones, que vienen más de lejos y que son al parecer más fuertes. ¿Cómo se hace presente la dominación imperial en aquel rincón pequeño y pobre de la tierra? La respuesta es

sencilla: con los militares y los recaudadores de contribución. En Galilea y Perea, en Iturea y Traconítide, continúan los príncipes herodianos, Herodes y Filipo, pero sometidos sumisamente a la autoridad romana. Sólo así sobreviven. Son por tanto también lugartenientes del imperialismo. Pero más aún el procurador de Judea, con los militares y los recaudadores que le ayudan.

— «Siendo Poncio Pilato, procurador de Judea» (Lc 3, 1). En las provincias imperiales, que dependen inmediatamente del emperador, la presencia del gobierno central se realiza por medio de un gobernador, sacado de la clase media (orden ecuestre), con un sueldo recibido del estado. Para reforzar su autoridad pueden venir en su ayuda las legiones, estacionadas en la provincia de Siria, y la flota, que permanece junto al puerto de Antioquía. El procurador dispone de unas tropas auxiliares, que vienen a ser como una fuerza de policía. El gobernador tiene poderes legislativos, ejecutivos y judiciales.

— «Dar el impuesto al César» (Mt 22, 17). El gobernador exige (Lc 20, 22) que se dé al César lo que es del César. Se trata de pagar tributo por la tierra que se posee, también por los animales y hasta por las personas. Tributos hay que pagar también por transacciones y procesos de la vida ciudadana y comercial. «Al salir vio a un recaudador, llamado Leví, sentado en el mostrador de los impuestos» (Lc 5, 27). Los publicanos son funcionarios salidos también del orden ecuestre, que agrupados en sociedades financieras recaudan las tasas, sirviéndose a veces de otros funcionarios menores, que también han de ganar lo suyo en la gestión (Lc 3, 13).

El pequeño y pobre rincón de la tierra está atenazado por esta argolla de explotación y opresión, que despoja y domina, que saca el sudor de las gentes y las tiene sometidas bajo el bastón del gobernador y sus militares. Ahora bien, este montaje de arriba (super-estructura) se asienta y empalma con el montaje de abajo (infra-estructura), que ya existía en aquella tierra y que ahora queda incorporado y reforzado.

2. *La cadena de la injusticia*

La base de la construcción de la sociedad es la situación económica, el piso de la bolsa y del azadón. Si queremos ahondar en la tierra encadenada que recorrió Jesús, hemos de adentrarnos en el análisis de su economía. Nos interesa sobre todo conocer las fuentes de riqueza y en manos de quién están.

Las fuentes de riqueza

Las fuentes de riqueza de Palestina, en esta época a la que estamos asistiendo, son tres: la agricultura, la industria (artesanía) y el comercio. Basta recorrer los caminos de Jesús y escuchar sus palabras, para ver reflejada esta situación.

La agricultura. El pueblo come sobre todo pan de trigo. Por eso el trigo se cultiva en todas partes. En Galilea hasta se puede almacenar, en ocasiones, para cuando venga el hambre o haya que exportar. De todas formas la cebada, que se cultiva junto con el trigo, suele ser el cereal con el que se hace el pan, que comen los pobres, y lo que ayuda también a mantener a los animales. Los higos sirven también para comer. El olivo y la viña se cultivan, no sólo para las necesidades diarias, sino para las necesidades del culto y de la exportación. Rebaños de ovejas y vacas recorren los campos. No podrán comer los pobres su carne, pero podrán servir para la alimentación de las clases pudientes y para las ofrendas del templo. Pero, ¿de quién es la tierra y sus productos? En Judea y en Samaría suelen darse las explotaciones pequeñas de tipo familiar para ir sobreviviendo. En Galilea, en cambio, predomina el latifundio, que está en manos del bloque dominante. Las tierras suelen ser del rey o de sus familiares y colaboradores o de los ricos comerciantes, que se van enriqueciendo y las compran. «Los campos de un hombre rico dieron mucho fruto y pensaba para sí y se decía: ¿qué haré puesto que no tengo dónde almacenar mi cosecha?» (Lc 12, 16-17).

La industria. Si es que podemos llamar industria a la manufacturación de materias primas, tal como se hacía entonces, hemos de decir que la única gran industria fue la construcción, llevada a cabo sobre todo por los gobernantes, como empresa del estado y del templo. El templo se amplía y se decora (20 a. C.-64 d. C.). Al terminar su construcción, sus dieciocho mil albañiles, pavimentan las calles de Jerusalén. La ciudad crece también y se necesita protegerla con una ampliación de las murallas (Agripa 41 d. C). En Galilea, por el año 20 d. C. Herodes construye la ciudad de Tiberíades y fortifica Séforis y Julias. La alfarería y la pesca, trabajadas por la gente sencilla para la alimentación y el servicio, pueden convertirse también, en manos de los ricos, en industria de conservas (Magdala) o de tinajas impermeables (Kefar Hananya, Kefar Shilim). De la misma manera, de los sacrificios del templo surgía una industria del cuero, que en parte podía ser trabajo de talleres familiares humildes, pero en parte se podían también agrandar y comercializar para la exportación. Lanas, sedas y perfumes valen también para los recuerdos piadosos y la exportación exterior.

El comercio. Conviene distinguir entre el pequeño y el gran comercio. En los pueblos las gentes intercambian sus productos, para ahorrarse desplazamientos e impuestos. Pero muchos de sus productos han de llevarlos a la ciudad, especialmente a Jerusalén. Lo que se saca de la agricultura, de la ganadería y de la artesanía se lleva a los núcleos importantes de población para venderlo. Se transporta sobre burros y generalmente en grupos, pequeñas caravanas de comerciantes y transportistas, que forman sociedades comerciales. Pero el gran comercio se centra en torno a Jerusalén, donde conectan las grandes vías comerciales, para responder a las demandas de la ciudad del templo. El templo, por el impuesto que recibe de todos los judíos, tiene muchos medios económicos. Habrá que importar mármoles, maderas, piedras preciosas, tejidos especiales, incienso, etc. Pero además el bloque dominante de Jerusalén, tanto el procurador y sus colaboradores, como la nobleza sacerdotal y laica llevan una vida de lujo y derroche. Por supuesto que este comercio está en manos de los grandes negociantes que recorren las rutas del imperio y que tienen instalados en ellas tanto almacenes como oficinas. Estamos ante verdaderos financieros, que compran las materias primas en los países de origen por el menor precio posible y después las venden sin trabajar o manufacturadas al precio mayor que pueden.

El templo. Este sencillo análisis de las fuentes de riqueza y de sus dueños, nos permite ahora descubrir que todo el entramado económico de Palestina se concentra sobre todo en el templo. Podemos decir que de alguna manera allí se concentra el monopolio de la economía. Efectivamente, al tesoro del templo vienen a parar los impuestos de todo el pueblo judío. En el templo se articula el comercio nacional e internacional. Desde el comercio se articula la artesanía y sobre todo la gran industria de la construcción. A la nobleza sacerdotal y laica, que protagoniza de alguna manera la riqueza del templo, le pertenece también en buena parte el latifundio. El pueblo se concentra en la ciudad, y la ciudad en el templo. Pero el templo no es sólo el lugar del encuentro de Dios con su pueblo, hacia el camino de su historia, sino que el templo es al tiempo la institución financiera que polariza y dinamiza toda la economía del país. Jesús diría que la casa de su Padre se había convertido en «una casa de mercado» (Jn 2, 16). Los comercios de compraventa y las mesas de los cambistas, despertaron en Jesús la impresión de que aquella casa del encuentro, que es casa de oración, se había convertido en «una cueva de bandidos» (Mc 11, 17).

Las clases sociales

Nos encontramos, pues, en un mundo dominado por el dinero, «el dinero de la injusticia» (Lc 16, 9), que actúa como señor ejerciendo el señorío sobre su reinado. La ley de su reinado es que según se tiene, así se vale. La situación económica determina la situación social. La propiedad y gestión de los medios de producción hace que unos ocupen un puesto en la sociedad y otros otro. La tierra que Jesús atraviesa, encadenada por la injusticia, divide en clases sociales al pueblo, que sobre ella misma camina.

La clase alta. Nos encontramos ante la nobleza de los sacerdotes y de los seglares. En primer lugar la nobleza sacerdotal. La forman el sumo sacerdote, los miembros de su familia y todos los parientes, que son designados para las magistraturas, para que el dinero quedara en casa. ¿De dónde les viene su riqueza? En primer lugar del tesoro del templo. Ellos no sólo son los principales administradores, sino que su administración lleva consigo un dominio en usufructo. En base a esta riqueza bancaria, ellos mismos tienen latifundios y tierras en propiedad y también toman parte en el comercio, sobre todo en el gran comercio internacional. Junto a la nobleza sacerdotal se agrupa la nobleza seglar. Son el nivel más alto de los grandes terratenientes y de los grandes comerciantes. Suelen vivir en Jerusalén o en sus cercanías, en casas lujosas, donde viven en el derroche, sin ahorrarse ninguna satisfacción. Vestidos con lujo y con joyas, se dedican a la gestión de los negocios y a las relaciones sociales. Suelen celebrar banquetes frecuentes con música y danza, abiertos a la alta sociedad. Ciertamente este grupo de nobles es un puñado pequeño de familias, que tiene en su poder la gestión de la riqueza. Nos encontramos verdaderamente con una oligarquía, que empalma estrechamente con la nobleza del bloque dominante del imperio. «Era un hombre rico que vestía de púrpura y lino, y celebraba todos los días espléndidas fiestas» (Lc 16, 19). «Los que visten con elegancia, están en los palacios de los reyes» (Mt 11, 8).

La clase media. Por debajo de la nobleza, existía otra capa social más amplia que estaba formada sobre todo por comerciantes y artesanos. Se comprende fácilmente, según venimos explicando, que tanto el comercio, como la artesanía están estrechamente vinculados al templo. Los trabajos de los panaderos, sastres, perfumistas se pagan bien. Otros se aprovechaban de las pieles para su artesanía del cuero. Otros trabajaban en recuerdos piadosos para los peregrinos. Otros se beneficiaban de albergar a éstos en las grandes peregrinaciones. Otros mantenían el comercio de productos del campo, que habían de llegar a la ciudad para el consumo. Según la norma sagrada (Dt 12, 17-18), parte de los diezmos deben gastarse en la ciudad santa,

cuando se vaya a celebrar la fiesta en honor del Señor. Los artesanos y comerciantes tienen así unas fuentes de ingresos aseguradas, que les permiten llevar una vida desahogada.

A la clase media pertenecen también muchos de los sacerdotes, sobre todo los que viven en la ciudad, que debieron ser gentes acomodadas e instruidas. Ellos solían tener un oficio de artesanía, relacionado con las demandas de la ciudad. Toman parte en los diezmos, aunque éstos se pagaban con dificultad; toman parte también en las víctimas de los sacrificios y en las ofrendas de las primicias. La situación económica de estos sacerdotes urbanos les empalma y agrupa con la burguesía artesana y comerciante, cuyos intereses económicos y planteamientos políticos comparten.

La clase baja. La mayor parte del pueblo es pobre. Existen pequeños propietarios de la tierra, que sacan de ella lo que necesitan para vivir. Con ello van sobreviviendo. Pero lo más corriente es encontrar trabajadores por cuenta ajena, bien en la agricultura y la ganadería, bien en la industria de la construcción y en los grandes talleres de artesanía, bien en las sociedades comerciales, bien en casa de los nobles de la corte. Puede ser que el contrato de trabajo dure por algún tiempo, pero suele ocurrir en muchas ocasiones que tan sólo dura un día, o unos pocos días. El jornal medio es un denario de plata, que venía a cubrir aproximadamente las necesidades mínimas de una familia reducida. Si el trabajo se pierde y no se encuentra, los jornaleros quedan en la miseria más absoluta.

Más abajo todavía se situaban los esclavos. La estrechez de la vida de los pobres era tan grande, que en algunas ocasiones tenían que robar y pedir prestado. Para pagar el robo y la deuda perdían su libertad y se convertían en esclavos. Si el esclavo es judío su situación no es tan extrema. Jurídicamente es como un hijo en la casa. Su alimentación, su vestido y su vivienda se parecen a las de los hijos propios. Eso sí, han vendido su fuerza de trabajo por seis años. En este sentido eran obreros asalariados, que en el año sabático encontraban de nuevo su libertad. Mucho peor es la situación de los esclavos extranjeros y paganos. Se les compra de por vida. Son por entero propiedad de su amo y carecen en absoluto de derechos. El dueño puede mandarles hacer lo que quiera, se les trata como una herramienta. Y por razones de pureza han de estar fuera del techo del amo. Así los esclavos se ven forzados a mejorar su situación haciéndose prosélitos del judaísmo.

Se advierte con facilidad que Jesús en el camino ha tratado con especial cercanía a estos hombres «trabajados y cargados» (Mt 11, 28). Con frecuencia afloran en sus parábolas los administradores de las fincas, que han de dar de comer a los esclavos (Lc 12, 41-46) y que en algunas ocasiones hasta les golpean y maltratan (Mt 24, 49). Estos

esclavos son jornaleros que están en casa de un amo (Mt 13, 27), arando o pastoreando (Lc 17, 7-10), a los que se exige un notable rendimiento (Lc 19, 11-27). Siempre tienen que estar pendientes del amo (Lc 12, 35-38) y cuando éste llega les toca el rincón de la casa y el servicio hasta el último instante (Lc 17, 7-10). En ocasiones se da el paro y no sólo encubierto, sino des-enmascarado. Los jornaleros «estaban en la plaza parados» (Mt 20, 3). Pero son muchos los que están, de tal manera que el propietario o el encargado puede venir a cualquier hora del día, hasta el atardecer, y encontrárselos a la espera. «¿Por qué estáis aquí todo el día parados? Ellos le dicen: "Es que nadie nos ha contratado"» (Mt 20, 6). No es extraño, pues, que estos jornaleros, para sobrevivir, estén llenos de deudas, que estas lleguen a ser grandes y que no las puedan de ninguna manera pagar si no es vendiéndose ellos, sus mujeres, sus hijos y todo lo que tienen (Mt 18, 25). Se explica que este pueblo trabajador de pobres, que están a punto de ser despojados hasta de su misma vida, se pongan a gritar por la justicia (Lc 18, 1-8) y que se enfrenten en lucha con los amos que les están explotando (Mc 12, 1-12). Se explica bien que Jesús encuentre en este pueblo, los *am-haáres,* el pueblo de la tierra, a sus hermanos más próximos, con los que ha hecho su camino a lo largo de su vida.

Más abajo todavía están los que no trabajan o no pueden trabajar. «Y se le acercó mucha gente trayendo consigo cojos, lisiados, ciegos, mudos» (Mt 15, 30; cf. 11, 5). «Sal enseguida a las plazas y calles de la ciudad y haz entrar aquí a los pobres y lisiados, a los ciegos y cojos» (Lc 14, 21). Los enfermos, sobre todo aquellos que tienen determinadas enfermedades como la lepra, no sólo están al margen último de los marginados, sino que por eso mismo arrastran su vida en la mendicidad, que limita con la miseria. Se les encuentra por los caminos, a las afueras de los pueblos y muy especialmente en Jerusalén, en donde se concentra la mendicidad en torno a los santos lugares. Los enfermos piden limosna a las horas de oración (Hech 3, 2-10). En el atrio de los paganos debían estar los ciegos y tullidos que piden curación a Jesús (Mt 21, 14). Fuera en la explanada se encontraría el ciego, que encontró en Jesús la luz de su vida (Jn 9, 1.8). Y en las piscinas públicas de Siloé o de Betesda (Jn 9, 7; 5, 2-3) se harían presentes los mendigos enfermos para pedir limosna.

En una situación semejante, pueden aparecer también gentes que viven sin trabajar, aprovechándose de los peregrinos que visitan la ciudad. Pero no todos los vagabundos serían holgazanes. Hay que contar también con el hecho de que muchos trabajadores en paro tienen que pedir limosna y robar. Y que junto con las bandas de los revolucionarios, que hacen la guerrilla urbana, irán apareciendo grupos que tienen atemorizado a todo Jerusalén. Josefo, desde su

mentalidad aristocrática, habla de «las heces del pueblo». Con ellos compartirían el destino los últimos de los pobres, que por su enfermedad y deficiencia eran el «desecho de la sociedad». Estos hombres de los últimos lugares son los que conocen sobre todo el hambre y la desnudez, la enfermedad y la cárcel (Mt 25, 31-46). En medio de esta basura de la tierra, junto con las gentes del país, es donde Jesús avanza anunciando el evangelio del reino. Le veremos más de cerca.

3. *La cadena de la opresión*

Sobre la base de la situación socio-económica y en estrecha relación con ella, se encuentra la situación socio-política. El piso de la bolsa y el azadón, empalma con el piso del bastón y del sillón. Tanto tienes, tanto vales. Tanto vales, tanto puedes. La barrera que separa al rico del pobre, separa también al grande del pequeño, al poderoso del débil. La cadena de la injusticia es al tiempo cadena de opresión. Es aquí, donde con mayor propiedad podemos hablar de bloque dominante y bloque dominado, porque las relaciones de producción se nos han convertido en relaciones de dominación.

Los poderosos que dominan

Los poderosos, que subyugan. «Ya sabéis que los que en las naciones son considerados como príncipes, las dominan y sus grandes ejercen poder sobre ellas» (Mc 10, 42). A estos se les llama incluso «bien-hechores» (Lc 22, 25). Estas palabras de Jesús cuentan sin más la situación de hecho. Hasta ahora hemos descubierto el montaje imperialista, lo que llamábamos la superestructura impuesta por Roma. Pero ya decíamos que esta cadena despoja y domina al pueblo, a través de la argolla que el mismo pueblo tenía ya sobre sí. Es decir, la superestructura imperial de los procuradores, los militares y los recaudadores, se asienta sobre la infra-estructura nacional del sanedrín.

El sanedrín es el órgano supremo de gobierno del pueblo judío. Se remonta al período helenístico, antes de la dominación romana. En el antiguo testamento aparece por vez primera en el tiempo de los macabeos (1 Mac 11, 23; 12, 6; 2 Mac 1, 10; 4, 44). En el nuevo testamento se le suele llamar con dos nombres: el *synédrion*, que significa «el consejo», «la reunión» (por ejemplo Mt 26, 59) y el *presbytérion*, que significa «el consejo de los ancianos» (por ejemplo Lc 22, 66). El consejo constaba de setenta miembros, por referencia a Ex 24, 1.9, y estaba presidido por el sumo sacerdote. Al principio lo

formaban dos grupos de personas: «los ancianos» y «los sacerdotes». Después al comienzo del siglo I a. C., lo formaron también «los escribas». La competencia del sanedrín dependía de la inspección y el control imperial romano. Sus principales tareas eran la administración y la justicia. Hemos de imaginarnos que estas tareas no puede ejercerlas el sanedrín con absoluta autonomía, sino más bien en absoluta dependencia del poder central. Aquí la autonomía que deja el imperio es siempre para una mayor integración y una más honda dominación.

Vamos a acercarnos a este consejo para ver de cerca quién es quién, cómo se sientan allí cada uno de los grupos y cómo se empalman unos con otros. Es entonces cuando podremos comprender mejor la dominación que ejercen sobre el pueblo.

Los sacerdotes. Al regresar del destierro, el pueblo ha dejado de ser una nación, con el rey a la cabeza, para agruparse como pueblo en torno al templo y a la ley. El sumo sacerdote se ha convertido en la piedra de cimiento de la sociedad judía. Por una parte es el mediador del pueblo ante Dios, por otra el mediador de Dios cara al pueblo. De esta mediación recíproca parte su puesto en el templo y en el sanedrín. En el templo, preside el culto. Revestido con las vestiduras sacerdotales, que poseen un denso valor simbólico respecto al camino del pueblo por la senda de la ley, entra en la gran fiesta del perdón en lo más hondo del santuario, para ofrecer el sacrificio por el pueblo suplicando la reconciliación. En el sanedrín, el alto consejo de administración, preside el gobierno del pueblo, que ha de atenerse, en su marcha por la historia, a la ley que su Dios le entregó. Ayudaban al sumo sacerdote algunos empleados, llamados jefes de los sacerdotes, los que se encargaban propiamente del culto, los tesoreros que llevaban la administración y los vigilantes que cuidaban de su mantenimiento. Estos cargos eran casi siempre ocupados por miembros de cuatro familias, o amigos del sumo sacerdote.

Los sacerdotes del alto clero, que preside el sumo sacerdote, han sido poco a poco mediatizados en su servicio. Durante mucho tiempo las vestiduras sacerdotales fueron custodiadas por los reyes y gobernadores romanos, que las entregaban solamente para las grandes solemnidades. Esto quiere decir que el ejercicio del sacerdocio empieza a depender del poder político. Esta dependencia llega a hacerse tan fuerte, que pronto los mismos jefes (seléucidas, Herodes, Pompeyo, los procuradores), los destituyen, cuando se distancian de sus planes políticos y ponen aquellos que mejor colaboren a su propia gestión. El interés del gobierno imperialista es que aquellos que tienen en sus manos el culto, la banca y la administración sean sencillamente las herramientas que mejor ejecuten sus planes. El evangelio de Juan nos cuenta que Jesús, después de haber sido apresado, fue conducido

primero a casa de Anás, que había sido antiguo sumo sacerdote, y además era suegro de Caifás, el sumo sacerdote en funciones (Jn 18, 12-27).

Los ancianos. Son la aristocracia seglar del pueblo, los que Josefo llama «hombres más notables del pueblo», «dirigentes del pueblo», «primeros de la ciudad». Residen en su mayor parte en Jerusalén. Y su poder les viene de su dinero. Son los grandes ricos, por ser grandes terratenientes o grandes comerciantes. Son pocos, porque la riqueza según vimos, se encuentra en manos de unas pocas familias. Ante el poder imperial pueden tomar dos posiciones: o independizarse o someterse. Roma intenta atraérselos si no es por las buenas, por las malas. Les ofrece puestos en el alto consejo de administración y si no se doblegan, se les presiona y hasta acaba confiscándoles sus propiedades. Hasta corren el peligro de destierro o de muerte. No es posible, pues, que la aristocracia del dinero, de la tierra y del comercio, encabece una marcha distinta de la de los intereses del imperio. También han de ser herramientas en manos del gobierno imperial. Cuanto mejor sometidas y complacientes, mejor. En eso mismo estará la mejora de sus intereses. Los ancianos son por tanto los que ejercerán el poder defendiendo el orden establecido, unidos estrechamente a la nobleza sacerdotal. Con ofrendas intentarán también hacerse presentes en el templo hasta donde les sea posible, para que su fama de religiosidad les prestigie ante el pueblo y les garantice su situación.

Los letrados. Eran la aristocracia intelectual, los que llegaban al alto consejo del sanedrín, precisamente por su saber. En principio continúan una larga trayectoria, que viene de atrás. En el camino del pueblo, junto a los sacerdotes, aparecieron los profetas. Después del destierro, junto a los sacerdotes, aparecieron los sabios, que estudiaban y enseñaban la ley. Ahora en este mismo puesto aparecen los letrados, escribas o doctores. Son los «especialistas en la ley», teólogos y juristas al tiempo. Esto quiere decir que no sólo explican la voluntad del Señor para el pueblo, sino que indican y juzgan sobre su cumplimiento en la vida de cada día. Se forman en escuelas que dirigen grandes maestros. Están centrados en el estudio e interpretación *(midrash)* de la ley, que abarca no sólo el Pentateuco, sino también las tradiciones que Moisés recibió junto a la *torá*. Además de esta ley oral y escrita, estudian los textos proféticos y «los escritos», especialmente los salmos. Sus discípulos formaban una comunidad de enseñanza y de vida. Cuando ya dominaban la tradición, como doctores «no ordenados», podían sentarse en un tribunal para juzgar sobre causas de poca importancia. Pasados los años y por la imposición de las manos eran admitidos al colegio de los escribas como miembros de pleno derecho. Ya podían sentarse a juzgar procesos criminales y acceder a la mesa del sanedrín.

El camino de los letrados es un camino de promoción sociopolítica. En general proceden de la clase media. Pero hasta puede darse el caso de que un hijo del pueblo bajo, como Hillel, por su inteligencia y su bondad, pase a ser una de las personas más destacadas de Israel, habiendo sido hijo de un mendigo. El poder de los letrados depende de la posición socio-política a donde les ha conducido su promoción cultural. Ellos tienen cada vez más autoridad, pues son los portadores de la «cultura» y el «derecho». Este camino les ha abierto los puestos más importantes de la administración, de la justicia y de la enseñanza. Ancianos y sacerdotes tendrán que escuchar atentamente lo que dicen los letrados, que se sienten portadores e intérpretes de la ley y que parecen llegar al sanedrín de parte del Señor y de su pueblo. Pero por otra parte, el acceso al sanedrín sólo lo alcanzan verdaderamente cuando con su enseñanza legitiman la observancia de la ley, que en gran medida por sacrificios, impuestos y costumbres, va en beneficio de la clase sacerdotal dirigente. Los letrados no pueden menos de legitimar el culto hasta en sus mínimos detalles y de legitimar también los impuestos de los que se sostiene el culto. Pagan como ejemplo ante el pueblo «el diezmo de la menta, el anís y el comino» (Mt 23, 23) escondiendo así su aspiración a los primeros puestos del poder (Mt 23, 5), que lleva consigo participar en el despojo del pueblo sencillo (Mt 23, 25).

Esta posición de poder de los letrados se extiende hasta los pueblos pequeños, pues ellos forman parte de los consejos directivos de las sinagogas locales. En ellas, los letrados no sólo explicaban la Escritura, sino que son los jueces y supervisores de la marcha de la vida diaria. Su papel como educadores y guías espirituales, del que hablaremos después, iba unido al ejercicio del poder. En sus manos estaba el poder judicial y hasta el ejecutivo. Ellos podían imponer castigos de amonestación, flagelación y hasta destierro. De este modo sucede que los que el pueblo sencillo cree que son sus defensores, se convierten no sólo en los que legitiman el poder establecido, sino en los que de alguna manera lo ejecutan. Es aquí donde alcanzamos a comprender su juego a doble carta o lo que podemos llamar la «hipocresía estructural». Su misma posición les obliga a doble cara: defensores del pueblo ante los ricos y los sacerdotes para sentarse junto a ellos de parte del pueblo de la ley; y al tiempo legitimadores del orden establecido, mantenido por la plataforma del sanedrín, a costa del adoctrinamiento y la sumisión del pueblo sencillo. Prescindiendo de sus buenas o malas intenciones, si quieren estar donde están, es decir, en los consejos de administración y de justicia de la ciudad y del campo, han de jugar la doble carta, con doble cara. Sacerdotes y ancianos llegaban al poder desde el dinero y la casta, los letrados llegan al poder desde el saber. El pacto entre ellos, a pesar de

las tensiones y precisamente contando con ellas, sólo es posible si ellos son la correa de transmisión del poder, disfrazada por cierto de servicio, para que el pueblo se integre en la marcha de la historia «dando al César lo que es del César».

Si pasamos ahora del alto consejo del sanedrín, con su posición dominante, al análisis de la dominación en el pueblo sencillo, apenas nos encontramos datos que lo atestigüen. Siempre el pueblo ha sufrido el poder de los grandes, sin que documentalmente se relate en la historia.

Los pobres despojados y abatidos

«Jesús recorría pueblos y aldeas enseñando en sus sinagogas... Viendo a la muchedumbre se le conmovieron las entrañas, porque estaban despojados y abatidos como ovejas que no tienen pastor» (Mt 9, 35-36). Posiblemente estas palabras del evangelio no sólo relatan la situación real, sino también lo que Jesús descubre en ella, desde su mirada.

Están despojados. Ellos no tienen poder. Lo que da poder a los sacerdotes es su descendencia, su sangre; lo que da poder a los ancianos es su riqueza; lo que da poder a los letrados es su saber.

La clase media, según vimos, en la medida que toma parte en la cultura y en la riqueza, participa de alguna manera también en el poder. Pero el pueblo de la tierra, ni tiene sangre noble, ni es dueño del latifundio y del comercio, ni tampoco tiene entrada a las escuelas donde se alcanza la alta formación intelectual. Por tanto si no tienen, ni saben, tampoco pueden. Ahora bien, esto no es un dato sin más de la historia, sino un resultado de un despojo. Si la tierra es una mesa común, para avanzar juntos como un pueblo de hermanos por la historia y resulta que la oligarquía de la sangre, del dinero y de la inteligencia se han apropiado de lo que era de todos, entonces es que han despojado al pueblo de su poder, del protagonismo de su camino, de la participación compartida en su historia.

Están abatidos. El pueblo de los pobres podía estar despojado y sin embargo mantenerse en pie, en lucha. Pero generalmente no es así. Los trabajadores de la ciudad se someten a los poderosos con una «adhesión expresiva», es decir, dándoles muestra de que están con ellos en todo. Les deben el trozo de pan que comen. Si no les dan trabajo, no pueden dar de comer a sus hijos. Por tanto la clase baja de la ciudad es conservadora. Puede perder las migajas de las que vive. En cambio el pueblo del campo está más desasosegado. Tampoco podemos decir que esté en pie, dispuesto a luchar, pero sí ha tomado la posición de la «resistencia silenciosa». Del campo saldrán como

veremos los movimientos revolucionarios, pero la mayor parte de las gentes no se atreve a actuar frente al poder establecido. Los guerrilleros les gritarán que hay que ponerse en marcha para la liberación. Y en principio ellos resistirán, pero en silencio. Están sobrecargados y cansados. Silenciosamente se agita en ellos el grito por la libertad. Lo veremos después.

4. *La cadena de la mentira*

Sobre la base de la situación socio-económica y socio-política y en estrecha relación con ellas, se encuentra la situación socio-cultural. El piso de la bolsa y del azadón, empalma con el piso del sillón y del bastón. Y estos empalman a su vez con el piso de la escuela y los libros. Tanto tienes, tanto vales, tanto puedes. Y ahora añadimos, tanto sabes. La barrera que separa al rico del pobre, al grande del pequeño y al poderoso del débil, separa también al hombre instruido del ignorante.

La cultura de «los sabios y entendidos»

En este rincón pequeño y pobre de la tierra se entrecruzan en este momento dos culturas, la helenística y la judía, enraizándose en el montaje de la sociedad, que venimos descubriendo. Conviene que digamos sencillamente qué es una «cultura». En primer lugar es una visión del mundo («cosmovisión»). Es una visión del hombre y de sus raíces en la sociedad, en el mundo y en Dios. Abarca una imagen del hombre, de la sociedad, del mundo y de Dios. Abarca también una imagen de la historia, del camino que el hombre va haciendo implantado en el mundo, incorporado a la sociedad y arraigado en Dios. La cultura lleva consigo valores y normas y, como estos se dan en la historia, también tradiciones. En segundo lugar, esta visión del mundo está comprendida y vivida por un pueblo y por los hombres que en el pueblo existen. En este sentido cultura o, como decimos nosotros, «educación», es un proceso de ser hombre, es ser persona («personalización»), con lo que lleva consigo de ser conscientes y responsables, solidarios con la sociedad y comprometidos con el mundo en la marcha de la historia. En tercer lugar, la cultura como cosmovisión del pueblo de los hombres, que se va haciendo, lleva consigo una identidad. Es lo que da a un pueblo su identidad y su dignidad, distinguiéndolo de otros, que al tiempo reconocen a este pueblo en su autonomía («identificación»). Esta pequeña sugerencia nos permite adentrarnos ahora en el mundo de Jesús. Decimos que en él se entrecruzan dos culturas.

Estas dos culturas, tanto la helenística como la judía, es decir, tanto la cultura del imperio romano, como la del pueblo judío, tienen pretensiones universales. Quieren ser nada menos que culturas universales, algo así como la única cultura de valor para todo el mundo. Esto hace que tanto una como otra cultura adopten dos posiciones: por una parte el repliegue sobre sí mismas (etno-centrismo) y por otra parte el rechazo frente a las otras (la antipatía al extranjero, que entonces se llamaba «xenofobia»). Se trata de ver cómo estas dos culturas, protagonizadas por distintos grupos del bloque dominante, se enraízan en el entramado socio-económico y socio-político de Palestina.

La cultura de la marginación que integra. La cultura del imperio, tomada en su mayor parte del mundo griego (que por eso la llamamos helenismo), pretende ser la cultura del universo, que abre la ciudadanía a todos, excluidos tan sólo los ignorantes («bárbaros»). Lleva consigo al tiempo una religiosidad común, revestida de formas distintas. Y sobre todo es la cultura que protagonizan las clases dirigentes de Roma, para integrar en la unidad a todo su imperio. Las distintas partes de aquel gran mosaico, se integrarán de veras en el imperialismo romano, cuando «se traguen hasta dentro» (introyección) su visión del hombre y de la vida, tan entrelazada con su proyecto de tener, poder y saber. En principio, el helenismo siente un recelo ante la cultura judía, porque descubre que los judíos en el imperio viven enquistados sobre sí mismos y al mismo tiempo en estrecha solidaridad. El judaísmo es una religión y una cultura vigorosa, que se resiste a la asimilación. La estrategia romana consiste en reconocerle sus privilegios, para acoplarle en el marco del imperio. Es decir, el reconocimiento del judaísmo como «religión permitida» se hace con el propósito de rechazarlo o mejor de integrarlo en su marginación. Podemos decir que la cultura helenística en Palestina y en la diáspora judía pretende la «marginación integradora».

La entrada del helenismo en el mundo judío se había empezado a dar desde hacía mucho tiempo. La resistencia macabea fue el intento de resistir hasta la sangre frente a la amenaza de la pérdida de la fe en el Señor, del camino de su ley y de la propia identidad de su pueblo. Ya entonces se comprobó que la nobleza sacerdotal y seglar, es decir, los sacerdotes ricos y los seglares ricos, sentían una atracción especial hacia el helenismo. Así también ahora, sacerdotes y ancianos, por una parte, aparecían como muy conservadores. Sólo querían conservar como vinculante el Pentateuco, la pura ley de Moisés. Los profetas eran visionarios peligrosos. Y los «escritos» habían sido fundamento de muchas y aventuradas novedades. Sacerdotes y ancianos defienden que ellos son los que conservan las creencias del antiguo Israel, y que su pasado tiene continuación en el presente que ellos están constru-

yendo. Pero para ello hay que integrarse al nuevo sentido de la vida del helenismo. «Conservadores» en sus cofradías, son «liberales» en sus costumbres. El apego conservador a las creencias, reducidas al mínimo de la vida cultual, permite tomar las formas de vida romanas, con la cosmovisión cultural que llevan consigo. No hay, pues, ningún reparo en aceptar el helenismo como cosmovisión que favorece los procesos de integración socio-política en el imperio.

La nobleza sacerdotal y terrateniente es la gestora de esta marginación, que margina e integra al tiempo, integra marginando. De este modo se convierte en la mejor administradora de los intereses imperiales y de la cultura helenística, por cuanto hace pasar a todo el pueblo, incluso a las capas populares a su visión del mundo, que va siendo introyectada. El precio de esta gestión será la neutralización de la identidad judía. La identidad judía se ha des-integrado. Debajo del ceremonial judío del templo y de la vida pública, ellos están adheridos al modo de vivir y de sentir del imperio y sirven de camino para que todo el pueblo judío de Palestina se integre en él, desde las últimas raíces de su existencia. Están colaborando a la remodelación profunda de la mentalidad de su pueblo.

La cultura de la integración que margina. El judaísmo es una religión, pero al tiempo es una cultura. En sus libros sagrados se encuentra no sólo la revelación del Señor a su pueblo, sino también una visión del mundo («cosmovisión»), es decir, del hombre, de la sociedad, del universo, de la historia y de Dios. En la Escritura no sólo se escucha la palabra del Señor para descubrir su camino, sino que allí mismo se aprenden ciencias naturales y geografía, sociología y política, filosofía y ética. La identidad entre comunidad religiosa y comunidad popular ha llegado a tal extremo que la historia de la fe es la misma historia del pueblo. Podemos, pues, decir que para el pueblo judío de aquel tiempo la cultura es fundamentalmente la cultura religiosa.

Conviene subrayar que el judaísmo como cultura en el sentido de «cosmovisión» y de «educación» se encuentra en una crisis. En efecto, la universalidad y el particularismo, que encierra en su seno, están en conflicto. Por una parte, Israel se siente llamado a reunir en torno a Sión a todas las familias de los pueblos que allí peregrinarán para ser bendecidas en la vieja promesa de la alianza. Al fracasar el proyecto político de su imperialismo, podría pensarse que la irradiación universal de la fe judía en medio del imperio, que se estaba llevando a cabo, era realización de aquella familia de los pueblos, sentada con los patriarcas a la mesa de la ley del Señor. En este sentido, la cultura judía es abierta e incluso tiene la pretensión universal de abarcar a todos y de ser la única para todos. Pero Israel se siente al tiempo como un pueblo preferido entre los pueblos. Ahora su existencia se ve

amenazada, hasta en su misma fe. No es extraño, pues, que se subraye el particularismo, que se acentúe la identidad judía y que de esta identidad se haga un arma política en distintos frentes.

Así como los ancianos y sacerdotes asienten gustosamente a la marginación integrada que Roma propugna, los letrados parecen enfrentarse enérgicamente a ella y rechazarla, buscando una fuerte identidad judía en la fe y en la vida. La importancia de los letrados en la situación socio-cultural es extraordinariamente destacada. Ellos tienen en sus manos la enseñanza de la escuela superior de judaísmo, que se centra en Jerusalén, la ciudad del saber teológico y jurídico. Ya hemos dicho que en los grupos de letrados se forja la teología, es decir, la visión del mundo, que da sentido a la vida y, al tiempo, el derecho, es decir, las normas que encauzan esta vida, la enjuician y la aseguran. Los letrados son, pues, no sólo los guías espirituales del pueblo, que suceden a los profetas, sino también sus educadores y sus jueces. «En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas» (Mt 23, 2). Efectivamente en el templo, en el sanedrín y en la sinagoga ejercen su obra de educación y de administración de justicia. Ellos cuidarán de que el conocimiento de la ley alcance al pueblo. Y hasta en las sinagogas de los pueblos intentarán hacer escuela para la instrucción de los niños. O incluso abrirán escuelas privadas, costeadas por unas cuantas familias. La obra de educación y culturización de los escribas va penetrando desde arriba por el pueblo, aunque no alcanza seriamente al pueblo de los pobres, a las gentes de la tierra.

La religiosidad que los escribas propugnan y la cultura que imparten depende en gran parte de su posición sociopolítica. En principio defenderán enérgicamente la identidad judía, pero no sólo con la ley, sino con las tradiciones, que hacen de valladar a la ley, tradiciones que están en su mano y que les permiten incluso manipular la ley, para buscar y hacer «su justicia». Cuando ellos defienden que el pueblo debe «tomar el yugo de la ley» para preparar la llegada del reino, no significa por ello que los letrados busquen ni mucho menos la independencia y el protagonismo de su pueblo. Ellos han pactado con los poderes establecidos. Enmascaran su pacto, apareciendo como defensores del pueblo, para tener más fuerza y más derecho y así pactar y situarse mejor. La cultura de los letrados es una cultura para la vida, pero en forma de casuística, que privatiza individualmente la fe y refiere verticalmente la vida al premio de los méritos en la vida del más allá. Así se llega a la extraña situación de que esta cultura de los letrados que parece una cultura de resistencia es, sin embargo, una cultura sin sociedad y sin mundo o, mejor dicho, es la cultura para someterse e integrarse en la sociedad y en el mundo que están establecidos.

La religiosidad y la cultura de «cargar con el yugo de la ley», que parece en primer plano buscar la mayor identidad del pueblo, sus valores y los caminos para realizarlos, resulta que es un camino por el que los letrados se encumbran al poder, a donde pueden subir por lo que saben, y al tiempo envuelven al pueblo en la red de «sus normas» desde donde dicen que el pueblo puede promoverse e integrarse en la situación social. Si nuestros análisis se aproximan a la realidad, entonces diríamos que los letrados en su labor cultural y educativa están legitimando la integración. Luchan contra la marginación integrante, pero de hecho están promoviendo la integración que margina y despoja al pueblo. A pesar de las discrepancias de palabra, que tanto prestigian ante el pueblo, los intelectuales se adhieren enérgicamente al orden establecido buscando su futuro. Esta doble carta y esta doble cara da a la cultura de los letrados el carácter de hipocresía institucional, de mentira objetivada. «Desconociendo, pues, la justicia de Dios y buscando su justicia, no se sometieron a la justicia de Dios» (Rom 10, 3).

La cultura de la gente sencilla

Si pasamos del bloque dominante al bloque dominado, para averiguar su situación cultural, nos encontramos en primer lugar con la visión que se tiene desde arriba, desde las clases dirigentes, que son las que han podido poner por escrito sus opiniones. Esta gente sencilla, el pueblo de la tierra *(am-haares, nepíoi)*, son personas incultas a quienes falta toda formación religiosa, que es la única que existía en el judaísmo. Por su incultura, son gentes retrasadas y nada piadosas. Al ignorar la formación religiosa, no pueden saber la forma de comportarse y por tanto están no sólo marginados, sino difamados. Tienen cerrada la puerta de acceso a la salvación. Así es como se veía la situación sociorreligiosa y sociocultural del pueblo sencillo desde la clase dirigente, sobre todo desde los letrados.

La escuela del pueblo sencillo es la casa y la sinagoga. En primer lugar la casa, donde los padres han de enseñar a los niños el camino de la ley. En esta enseñanza va incluida la historia sagrada, que encierra una visión de Dios, del pueblo, del mundo y de la historia. Pero además la ley es el camino de la voluntad del Señor, es decir, el camino del comportamiento, por el que el hombre creyente se hace solidario del pueblo y comprometido con el mundo para la llegada del reino esperado. Cuando los pobres pueden ir a la sinagoga allí encuentran también la historia y el camino del Señor. Si además pueden tomar parte, cosa que es muy difícil, en los trabajos escolares de la sinagoga, fuera del culto propiamente dicho, entonces se eleva

«su cultura», es decir, su visión del mundo y su capacitación para insertarse en la sociedad, además del oficio que desempeñan. Lo que sí parece claro es que el pueblo sencillo despreciado por los letrados por ser ignorante, tiene su propia cultura religiosa. En términos actuales diríamos, que tiene más «educación» que «cultura», es decir, sabe mejor ser «creyente», solidario de su pueblo y comprometido con su mundo, que «instruido» y perito en los saberes enciclopédicos que encierran las Escrituras.

Sobre esta cultura popular, incide la cultura del bloque dominante, la de los nobles, sacerdotes y seglares, y la de los letrados. Es cierto que la nobleza sacerdotal y terrateniente queda lejos del pueblo sencillo, pero da un «tono de vida», que seduce a la gente. En las instituciones helenísticas sembradas por la geografía de Palestina y en los marcos de Jerusalén, donde la vida tiene mucho de la vida de la ciudad helenística, los pobres se sienten atraídos no sólo hacia los ricos, sino hacia su forma de vida, que consiste en acumular para situarse y bienestar. Lo que ocurre es que en aquella pobreza tan extrema en la que viven, tan sólo les es posible aproximarse en el deseo a este tono de vida. Los letrados, en cambio, están repartidos por el país, actúan en el culto, explicando la Escritura, pero también actúan en los tribunales interpretando y aplicando la ley desde las tradiciones. Según venimos diciendo, esta cultura de los letrados irradia al pueblo sencillo provocando el asentimiento a la situación. Si los ricos provocan a disfrutar, los letrados a asentir resignadamente. Se es instruido, sabio y bueno, en la medida que se toman sobre sí los fardos de las observancias. «Atan pesadas cargas y las ponen sobre las espaldas de los hombres» (Mt 23, 4). No es extraño, pues, que ante la mirada de Jesús los «sencillos», a los que los letrados llamaban «incultos», sean hombres «sobrecargados» que han llegado a estar no sólo cansados, sino incluso agobiados con su carga (Mt 11, 28).

11

Las luchas por la liberación

La tierra que recorrió Jesús era una tierra encadenada. Al hacer el estudio de su situación socioeconómica hemos descubierto la cadena de la injusticia; al estudiar la situación socio-política hemos descubierto la cadena de la opresión y al estudiar la situación socio-cultural, hemos descubierto la cadena de la mentira. Una tierra así construida es una casa en ruinas o mejor una casa convertida en campo de guerra. Por medio atraviesa el muro, que divide a los ricos de los pobres, a los grandes de los pequeños, a los poderosos de los débiles, a los sabios de los ignorantes. Es el muro de la injusticia, que oprime y enfrenta, legitimándose después con una cultura de marginación y de dominación. Esta barrera que separa es al tiempo una trinchera, donde unos grupos se enfrentan con otros, defendiendo unos y otros sus propios intereses. La tierra que atraviesa Jesús se encuentra en lucha, en la víspera de una revolución, que está a punto de estallar. A muchos les parece que su situación es propiamente una situación pre-revolucionaria. Queremos analizarla.

1. *Los grupos en lucha*

¿Qué camino podemos encontrar para analizar a fondo esta lucha que articula la historia del mundo de Jesús? Tal vez ninguno mejor que descubrir los distintos grupos que toman parte directamente en la lucha. Conviene que veamos cómo se sitúan en la sociedad, cuáles son los ideales que tienen como meta para la conquista del poder. Después veremos cómo afrontan la lucha en los distintos frentes. Sobre el encuadramiento social de los grupos, hemos de partir del entramado económico-social-político y cultural que acabamos de dibujar. Y para el estudio de su ideología nos ayudaría conocer su denominador común y los distintos acentos que pone cada grupo. Los grupos, que

luchan, tienen efectivamente un denominador común, pues todos ellos parten de la fe judía en las Escrituras del antiguo testamento. En ellas se descubre la alianza del Señor, que aparece primero como promesa, después como éxodo de liberación y entrada en la tierra de la herencia, después como promesa nueva hacia un nuevo éxodo para una tierra nueva. Ya hemos ido recorriendo detenidamente estos pasos de la historia santa. En ellos descubrimos como denominador común la historia que el Padre hace con su familia para construir su casa por medio de su Ungido. Ungido, pueblo y tierra son como los trazos centrales del mensaje que cada grupo busca realizar, tomándolo en ocasiones como medio para la conquista del poder.

Los saduceos

Al volver del destierro, el pueblo es una comunidad agrupada en torno al templo y a la ley. Según esto, nos encontramos con una teocracia, es decir, el «gobierno de Dios», que en realidad es el gobierno de sus representantes, los sacerdotes. Tanto la marcha de la comunidad, como sus relaciones con el exterior están en manos del sumo sacerdote y de sus colaboradores. En la lucha de los macabeos, el rey de Siria, acosado en su política internacional, pacta con los rebeldes y estos asienten al pacto. De la rebelión se ha pasado a la concesión. Se inaugura la dinastía de los asmoneos. Jonatán, «amigo del rey», es investido al mismo tiempo como sumo sacerdote. En esta situación la nobleza sacerdotal y sus aliados se unen, frente a los nuevos dirigentes, apareciendo como los verdaderos descendientes de Sadoq («saduceos»), para defender sus derechos económicos, sociales y políticos. Pero pasado el tiempo, empalman estrechamente con los reyes asmoneos. De nuevo encontramos a «sacerdotes» y «reyes» unidos, ambos sometidos a la política imperialista, como su correa de trasmisión y abiertos enteramente a la cultura helenística, que es el clima espiritual, donde el imperio va cristalizando.

El encuadramiento social del movimiento saduceo se nos descubre así con facilidad. A este grupo pertenecen las familias sacerdotales dirigentes, las principales familias de los grandes comerciantes de la ciudad y de los grandes terratenientes del campo. Su principal propósito es la defensa de sus intereses y de su posición, primero frente a los asmoneos y después bajo los asmoneos y bajo los romanos. A partir de aquí entenderemos su inserción histórica tanto con relación a la superestructura imperial, como con relación a la infraestructura nacional. Ellos van a defender el «estado del templo», un estado nacional, extendido a toda Palestina. Este estado no será la tierra de judíos y no judíos, como se proponía Herodes en su estado palestino,

plenamente integrado en el imperio, sino la tierra de los judíos circuncidados, que conservando una cierta autonomía, estuviera sin embargo «orgánicamente» integrada en el imperio, donde podría encontrar el mejor futuro para la realización de su proyecto histórico.

Para los saduceos, la historia santa tie su punto final en el templo y en la ley, según la teología encerrada en el Pentateuco. Ellos miran el presente desde el pasado. En el pasado está la creación del Señor, que se ha consumado en su liberación. La promesa hecha a los padres, la realizó el Señor cuando sacó al pueblo de la esclavitud y lo condujo por el desierto, revelándole el camino de la ley, hasta que por fin lo hizo entrar en la tierra de la herencia. Esta tierra se concentra en torno a Sión y Sión en torno al templo, desde donde el pueblo puede hacer camino siguiendo la ley. El templo es el fin de los caminos de Dios. El estado del templo, servido por los sacerdotes, es la verdadera realización del reinado de Dios. No es necesario mirar hacia adelante a una tierra nueva, como si esta historia no fuera la última. Lo último es esta única historia, esta única intrahistoria, donde el hombre se va construyendo a sí mismo y situándose en el pueblo y en el mundo, interesándose cada vez más por una vida mejor, pues el bienestar es una bendición del mismo Señor. Habrá que conservar los ritos del templo, con la mayor devoción, pero sólo en el templo y sólo para los sacerdotes. Fuera del templo los sacerdotes quedan abiertos a la aventura de su bienestar, que procurarán que sea para todo el pueblo («capitalismo popular») aun sirviéndose del mismo pueblo, del que pueden disponer de cara a la vida, pues en nada les obligan los ritos, que son sobre todo ceremonias cultuales. Los saduceos serán, como apuntábamos antes de los sacerdotes y ancianos, «conservadores de las ceremonias» y «liberales en las formas de vida», cada vez más modeladas según el modelo del bienestar helenístico. De este modo se realizará históricamente el Israel de Dios, aquel pueblo elegido que está ya introducido en la tierra de la herencia y en el mejor camino de su realización.

Los fariseos

El fariseísmo es en el fondo un intento de formar la comunidad pura, el verdadero pueblo de Dios, que se dispone para la venida del Mesías, mediante la obediencia de la ley. Sus raíces vienen de atrás. Cuando en la época helenística la nobleza del pueblo se acomodó a la cultura extranjera, con peligro de perder la fe en el Señor, adentrándose así en la idolatría y en la opresión, nace el movimiento de «los piadosos», que es un movimiento de conversión, que pretende la acogida radical de la alianza, para esperar el nuevo futuro de la

promesa. De este movimiento nacerá el esenismo, el celotismo y el fariseísmo. Común a los tres movimientos es que el presente está visto «en estado de promesa», es decir, desde el futuro del Señor, que se avecina. Más que en el «ya», estamos en el «todavía no». Este mundo va a ser sustituido por otro mundo nuevo (apocalíptica), que surgirá como un don por la intervención del Señor, a la que el pueblo ha de responder en su tarea. El «cómo» y el «dónde» se realice este camino es lo que va a dividir el movimiento en distintos senderos. Al principio de la crisis de los macabeos, los «piadosos» apoyaron la subversión, pero ya en tiempos de Judas Macabeo, lo abandonaron, unos para separarse y luchar desde fuera (esenios), otros para separarse y luchar desde dentro («los fariseos» = «los separados»). Su oposición al poder les llevó en tiempos de Alejandro Janeo a una sangrienta persecución y en tiempos de Herodes a una severa reducción de sus aportaciones, pero logran ya con los asmoneos hacerse presentes en el sanedrín entre los letrados, y ganar cada día más prestigio, hasta el punto de llegar a ser los verdaderos dirigentes del pueblo y los que le salvarán después de la ruina.

¿Cómo se insertan en el tejido social? En principio hemos de decir que este movimiento espiritual pretende llevar a la vida diaria la santidad sacerdotal, mediante la observancia de la ley y que está abierto a todos los sectores y estratos de la población. Pero de hecho su movimiento arraiga sobre todo en la clase media, entre comerciantes y artesanos. Este dato tiene una gran significación para descubrir su mensaje y su camino. Sabemos además que se trata de una clase media que se está promoviendo en la escalada social. Casi todos sus dirigentes son letrados, gentes que aun procediendo desde abajo, han ascendido por el camino del saber hasta los puestos de la enseñanza y de la administración. Además, se trata de un movimiento comunitario. Está formado por pequeñas comunidades de laicos, entregados al estudio y a la observancia de la ley, que articula toda su existencia. Hacia fuera se destacan por el cumplimiento minucioso del diezmo y la concienzuda observancia de las reglas de pureza, que el pueblo sencillo no puede realizar. Se destacan también por sus gestos de beneficencia para con los pobres, en los que buscan ganar méritos para la vida presente y la futura. De este modo estas pequeñas comunidades, a pesar de ser laicales, dan a entender que representaban al pueblo sacerdotal de la salvación de los últimos tiempos. Por eso se llaman a sí mismos preferentemente los «separados», por ser los «piadosos», los «justos» y los «pobres». Encuadrados así en el entramado social, han encontrado también, según vemos, el camino para acoger e interpretar la alianza.

Los fariseos son el verdadero Israel, el verdadero pueblo de Dios, porque son el pueblo de la ley. «El mundo y todo lo que hay en él se

creó sólo para la *torá*». La ley es, por tanto, el eje de toda la historia santa. La ley es más importante que el templo, que de ella depende. La ley es el verdadero tesoro de Israel. Ella es quien le hace ser lo que es, dándole su identidad y le destaca sobre todos los demás pueblos de la tierra, dándole su preeminencia. Pero los letrados fariseos para custodiar este tesoro, lo han encuadrado con las tradiciones orales en un marco de leyes: la ley en las leyes, que son tan importantes como la ley. Las leyes con más de seiscientos preceptos son el valladar que defiende y encauza el cumplimiento de la ley. Entonces la ley, que era la manifestación de la alianza, la revelación de la voluntad del Señor para el camino, se ha convertido en una ley legalizada. Los fariseos con esta legalización buscan aplicar la ley a la vida en el instante concreto de la historia, pero de hecho la legalización hace pasar la ley a sus manos y la hace depender de su interpretación casuística. Ellos son los que han de decir «qué» hay que hacer, en su lectura teológica, que distingue lo bueno de lo malo y han de decir también «cómo» hay que hacerlo en su lectura jurídica que señala el camino de la observancia. El pueblo de Dios, más que el pueblo de la ley, es el pueblo de las observancias formales y estrictas, el pueblo de la pureza legal.

El pueblo, por este camino, se encaminará hacia el reino, que será el reinado pleno de la ley o, mejor, de la alianza, que se ha realizado del todo en la ley. El Señor es el Dios de la alianza, pero ésta no está vista desde la misericordia incondicional, sino desde la misericordia condicionada. El Señor está obligado a llevar la contabilidad de los méritos de los justos y a ser misericordioso con ellos. Si el ajustamiento de cuentas no tiene lugar en el presente, sucederá en el futuro, en la consumación. Ahora bien, el futuro se anticipará en la llegada del reino. El mediador será el mesías, el rey, ungido con el Espíritu, el hijo de David, que renovará al Israel de las doce tribus, arrancará de él el pecado y la injusticia y castigará a sus enemigos, sometiéndolos al pueblo de Dios. De este modo el reino será un estado dentro de la historia, que centrado en Israel, abarcará todo el universo de los pueblos. Los Salmos de Salomón, escritos por los fariseos, suplican esta venida del Mesías para realizar el reino. El pueblo ha de prepararse «tomando sobre sí el yugo del reino de Dios» que es la ley, para que se cumpla la esperanza política nacional y para que llegue incluso la renovación final de la resurrección de los muertos. Los fariseos alientan, como camino necesario, a insertarse en el mundo presente y desde allí, mediante la observancia, colaborar en medio del pueblo a la llegada del reino. Veremos las consecuencias de esta posición.

Los esenios

El movimiento de conversión apoyó la revolución de los macabeos, pero, según ya advertimos, los «piadosos» se sienten pronto desasosegados. En primer lugar porque la lucha se dirigió más bien a la toma del poder, que al cambio del corazón. En segundo lugar, porque la lucha por el poder conduce al pacto con el poder. Tras el asesinato de Judas Macabeo, Jonatán asume el mando y el sumo sacerdocio. Entonces un hombre de gran espíritu profético, que conocemos bajo el nombre de Maestro de justicia, dirige la oposición contra los asmoneos de un grupo de «piadosos» que asombrados de la profanación del templo y de la tierra, deciden salirse fuera de la apostasía, para preparar la llegada de los nuevos tiempos de la luz. El grupo se adentra en el desierto de Judá, no como nómadas que peregrinan, sino como una comunidad monástica que se asienta para convertir el yermo en oasis. Gracias a la fuente abierta por el Maestro de justicia florece en el desierto la plantación del nuevo resto. «Yo te alabo, Señor, pues me has trasladado a una fuente que fluye en una tierra seca» (1 QH 8, 4 s).

Qumrán es un hogar para la «comunidad de la alianza». El monasterio mismo indica el camino de su vida. Hay lugares para purificarse con frecuencia, según exige el mandamiento del Señor, para la participación en el templo. Hay otros lugares, para escuchar la palabra, escribirla, meditarla, ahondarla, comentarla. Hay por fin en el centro el lugar para la reunión de la cena común, que tiene un carácter religioso y litúrgico. Alrededor, lugares de trabajo, campos, talleres y almacenes, donde se trabaja en común para compartir en común el fruto del trabajo. En un lugar próximo, el cementerio. En las proximidades del monasterio, las viviendas de los que siguen esta norma de vida aun sin vivir dentro. Todos, los vivos y los muertos, los de dentro y los propios de fuera son como un ejército que se prepara en el desierto para los tiempos nuevos. Sencillamente están a la espera del reino consumado, en una tierra y en un pueblo que en su parecer están profanados por la mentira.

¿Quiénes forman la comunidad? Indudablemente, han sido «los piadosos», los que se han marchado al desierto. Pero, ¿de qué grupos sociales? Tal vez, a diferencia de los fariseos, muchos de los hermanos que aquí se reúnen son de la clase media baja o del pueblo sencillo aunque no sean de los últimos. Se sabe que aquí han venido campesinos y ganaderos, albañiles y alfareros, herreros y panaderos. Pero es indudable también que en la comunidad desde el principio han estado presentes sacerdotes y letrados, más aún, que seguramente han ocupado en ella un papel dirigente. Toda la comunidad se considera un pueblo sacerdotal. Por ello los sacerdotes y levitas ocuparán siempre

un puesto destacado. Pero también la total dedicación a la ley hacía que aquellos que estaban capacitados para descifrarla y enseñarla, tuvieran también de hecho un servicio directivo. Nos encontramos, pues, con una comunidad que aun procediendo en gran parte del pueblo sencillo está remodelada por los dirigentes, sacerdotes y letrados, y tiene por tanto la conciencia de ser una especie de «aristocracia espiritual», lejos de la impía nobleza sacerdotal, pero también del maldito pueblo de los pobres, que no sabe la ley y por ello no puede mantenerse en la pureza de su observancia.

Desde aquí se entiende su teología y su espiritualidad. Se encuentran entre dos mundos, entre la luz y las tinieblas. Ellos, los «convertidos del desierto», son los «hijos de la luz», los «hijos de la complacencia de Dios», frente a los «hijos de las tinieblas» que están en la tierra de la injusticia. Ellos han acogido la alianza de la gracia. Su justicia procede de la gracia del Señor, que los ha hecho ponerse en pie y los ha incorporado a la comunidad de la alianza, al «pueblo de los santos de la alianza». Mientras que en el antiguo Israel todo el pueblo acogió la alianza, ahora tan sólo la ha acogido un pequeño resto, los que la celebran y renuevan en torno a la mesa. Así se encaminan hacia la llegada del reino, que está a punto de venir y que realizará el milagro de la «nueva ciudad», del «nuevo templo» para el «nuevo sacrificio». El Mesías encaminará la marcha hacia el fin. Serán dos figuras, las que representen la obra del ungido, un rey y un sacerdote. Los dos unidos abrirán la tierra donde se llegue al pleno cumplimiento de la alianza. Mientras tanto la comunidad espera y prepara. En primer lugar acoge la gracia de la alianza. Se purifica con las renuncias de sus votos y con las abluciones sacramentales, para poder acoger la palabra y sentarse a la mesa de la comunión de la alianza. A partir de aquí podrán después caminar unidos en la comunidad de vida, de bienes y de trabajos. Esperando que algún día lleguen todos al banquete. Sin embargo ahora es tiempo de lucha. Por una parte la lucha paciente de la observancia. Así anticipan el fin, siendo lumbreras y vigilantes del camino, dando la cara al mundo de los impíos, a los que odian y rechazan por entero, impíos entre los que se cuentan no sólo los sacerdotes y los imperialistas del bloque dominante, sino los hombres ignorantes del pueblo sencillo. De todas formas llega el día de la venganza, el día de la guerra santa, cuando desde el desierto avanzarán al campo del combate. Al final, les veremos combatiendo junto a los guerrilleros celotes. ¿No había llegado ya la hora de la subversión y del ajuste de cuentas para el fin?

Los celotes

El censo y la recaudación, que tuvieron lugar por la época del nacimiento de Jesús, ponen en pie el movimiento revolucionario de los celotes, encabezado al principio por Judas el Galileo. En el gobierno de Herodes, ejercido con cruda dureza, creció intensamente la esperanza en el Mesías liberador. Palestina entera se había convertido en un polvorín político-religioso. El censo impuesto por el emperador persuadía a las gentes de que la tierra santa se había convertido en propiedad privada del César y que ellos iban a ser esclavizados todavía más. Había que empezar la lucha por la liberación. En Galilea donde el pueblo estaba más despierto y movilizado, Judas saquea el arsenal de Séforis, a cinco kilómetros de Nazaret. Aparecen profetas, que anuncian al Mesías e incluso líderes con la pretensión de serlo. Judas el Galileo, con un grupo de guerrilleros, no sólo empiezan a actuar, sino que encuentran el mensaje teológico que une y da fuerza a todos los que estaban dispuestos a resistir. A diferencia de los fariseos, los celotes creen que la situación no se puede transformar desde dentro, sino subvertir desde fuera. Y a diferencia de los monjes de Qumrán que piensan en la subversión, no creen los guerrilleros que ésta venga sólo por la conversión, sino por la lucha revolucionaria, o que en todo caso la verdadera conversión consiste en solidarizarse con esta lucha. El movimiento celote es pues un movimiento social-revolucionario con base religiosa.

Se llaman celotes, porque tienen «celo», que es ardor y pasión violenta por la llegada del reino de Dios. Por este celo están dispuestos a la lucha por la liberación escatológica en la historia, que consiste sin más en una lucha revolucionaria por hacer aquí y ahora la justicia del Señor. Precisamente porque se lanzaron a la lucha, se les llama «rebeldes» y «ladrones». Están en las montañas y asaltan los caminos. Y hasta se les llama «sicarios» por los pequeños puñales que llevan consigo con los que realizan atentados, dando muerte a sus adversarios aun en medio del gentío. Para ellos lo que cuenta es el «reino de Dios», que se entiende desde el éxodo de la liberación de Egipto, modelo de liberación para todos los tiempos. El reino es un poder terreno y realista. No se realiza si no es luchando por la libertad política para la plena soberanía del pueblo en su tierra. Su esperanza escatológica, que parece una utopía del otro mundo (apocalíptica) ha de tener una plena realización en éste. Se hace necesario unir la utopía religioso-política al realismo militar. De otro modo no es posible la liberación de la injusticia y de la opresión, que da acceso a la llegada del reino.

El movimiento de los celotes sólo se explica desde la opresión del pueblo y desde sus ansias de liberación. Pero tal vez sus dirigentes son

hombres de la clase media, con buena formación intelectual, que han descendido hasta abajo, han oído los gritos del pueblo, los han hecho suyos y los han interpretado. Junto a ellos se han agrupado muchos campesinos que están padeciendo la angustia de la situación. No quiere decir esto que el pueblo sencillo se pusiera en pie junto a ellos. Por el contrario, estaba a veces tan dormido y tan resignado, que quedaba abajo tirado en la cuneta, sin incorporarse a la lucha. Lo que sí es cierto es que la represión romana movilizaba a muchos de ellos, sobre todo a los más jóvenes. En ocasiones los guerrilleros, después de sus ataques por sorpresa, se retiraban de nuevo al desierto, mientras los campesinos judíos eran víctimas de la venganza de las tropas romanas. Expulsados de sus aldeas, se alistaban en las bandas del desierto. Es cierto que mientras la población pobre de Jerusalén y de las ciudades tenía posiciones conservadoras y se dejaban manejar por la aristocracia sacerdotal y saducea, el campesinado de Galilea y también de las provincias vecinas. Perea e Idumea, sentía simpatía por los guerrilleros y siempre que podía les apoyaba.

Su mensaje era fácil de entender para el pueblo. El reino de Dios sobre Israel es incompatible con cualquier otra dominación. Estamos en el primer mandamiento. «Sólo hay un Señor». Se trata por tanto de negarse a obedecer a todos los poderes terrenos, ahora a los romanos apoyados por los notables del país, para obedecer solamente a la ley del Señor y a las exigencias de su reinado. La tierra no es de Roma ni de sus príncipes, la tierra es solamente del Señor y por ello de su pueblo. Aquí está la raíz de su teología y de su mística que el pueblo recargado de impuestos y pasando calamidades comprendía desde su propia explotación. Para seguir este camino era necesaria la renuncia total al dinero, a la familia y a la propia vida. Había que disponerse al sufrimiento e incluso al martirio. Porque la lucha revolucionaria es camino obligado al reino y esta lucha trae consigo la más enérgica represión. Efectivamente, la liberación escatológica es igual a la liberación histórica. Más que un don es una tarea. Lo primero es la tarea de la lucha militante, después vendrá el don del milagro del Señor, que asegurará el triunfo.

El pueblo debe abrirse camino hacia el reino. El Mesías será uno de estos caudillos que lo encabezan, un mesías guerrero, que acabará siendo vencedor de todos los que explotan y oprimen el pueblo y la tierra. El camino de la militancia lleva consigo una estrategia que hoy diríamos político-militar. Había profetas que acompañaban la marcha levantando los ánimos, legitimando las acciones y encendiendo la esperanza de que el ungido aparecería cualquier día entre los jefes. Los grupos de guerrilleros mientras tanto destruían primero las imágenes del emperador, produciendo escándalos que sirvieran para concienciar al pueblo. Después se atreverían a destruir palacios y a

secuestrar y dar muerte a hombres destacados, que no sólo eran de los romanos imperialistas y de la nobleza sacerdotal, sino también de los colaboracionistas que hacían causa común con ellos. Su propósito era el levantamiento general contra Roma, para conseguir que la tierra, sin amos, fuera compartida por los pobres. Su lucha se movía en dos pretensiones. Hoy, diríamos, era un socialismo nacionalista. Pero a la larga se comprobó que en los celotes pesaba más el nacionalismo que el socialismo. Ellos también iban a la toma del poder y por fin no podrían tomarlo. Cuando estaban divididos entre ellos, por cuestiones de liderazgo, fueron aplastados.

2. *Los frentes de la lucha*

La tierra, según decíamos, ha dejado de ser casa común para convertirse en campo de guerra. El pueblo ya no es una familia, sino grupos de hermanos, que se enfrentan como enemigos. Los distintos grupos, que alientan la lucha, nos lo acaban de mostrar. Saduceos y fariseos militan, aunque de forma distinta, desde el bloque dominante. Esenios y celotes, aunque de forma distinta, militan desde el bloque dominado. Conviene que ahondemos más en esta lucha para poder escuchar más tarde desde su última hondura el grito por la liberación. Para ello vamos a estudiar los frentes de la lucha y las posiciones que los distintos grupos toman ante ellos.

a) *La lucha por el pan*

Nos encontramos en el frente socioeconómico. Ya hemos descubierto la fuerte cadena de injusticia que encadena la tierra y hemos visto cómo un muro separa a los ricos de los pobres. La situación por momentos se ha hecho crítica.

La superpoblación. El mismo Josefo hizo notar que Galilea tenía mucha población, más incluso que las regiones vecinas del norte y del este. Herodes cobraba más rentas. Pero además en su tiempo hubo necesidad de cultivar y poblar nuevas tierras, hasta llegar al 97 % de la extensión del territorio. Tanta necesidad había de conseguir un trozo de pan.

La concentración de la propiedad. Herodes se adueñó de muchas tierras confiscándolas. A su muerte los romanos pusieron en venta estas tierras de latifundio. Y fueron a parar naturalmente a la gente que tenía dinero, a los sacerdotes, que tenían dinero del tesoro del templo y a los comerciantes, que disponían de importantes capitales. Con latifundios, que se hacen producir, se puede exportar. Los

prestamistas comerciantes se hacen cada vez más ricos. «Al que tiene, se le dará, y al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene» (Lc 19, 26).

La exacción de los impuestos. Ya hemos descubierto cómo los privilegiados del bloque dominante, las élites de poder, tanto imperiales como nacionales, toman parte e incluso se disputan la explotación del país. Los recaudadores romanos exigían cada vez más y las gentes indefensas tenían que entregarse a sus acreedores (Mt 5, 25-26). Los impuestos se hacen cada vez más agobiantes. No es extraño, pues, que los que no pueden pagarlos y quedan entrampados, abandonen el campo y se pongan a luchar con los guerrilleros de la resistencia, que quieren deshacer desde sus raíces esta situación. Pero no sólo eran los impuestos estatales, sino los religiosos. Los sacerdotes exigían el diezmo, incluso mandando a las eras a sus siervos para que lo cobraran. Si los romanos, para exigirlo, disponían de los militares, la nobleza sacerdotal disponía del apoyo de la mentalización farisea (Lc 18, 12; Mt 23, 23). Haciendo hincapié en la ley, como voluntad de Dios, exigían al pueblo de los pobres que engrosaran los ingresos de la nobleza sacerdotal.

El hambre y la miseria. El evangelio de Marcos habla de terremotos y hambres, como señales del tiempo presente (13, 8). En la época de Claudio, por los años 46 al 47, se atestigua un tiempo de hambre (Hech 11, 28). Se cuenta de Herodes que había vendido sus propiedades privadas para mitigar las consecuencias de la catástrofe. Pero la catástrofe fundamental es la concentración de la propiedad y el abuso de los impuestos, con lo que lleva consigo de carestía de vida, de paro numeroso, de angustia y de miseria. De esta situación nace una nube de mendigos, de vagabundos, incluso de gentes que se agrupan en bandas de ladrones o que decididamente se alistan en los grupos guerrilleros de la resistencia.

El conflicto se agrava. Las contradicciones en el mundo de los pobres se han agravado profundamente. El malestar ha crecido. Pero la concienciación y el encauzamiento de este malestar en conflicto grave y coherente se debe a personas de otros niveles sociales venidos a menos que movilizan al pueblo, haciéndole cobrar esperanza de que un cambio asequible está ante la vista. En Qumrán había sacerdotes aristócratas que habían perdido su posición. Juan, el Galileo, jefe de los rebeldes, era pobre, pero procedía de una familia que se había arruinado.

Ahora sabemos ya cómo se presenta el frente de la lucha socioeconómica, cuál es la barrera de la injusticia social, en la que se debaten los frentes. ¿Cuáles serán las posiciones en el conflicto?

1. La lucha por el pan desde el bloque dominante

Según hemos visto, dos son los grupos que actúan enérgicamente desde el bloque dominante: la nobleza saducea y la intelectualidad farisea.

Los saduceos, sacerdotes y seglares, pretenden acumular cada vez más riqueza. Desde el puesto social, en que se insertan, son una «clase funcional». Por una parte le sirven a los procuradores y recaudadores romanos, para sacar sus impuestos. «Fulano de tal, es rico, vamos a hacerlo consejero», comentaba críticamente el pueblo. Con este asentimiento al plan económico imperial, no sólo encuentran los saduceos fuentes de nuevos ingresos, sino además defensa de las propiedades, que ya tenían. Por otra parte al protagonizar ellos también los impuestos religiosos, va a parar a las arcas del templo el sudor del pueblo, que les permitirá invertir en la compra de tierra o en el gran comercio internacional.

Los fariseos son la inteligencia que parece defender los intereses del pueblo. Y sin embargo aparecen de hecho como los que legitiman con la ley los intereses de la nobleza. Los nobles saduceos y los intelectuales fariseos, que en otro tiempo estaban enfrentados a muerte, «van ahora cogidos del brazo». Lo que los fariseos defienden por razones religiosas interesa a los saduceos por razones económicas. De este modo los fariseos nada menos que dan el visto bueno, con la ley del Señor en la mano, a la explotación económica de la nobleza, que se articula en el monopolio del templo. Ellos, por su parte, con el apoyo de los saduceos, acceden al poder y desde el poder se les abre el camino del tener.

2. La lucha por el pan desde el bloque dominado

Si saduceos y fariseos, de distinta manera, legitiman los intereses económicos del bloque dominante, los esenios y más aún los celotes pretenden representar los intereses del pueblo.

Los monjes de Qumrán luchan en este frente desde su propio testimonio. Presentan la realización de una alternativa comunitaria, que es como el contra-proyecto de la sociedad capitalista judeo-romana, en proceso de realización. Decía Josefo *(Bell* 21.122) que «despreciaban la riqueza y, cosa admirable, existe entre ellos comunidad de bienes, de forma que nadie hay entre ellos, que posea más que los otros. Está mandado que todo el que quiere entrar en la secta, debe ceder su fortuna a la comunidad». Se trata de una cooperativa, que trabaja para vivir y compartir, bajo una ley de solidaridad, que los mismos monjes se imponen severamente. Los miembros quedaban

a merced de la cooperativa. Es un intento de socialización, que está hecho sobre todo hacia dentro, de cara al grupo de los «santos» y «pobres» que se reúnen en el monasterio. Incluso los miembros, que vivían fuera, debían entregar cada mes parte de su sueldo para los más desposeídos. Esta lucha testimonial es como un anticipo del mundo futuro, donde la tierra bajo el ungido, se compartirá por todos en el reinado de Dios. Luchan desde la emigración, buscando un camino completamente distinto para construir la comunidad y el mundo.

Los guerrilleros de la resistencia se retiran también. Pero no para poner un remiendo nuevo en el paño viejo. Ellos pretenden reconstruir la sociedad. Si la tierra sólo es del Señor, entonces hay que luchar para que nadie sea dueño de ella y para que todos la compartan. Más que por la reforma agraria, que diríamos hoy, luchan por la propiedad comunitaria de toda la tierra del Señor. Por ello secuestran y matan a los ricos, como fue el caso de Zacarías hijo de Baruc (Mt 23, 35). Intentan plantear el problema en toda su agudeza. Por eso no se trata sólo de dar muerte a los ricos, sino de acabar con la propiedad privada. Después que los guerrilleros invaden Jerusalén, destruyen el archivo de las deudas. Josefo (*Ant* 18.7) anota que luchaban «en presunta defensa de la libertad, pero, en realidad era para hacer botín». Esta pequeña sugerencia muestra cómo para los guerrilleros es imposible la liberación sin la socialización. Y no hay camino de conseguir ambas cosas más que la violencia revolucionaria. Se explica bien que todos los dirigentes del pueblo, especialmente la nobleza y el procurador, vieran en ellos una grave amenaza al orden establecido. En realidad su lucha era una alternativa revolucionaria, legitimada desde la misma fe en el Señor. Por su reino, había que luchar por la tierra compartida.

El pueblo sencillo toma también posición en esta lucha. Apenas si tenemos documentos para descubrirlo, porque la historia de los pobres no se escribe. Ahora bien, conociendo la situación en que se encuentran oprimidos como esclavos, que son herramientas de trabajo, unas veces asalariados, que han de venderse para comer, otras veces parados y vagabundos, que ni siquiera pueden trabajar, no es extraño que la angustia por el pan de cada día sea en ellos lo más serio que tienen entre manos. ¿Cómo si no pueden dar de comer a sus hijos? Parece como si Jesús hubiera tomado de sus labios aquella pregunta: «¿Qué comeremos, qué beberemos o con qué nos vestiremos?» (Mt 6, 31). A medida que el pueblo de los pobres se da cuenta de que esta situación de miseria es un despojo, le nace dentro el resentimiento, el odio y la propensión a la violencia. Se debatirá entre la cólera y la desesperación. Los amos estaban lejos, sus administradores y siervos eran el látigo que les castigaba y explotaba. Había que ponerse en pie

contra ellos y hasta contra sus mismos hijos si vinieran. «Envió otro y a éste le dieron muerte; igualmente a muchos otros, de los cuales a unos los azotaron y a otros los mataron» (Mc 12, 5). Esta parábola retrata la situación del latifundio en Galilea.

b) *La lucha por la libertad*

El frente de la situación socioeconómica empalma estrechamente con el frente de la situación socio-política. La injusticia lleva a la opresión. Luchar por la justicia para conseguir un trozo de pan compartido es al tiempo luchar contra el yugo de la opresión, luchar por la libertad. La opresión sociopolítica se está agravando también en estos momentos. Hay unos cuantos hechos que nos lo dejan entrever.

Palestina padece una constante crisis constitucional. El imperio intenta encuadrarla en su tablero de ajedrez. Pero las manos que la encuadran se suceden en una sucesión de luchas internas. Todas las luchas por el poder que se dan en Roma, resuenan y repercuten en Palestina. En unas ocasiones, la superestructura imperial se ejercerá por caminos indirectos de descentralización, permitiendo una cierta autonomía y sirviéndose para el gobierno de príncipes o aristócratas judíos. Pero en otros casos la mano será más fuerte y más dura. En la medida que el gobierno central se desestabiliza o que la situación de Palestina se desasosiega habrá que recurrir al dominio directo y centralizador. Estos vaivenes mostraban hasta qué punto la tierra y el pueblo de Israel eran una pieza en los mecanismos imperiales. No se podía consolidar ningún gobierno, ni asentar ninguna constitución. Se veía con claridad que se ejercía el dominio para los intereses del momento.

La progresiva opresión de Herodes a Pilato. En el reinado de Tiberio, el imperio está bajo la presión de Sejano, el jefe de la guardia imperial que se hizo tan fuerte que llegó a controlar al mismo emperador, como si fuera un co-regente de estado. El era el hombre más poderoso de Roma y uno de los que encabezaban el movimiento antijudío. Apoyado por él, Pilato se mantenía de procurador oprimiendo cada vez más al pueblo judío. Agripa, el rey que le sustituye, le describe Filón como «inflexible de carácter, arbitrario y despiadado» y le acusa de «venalidad, desafueros, robos, ultrajes, amenazas, de acumular las ejecuciones sin juicio previo, de crueldad salvaje e incesante» (Fil. *Leg.*, 30-43). Trajo a Jerusalén las enseñas de sus tropas con las águilas romanas y la imagen del emperador. Emplea dineros del templo para obras estatales romanas. Disuelve con los golpes de los soldados las manifestaciones judías. Como «amigo del

César» quería apoyar lo que Sejano planeaba, el exterminio del pueblo judío. Los procuradores que le sucedieron iban en gran parte a enriquecerse y lo que querían era el orden a cualquier sacrificio. Sobre Félix, a quien conocemos por la historia de Pablo, escribe Tácito (*Hist.*, 5.6) «ejerció con la mayor crueldad y avidez el derecho real con mentalidad de esclavo». Estos pequeños datos muestran cómo la opresión imperial sobre el pueblo judío, apoyada por la plataforma de los dirigentes, se hace cada vez más agresiva e insoportable. El ambiente de subversión se palpa día a día.

1. La lucha por la libertad desde el bloque dominante

Según hemos ido viendo, el sanedrín, el alto consejo para el gobierno nacional, era una plataforma para el ejercicio del dominio imperial. En él se sentaban dos grupos que actuaban de manera distinta desde el bloque dominante.

La aristocracia sacerdotal y terrateniente era el «aliado natural» de Roma. Josefo anota que sus miembros «sólo ya por consideración a sus propiedades, eran hombres amantes de la paz» (*Bell.*, 2.338). Tenían algo que defender y por eso eran conservadores y defensores del orden establecido. Ellos se servían del dominio imperial para mantenerse en sus privilegios y hasta intentaban mostrar al pueblo que esta defensa era su mejor aportación a la paz y al bien común. Pero el dominio imperial se servía más todavía de ellos. Los utilizaba, los debilitaba. No se puede hablar de una colaboración. Más bien los aristócratas eran «muñecos de guiñol» en la escenificación del gobierno imperial. Por eso luchan por la situación establecida, pero aún con miedo de perder las posiciones. Ahí estará su dureza y su crueldad. Por defender el orden, llegarán a la sangre. «Si le dejamos, todos creerán en él y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación. Uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote aquel año les dijo:... ¿No comprendéis que conviene que muera un hombre por el pueblo y no que perezca todo el pueblo?» (Jn 11, 48-50).

El movimiento fariseo se mueve en una encrucijada «jugando con doble carta» la lucha política. Por una parte parece que está luchando por el pueblo, cuando pone a raya a la nobleza y de alguna manera le impone las observancias de la ley, que ellos defienden como la identidad del pueblo frente a la secularización helenística. Pero por otra legitiman las pretensiones del diezmo de la nobleza sacerdotal, apoyando sus privilegios y en cierto modo apoyándose a sí mismos. Parece como que necesitan defender al pueblo para sentarse en el sanedrín y sólo se pueden sentar en el sanedrín pactando con el poder, sobre la base del dominio sobre el pueblo. De la misma manera se

atraen el apoyo de Roma, porque no simpatizan con la revolución armada y quieren una transformación desde dentro de las estructuras y, por otra, parece que simpatizan con la revolución celote por lo que tiene de defensa de la identidad y los derechos del pueblo. En el fondo el intento del «ala moderada» de los fariseos, que es la que se sienta en el sanedrín, consiste ni más ni menos que en una transformación del estado en la misma línea del orden establecido. Un poco más de autonomía, pero al fin y al cabo una integración en el imperio. Hasta tal punto asienten a la política romana, que en la guerra judía los sabios fariseos pudieron incluso abandonar, con el permiso romano, la Jerusalén sitiada para dar a los judíos nuevas normas de vida sobre la base rabínica. Ellos estaban de hecho con Dios y con el César, situación que Jesús con su respuesta irónica les problematizará hasta su raíz (Mc 12, 13-17).

2. La lucha por la libertad desde el bloque dominado

Desde el bloque dominado, se mantiene también la lucha por la libertad, aquí podríamos decir más exactamente por la liberación.

El movimiento de la resistencia pretendía una liberación radical y completa del imperialismo romano. Su meta última, que se mantuvo durante varias generaciones, era el «levantamiento general» contra los romanos. Por una parte estaban los profetas, que recorrían los pueblos anunciando que el Señor iba a realizar los mismos milagros que se realizaron en la salida de Egipto y en la entrada en la tierra prometida. Este anuncio se completaba diciendo que el Señor vendría en ayuda de su pueblo, y no sólo una minoría sino el pueblo entero se disponía al éxodo y a la lucha de la liberación. Junto con esta tarea de concienciación y excitación, los líderes revolucionarios avanzaban en su tarea de organizar la lucha generalizada del pueblo. Ya apuntamos su estrategia cada vez más atrevida. Desde los atentados a las destrucciones, desde las manifestaciones hasta la toma de las ciudades. En el fondo el pueblo tiene la esperanza de un héroe de la libertad que acabe con la opresión y realice la venganza de sangre. «¡Qué hermoso es el rey, el mesías, que surgirá! El ciñe su cintura... y mata a los reyes junto con los gobernantes... El enrojece los montes con la sangre de los que mata» (StB.4.877). La soberanía única del Señor tiene que ser realizada y manifestada por un mesías nuevo. Judas Galileo, el fundador del movimiento, aspiró probablemente a la soberanía mesiánica de la realeza (Jos., *Ant.*, 17.271). Y Menahen entró en la ciudad santa al comienzo de la guerra judía «como un rey», «con una túnica regia» (*Bell.*, 2.434.444). No es extraño, pues, que la lucha revolucionaria fuera vista por los imperialistas romanos

y el establecimiento de la nobleza como un peligro de muerte y que con la muerte se castigara a todo aquel que fuera acusado de tener «pretensiones mesiánicas».

Los monjes pasaban por ser una comunidad de hombres «pacíficos» (*Bell.*, 2.135), incluso por ser defensores del pacifismo no violento (Fil., *Prob.*, 76). Pero esta apariencia engañaba. En principio podíamos decir que su alternativa no era una alternativa forzada, sino prefigurada. Pero esta prefiguración era tan sólo por una tregua. Ellos soñaban con el día de la venganza, cuando ellos, «los santos», junto con «los ángeles» degollaran a los hijos de las tinieblas, que eran los extranjeros y los judíos que habían traicionado a la alianza, por venderse o por colaborar con la causa imperial. En la tregua no se impondrían por el terror, pero cuando llegara la hora, saldrían a luchar como un ejército de combatientes en orden de batalla. Después llegaría ya para siempre el reinado de Dios (1 QM. 6.6 s). Es posible que los monjes vieran en la sublevación judía la gran guerra del final de los tiempos. Había llegado la hora de solidarizarse con los guerrilleros en el frente mismo de la lucha. Así se explica que ellos también padecieran cruel persecución y que el monasterio fuera destruido.

El pueblo de los pobres contemplaba esto con asombro y desasosiego. ¿No hemos dicho que ellos también sentían resentimiento y cólera? ¿No estaban también ellos buscando un rey, que los encabezara para la liberación de la opresión? (cf. Jn 6, 15; Lc 24, 21; Hech 1, 6). Pero habían sido siempre tan aplastados, que tenían mucho miedo. Todo parece que acaba en sangre. La bota de los poderosos aplastaba siempre a los pobres. «Días pasados se levantó Teudas, diciendo que él era alguien y se le allegaron como unos cuatrocientos hombres. Le mataron y todos cuantos le seguían se disolvieron, quedando reducidos a nada. Después se levantó Judas el Galileo, en los días del empadronamiento y arrastró al pueblo en pos de sí; mas pereciendo él, también cuantos le seguían se dispersaron» (Hech 5, 36-37). Esta era la experiencia amarga del pueblo. Por eso ante el paso de algún profeta o dirigente revolucionario sentían miedo, miedo a perder la tranquilidad y los intereses (Mc 5, 17), pero miedo también al sufrimiento por el compromiso que la liberación del reino lleva consigo. «Son inconstantes y en cuanto viene la tribulación y la persecución por la palabra, al instante se escandalizan» (Mc 4, 17).

c) *La lucha por la fraternidad*

El frente socioeconómico de la lucha, empalma estrechamente con el frente sociopolítico y éste a su vez con el frente sociocultural-religioso. No debemos pensar que la única base, en donde se cimenta

la lucha, es la base económica. Del frente económico se pasa al cultural y religioso, pero también puede suceder al revés. Desde la religiosidad y desde la cultura se pueden modificar profundamente las relaciones socioeconómicas. Cada uno de los niveles de la lucha tiene su propio modo de ser, aunque todos estén entrelazados entre sí. Conviene que subrayemos esto a la hora de analizar la lucha socio-religiosa en Israel, que hemos llamado la lucha por la fraternidad.

El pueblo judío se consideró siempre como el pueblo de la alianza: el pueblo con el que el Señor hizo su alianza; el pueblo que aceptó la alianza del Señor. Cuando intenta comprender en la última hondura el camino de su historia, la contempla desde la misericordia entrañable de la alianza como lo habían sugerido los profetas. La liberación de la esclavitud y la entrada en la tierra de la promesa fue contemplada siempre como la acción de Dios con su pueblo, para convertirlo en un pueblo de hermanos (Dt 26, 5-10). Efectivamente el pueblo, que nació de la promesa según las tradiciones patriarcales, fue una gran familia, una familia de familias (Gén 16, 12; cf. 13, 8; 33, 4; 25, 1-8). Después el pueblo que está esclavizado en Egipto es esta misma familia oprimida y enfrentada (Ex 2, 11) que arrancada de la esclavitud, será conducida por la ley del Señor hacia el amor mutuo (Lv 19, 17-18). Los profetas clamarán porque la fraternidad se ha roto (Os 4, 2; Is 9, 18-20; Miq 7, 2-6) y los sabios exhortarán a la verdadera fraternidad (Prov 17, 17; Eclo 7, 18; Prov 18, 19). «Ved, qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos» (Sal 132, 1). Es como el perfume y la frescura, que desde el Señor se derrama por la asamblea de todo el pueblo.

Si el pueblo es una familia de hermanos, entonces no debe haber marginados ni pobres. Toda la Escritura atestigüa el cuidado que el Señor tiene de sus pequeños y cómo, según su ley, han de ser todos ellos incorporados a la familia y preferidos en la mesa común de su alianza. No tener casa, no tener familia, no tener cobijo, no tener trabajo... todas estas carencias, que son despojo de los otros hermanos, han de ser arrancadas del pueblo del Señor: Ex 22, 21; Dt 10, 18; Is 1, 17; Prov 3, 9-10; Sal 145, 6-9; 67, 6; 112, 7; etc. Por eso a lo largo de la historia, en la que se hace presente la liberación y la comunión, debe haber instantes cruciales, en los que se retorne a la alianza, volviendo de nuevo a la libre fraternidad y a la mesa compartida. Que los esclavos sean liberados y que la tierra sea devuelta. Es el año del jubileo, el año de la gracia: Ex 21, 2-11; Dt 15, 12-18; Jer 34, 8-14; Is 61, 1-3; cf. Lc 4, 18-19. Según hemos venido viendo la religión de la alianza se convierte en una civilización. La fe se transfunde en una cultura y en una educación. Lo que sucede es que esta cultura, e incluso esta religiosidad se ve remodelada profundamente por su inserción histórica.

La alianza es apropiada por la sangre e instrumentalizada por ella. Así el pueblo considera que su identidad es no sólo obra de Dios, sino merecimiento de los padres. De ahí nacerá su «arrogancia» ante Dios y su «marginación» de los demás pueblos (xenofobia). Queda firmemente establecida la diferenciación entre judíos y gentiles. Se afirma la identidad judía no sólo ante Dios, sino ante los demás pueblos de la ecumene. «Tú que te dices judío y descansas en la ley; que te glorías en Dios; que conoces su voluntad; que disciernes lo mejor, amaestrado por la ley y te jactas de ser guía de ciegos, luz de los que andan en la oscuridad, educador de ignorantes, maestro de niños...» (Rom 2, 17-20). Así hablaba Pablo que conocía bien la barrera que estaba levantada entre los judíos y los demás hombres, precisamente por la sangre que había instrumentalizado la alianza.

La alianza, dentro del pueblo de la misma sangre, es también apropiada e integrada por los distintos grupos según su puesto social. Así se la instrumentaliza para legitimar sus intereses. De este modo las distintas formas de religiosidad, que al tiempo son distintas formas culturales, dentro del pueblo, constituyen en el fondo una lucha por la «propia posición» legitimada con el «mensaje de la propia posición», con lo que esto lleva consigo de gloriarse ante Dios (arrogancia) y de separarse del resto del pueblo (marginación). Conviene que estudiemos esta situación, porque es así como llegamos a percibir la lucha por la fraternidad entablada dentro del mismo pueblo de la alianza.

1. La lucha por la fraternidad desde el bloque dominante

La alianza del Señor es acogida, pero no en la acogida incondicional de la fe, sino en la acogida condicional de la «autonomía histórica y religiosa», es decir, desde «el puesto de cada uno», que al tiempo lleva consigo «la fe de cada uno».

Los sacerdotes se apropian la alianza desde el culto. En realidad el templo debiera ser la casa común de este pueblo, que ante el Señor es una familia de hermanos. Pero los sacerdotes se han adueñado y han instrumentalizado la alianza a través del culto del templo. Todo un calendario anual de fiestas y celebraciones enmarcan profundamente el ser y el estar del pueblo. Por de pronto el mismo templo ya se ha construido con barreras. Por una parte están los sacerdotes, luego el pueblo de los hombres, luego las mujeres, luego los paganos y fuera del todo quedan los pobres del desecho de la sociedad que no pueden por su impureza tomar parte en la mesa común y han de pedir limosna a la puerta. Estos hechos del culto configuran la fe y la

cultura. La ley de la oración es la ley de la vida. Ellos, los sacerdotes, gloriándose de su casta, tienen, por su sangre y descendencia, una posición privilegiada, que les ensalza ante Dios y les distancia frente a los hombres. El pueblo será pueblo en la medida que tome parte en el diezmo y en el culto. Los que no puedan hacerlo, por su pobreza o por su lejanía, caen así en la marginación. La religiosidad sacerdotal es por ello de suyo marginante y los excluidos serán siempre los más pobres, los que están más lejos del más alto puesto social, en donde se sitúan los sacerdotes, empalmando sin escrúpulos con el bloque dominante romano, que tiene el capital y la cultura.

Los fariseos se apropian la alianza desde la observancia. En realidad la ley debiera ser el camino por donde avanzara todo el pueblo como un pueblo de hermanos. Pero los fariseos son «la nueva clase» de los piadosos intelectuales que, según vimos, se encuadran en el entramado social, en la doble carta de la hipocresía estructural. Ellos son, además, los que en estos momentos están configurando el pueblo entero no sólo con su religiosidad, sino con su educación. Al apropiarse la ley, mediante la observancia, resulta por una parte la arrogancia y por otra la marginación. Parece que buscan la fidelidad a la justicia de Dios y en cambio están buscando establecer la propia justicia, justificándose ante los hombres, como los justos de Dios. Desde esta justicia propia, ya no sólo miran despreciativamente, en apariencia, a la nobleza sacerdotal, vendida a los imperialistas, sino que miran también con desprecio al pueblo de los pobres, que por no poder cumplir «su observancia» están marginados, perdidos y maldecidos. Por una parte ejercen con el pueblo de los pobres sus obras de caridad, para alcanzar méritos ante Dios y popularidad ante el pueblo. Pero por otra se distancian con rechazo y con odio de los *amhaares*. Llegan a pensar que por éstos han venido todos los castigos al mundo. En su camino extraviado están las raíces de todos los padecimientos y calamidades, que recaen sobre Israel. Si no pagan los diezmos, ni se atienen a las observancias, entonces «no tienen conocimiento» y si no tienen conocimiento, «no pueden tener piedad». «Esa gente que no conoce la ley son unos malditos» (Jn 7, 49). Los fariseos no se sentarán a la mesa de los pobres, ni los acogerán en su mesa. Más aún, hasta tendrán que rechazar los frutos de su trabajo, como impuros que son. Ellos declararon al pueblo de los pobres el boicot económico y social, a este mismo pueblo que ellos decían defender ante los notables del país y del imperio. Por culpa de los fariseos, que luchan por su justicia y por su fraternidad, el pueblo de los desgraciados se encuentra en una asombrosa marginación religiosa, cultural y social.

2. La lucha por la fraternidad desde el bloque dominado

También desde el bloque dominado se aprecian las luchas por la fraternidad, por reunir el pueblo en la tierra común, según la alianza del Señor. Pero también aquí apreciamos la apropiación y la instrumentalización de la alianza.

Los monjes se apropian la alianza desde la santidad. A pesar de llamarse la comunidad de la alianza y hablar insistentemente de la justificación por la fe, nos encontramos de nuevo no con la fe incondicional, sino con la fe condicionada a su posición y a su mensaje. Ellos son los santos ante Dios. Y viven precisamente como hermanos, compartiendo los bienes y la vida. Son el resto, que realiza el verdadero Israel. Pero al arrogarse la santidad, nace inmediatamente la discriminación y marginación de los demás, que no van recorriendo su mismo camino. En la fraternidad de Qumrán se advierte un odio, que además se manda tener a todos los enemigos de la comunidad e incluso a todos los que están fuera de ella, y que son «hijos de las tinieblas». Es un dogma fundamental. A los hijos de las tinieblas no se les puede ofrecer más que odio. Es amar lo que Dios ama y odiar lo que Dios odia. Ellos, en cambio, son los santos, «los ángeles santos», los «espíritus de la santidad». En esta comunidad de la santidad no pueden ser acogidos «los necios, insensatos, locos, mentecatos, ciegos, inválidos, cojos y sordos». La discriminación recae de nuevo ya no sólo sobre el pueblo de la tierra, el pueblo trabajador, sino sobre los más pobres de este pueblo, aquellos que por sus limitaciones están desvalidos. «Necios» e «inválidos» son los pobres y los enfermos, es decir, los últimos de la sociedad, que por no saber y no poder, no «pueden ser buenos y santos». Es la marginación de la aristocracia espiritual de la santidad.

Los celotes se apropian de la alianza desde la militancia. Los militantes de la resistencia propugnan también la fraternidad. Ellos, más que ningún otro grupo, han comprendido que no es posible la liberación sin la justicia social. Pero también es «su justicia» la que intentan establecer. A pesar de que su teología se centra en el primer mandamiento, su acogida de la alianza en la fe, no es incondicional, sino que está condicionada por su posición, su mensaje y su estrategia. Ellos se consideran también los puros. Su fraternidad es tan radical que exige romper con todo, con bienes y familia, hasta con la misma vida, para entregarse juntos a la lucha revolucionaria violenta. Es esto lo que les da gloria ante Dios. De esto se glorían, en esto se justifican. Pero serán implacables con todos aquellos que no piensen ni caminen así. Su arrogancia exige al tiempo la discriminación de los demás grupos, a los que no sólo no se les puede respetar, sino a los

que hay que acosar y agredir por la causa misma de la revolución. Los otros no son sólo los explotadores extranjeros, sino los colaboracionistas del país, que van desde la nobleza sacerdotal y la intelectualidad farisea hasta partes importantes del pueblo de los pobres. También estos estan adormecidos y no quieren complicarse la vida. También estos deben ser recriminados e incluso castigados. En el fondo, importa sobre todo la toma del poder y el caudillaje. Por eso al avanzar la guerra judía hay entre los guerrilleros fuertes disputas sobre el liderazgo, disputado entre unos y otros, haciéndose infieles a la causa del pueblo que estaban defendiendo. Las rivalidades mutuas de los jefes, en el momento de la mayor entrega, muestra hasta qué punto la resistencia militante estaba apoyada sobre sí misma, más que sobre la alianza del Señor.

El pueblo de los pobres se apropia de la alianza desde su pobreza. Por todo lo que acabamos de ver, no sólo nos encontramos con una firme distinción entre judíos y gentiles, sino que dentro del mismo pueblo judío se establece también una firme distinción entre sus dirigentes y la gran masa del pueblo sencillo. La fraternidad está rota. Las luchas por la fraternidad son luchas por la idea y forma de fraternidad de cada grupo, que responden a su puesto social y a la legitimación religiosa de este puesto, para la toma del poder. El pueblo de los pobres es siempre el que queda abajo, marginado y excluido, tanto por los dirigentes del bloque dominante como por los dirigentes del bloque dominado. Es un pueblo de «necios», de «pecadores», de «afligidos» y «desdichados».

Ante los dirigentes, sobre todo ante los dirigentes que dicen defender al pueblo, los *amhaares* tienen una doble postura. Por una parte se someten al fariseísmo, por miedo. Han de inclinar la cabeza ante letrados y fariseos, que tienen en sus manos la llave de la subsistencia y de la promoción social. Sin ellos no podían vivir. Sin tenerlos contentos no podían avanzar. Pero por dentro sienten odio y cólera. Sienten un deseo hondo y vivo de liberarse de este yugo religioso-cultural, que defendiendo la alianza del Señor, los margina despiadadamente, definitivamente. El maestro Aqiba, que procedía del pueblo sencillo dijo en una ocasión: «Cuando yo era *amhaares* pensaba: si me topara con el discípulo de un sabio, me gustaría morderlo como un asno. Replicáronle sus discípulos. Rabí, di como un perro. Les contestó: Aquel muerde y rompe los huesos, éste muerde y no rompe los huesos» (TB Pes. 49 b). Y en la Assumptio Mosis, 7.3 s se lee de estos «hombres funestos y ateos, que se proclaman justos»... que son «gente engañosa, que sólo viven para su satisfacción, dispuestos a banquetear a cualquier hora del día... que devoran los bienes de los pobres y afirman que lo hacen por compasión... Sus manos y sus corazones harán cosas impuras, su boca

pronunciará jactancias y, a pesar de todo, dirán: no me roces para no impurificarme».

Ante los demás del pueblo, los *amhaares* tienen también una doble postura. En la mayor parte de los casos se habían hecho a «comer, beber y casarse» (Lc 17, 27). Ellos también tenían puesto el tesoro en el dinero y en el bienestar. Iban a lo suyo, a la defensa de sus intereses y, al tiempo, al cuidado de los suyos, familiares y amigos. Están seducidos por los dirigentes, tanto en el afán de tener y de poder, como en la agresividad de unos frente a otros y consentían gustosamente en ello. «De dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas: fornicaciones, robos, asesinatos, adulterios, avaricias, maldades, fraude, libertinaje, envidia, injuria, insolencia, insensatez» (Mc 7, 21-22). Los pobres del pueblo sencillo se proponen luchar con la vida y situarse en ella, aunque dejen atrás a los últimos, que también son marginados por ellos. Todo esto sucede también en el pueblo sencillo. Pero ellos no se pueden fácilmente justificar ni ante Dios ni ante los hombres. Son la masa de aquellos que todo el mundo reconoce como «ladrones, injustos y adúlteros» (Lc 18, 11). Pero por eso mismo están más próximos a una actitud nueva. Añoran la fraternidad de la alianza, quisieran vivir como hermanos. En algunos casos hasta desconfían de todos, no sólo de los dirigentes, sino hasta de ellos mismos. Y se disponen con las manos vacías y abiertas a la acogida incondicional de la alianza. Entre ellos, sobre todo, aparecerá el pequeño resto de los pobres del Señor, cuya búsqueda por la fraternidad ha nacido de una acogida de la promesa sin condiciones, por la que esperan contra toda esperanza.

12

La última hondura de la esclavitud y de la enemistad

Hemos intentado recorrer la tierra encadenada, que recorrió Jesús y descubrir las cadenas, que la oprimen. En aquel campo de guerra se mantienen fuertes luchas por la liberación. Pero a medida que asistimos a ellas, descubrimos que la esclavitud es más honda de lo que nos parecía y que por eso el grito por la liberación es también más hondo de lo que sospechábamos. Hemos descubierto las cadenas de la injusticia, de la opresión y de la mentira. Esclavizados por estas cadenas, los hombres en el mundo se dividen y enfrentan entre grandes y pequeños, ricos y pobres, poderosos y débiles, sabios e ignorantes. Pero lo que más nos ha sorprendido es que en los frentes de lucha, tanto los que están a una parte de la trinchera, como los que están a la otra, están todos cerrados al amor. Parece, pues, que hay todavía otras cadenas, que los esclavizan más profundamente. Sólo si logramos adentrarnos en ellas comprenderemos en toda su hondura la última esclavitud y al tiempo el último grito por la libertad y la fraternidad.

1. *La cadena del pecado*

Hemos de asomarnos con la mayor profundidad posible a estas «cadenas de dentro», que son las últimas que encadenan y dividen la historia humana. Deseamos conocer en qué consiste la «esclavitud del pecado», de donde se originan todas las demás esclavitudes, que avocan a la humanidad al dolor y a la muerte. Pero para avanzar del análisis histórico al estudio teológico queremos iluminar primero los datos que hemos descubierto hasta ahora desde la perspectiva teológica de Pablo. La tierra por donde hace camino Jesús, se encuadra en los márgenes del imperio. La superestructura imperial se apoya en la infraestructura del pueblo judío. Gentiles y judíos, dos mundos

distintos. ¿Estarán encadenados los dos? Y, situados ya en Palestina, también la estructura social divide al bloque dominante del dominado. Grandes y pequeños, dos mundos distintos. ¿Estarán encadenados los dos? Vamos a intentar una primera aproximación desde la perspectiva del apóstol, que descubre bajo la división real de los mundos, la profunda solidaridad de la culpa, sostenida por la insondable solidaridad de la gracia de la pascua del Señor.

Gentiles y judíos bajo el pecado

Cuando recorremos los caminos de Galilea, vemos claramente que las gentes distinguen el «mundo de los pueblos» del «mundo del pueblo escogido». Ellos que son el pueblo y la tierra de la alianza, se ven oprimidos por los opresores imperialistas, que los explotan y dominan. El mundo de los pueblos o mejor la humanidad del mundo de los pueblos, está empecatada. Desde la escucha de la palabra del Señor, han aprendido que el pecado es una idolatría convertida en opresión. Los gentiles no han querido reconocer al Señor que se les presentaba en la misma creación y se han pasado a otro señor, al señorío de los ídolos (Rom 1, 21-23). De este modo, abandonados a los deseos de su corazón, se han dedicado a aprovecharse de los otros, a robarles lo que tienen y a matarles a ellos mismos. De la idolatría ha nacido la ambición, por la que quieren tener y poder más que los otros, hasta el punto de darlos muerte (Rom 1, 28-32). Las gentes de Palestina conocen a los ídolos del imperio e incluso al imperio mismo idolatrizado. Les asusta que un poderoso del mundo sea divinizado y ocupe el puesto del Señor. Y comprueban que esta idolatría les está conduciendo al despojo de los demás pueblos y en especial de sus pobres. La humanidad del mundo de los pueblos está llena de codicia, injusticia, engaño y asesinato (Rom 1, 29). Así es como veían ellos a los militares y a los recaudadores de contribución que recorrían el país, dominando y explotando. Por eso sus colaboradores, sobre todo aquellos del mundo de los pobres, que se habían prestado a hacer un pequeño negocio colaborando con el opresor y gestionando sus impuestos, son la imagen viva de los pecadores. Son «los publicanos y pecadores» (Mc 2, 15). Están empecatados por dentro y por fuera, en un mundo de pecado, que se sirve de ellos para su señorío.

En medio del mundo de los pueblos, se sienten ellos como «el pueblo escogido», que conoce la voluntad del Señor, que les enseña el camino de la verdad y de la justicia. Ellos son judíos, que se apoyan en la ley, que enseña la rectitud y, por ello, se han convertido en medio del imperio en «luz» y «guía» de los pobres gentiles, idólatras y desencaminados. Sin embargo ellos se han apropiado la alianza.

Como pueblo, en su colectividad, se creen elegidos, no tanto por haber sido amados gratuitamente por el Señor, cuanto porque los padres merecieron este amor por su fidelidad. Lo que constituye al pueblo es en primer lugar «su sangre», «su historia». Después la alianza legitimará su sangre y su historia, santificará sus pretensiones, de modo que puedan gloriarse ante el Señor y mirar a distancia a las gentes que no han conocido su nombre. Conviene subrayar que «el pueblo escogido» y sobre todo «sus dirigentes» se encuentran también en un pecado colectivo. Diciendo que buscan la alianza del Señor, pretenden imponer sus propios intereses. Han instrumentalizado la alianza, sirviéndose de ella para hacer la historia de su sangre. Pablo que ha conocido la realidad desde dentro escribe: «Pues bien, tú que instruyes a otros, ¡a ti mismo no te instruyes! Predica: ¡no robar!, y ¡robas!... Aborreces los ídolos y ¡saqueas los templos!» (Rom 2, 21-22). Lo que ellos decían que era fe y justicia, es en realidad blasfemia y robo. «El nombre de Dios, por vuestra causa, es blasfemado entre las naciones» (Rom 2, 24). Esto nos muestra que tanto el mundo de los pueblos, como el mundo del pueblo escogido, tanto los gentiles como los judíos son solidarios en el pecado, en una dimensión que está todavía más abajo del montaje de la sociedad, en donde se encuadran, «Tanto judíos, como griegos, están todos bajo el pecado» (Rom 3, 10).

Grandes y pequeños bajo el pecado

Si ahora nos adentramos en la situación de Palestina, alcanzamos un descubrimiento semejante. Tanto el bloque dominante y sus dirigentes, como el bloque dominado y sus dirigentes, están esclavizados profundamente por la cadena del pecado. La lucha que se mantiene en las trincheras de la tierra, está hecha por todos los grupos en nombre de la alianza o, mejor, de momentos y gestos de esta misma alianza. Los sacerdotes son los «defensores del culto», los fariseos los «defensores de la legislación», los monjes son los «defensores de la gloria» y los guerrilleros son los «defensores del pacto» (cf. Rom 9, 4-5). La alianza y los dones que lleva consigo es pura gracia. Ya vimos cómo el pueblo de la alianza se la había apropiado como una propiedad, haciendo de la gracia una apropiación. Pero, habiendo convertido de hecho la gracia de la alianza en una propiedad, confiesan sin embargo con sus labios que están buscando la fidelidad y el cumplimiento de esta alianza. Esto hace que todos los dirigentes y también el pueblo sencillo «se apoyen en la alianza», o mejor «se apoyen en su posición, ligitimada por la alianza», para «gloriarse ante el Señor» y «marginar a los hermanos, que no son de los suyos». Los

sacerdotes son los mediadores del culto y por esta mediación se levantan ante Dios, dejando abajo al pueblo; los fariseos son los intérpretes de la ley y por esta observancia se levantan ante Dios, dejando abajo al pueblo; los monjes son los fieles de la santidad y por esta fidelidad se levantan ante Dios, dejando abajo al pueblo; los guerrilleros son los protagonistas de la liberación y por esta liberación se levantan ante Dios, dejando abajo al pueblo. Incluso, el pueblo sencillo, cediendo ante los dirigentes desde el silencio, intentan aprovecharse de la situación, apareciendo también como creyentes, pero descuidando y despreciando a los últimos, que son tirados al margen. Todos ellos viven en «la arrogancia» y en «la marginación». Por eso la advertencia de Pablo es exacta. «Pues, desconociendo la justicia de Dios y empeñándose en establecer la suya propia, no se sometieron a la justicia de Dios» (Rom 10, 3). Este descubrimiento en profundidad nos lleva a concluir que todos, incluso el pueblo sencillo, se han servido de la alianza, apropiándose de ella desde su posición y para su posición.

Al parecer, unos justos, otros malditos

Vamos a continuar ahondando este hecho que acabamos de describir. Nos situamos de nuevo en los caminos de Galilea. ¿Cómo contemplar su situación? Se puede contemplar desde miradas distintas. Una es la mirada del mundo. Otra, completamente distinta, la mirada de Jesús. El mundo tiene sus normas, para decidir lo justo y lo injusto, la bondad y el pecado. Es su propia ley, su propia justicia, que es decidida, juzgada y ejercida por los poderosos, que llevan la marcha. Según esto se decide quiénes son los justos, los que están «de acuerdo con la ley» y quiénes son los malditos, que están «fuera de la ley». Siempre en el mundo se dan los de la ley y los sin ley, los justificados y los malditos, los puros y los pecadores. Al mirar el mundo que recorrió Jesús y ver «la tierra encadenada» y las «luchas por la liberación», hemos descubierto que todos estaban bajo el pecado, es decir, viviendo en la idolatría y en la opresión. Pero la valoración que entonces se hacía de los hombres dentro del mismo mundo judío es muy distinta de nuestro análisis tomado de la perspectiva paulina. Al parecer unos hombres, «los fariseos» eran justos, pero los otros «los publicanos y pecadores» eran malditos. ¿Cómo se explica esto? Es sencillo. Los fariseos, que viven según la ley, pueden ocultar por fuera, lo que son por dentro. Los publicanos, que están fuera de la ley, no pueden ocultar por fuera lo que son por dentro. Por fuera y por dentro, entendemos las dos caras del hombre, la que da a la sociedad y la que da al corazón. El «hombre por fuera» es tal como

se presenta en el escenario de la sociedad, el «hombre por dentro» es tal como se descubre en el corazón, que se descifra bajo la mirada de Dios. Por fuera, los fariseos son «los cumplidores de la ley» (Lc 7, 30), los que «aparecen haciendo la justicia» (Mt 23, 28). Pero por dentro «rechazan la voluntad de Dios sobre ellos» (Lc 7, 30) y son «amantes del dinero» (Lc 16, 14). Por fuera purifican la copa y el plato, pero por dentro encierran la injusticia, el robo y la inmisericordia (Mt 23, 23-26). La belleza del hombre exterior contrasta con la podredumbre del hombre interior, que es la injusticia, que huele a muerte (Mt 23, 27-28). Nos encontramos ante la hipocresía (Mt 23, 28; Lc 16, 15). «El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: ¡Oh Dios! te doy gracias porque no soy como los demás hombres» (Lc 18, 11). Pretenden, en la arrogancia, «justificarse ante Dios» y desde la arrogancia, haciendo su justicia hacia fuera (Mt 6, 1), se «justifican ante los hombres» (Lc 16, 15), despreciando y marginando a los que no viven en la observancia y en la pureza que ellos propugnan y dicen testimoniar. Llama poderosamente la atención, que para que los fariseos sean lo que quieren ser y ocupen el puesto que pretenden ocupar han de mantener esta doble cara.

«En cambio, el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: ¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!» (Lc 18, 13). Según hemos visto la gente sencilla tampoco es buena porque sea pobre. Encierran en su corazón el afán de tener y de poder, a costa de los demás. Seguramente que los publicanos son ladrones, injustos y adúlteros, como decía el fariseo (Lc 18, 11), pero así lo manifiestan. Ante Dios se sienten pecadores, ante los demás se sienten pecadores. Más todavía. Es posible que tampoco ellos se sientan pecadores. Pero en el montaje de la sociedad, les toca el puesto de pecadores, para que a los dirigentes les toque el puesto de los perfectos. Entre los dirigentes el pecado no se puede manifestar, ha de ser en-cubierto, disimulado bajo la cara de la pureza, legitimando incluso con la alianza lo que es afán de tener, de poder y de saber. El pueblo de los pobres, en cambio, no conoce la ley, pero los dirigentes le «sacan las manchas a la cara», para que sean lo que tienen que ser, los siervos malditos, que han de estar siempre abajo. Aunque sean buenos y, como pobres del Señor, estén entregados enteramente a la gracia de su voluntad, en el marco de la sociedad serán también pecadores.

Bajo la mirada de Jesús, todos hijos perdonados

Si intentamos ahondar más todavía en la realidad del pecado, hemos de pasar a la mirada de Jesús. La última hondura y anchura del pecado sólo se descubre desde la mirada de la misericordia entrañable

del Padre, que ha aparecido en él. El pecado de los pecadores sólo se descubre, cuando Jesús les acoge, les abraza contra sus entrañas y los sienta a su mesa. El pecado aparece, cuando ha sido vencido por la misericordia. En el anuncio del Reino, que se hace visible en la mesa ofrecida a los pobres y a los pecadores, mesa que es el escándalo insoportable para el mundo, aparece la hondura del pecado en la victoria de la gracia. La gran parábola de Lc 15, 11-32 no es la parábola del hijo pródigo, que representa a los publicanos y pecadores (15, 1), ni tampoco la parábola de los dos hijos pródigos. El hijo que se quedó en casa, bueno y cumplidor al parecer, está más extraviado que el que se fue. Representa a los «fariseos y escribas» que murmuran de la mesa de Jesús diciendo: «este acoge a los pecadores y come con ellos» (15, 2). Estamos más bien ante la parábola del Padre de bondad (2 Cor 1, 3), «rico en misericordia» (Ef 2, 4 cf. 1 Pe 1, 3), que se nos ha aparecido en el Hijo del Amor. Jesús se nos da para que seamos amados como es amado él y así entremos a la familia y a la mesa del Reino de los cielos.

Jesús no habla del pecado. Anuncia la misericordia del Padre, la hace presente, la entrega en la mesa, en los caminos y en la travesía de la pascua. Y cuando los hombres sienten la alegría in-mensa que él siente al re-encontrarnos, les da un vuelco al corazón y se ponen de rodillas. «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti» (Lc 15, 18.21). Se le ve que no ha venido a «llamar a los justos, sino a los pecadores» (Mt 9, 13). Los hombres que en el escenario del mundo se sienten más allá de la barrera de la culpa, en el grupo de la pureza, no tendrán inconveniente en insultarle, por haber derribado el muro y arrancado las cadenas. Este es «el amigo de los publicanos y de los pecadores» (Mt 11, 19; Lc 7, 34). El los llama y los perdona. Con la fuerza del perdón los arranca de las manos del poder del pecado y los sienta a la mesa de la comunión, la mesa de la intimidad de la vida en la gracia, que no sólo rompe el muro entre justos y malditos, sino también el muro entre los hijos perdidos y el Padre del amor (Lc 7, 36-50; 19, 1-10).

Desde la hondura de la gracia a la del pecado

La palabra y el abrazo del perdón es una radical e inaudita novedad. Es la comunión de la filiación y de la fraternidad que él está inaugurando por los caminos y que se terminará de inaugurar en la pascua. En la mesa antes de padecer se empieza a cumplir la alianza nueva (Jer 31, 31-34), consumada cuando se vierte su sangre para el perdón de los pecados (Mt 26, 28). Con lo cual el pecado se descifra no sólo en el escándalo de los caminos, la mesa puesta a los pecado-

res, sino en el escándalo del monte, la muerte del Hijo en el palo de los criminales. Así aparece como lo que era en realidad, el Hijo entregado como siervo, que ha tomado sobre sí nuestros pecados y los pecados del mundo (cf. Is 53, 12). Es, ahora, cuando la mesa se ha convertido en cruz y la cruz se ha vuelto a convertir en mesa, cuando entre sus brazos extendidos se pueden sentar todos, los justos y los malditos, todos ellos hijos extraviados, pero reencontrados, perdonados y justificados. Es ahora cuando se descubre la hondura y la anchura de la última esclavitud, que encadena la historia de los hombres.

Pecar es «marcharse de casa». El hombre ha sido creado para ser hijo, hermano y heredero. Pero es libre y puede decidirse a sí mismo. Al ver a Jesús sentado en la comunidad de mesa, con todos nosotros, que somos pecadores, comprendemos que la idolatría y la opresión, los rasgos más originarios del pecado, son una ruptura con la misericordia entrañable del Padre. No queremos ser hijos. Al dejar de ser hijos, dejamos de ser hermanos. Y al dejar de ser hijos y hermanos, ya no trabajamos en la casa de la herencia. Nos hemos desterrado en la casa de la servidumbre. Al ver en el rostro de Jesús al Padre de la misericordia, con los brazos extendidos para reconciliarnos en torno a su mesa, comprendemos este largo camino del pecado, camino de salida, que convierte al hombre en esclavo y enemigo, a la humanidad en una guerra sangrienta entre hermanos y a la tierra en una inmensa trinchera de odio y de muerte. El misterio de la in-mensa misericordia nos descubre el misterio de la iniquidad.

2. *El círculo del pecado*

Estamos aproximándonos a la última esclavitud de la historia, la esclavitud del pecado. Ya intentamos asomarnos a su realidad al comienzo de la historia de la salvación. Pero nos asomamos de nuevo ahora, que hemos llegado a su plenitud. La cadena del pecado es la misma, que descubrimos entonces, aunque ahora la podamos ver en su última hondura y anchura. Es una cadena larga, que sale del corazón de los hombres, que encadena la comunidad, la tierra y la historia y que vuelve después sobre el corazón de los hombres, para encadenarlos más hondamente todavía. A este camino del pecado, que empieza siendo «pecado personal», para pasar a ser después pecado estructural, «pecado del mundo», y retorna de nuevo provocando al pecado al corazón del hombre, le llamamos el «círculo del pecado». Pretendemos hacer nuestra búsqueda desde la mirada de Jesús. Así como el Padre conoce nuestros corazones (Lc 16, 15), así también él, «conocía lo que hay en el hombre» (Jn 2, 25) y sabía las pretensiones, que se encierran en él (Mt 9, 4). Esta mirada a la luz de

la mirada de Jesús, es decir en la lumbre de su misterio pascual, la queremos recoger primero en los escritos sinópticos, para pasar después a los textos de las comunidades de Pablo y de Juan.

a) *Los esclavos en el señorío del mundo*

El corazón del hombre no está cerrado sobre sí mismo, no se basta tampoco a sí mismo. Está abierto, porque es la libertad, don que puede darse y que al tiempo necesita que otro se le dé. El corazón del hombre es gracia, que puede darse en gracia y puede acoger la gracia. Por eso está no sólo abierto, sino proyectado fuera de sí. Es un corazón extático, salido de sí mismo, tenso hacia alguien. El corazón en su pre-tensión necesita encontrar un tesoro. «Donde está tu tesoro, allí está tu corazón» (Mt 6, 21). La última pretensión del corazón que es gracia, hechura del Señor, es acoger la gracia del Señor, en la obediencia a él para el servicio de los hermanos. Pero como el corazón es libre, puede cambiar de tesoro. En este caso nos encontramos ante la idolatría. Normalmente los hombres buscan su tesoro en la tierra y concretamente en el dinero (Mt 6, 19.24). Quieren tener más que los otros, poder más que los otros, ser más que los otros. Han hecho de su ser, su tener y su poder. Han roto el amor al Padre, negándole la obediencia y se han entregado a los ídolos, en otra forma radical de obediencia. Ahora los ídolos les seducen con «la seducción de la riqueza» (Mc 4, 19) y el fondo del corazón se transfigura en pecado. La idolotría se convierte en ambición y en opresión. Los que tienen el dinero o se han confiado al dinero (Mc 10, 23-24), se llenan ahora por dentro de inquietud. Son las «preocupaciones de la vida» (Mt 6, 25; Mc 4, 19; Lc 21, 34), preocupaciones que salen fuera de palabra y de obra. «De la abundancia del corazón habla la boca» (Mt 12, 34). Del fondo del corazón sale todo lo que en él se encierra, la realidad sombría y misteriosa del pecado. En lo más dentro se arraigan la «arrogancia» y «la ambición», que le han hecho perder al hombre la luz. Por eso del interior nacen «los malos razonamientos» y la «mirada perversa». Y de ellos brotan «la blasfemia», como forma del paso a la idolatría y las «fornicaciones, el engaño, los robos y los asesinatos», como formas de ejercer la opresión hasta sus últimas consecuencias (Mc 7, 21-22).

El señorío de Satanás

Cuando el hombre, que está llamado a ser hijo, rompe el amor del Padre, no pasa a ser señor de sí mismo, sino esclavo del otro señor, que domina el mundo. «Nadie puede servir a dos señores; porque

aborrecerá a uno y amará a otro, o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6, 24). El hijo, que abandona la casa, se pone a servir en tierra extraña, en casa de un amo, que le toma como criado, para guardar sus animales (Lc 15, 14-15). Este paso de la «casa de los hijos» a la «casa de los esclavos» indica cómo el acontecimiento del pecado inaugura nuevas relaciones en la comunidad y en el mundo. Es un cambio de señorío. Jesús, tomando las imágenes de su mundo, ha descrito al señor de este señorío como a Satanás, cuyo reinado se opone radicalmente al avance del reino del Padre, que él lleva adelante. Y como se hizo en todo semejante a nosotros y se dejó tentar por el Maligno, pudo oír de él la propuesta de cambiar el encargo de la gracia, que el Padre le había hecho, por el mesianismo político, que usa las mismas armas de este mundo, como un ligero cambio en la toma del poder. A manos de Satanás pasan los hijos, que rompen con la casa del Padre. Ceden a su tentación y se entregan a su señorío, que configura los reinos de este mundo, en su construcción histórica.

El diablo tomó a Jesús y «le mostró todos los reinos de la (tierra) habitada en un punto del tiempo y le dijo: «Te daré todo este poder y la gloria de ellos, porque a mí se me ha entregado y a quien yo quisiere, lo doy» (Lc 4, 5-6; Mt 4, 8-9). Nos encontramos con un texto anterior a la redacción de Lucas, que hace referencia al montaje político-jurídico del imperio romano. En esta formulación se descubre que ante la mirada de Jesús, aparece la tierra dominada por el emperador, como tierra demonizada, dominada por poderes satánicos, incluso encabezada por el Príncipe de este mundo (cf. 2 Cor 4, 4; Jn 12, 31; 14, 30; 16, 11; Ap 13, 1-9). Es una comprensión corriente en la Iglesia primitiva, que ve en el poder político imperial la antítesis al señorío de Cristo. Sorprende la expresión «porque a mí se me ha entregado» (Lc 4, 6). Este señorío no ha existido desde siempre. Es un poder comenzado y delegado. ¿Quién ha entregado al diablo el dominio sobre el cosmos? En principio parece que ha sido el hombre. Según hemos visto en la escena del paraíso, la desobediencia y el desarraigo del Padre han introducido la destrucción en el mundo. Pero por otra parte este poderío aparece como una fuerza tan soberana, que sobrepasa las fuerzas del hombre y se sitúa frente a él. Con lo cual parece que ha sido el mismo Señor, quien ha consentido no sólo que los hombres vivan según los deseos de su corazón, sino que el señorío del mal se haga fuerte en el mundo. Sería un poder delegado, que en su oposición, ayudaría al desbordamiento de la gracia en la plenitud de los tiempos.

Con atractivos y con golpes

La tierra del señorío de este mundo es una casa de servidumbre. El hombre se ha desarraigado del Padre y se ha puesto de rodillas delante del diablo. Pero a su vez el diablo actúa sobre los hombres, que quieren entrar a su propio terreno. El Padre sembró buena semilla en el campo. Pero «vino un enemigo y sobresembró cizañas en medio del trigo» (Mt 13, 25). Este enemigo es Satanás. El campo es el mundo. Las cizañas son los hijos del malo (Mt 13, 38-40). De esta forma el mundo es un campo, en donde actúa al tiempo la fuerza de la gracia y la fuerza del pecado, el trigo y la cizaña. De momento deberán crecer juntos hasta el día de la siega (Mt 13, 27-30). Pero la presencia del diablo en el mundo, no es la coexistencia pacífica. En las parábolas muestra Jesús, y la comunidad después escucha y relee, que el poder del Maligno actúa sobre los hombres y hasta sobre los mismos discípulos. Este poder cósmico del Príncipe de este mundo actúa en mediaciones históricas, a través de las instituciones y de los hombres,que se ofrecen a ser instrumentos para llevar adelante este poderío de la injusticia y de la opresión. «Los hijos del malo» harán la guerra a los «hijos del reino».

Esta vuelta de las fuerzas del pecado del mundo sobre los hombres e incluso sobre los creyentes aparece en la explicación de la parábola del sembrador, que recoge desde luego no sólo las palabras de Jesús, sino las experiencias de la comunidad primitiva (Mc 4, 13-20; Mt 13, 18-23; Lc 8, 11-15). El diablo intenta incluso arrancar la palabra del evangelio, para que no alcance la profundidad del corazón. Se ve por tanto cómo su fuerza puede actuar hasta en lo más íntimo del hombre. Sus caminos son dos: los golpes y los atractivos. Efectivamente el poder del mundo pone a prueba a los hombres sometiéndoles a una tentación, que consiste en «la tribulación» (Mc 4, 17). Pero actúa también por la seducción del dinero y del bienestar: «las preocupaciones del mundo, la seducción de la riqueza y las pasiones por las demás cosas yendo hasta dentro» (Mc 4, 19). «Las preocupaciones... y los placeres de la vida» (Lc 8, 14) empujan a los hombres a configurarse con este mundo que ambiciona el dinero y el bienestar, aunque otros padezcan la pobreza y así se disculpan de sentarse a compartir en la mesa del Reino, que ha empezado ya, donde los pobres están invitados a servir en primer lugar (cf. Lc 6, 24-26; 14, 18-20; 16, 9-12). Con seducción y persecución se actúa en el hombre el pecado del mundo.

b) *Las cadenas, que atan a todos*

Pablo ha llegado a penetrar la hondura del pecado desde el misterio pascual del Señor. «Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose él mismo maldición por nosotros» (Gál 3, 13). Efectivamente «a quien no conocía pecado, le hizo (Dios) pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él» (2 Cor 5, 21). Bajo el rostro del Cristo pascual, en la mesa de la eucaristía, se le desvela por entero la realidad y la dinámica del pecado. «Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios»... Pero ahora «son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo, a quien exhibió Dios como instrumento de propiciación por su sangre» (Rom 3, 23-25). Desde la nueva creación iniciada en la pascua del Señor, Pablo comprende la historia del pecado, como la historia del desbordamiento en derroche de la gracia. Pero, ¿cómo es que floreció el pecado en la tierra y en la humanidad, que estaba radiante con la gloria de Dios desde la primera hora de la creación? Todo partió de que el hombre se cerró al amor.

La impiedad y la ambición del corazón

El hombre salió de las manos de Dios, arraigado en una comunidad y en un mundo, para hacer una historia de gratitud y gratuidad. El es como diseño del Hijo, «imagen y gloria de Dios» (1 Cor 11, 7). Su vocación sería acoger la gracia y compartirla y realizarla en el agradecimiento. Pero para ello tenía que permanecer con las manos abiertas, acogiendo, ofreciendo y glorificando la gracia. Sin embargo no quiso ser para darse, sino ser para serse. Más que don, quiso ser propiedad. Más que en salida, quiso vivir en entrada, más que en éxtasis en autonomía. Por eso cerró las manos para ser él mismo, por sí mismo, para sí mismo. Fue un acto violento. Los hombres intentaron «aprisionar la verdad» entre sus manos cerradas, obrando la injusticia (Rom 1, 18). Se arrancaron de las manos del Señor, para pasarse a sus propias manos. Pero como esto no es posible, porque son gracia creada, finita y frágil, tuvieron que divinizar a los ídolos, que les permitieran serse a sí mismos y vivir para sí mismos, aunque fuera a costa de los otros. «Habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, antes bien se ofuscaron en su razonamiento y su insensato corazón se entenebreció: jactándose de sabios se volvieron estúpidos, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una representación en forma de hombre corruptible» (Rom 1, 21-23).

¿Qué ha sucedido, entonces, en el corazón del hombre, que es el centro mismo de su ser? Al cerrar las manos, intentando apuñar la gloria, en la que él mismo era, el hombre ha pretendido serse a sí mismo. Ha sido un increíble rompimiento con el amor que recibía del Padre y al Padre había de agradecer en alabanza. Fue una im-piedad en la forma de desobediencia (Rom 1, 18; 5, 19). Pero sus manos cerradas no podían sostenerse a sí mismas. Necesitaban tener más, poder más, saber más. Y esto sólo podría ser a costa de los otros. La im-piedad llevaba consigo la ambición, la desobediencia llevaba consigo la apropiación. Apropiarse de los hermanos, robarles sus bienes, prostituir su ser, dar muerte a su vida (Rom 1, 26-32). La divinización del hombre, para llegar a ser por sí mismo, era la aventura del paraíso. Arrebatar la gracia. No recibirla, sino crearla y serla. Pero el hombre da todavía un paso más allá. Traspasa su absoluto señorío a algo fuera de sí, que pudiera sustentarlo en su propósito y legitimarlo en su tarea. Este algo no podía ser más que «la creatura». Era cambiar al Creador por la creación (Rom 1, 25), lo incorruptible por lo corruptible, la gloria por la imagen, la verdad por la falsedad. ¿Es posible esto al hombre? Sí. El Padre le había creado a su imagen, y respetó los deseos de su corazón (Rom 1, 24.26.28).

Los principados y potestades del mundo

El pecado ha nacido en los corazones de los hombres y se ha actuado en sus hechos, pero ha pasado a la comunidad y al mundo. El hombre no existe desligado. Su ser tiene raíces en la humanidad y en el cosmos. Es un ser-en-comunidad, un ser-en-el-mundo y un ser-en-la-historia. Sus manos cerradas van a configurar la familia, la casa y el camino. Pablo lo ha subrayado con energía. «Por un solo hombre entró el pecado en el mundo» (Rom 5, 12). El mundo es el hogar por donde hace su historia la familia humana. No tiene origen divino, como pensaban los griegos. Ha sido creado por el Padre en las manos de su Hijo. Todo ha sido creado para que fuera el hogar encabezado por el Hijo, es decir, puesto por entero al servicio de todos sus hermanos. Pero los hijos son personas libres. Son el centro y la cumbre del mundo. Pueden decidir su destino. Pueden llevar el mundo a su plenitud o abismarlo en su anulación. Increíblemente pueden construir el mundo, en contra del proyecto del Padre, pues el Padre lo ha puesto en sus manos (Rom 8, 20). Ante la mirada misericordiosa del Padre, la peor perversión del mundo es que el mundo deje de estar al servicio de los hombres y que los hombres estén al servicio del mundo. Que el mundo sea el señor y que ellos sean esclavos. Que el mundo deje de ser la casa de la filiación y de la fraternidad, para convertirse «en la casa de la servidumbre».

El mundo es el marco de los cielos y la tierra, que se ha convertido en el escenario de la historia. Para los griegos e incluso para los judíos, aunque en forma distinta, el mundo se entiende desde la ley. El problema está en quién hace la ley, quién la juzga y quién la ejerce. Para Pablo que está admirando la nueva creación nacida en la pascua del Señor, el mundo griego y el mundo judío, con sus leyes, están dominados por la opresión y la enemistad. Los hombres no pueden ser libres ni hermanos. Es que el pecado del corazón ha pasado a configurar el mundo. La idolatría y la presión han configurado un mundo que se cree autónomo y divinizado, donde la opresión se ha hecho ley. Un muro de división separa a unos de otros. Además a una y otra parte del muro, las cadenas atan a unos y a otros. La aventura emprendida por el hombre al querer serse a sí mismo ha intentado construir un mundo, con unas estructuras, donde la independencia se haga posible. Pero un mundo así consagra la enemistad y la esclavitud. Pues si se existe desde él, hay que existir en el enfrentamiento, que aboca a la arrogancia y la marginación. La creación se ha pervertido. Los «elementos del mundo» (Gál 4, 3; Col 2, 8), los «principados y potestades» (1 Cor 2, 8; Rom 8, 38-39) son ahora fuerzas cósmicas de enfrentamiento y opresión que dominan a todos. El pecado se ha enseñoreado del mundo. Ha comenzado a reinar y ha repartido los papeles. Poco importa que unos tengan el papel de verdugos y otros de víctimas. Todos en realidad tienen el papel de víctimas, pues todos están bajo el dominio del pecado (Rom 3, 10).

El mundo que actúa en la carne

«En otro tiempo vivisteis según el proceder de este mundo, según el príncipe del imperio del aire, el espíritu que actúa en los hijos de la rebeldía. Entre ellos vivíamos también todos nosotros, en otro tiempo, en medio de las concupiscencias de nuestra carne, siguiendo las apetencias de la carne y de los malos pensamientos, destinados como los demás por naturaleza a la cólera» (Ef 2, 1-3). Este texto tan denso expresa muy bien el círculo del pecado, que estamos pretendiendo descifrar. «Este mundo» es un ámbito de poder, un señorío que encuadra la historia humana, provocándola a caminar «según este mundo» (2, 2). «El príncipe del imperio» personifica los poderes del mundo empecatado. Si a este imperio se le llama «aire» o «atmósfera» es para indicar con una imagen el horizonte en donde se mueve el mundo, el clima espiritual que lo alienta y configura, «el espíritu que actúa en los hijos rebeldes», que existen en la desobediencia. El aliento de este señorío actúa en la existencia de los hombres, que hacen camino en el mundo. Actúa en su corazón y en su pensamiento.

Y les provoca a ser por sí mismos para sí mismos, es decir, a vivir para sí, en sus apetencias y concupiscencias. Les provoca a dejar de ser hijos y hermanos, en un camino que parece conducirles a la vida, pero que en realidad les despeña en la muerte.

El hombre que se había cerrado al amor, provocado ahora por el mundo, se cierra más todavía. Es provocado a vivir «según la carne». Por carne Pablo no entiende la sexualidad, sino la existencia creada del hombre, en su solidaridad con la comunidad humana y en su inserción en el mundo. La creaturalidad lleva consigo la fragilidad. Pero al cerrarse sobre sí la carne se afirma en su rebeldía ante el Padre y en su apropiación de los hermanos. Ahora la carne viene a ser la «carne del pecado». Las fuerzas del pecado cósmico empujan al hombre a cerrarse más sobre sí, para integrarse plenamente en su señorío. En este campo de guerra, en donde se pelean los hombres como esclavos y enemigos tomarán más parte en la lucha que parece constituir el mundo, cuanto más se adhieran al proyecto histórico que el mundo propone. Pero en la propuesta de autonomía, subyace la dominación. El hombre ya no es dueño de sí mismo. No hace el bien que quiere sino el mal que no quiere (Rom 7, 15.19). Está bajo otro señor, en otro señorío. El que obra ya no es él, sino su señor en él. «El pecado que habita en mí» (Rom 7, 18.20). De esta forma también el hombre por dentro se convierte en un campo de guerra. La división de los señoríos no se da sólo fuera del hombre, sino en el hombre mismo, pues está inserto en dos historias, bajo dos señores, en dos ámbitos de poder. Esta situación alcanza incluso a los hermanos, que se han incorporado a la comunidad de Jesús, hasta que triunfe plenamente en ellos la victoria de la gracia. Por eso el hombre, portavoz de toda la humanidad confiesa: «yo soy de carne, vendido al poder del pecado» (Rom 7, 14).

c) *Las sombras, que envuelven a todos*

También Juan ha descubierto la hondura del pecado desde la entrega que el Padre ha hecho de su Hijo al mundo. «Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3, 16). En el Hijo entregado aparece vencido y arrancado el pecado. «El se manifestó para quitar los pecados» (1 Jn 3, 5). Y lo hizo ofreciéndose a sí mismo como expiación por nosotros. «He aquí el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1, 29). «El es víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero» (1 Jn 2, 2). Pues el amor ha consistido no en que nosotros hayamos amado al Padre, sino en que «él nos amó y nos

envió a su Hijo, como propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 4, 10). El, el Hijo del amor, lleno de ternura y fidelidad, aquel en quien no hay pecado (1 Jn 3, 5; cf. Jn 8, 46), se ha entregado por nosotros, en vez de nosotros y en la hondura de su gracia hemos podido alcanzar a comprender la hondura del pecado del mundo. Pues «Dios no ha enviado a su Hijo al mundo, para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (Jn 3, 17). El, que es la gracia, es «la luz del mundo». En él estaba «la vida y la vida era la luz de los hombres y la luz brilla en las tinieblas» (Jn 1, 4; 3, 35; 8, 12). Por eso Juan entenderá el pecado como sombra.

Los hombres se han cerrado a la luz

Cuando aparece el Hijo, desde el Padre, lleno de gracia y de fidelidad, el hombre se ve agraciado en la plenitud de la gracia y provocado a entregarse a esta gracia, para llegar a la plenitud de la vida. Para Juan el pecado en toda su hondura sólo es posible ante el rostro luminoso del Hijo. Vino al mundo que estaba en tinieblas y que era su casa, la casa que el Padre había hecho por sus manos. Pero al abrazar las tinieblas del pecado entre sus manos clavadas en el madero, hizo aparecer la luz, que es la vida del Padre, para la vida del mundo. A los hombres, por tanto, se les abren dos posibilidades: o acoger la luz o rechazar la luz. «Si caminamos en la luz, como él mismo está en la luz, estamos en comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos purifica de todo pecado» (1 Jn 1, 7). Acoger la luz, es entregarse a la gracia que es Jesús mismo, para vivir por medio de él. Rechazar la luz es cerrar las manos para vivir la propia vida para sí mismo, a costa de los hermanos. Jesús, al ofrecerse como luz, sitúa a los hombres ante la decisión. Pero «vino la luz al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra el mal aborrece la luz y no va a la luz, para que no sean censuradas sus obras» (Jn 3, 19-20).

El pecado es el rechazo del Hijo. Los hombres no han querido acoger al Hijo, para ser hijos y hermanos en él. «Vino a su casa y los suyos no le recibieron» (Jn 1, 11). Por eso, los hombres pasan de la luz a las sombras, de la verdad a la mentira, de la libertad a la esclavitud. Han roto el amor al Padre y por eso rompen el amor a los hermanos. Al apuñar la gracia que es luz ardiente y luminosa, se apaga esta misma luz. Empiezan a caminar en las tinieblas y a ser ellos mismos tinieblas. «Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza. Pero quien aborrece a su hermano está en las tinieblas, camina en las tinieblas, no sabe dónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos» (1 Jn 2, 10-11). Al apuñar la propia vida para ser uno

mismo por sí mismo, el hombre ha pretendido serse en realidad, serse verdaderamente, pero se ha despeñado en la mentira. Su verdadero ser está en ser don, para ser dado, gracia creada para la gratuidad. La autonomía, la independencia y el desarraigo, le arrancan las raíces y su aparente realidad es tan sólo apariencial. Es una apariencia sin fundamento, una mentira. Lo más terrible de todo, es que esta pretensión de serse a sí mismo era una pretensión de libertad. El hombre quería ser libre hasta el fondo. Pero Jesús afirma con fuerza: «En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es un esclavo» (Jn 8, 34).

El señorío del Príncipe de este mundo

El Hijo que es la «verdad en su fidelidad» es el único que puede hacernos libres. «Si os mantenéis en mi palabra... conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8, 31-32). Es el Hijo, el que nos da la libertad al reunirnos en la familia de sus hermanos, en la casa del Padre (8, 36). Pero si los hombres quieren ser esclavos de sí mismos, es decir, esclavos del pecado, abandonan la casa para pasar a manos de otro, a la casa de otro. En la casa del Padre sólo había filiación y fraternidad; en la casa del otro amo, habrá esclavitud y opresión. Pero ¿quién es este otro amo? ¿A qué casa van a parar los hijos, que no quieren serlo? De nuevo aparece la palabra de Jesús. Pasan a otro señor, el señor de este mundo, que Juan prefiere llamar «Príncipe de este mundo», que es el diablo. Precisamente en la travesía pascual de Jesús es cuando el señorío del mundo aparece des-enmascarado, juzgado y vencido. «Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera» (Jn 12, 31). «Llega el príncipe de este mundo. En mí no tiene poder» (14, 30). Por eso el Paráclito convencerá al mundo «en lo referente al juicio, porque el príncipe de este mundo está juzgado» (16, 11). El lenguaje de Juan se está aproximando en cierto modo a la comprensión del pecado del mundo en los sinópticos y en Pablo.

El mundo ha salido de las manos del Padre, que lo ha creado en las manos de su Hijo, la palabra en la que nos ha dicho y nos ha dado todo (Jn 1, 3.10). El mundo, por tanto, es la gran casa que el Padre ha preparado para la familia de sus hijos. Es el escenario de su camino. Es en cierto modo también un resplandor de la luz del Hijo, pues en el cosmos se descifra la Palabra creadora que él mismo es. Pero la familia de los hijos se ha cerrado al resplandor ardiente de esta lumbre, aparecida por fin en la carne, en la tienda de campaña del éxodo. Entonces la casa se ha inundado de sombras, se ha encadenado de esclavitud, se está precipitando en la mentira de la nada, que

pretende serse. Es una «casa de esclavitud», un señorío de fuerzas que configuran las estructuras socioeconómicas, sociopolíticas, socioculturales y sociorreligiosas, regidas todas ellas por la ley que garantiza la existencia apropiada. Ahora es un «poder». El «príncipe de este mundo» es la personificación real de este poder del mundo que se quiere construir desarraigado de las manos del Padre, para ofrecer a los hombres la libertad y la verdad, tal como ellos la pretenden. Aparece como si fuera otro «padre», pero es el diablo, homicida desde el principio, pues diciendo que entrega y garantiza la vida, siembra y reafirma la muerte (Jn 8, 44). Rechazo del Padre y asesinato del hermano, es lo que este príncipe lleva adelante. Esta mano poderosa, que se enfrenta con el avance del reino del Padre, se aparece en distintas figuras históricas. Juan ha pintado a todas del mismo color. Son todas de color negro, pero el negro más oscuro es el de los dirigentes, «los judíos», que son los instrumentos que tiene el diablo para ejercer su señorío, en el que pretende integrar incluso al pueblo sencillo y si fuera posible a los discípulos.

La pro-vocación a la soberbia de la vida

«Está la luz entre vosotros. Caminad mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas» (Jn 12, 35). Es que el mundo de las tinieblas se proyecta sobre los hombres y puede cegar sus ojos (1 Jn 2, 11). Ciertamente el hombre tiene libertad para decidirse. Nunca las tinieblas ahogan las últimas raíces del corazón, pero el corazón se ve acosado para que consienta a la seducción del mundo. «No améis el mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Puesto que todo lo que hay en el mundo —la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida— no viene del Padre, sino del mundo» (1 Jn 2, 15-16). Con estas palabras se expresa en la comunidad de Juan una importante perspectiva sobre la incidencia del «pecado del mundo» sobre la existencia de los hombres, e incluso de los creyentes, que les provoca a cerrarse a la gracia del Señor. Desde luego el acento que Pablo pone sobre la «carne» no debe transponerse sin más a la perspectiva de Juan. En los escritos juánicos «carne» significa sobre todo «fragilidad». Pero por ser frágil, la existencia está expuesta a la tentación, que suscita en ella pretensiones, que no acogen y dan paso a la gracia. La palabra «concupiscencia» tiene por tanto este sentido negativo. Son latidos del ser, que oscurecen, envanecen y esclavizan. El mundo no sólo es el escenario de estas pretensiones, sino que es el aliento que las provoca. Van en contra de la acogida de la gracia del Hijo, que es el don del Padre para la filiación y la fraternidad compartida hacia la tierra de la herencia.

En principio parece que estas pretensiones de la carne son «pretensiones de apropiación». En los deseos de la carne se abarcan todos los impulsos que brotan del ser corporal-espiritual del hombre. La carta tiene ante la vista el violento instinto sexual, que se apropia del ser del otro, lo domina y los explota. Tal vez podrían también incluirse en estos deseos los excesos del bienestar, que expropian al hombre de su responsabilidad personal. Pero los hombres cerrados al amor, no sólo quieren apropiarse del ser de los otros, sino también de sus bienes. Por los ojos el mundo seduce a los hombres a tener más, a codiciar los bienes de la tierra. Suscita en el corazón el insaciable deseo de acumular para asegurar la vida y poder disfrutarla. Pero esta pretensión horizontal de «la concupiscencia de la carne» y de la «concupiscencia de los ojos», nace del desarraigo vertical. La «soberbia de la vida» alude a la arrogancia, a la jactancia. El hombre quiere serse a sí mismo, porque cree que se puede valer por sí mismo. El hombre orgulloso, que ya no se siente en la necesidad de ser hijo, acaba por perder de vista a su hermano. «Vida» significa aquí «sustento para vivir», «riqueza que garantiza la vida». Con lo cual se ve la implicación entre la arrogancia y la apropiación, entre la idolatría y la opresión. La pretensión de apropiación nace de la pretensión de autonomía y al tiempo la consecución de la autonomía se pretende alcanzar por la apropiación. El corazón es así provocado por el mundo, a esclavizarse más todavía en el pecado personal.

3. *La cadena de la muerte*

Nos estamos adentrando en la «esclavitud del pecado», raíz de todas las demás esclavitudes. Pero si queremos ahondar todavía más en esta última y radical esclavitud, hemos de ver sus consecuencias. Porque el pecado es como un primer eslabón, en el que se suelda ya la desintegración de la humanidad. El hombre, creado a imagen del Hijo, es un don para ser entregado, es libertad para el amor. Lo más constitutivo en él es la gracia del darse. Para eso es su ser, como serse en la libertad y la responsabilidad. Pero el pecado, como hemos visto, es cerrarse al amor del Padre y por ello cerrarse al amor de los hermanos. La desobediencia y la ambición configuran el ser del hombre en la esclavitud y la enemistad. El hombre ya no se es para darse. Se ha esclavizado para la enemistad a muerte. La misma cadena del pecado avoca a la destrucción. La cadena del pecado empalma con la cadena de la muerte, muerte que se anticipa en el dolor y que se consuma en la anulación. «Por el pecado, la muerte» (Rom 5, 12). La cadena del pecado que esclaviza y enfrenta a todos, los va des-integrando desde sus raíces, destruyéndolos con el dolor y precipitándolos en la muerte.

a) *La muerte, anticipada en el dolor*

A Jesús se le han conmovido las entrañas al ver a los hermanos atados y enfrentados por las cadenas, que el mundo ponía sobre ellos. (Mt 9, 36; Mc 6, 34). Pero sobre todo se ha conmovido al verles con las cadenas del pecado (Lc 15, 20; Mt 18, 27), del dolor (Mt 20, 34; Lc 10, 33) y de la muerte (Lc 7, 13). Intentaríamos adentrarnos en la cadena del dolor, desde la mirada de Jesús. El no habla sobre el dolor, sino que acoge y cura a los que sufren y al final él mismo está marcado por el dolor. Ver el dolor desde Jesús es verlo no sólo compadecido, sino vencido. Y lo mismo que la hondura de la miseria sólo se descubre desde la hondura todavía mayor de la misericordia, así también las consecuencias de la miseria del pecado se iluminan y descifran desde los gestos milagrosos de su misericordia. Precisamente en los milagros de Jesús, en los que los hombres marcados por el dolor, se re-crean desde dentro, se incorporan a la comunidad y avanzan a la cabecera de la marcha, se puede descubrir en qué consiste la cadena del dolor, que como la del pecado nace al tiempo de dentro y de fuera, de la culpa personal y del señorío del demonio.

«Al atardecer, le trajeron muchos endemoniados; él expulsó a los espíritus con una palabra, y curó a todos los enfermos, para que se cumpliera el oráculo del profeta Isaías: "El tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades"» (Mt 8, 16-17). Pero él no sólo toma en sus manos la cadena del dolor, sino que la rompe, como señor del comienzo del Reino, que es la aurora de la salvación. «Si expulso a los demonios con el dedo (Mt 12, 28 espíritu) de Dios, es que el reino de Dios ha llegado a vosotros» (Lc 11, 20). Estos gestos de misericordia, que con fuerza curan las heridas, sientan a la mesa y conducen por el camino a los enfermos curados, son la señal de que Satanás es vencido y derribado y cae del cielo a la tierra como un rayo, porque en la tierra se está inaugurando el paraíso (Lc 10, 18-20). El dolor aparece ante los ojos de Jesús, como una cadena que ata el ser de los hermanos y los va destruyendo (Lc 13, 16; cf. Mc 3, 27). El gozo inmenso de que se rompa a su paso es el gozo salvador del Padre, que ve liberados y reconciliados a los hermanos más pequeños que estaban tirados a la cuneta del camino, despojados, apaleados y cubiertos de heridas. El dolor de los hombres debe ser, pues, contemplado desde la victoria sobre él de la inmensa misericordia de Jesús, que aparecerá en plenitud, cuando él mismo se cargue con nuestros dolores, para que con sus cardenales seamos curados. «El mismo, que sobre el madero llevó nuestros pecados en su cuerpo a fin de que, muertos a nuestros pecados vivamos para la justicia; con cuyas heridas habéis sido curados» (1 Pe 2, 24; Is 53, 12).

El dolor procede del pecado personal

El dolor y más todavía la muerte han sido siempre para el hombre más un misterio que un problema. Pues los problemas se plantean y se resuelven con los elementos que el hombre tiene a mano, pero los misterios envuelven al hombre desde más adentro de sí mismo hasta mucho más afuera de sí mismo. En el antiguo testamento, desde la historia de la misericordia del Señor, se va descifrando el dolor en distintas perspectivas. Una de las más importantes, como ya indicamos, es que el hombre se ha empezado a desintegrar en el dolor, cuando se ha empezado a cerrar al amor. Los orantes de los salmos dan a entender que se hunden en el dolor, porque se han cerrado al Señor. Han cometido culpas, que acaban por sobrepasarles. «Tus flechas se me han clavado, tu mano pesa sobre mí; no hay parte ilesa en mi carne, a causa de tu furor, no tienen descanso mis huesos a causa de mis pecados» (Sal 37, 3-4). Porque las culpas sobrepasan la cabeza, se abren en el ser del hombre llagas podridas, que supuran, le arden las espaldas y no queda parte sana en la carne. El hombre se ha cerrado, camina «encorvado y encogido», «sombrío», «agotado, deshecho del todo» (37, 5-9). Este caminar en el dolor y en el quejido, mientras le van faltando las fuerzas, es un camino hacia la marginación de los otros hombres, por una tierra que está llena de lazos tendidos. Es que el ser del hombre, que es amor y que sólo vive amando, se está desintegrando por dentro. «Mi sabia se me había vuelto un fruto seco». «Había pecado, lo reconocí» (Sal 31, 4-5). «Mi herida empeoró y el corazón me ardía por dentro» (Sal 38, 4). Estas expresiones de los salmos, que el pueblo sencillo conoce, han modelado profundamente su comprensión de la cadena del dolor. El dolor procede del pecado personal.

El creyente en la alianza, descubre que lo que ha roto el ser del hombre ha sido su desobediencia al Señor y su apropiación de los hermanos. Cuando alguien sufre y se va deshaciendo, surge en el pueblo sencillo la pregunta: «¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego?» (Jn 9, 2). Cuando alguien sufre una desgracia o un fracaso, el pueblo sencillo piensa en un castigo, en un golpe de Dios: «¿pensáis que estos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos, porque han padecido estas cosas?» (Lc 13, 2). Jesús claramente rompe el empalme mecánico entre el pecado personal y la enfermedad que uno sufre (Jn 9, 3), como también rompe enérgicamente la imagen del castigo vengador e inmediato de Dios, cuando alguien ha hecho una transgresión (Lc 13, 3). Y, sin embargo, tal como aparece en el evangelio, no quiere borrar enteramente aquella imagen de los orígenes de que el dolor y la enfermedad dicen una relación con el pecado. Después de haber curado al enfermo en la

piscina de Betesda, le reencuentra y le dice: «Mira, estás curado; no peques más, para que no te suceda algo peor» (Jn 5, 14; cf. Mt 9, 2).

El dolor procede del pecado cósmico

En la tradición sinóptica el empecatamiento del mundo aparece en forma de demonización. El mundo es el señorío de Satanás. Sabemos que en Palestina, en tiempos de Jesús, el pueblo sencillo tenía mucho miedo a los demonios. Se creía que por ellos venían a los hombres toda clase de enfermedades, pero sobre todo las enfermedades mentales, en las que se comprobaba que el hombre ya no era dueño de sí mismo. Por eso muchas veces se llegaba a pensar que los enfermos estaban endemoniados y que la enfermedad era una posesión diabólica. En el rostro destrozado de los enfermos se veían las garras poderosas de los demonios que con fuerza sobrehumana les iban destruyendo sin remedio. En el judaísmo se acentuó la creencia en estos poderes del mal, que dominan la creación. Jesús no niega esta realidad, pero la comprende de forma más profunda. Satanás, como vimos, es el jefe que domina en el reino de este mundo. Las fuerzas del mal están unificadas y sometidas a su señorío. Los demonios son en realidad sus soldados. «Yo me llamo legión, porque somos muchos» (Mc 5, 9). Y si se entiende a Satanás como el «señor de la casa» (beelzebul) (Mt 10, 25), entonces los demonios son los criados suyos, que están a sus órdenes. Detrás de estas fuerzas, ante la mirada de Jesús, está el Maligno, el destructor de la creación, que actúa desde que el hombre se cerró al amor y el pecado se ha enseñoreado del mundo.

Los hombres se sienten sin defensa alguna ante un ejército de enemigos tan poderoso. El mundo esclavizado y enfrentado, aparece ante los hombres en su fuerza sobrecogedora amenazándoles de destrucción y de ruina, si no se acoplan a sus exigencias. En el evangelio de Marcos el dolor aparece muchas veces como una posesión diabólica. Son los espíritus los que encadenan el cuerpo y el espíritu de los hombres y lo destrozan en enfermedades incurables (Mc 1, 23-27; 5, 1-20; 9, 14-29). «Jesús curó a muchos que se encontraban mal de diversas enfermedades y expulsó muchos demonios. Y no dejaba hablar a los demonios porque le conocían» (Mc 1, 34). La hondura de la cadena del dolor no aparece más que ante la claridad del rostro de Jesús, en donde brilla la misericordia del Hijo, que tanto más se manifiesta cuanto más hondo se esconde (cf. Mc 1, 24; 5, 7). La perspectiva de que el dolor procede del pecado del mundo se acentúa en Lucas, que empalma la visión judía de los «demonios» de la historia con la visión griega de las «fuerzas» de la naturaleza.

Las enfermedades proceden de los demonios, que con fuerza atan a los hombres y les dominan, y les destrozan (Lc 11, 14; 13, 14.16). Si las curaciones de Jesús son en gran parte exorcismos (Lc 4, 40 s; 6, 18; 7, 21; 8, 2; 9, 6; 10, 9.17; 13, 14; Hech 5, 16), entonces es que ante la mirada de Jesús el dolor de los hombres está producido sobre todo por las fuerzas demoníacas, que dominan el mundo. Los enfermos son sobre todo posesos. Han sido sobre todo las cadenas poderosas del mal del mundo las que han destrozado el rostro de los pobres.

El círculo del dolor

Estas pequeñas sugerencias nos permiten ultimar nuestro estudio sobre la cadena del dolor, que según vemos procede del pecado personal y del pecado colectivo. ¿No podríamos con estos datos esbozar en cierto sentido el círculo del dolor, como antes esbozamos el círculo del pecado? Nos encontramos ante unos hechos poco explorados todavía.

En la perspectiva de la alianza del Señor, el dolor proviene del pecado personal, en primer lugar. Un ser creado a «imagen y semejanza» del Padre es un ser que consiste en amor, que es gracia. Pero si intenta apuñar para sí lo que es un don, su gracia se convierte en gracia des-graciada. Este proceso del des-graciamiento de la gracia por el dolor, que rompe la vasija de barro, no es algo que dependa sólo del pecado que cada uno comete, sino también del pecado que configura la personalidad corporativa de la humanidad, desde la desobediencia y el asesinato de la primera hora. Parece que el dolor aparece naciendo desde la profunda solidaridad de la culpa, que cada hombre actúa en sus decisiones personales. Así se explica que todo hombre, apenas nace, entre al camino del dolor. El dolor rompe y desintegra. Este rompimiento lleva consigo la marginación social. Los enfermos ya no valen para el normal funcionamiento de este mundo. Y mucho menos cuando son incurables y contagiosos. Más todavía incluso cuando son malditos por estar poseídos por los malos espíritus. Tal vez las familias, que tengan algunos medios más, puedan sostener a sus enfermos, pero los más pobres, si caen enfermos, tienen que ponerse enseguida a mendigar. Jerónimo en su comentario a Mt 12, 13, cita un texto antiguo que tal vez proceda del «evangelio a los hebreos». Toma la palabra un obrero enfermo y dice: «Yo era albañil que buscaba ganarme la vida con mis manos. Te ruego Jesús que me devuelvas la salud, para que no tenga que mendigar vergonzosamente mi sustento».

Lo peor no es sólo cuando la enfermedad convierte a los enfermos en mendigos. Ya entonces el dolor personal les empuja a la margina-

ción social. Más terrible todavía es cuando la enfermedad, por ser contagiosa, es decir, todavía más diabólica, lleva consigo una grave peligrosidad social. Entonces los enfermos tienen que salir de casa, e incluso de los pueblos. En chozas o en cuevas, en las encrucijadas de los caminos, en los campos, o hasta en los mismos sepulcros. Los enfermos son entonces la aparición sobrecogedora de la miseria, de una miseria irremediable, que está ya lindando con la muerte. El dolor no sólo destroza el ser, sino que arranca las raíces que el hombre tiene en la comunidad y en el mundo. La gracia des-graciada se hace cada vez más desarraigada. Los hombres ya no tienen familia ni hogar. Son el desecho, la basura, que parece ya una forma de muerte que despeña en la nada.

Pero este camino del dolor personal que se convierte en marginación social revierte a los hombres en un camino de vuelta: la marginación social agrava cada vez más el dolor y la desintegración personal. Los pobres, a los que la sociedad margina, están mucho más expuestos al dolor. Si no tienen trabajo, si apenas tienen que comer y que vestir, si no tienen medicinas ni médicos, la marginación agrava su dolor y lo hace todavía más irremediable. La pregunta última sería: los ciegos, los cojos, los paralíticos y los leprosos, que están en los cruces de los caminos ¿están allí porque han caído enfermos o están enfermos porque se les ha marginado allí? Parece como que ante la mirada de Jesús son sobre todo las fuerzas demoníacas del mundo las que han atado el cuerpo y el espíritu de los pobres, les han arrancado de la comunidad y del mundo y les han tirado al basurero de la historia. El pecado colectivo sería por tanto la causa principal del dolor. Pues esta solidaridad del pecado no sólo aparece en la brutal marginación de los pobres desde fuera, sino que late también en la misteriosa comunidad de la culpa, aflorada por dentro en las torpezas que hace cada hombre y que le abren día a día las heridas en su propio ser. Como mendigos en las plazas y en las calles de la ciudad (Lc 14, 21), y como malditos en los caminos y en las cercas (Lc 14, 23) están tirados en el mundo los últimos de los pobres, que conmueven las entrañas de Jesús. Ellos serán invitados a ocupar en su mesa el primer puesto del servicio. Porque la mesa que él pone es la aurora de la nueva creación, que amanece cuando la inmensa misericordia se derrama sobre la irremediable miseria.

El círculo del dolor, como el del pecado, parece cerrarse sobre sí mismo. El dolor, que brota de la existencia personal, que se ha desgraciado, ha pasado a ser en esta tierra de la opresión y de la injusticia un dolor colectivo, diabólico, que envuelve y destroza la humanidad y el cosmos. Es el dolor del mundo, las heridas abiertas por las cadenas estructurales en el cuerpo mismo de la creación. Pero a su vez estas cadenas que atan a todos, grandes y pequeños, en la

solidaridad del dolor, abren heridas todavía más profundas en los pequeños por donde se rompe al final el eslabón de la desgracia para la muerte. Ante el paso del Ungido que da vista a los ciegos, oído a los sordos, canto a los mudos, movimiento a los paralíticos, vida a los leprosos y resurrección a los muertos, se comprende la hondura de las cadenas del pecado y del dolor. El paso de Jesús se convierte en la alegría que viene a secar las lágrimas irremediables, que venían de una hondura que no habíamos sospechado.

b) *La muerte, consumada en la destrucción*

Nosotros no podemos adentrarnos en el misterio de nuestra muerte, sino es a la luz de la pascua de Jesús, el Señor, en la que su muerte destruyó nuestra muerte, convirtiéndola en camino y paso hacia la vida. Según venimos viendo los hombres empiezan a morir cuando dejan de amar. Y si la muerte se consuma en ellos, es porque se cerraron al amor en el pecado. Por el pecado hemos llegado a la muerte. Pero sólo en su muerte por nuestros pecados, llegamos a comprender el acontecimiento de la destrucción de la muerte. La primitiva confesión de fe decía: «Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, fue sepultado y resucitó al tercer día, según las Escrituras» (1 Cor 15, 3-4). Fue una muerte por nosotros, en vez de nosotros, una muerte de inmolación en representación (Mc 10, 45; 1 Tes 5, 10; Rom 5, 6-8; Heb 2, 9-10. Efectivamente «fue entregado por nuestros delitos y resucitado para nuestra justificación» (Rom 4, 15). Ahora comprendemos la muerte nacida del pecado, desde la muerte nacida del amor. Cuando muere el Hijo del Amor, se desentraña nuestra muerte, desde la hondura insondable de la misericordia del Padre, entregada en la Pascua de Jesús. Al atravesar este campo del Reino, cayó muerto en el madero de los criminales. El Padre le entregó para que nosotros le pudiéramos entregar. Y él, abrazando nuestras culpas y nuestros golpes, se entregó a sí mismo a la muerte, para transfigurar la muerte en manantial de su vida nueva. Las cadenas del mundo, le ataron a la muerte nuestra como un esclavo; las sombras del mundo, le envolvieron en la muerte nuestra como a un maldito. Así murió el Amor, en la entrega de la vida. Y nuestra muerte se descubre como muerte amada, muerte rescatada, muerte vencida. «La muerte ha sido devorada en la victoria. Muerte, ¿dónde está tu victoria?» (1 Cor 15, 54-55).

La pascua de Jesús nos ha iluminado la muerte de forma nueva e insospechada. La muerte ya no es, sin más, un hecho de la naturaleza, que forma parte del proceso de la vida. Los hombres la han visto a lo largo de la historia, como un hecho biológico, como la vida que en su destino llega a su fin. Como este fin es suficientemente temible, los

hombres han intentado integrar la muerte como un momento de la vida, o han intentado adivinar la vida, más allá de la muerte, en la tierra de la inmortalidad. La muerte en todo caso es una «ley de vida». Pero a la luz de la pascua de Jesús, la muerte es un hecho histórico, más aún, un hecho teológico. Con ello queremos decir que la muerte ha surgido por un hecho histórico y que este hecho histórico ha sido una toma de posición de los hombres ante el Padre. La muerte, por tanto, se inscribe en la historia de la salvación, la historia de la misericordia entrañable del Padre, que empieza con la gracia y con la gracia terminará. La muerte tal como se contempla en la primera hora de la creación, no procede tanto de la finitud, cuanto del desarraigo. No es que los hombres no tuvieran que terminar su peregrinación. Es que desde aquella hora la terminan violentamente. El pecado, que está en el origen de la muerte es una desobediencia, que se convierte en un asesinato. El marco del acontecimiento es una historia de familia. Los hijos se van de casa y cuando han salido al campo se dan muerte, manchando la tierra de sangre. La muerte nace así, en primer lugar, al arrancarse de las manos del Padre, en donde ha sido creada y entregada la vida. Pero las manos cerradas, se convierten en puños que amenazan, derriban y desangran. Pero si los que se dan muerte son hermanos entonces el asesinato es al tiempo un suicidio. Al dar muerte al hermano, el hombre se da muerte a sí mismo, como hermano. El Hijo del amor suspendido en el madero de los criminales, golpeado por unos y otros, verdugos y víctimas, todos ellos asesinos, nos desentraña el misterio de la muerte, desvelándolo desde más allá de la finitud, y abocándonos a la zona increíble del odio entre hermanos, hecho posible sólo porque fueron creados como hijos en una casa y en un camino común.

El hombre, entre el suicidio y el asesinato

El hombre salido de las manos del Padre era gracia para agraciar y agradecer, pero ha decidido «vivir para sí mismo» (2 Cor 5, 15) y ha empezado a envejecer y a desintegrarse. Ha empezado a ser un «hombre viejo» (Rom 6, 6). ¿Cuál es la actitud profunda, que le hace ser y caminar? Ha querido serse por sí mismo y para sí mismo. Con lo cual ha empezado a ser amo, que necesita junto a sí y para sí a un esclavo. La historia del amo y del esclavo, nace de la desobediencia originaria que se ha convertido en ambición de apropiación. Los hombres ahora están divididos en el papel de amos y en el papel de esclavos, pero queriendo todos ser amos. Con lo cual se han hecho enemigos. Y como estaban creados para ser libres para amar se han hecho también todos esclavos. El hermano que esclaviza al hermano

se esclaviza a sí mismo. La desobediencia y la ambición han configurado el ser del hombre como un ser enfrentado con el otro, en competitividad con el otro, en conflicto con el otro, porque para serse a sí mismo, tiene que tener y poder cada vez más a costa de los otros. El hombre para vivirse a sí mismo tiene que empezar a matar, pero como está creado para darse, al matar a otros se da muerte a sí mismo. El pecado le ha conducido inevitablemente al asesinato, que se convierte en suicidio, o al suicidio, que se ejerce como asesinato. Por el pecado los hombres todos matan muriendo y mueren matando.

Pablo ha precisado profundamente cómo el pecado conduce a la muerte. Cuando los hombres deciden desarraigarse del Padre, y dejan de reconocerle y glorificarle, el Padre respeta su decisión y les abandona a los deseos de su corazón. Pero, ¿qué sucede entonces? La luz del corazón se ciega. El corazón ya no late con entrañas de amor y de compasión, sino con el latido de la codicia y la envidia. Quiere ser y tener más que los otros. Se duele de que los otros sean y tengan más que él. La idolatría ha llegado a ser ambición, afán de tener más para ser más. Pero esto sólo puede realizarse con injusticia, porque en la comunidad humana y en el mundo el Padre ha puesto a cada uno en su sitio a la mesa del compartir. El apóstol continúa analizando este movimiento de la ambición en su horizontalidad, hacia la comunidad y hacia el mundo. Los hombres empiezan a ser arrogantes y en este mismo momento empiezan a marginar a otros. Pero no sólo los marginan sino que les acosan con engaños, contiendas y ultrajes, hasta que llegan a darles una muerte violenta. El homicidio parece el fin de este camino de la ambición idolátrica. Pero este homicidio se vuelve sobre el asesino y lo desintegra también a él en una muerte definitiva (Rom 1, 28-32). El paso del pecado a la muerte no aparece en el apóstol como un proceso de corrupción de la naturaleza, en sus fuerzas biológicas. Más bien la muerte, como término de la vida, es el resultado de la muerte histórica de los hombres, que desarraigados del Padre se enfrentan a muerte como enemigos. De este acontecimiento no se escapa nadie. Todos somos idólatras y opresores. Todos morimos matando. Por eso al final de sus reflexiones presta la voz a la Escritura para que sea su palabra misma la que cuente y juzgue este acontecimiento de la muerte.

«No hay quien sea justo, ni siquiera uno solo. No hay un sensato, no hay quien busque a Dios. Todos se extraviaron, a una se corrompieron, no hay quien obre bien, no hay ni siquiera uno» (Rom 3, 10b-12). No sólo los opresores que devoran al pueblo como pan y se burlan de los planes de los desvalidos (cf. Sal 13, 1-3). Hasta los desvalidos mismos toman parte en este mismo juego de la maldad y la injusticia. El apóstol intenta presentar el camino de la muerte pasando del corazón a la boca y de la boca a las manos y a los pies. «El

corazón es perverso, la garganta un sepulcro abierto. En la boca no hay sinceridad (Sal 5, 10). Por eso el hombre es violento. Planea maldades en su corazón y provoca contiendas todos los días. Las armas primeras son las palabras. «Afilan las lenguas como serpientes». «Veneno de víboras bajo sus labios». Su boca se llena así de engaños y fraudes que pretenden encubrir la maldad y la opresión (Sal 139, 4; 10, 7). Pero de ahí se pasa a las manos y a los pies. Acciones violentas en sus manos, manchadas de sangre. Sus pies corren hacia la maldad y se apresuran a derramar sangre inocente. Sobre la tierra se han borrado los caminos de la paz y de la justicia. «Tuercen sus caminos para provecho propio. Ninguno de los que por ellos pasan conocen la paz». «Ruina y miseria son sus caminos» (Is 59, 7-8; cf. Rom 3, 14-18). Con las palabras de los profetas y de los salmos, presenta el apóstol el paso del pecado a la muerte, como un hecho histórico, que comienza sucediendo en el corazón del hombre. Son todos y cada uno de los hombres los que toman en su corazón la decisión de suicidarse y asesinar, porque se han arrancado de las manos del Padre y se sienten tan amenazados de la nada, que han llegado a creer que sólo por el camino de la ambición y de la dominación pueden mantenerse a sí mismos en el empeño de serse cada vez de forma más amplia y feliz.

La terrible escenificación de la muerte

El acontecimiento de la muerte no se reduce a un acontecimiento individual o interpersonal. Los hombres han sido creados en comunidad y en mundo. Son una personalidad corporativa. La muerte, como el pecado, pasan del corazón del hombre a las estructuras de la comunidad y del mundo. «Por un solo hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, y así la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron» (Rom 5, 12). En esta inmensa personalidad corporativa de la familia humana sucede una profunda solidaridad de la culpa, en la que personalmente participan todos. Por ello sucede también una última solidaridad en la muerte. La muerte, como el pecado, se ha enseñoreado del mundo. Ha hecho de él su propio señorío. «El pecado reinó en la muerte» (Rom 5, 21). El universo era el escenario de la historia humana. Ahora al emprenderse la aventura de la idolatría y de la opresión, los hombres hacen una nueva escenificación. Sobre los muros del viejo escenario, que no pueden ser arrancados ni derrumbados, los hombres han construido el escenario del campo de guerra, como señorío de la muerte. ¿Cómo describir este acontecimiento? Pablo y Juan pueden ayudarnos.

Es como si el campo se hubiera llenado de una red de cadenas. La esclavitud del corazón ha pasado ahora a configurar el universo. Esta red de cadenas sujeta con argollas los pies de todos, al puesto de la escena que les corresponde. Unos en un grupo, otros en otro. Unos en el papel de opresores, otros en el papel de oprimidos. Unos en el papel de verdugos y otros en el papel de víctimas. Pero todos atados a las cadenas de la esclavitud de sí mismos y por tanto todos con el propósito de ser opresores y verdugos. Víctima no quiere ser nadie, porque todos viven para sí mismos. Pero en este campo de muerte sucede algo más. Se ha levantado un muro de separación. Entre unos y otros está el muro de división, que es el odio. No sólo se ha institucionalizado la esclavitud, sino también la enemistad. Pues el papel de amo y esclavo no se realiza sólo en el encuentro interpersonal. Los amos construyen el mundo, donde puedan continuar siendo amos, para lo cual los esclavos tienen que permanecer al otro lado del muro. El muro que separa ahora a unos y a otros es «la enemistad» (Ef 2, 14). Es una barrera que se ha convertido en trinchera. Lo que la levanta y la mantiene es el odio de unos a otros, pero un odio que ha llegado a institucionalizarse en la ley. Por fin, todavía sucede algo más en el campo de la muerte. Es el Príncipe de este mundo el que ahora tiene el señorío. No le importa que el cosmos sea expresión de la gracia del Padre, el hogar de la verdad y de la fidelidad. «Es mentiroso y padre de la mentira». «Cuando dice la mentira, dice lo que sale de dentro» (Jn 8, 44). Para construir el mundo desde su justicia, que es la mentira, no le importa provocar la muerte. El Príncipe de este mundo es «un homicida desde el principio» (Jn 8, 44) y convierte por tanto el escenario del cosmos en una terrible escenificación de la muerte. Se trata de un planteamiento engañoso. Sugiere caminos para que los hombres vivan. Pero les engaña para sus intereses. El campo de guerra sólo se puede mantener si los hombres toman la mentira por verdad y la muerte por la vida.

La tierra encadenada y dividida puede todavía ser legalizada. La guerra, piensan muchos, es su estatuto de consistencia y su ley de avance. El muro de división y las cadenas son un hecho. ¿No habrá que arrancarlos desde las raíces? Si no es así, parece que sólo caben dos salidas: legalizar el muro tal como está o reconstruirlo de otra manera. Integración y subversión son las dos alternativas de la historia, que dan por hecho que los hombres tienen los puños cerrados y que se trata sólo de disminuir el estado de guerra por una ley, que dé constitución a la historia y la haga más humana y habitable. Sin arrancar del corazón la idolatría y la ambición, la historia sólo avanza por recambios penúltimos y superficiales. Lo que sí se puede hacer es pactar la guerra para que la venganza sea la menor posible. En vez de la ley de la selva donde la venganza es arbitraria, la ley del

ajuste igualitario de las ofensas, donde sólo se puede cobrar un ojo por un ojo y un diente por un diente. Desde la travesía pascual de Jesús no es extraño que la legalización del muro de división sea considerada como una legalización para la muerte. La ley que no dé cuerpo a la libertad para la fraternidad, continúa siendo «la ley del pecado y de la muerte» (Rom 8, 2). Efectivamente consagra a uno como amo y al otro como esclavo, a uno como opresor y a otro como oprimido, a uno como maestro y a otro como discípulo. También a esto hasta se puede llamar «ley de vida». Pero en realidad es una ley que legitima la muerte misma, pues autoriza la apropiación y la dominación como hecho legal y, al parecer, verdadero y justo. La subversión como recambio de papeles, sin arrancar las cadenas y tirar el muro, no será más que una nueva forma de legalizar la muerte, aunque ésta no sea tan injusta y sangrienta.

El pensamiento de Pablo, que parte del escándalo de la cruz, donde ha aparecido la nueva creación, radicaliza su contemplación de la ley y la refiere incluso a la ley del Señor, que fue dada a su pueblo en la alianza antigua. En este caso «la ley es santa» (Rom 7, 12). Pero nos hemos apropiado de ella. Al tener las manos cerradas, lo que era un camino de vida se convirtió en un camino de muerte. Los creyentes, al apropiarse de la ley, la han convertido en instrumento de arrogancia y de marginación (Rom 2, 12-14). Con ocasión de la ley se dedican a la idolatría y al robo. Y así la ley se ha convertido en ley de muerte, que provoca a serse frente a otros y contra otros, es decir, alienta al asesinato y al suicidio. Esta perspectiva paulina, que nosotros hemos extendido a toda ley humana, que legitime a «los elementos» y «principados» de este mundo de injusticia, nos ayuda a comprender la hondura de la muerte en el mundo. Por muy habitable que los hombres puedan hacerlo en el avance de la civilización, si no se arranca la apropiación y la dominación, aparecerán cada vez con más gravedad los signos de la muerte. Desde la nueva creación, inaugurada en la pascua, se divisa con gran agudeza la historia del pecado, de la ley y la muerte en el mundo.

La introyección del asesino

Poco a poco se nos va dibujando el círculo de la muerte, empalmado con el círculo del pecado y del dolor. «El aguijón de la muerte es el pecado; y la fuerza del pecado es la ley» (1 Cor 15, 56). El pecado va empujando a la humanidad hacia la muerte, como si fuera un rebaño para el abismo y la muerte misma al pastor que la empuja y encabeza. Pero la vara con que el pecado alienta la marcha hacia la muerte es la ley. El corazón empecatado es el origen de la muerte, pero las

estructuras legalizadas del odio son el re-activador de la fuerza de la muerte que se ha desencadenado. El apóstol lo ha descrito con agudeza. Los hombres se habían hecho esclavos del pecado, pero una vez esclavizados ofrecen sus miembros para luchar por la injusticia en el mundo, según propugna su estatuto legal. Hay, por tanto, una vuelta de la muerte del mundo sobre la existencia de los hombres, para que se precipiten todavía más en la muerte. «Cuando estábamos en la carne, las pasiones pecaminosas, excitadas por la ley, obraban en nuestros miembros para que produjéramos frutos de muerte» (Rom 7, 5). La existencia cerrada al amor se ve reafirmada y reforzada en su proyecto, por la ley que le impulsa a la arrogancia y a la marginación cada vez más firme y al tiempo cada vez más mortal. En ocasiones el peso del pecado del mundo es tan fuerte que parece que el hombre está vendido al pecado y que es el pecado mismo, quien activa en él, abocándolo a la muerte (Rom 7, 16-20). Pues los frutos de la carne además de la idolatría son la apropiación, la opresión y la eliminación de los hermanos (Gál 5, 17-21). Si la ley institucionaliza la muerte, su provocación a los hombres que están bajo la ley y que cada vez más existen desde la carne, será una provocación a vivir dando muerte a otros y por tanto dándose muerte también a sí mismos.

Juan lo expresa también de forma sugerente. «Quien comete pecado es del diablo» (1 Jn 3, 8). Pero el diablo desde el principio es un asesino, que empuja a asesinar. «Caín, siendo del Maligno, mató a su hermano» (1 Jn 3, 12). El que es del diablo, intenta dar muerte al hermano y vierte sangre sobre la tierra. «No os extrañéis, hermanos, si el mundo os aborrece. Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. Quien no ama, permanece en la muerte. Todo el que aborrece a su hermano es un asesino y sabéis que ningún asesino tiene vida eterna permanente en él» (3, 13-15). Los hombres acaban haciéndose como es su señor y encaminándose a los caminos por donde su señor indica. El mundo que es el señorío de la mentira y de la muerte sugiere a los que viven según el mundo a ser del mundo (1 Jn 4, 5). Con halagos o con golpes, empujará a los suyos al camino de la muerte, que intenta arrancar la luz de la vida y a irradiar sus propias sombras. Incluso el mundo odiará a los discípulos del Señor que hacen la senda de la vida detrás de él (Jn 15, 18-21). Al final este Príncipe será arrojado fuera, aunque todavía es el tiempo del llanto y de las lágrimas (Jn 16, 20-22). Por de pronto, el Maligno introyecta en los hombres su aliento y los hombres se dejan alentar por él para serse a sí mismos en una esclavitud que lleva consigo el asesinato. La introyección del asesino cierra así misteriosamente este círculo de la iniquidad del mundo, que es el reino del pecado, que ejerce su señorío en la muerte.

4. *El círculo de la muerte*

Nuestra contemplación de la hondura de la esclavitud y de la enemistad nos ha descubierto un abismo insospechado. Por debajo de las cadenas de fuera están las de dentro. O por decirlo mejor, más atrás, más por debajo, más hacia adelante. La pascua de Jesús nos ha iluminado el misterio de la iniquidad y ahora podríamos hacer un pequeño balance de esta reflexión, apenas iniciada. A simple vista podría parecer que «el pecado», «el dolor» y «la muerte» son como tres eslabones distintos de una misma cadena. Pero el análisis nos ha descubierto que su encadenamiento no es sucesivo. El pecado es ya germen de dolor, y el dolor es ya síntoma de la muerte. Su encadenamiento es paralelo, incluso está estrechamente implicado. Lo cual nos puede llevar a concluir que pecado, dolor y muerte, son trozos de una misma argolla. Con esta argolla que comienza siendo pecado, después se hace dolor y por fin se hace muerte, está encadenado el hombre, la humanidad, el universo y la historia en lo más profundo de su ser y de su acontecer. Los hombres de hoy hemos recobrado con acierto una gran sensibilidad para los encadenamientos estructurales, pero mutilaríamos la contemplación evangélica del pecado si nos redujéramos sólo a ellos. Desde más atrás, más por debajo, más hacia adelante, atravesando y configurando todo, está el encadenamiento último, que está por cierto estrechamente implicado a su vez con el encadenamiento estructural penúltimo.

En primer lugar las cadenas han sido forjadas por los hombres en su propio corazón. Al cerrar sus manos a la gracia, ha brotado el pecado, el dolor y la muerte en la existencia del cada uno. El pecado personal, que lleva consigo el dolor personal y la muerte personal. Se trata de un acontecimiento originante y desencadenante. De estas cadenas, se forjan las cadenas estructurales. La estructura del mundo queda empecatada por el pecado personal de los hombres que construyen, configuran y protagonizan su construcción. El pecado del mundo, el dolor del mundo, la muerte del mundo son datos irrenunciables descubiertos hasta el fondo en el misterio pascual de Jesús. Idolatría y opresión, esclavitud y enemistad, arrogancia y marginación se han corporeizado como realidades objetivas frente a los hombres. Incluso los hombres las han legalizado para construir el marco de su convivencia y de su historia. Pero estas cadenas de la ley, que son cadenas socio-económicas, socio-políticas, socio-culturales y socio-religiosas, vuelven sobre los hombres. Son como una inmensa argolla que se cierra sobre sí misma. La provocación, más aún, la presión, incluso la introyección del pecado, el dolor y la muerte cósmicos en la vida personal de los hombres se hace mucho más fuerte e increíblemente soberana. Los hombres se sienten pequeños ante el

poder inmenso del mundo, que los acosa y en muchos casos acaba por vencerlos. Este círculo de la muerte cerrado sobre la historia humana parece irrompible. Los hombres tienen la impresión que pueden romper los otros encadenamientos, pero que las cadenas del pecado, del dolor y de la muerte son superiores a sus fuerzas. La muerte es «el último enemigo» (1 Cor 15, 26).

La aventura humana termina de forma extraña. Los hombres intentaron con los puños cerrados, pero con todo el empeño de su ser, construir la comunidad y el universo para construirse a sí mismo. Fue una aventura gigantesca en la que intentaron serse a sí mismos, para vivir en el bien-estar. Y ahora resulta que la aventura termina en un final inaudito. El fruto de toda esta larga germinación y el salario de esta larga jornada de trabajo es la muerte (Rom 6, 21.23). Como si el fruto destruyera la vida de las raíces, como si el jornal destruyera la vida de los trabajadores. En esta larga disputa la muerte se ha llevado la victoria (1 Cor 15, 55). No han sido unos hombres los que han ganado la jugada de la historia frente a otros. No han sido los opresores frente a sus víctimas, todos han sido víctimas del único y terrible enemigo que es el pecado, que ejerce su dominación en la muerte. ¿Qué le queda, por tanto, al hombre? ¿Sólo gritar? ¿Es que no podrá él solo arrancarse las cadenas y derribar el muro? La historia de la misericordia entrañable ha mostrado al hombre avanzando en una aventura, cada vez más lúcida y poderosa, pero que puede resultar cada vez más opresora y mortal. Los hombres se pondrán a gritar. Pero los gritos nacen de más adentro de donde ellos se suponen.

Los gritos por la liberación

Estamos terminando de completar la tierra por donde va a hacer Jesús su camino. Es una tierra encadenada por la injusticia, la opresión y la mentira. Es una tierra dividida por una barrera, convertida en trinchera. A un lado los grandes, los poderosos y los sabios, a otro los pequeños, los débiles y los necios. Es una tierra que se parece a un campo de guerra. Seguro que se oyen en ella los gritos por la liberación. Pero estos gritos son muchos y distintos.

En primer lugar, los hombres gritan desde su puesto en este combate de la historia. Se trata de los gritos por sus intereses, por la reivindicación de sus derechos. Pueden parecer gritos contrapuestos. Tal vez unos griten por la libertad, los que están oprimidos. Y otros griten por la paz, los que ejercen la historia como opresores. En un caso se lucha por la subversión del orden establecido, para establecer el orden de las reivindicaciones pendientes. En otro caso se lucha por la integración, para mantener el orden establecido integrando fuerte-

mente en él a todos los oprimidos. Son gritos de la lucha por los intereses históricos enfrentados, desde la perspectiva de estos intereses y para lograr estos intereses. Puede ser que no sean sólo los intereses individuales. Se puede dar una solidaridad colectiva. Pero en todos estos gritos puede haber un grave riesgo. Luchar frente al enemigo al que debe tratarse como enemigo y eliminándole del juego histórico o al menos subyugándole a los propios intereses. Hasta se podría luchar por la justicia y la libertad del grupo, proponiéndola como la justicia y la libertad de todos. Y, sin embargo, como el hombre es gracia que germina, también en los gritos por la reivindicación late germinalmente la añoranza de la tierra futura. La búsqueda de un paso nuevo al bien común alienta en muchas ocasiones estos gritos que, al nacer de la apropiación, no pueden arrancarse de la ambigüedad.

En segundo lugar, los hombres gritan desde la solidaridad del dolor común. Según nuestros análisis, el encadenamiento de la historia es más profundo que el que aparece a primera vista. Más abajo del muro de la división y de las cadenas que atan a flor de tierra, están las cadenas más profundas del pecado, del dolor y de la muerte. Así como las cadenas estructurales contraponen y enfrentan, estas cadenas unen y solidarizan. Todos están bajo la culpa, todos están marcados por el dolor, todos al final se ven vencidos por la muerte. No es que estas cadenas estén separadas de las otras. Hemos insistido en que están entrelazadas, pero a mayor profundidad. Los gritos nacidos del pecado, del dolor y de la muerte son gritos más universales. Grita el hombre por debajo de su posición histórica, ahondando más abajo de ella. Estos gritos por la liberación son más profundos. Van más lejos. No gritan sólo por los intereses históricos, sino por la reconstrucción del ser mismo del hombre que se ve cerrado y destrozado. Apuntan más allá de una alternativa, aun cuando haya que contar con una mediación histórica, que arranque las cadenas estructurales de la tierra, que muchas veces abren las heridas. Pero gritan también desde más abajo. Gritan desde la solidaridad de la culpa y del dolor, que reúne en el grito y que posibilita el reencontrarse para el camino de la liberación, hasta que llegue su victoria. Estos serían sobre todo los gritos de los últimos. Todos los hombres pueden gritarlos, porque a todos marca el dolor, pero los gritarán ante todo los hombres que están en los basureros de la historia. No es que el grito de los pobres sea ya de suyo el grito por la tierra nueva. Es un grito apropiado también a sus intereses personales e históricos. Y en ocasiones, dado el peso del dolor, los pobres buscan todavía con mayor empeño su recuperación individual. Pero la gracia creada, que somos todos, cuando ha llegado a des-graciarse, puede añorar más la plenitud de la gracia.

En los gritos del dolor que brotan en desnudez de la hondura doliente de todo hombre, más allá de su puesto histórico, aunque no se elimine la ambigüedad, se puede añorar más fácilmente la promoción de la historia hacia adelante, aspirando a ir más allá del simple recambio estructural.

En tercer lugar, los hombres gritan desde la solidaridad de la gracia prometida y aparecida. Estamos ante los gritos de los «pobres del Señor». Son pobres que han conocido al Señor, la misericordia entrañable de su alianza que por manos del Ungido va a reunir a su pueblo en la tierra de la herencia. Ante la gracia de la alianza, han abierto sus manos de par en par, hasta vaciarlas por entero. No quieren quedarse con nada. No esperan en nada. No confían en nadie. Lo esperan todo y sólo del Señor. Creen que será él mismo quien realice el reinado de su misericordia por el Ungido, puesto a la cabeza de la historia de los hombres. Los gritos de los pobres del Señor son por tanto gritos inspirados, gritos que el Espíritu suscita en sus corazones. A la luz del Señor han descubierto la hondura de la opresión desde la libertad y la hondura de la enemistad desde la fraternidad. Pero las han descubierto en el paso del Señor y por ello en inquebrantable esperanza. Por eso ellos gritan desde el Señor. Y así gritan desde la solidaridad de su gracia asumiendo los gritos de los pobres que gritan desde la solidaridad del dolor y los gritos de todos los hombres, que gritan desde la protesta contra la injusticia. El grito de los pobres del Señor es el que presta voz a la hondura de los otros gritos. Los gritos por la reivindicación de la justicia y los gritos por la salvación del dolor esconden los gritos por la liberación radical. En el fondo, unos y otros esconden la experiencia germinal de una gracia que les envuelve y que les hace añorar lo que apenas pueden rastrear. Pero en el corazón de los pobres del Señor estos gritos son gritos de esperanza inquebrantable. Ellos suspiran por el reinado de la justicia, de la libertad y de la paz, el reinado del Señor, en la plenitud de su misericordia y de su fidelidad. En manos del Señor está el último desenlace de la aventura humana. Por eso en estos gritos se incluyen los cambios históricos profundos que arrancarán las cadenas estructurales de la historia. Pero al tiempo la transfiguración en sus raíces de la humanidad, que necesita ser liberada de sus esclavitudes más radicales. En el fondo se esperan los cielos nuevos y la tierra nueva, la nueva casa, la nueva familia, la nueva mesa. Donde ya no haya lágrimas, ni dolor. Y donde hasta la misma muerte haya sido vencida. «La creación entera, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquél que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para tomar parte en la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera hasta el presente gime y sufre dolores de parto. Y no sólo ella;

también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando la liberación de nuestro cuerpo» (Rom 8, 20-23).

La creación es como un cuerpo, en cuyas entrañas se está engendrando la familia de los hijos que el Padre creó por su Hijo para darles parte en su comunión de amor, para alabanza de gloria de su gracia. Pero la aventura del pecado ha encadenado y destrozado estas entrañas. Los hombres están incorporados al cuerpo de la humanidad y del universo, encabezado por el Hombre primero. Este cuerpo del Hombre terreno, cuya construcción estructural y visible aparece tan admirable, está en su última hondura cerrado por el pecado, destrozado por el dolor y desangrándose por la muerte. Los pobres del Señor, que viven de su mano y hacen camino en su comunidad hacia la tierra de los vivientes, sintonizan a estos dolores del nuevo nacimiento de la humanidad nueva en las entrañas del cosmos. Gritan los cantos de la espera, pues están seguros de la fidelidad del Señor. Y cuando sienten la desgracia de la gracia desgraciada, convierten el dolor en aclamación, a la espera de la plenitud de la gracia. «¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? ¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor!» (Rom 7, 24-25).

13

La aparición de la gracia

La tierra estaba encadenada. En la tierra encadenada se oía el grito del pueblo que gritaba por la liberación. Un grito en muchos gritos. Un grito que nacía de la hondura, no sólo de la división que les enfrentaba y de la opresión que les esclavizaba, sino de la solidaridad de la culpa, que a todos les cerraba al amor, y más todavía de la solidaridad de la gracia, que a todos había acogido en la promesa del amor. Todos en el fondo gritaban, cada uno desde su puesto, para defenderlo y promocionarlo. Tan sólo un puñado de pobres del Señor gritaba por la liberación última y total, la liberación de la alianza, de la misericordia y de la gracia.

Un día salió a los caminos Jesús de Nazaret. Anunciaba un mensaje de alegría. «Después que Juan fue entregado, marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la buena noticia de Dios: el tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la buena noticia» (Mc 1, 14-15; Mt 4, 12-17; Lc 4, 16-22). Jesús empezaba a abrir el camino de la última y total liberación en aquella tierra encadenada. En sus palabras resonaban aquellas que Isaías anunció al pueblo oprimido en la tierra del cautiverio. También en Babilonia, las cadenas de dentro y las de fuera esclavizaban al pueblo. La mano del Señor quería arrancarle de nuevo de la esclavitud y hacerle entrar de nuevo en la tierra de la herencia. «Sacúdete el polvo, levántate, Jerusalén cautiva. Arráncate las coyundas de tu cuello. Sus dominadores dan gritos. Por eso mi pueblo conocerá mi nombre en aquel día y comprenderá que yo soy el que decía: "Aquí estoy". ¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero, que anuncia la paz, que trae la buena noticia, que pregona la salvación, que dice a Sión: ¡Ya reina tu Dios! ¡Una voz! Tus vigilantes alzan la voz, a una dan gritos de alegría... Prorrumpid a una en gritos de alegría» (Is 52, 2.5-6.7-9).

En los ojos del pueblo está viva aquella historia. El pueblo está encadenado como en un campo de concentración. Encadenado por

fuera y dividido por dentro. Parece que ya no es posible la esperanza. Los opresores han cerrado el cerco. Y como en la cárcel del campo de concentración están los puestos de los vigilantes, para que nadie se escape, para que todos se sometan. Las coyundas pesan sobre el cuello. Los gemidos laten en el corazón. ¿Hasta cuándo? ¿Será que el Señor se ha olvidado de su alianza? Porque hasta ahora está reinando el poder de los opresores y su pueblo está entregado a sus garras, en muchos casos, gustosamente entregado. El vigilante mira al campo de guerra, donde el pueblo se va arruinando y después mira hacia derecha e izquierda. Espera con ansiedad. Pero ha descubierto a un mensajero que viene corriendo. Se pone a dar gritos de alegría. Ha oído la buena noticia del mensajero que trae la paz y anuncia el reinado definitivo de Dios. Ahora el Señor va a tomar en sus manos la marcha del camino, ahora va a realizar su proyecto de amor. Por eso el vigilante invita al pueblo entero a que grite a una gritos de alegría. ¡Ya ha llegado la liberación! ¡Ya ha llegado la fraternidad! En medio de la tierra encadenada de Galilea, cuando el pueblo levanta la cabeza, esperando la liberación (Lc 21, 28), se oye el grito de la buena noticia del profeta de Nazaret.

1. *Un profeta por los caminos*

Cuando salió a los caminos era de noche. Aquella hora parecía un tiempo de silencio y de abandono de Dios. «¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome? ¿Hasta cuándo me esconderás tu rostro?... ¿Hasta cuándo va a triunfar mi enemigo?» (Sal 12, 2-3). Hacía mucho que no soplaba el Espíritu. El pueblo se quejaba de que le faltaban profetas. El Señor había prometido que la fuerza de su aliento descendería en los últimos tiempos (Jl 3, 1) de la alianza nueva (Ez 36, 23-28; Jer 31, 31-34). Pero esta hora se hacía esperar. Sin embargo, ya un vigilante había levantado la voz para anunciar la aurora. Era Juan el Bautista. «Conforme está escrito en Isaías profeta: Mira, envío mi mensajero delante de ti, el que ha de preparar tu camino. Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Apareció Juan bautizando en el desierto, proclamando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados» (Mc 1, 2-4). Juan, «el mayor de todos los hombres» (Mt 11, 11) vino a abrir el camino del reino y su justicia (Mt 21, 32). Pero él no era la luz, venía sólo a preparar los caminos (Jn 1, 8; Lc 1, 76). Por eso al ver a Jesús, le señala con el dedo. «He aquí el Cordero de Dios»... «Detrás de mí viene uno, que se ha puesto delante de mí» (Jn 1, 29-30). «Es preciso que él crezca y yo mengüe» (Jn 3, 30). El quería reunir al pueblo en el resto santo para preparar la mesa compartida del reino, pero enseguí-

da, como la luz de la aurora, dio paso al sol que venía de lo alto. Efectivamente, por «las entrañas de misericordia de nuestro Dios» empezaba a caminar por los caminos «una luz de la altura para iluminar a los que habitan en tinieblas y en sombras de muerte» y para guiarlos por las sendas de la paz (Lc 1, 78-79).

El peregrino que era el profeta

Cuando se acercó el mensajero, que el vigilante anunciaba, todos quedaron sorprendidos. Juan el Bautista era el eslabón entre el tiempo viejo y nuevo, entre la antigua y la nueva alianza. La gente lo advirtió enseguida (Mt 11, 18-19; Lc 7, 33-34). Juan era un penitente que gritaba en el desierto, Jesús, un amigo que caminaba por los caminos del mundo; Juan anunciaba la llegada del reino, como un juicio terrible, Jesús lo hacía presente como una aurora de misericordia para los agobiados y los perdidos. Ciertamente Juan anunciaba que iba a venir, mientras preparaba la espera; Jesús anuncia que ya ha venido y lo hace presente en su misma persona. Jesús anuncia la buena noticia que él mismo es. A algunos les parecía un maestro, pero un maestro ha estudiado y se rodea de los que quieren hacer carrera y pueden alcanzarla. Un maestro explica la ley en nombre del Señor. Este peregrino ni había tenido estudios, ni sus compañeros eran gentes honorables de la cultura y de la buena sociedad, ni hablaba en nombre de la ley. Anunciaba con fuerza la buena noticia del Reino. Por eso más que un maestro, aquel peregrino parecía un profeta. Así lo vieron enseguida los dirigentes del pueblo, aunque no se atrevieron a decirlo e hicieron lo posible por desacreditarlo (por ejemplo Jn 7, 52; Lc 7, 39). Así sobre todo lo vio y lo confesó el pueblo sencillo. «Este es verdaderamente el profeta que tenía que venir al mundo» (Jn 6, 14: 7, 40). «El pueblo estaba a la espera» (Lc 3, 15) y al verle veía colmada su esperanza. «Un gran profeta ha surgido entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo» (Lc 7, 16). Por eso, cuando Jesús pregunta en el camino a sus discípulos, recibe esta misma respuesta. «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Ellos dijeron: Unos que Juan Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías o uno de los profetas» (Mt 16, 13-14; Mc 8, 27-28).

Con la buena noticia de la gracia

Jesús no rechazó esta palabra del pueblo. Es verdad que profeta no decía por entero lo que él era, pero al menos explicaba en parte su forma de aparecer por los caminos (Lc 13, 33; Mt 23, 31.34-36).

Profeta es el que está ungido por el Espíritu del Señor para decir sus palabras y hacer sus obras (Mt 12, 28; Lc 11, 20). «Vino a Nazaret, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día de sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el volumen del profeta Isaías, y, desenrollando el volumen, halló el párrafo donde estaba escrito: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar el evangelio a los pobres, a proclamar la liberación a los cautivos, a dar vista a los ciegos, a arrancar las cadenas a los oprimidos y a anunciar un año de gracia del Señor". Enrollando el volumen, lo devolvió al servidor y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó a decirles: "Esta escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy"» (Lc 4, 16-21). El peregrino de los caminos había recibido la unción del Espíritu, para hablar en nombre del Señor, para proclamar el mensaje del Señor, la buena noticia de su reinado. Aparece ciertamente como el profeta del reinado de Dios. Anuncia que Dios inaugura su reino, su familia y su casa, donde los pobres sean los primeros. Era el año de gracia, el año de la liberación y de la fraternidad. Jesús proclama que esta buena noticia se ha cumplido «hoy». Además, a diferencia del viejo profeta de la restauración, en cuyos labios el anuncio hablaba también de venganza (Is 61, 1-2), Jesús habla sólo de la gracia. «Y todos estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca» (Lc 4, 22). Palabras que eran no sólo agraciadas, sino la gracia misma, sólo la gracia, exclusivamente la gracia.

2. *El Hijo del Padre. La acogida de la gracia*

Los hermanos que le acompañaron de cerca pudieron descubrir el último rostro de aquel profeta, porque le habían visto con sus ojos y palpado con sus manos (1 Jn 1, 1). Caminaban junto a él, mientras iba reuniendo la familia de hermanos y preparando la mesa común. Jesús siempre caminaba bajo la mirada del Padre. Por el camino, levantaba hacia él sus ojos (Mc 7, 34; Mt 14, 19; Jn 11, 41-42). En otras ocasiones, junto al camino, se ponía a orar en la noche o al amanecer. Oraba desde el camino que iba haciendo (Mc 1, 35; Mt 14, 23; Mt, 11, 25-26; Jn 6, 15). Las angustias y esperanzas de los hermanos las adentraba en la oración al Padre. Pero también oraba para el camino. Encontraba en el Padre el aliento para avanzar su reino entre los hermanos, desde la obediencia a su voluntad (por ejemplo Lc 6, 12; 9, 18; Jn 17, 1-26, etc.). Al verle orar empezaron a descubrir la última hondura de su rostro. Le oían gritar «Abbá, Padre», como si fuera su hijo pequeño y querido.

El Hijo amado ha sido enviado

Era una palabra extraña, que no se podía decir, que nadie se había atrevido a decir. «Y adelantándose un poco, caía en tierra y suplicaba que a ser posible pasara de él aquella hora. Y decía: "¡Abbá, Padre!; todo es posible para ti... pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú"» (Mc 14, 35-36). Su oración más honda venía a resumirse en estas sencillas palabras: «Abbá, Padre. Venga tu Reino. Aquí estoy. Por ellos. Hágase». Pero la gran sorpresa fue cuando Jesús entrega su misma oración a sus discípulos, sacados de entre los pobres: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, pues así ha sido tu beneplácito (tu plan de amor). Todo me lo ha entregado mi Padre y nadie conoce al Hijo sino el Padre y nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiere revelar» (Mt 11, 25-27). El Abbá ha pasado de manos de Jesús a manos de sus hermanos (Gál 4, 4-7). Habían recibido ellos también el Espíritu del Hijo, que les hacía gritar: «Abbá, Padre» (Rom 8, 15). El peregrino de los caminos, aparecía ante los ojos de los discípulos como «el Hijo amado», a quien el Padre había encomendado su proyecto de amor, que ahora ya estaba empezando a realizar. El Hijo amado aparece así como el «Hijo enviado». «El Padre que vive me ha enviado» (Jn 6, 57; cf. Mt 15, 24; Mc 10, 45; Jn 9, 39, etc.). Ahora, al verlo cerca de ellos, ungido por el Espíritu, que les compartía, comprendieron que su rostro tenía una hondura insospechada. El era «aquel, a quien el Padre había santificado y enviado al mundo» (Jn 10, 36).

Jesús estaba caminando con ellos, con la tarea del reino entre manos porque había recibido del Padre el encargo de dar entero cumplimiento a su plan de amor sobre la humanidad y sobre la tierra. A la luz de la pascua, en la lumbre del Espíritu, se adentraron más aún en aquel misterio, que había de empezar a envolverles en el camino. «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesús Cristo, que nos ha bendecido con toda clase de bienes espirituales, en los cielos, en Cristo; por cuanto nos ha elegido en él antes de la constitución del mundo... eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesús Cristo, para alabanza de gloria de su gracia, con la que nos agració en el Amado... Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según el benévolo designio que en él se propuso de antemano para relizarlo en la plenitud de los tiempos: hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra» (Ef 1, 3-10). Ya conocemos el plan de su amor, de su misericordia y de su gracia. El Padre ha querido reunir una familia de hijos en torno al Hijo mayor para que él sea el primogénito entre muchos hermanos

(Rom 8, 29). Y ha querido que esta familia de hermanos, se siente en torno a una mesa común, bajo la cabeza del mayor para alabanza de gloria de su gracia. El proyecto había fracasado una y otra vez. Los hermanos han roto la fraternidad, la casa está en ruinas, los últimos están tirados en la basura. «"¿A quién enviaré? ¿Quién irá de parte nuestra?". Dije: "Aquí estoy, envíame a mí"» (Is 6, 8).

El Hijo enviado se ha entregado

«El Padre ama al Hijo y ha puesto todo en su mano» (Jn 3, 35). Por sus manos quiso construir la casa del mundo y poner en ella la familia humana. «Todo fue hecho por él» (Jn 1, 3). Pero por sus manos quiere de nuevo «reunir en uno a todos los hijos dispersos» (Jn 11, 52). Quiere arrancar a la humanidad y a la tierra hasta las últimas cadenas, para darles la última gracia, la gracia de la plenitud. El Hijo acoge la gracia de la misericordia entrañable del Padre entre sus manos, en la obediencia absoluta. «Aquí estoy». Viene a recorrer el camino entre nosotros, no para hacer su voluntad, sino la del Padre que le envía (Jn 6, 38). A lo largo de los días el «Hijo enviado» va apareciendo ante los ojos de los discípulos como el «Hijo obediente» el que, como siervo, ha acogido de manos del Padre toda la gracia, la última gracia, en favor de todos y de todo. «Al entrar en este mundo dice: "He aquí que vengo... para hacer tu voluntad"» (Heb 10, 5-7). «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra» (Jn 4, 34). «Yo no puedo hacer nada por mí mismo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado» (Jn 5, 30; 8, 29). Pero los discípulos poco a poco, en el camino, van descubriendo también que el Padre le ha hecho el encargo de dar la vida por nosotros (Jn 10, 18). Jesús les habla de la necesidad de darse hasta el final, de darse a muerte. «Es necesario» (Mc 8, 31; Lc 17, 25). El Hijo enviado tiene que ser clavado en el madero, levantado en alto (Jn 3, 14; 12, 34). Y él quiere permanecer fiel a este encargo (Jn 15, 10), aunque le cueste gritos y lágrimas (Mt 26, 39). Lleva hasta el final el duro aprendizaje de la obediencia (Heb 5, 8) y por fin se hace «obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2, 8). En el camino el «Hijo enviado», que se hizo «Hijo obediente» aparece cada vez más como el «Hijo entregado», hasta que en la travesía pascual desvela enteramente su rostro.

El Hijo entregado se ha desvelado por entero

El Hijo amado se desveló por entero a los hermanos, cuando llegó al exceso del amor de su pascua. En realidad fue el Padre mismo quien lo entregó. «Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único» (Jn 3, 16). «El que no perdonó a su propio Hijo, sino que le entregó por nosotros: cómo no nos va a dar todas las cosas» (Rom 8, 32). El Padre le hizo el encargo de que nos amara con sus entrañas de misericordia, en la unidad del Espíritu, hasta la muerte. El Hijo obediente acogió la gracia del Padre en favor de su familia y de su casa y se entregó enteramente a nosotros en este gesto de donación, que es la última entrega. El Padre, al entregar al Hijo, nos muestra más su amor, que si se entregara él mismo (1 Jn 4, 10). Y el Hijo, al entregarse a nosotros, entre las manos del Padre, revela tal unidad de voluntad y de amor con él, que es cuando más aparece como lo que es, el Hijo único, el Hijo amado, el Hijo mayor del Padre. Por eso en el Cristo muerto, resucitado y entronizado es cuando aparece el Hijo en su total desvelamiento, como el Hijo entregado al Padre por nosotros y entregado a nosotros para el Padre. Los evangelistas a lo largo del camino habían hecho resonar la confesión de que él era el Hijo de Dios. Así lo confesaba el Padre en el instante del bautismo y de la transfiguración: «Este es mi Hijo amado, escuchadle» (Mt 3, 17; Mc 9, 7). Así lo confesaban los pobres endemoniados, como si el mismo espíritu del mal que domina el cosmos, se sintiera sobrecogido y desarticulado por su presencia. «Y los espíritus inmundos, al verle, se arrojaban a sus pies y gritaban: "Tú eres el Hijo de Dios"» (Mc 3, 11). Así le confesaban los discípulos en nombre del pequeño resto, que se iba congregando en torno suyo. «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente» (Mt 16, 16). Así también por fin el centurión, un hombre del mundo de los pueblos, lo confesó en las sombras del monte Calvario: «Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios» (Mc 15, 39).

Al contemplar su rostro en la pascua comprendimos que él es el Hijo amado, a quien el Padre engendró desde siempre, entregándose a él con todo su ser en la unidad del Espíritu santo. Es el Hijo, que en respuesta, se entregó enteramente al Padre en la unidad del mismo Espíritu. «Yo y el Padre somos uno» (Jn 10, 30). «Todo lo mío es tuyo y lo tuyo es mío» (Jn 17, 10). «Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí» (Jn 14, 11). Al verle en la travesía de su pascua, hemos visto en él la última expresión del rostro del Padre y al tiempo el último rostro suyo, el rostro del Hijo. «El que me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14, 9). Aquel Hijo que estaba vuelto hacia las entrañas del Padre, abrazándole en la unidad del Espíritu es ahora el que está ante nosotros, abrazándonos en este mismo Espíritu. «Aquel día comprenderéis que yo estoy en el Padre y el Padre en mí y yo en vosotros» (Jn

14, 20). Lo comprendemos bien, cuando el Hijo mayor, con el mismo amor del Padre, en su puesto, se ha entregado a muerte por nosotros, se ha dado hasta el final, y así se ha re-velado hasta el final. A través de su rostro, descubrimos el rostro del Padre que nos ama, y entre sus manos descubrimos las manos del Padre, que nos acogen. La gracia última que el Hijo acogió en obediencia, es la misma que nos entregó y nos acoge a nosotros ahora en la definitiva acogida. En el «Hijo entregado» se ha desvelado toda la gracia, la última gracia que acoge a la humanidad y a la creación, para transformarlas en familia de hermanos y en mesa común, en torno al primogénito.

El Hijo preexistente, imagen y palabra del Padre

Por eso lo que los hermanos ven ahora, en el amanecer de la pascua, lo descubren siendo desde antes del tiempo. Este Hijo querido, la gracia que nos ha agraciado, existía antes de los siglos. ¿Cómo decir lo que es Jesús en la última hondura de su ser, vista desde su entrega a nosotros? Los hermanos no pretenden bucear en «el seno del Padre», para descubrir al Hijo sólo en su ser, sino que se adentran en aquellas entrañas para verle en su ser que se entrega, es decir, para verle en su gesto del darse. Lo contemplan desde su entrega. Habiéndose dado el Padre por medio del Hijo en el Espíritu, ellos se adentran ahora al Padre por el Hijo en el Espíritu. Habiendo sido abrazados por el Padre por manos de su Hijo en el Espíritu, ellos abrazan ahora al Padre, por manos de su Hijo, en el Espíritu (Jn 17, 24-26). Ellos se ven iluminados en el rostro de Cristo, porque el Padre los ha iluminado en este mismo rostro. Es la aurora de la nueva creación. «Pues el mismo Dios, que dijo: de las tinieblas brille la luz, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios, que está en el rostro de Cristo» (2 Cor 4, 6), que es la «imagen de Dios» (2 Cor 4, 4).

Hemos llegado por fin a la última hondura. El Hijo enviado, el Hijo obediente, el Hijo entregado, es el «Hijo amado» (Mt 3, 17; 17, 5), «el Hijo de su amor» (Col 1, 13). Como cuando vemos en nuestros pueblos un padre que ama a su hijo pequeño y lo abraza y el hijo ama y abraza a su padre y los brazos de los dos se estrechan como si fueran los dos uno... Algo así es un destello, es un eco, del abrazo de Amor, en el que existió desde siempre el Hijo querido, «antes de que el mundo fuera» (Jn 17, 5.24), «antes de la creación del mundo» (Ef 1, 4). El Hijo estaba «en el seno del Padre» (Jn 1, 18), engendrado por el Padre, vuelto al Padre (Jn 1, 1; 1 Jn 1, 2), en la unidad del mismo Amor (Jn 17, 21.26). Entonces, cuando el Hijo se vuelve a nosotros para amarnos con el mismo amor con que el Padre le amaba, se nos

aparece el Padre, se nos expresa lo que es el Padre, se nos dice lo que habla el Padre. El «Hijo amado» es el resplandor del Padre. El Hijo a quien el Padre «constituyó heredero, por quien también hizo los mundos, el cual siendo el resplandor de su gloria y la marca de su ser, sostiene el universo con su palabra poderosa» (Heb 1, 2-3). Si es la «marca del ser» y el «resplandor de la gloria», el Hijo es la imagen del Padre, se parece al Padre y le expresa enteramente. Según esta imagen, ha sido configurada la familia de los hermanos, de la que él es el primogénito (Rom 8, 29; 2 Cor 3, 18; 1 Cor 3, 19). Según esta imagen ha sido configurada la casa común de los cielos y la tierra, de la que él es el primogénito (Col 1, 15-17). Por eso si el Hijo amado es la marca y la imagen, que expresa el ser y el amor y la gracia del Padre, no es extraño también que los hermanos le llamen la «palabra» del Padre, porque en ella el Padre se dice y se da por entero (Jn 1, 1-18). «Hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre, como Hijo único, lleno de gracia y de verdad»... «De su plenitud hemos recibido todos, gracia sobre gracia»... pues «la gracia y la verdad nos han llegado por Jesús Cristo» (Jn 1, 14.16.17).

El Hijo, la gracia acogida y ofrecida

Ahora es cuando hemos contemplado el último rostro de aquel profeta. Cuando los hermanos le llaman con estas sencillas palabras del pueblo, «Hijo», «imagen», «palabra», querían expresar la última hondura de su ser y la última hondura de su camino. Antes de cantar su bajada a las partes más bajas de la tierra, le cantan en las entrañas del Padre «existiendo en la forma de Dios», «siendo de condición divina» (Flp 2, 6). Después de acompañarle en el camino y contemplar el escándalo y la gloria de la pascua, aprendieron a verle desde sus últimas raíces, desde el Padre. Antes de su bajada a los hermanos, contemplaron su abrazo al Padre; antes de su servicio a los hermanos, contemplaron su obediencia al Padre. Si nosotros queremos ser fieles a su rostro, no tenemos otro camino para contemplarle, amarle y seguirle. Jesús, el profeta del reinado de Dios, es originariamente, radicalmente, esencialmente el Hijo amado del Padre, en quien hemos sido agraciados (Ef 1, 6). Empezamos viéndolo en el camino, sentado a la mesa con nosotros. Nos llamó hermanos y puso a los pequeños en primer lugar. Nos sentó a todos a la mesa común, y puso en nuestros corazones el aliento de su Amor, que nos hizo gritar con él: «Abbá, Padre». Ahora al adentrarnos en su rostro, hemos descubierto que esta mesa y esta familia del Padre, proceden del abrazo que desde antes de la creación del mundo el Padre le dio a él y él al Padre en la unidad del Espíritu. Que allí, en el seno del Padre, es donde se hunden

las últimas raíces del camino suyo y nuestro. «Salí del Padre y he venido al mundo» (Jn 16, 28).

La gracia ha brotado del Padre, de sus entrañas de misericordia. Según hemos venido viendo a lo largo de la historia, la gracia es su proyecto de amor, su alianza que se hizo promesa y después liberación y más tarde ley y luego fraternidad en la tierra de la promesa. Su gracia es sobre todo su beneplácito, su designio, su propósito. Desde antes de los siglos existía; en la plenitud de los tiempos se desveló. La gracia es su misericordia entrañable que nos quiere reunir como hijos en torno al Hijo y sentarnos en la mesa común, bajo la cabeza del Hijo. La gracia, por tanto, es el mismo «Hijo de su Amor», es el Hijo abrazado y amado en el amor del Espíritu, pero abrazado y amado para ser regalado, para ser enviado y entregado. Por eso al verle entre nosotros, como peregrino de los caminos, le hemos visto envuelto en el amor del Padre, lleno de gracia y de fidelidad, entregándonos esta misma gracia para llegar a la plenitud de la liberación y de la comunión. Pero esta gracia que se nos ha dado, que se ha derramado y vertido sobre nosotros y sobre la tierra, no se hubiera entregado si el Hijo del amor, no hubiera acogido la misericordia entrañable del Padre, para realizar el misterio de su voluntad en la absoluta acogida de la obediencia. La acogida de toda la gracia del Padre, de la última gracia del Padre, es decir, de su misericordia entrañable, es el camino por donde ha aparecido la gracia entre las manos del Hijo amado. Si los hermanos quieren acompañarle en el camino han de situarse en este mismo punto de partida.

El Abbá, origen incesante

Todo lo que un hijo puede amar a los demás hermanos y todo lo que puede amar a la casa común, se debe al amor que le tiene el padre o, mejor, a la acogida del amor que el padre tiene a la familia y al hogar. El «Abbá, Padre», dicho antes de los siglos, en el seno del Padre, y dicho en la plenitud de los tiempos, en las entrañas de la tierra, es el comienzo del camino del reino. En el origen está la contemplación. Pero esta palabra se puede prestar a equívocos. En el origen está no sólo el mirar al Padre, sino el entregarse en obediencia a su amor. En el origen está la acogida absoluta de la gracia, en las manos extendidas y enteramente abiertas del primogénito de los hermanos y de la casa común. El camino por la tierra encadenada, en medio del pueblo que gritaba por la liberación, no empezó cuando dieron muerte al Bautista, el vigía que anunciaba al mensajero. El mensajero venía desde más atrás, desde más arriba. El que venía detrás se ha puesto delante, porque era antes. Por eso en él aparece la

plenitud de la gracia, la realización entera de la misericordia que el Padre había tenido a lo largo de los tiempos. Lo que era promesa, se hace cumplimiento, pero abajo del todo, en la pobreza de la gracia.

3. *El pobre del pesebre. La pobreza de la gracia*

Ahora sería el momento de empalmar con la parábola de la familia, que venimos siguiendo. Cuando los hermanos se marcharon de casa y rompieron con el amor del padre, rompieron también el amor que se tenían entre sí. Cerrados todos en la desobediencia y en el egoísmo, empezaron a robarse y a explotarse, hasta terminar matándose. A los pequeños siempre les tocaba la peor parte, el despojo y la destrucción. El padre al hijo mayor, que se había quedado en casa con él, le da el abrazo de su misericordia entrañable y lo envía a los hermanos pequeños para que reúna de nuevo la familia y reconstruya el hogar común. El hijo mayor baja para darles el mismo abrazo de amor que el padre le dio a él, para dárselo a todos, empezando por los últimos. La acogida del encargo del padre, hace que el hijo mayor se haga el último de los hermanos pequeños para acoger a todos desde la pobreza de su amor y ofrecerles la ternura de la misericordia.

A la luz de la pascua, en la lumbre del Espíritu, los primeros discípulos descifraron la bajada de Jesús y la anunciaron en el evangelio, como gesto incesante de su camino. El Padre le confió a todos los hermanos que caminaban en la tierra del éxodo. «Tuyos eran y tú me los diste» (Jn 17, 6). El Padre se los dio para que él les diera a ellos el mismo abrazo de amor que el Padre le había dado a él, en la unidad del Espíritu santo. «Y que según el poder que le has dado sobre toda carne, dé también vida eterna a todos los que tú le has dado» (Jn 17, 2). «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo» (Jn 15, 9). Por eso les dio el Espíritu sin medida. «Para que el amor con que tú me has amado esté con ellos y yo en ellos» (Jn 17, 26). La comunión del Padre y del Hijo en el abrazo común del Espíritu se convertirá ahora en la comunión del Hijo con sus hermanos en la unidad del Espíritu. Podríamos decirlo de un modo más hondo todavía: el abrazo de amor que el Padre desde siempre dio al Hijo en la unidad del Espíritu, es el mismo abrazo con el que el Padre abraza ahora por manos de su Hijo en la unidad del Espíritu a todos los hijos dispersos por el mundo. El instante en que el Padre envía al Hijo amado a su tierra encadenada y a su familia rota, se llama en la Escritura «la plenitud de los tiempos» (Gál 4, 4; Ef 1, 10). Es el instante de la historia santa en que el amor del Padre por el Hijo en el Espíritu llega a la total y última entrega, colmando así el tiempo hasta su plenitud. Importa mucho que contemplemos esta bajada del Hijo en la pobreza de la gracia.

a) *El descenso: «puso su choza entre nosotros»*

El Hijo amado, cuando es enviado para ser entregado, baja abajo desde «por encima de los cielos» hasta «las partes más bajas de la tierra» (Ef 4, 9-10). El, que es el Hijo del hombre, «bajó del cielo» (Jn 3, 13), hasta «el corazón de la tierra» (Mt 12, 40). El punto de arranque del Hijo unigénito es «el seno del Padre», donde estaba junto al Padre, abrazado por el Padre, glorificado en el Padre con la misma gloria de su amor (Jn 16, 14; 17, 5). Estaba existiendo para el Padre y «se manifestó a nosotros» (1 Jn 1, 2). ¿A dónde bajó? A Palestina, la tierra encadenada y orillada; a Galilea, la parte de esta tierra que estaba más al margen; a Nazaret, un pueblo pequeño; a las entrañas de una pobre mujer, María, desposada con un hombre, llamado José (Lc 1, 26-27; Mt 1, 16.18). «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1, 28). Ella era una pobre de corazón, una pobre del Señor. Lo esperaba todo y sólo de él. Se mantenía con las manos vacías y abiertas, suplicando la llegada del reinado del Ungido. Entonces fue «agraciada». El Padre le entregó a sus manos la gracia en persona, su Hijo amado, en el Amor del Espíritu. «El Espíritu santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios» (Lc 1, 35; Mt 1, 18.20). Las entrañas de la pobre mujer fueron la «tienda del encuentro», donde el Padre abrazó a la humanidad y a la tierra en toda su historia, con el mismo amor del Espíritu, en la persona de su Hijo, encarnado ya de la sangre humana, en María la virgen. «Aquí está la esclava del Señor. Hágase en mí, según tu palabra» (Lc 1, 38).

La bajada hasta abajo del todo

La bajada era un cambio en el estar, un descenso abismal. Los pobres estaban en la intemperie de la tierra encadenada, como los beduinos que siguen a un pequeño rebaño para subsistir, estando siempre en marcha, cobijados por el ligero cobijo de la tienda. Del seno del Padre bajó a los agujeros de la roca en la intemperie del campo. José y María, que le lleva en sus entrañas, van bajando. Atraviesan el pueblo entero y no hay para ellos acogida (Lc 2, 7). Bajan más abajo, a las cuevas del campo, donde los pastores descansan vigilando sus rebaños. Bajan más abajo, abajo del todo, más abajo de donde viven los pobres, al pesebre de paja donde los pobres dan de comer a sus ganados. Así la bajada sucedía viniendo desde más arriba de los grandes hasta más abajo de los pequeños de la tierra. «Y dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en

un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento» (Lc 2, 7). La bajada hasta el último de los últimos lugares es una exigencia del amor. No se puede amar a los hermanos desde la distancia. Sólo es posible el amor desde la cercanía. Y si ellos caminan abajo hay que bajar hasta donde ellos están e incorporarse a la fila de su marcha, el último de todos.

La entrada en la fila desde atrás

La Virgen ha engendrado en su seno a un hijo, es el «Emmanuel», «El Dios-con-nosotros» (Mt 1, 23; Is 7, 14). Pero José le pone el nombre al empezar el camino entre los suyos. «Le puso por nombre Jesús» (Mt 1, 25). Que un hombre del mundo de los pobres ponga nombre al Emmanuel significa que también los hombres, sus hermanos, han tomado parte en su existencia y en su identidad. Y, sin embargo, como en el caso de María, José acepta y ratifica la gracia que está apareciendo entre sus manos. El se llamará Jesús, «porque salvará a su pueblo de sus pecados» (Mt 1, 21). Así, desde el último puesto, se incorpora a la larga fila de la humanidad. Es la larga fila de los hombres, que no sólo se remonta al que inició el pueblo de la promesa, Abrahán (genealogía de Mateo 1, 1-16), sino al que inició la familia humana en la aurora de la primera creación, Adán (genealogía de Lc 3, 23-38). Jesús, el hijo de Abrahán, el hijo de Adán. El Hijo del Padre es ahora ya un hombre entre los hombres. «Se dejó encontrar como un hombre» (Flp 2, 7) dentro de la fila entera, con todas sus grandezas y miserias. Se enraizó en la humanidad, en la tierra y en la historia, desde los pobres. Para ser desde tan abajo el nuevo Moisés, el libertador, que avanza desde Egipto (Mt 2, 13-18), encabezando la marcha como el Hijo de David, el Ungido (Mt 2, 13-18), que realiza y avanza el reino del Padre. «El será grande y será llamado Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará en la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin» (Lc 1, 32-33). Los hermanos están contemplando su descenso desde la luz de la pascua, después de haberle visto en la última bajada de la cruz y en el último ascenso de la entronización. Ahora vuelven la mirada hacia atrás. Ya entonces en aquella primera hora, cuando apareció «recostado en un pesebre» (Lc 2, 12), en realidad era el Cristo, el Señor, el Salvador (Lc 2, 11).

Ha aparecido la gracia del Salvador

En el imperio se ensalzaba también al emperador como «el salvador», el que había reunido a la familia de los pueblos y había puesto el universo en paz. Lo había hecho desde arriba, con poder, con violencia incluso. Pero ahora, los discípulos anuncian otra buena noticia, otro evangelio, que será mala noticia para el orden establecido de este mundo, que cuenta con arriba y abajo, con establecimiento y marginación. «Os anuncio una gran alegría... Hoy os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor» (Lc 2, 10). Ahora «ha aparecido la gracia de Dios Salvador para todos los hombres» (Tit 2, 11), «ha aparecido la bondad y la ternura con los hombres de Dios, nuestro Salvador» (Tit 3, 4). Al bajar al último de los últimos lugares, sus manos se extienden a todos, todos tienen entrada abierta a su misericordia entrañable, los grandes y los pequeños, los de cerca y los de lejos, todos por completo. El pobre del pesebre aparece como el Señor, primogénito entre muchos hermanos, «hermano universal», como una estrella que alumbra hasta los confines de la tierra (Mt 2, 1-2), como una luz que arde para todos los pueblos (Lc 2, 31-32). Pero ha bajado tan abajo porque pretende ser «hermano de todos», siendo «hermano de los pobres». El que aparece entre los pastores y les acoge con ternura, acoge también desde abajo a los magos, que descienden. Los pobres que están en los últimos márgenes de la tierra, son los primeros destinatarios de su misericordia (Lc 2, 8-20), para rehacer desde ellos la humanidad y la tierra en la mesa común de la nueva creación que empiece precisamente por la nada de los últimos (1 Cor 1, 28). La buena noticia de su descenso alienta a una aclamación. Ya se está inaugurando el reino. ¡Gloria al Padre en las alturas y paz a los hombres en la tierra encadenada! La justicia y la paz inundarán los cielos y la tierra con la gloria del Señor, aparecido en la pobreza de la gracia (Lc 2, 14). Pues su misericordia entrañable derribará a los poderosos de sus tronos y levantará a los humildes, a los hambrientos los colmará de bienes y a los ricos los despedirá vacíos (Lc 1, 52-53).

Para iniciar un nuevo éxodo

El Hijo amado ha bajado tan abajo para empezar una nueva salida, en este mundo abatido bajo las sombras. El mundo fue hecho por él y lo que era, era en él luz y vida (Jn 1, 3-4). Pero el mundo no lo conoció ni lo recibió. Por eso se hundió en las sombras de muerte. Pero «así amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único... no para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (Jn 3, 16.17). Entonces el Hijo único viene a sus hermanos y a su casa (Jn

1, 11) y se encuentra con la dicha de que los suyos no lo acogen. Baja desde la luz de la gloria a la sombra de la muerte. Y como un peregrino más entre sus hermanos, planta entre ellos la tienda. «Puso su choza entre nosotros» (Jn 1, 14). Es la choza de los pobres, que van de camino buscando la tierra de la promesa, de los pobres que buscan la liberación en la tierra de la servidumbre. El enciende la luz en su choza, abajo del todo. «La luz luce en la tiniebla» (Jn 1, 5), pero a pesar de que las tinieblas no la reciben y la acosan, sin embargo no pueden vencerle. El Hijo único al bajar en amor gratuito, sin esperar nada, dándose a fondo perdido, en medio del rechazo, hace aparecer con más fuerza la claridad de su ternura, que es gloria. A aquellos que le reciben, les da el poder de llegar a ser hijos de Dios, de ser engendrados por el Padre, por medio de él (Jn 1, 12). Entonces descubren que en la luz de aquella choza se estaba encendiendo la hoguera para el nuevo éxodo, donde los hombres se hermanarán en la tierra de la herencia, más allá de donde logró alcanzar Moisés. Este abrazo inquebrantable en la unidad del Espíritu a la humanidad y al universo en la choza del encuentro, abajo, entre los pobres de la tierra, es lo que ha hecho que nosotros «contemplemos su gloria», la gloria que tiene y es, la «gloria del Hijo único, lleno de gracia y de fidelidad» (Jn 1, 14). Es la gloria de la gracia, de la que participan todos (Jn 1, 16), para encaminarse de nuevo a la casa del Padre, y así poder estar todos juntos donde está el Hijo mayor, en el mismo abrazo de su gloria (Jn 14, 2-3).

b) *El despojo: «siendo rico, se hizo pobre»*

La bajada de la gracia es la bajada de la pobreza. Hemos visto que consiste en primer lugar en cambiarse de casa, en «un cambio en el estar». Pero el camino de descenso de la gracia alcanza mayor hondura. El Hijo amado no se limitó sin más a «vivir entre nosotros». Esto sería poco para el amor de su gracia. Se puede poner la choza entre los pobres y continuar siendo rico. Sólo el descenso sería una bajada de apariencia. ¿No parecía convenir mejor a su grandeza? Es como cuando los pobres ven a una persona importante que viene a vivir con ellos y le dicen: «esto no es para usted», «usted se merece otra cosa». Y si la persona importante insiste, los pobres mismos procuran hacerle una casa cerca, pero aparte. Este gesto sería «inhabitar la pobreza desde la riqueza». Semejantes experiencias nos son conocidas.

Un intercambio admirable

Así pasó en la comunidad de Jesús desde el principio. Algunos hermanos no comprendían por qué había bajado tan abajo y, si bajó, no comprendían por qué tenía que despojarse de su grandeza. «Muchos seductores han salido al mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne» (2 Jn 7). Pero la comunidad reaccionó enérgicamente. Sólo los que confiesan que Jesús ha bajado hasta abajo, compartiendo nuestra carne, esos son de Dios (1 Jn 4, 2). Efectivamente el Hijo amado, al bajar a las partes más bajas de la tierra, no sólo cambió en el estar, sino también en el tener y hasta en el ser. Este «cambio en el tener» es la pobreza de la gracia en un gesto más radical todavía que el gesto del descender. Si no se puede amar desde arriba, tampoco se puede amar sin compartir. El amor exige bajar para compartir. Al volverse Jesús a nosotros para acogernos con el mismo amor con que el Padre le había amado y él amaba al Padre, en la unidad del Espíritu, tuvo que acogernos tomando lo nuestro y dándonos lo suyo. «Todo lo mío es tuyo y lo tuyo mío» (Jn 17, 10). Esta misma palabra nos la dice a nosotros: «Todo lo mío es vuestro y lo vuestro es mío». Nos encontramos en un inter-cambio, en un trueque, en una comunicación. Pero como lo que él tiene y lo que nosotros tenemos es tan distinto, entonces el intercambio será en él un despojo de su riqueza y una asunción de nuestra pobreza. Es lo que Pablo decía a sus hermanos cuando les animaba a compartir. «Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesús Cristo, el cual, siendo rico, por vosotros, se hizo pobre para enriqueceros con su pobreza» (2 Cor 8, 9).

El despojo, camino de la gracia

En la tierra encadenada reina la idolatría y la opresión. La raíz última de esta situación es la desobediencia al Padre, convertida en ambición sobre los hermanos. Pero el ambicionar lo de los hermanos, conduce a arrebatárselo, a despojarles de ello. Ambición, robo y despojo, dan a esta tierra los rasgos de su rostro, como campo de enfrentamiento y de guerra. Los ambiciosos, que han logrado robar, se han hecho con el poder, y al tiempo con la cultura. Los pobres, que no han podido robar, han sido despojados y arrojados a la opresión y la ignorancia. Pero resulta que los pobres son pobres dos veces, no sólo por ser pobres, sino por querer también ellos despojar. ¿Qué hará el Hijo amado cuando ponga su choza entre nosotros? Desde luego nos sorprendió con el regalo de su gracia, como despojo del tener, del poder y del saber. Este despojo, como veremos, es una asunción del despojo de los despojados, pero desde una nueva hondura de gracia,

que convertirá el despojo en camino de liberación y de comunión. Importa mucho subrayarlo y no como un acontecimiento que quedó atrás en la encarnación sino como un gesto incesante a lo largo de todo el camino.

El despojo de la riqueza

El despojo de la riqueza es un gesto del descenso de la gracia. En la tierra encadenada, los hombres quieren tener, tener cada vez más, para sí, de los otros. Por eso los que lo logran son los ricos, los notables «de buena familia» (1 Cor 1, 26), mientras abajo están los pobres, «lo plebeyo y despreciable del mundo» (1 Cor 1, 28). Al bajar de arriba abajo Jesús «siendo rico, se empobreció por nosotros» (2 Cor 8, 9). Su riqueza no consiste en posesión, sino en donación. Su riqueza es la gracia, «la gracia de Dios, que nos ha sido dada en Cristo» (1 Cor 1, 4). Su gracia es «el existir en la forma de Dios» (Flp 2, 6), en ser «imagen del Padre». Pero este resplandor de la gloria de la gracia, no quiso él arrebatarlo. Los hombres no tienen riqueza y quieren arrebatarla; él tenía la gracia y se despoja de ella. La gracia despojada de la riqueza de este mundo es la gracia que no pretende tener para sí, que no pretende acumular para sí, interesarse para sí; es la gracia enteramente gratuita. Esta graciosa gratuidad aparece precisamente en la forma histórica del despojo que los pobres padecen en las cunetas del mundo. Jesús es un pobre, un vagabundo. Sin casa, sin familia, sin trabajo, sin futuro. «Las zorras tienen guaridas y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Mt 8, 20). El peregrino que ha renunciado a toda forma de posesión, aparece despojado como un pobre. Pero desde «su pobreza», que es la gracia enteramente gratuita, hará posible que todos puedan enriquecerse compartiendo en la familia de hermanos, sentada en la mesa común. «En él habéis sido enriquecidos en todo... en la medida que se ha confirmado entre vosotros el testimonio de Cristo» (1 Cor 1, 5-6).

El despojo del poder

En el descenso de la gracia, el despojo del poder va estrechamente unido al despojo de la riqueza. En la tierra encadenada, los hombres quieren tener para poder y quieren poder para tener. En la medida que se tiene, se puede. Por eso los que logran su propósito son «los poderosos» (1 Cor 1, 26) y los que no lo logran son «los débiles de este

mundo» (1 Cor 1, 27). Los poderosos usan del poder. Tienen una estrategia para imponer su posición e incluso para imponerla por la fuerza y por la violencia. Dado que la humanidad en su ser es gracia que se da y se acoge, el poder que los poderosos tienen de hecho y el que tienen los débiles en el deseo conduce a una forma radical de despojo que llamamos opresión. «La gracia de nuestro Señor Jesús Cristo» se opone radicalmente al poder. Tiene fuerza y gloria pero no poderío y dominio. La fuerza de la gracia es ser un amor que se ofrece, sin condiciones. Pero su aparición histórica ocurrió entre los despojados y oprimidos. Ahora bien su debilidad no fue la de los que están despojados de poder a la fuerza. El renunció voluntariamente a todo poder para darse sólo en ofrenda que se regala sin crear jamás relaciones de dependencia y dominación. El pueblo y sus dirigentes buscan en él, el poder de los signos y las señales (Jn 4, 48; Mt 12, 38; 1 Cor 1, 22). Quieren que él ejerza el poder para curar sus heridas y sacarles de sus desvalimientos. El, en cambio, no ofrece otra señal que su servicio desde la debilidad y la gratuidad, servicio, que tiene que terminar en el desvalimiento de la cruz. El despojo ab-soluto del poder es el camino más poderoso para desestabilizar y desarticular el poder de este mundo, preparando así el reino del Padre, que Jesús iniciaba entre sus manos. El Cristo crucificado, que es «la debilidad de Dios, es más fuerte que (la fortaleza de) los hombres» (1 Cor 1, 25). «La fuerza se consuma en la debilidad» (2 Cor 12, 9.10).

El despojo del saber

El despojo del tener y del poder lleva consigo también el despojo del «saber de este mundo». Cuando se tiene, se va alcanzando el poder, pero para mantener y acrecentar el tener y el poderío, se necesita un saber, que sirva de arma, una ideología para la toma y el mantenimiento de las propias posiciones. Así aparecen arriba «los sabios y entendidos» (Mt 11, 25), «los sabios», «los letrados» y «los investigadores de este mundo» (1 Cor 1, 20). Era la sabiduría que sobre todo estimaban los griegos (1 Cor 1, 22). Hoy decimos también que quien no estudia, no puede hacer carrera, no puede situarse, no puede ser alguien en este mundo. Abajo quedan siempre «los necios del mundo», que no son nada, que son «el no ser», «la nada» (1 Cor 1, 27.28). No se trata por supuesto de descalificar la ciencia, ni la cultura, sino la ideología, es decir cualquier forma de saber, que es herramienta para enriquecerse y apoderarse del dominio. El Hijo amado, en cambio, es la gracia de la misericordia entrañable, «en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia» (Col 2, 3). Esta sabiduría es el amor que se da en gracia. Pero

ante los ojos del mundo, que contempla la historia desde la estrategia para la promoción y el triunfo, aparece ciertamente como la locura. La máxima aparición de esta locura será el madero de la ignominia, donde estuvo clavada la gracia en su radical fracaso. La cruz, donde el abajamiento y el despojo alcanzaron la última hondura es en verdad una «locura» (1 Cor 1, 18). Más aún, al aparecer históricamente en la cruz de los malditos, entre los «necios del mundo», se revela como la locura nueva, inédita y excesiva, que paradójicamente «es más sabia que la sabiduría de los hombres» (1 Cor 1, 25). En ella se desvela y se realiza el misterio del reino de los cielos, la sabiduría en misterio, escondida y revelada ahora cuando el Hijo amado, desde el despojo de su gracia, reúne a los hermanos y los sienta a la mesa para compartir en gratuidad la vida que no termina nunca.

4. *El vaciamiento: «se vació tomando la forma de esclavo»* *

Señor Jesús, alabado y glorificado seas por siempre.
¡Qué asombroso el rostro de tu ternura aparecido en la carne!
¡Tu rostro de Hijo amado aparecido en el rostro del esclavo!
¡Qué inaudita tu misericordia entrañable! ¡Qué admirable tu gracia!

Existiendo en el rostro del Hijo amado (Flp 2, 6)

Tú eres el Hijo amado, el Hijo único del Padre.
Tú, el Hijo de su amor, compartes con él en abrazo indisoluble sus mismas entrañas de misericordia, la comunión del Espíritu.
Tú eres su rostro, la «marca de su ser».
Tú eres el resplandor de su rostro, el «resplandor de su gloria».
Tú eres la grandeza de su rostro, la fuerza de su señorío.
Existes en el rostro del Padre. Eres su mismo rostro, vuelto a nosotros, aparecido ante nuestros ojos.
El Padre se nos ha dado por entero en ti mismo, iluminándonos en la claridad de tu rostro.
Por eso «existiendo en la forma de Dios» eres su imagen, su transparencia, su sacramento, su misterio escondido, desvelado y descifrado ahora ante los ojos asombrados de nuestra pequeñez.

* Incorporamos aquí, al evangelio de la Navidad, que estamos anunciando, esta «aclamación al Señor para la hora del nuevo éxodo (Filipenses 2, 6-11)». Se trata de un pequeño texto comunitario, que alaba la kénosis del Señor, escrito para la navidad del año 1982. Nos han animado a ello los himnos de aclamación del nuevo testamento ante el Señor que desciende, camino de su entronización.

El Padre nos abrazó en ti, en el abrazo del Espíritu, nos predestinó en ti, nos agració en ti, nos incorporó a ti.

Quería que nos allegáramos a ti, que existiéramos en ti, como familia de hermanos, encabezada por ti, a la mesa común.

El encargo del amor del Padre, acogido por ti en el Espíritu, alentó el gesto absolutamente libre de tu vaciamiento en la carne.

Te vaciaste a ti mismo. Tu mismo ser era el ser Hijo, vuelto al Padre, en el aliento común de su ternura entrañable.

En este mismo aliento te volviste a nosotros en absoluta libertad.

Nosotros, que somos gracia relativa, capacidad de darnos, ambicionábamos apoderarnos del ser, que no era nuestro, del ser que aún no teníamos ni éramos del todo.

Tú, en cambio, que eres la absoluta gracia, renuncias y te despojas del ser que es tuyo, del ser que eras por entero desde siempre.

El aliento del amor no te permitió que te apropiaras la ternura del Padre, para serla para ti, para poseerla y gozarla para ti. No pensaste apoderarte del ser que te iguala a Dios, arrebatándolo.

Jesús, tú eres el Cristo, tú eres el Señor, para gloria de Dios Padre.

Transfigurado en el rostro del esclavo destrozado (Flp 2, 6-8a)

Señor Jesús, alabado y glorificado seas por siempre.

Nos viste esclavizados en la esclavitud que nosotros construimos.

Eramos gracia, libertad, poder de darnos, capacidad de ofrecernos.

Pero nos cerramos sobre nosotros mismos para apoderarnos.

Queríamos apoderarnos de nuestro propio ser, de nosotros mismos, queríamos ser en nosotros, ser por nosotros, ser para nosotros.

Y para ello teníamos que encumbrarnos por encima de los otros, ser más que los otros, teniendo más que tenían los otros.

Pretendíamos ser amos que dominaran a los otros como esclavos.

Así entretejimos la historia de esclavitud de la humanidad.

El hombre, todo hombre, se convirtió en esclavo que esclaviza, esclavizado por las cadenas que forjó y que le empujan a esclavizarse.

La fraternidad se rompió entre las argollas de la esclavitud.

Esclavos éramos todos. Hasta los amos, por el hecho mismo de serlo.

Más esclavos todavía algunos, despojados abajo con el despojo de la pobreza.

Más esclavos todavía algunos, que levantados desde la pobreza para la lucha por la liberación, cayeron abajo del todo, aplastados y hundidos, destrozados y crucificados.

Tu ternura inmensa y entrañable por nosotros te llevó a vaciarte, a cambiar de rostro, transfigurándote en nosotros, configurándote con nosotros.

Tomaste la forma del hombre, hermano tuyo, en esclavo convertido.

Te apropiaste su imagen, te incorporaste a su mismo rostro, para serlo como ellos en asombrosa e increíble configuración, configuración sucedida en la carne, configuración que se ve y que se palpa, mientras te dejas encontrar como un hombre cualquiera, yendo de camino con nosotros, en nuestras propias sendas.

Asombrosa identidad. Asombrosa configuración. Asombrosa aparición.

Y más asombrosa todavía, porque tomaste el rostro de los esclavos, en aquel lugar, en donde el rostro estaba más desfigurado, en el rostro de los últimos esclavos, esclavos de los esclavos, en el rostro de los pobres, que estaban oprimidos y despojados, en el rostro de los malditos, pobres maltratados y destrozados.

Te proponías hacerte por entero vulnerable a nuestra esclavitud, al pecado y al dolor, a la pobreza y a la opresión, hasta la misma muerte.

Querías que tu comunión con nosotros no fuera sólo cambiarte en el estar, ni tampoco despojarte en el tener, sino vaciarte en el ser.

Así te desfiguraste con el rostro de los esclavos, en la figura de los pobres y de los crucificados, donde la esclavitud se ha hundido en la absoluta noche de la nada, que sucede en la muerte, cuando la muerte llega a ser muerte en cruz de los malditos.

Asombroso vaciamiento del pesebre, anticipo provisional de la cruz.

Asombroso vaciamiento de la cruz, cumplimiento acabado del pesebre.

Allí es donde tu rostro de Hijo amado ha aparecido en nuestro rostro, nuestro último rostro, el rostro de nuestra última anulación, el rostro de la pobreza despojada, más aún, perseguida y aplastada, el rostro de la cruz desnuda y de la pobreza crucificada.

Ninguna negatividad nuestra se escapa ya de tus manos abiertas ante nosotros y estrechadas sobre nosotros en comunión indisoluble.

Jesús, tú eres el Cristo, tú eres el Señor, para gloria de Dios Padre.

Entregado en el rostro del siervo obediente (Flp 2, 8 b)

Señor Jesús, alabado y glorificado seas por siempre.

En el anonadamiento no perdiste tu rostro de Hijo, entregado al Padre.

Al fin y al cabo los pobres, aun los despojados, eran todavía ricos, mantenían la propiedad de sí mismos, existían por sí y para sí mismos.

Su pretendida riqueza era la raíz de su extremado empobrecimiento.

Al no abrirse por entero y darse en gracia eran verdaderos esclavos.

Pero tú, cuando abrazaste a los esclavos, mantuviste las manos abiertas.

El gesto que atraviesa, transfigura y anula la hondura de nuestra esclavitud es la esclavitud tuya de Hijo y Siervo obediente, entregado exhaustivamente al Padre en favor de los hermanos.

Te proponías arrancar nuestra vieja esclavitud de la desobediencia, y de la ambición, con la nueva e inédita esclavitud tuya, la esclavitud de tu obediencia de inmolación para alabanza de gloria.

Pero tu rostro propio de siervo apareció en nuestra servidumbre.

Llegaste a ser el esclavo, pobre y crucificado, desde la absoluta obediencia al amor, la obediencia que se había convertido en ofrenda.

Tú, el Hijo del amor, entregado como siervo obediente al Padre, apareciste desfigurado, transfigurado en nuestro rostro, configurado con nuestro rostro, el rostro de la esclavitud de todo hombre, aparecido sobre todo en la esclavitud de los pobres y crucificados.

Aparición asombrosa. El resplandor del rostro del Hijo amado, aparecía ahora en el oscuro resplandor del rostro desfigurado.

Más todavía. Tu rostro de esclavo, pobre y crucificado, era en verdad la última aparición de tu rostro de Hijo obediente y entregado.

Por esto en tu rostro del amor crucificado aparecía el rostro del Padre, que en él nos ha entregado toda su misericordia entrañable. Y al tiempo aparecía el fuego del Espíritu, abrazo común, que ahora se ofrecía como el último don en tus manos vacías y enclavadas.

El resplandor inaudito de tu rostro, cuando te vimos bajar y despojarte, se ahondaba ahora en el vaciamiento del mismo ser de Hijo, que te entregabas como siervo de amor, en la última servidumbre de nuestra nada, de nuestra pobreza y de nuestra maldición irremediables.

Al existir tu forma de siervo en la forma de nuestra servidumbre, alcanzabas el exceso de la consumación, la locura y la debilidad de la misericordia, la absoluta gracia convertida en ofrenda absoluta.

Al aparecer, hecho carne, en tu rostro de pobre y crucificado, todos nosotros y la humanidad entera y el mundo universo pudimos contemplar tu gloria, la gloria del Hijo único y amado del Padre, lleno hasta desbordar de ternura y de fidelidad.

Jesús, tú eres el Cristo, tú eres el Señor, para gloria de Dios Padre.

Aparecido en el rostro de primogénito de los hermanos y del universo (Flp 2, 9-11)

Señor Jesús, alabado y glorificado seas por siempre.

En tu rostro de esclavo crucificado, el rostro más nuestro, apareciste como el Hijo entregado, para ser el primero de todos, encabezándolos.

Así apareció tu rostro de Hermano mayor de todos y del todo, Primogénito entre muchos hermanos, siéndolo de toda la creación.

El Padre en la travesía pascual de tu amor te hacía aparecer ante nosotros con un nombre nuevo, que inicia y funda toda la novedad.

En la travesía del pesebre, del camino y de la cruz te fuimos viendo como el Hijo enviado, que se convertía en Hijo entregado y que llegaba a ser el Hijo entronizado, el Primogénito, el Señor.

Nos precediste en tu absoluta gracia. Nos precediste en el nacer, nos precediste en el caminar, nos precediste en el morir. Nos precediste en el avanzar la vida nueva a todas las sendas. Ahora, en el último vaciamiento de tu amor de siervo, te vimos sentado como Señor a la derecha del Padre, encabezando la fraternidad y la comunión.

Al bajar y dar un abrazo a los hermanos, despojándote de todo lo que tenías y vaciándote de todo lo que eras, en el último de los últimos lugares, anulaste en su última raíz todo apoderamiento, todo encumbramiento, toda discriminación, toda marginación. Anulaste la permanente y terrible oposición entre los amos y los esclavos.

Arrancaste a la esclavitud las propias cadenas, que le daban consistencia, hiciste cautiva a la misma cautividad, al abrazarla.

Los puños cerrados de los hermanos esclavizados, quedaban ahora abiertos entre tus manos desnudas y crucificadas, en el fuego del Espíritu.

Desde la minoridad, desde la ultimidad y la servidumbre apareciste como el cabeza de fila de la fraternidad nueva, ahora recreada.

En torno a ti, a ti incorporada, en el mismo aliento del Espíritu, creaste la fraternidad, donde nadie puede ser amo de nadie, donde sólo podemos ser unos siervos de los otros, bajo la mano tuya, la mano del siervo, que arrodillado lava los pies de los hermanos y después los va sirviendo a la mesa su cuerpo y su sangre, en el pan compartido y en la copa que se pasa de unas manos a otras.

Por eso al aparecer tu rostro de Primogénito de los hermanos, te vimos aparecer como primogénito de la casa común de la creación.

Tú mismo fuiste el que al esclavizar a la esclavitud en tu servidumbre, arrancaste de raíz el tejido de las cadenas, en el que existe el universo de los cielos, de la tierra y de los abismos, el escenario y la senda por donde transcurre toda la aventura humana.

En tu rostro de esclavo crucificado, aparición última de tu rostro de hermano de todos y de hermano de toda criatura, apareció la mesa compartida de la justicia del señorío del Padre, donde todos pueden partir el pan y la copa, estando los pequeños a la cabeza.

El señorío de los poderes de la esclavitud ha sido vencido definitivamente, y en la nada de la esclavitud ha sido recreado el ser de la creación nueva, como mesa ancha y abierta para compartir.

Ya ahora en la tierra de los esclavos se ha inaugurado el paso de la servidumbre al servicio, ejercido en tu nueva servidumbre.

No es extraño, pues, que los poderes de los cielos, de la tierra y de los abismos cayeran de rodillas ante ti y se pusieran a gritar, a voz en grito, tu nombre, que está sobre todo nombre, el nombre donde se encierra la última liberación para la consumada fraternidad.

Jesús, tú eres el Cristo, tú eres el Señor para gloria de Dios Padre.

Seguido en la iglesia para ser acogido en el mundo (Flp 2, 1-5; 3, 7-14)

Mira, Señor, que la creación entera gime los dolores de un nuevo nacimiento. Espera ardientemente la liberación para la comunión.

En lo más hondo de sus gemidos está buscando tu rostro. Pero tu rostro sólo puede aparecer en el rostro de la fraternidad de tu iglesia. Esta familia de hermanos, resplandor del resplandor de tu rostro, tiene ya el «aliento del amor», la «comunión del Espíritu», nacida de las entrañas de misericordia que el Padre le entregó en ti, para que en ti se incorporara y se entrañara en la unidad.

Pero tu fraternidad, Señor, es pequeña y peregrina. Está tentada por el poder, por la ambición de la gloria vacía. La tentación del poder que puede inclinarla para asegurarse a «mirar a lo suyo» y para ello a pactar con el poder del mundo y legitimarlo.

La tentación del poder que le puede hacer correr el riesgo de situarse y establecerse en las sendas de la historia, configurada con la esclavitud encubierta de este mundo viejo.

Adéntrala en la ternura entrañable, que resplandece en la gloria de tu rostro despojado. Si tú nos adentras en esta hondura, ¿podremos mantener la ilusión de pretender servir a la humanidad peregrina en la tierra, sobre las huellas de tu servicio, y mantener todavía las plataformas del tener y del poder del mundo? Si prendes en nuestras entrañas el fuego de tu rostro despojado, ¿encontraremos para darnos otro camino que no sea incorporarnos, configurarnos y presentarnos en la forma de los últimos de los esclavos, aquellos que quedan tirados abajo, en las alambradas, con sus rostros despojados y destrozados? Entonces, todo lo que antes nos parecía ganancia, nos parece-

rá pérdida, con tal de ser hallados en ti y configurados, radicalmente en ti, en la absoluta novedad de tu ternura, comulgando en tus padecimientos, en la misma forma de tu muerte, tomados y arrastrados de tu mano, en el aliento poderoso de tu resurrección.

Por eso a la hora del nuevo éxodo, tómanos, Señor, de la mano. Arrástranos con el fuego del Espíritu a las mismas huellas de tu encarnación. Aliéntanos a bajar a las partes más bajas de la tierra, a las tiendas de campaña en donde peregrinan los pobres. Aliéntanos a despojarnos de todo lo que tenemos, para compartir el gesto de tu gracia, que te arrastró a hacerte pobre, para enriquecernos con tu pobreza. Y condúcenos, Señor, más abajo todavía. Arrástranos a vaciarnos en el rostro de los pobres y crucificados, desde la hondura, la anchura y la altura de tu amor, ejercido en tu forma de ser siervo.

Muéstranos, Señor, que allí, en esta asombrosa transfiguración, está la senda que abre la comunión de tu iglesia, la unidad en el sentir y en el amar, el llegar a compartir el mismo corazón y la misma alma. Muéstranos, Señor, que en esta admirable transfiguración está la senda del servicio transformante de la iglesia a la humanidad que hace camino en el mundo, aquella transfiguración que es la única que arranca de raíz las cadenas que atan a los amos y a los esclavos y recrea la tierra en la mesa común de la fraternidad consumada. Señor, muéstranos tus huellas. Haznos ver la claridad de tu mirada, en la gloria de tu rostro despojado. Y seducidos por él, alentados poderosamente, más allá de lo que podemos pensar y sospechar, pisaremos sobre tus mismas pisadas.

En comunión contigo, en seguimiento a ti, en alabanza interminable a tu gracia. Mientras de las entrañas mana la alegría que nadie nos puede arrebatar y al avanzar en el éxodo nuestros labios exclaman el cántico nuevo de tu misericordia.

14

El camino de la gracia

Jesús ha empezado a recorrer los caminos de la tierra encadenada, convertida en campo de guerra, donde se oyen los gritos por la liberación y la fraternidad. Su mensaje es la buena noticia del reino de Dios. «Cuando oyó que Juan había sido entregado, se retiró a Galilea. Y dejando Nazaret vino a residir en Cafarnaún, junto al mar...». «El pueblo que habitaba en tinieblas ha visto una luz grande; a los que habitaban en sombras de muerte una luz les ha amanecido». Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: «convertíos, porque ha llegado el reino de Dios» (Mt 4, 12.16-17). El es el mensajero, que viene a gritar la alegre noticia al pueblo esclavizado en la tierra del cautiverio (Is 52, 7). El evangelio es él mismo que se va dando en gracia y haciendo con los suyos el camino de la gracia. En él, efectivamente, ha aparecido el reino del Padre, que se ha acercado.

1. *La comunión de la gracia*

Queremos acercarnos al peregrino que va de pueblo en pueblo con la buena noticia. «El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se acerca; convertíos y creed en el evangelio» (Mc 1, 15). ¿Qué creyó encontrar la gente, cuando le oyó decir estas palabras? Y ¿qué fue en realidad lo que se encontró? Por aquí podíamos empezar a descubrir la sorpresa del misterio del reino de los cielos.

¿Qué esperaba la gente encontrarse al oír hablar del reino? El pueblo que le escucha es el pueblo de la alianza. Sabe que desde antiguo el Señor salió a su encuentro, llamando a Abrahán para reunir en torno a él una inmensa familia de hijos y darles como mesa común la tierra de la herencia. Cuando el pueblo llegó a la tierra prometida y se organizó en un reinado, entonces la alianza empezó a verse empalmada con el reino. El Señor es el rey que reina en un

pueblo, sobre una tierra. Su reinado se ejerce a través del rey terreno. Pero pronto se dieron cuenta que los caminos del reinado de Dios, que son caminos de justicia, no coincidían con los caminos de los reyes, que buscaban sus intereses. Los profetas gritaban: «Esto no es el reinado». La idolatría y la opresión continúan, como cuando el pueblo estaba entre cadenas. Los pobres tirados siempre en la cuneta. El grito de los profetas se confirmó en el destierro. Efectivamente, los poderosos de este mundo les pusieron su yugo, aquel mismo yugo a que estaban ya sometidos. Fue entonces cuando la mirada de los profetas se fijó en el futuro. Si el reinado de la alianza no se está cumpliendo, es que vendrá el Señor a reinar, por manos de su ungido. El rey futuro, el Mesías, el Hijo de David, será el que establezca la justicia para todos, dando a los pobres el primer puesto, que en la alianza del Señor les corresponde. El Señor va a venir como pastor a reunir a su pueblo en la tierra (Miq 2, 13; Ez 34, 11; Is 50, 5-7) y su reinado se extenderá al universo. Entonces sobre el monte santo, a su mesa común, vendrán los pueblos de toda la tierra (Zac 14, 9; Is 24, 23).

El pueblo esperaba la revolución

Cuando el pueblo oye a Jesús hablar de que el reino de Dios va a llegar y que ha llegado ya, entonces cree que se ha cumplido la promesa, que había despertado en él su grito más hondo por la liberación. Porque efectivamente el pueblo gritaba por la libertad, no sólo desde el peso de las cadenas, sino desde la mano extendida del Señor, que le había prometido la liberación y la fraternidad en una tierra nueva. Según vimos, el grito por el reino, entretejido con las palabras de los salmos (cf. especialmente 47; 96; 97; 98; 99; 145), nacía de todo el pueblo y sobre todo del pueblo de los pobres y más hondamente todavía de los pobres del Señor, que lo esperaban todo y sólo de él. De todas formas ellos esperaban «un reinado del poder del Señor». En la mayor parte del pueblo lo que se esperaba era la revolución, la lucha del ungido que, como caudillo a la cabeza de su pueblo, aplastaría a los opresores y echaría fuera a los extranjeros. La gente esperaba ciertamente un triunfo militar y nacional. El clima revolucionario de aquel momento histórico hacía pensar que de un momento a otro el Mesías, como un guerrero sostenido por el Señor, iba a reunir a su pueblo en una nación restaurada, donde se cumpliera el ideal de la justicia, tantas veces añorado. El Señor «hace justicia a los oprimidos y da pan a los hambrientos. El Señor da la libertad a los cautivos, el Señor abre los ojos al ciego, el Señor endereza a los que ya se doblan, el Señor ama a los justos, el Señor guarda a los peregrinos,

sustenta al huérfano y a la viuda y transtorna el camino de los malvados. El Señor reina eternamente. Tu Dios, Sión, de edad en edad» (Sal 145, 7-10).

Esperaba al Ungido que tomara el poder

El pueblo, cuando oye hablar a Jesús del «reino de Dios», piensa en el rey, en el pueblo, en la tierra y en el reinado. El rey será el Señor, por medio de su lugarteniente y representante, que es el Mesías. El pueblo va a ser liberado y reunido. La tierra será arrancada de la opresión de los romanos y de los poderosos del país. Es decir, una revolución socio-política de las estructuras sería el cambio que va a suceder. ¿Con qué medios? Con el poder, con las armas, incluso con la violencia. Como en la hora del primer éxodo, el Señor reinará con poder y aplastará a sus enemigos. Será una lucha de poder a poder; pero con un poder más fuerte. El Mesías luchará «con su gente» (Jn 18, 36), apoyado «por más de doce legiones de ángeles» (Mt 26, 53) y se impondrá a los que se imponen sobre el pueblo y le subyugan (Mc 10, 42). Cuando la gente escuchaba la buena noticia del reino, «ellos creían que el reino de Dios aparecería de un momento a otro» (Lc 19, 11). Por eso, cuando le vieron reuniéndolos sobre la tierra, como un pueblo que comparte, y creyeron que entre sus manos venía de nuevo el maná, cobraron la certeza de que aquel peregrino era un caudillo, el profeta que tenía que venir al mundo. Por ello intentaban aclamarle como al jefe que va a encabezar la revolución que estaba pendiente. «Intentaban venir a tomarle por la fuerza para hacerle rey» (Jn 6, 15). Y cuando al entrar en Jerusalén, las gentes del pueblo sencillo se vieron unidas caminando a su lado, se despertó en ellos con fuerza impetuosa el grito mesiánico por la liberación. «Los que iban delante y los que le seguían, gritaban: "¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Bendito el reino que viene de nuestro padre David"» (Mc 11, 9-10). Pasado el escándalo de la cruz, Jesús les vuelve a hablar «acerca de lo referente al reino de Dios». Y ellos escuchando todavía desde las viejas esperanzas, le vuelven a preguntar: «Señor, ¿es en este momento cuando vas a restablecer el reino de Israel?» (Hech 1, 3.6).

a) *Ha aparecido la gracia*

Ciertamente se llevaron una sorpresa, incluso una des-ilusión. Jesús les defraudó. No encontraron en él lo que esperaban. «Reino» en sus palabras y entre sus manos no era lo mismo que ellos anhela-

ban. ¿Qué quería, entonces, decir él? De momento tenemos que fijar la mirada en él mismo. El es, al tiempo, el mensajero y el signo de la buena noticia que pregona. Es verdad que el reino y el mensajero están estrechamente vinculados (Mc 10, 29; Mt 19, 29; Lc 18, 28, etc.), pero conviene que contemplemos primero a quien lo anuncia y lo trae. Así lo han hecho los evangelistas.

El siervo de la gracia

Los evangelistas han visto a Jesús primero en el trance del bautismo (Mc 1, 9-11; Mt 3, 13-17; Lc 3, 21-22; Jn 1, 32-34). Su rostro era el rostro del Hijo amado, enviado y entregado como siervo (Sal 2, 7; Is 42, 1). Para eso le ungió el Padre con el Espíritu, para que realizara su reino. No es un caudillo, es un siervo. Los evangelistas le contemplaron después en el trance de la tentación (Mc 1, 12-13; Mt 4, 1-11; Lc 4, 1-13). ¿Por qué no tomar el poder? «Siervo» puede ser uno siendo rey, siendo un jefe con poder que sirva a la causa del reino, que lo realice tal como la gente espera. Satanás, que es la personificación del poder de este mundo, le ofrece un pacto: ser siervo, siendo caudillo con poderío. El mesianismo político es la gran tentación. Jesús renuncia al servicio desde el poder. No quiere usar las armas de este mundo. Se dispone a ser el «siervo», pero el «siervo de la gracia» (cf. Is 42, 1-2; Is 53). En realidad su servicio no nace de abajo, de lo que los hombres pueden y anhelan, su servicio es exclusivamente un regalo que el Padre les va a dar desde su misericordia. El profeta Daniel lo había indicado. El último gesto de liberación del Señor, su reinado final, que se levantará sobre las ruinas de todos los reinos de este mundo, es el reinado que él establecerá por manos del Hijo del hombre, que descenderá de su lado, para reunir al pueblo de los santos (Dan 7, 9-14).

El Hijo del hombre, descendido

Jesús aparece como el Hijo del hombre, a quien el Padre ha entregado el reino, para que él se lo entregue a sus hermanos, en esta tierra encadenada, haciéndola pasar a la tierra nueva de su gloria. «El reino del Padre» es «el reino del Hijo del hombre» (Mt 13, 41.43). «Yo, por mi parte, dispongo un reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí, para que comáis y bebáis en mi mesa» (Lc 22, 29-30). Pero este Hijo del hombre, que en la visión profética aparecía por encima de los cielos, más arriba de todos los reyes y señores de la tierra, resulta que se presenta ahora entre los pequeños, como un

pobre más, que sirve a la mesa del Padre, mesa que el Padre ha preparado para sus hermanos. «El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos» (Mt 20, 28; Lc 22, 27; Jn 13, 4-15). Este «Hijo del hombre» que es la gloria del Padre venida de lo alto ha aparecido por el camino del servicio que es la entrega de la gracia. Este hermano y siervo no tiene donde apoyarse y soporta todo el dolor y toda la pequeñez de sus hermanos. «El Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Mt 8, 20). «Y curó a todos los enfermos, para que se cumpliera el oráculo del profeta Isaías: "El tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades"» (Mt 8, 17, cf. Is 53, 4). El pueblo se halla sorprendido. Espera un jefe con poder y se encuentra con un siervo lleno de ternura. Pero pronto adivinó que esta aparición de la gracia manaba de mayor hondura.

El Hijo del Padre, entregado

El último rostro de aquel profeta era el rostro del Hijo amado del Padre. «Todo me ha sido entregado por mi Padre y nadie conoce al Hijo más que el Padre y nadie conoce al Padre, más que el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiere revelar» (Mt 11, 27). Las entrañas de un padre sólo las puede conocer el hijo, que de ellas ha nacido. El hijo es de las entrañas, es las entrañas mismas. La intimidad y el don de padre a hijo y de hijo a padre son únicos. El proyecto de amor del Padre celestial, sus entrañas de misericordia, sólo son conocidas por el Hijo de su amor. Por eso, sólo él puede darlas a conocer a los demás. Sólo él, exclusivamente él. Más aún. Sólo él, en el abrazo común del Espíritu, comparte con el Padre la ternura de su misericordia. Y por eso sólo él a través de sus manos nos puede compartir esta ternura. Sólo él nos puede hablar y sólo él nos puede dar el reino de la gracia del Padre. Cuando la gente y los discípulos le oían decir continuamente «Abbá», comprendían que él era el Hijo, a quien el Padre amaba y al tiempo el Hijo que amaba al Padre y se entregaba a él en desmedida confianza y en ab-soluta obediencia. En la experiencia del «Abbá» se encierra todo el misterio del reino. El rey ahora es el Padre de Jesús; el Ungido, «Hijo del hombre» y «siervo» no es el caudillo del poder, sino el «Hijo del amor». Entonces, ante esta gracia aparecida, el pueblo será la familia de los hijos y la tierra la mesa común de la herencia. Y si «reino de Dios» en labios de Jesús es más reinado que reino, es decir, más acción de reinar que sitio y tiempo donde se reina, entonces hemos de decir que su reinado es el reinado del amor, de la misericordia de la gracia. Si lo llamamos «reinado» es porque en esta palabra se encierra la fuerza soberana, pero no «en

forma de poderío», sino «en forma de gracia». Y si Jesús lo llama «de Dios» es porque esta fuerza desmedida y ab-soluta de la gracia viene del Padre de Jesús, que es nuestro Padre. Sólo de él, exclusivamente de él, enteramente de él, continuamente de él. Por manos de su Hijo. En la unidad del Espíritu.

b) *La familia en torno a la mesa*

Ahora sí que adivinamos con qué facilidad el pueblo sencillo pudo comprender la palabra de Jesús. El peregrino decía: «El reino de Dios está cerca» (Mc 1, 15). «Ha llegado a vosotros el reino de Dios» (Mt 12, 28). Y la gente le preguntaba: Y «¿qué quiere decir esto?». Ellos esperaban otra cosa. Ahora esta palabra ya no podían entenderla desde lo que esperaban ellos, sino desde lo que les ofrecía él. A esta pregunta él respondía diciéndoles y dándoles el «Padre nuestro» (Mt 6, 9-14; Lc 11, 2-4).

El don del «Abbá»

El Padre en su misericordia entrañable y en su ternura soberana y desmedida ha salido por manos de su Hijo al encuentro de todos para hacerlos hijos en una familia de hermanos. «Todos vosotros sois hermanos... uno solo es vuestro Padre» (Mt 23, 8-9). Jesús no sólo les entregaba su revelación, sino también y sobre todo su amor. O mejor dicho, al entregarles el Amor que el Padre le había dado a él, para que él se lo entregara a ellos, se desvelaba ante sus ojos el rostro del Padre y ellos mismos se desvelaban ante el Padre siendo hijos y hermanos. El «Abbá» de Jesús (Mc 14, 36) fue entregado a nosotros entre sus manos; por eso nosotros también gritamos en el mismo amor del Espíritu: «Abbá, Padre» (Rom 8, 15; Gál 4, 6). Es el amor del Padre el que nos hace hijos en el Hijo y hermanos en el Hermano. Los lazos de la sangre han quedado rotos. Antes los hombres estaban «dispersos por el mundo» (Jn 11, 52). Cada uno era hijo de una familia, sus hermanos eran unos pocos de la misma sangre. A lo más eran hijos y hermanos del mismo pueblo, pero ya no lo eran del otro. En todo caso podían traspasar las barreras con una simpatía universal y sentirse ciudadanos del mundo, compañeros de todos. Pero sin un Padre común de todos, no hay familia común. El reino es una absoluta novedad. Ni los hijos fieles del pueblo judío, ni los hombres universales del mundo de los pueblos encontraron en el don del «Abbá», lo que iban buscando. El «Abbá» les sobrepasó, les hizo ser lo que no eran, lo que añoraban, pero sin saberlo, lo que buscaban,

pero por un camino completamente distinto. En torno a Jesús, los que le recibieron, recibieron el poder de ser hijos del Padre, fueron engendrados de él. No desde la carne, ni desde la sangre, sino desde el Amor, que el Padre les había entregado en el Hijo querido.

La familia de hermanos

La primera señal del reino es una familia, una fraternidad. Un grupo de hombres que han creído en él y se han dejado acoger por él en la misericordia entrañable del Padre. Ahora han comenzado a ser hijos y por ser hijos son radicalmente hermanos, rotas todas las barreras de la clase social, del dinero y del puesto, del poder y la cultura, del color de la cara y de la fe religiosa. «Estaba mucha gente sentada a su alrededor. Le dicen: "¡Oye!, tu madre y tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan". El les respondió: "¿quién es mi madre y mis hermanos? El que cumple la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre"» (Mc 3, 32-35). Jesús los ha acogido en torno a él. Y les ha dicho: «abrid las manos», «gritad conmigo»: «Padre nuestro... Venga tu reino. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo» (Mt 6, 9-10). Luego les dijo: «Ahora estrechad vuestras manos». «Todos vosotros sois hermanos». «Ya no hay judío ni griego, libre ni esclavo, hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo» (Gál 3, 28). En realidad, esta pequeña fraternidad es sólo un poco de luz para irradiar, un poco de fermento para fermentar, un pequeño grano de trigo para fructificar. Las manos estrechadas de los discípulos no son ninguna barrera, ningún cerco, ninguna clausura. Se trataba de cumplir ahora la palabra de la promesa. Esta familia era la que daba cumplimiento a la de Abrahán. «Y sacándole afuera le dijo: "Mira al cielo y cuenta las estellas si puedes contarlas". Y le dijo: "Así será tu descendencia"» (Gén 15, 5; Gál 3, 6-7). Los hijos que estaban dispersos en la familia de los pueblos, vendrán a esta familia del Hijo amado, que se iba a entregar «no sólo por la nación, sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersados» (Jn 11, 52; 10, 16). «Vendrán muchos de oriente y de occidente y se sentarán a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos» (Mt 8, 11).

La mesa del compartir

Cuando Jesús hablaba del reino, expresaba sobre todo la comunión de amor de la gracia que se acoge y se comparte en una familia de hermanos. Ahora bien, este acontecimiento es un nuevo ser, que

cambia de arriba abajo las relaciones de este mundo. En la tierra encadenada hay una gran barrera, convertida en trinchera. De un lado está la mesa de los ricos, que visten de púrpura y de lino y que celebran todos los días espléndidas fiestas (Lc 16, 19). Jesús estaba contando lo que la gente veía con sus ojos. Los grandes del país y los que colaboraban con ellos tenían casa y mesa. Pero al otro lado de la trinchera estaban los pobres tirados en el suelo a la intemperie: sin casa y sin mesa. Su casa es la trasera de la de los ricos, su mesa es el suelo, su pan, las migajas que caen de la otra mesa (Lc 16, 20-21). Por eso Jesús al hablar del reino no anuncia algo que ocurre sólo en el corazón, sino algo que alcanza a cambiar la comunidad del pueblo y la tierra encadenada y atrincherada del mundo. Su imagen preferida y principal es la mesa compartida: la familia de hermanos sentada a la mesa del compartir. Todas sus palabras y sus gestos son como un camino donde la mesa se va poniendo de tramo en tramo, hasta la travesía de la pascua y más allá de ella. La comunión de la gracia, la filiación y la fraternidad son en realidad no una revolución, sino una recreación. Lo que se pretende no es que los de un lado de la trinchera aplasten a los pobres y se queden ellos solos a la mesa, ni tampoco que los pobres hagan sin más la revolución, liquiden a los ricos y se queden ellos con la mesa para ellos y los suyos. Hay que tirar la barrera desde más abajo de los cimientos. El universo convertido en mesa, entre las manos abiertas del Padre, que se da soberanamente en su misericordia por las manos del Hijo, en el Amor del Espíritu, es la plena irradiación de la aurora que ha empezado a brillar en los corazones.

El Hijo mayor, sirviendo a la mesa

¿Podríamos recoger de labios de Jesús los rasgos con los que pinta esta mesa? Por una parte encontramos sus palabras, por otra sus signos o, dicho de otra manera, sus palabras que se hacen signos. La imagen de la mesa es una imagen de los últimos tiempos, cuando el Señor tome en sus manos la marcha de la historia para el último gesto de su alianza: mesa para todos, donde los pobres ocupen el primer lugar (Is 25, 6-8; 55, 1-2; Sal 22, 27). Jesús toma la palabra y la llena de novedad. El que prepara la mesa en la casa es el Padre. En unos casos es el mismo padre que prepara la cena de las bodas del hijo o la cena del retorno del hijo (Mt 22, 2; Lc 15, 11-24). Sobrecoge pensar que el Hijo, cuya boda se celebra en la llegada del reino, es el Hijo querido y mayor. Y que los hijos, cuyo retorno se celebra, son los hijos pequeños y perdidos. Precisamente la mesa de la alegría de toda la familia reunida es porque el Hijo se entrega a los hijos extraviados, acogién-

dolos. En otras ocasiones el que invita y sirve a sus siervos y esclavos a la mesa es el señor (Mt 25, 21.23; Lc 12, 37). Algo sorprendente también. El menor es el que se sienta a la mesa; el mayor es el que sirve. El que sirve es el esclavo, que no se sienta a la mesa, sino en mesa aparte. Ante la mirada de Jesús, el señor sienta a los esclavos a la misma mesa suya, haciéndolos familiares liberados y él mismo está en medio de ellos sirviéndolos como un esclavo. El Padre prepara la mesa del Hijo y el mismo Hijo la sirve para los hijos que eran esclavos y empiezan a ser hermanos. Lo grave es que el Padre, que es el Señor y Rey, que pone la mesa para todos, no va a encontrar apenas respuesta en los hijos ricos y poderosos y dispondrá su cena sólo para los últimos de los pobres, que acojan la invitación de su ternura (Mt 22, 1-14; Lc 14, 7-24).

Así era el anuncio. El Padre os ama con su absoluta misericordia. Quiere reuniros a la misma mesa, para que compartáis su amor. Para ello, por manos del Hijo mayor, a invitación del mayor, con el amor del mayor, empezáis ya a ser hijos y hermanos, rotas todas las barreras. Pero esta familia no tiene sentido ni es posible, sino es para sentaros a la mesa a compartir y luego continuar el camino hasta que todo el universo se convierta en mesa y la gracia del Padre se desborde en su consumación. Ahora bien, la familia y la mesa compartida del reino son «únicamente para los pobres». Esta palabra tan escandalosa de Jesús y los gestos que intentaron realizarla, completan el anuncio del Reino que estamos describiendo desde la luz de sus ojos. Así comprendemos que el reino es un don para recrear no sólo el corazón del hombre y la comunidad humana, sino la misma tierra encadenada con sus trincheras. Estamos en la aurora de una nueva creación.

c) *Unicamente para los pobres*

Estamos adentrándonos en la buena noticia de Jesús. El ha anunciado el último exceso de la misericordia entrañable del Padre aparecido entre sus manos, para reunir la familia de sus hijos en torno a la mesa compartida. Es «el reino de Dios» (Mc 1, 15). Pero si queremos ahondar todavía más en esta gracia última, que se ha anticipado y aparecido, hemos de descubrir que va destinada en primer lugar a los pobres.

La misericordia volcada a los pequeños

Jesús que anuncia el «evangelio del Reino» puede decir que esta buena noticia es «evangelizar a los pobres, proclamar la liberación a los cautivos, dar vista a los ciegos y arrancar las cadenas de los oprimidos» (Lc 4, 18). Ya hemos dicho que todo el pueblo esperaba al Ungido como el rey que había de realizar la verdadera justicia. Y según lo comprende el antiguo testamento, la justicia del rey no consiste en ser imparcial, sino en defender los derechos de los pobres, tomar partido por los débiles, echar la mano a los desvalidos. Ante el rostro del profeta del reino, que es el Hijo amado, se comprende todavía mejor que el reino esté destinado a los últimos. En una familia, el cariño de las entrañas del padre es para todos, pero empezando por los últimos. Los últimos son a los que más ama, a los que más cuida, a los que más acoge. Los demás han de sentarse a la mesa detrás de los más pequeños, que ocupan el primer puesto. Si los hijos mayores acogen el cariño del padre, se sientan a la mesa precisamente para servir y ayudar a estos pequeños. Esta experiencia estaba tan viva entre los campesinos de Galilea como en nuestras aldeas de hoy. La misericordia entrañable de los padres se descubre y se demuestra sobre todo en su excesiva ternura para con los hijos más pequeños, más pobres, más dolientes.

Los pobres a la cabecera de la mesa

La gran señal de que ha llegado el reino no es sólo que la fraternidad florece en el mundo, sino que en la fraternidad los pobres ocupan el primer lugar de la mesa. Cuando Juan estaba ya en la cárcel, mandó a sus discípulos a preguntar a Jesús: «¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro? Jesús les respondió: "Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la buena noticia. Y dichoso de aquel que no se escandaliza de mí"» (Mt 11, 3-6). La alianza de la promesa anunciaba ya que en el último tiempo los pequeños, que están amenazados de marginación y de muerte, serían arrancados de la miseria y del dolor, para ser trasladados a la vida. Así empezaría la consumación del mundo: Is 35, 5-6; 29, 18-19; 61, 1-2. En las palabras de Jesús no sólo son queridos y liberados los pobres, los ciegos, los cojos, los mudos, sino hasta los que están en el umbral de la muerte o la han traspasado ya: los leprosos y los muertos. Por eso la promesa de la alianza se está cumpliendo ante la mirada del pueblo que escucha a Jesús por los caminos el anuncio del evangelio. «Hoy se ha

cumplido esta palabra que acabáis de oír» (Lc 4, 21). Está comenzando el tiempo de la consumación de la gracia, que se está abriendo camino por los senderos del mundo. Es a los pobres a los que esta gracia se anuncia y se entrega en primer lugar. La lista de signos se concentra en el último: «los pobres son evangelizados» (Mt 11, 5).

Jesús lo dice con toda claridad. Si el reino es una familia, reunida en torno a la mesa compartida por manos del Hijo amado, en el que aparece la misericordia del Padre, entonces no es extraño que sean los hermanos pequeños los que ocupen en esta mesa los primeros lugares. «Cuando des un banquete, llama a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos» (Lc 14, 13). Es esto lo que sucederá en el reino de Dios, al que todos están invitados. «El reino de los cielos se asemeja a un rey que celebró el banquete de las bodas de su hijo» (Mt 22, 2). La mesa está servida y los servidores van a llamar a los invitados, a todos sin distinción: «Venid, que ya está todo preparado» (Lc 14, 17). Los que tenían algo que defender, enseguida se excusan. Son personas que tienen y están luchando por tener más. Tenían tierras y han comprado más; tenían ganados y han comprado más. Por eso, cuando se casan, pueden descansar y marchar fuera. En cambio hay otro grupo de hermanos, que están totalmente desvalidos y tirados a la intemperie. Viven y duermen en las plazas o han de estar fuera de los pueblos, como malditos e indeseables. Son los más pobres que, por el hecho de serlo, están impurificados y son intocables. Para estos será la mesa compartida. Ellos serán los que la ocupen. En la parábola de Jesús sólo ellos la ocupan. Extrañamente. «"Sal enseguida a las plazas y calles de la ciudad, y haz entrar aquí a los pobres y lisiados y ciegos y cojos". Dijo el siervo: "Señor, se ha hecho lo que mandaste, y todavía hay sitio". Dijo el señor al siervo: "sal a los caminos y cercas, y obliga a entrar hasta que se llene mi casa. Porque os digo que ninguno de aquellos invitados probará mi cena"» (Lc 14, 21-24).

Pobres por el pecado, la explotación y la marginación

La pregunta que se plantea enseguida, ¿quiénes eran entonces los pobres? Podríamos enumerarlos. Por una parte, se ve con claridad que son los últimos de los últimos, tirados a muerte en el basurero de pueblos y ciudades. Por otra parte eran «los pecadores» (Mc 2, 16; Mt 21, 32), personificados sobre todo en la figura de los publicanos. Ciertamente estaban «cerrados al amor», pero al tiempo estaban «en puestos de desprecio». Eran los últimos recaudadores de contribución, gentes despreciadas porque ganaban el trozo de pan sirviendo a los imperialistas y, por otra parte, «ladrones, injustos, adúlteros» (Lc

18, 11). Pobres explotados, que no pueden sobrevivir, se prestan a ser correa de transmisión de la explotación. Al colaboracionismo, añaden la impiedad. Por otra parte están los «pequeños» (Mc 9, 42; Mt 10, 42; 18, 10.14), los «más pequeños» (Mt 25, 40.45), los «sencillos» (Mt 11, 25). Son los pobres que, por estar marginados en su pobreza, son incultos y retrasados y no pueden cumplir en absoluto las prácticas de piedad. Son malditos, porque no conocen la ley. Están fatigados y agobiados, por el peso de la vida, que la sociedad descarga sobre ellos y por otra parte tampoco son testimonio vivo de piedad y fraternidad. Ya hemos enumerado a los pobres. En su rostro se perciben los rasgos del pecado, la explotación y la marginación. De un modo sencillo podríamos ensayar una síntesis y hablar de tres niveles de pobreza. Los pobres son en primer lugar los que están cerrados al amor del Padre y de los hermanos. Esta es la última pobreza. Pero dentro de estos pobres, en segundo lugar, están los achuchados, los oprimidos, los despojados, precisamente por el montaje de la sociedad construida sobre el dinero y el poder. Los que son egoístas y oprimidos son pobres dos veces. Pero hay entre estos todavía aquellos que están despojados por la enfermedad y la marginación, los que se encuentran totalmente en la cuneta: los ciegos, los cojos, los paralíticos, los vagabundos, los poseídos, los borrachos, las prostitutas. Estos son pobres tres veces: por el pecado, por la explotación y por la amenaza apremiante de la muerte. Parece que en ellos es donde se ultima la pobreza. Pero es precisamente a todos ellos a los que Jesús se acerca en primer lugar para anunciarles y darles la buena noticia. Cuando desde la culpa, la marginación y la invalidez se abren a su gracia, han empezado a ser pobres de verdad, es decir, pobres del Señor, pobres en su corazón.

Pasan a ser pobres de corazón

Jesús se acerca a los pobres, los ama con sus entrañas de misericordia, los acoge y los invita a tomar parte en la mesa compartida. «Y sucedió que estando él a la mesa, en casa de Leví, muchos publicanos y pecadores estaban a la mesa con Jesús y sus discípulos, pues eran muchos los que le seguían» (Mc 2, 15-17; Mt 9, 10-13; Lc 5, 29-32). De la misma manera, cuando quiere expresar ante los ojos del pueblo sencillo el reino que está empezando, reúne a todos los que han venido de distintos pueblos sobre la tierra, convertida en mesa. Allí, en corro están todos juntos compartiendo el pan, que él multiplica y reparte (Mc 6, 32-44). Pero en primera fila, en el primer corro, están hermanos más pequeños sentados. «Se le acercó mucha gente trayendo consigo cojos, lisiados, ciegos, mudos y otros muchos; y los

pusieron a sus pies» (Mt 15, 30). Junto a él están los últimos de los pobres, presidiendo la mesa, pero están también pobres sacados de entre ellos que se han convertido en servidores de la mesa (Mt 15, 32). «El mandó a la gente acomodarse en el suelo. Tomó luego los siete panes y los peces, y dando gracias, los partió e iba dándolos a los discípulos y los discípulos a la gente» (Mt 15, 35-36). Los primeros a la mesa son los pobres, que al haber sido amados y al haber acogido el amor, empiezan a ser pobres del Señor y se ponen a servir como siervos con el mismo Señor, que está en medio sirviendo (Lc 22, 27). El Señor ha elevado de la basura a los pobres para sentarlos a la mesa. A los hambrientos los ha colmado de bienes. Pero al ser así amados, «los pobres», han tomado parte en el reino haciéndose «pobres de corazón», «los hambrientos» se han sentado a la mesa «con hambre y sed de justicia», los «que lloran» parten el pan a la mesa con las lágrimas del servicio de misericordia, la lucha por la justicia y el trabajo por la paz (Lc 6, 20-23; Mt 5, 3-10). El reino del Padre es únicamente para los pobres, que lo acogen como «pobres del Señor», entregándose entera y absolutamente a sus entrañas de misericordia.

Los ricos, llamados a ser pobres

Y los ricos, pobres también por estar cerrados al amor y ser los causantes de la opresión y la marginación, ¿no se podrán sentar a la mesa? Los pobres, con los que el Señor se identifica, para preparar y consumar su reino (Mt 25, 31-46), son la única puerta de entrada a la casa, donde está la mesa puesta y el pan partido. Sólo por aquella puerta se puede entrar. Los ricos son también amados como hermanos queridos. Pero sólo tienen la posibilidad de sentarse a la mesa si acogen entera y absolutamente la misericordia entrañable que el Señor les ofrece. Entonces, «llenos de alegría» están dispuestos a entrar por aquella puerta que parece el ojo de una aguja. Teniendo en aquella familia y en aquella mesa su único tesoro, son invitados por el Señor a despojarse de todo y dárselo a los pequeños (Lc 18, 18-23). «Es más difícil que entre un rico en el cielo, que un camello por el ojo de una aguja» (Lc 18, 25). Es difícil porque sus riquezas, su poder y su saber acumulados le impiden entrar por esta puerta tan estrecha (Mt 7, 14). Pero no pueden de ninguna manera estar sentados en la mesa de Epulón y en la mesa del reino. A todos los ricos, a los que son ricos sólo por el deseo del corazón y a los ricos de corazón y de dinero, el Señor les invita a una alternativa: «No podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6, 24). Si los pobres para pasar a la mesa han de atravesar el ojo de la aguja hasta ser pobres de corazón, ganados por la misericordia entrañable y entregados a ella, los ricos han de llegar

también a ser pobres de corazón, ganados por la misericordia entrañable y entregados a ella. Y si los pobres así convertidos pasan a los primeros puestos de la mesa a servir con el Siervo, compartiendo toda su pobreza, los ricos han de pasar a la mesa si se convierten en pobres del Señor, poniendo en ella a disposición de los pobres, como pan partido, toda su riqueza (Lc 19, 1-9). El reino es únicamente para los pobres. El reino es la familia reunida de hermanos en torno a la mesa compartida que ha hecho irrumpir en el mundo la nueva creación, donde la fraternidad y la mesa se recrean desde la misericordia entrañable y por ello se redimensionan desde los últimos y para los últimos. Ahora comprendemos que esto es lo imposible, lo que el Señor de lo imposible ha hecho posible; la aurora de los nuevos cielos y de la nueva tierra, donde ha empezado a reinar su gracia, que es su justicia.

2. *La liberación de la gracia*

Jesús aparece por los caminos como la misericordia entrañable del Padre, que extiende sus manos en la ab-soluta y des-medida gracia para reunir la familia de los hermanos en la casa común de la mesa compartida. Pero enseguida se ha dado cuenta de la situación de la tierra encadenada y del pueblo enfrentado, que antes hemos intentado dibujar. «Al ver a la muchedumbre se le conmovieron las entrañas, porque estaban despojados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor» (Mt 9, 36).

Mesa compartida en un campo de guerra

Jesús al recorrer los caminos, con su gracia entre las manos, se tropezó con lo que parecía imposible. ¿Cómo poner una mesa compartida en una cárcel, llena de barrotes? Efectivamente, todos están encadenados, todos están enfrentados a muerte unos con otros, todos están cerrados por igual al amor, y por ello han convertido la tierra no sólo en cárcel sino en campo de guerra. Pasar de una cárcel, convertida en campo de guerra, a una casa común, donde se comparta una misma mesa, sólo es posible si se arrancan las cadenas y se tiran los barrotes. El reino, según hemos visto, es una gracia de comunión: una familia de hermanos a la mesa común, donde los pequeños son los primeros. Pero esto, si no es una u-topía, es decir, un ideal que queda más allá de la tierra, sino un fermento, es decir, una levadura que va transfigurando toda la tierra, entonces la comunión de la gracia lleva consigo la liberación de la gracia. No es posible la fraternidad sin la

liberación. Por eso, cuando Jesús presentó el programa del reinado de su Padre, insistió en que había que arrancar las cadenas y tirar las barreras, hasta que la tierra fuera tierra común, compartida por todos. El vino a «proclamar la liberación», pero no sólo a proclamarla, sino también a realizarla, a «arrancar las cadenas de los oprimidos» y así llegar «al año de gracia del Señor» (Lc 4, 18).

Para el pueblo de los pobres eran tres las cadenas que ataban la tierra: la cadena de la injusticia, que divide y enfrenta a los ricos y a los pobres; la cadena de la opresión, que divide y enfrenta a los poderosos y a los débiles, y la cadena de la mentira, que divide y enfrenta a los sabios y a los ignorantes. Pero ya hemos descubierto, al ahondar en la situación desde la mirada de Jesús, que él vio ciertamente estas cadenas del montaje de la sociedad, que se ven por fuera en la superficie («cadenas de la super-estructura»). Pero él descubrió que los últimos eslabones de estas cadenas alcanzaban más acá y más allá. En el origen de estas cadenas está el pecado. En el fin, como consecuencia de todas las demás cadenas, está la muerte que se anticipa en el dolor («cadenas de la infraestructura»). Si el reino ha comenzado ya, si la familia se ha empezado ya a reunir y la mesa se ha empezado ya a poner, esto lleva consigo que hay que romper todas las cadenas, todas, completamente todas, empezando por la primera y terminando por la última, puesto que todas forman un entramado que envuelve la tierra y la esclaviza, dividiendo y enfrentando a muerte a la humanidad que por ella hace su camino. ¿Cómo empezar? Desde luego está claro, en el evangelio, que Jesús no se ha presentado como un revolucionario político interesado exclusivamente o principalmente en romper las cadenas del montaje de la sociedad. Para él su liberación venía desde más atrás, iba más por debajo y pretendía llegar más adelante. ¿Podríamos seguir los pasos de este Jesús, que no sólo aparece en los caminos como el hermano que sirve, sino como el libertador que arranca la esclavitud?

a) *La liberación ya empieza en la entrañas*

La liberación, don que sale al encuentro

El don del reino es al tiempo don de comunión y de liberación. Para reunir la familia de los hermanos y preparar la mesa común, es necesario romper las cadenas más hondas que esclavizan el corazón de los hombres. Estas son las cadenas del pecado. Los hombres están cerrados al amor del Padre en la idolatría de la desobediencia y por eso están cerrados al amor de los hermanos en el egoísmo de la opresión. Jesús empieza la tarea de la liberación, ofreciendo a los

hombres la ternura de su gracia y pidiéndoles que cambien el corazón. «Convertíos y creed en el evangelio» (Mc 1, 15). La comunión es un don para la liberación y la liberación más radical es dejarse querer por el Padre y entregarse sin condiciones y con profunda alegría a su amor. El reino, según vimos, se presenta como un don de misericordia que sale al encuentro. Buscado o sin buscar, es como un tesoro que se encuentra. No es una conquista de los hombres, que desde el proyecto de «su liberación» y de «su justicia», realizan la hazaña de luchar por ellas hasta lograrlas. El camino de Jesús sale al encuentro por sendas totalmente distintas de las que abrían entonces los fariseos y los celotes, que eran los que daban a la historia las alternativas más sugerentes. Los fariseos quieren la liberación por el camino de «su observancia» que legitima «su integración» del orden establecido. Los guerrilleros por su parte quieren la liberación por el camino de «su militancia», que legitima «su subversión» del orden establecido. Pero primero, dice Jesús, hay que dejarse encontrar, disponerse a la sorpresa del encuentro. Como si fuera un tesoro escondido en el campo o una perla preciosa en el cargamento de un barco (Mt 13, 44-46).

La conversión es dejarse encontrar

¿Dejarse encontrar? Abrirse a esta hondura del amor es imposible para el hombre, si no consiente ser amado. La conversión no es un esfuerzo de las propias manos, que sea la condición previa para el encuentro. Es Jesús el que toma la iniciativa con la ternura de sus entrañas. El mismo va al encuentro. Se sienta a la mesa con los pobres, que son, al mismo tiempo, pecadores (Lc 15, 1-2; Mc 2, 15-16; Mt 9, 10-13). No sólo les dice que el reino de Dios es suyo, sino que les atestigua su amistad entrañable, acogiéndoles en la mesa. El es amigo de «publicanos y pecadores» (Mt 11, 19; Lc 7, 34). La palabra de la acogida, proclamada por la buena noticia, se hace gesto de acogida y este gesto excesivo e inaudito provoca a los hombres a abrirse al amor. El amor de Jesús, hecho gracia, engendra la conversión. Los hombres no se preparan con sus obras para el encuentro de la acogida; es el encuentro de la acogida lo que les capacita para dejarse acoger. Convertirse es «ser amado, ser encontrado, ser acogido». Con ello la cadena de la culpa, que esclaviza la última hondura del corazón del hombre, puede romperse desde otra hondura todavía mayor, la hondura del amor gratuito y fiel. Con-vertirse es acoger este amor, que pro-voca. Con ello la liberación más radical de la historia humana se inicia en las entrañas de los hombres. Gracias a esta acogida, los hombres podrán acogerse a las manos del Padre y dejarse estrechar contra sus entrañas. Podrán creer en el amor y entregarse a

él, empezando a ser hijos entre las manos de Jesús y por ello hermanos y por ello comensales a la mesa, hasta que una mesa tan grande como el mundo acoja a todos en la alegría de la última misericordia.

Misericordia con los perdidos: palabra y signo

Jesús lo ha anunciado y realizado con las mismas palabras del pueblo sencillo en la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32). Los hombres están cerrados al amor y hundidos en la pobreza. Como aquel hijo que, queriendo vivir por su cuenta, se cerró al amor del padre. Se separó de sus hermanos y abandonó la casa. Pero luego en la tierra lejana, que ya no era familia ni hogar, sintió el peso de su corazón. Añoraba el amor de su padre, mientras se sentía despiadadamente explotado y ni siquiera podía llenar el estómago con las algarrobas de los cerdos. Le atrajo el amor. Ante la atracción él respondía con un amor interesado, pero en fin de cuentas amor. Sin embargo, no sospechaba aún lo que se escondía en el corazón de su padre. Cuando volvía a casa, atraído por él, se encontró con que el padre mismo, anciano ya, venía corriendo a su encuentro. Le acogió, le abrazó y le besó con cariño largamente. El hijo que regresaba tan sólo quería ser jornalero. Iba con hambre y, sobre todo, con culpa. Pero el padre pone su gracia, allí mismo donde estaba su pecado para que pueda, en verdad, ser hijo. Le da un vestido de fiesta, señal gozosa de su liberación. Le da calzado y le pone el anillo, como señal cierta de que es hijo y por tanto heredero. Y le sienta a la mesa con la casa entera que comparte la comida en alegría, porque el hijo había pasado de la lejanía a la intimidad, de la esclavitud a la filiación, de la muerte a la vida.

Jesús está anunciando el centro de su mensaje. El quiere presentar con su palabra y con sus gestos el rostro amoroso del Padre, que acoge a sus hijos en la última esclavitud de la culpa y dándoles la libertad hace posible que sean hijos en la familia de los hermanos y que se sienten en la mesa del compartir. Este amor desmedido se ha aparecido en el rostro de Jesús. Cuando va a encontrarse con los pecadores y les acoge y les libera y les incorpora a la fraternidad para iniciar un camino absolutamente nuevo, Jesús reclama para sí ser aquél en quien el Padre ama, perdona y actúa. «Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: "Este acoge a los pecadores y come con ellos"» (Lc 15, 1-2). La respuesta de Jesús es la parábola de la oveja perdida. El pastor «deja las noventa y nueve en el desierto y va a buscar la que se perdió hasta encontrarla». Cuando la encuentra la pone lleno de alegría sobre sus hombros y la trae al redil. Llama a los

amigos y vecinos y les dice «alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido» (Lc 15, 6). Es entonces cuando puede sentarse a la mesa con todos, en el banquete de la alegría. «El Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido» (Lc 19, 10; cf. 15, 8-10).

La liberación de las raíces

Jesús arranca así a sus hermanos la cadena más honda de su cerrazón al amor. La liberación, entonces, es en primer lugar la acogida del don de su amor que nos hace amar. El ser del hombre, que pretende ser desde sí mismo y por sí mismo y para sí mismo, queda quebrado. La propia esclavitud queda rota. El hombre era esclavo de sí mismo. «Todo el que hace el pecado es esclavo del pecado» (Jn 8, 34). Pero el que se deja amar por el Hijo ha encontrado la libertad (Jn 8, 36). Y esto no por los propios puños. Para esta liberación de las raíces no cuentan las obras. El patrono dará a los últimos el jornal inmerecido que él mismo tiene a bien (Mt 20, 1-15) y todo el esfuerzo del fariseo por buscar su justicia, justificándose ante Dios y ante los hombres, no le ha permitido alcanzar la gracia (Lc 18, 9-14). El reino se lo regala el Padre únicamente a los pobres que son pecadores, y que han llegado a ser tan pobres que ni siquiera quieren buscar su propia justicia y tan sólo esperan el don de la misericordia de aquel que saben que les ama. La liberación de la gracia, en las raíces del corazón, no alcanza así a los justos, sino a los pecadores (Mc 2, 17), no a los sabios, sino a los pequeños (Mt 11, 25). Sólo los niños, pequeños, desvalidos y egoístas, que se dejan querer y acoger (Mc 10, 14-15; Mt 18, 3), pueden entrar en la familia de los hermanos y sentarse a la mesa común, libres de la atadura de sí mismos. Esta ternura de la acogida de los últimos, como único acceso para todos, cumple la vieja esperanza (Ez 34, 16; Is 29, 19; Sof 3, 17) en este instante del nuevo amanecer que trae consigo un gozo que no se sabe descifrar ni expresar (Mt 11, 25; Lc 10, 21). El esfuerzo de los fariseos por legitimar la integración desde la alianza y el intento paralelo de los celotes de legitimar también con la alianza la subversión, no conducen a la liberación integral, porque no parten de la liberación radical. Desconocen la gracia. Pretenden que el hombre sea libre, sin estar liberado. Por eso, cuando Jesús anuncia el evangelio en la fuerza del Espíritu y pone su gracia donde está la culpa, ha hecho brotar en la tierra la única fuente desde donde la tierra encadenada y la humanidad oprimida pueden abrirse de nuevo al paraíso, es decir, a la mesa compartida del servicio, del gozo y de la alabanza. Por eso Jesús dedica la mayor parte de su tiempo a «anunciar el evangelio a los

pobres», testimoniándolo y realizándolo en la mesa con la cercanía misericordiosa de su amistad.

b) *Recreando a los hombres desde dentro*

La liberación de Jesús avanza desde las raíces. No basta con arrancar la cadena del pecado. Hay que arrancar a continuación la cadena de la muerte, anticipada en el dolor, que es una consecuencia del pecado. Como tantas veces hemos insistido, los hombres salieron de las manos del Padre, como seres creados para darse, para amar, es decir, para obedecer al Padre y servir a los hermanos, mientras juntos construían la casa común. Al cerrarse al amor, se esclavizaron con la esclavitud más honda, que les des-integró. El pecado, nacido en el corazón del hombre, configuró todo su ser, se difundió en la comunidad y se constituyó como fuerza en el universo. Fue entonces cuando los hombres empezaron a padecer el dolor, síntoma y anticipación de la muerte. La fuerza del pecado, protagonizada y encabezada por Satanás, les estaba des-integrando con la cadena del dolor.

La cadena del dolor

Jesús había visto al pueblo entero, a grandes y pequeños, a todos, doblarse bajo el peso del dolor. Los ricos y los poderosos sufrían también. Pero sobre todo los pobres y los débiles. Para estos el dolor no procedía sólo de la enfermedad, sino de la marginación, pues las dos estaban estrechamente empalmadas. El dolor, como indicamos, nacía tanto del pecado personal como del colectivo. Era como una cadena que a todos sujetaba desde las raíces del ser. Del mismo modo que todos caminaban, atados juntos por la solidaridad del pecado, así también caminaban atados todos por la misma cadena del dolor, que era la señal de la cadena que definitivamente esclaviza y des-integra, que es la muerte. Jesús salía al encuentro de los hermanos que sufrían y ellos también venían a su encuentro. Vienen todos, grandes y pequeños, pero sobre todo vienen los pequeños. Los grandes tienen médicos, que les ayudan. Los pequeños, si caían enfermos, perdían el trabajo y ya no tenían qué comer. Su hundimiento y el de los suyos se agravaba de día en día. A propósito del hombre de la mano seca cuentan los evangelios apócrifos un detalle que es muy probable que sucediera. «Yo era un albañil, que buscaba ganarme la vida con mis manos; te ruego, Jesús, que me devuelvas la salud, para que no tenga que mendigar vergonzosamente mi sustento» (Ev. de los Hebreos citado por san Jerónimo, *Com a Mt* 12, 13). La cadena del dolor, que

a todos destruye, destruía sobre todo al pueblo de los pobres, pues les situaba al margen del camino, no sólo con heridas en el cuerpo, sino con hambre y miseria insuperables.

Los milagros de Jesús

Este Jesús que recorre los caminos anunciando la gracia de la liberación, es también ante la mirada de la gente sencilla el que puede arrancar estas cadenas sobre-humanas del dolor, para reemprender después cada uno su camino. Por eso acuden a él como si fuera un curandero, un hombre que ha recibido de Dios el poder de devolver la salud. «A la puesta del sol, todos cuantos tenían enfermos de diversas dolencias se los llevaban y poniendo él las manos sobre cada uno de ellos, los curaba» (Lc 4, 40). «Curó a todos los enfermos, para que se cumpliera el oráculo del profeta Isaías: él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades» (Mt 8, 16-17).

La liberación del pecado en la acogida amorosa del Padre había reunido a los hermanos en la mesa común. Pero se hacía necesario avanzar esta liberación para que así los hermanos más pequeños pasaran a los primeros puestos de la mesa. Sorprende ver la honda y larga entrega de Jesús a los hermanos, que están destruyéndose bajo las argollas del dolor: además de las curaciones de muchos en medio de la reunión del pueblo (por ejemplo sumarios Mc 1, 32-34; 6, 53-56; Mt 4, 24), realiza otras muchas: la curación de la suegra de Simón (Mc 1, 29-31), la del hombre de la mano seca (Mc 3, 1-6), la del leproso que está fuera como un maldito (Mt 8, 1-4), la del siervo del centurión (Mt 8, 5-13), la de la hemorroísa y la resurrección de la hija de Jairo (Mt 9, 18-26), la de los dos ciegos (Mt 9, 27-31), la del enfermo en la piscina de Bezata (Jn 5, 1-18), la de la hija de la cananea (Mc 7, 24-30), la del tartamudo (Mc 7, 31-37), la del ciego de Betsaida (Mc 8, 22-26), la de la mujer encorvada (Lc 13, 10-17), la del hidrópico (Lc 14, 1-6), la de los diez leprosos (Lc 17, 11-18), la de los ciegos de Jericó (Mc 10, 46-52), la del ciego de nacimiento (Jn 9, 1-41). Esta pequeña enumeración, que no es ni mucho menos completa, revela que Jesús dedicó gran parte de su vida al servicio de los desvalidos y que ellos desde todas sus dolencias acudieron a él buscando su salud. ¿Pero qué salud buscaban? ¿Cómo la buscaban? ¿Para qué la buscaban? Es aquí donde nos encontramos con algo sorprendente en el camino de Jesús. Se encontraron con lo que no buscaban, se encontraron con la liberación.

Los milagros recrean al hombre

El profeta de Nazaret no es un curandero, ni un médico que cura las heridas del cuerpo de los hombres, dejándoles volver a su mismo puesto de la vida, con un nuevo bienestar. Jesús se acerca a ellos y realiza en ellos sus milagros como señales de la llegada del reino («signos escatológicos»). No se trata de magia, ni tampoco de beneficencia. Los milagros son gestos de recrear al hombre por entero. Si al cerrarse al amor se abrieron las heridas de su cuerpo, ahora, en esta aurora de la salvación, al abrirse el corazón al amor, las heridas del cuerpo sanarán. El hombre vuelve a re-integrarse en todas sus raíces desde la gracia de la liberación. El paralítico fue descolgado por el techo en la casa humilde de Cafarnaún en donde Jesús se acogía. Su corazón estaba paralizado por la culpa. Ellos no lo sabían. Jesús le dice: «Hijo, tus pecados te son perdonados». Y más tarde le da la mano y le dice: «Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa» (Mc 2, 1-12). El ciego de nacimiento nunca había visto la luz. Jesús le puso las manos sobre los ojos y se volvió ya viendo. Se le habían abierto los ojos, no sólo los de la cara, sino también los del corazón. Se le abrieron cada vez más: «Este hombre, que se llama Jesús»... «es un profeta». «Creo, Señor, y se postró ante él» (Jn 9, 1-38). Al atravesar la Decápolis, le sale al encuentro un hombre sordo, que además apenas podía hablar. Jesús le metió los dedos en los oídos, le tocó la lengua y le dijo: «Effetá»... Pero él ya no se callaba. Junto con la gente gritaba la aurora de la salvación, aparecida en Jesús: «Todo lo ha hecho bien. Hace oír a los sordos y hablar a los mudos» (Mc 7, 31-37). Jesús les ha arrancado la cadena del dolor. Más que curarles las heridas les ha re-integrado de dentro a fuera. Más que una curación es una recreación. Al curarlos, los libera para un ser nuevo y una nueva comunión. La liberación les ha conducido a creer en él, a acoger como hijos el amor del Padre, ofrecido en él, y así les ha hecho posible la entrada en la fraternidad, para caminar por los caminos del reino.

Los milagros incorporan a la comunidad

En los relatos de los milagros, nos encontramos con que Jesús, al curar las heridas, responde a la fe de los que se acercan esclavizados por el dolor, fe que había sido provocada en ellos por la fuerza y la cercanía de la misericordia del mismo Jesús. Los hombres, que sufren y que se destrozan en el dolor, le han reconocido como la mano amorosa del Padre, extendida hacia ellos. Por eso, después de este encuentro, algo nuevo ha sucedido en las raíces de su vida. En ocasiones marchan, pero van anunciándole y pregonando sus obras.

De algún modo, aun de lejos, le siguen en su anuncio del reino (por ejemplo Mt 9, 27-31; 20, 29-34; Mc 1, 40-45). Pero en ocasiones se unen a la fraternidad itinerante de Jesús, para compartir más de cerca la tarea de reunir la familia de hermanos de entre la multitud y preparar la mesa compartida del reino del Padre (por ejemplo Lc 8, 1-3; Jn 5, 2-18; 9, 1-41). «Y deteniéndose Jesús les llamó y dijo: "¿Qué queréis que os haga?". Le dicen: "Señor, que se abran nuestros ojos". Y al momento recobraron la vista y le siguieron» (Mt 20, 32-34). «Y le seguían en el camino» (Mc 10, 52). «Y le seguían glorificando a Dios. Y todo el pueblo, viéndolo, alababa a Dios» (Lc 18, 43). Los milagros, como decíamos, son gestos que atestiguan la llegada al mundo de la última misericordia, de la gracia final. Son un don de la aurora de la salvación, que no sólo libera de las heridas y recrea a los hombres en cuerpo y espíritu, sino que libera de la cerrazón que causaron las heridas, incorporando a los hombres a la fraternidad y alentándolos a seguir el camino que avanza hacia el reino. Es decir, al romper la cadena honda y fuerte del dolor, la liberación para la recreación avanza desde el hombre a la comunidad y al universo. Los enfermos estaban des-clasados y absolutamente marginados, en el individualismo y en la desesperanza de la miseria. Ahora no sólo se han puesto en pie como hombres, sino como hombres nuevos, es decir, como hermanos, para hacer juntos el camino de la fraternidad, en un mundo dominado por la injusticia y la marginación. En este sentido las curaciones de Jesús rompen la cadena del dolor que empalma por detrás con la cadena del pecado y por delante con la cadena del montaje injusto y opresor de la sociedad. Los milagros, diríamos hoy, son al tiempo evangelización, servicio de los pobres y lucha por la justicia del reino. Las disputas con los dirigentes, que provocan los milagros, son señal de que una fila de hombres nuevos se ha puesto a caminar por el campo de guerra, intentando romper desde las raíces el orden establecido de este mundo.

Los milagros arrancan el pecado del mundo

Ahora es cuando comprendemos que romper las cadenas del dolor es una señal destacada de la victoria sobre Satanás, la fuerza del pecado y de la muerte que ha llegado a la toma de poder en el mundo. Ya advertíamos la estrecha relación que en el evangelio se advierte entre el dolor y las fuerzas demoníacas: Mc 1, 24; 1, 34; 3, 7.11; 5, 1-3; 9, 14-29; Mt 4, 24; 8, 28-34; 9, 32-34; 12, 22-23; 12, 43-45, etc. Jesús, al curar, expulsa los demonios y al expulsar los demonios, cura. «Entonces le presentaron un endemoniado, ciego y mudo». Lo curó... Hablaba y reía... Y cuando los fariseos disputaban con qué fuerza lo hacía,

él respondió: «Si por el Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el reino de Dios» (Mt 12, 28). Por el pecado de los hombres, el mundo se ha esclavizado con la cadena del dolor y de la muerte. Son cadenas sobre-humanas, que actúan como «espíritus» y «poderes» más fuertes que los hombres. Las encabeza Satanás, como señor, que ejerce su señorío con poderes soberanos (Mt 12, 26; Lc 11, 8) y con un ejército de fuerzas (Lc 10, 19), que son enemigos que están destruyendo a la humanidad y a la creación. Hacen su aparición en las instituciones, en los príncipes que las gobiernan, en el clima que las envuelve. Las heridas de los hombres, ante la mirada de Jesús, están estrechamente relacionadas con estas fuerzas estructurales del pecado, que son consecuencia del pecado de los hombres y revierten sobre ellos más enérgicamente todavía, despojándolos, dominándolos y destruyéndolos. Los hombres, y más todavía los pobres, se encuentran indefensos frente a estas fuerzas comunitarias y cósmicas.

Las curaciones, entonces, son una lucha por la liberación de los hombres que «están oprimidos» por el diablo, es decir, por el mundo empecatado y demonizado, encabezado por Satanás (Mc 3, 27; Lc 11, 21). «El les dijo: "Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo"» (Lc 10, 18). Estas cadenas del dolor que tan hondamente destruyen al hombre están impuestas por unos poderes, que por una parte parece que proceden de dentro mismo de la vida, pero que, por otra, por su poder parece que vienen impuestas de lo alto, como una dominación de Satanás, el señor, que ha hecho del mundo el señorío de la muerte. Pues bien, cuando Jesús se acerca a los enfermos, marcados por las heridas, les está arrancando «de la mano de los enemigos», les está rompiendo las ataduras (Lc 13, 16). Al poner su gracia, hecha amor, donde estaba el pecado, rompía las cadenas más hondas del pecado. Ahora al poner su gracia, hecha vida, donde está el dolor, está rompiendo incluso las cadenas estructurales, que anteceden y siguen al dolor.

Está amaneciendo el tiempo de la salvación, un anticipo de la victoria final. Los poderes destructores del dolor, expresión anticipada de la muerte, han sido vencidos y aniquilados (cf. Ap 12, 7-9). Por eso los milagros no son gestos mágicos ni benéficos que dejan a la humanidad tal como estaba. Si la liberación del pecado irradiaba desde el corazón del hombre hasta la comunidad y hasta el universo, la liberación del dolor es también un acontecimiento personal, comunitario y cósmico. El señorío de Satanás ha sido quebrantado. La humanidad y la creación han sido reintegradas, más aún, recreadas hacia la plenitud de la liberación y de la comunión. Los pequeños, despojados y heridos, se han incorporado a la fraternidad, a la cabecera de la mesa, como hombres nuevos, hermanos y servidores.

Por eso la brecha de la liberación abierta con el anuncio del evangelio se avanza con el servicio de los pobres y la curación de sus heridas.

c) *Para un mundo nuevo de libertad y de justicia*

El reino de Dios, que anuncia el profeta de Nazaret, es una comunión de amor, fundada en la misericordia entrañable del Padre, que implica de suyo una liberación de todas las esclavitudes, es decir, de la esclavitud entera. Según acabamos de ver, la liberación se inicia en las entrañas del hombre, abriéndole al amor y recreándole en su mismo ser. Ya esta misma liberación del pecado y del dolor, alcanza a la comunidad y al universo. Pero Jesús con su misericordia entrañable, convertida en palabra profética y servicio de amor, anunciando y testimoniando la anticipación del reinado del Padre, se enfrenta además con las esclavitudes que nacen de la situación económica, social, política, cultural y religiosa. Conviene que nos adentremos en este gesto de su liberación.

Hacia la liberación última y total

Ya hemos visto de cerca la tierra encadenada que Jesús contempló con sus mismos ojos. Y hoy nos resulta bastante claro que el montaje de la sociedad de aquel entonces, con su estructura nacional y con su super-estructura imperial, estaba construido sobre la injusticia, la opresión y la mentira. La situación socio-económica nos ha descubierto la cadena de la injusticia; la situación socio-política nos ha descubierto la cadena de la opresión y por fin pudimos comprobar también que la situación socio-cultural llevaba consigo una cadena de mentira institucionalizada. La liberación de Jesús no puede limitarse al fondo de la servidumbre, a las cadenas del pecado y del dolor. Porque si a ellas se limitara, entonces ni siquiera éstas serían arrancadas por entero, ya que estas cadenas más hondas son el punto de arranque y al tiempo el punto de llegada de las esclavitudes estructurales del montaje de la sociedad. La liberación suya, que es la liberación del reino de Dios, es última y total, abarca todas las esclavitudes o, como decíamos antes, es la liberación de la esclavitud misma, para recrear la comunión última de la filiación y la fraternidad en la mesa compartida. Cuando Jesús avanza por el camino de la liberación de la gracia y se enfrenta con estas esclavitudes no se convierte sin más en un político del bloque dominanate o del bloque dominado. Es el Hijo amado del Padre, que ha aparecido como gracia («Hijo del hombre») entregada gratuitamente («Siervo»). Pero así

mismo es en realidad el Ungido del Señor, es decir, el Mesías libertador. Pero es cierto que viene por otros caminos y desde otro aliento de como el pueblo esperaba y se imaginaba. También aquí nos encontramos con la sorpresa. Jesús no responde a la imagen del caudillo guerrero y nacionalista que protagoniza la revolución. Conviene que precisemos la absoluta novedad de su liberación

Jesús pone su justicia donde está la injusticia

El Mesías libertador es el Mesías de la gracia. No lucha por cambiar el mundo empecatado para que triunfe la gracia, sino que siembra la comunión de la gracia, para que acabe enteramente fermentando la liberación del mundo. Se trata de meter en la tierra una semilla, sembrada desde fuera, que recoja toda la fuerza de la tierra, la purifique y la haga fructificar más allá de donde se esperaba. Esta semilla de liberación, según venimos diciendo, es la gracia de la misericordia entrañable que el Padre por manos del Hijo del Amor ha sembrado en la historia. Es la última gracia, la entera gracia (la acción escatológica), que se siembra en el camino de la historia. La historia es el camino de la gracia primera y provisional de la creación, pero está cerrada sobre sí y gime por su entera y definitiva liberación. La liberación de Jesús es su gracia ofrecida a nuestra gracia. Cuando hablamos del Cristo libertador que arranca las cadenas, conviene que ya desde el principio, siguiendo el evangelio, despejemos el horizonte para no perder la anchura y la profundidad.

Jesús no es simplemente un luchador de la justicia tal como son los hombres, incluso los más honestos y heroicos. Su lucha por la justicia no se hace usando, como suele ocurrir en la revolución, los medios más eficaces para conseguir el propósito de la subversión social. Si así fuera se podía luchar contra la injusticia, haciendo otra injusticia; o pretender liberar de la opresión, pisando a los opresores o incluso a los oprimidos, o combatir por la verdad, sirviéndose de la mentira. Pero su lucha por la justicia tampoco se hace desde lo que la humanidad, que hace camino y en la historia, entiende por «la justicia», «la libertad» y «la verdad». En este caso se trata de la justicia, la libertad y la verdad que los hombres han descubierto. En el mejor de los casos es algo que han decidido. Pero hasta puede suceder que llamándose justicia, libertad y verdad sea algo utilizado por los que tienen el poder para realizar el avance de sus propios intereses.

Si decimos que el Mesías libertador no hace la liberación buscando la justicia de cada uno, ni tampoco lo que los hombres suelen llamar justicia común, que resulta ser en ocasiones la justicia de los que dirigen el bloque dominante, ¿cómo se enfrenta Jesús con las

cadenas estructurales que encadenan la tierra y la humanidad que en ella hace su historia? Para poder explicarlo, nos encontramos ante palabras nuevas, des-acostumbradas e in-éditas. En principio hemos de decir que estas palabras, usadas y realizadas por él, son el gesto de la gracia de la misericordia entrañable del Padre que en él se despliega. Jesús para realizar la liberación pone «su justicia» allí donde está la injusticia. «Su justicia» es «su gracia», que nos da el don y el encargo no de repartirnos lo que a cada uno nos señala la justicia de los hombres, sino de partir como hermanos el pan en la mesa común, según el proyecto del Padre, dando a los pobres el primer lugar. Jesús para continuar avanzando la liberación pone «su libertad» allí donde está la opresión. «Su libertad» por tanto es «su gracia», que tampoco toma el poder para hacer la dictadura de los oprimidos, sino que renuncia a todo poder para que los hermanos sean siervos unos de otros, pasando de la servidumbre al servicio y poniéndose todos a servir a los últimos, que a su vez por ser los más agraciados han de ser los primeros servidores. Jesús para avanzar todavía más la liberación pone «su verdad» allí donde está la mentira. Pero «su verdad» no es una cultura, una visión del mundo ni una educación liberadora y comunitaria, que es asumida desde los intereses del grupo y desde el proyecto autónomo e inmanente del hombre. Su verdad es «su gracia». Es decir, la verdad es amor, es gratuidad, desde donde se puede asumir toda forma de verdad para darla «gratis en su gracia». La gratitud por tanto es la forma de su verdad, que desarticula de raíz toda forma de verdad apropiada y enclasada, que se autojustifica a sí misma y que en la autojustificación lleva consigo la marginación y, en último término, la muerte.

Acabamos de caracterizar el trabajo de Jesús por la justicia con un primer rasgo. Para realizar «su liberación» él pone «su justicia» allí donde está la injusticia de las estructuras, protagonizadas por el pueblo, dividido y enfrentado entre los grandes y los pequeños. Estamos ante la liberación escatológica de la historia. Ahora bien, este hecho nos lleva a precisar un segundo rasgo del trabajo de Jesús por la justicia. Al caminar, para realizar la liberación, des-enmascara y provoca a todos los hombres que encuentra en su camino, grandes y pequeños.

Jesús, con su justicia, des-enmascara y pro-voca a todos. El mundo, por donde atraviesa Jesús, por una parte, como vimos, es una creación del Padre, pero por otra se ha empecatado. Es una tierra encadenada y dividida. Si esta tierra continúa siendo creación, sostenida por las manos del Padre, es en verdad gracia creada que está germinando. Ahora bien, como la tierra está empecatada, esta gracia se ha clausurado en una cerrazón que la des-integra. Las cadenas y el muro de separación están ahí. Pero están enmascarados. El pecado

personal ha cristalizado en el pecado colectivo, pero éste se ha enmascarado en la hipocresía estructural. Cada grupo social, tanto los ancianos, los sacerdotes y los letrados, como los pobres, los desvalidos y los ignorantes, todos están cerrados al amor, pero tienen que mantenerse donde están y como están en el gran teatro del orden establecido. Jesús al recorrer la tierra advierte en ella los gérmenes de la gracia creada, que había sido además trabajada por la gracia de la alianza, hecha promesa, éxodo y ley. La tierra encadenada encierra gérmenes de un avance nuevo. Pero estos gérmenes están encadenados, como el campo cuando se cierra y se endurece. Por fuera parece que todo está en orden, porque todos los grupos del mosaico de la tierra están enmascarados; pero por dentro se advierte el gemido de la creación. Hay un gemido por la liberación para la fraternidad. Esta tierra encadenada, en germinación y en encerramiento, en posibilidad y en esclavitud es la que Jesús está recorriendo para realizar la liberación última y total de su gracia. De momento veníamos diciendo que lo que hace es sembrar esta gracia suya, como germen de liberación, haciendo que llegue a ser justicia en nuestra injusticia, libertad en nuestra opresión y verdad en nuestra mentira. Pero esto, ¿cómo se realiza concretamente?

— Jesús se sitúa ante los hombres y los grupos del bloque dominante y los desenmascara y provoca. Les ama con su misericordia entrañable. Pero nada más liberador que el amor. Por eso a los ricos, a los sacerdotes y a los letrados les dice con amor que están robando, que están oprimiendo y que están engañando. Al tiempo, sin embargo, les invita a acoger su gracia, para que compartan en la justicia, sirvan en la libertad y se den gratuitamente en la verdad, que él les ofrece. Desenmascarar y provocar desde su gracia es un camino de recreación. Jesús no les des-estabiliza para una nueva alternativa de poder, sino que les acoge para el éxodo de la nueva creación. De explotadores, que están dominando, les invita a ser hermanos, que compartan en la misma mesa que el Padre ha empezado ya a poner.

— Jesús se sitúa ante los hombres y los grupos del bloque dominado y los desenmascara y provoca. Les ama también con misericordia entrañable. Hasta hemos comprobado que los ama con un amor preferencial. Pero ante la oferta de la gracia de la mesa compartida, la mayoría de los hermanos pequeños se han cerrado y no han querido acogerla. Es verdad que están despojados, oprimidos y engañados, pero al tiempo están consintiendo al despojo, la opresión y el engaño. Jesús, desde su amor, les desenmascara en su aspiración de tener, poder y saber para ellos. Jesús no les anima sin más a la toma del poder o a la resignación de la opresión por salvar sus intereses. Al poco tiempo se sienten defraudados por él, porque les provoca a compartir, servir y darse en la mesa del reino, ofrecida a todos y a ellos en primer lugar.

Este apunte sencillo del trabajo de Jesús por la liberación escatológica de la historia nos lo sitúa así entre los frentes. Claramente no se ha situado en el bloque dominante para legitimar sus intereses como lo han hecho los fariseos. Pero tampoco se ha situado en el bloque dominado para legitimar sus intereses, como lo han hecho los celotes. Jesús no ha legitimado con el evangelio ni la alternativa de la integración, ni la alternativa de la revolución. Por tanto, hemos de decir que su camino de liberación no lleva consigo una opción por la clase oprimida, tal como se entiende hoy, cuando se comprende el conflicto social desde la lucha de clases. Su liberación de la gracia es una creación nueva. Viene desde más atrás, va mucho más por debajo y pretende avanzar mucho más hacia adelante. Entonces Jesús ¿se mueve en una vía media, en lo que solemos llamar la neutralidad?

Jesús, con su justicia, por los pobres y frente a los pobres

Precisemos un momento la senda por donde avanza. Hemos dicho primero que Jesús realiza una liberación escatológica de la historia. Esto lo traducíamos diciendo que para la liberación suya, él pone «su justicia» en nuestra injusticia, «su libertad» en nuestra opresión y «su verdad» en nuestra mentira. Ahora bien, este gesto tan radical y último tiene una mediación y una concreción. La mediación concreta es sencillamente que él va haciendo camino por el muro mismo de separación, por donde los hermanos se enfrentan a muerte encadenados y enmascarados todos, grandes y pequeños. Por eso la mediación del amor liberador de Jesús consiste en que desenmascara y provoca a unos y a otros con su palabra y con su gesto, con su gesto que habla y con su palabra que se hace. En este sentido decimos que el camino de la liberación de Jesús se hace «entre los frentes». Pero esto no significa la vía media de la neutralidad.

Todos, grandes y pequeños, están cometiendo la injusticia, están consintiendo en la opresión y están compartiendo la mentira. Todos, pero no de la misma manera. De una forma Jesús des-enmascara y pro-voca a los ricos y de otra forma des-enmascara y pro-voca a los pobres. En ello se advierte una parcialidad en favor de los pequeños, que ya vimos aparecer en la historia santa del antiguo testamento. El Señor ha tomado siempre partido por los pobres. Pero, ¿en qué consiste esta parcialidad?

— Frente a los ricos en favor de los pobres. Cuando Jesús desenmascara y provoca a los ricos, les llama a compartir con aquellos a los que han despojado. Les llama a vender lo que tienen y dárselo a los pobres para que dejen su puesto de riqueza y de opresión. ¿Cómo podrían si no acoger la gracia de la última y radical

liberación? Según veíamos antes, los ricos son llamados a convertirse en pobres del Señor y por tanto a compartir a la mesa todo lo que tienen y son, empezando por los últimos.

— Frente a los pobres, en favor de la mesa del reino. Pero los pobres son también ricos en el corazón. Su posición es arrebatar la riqueza y tomar el poder para sí y para los suyos. Por eso Jesús se vuelve a ellos y, con su misericordia entrañable, les quita la máscara y les llama a ir más hacia adelante. Se trata de ser pobres en el corazón para compartir en la mesa todo lo que tienen y son, empezando por los últimos.

Este es el milagro de la nueva creación, que ya empieza a germinar. Cuando los hermanos, ricos o pobres, descubren el tesoro de la mesa compartida del reino de los cielos, con alegría van y comparten todo lo que son y lo que tienen. Ahora ya, en medio del campo de guerra, aparece la mesa del reino de los cielos. El trabajo de Jesús por la justicia no es sólo una llamada profética a una tarea que hay que construir con nuestro esfuerzo y que sólo al final se logrará. Jesús con sus manos extendidas es ya la mesa puesta. Y estas manos extendidas son ya el don y el encargo a los hermanos, que hace posible que la tierra se convierta ya en mesa común. Cuando los hermanos acojan y compartan este don y este encargo se agrandará la mesa y la mesa será tan grande como el mundo. Un trozo de paño nuevo, una sementera nueva, una aurora nueva. La novedad de la nueva creación que ya está en marcha. Y que no sólo es la novedad del hombre nuevo, sino también la novedad de la fraternidad nueva y la novedad de la tierra nueva, convertida en hogar. Se advierte que esta mesa puesta entre los frentes, es la amenaza más radical al orden establecido de este mundo. Mucho mayor aún que la de cualquier alternativa, aun la de la alternativa de la sub-versión. Viene de más abajo de las raíces, viene de la misericordia entrañable. Hace camino mucho más a la hondura, por una justicia, una libertad y una verdad que son algo radicalmente nuevo, que asume y transciende lo que nosotros llamamos con estas mismas palabras. Y va mucho más allá porque en la mesa del Padre son todos reencontrados, grandes y pequeños, porque son todos perdonados y a todos se les ofrece la gracia de la liberación y la reconciliación.

Ahora comprendemos los pasos del camino de la liberación, que Jesús está realizando. La tierra estaba ensangrentada, porque todos los hombres, encadenados en la esclavitud, se enfrentaban a muerte en la enemistad. Las cadenas parecían una red: la argolla del pecado, la argolla del dolor, la argolla de la injusticia, la opresión y la mentira, por fin la argolla de la muerte. Jesús es el Cristo libertador, que ha abierto la brecha de la liberación de la gracia. Lo primero era romper la cadena del pecado, que cerraba a los hermanos al Padre y les

cerraba también entre sí. Jesús ha puesto su gracia hecha perdón, allí donde estaba el pecado. Con el derroche de la misericordia a los hermanos, que eran pecadores, les ha reconciliado con el Padre como hijos que pueden ser hermanos en su misma familia en torno a la mesa. Ya están los hermanos a la mesa. Pero hay que cambiarlos de lugar. Hay que decir a unos que suban y a otros que bajen. Se trata de romper la cadena del dolor, pues esta cadena rompe y destroza la vida de los más pequeños, que están en el último lugar. Jesús pone su gracia, hecha vida, allí donde está el dolor. Con sus discípulos va al último puesto, acoge a los pobres y les cura, es decir, les pone en pie como hombres nuevos, los incorpora a la comunidad y les sienta en los primeros puestos de la mesa a servir. Ya está poniéndose la mesa del reino. Ya ha amanecido la fraternidad. En ella ya los últimos han empezado a ser los primeros. Pero la casa del mundo continúa estando como estaba. Todavía no es hogar, es un campo de guerra. Entonces se hace necesario romper las argollas de la esclavitud estructural, las cadenas de la injusticia, de la opresión y de la mentira, para que el universo se recree. Sólo así la familia podrá estar de verdad en torno a la mesa, pues la tierra se habrá convertido en la mesa de la fiesta final. Este trabajo profético de Jesús, que ha sido tan poco estudiado y que aparece tan gráficamente en las páginas del evangelio, es la liberación escatológica de las estructuras empecatadas de la historia. Después de haber perdonado el pecado y curado el dolor, Jesús avanza a arrancar con amor, entre los frentes, las cadenas de la injusticia, de la opresión y de la mentira. Su camino era una creación nueva y des-estabilizaba y provocaba tanto, que al poco tiempo lo colgaron de un madero, como a un malhechor.

15

La pascua de la gracia

Jesús avanza por el camino de la gracia hasta llegar al final. «Habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1). El Padre le envió a dar su amor a los hijos que estaban divididos y enfrentados en la tierra de la esclavitud. Todos ellos se habían cerrado al amor y por ello se habían robado y oprimido unos a otros. Habían roto la fraternidad y arruinado la casa, que ahora estaba convertida en trinchera de guerra. Luchaban entre ellos a muerte. Aquella barrera era en verdad la frontera de la muerte donde caían unos y otros. Empujados por el egoísmo del corazón y por el puesto que tenían en la vida, unos de explotadores y otros de explotados, se enfrentaban en guerra y se desangraban en la trinchera. Si el Hijo mayor viene a esta tierra de esclavitud para darles el amor del Padre, que los hermane de nuevo y les reconstruya la casa, se ha de poner en esta brecha de la muerte. Allí mismo donde ellos se matan, él hará nacer el aliento de la vida que recree la fraternidad en torno a la mesa compartida. El extremo de la gracia, que es el don de la misericordia entrañable, conduce hasta la frontera de la muerte donde se concentran todas las esclavitudes con todo el poder destructor que deshace y anula.

Jesús está recorriendo la tierra encadenada. Ya hemos descubierto su esclavitud. Las cadenas más hondas son las del pecado y el dolor. Los hombres se han cerrado al amor del Padre en la idolatría y al amor de los hermanos en la ambición. Se están des-integrando en su mismo ser. Y así con esta pretensión de ser para sí mismos, teniendo más de los otros y pudiendo más que los otros, han construido un mundo, que ya no es casa común, sino cárcel atravesada por las cadenas de la injusticia, de la opresión y de la mentiera. Las cadenas que se ven más al fondo ya son simiente de la muerte; las cadenas que se ven más por fuera, son también camino y motivo de muerte. Por eso no es extraño que la tierra y la humanidad encadenadas, estén

esclavizadas con la última cadena, la cadena de la total destrucción, que es la misma muerte, la vuelta a la nada. Efectivamente, Jesús ha visto que los hermanos se deshacen desde dentro por la culpa y se destrozan por el dolor. Pero ha visto también que todos, pecadores y enfermos, están empeñados en una lucha por acumular y dominar, que hace de los senderos de la tierra, senderos de destrucción, que parecen conducir a un callejón sin salida. El pueblo caminaba en sombras, pero «en sombras de muerte» (Mt 4, 16). La tierra era «una túnica empapada en sangre» (Is 9, 4).

1. *El fracaso de la gracia*

El camino de la liberación conducía a la brecha de la muerte. Si es la liberación de la gracia, última y total, entonces no sólo ha de romper la cadena del pecado, con la gracia convertida en amor, y la cadena del dolor, con la gracia convertida en vida, y la cadena de la injusticia, con la gracia convertida en justicia, y la cadena de la opresión, con la gracia convertida en libertad, y la cadena de la mentira, con la gracia convertida en verdad, sino que ha de dar un paso más adelante. Si los hermanos se están matando en la brecha de la muerte, hasta allá hay que llegar para extender las manos. El amor de las entrañas de misericordia lleva a identificarse por entero con los que se ama, hasta con sus sombras, hasta con sus cadenas. Ahora bien, entrar en la brecha de la muerte para romper sus cadenas con la gracia, convertida en creación nueva, sólo puede hacerse dejándose imponer la muerte, consintiendo en caer abatido bajo la misma muerte de los hermanos, en medio de ellos, como un malhechor. Si en la muerte se concentran todas las cadenas, en la gracia de la travesía de la pascua aparecerá la última libertad. «Para destruir la muerte y manifestar la resurrección, extendió sus brazos en la cruz» y así reunió la familia de hermanos e inauguró para siempre la plenitud de la mesa compartida.

a) *Ellos le entregaron*

El camino de Jesús es el camino de la gracia, que se adentra en la tierra encadenada, intentando atravesar toda su espesura. Su amor es un amor situado en el tejido del mundo y del pueblo, en su red de pecado, de ley y de muerte. Es el tejido de la «hipocresía personal» de todos, que se ha hecho cuerpo en la «hipocresía institucional» del montaje de la tierra y de la historia. El camino de Jesús no sobrevuela los senderos de los hombres, sino que como la semilla se siembra en lo

más hondo de sus surcos. Por eso en esta lucha de hermanos, que se combaten a muerte, cerrados todos al amor, él intenta no el camino neutral de la imparcialidad, sino el peligroso sendero que va por medio de la brecha, entre los mismos frentes.

Contra los ricos en favor de los pobres

El camina luchando contra los ricos en favor de los pobres. El ama a los ricos, como hermanos muy queridos que son. También ellos son pobres. Están esclavizados por dentro, en su pecado y en su dolor. Están también esclavizados por fuera, pues las mismas cadenas que ponen sobre el cuello de los pobres, les esclavizan también a ellos. Puesto en la brecha, Jesús los ama, los des-enmascara y los pro-voca. Para atestiguarles la misericordia del Padre, les regala también la comunidad de mesa. «Un fariseo le rogó que comiera con él; y, entrando en la casa del fariseo, se puso a la mesa» (Lc 7, 36). Acoge en la mesa a los ricos, tanto si le reciben con el corazón abierto, como Zaqueo, que se apresura a recibirlo con alegría (Lc 19, 6), como si le reciben con el corazón cerrado, como el jefe de los fariseos, que le invita a comer para espiarle (Lc 14, 1). Su amor no tiene condiciones previas. Pero por eso mismo al amar a los ricos con misericordia entrañable y dolerse de sus cadenas de dentro y de fuera, el amor mismo le lleva a ofrecerles la liberación, desenmascarándoles y provocándoles.

La estructura de la sociedad hace jugar a los poderosos (ancianos, sacerdotes, letrados y fariseos) el papel de la explotación, la opresión y la mentira. No pueden existir en el mundo, si no es jugando este papel, que ellos llegan a legitimar con el culto y la ley. «Parece» que les interesa la justicia de Dios, pero en realidad «es» su posición la que están defendiendo. Jesús los desenmascara y se enfrenta con ellos defendiendo la justicia de Dios en favor de los pequeños. Son «hipócritas», «raza de víboras», «sepulcros blanqueados», «guías ciegos», «asesinos». Lo que encierran en su corazón y lo que están haciendo en medio del pueblo es el robo, la opresión, la mentira y el asesinato (Mt 23, 1-36; Lc 6, 24-26; 11, 37-54). Y todo ello bajo la apariencia de cumplir la voluntad de Dios. Por eso su ataque es más fuerte todavía contra los que concentran en sus manos el poder económico, político y cultural. Así desenmascara enérgicamente al clero alto que, apoyado en la nobleza, ha hecho del templo una red de negocios, desde donde se aprovechan del pueblo. Han convertido la casa del Padre en una cueva de ladrones (Mc 11, 15-17), que hay que purificar (Zac 14, 21). Y junto a ellos desenmascara también enérgicamente a los intelectuales, que legitiman el orden establecido desde la ley, con una

teoría y una práctica, que pretende envolver al pueblo en la red de la explotación, por el camino de la observancia. Sólo cuando se han escuchado estas palabras del evangelio, se comprende cómo Jesús ha afrontado la liberación del montaje injusto de la sociedad, sin ser un líder político, ni un guerrillero violento.

El amor que libera, des-enmascarando, pretende en último término una pro-vocación para sentarse a compartir en la mesa de la fraternidad, desestabilizando desde sus últimas raíces la construcción de este mundo. El fariseo no comprende ni puede aceptar que el Padre derroche su ternura con los malvados. Pero Jesús se sienta con él a la mesa, provocándole a acoger la misericordia, que se atestigua en la acogida de la pecadora que se arrepiente. Es una provocación a ir más allá de «su pureza» y a sentarse en la mesa de los pecadores. La riqueza es una cadena que ata y destruye a los mismos ricos que acumulan (Lc 12, 13-21). Jesús se acerca a los ricos para invitarles a acoger su misericordia y a compartir. El joven tenía muchas riquezas y no quiso aceptar. Se marchó entristecido (Mc 10, 17-22), pero Zaqueo aceptó la provocación. Jesús quería que fuera más allá de «su riqueza» y que se sentara a la mesa de los pobres. «Señor, la mitad de mis bienes se la doy a los pobres, y si en algo he robado a alguno, le devuelvo cuatro veces más» (Lc 19, 8). La mesa de Zaqueo, que «era jefe de publicanos y rico» (Lc 19, 2), se ha empezado a asemejar a la mesa del reino de los cielos, porque la liberación de la gracia llegó a aquella casa. Sin embargo, los ricos, los poderosos y los letrados, difícilmente aceptan esta ternura. En su mayor parte se cierran sobre sí y ven en el camino de Jesús la mayor amenaza posible a su situación. Por este camino de la liberación de la gracia no es posible que se mantenga el bloque dominante. Aquel camino era una recreación que amenazaba de muerte a los ricos y a los poderosos y ante aquella provocación ellos reaccionan con la amenaza de muerte, con todo el poder que tienen en sus manos.

Contra los pobres, en favor de la mesa compartida

Jesús camina entre los frentes. El que luchaba contra los ricos en favor de los pobres, lucha al tiempo contra los pobres en favor de la mesa compartida del reino del Padre. Los pobres son verdaderamente pobres, una, dos y hasta tres veces. Pobres por estar cerrados al amor; pobres por estar aplastados por los poderosos; pobres en fin por estar tirados en los basureros, cuando les ha alcanzado el dolor. Puesto en la brecha, Jesús los ama, los des-enmascara y los pro-voca. Su pasión por los pobres se atestigua destacadamente en el evangelio. Siempre que ve a los pobres, a Jesús se le conmueven las entrañas, su miseri-

cordia entrañable se conmueve, se desborda, se da (Mt 9, 35; 15, 32; 18, 27). No importa que le acojan o le rechacen. Los pobres son «su peso y su dolor». Pero precisamente porque les ama, les debe desenmascarar y pro-vocar.

Su amor al pueblo de los pobres no es un gesto complaciente que apruebe sin más su individualismo y su inconsciencia, ni tampoco sin más su lucha y su reivindicación. Por una parte, desengañados o interesados, ellos van viviendo: comen, beben, disfrutan y se encogen de hombros, como el pueblo que asistió al diluvio (Mt 24, 37-39). Por otra, también ellos, en sus preocupaciones diarias, esconden dentro de sí mismos el afán de tener y de poder. Para ellos vale también la alternativa total: «No podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6, 24). El pueblo de los pobres, en general, no ha acogido la liberación de la gracia. Después del primer entusiasmo se han ido retirando, cada uno a su puesto y a su interés. «Jesús se puso a maldecir a los pueblos en los que había hecho la mayoría de sus milagros, porque no se habían convertido» (Mt 11, 20). Las gentes sencillas de Corozaín, de Betsaida y de Cafarnaún, que se «encumbran» y se glorían del profeta que les ama y les sirve, se han cerrado tanto como los hombres de Sodoma y Gomorra. Parece increíble. Tampoco a los pobres interesa la liberación de la gracia. Pero además no tienen inconveniente en manifestar la hipocresía de sus corazones en la forma de disculpas. Son como los niños, que protestan ante la música que les toca el tamborilero, porque quieren hacer «su vida» y no comprometerse con el camino de la liberación. «Vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: "Tiene un demonio". Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: "Es un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores"» (Mt 11, 18-19). Son las mismas disculpas que ponen los fariseos. A los pobres les interesa más bien consentir en el ritmo que marca el bloque dominante y tragarse complacientemente sus palabras. Jesús, a pesar de todo, les ofrece siempre su comunidad de mesa, como signo de su misericordia. «Al verlo los fariseos, decían a los discípulos: "¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores?"» (Mt 9, 11). Ahora bien, la comunidad de mesa es un amor que desestabiliza y desenmascara. Des-enmascarar al pueblo de los pobres no es corriente entre los revolucionarios, que buscan su apoyo para la causa de la liberación. Pero la misericordia entrañable estaba abriendo un camino desde mucho más abajo.

El peregrino de la liberación de la gracia es un pobre que no tiene donde reclinar la cabeza (Mt 8, 20) y al llamar a los pobres les provoca a compartir su camino. «Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres». «Y ellos dejando las redes le siguieron»... «dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, se fueron tras él» (Mc 1, 17-18.20). En este camino, no deben preocuparse por tener más, ni

por poder más. Jesús les provoca a compartir en la mesa del reino, desde su pobreza. «Buscad primero el reino y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura» (Mt 6, 33). «Vended vuestros bienes y dad limosnas. Haceos bolsas que no se rompen, un tesoro inagotable en el cielo... Porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón» (Lc 12, 33-34). Lo mismo sucede con el poder. Jesús provoca a los pobres a que renuncien a querer ser poderosos y a explotar. «El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo de todos» (Mc 10, 43). Los pobres, si acogen la liberación de la gracia, han de pasar de su pobreza a la pobreza de la gracia, que es la acogida de la misericordia para compartir desde ella lo poco que se tiene y que se es, en la mesa común, empezando por los últimos. Frente a la cueva de ladrones, que es este mundo, visto en el monopolio de las arcas del templo, Jesús señala con el dedo a la mujer viuda y pobre que comparte «de lo que necesitaba, todo lo que poseía, todo lo que tenía para vivir» (Mc 12, 44). El camino de la liberación de la gracia no permite a los pobres ni que «se traguen» a los poderosos, queriendo ser como ellos, ni que «se doblen» ante los poderosos, para que escalen la vida hasta donde están ellos, dependiendo de ellos. Por eso Jesús, al desenmascararles y provocarles, ellos se ven amenazados de muerte. Por ese camino, ellos ya no pueden subsistir. Su puesto en el juego social era ser pobres agradecidos a las migajas. Ahora cuando se pide compartir las migajas y ponerse en pie, renunciando al juego con los opresores, entonces ellos empiezan a desconfiar y a retirarse de Jesús. Cuando llegaba la hora de hablar del cuerpo entregado para vida del mundo (Jn 6, 53-58), «muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él» (Jn 6, 66).

La liberación de Jesús, provocación al último éxodo

Jesús avanza así hacia el callejón sin salida. Va siendo acorralado por los ricos y por los pobres, que pronto se pondrán de acuerdo para matarle. La liberación de Jesús era la liberación de una gracia encarnada en la historia concreta de la tierra y del pueblo, una gracia situada en medio de los conflictos de aquel instante. El amor de misericordia tiene más fuerza liberadora que el resentimiento, el odio y la violencia. Es una pro-vocación, que va más adelante que la revolución y la integración. El mismo en su persona era la gracia de la liberación para la fraternidad. Al caminar, su propósito era crear la comunión de la gracia para iniciar y ultimar la liberación de la gracia. En el camino, la gracia se hace servicio (Mc 10, 35-45) y este servicio

conduce a la muerte (cf. Mt 5, 10). El ofrecía la gracia para que el hombre la acogiera y saliera de sí, haciéndose hijo y hermano. Pero este éxodo llevaba consigo al tiempo el éxodo de la sociedad, del mundo y de la historia. Jesús ponía en juego radicalmente al orden establecido, porque ponía en juego radicalmente al hombre. El camino era una provocación a la con-versión del hombre que es para sí mismo, en el hombre que se da en gracia. Pero este camino llevaba consigo también la con-versión de la sociedad. Esta se mantiene a sí misma en la medida que se construye sobre el lucro y la opresión, poseídos por unos, aspirados por otros. Con-vertirse es pasar a ser una mesa de compartir en gracia en favor de los últimos, de los que nada se puede esperar, con los que en nada se puede comerciar. Jesús advirtió enseguida que ricos y pobres, grandes y pequeños, sabios e ignorantes, le iban cercando contra un muro. Y contó pronto con la muerte violenta, como el último destino de los siervos, los profetas (cf. Mc 9, 31; 8, 31; 10, 33-34). «El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres» (Mc 9, 31).

La acusación de blasfemia

La pregunta que se plantea inmediatamente es ¿de qué lo acusaron? Hay dos acusaciones que se presentan ante el tribunal del mundo. El es un blasfemo y un rebelde. Las dos acusaciones están estrechamente unidas. Siempre la idolatría y la injusticia habían empalmado. Si el profeta de Nazaret no obedece a Dios ni cumple sus leyes, no es extraño tampoco que quebrante el orden social y no sólo lo quebrante, sino que pretenda incluso derrumbarlo. El secreto está en que él se siente portador de las entrañas de misericordia del Padre en favor de sus hermanos. Por ello no tendrá inconveniente en dar un abrazo de paz al paralítico y perdonarle sus pecados, aunque los escribas que están presentes piensen: «Está blasfemando» (Mc 2, 7). Cuando se encuentra con el ciego y mudo, dominado por las fuerzas de destrucción de este mundo, le dará la mano para que vea y hable, aunque los fariseos le acusen de magia, de pacto con el diablo y de desprecio del único Señor (Mt 12, 24). Cuando los discípulos, pobres y hambrientos, caminan con él y cogen unas espigas de los sembrados en sábado, no tendrá inconveniente en decirles como Hijo del hombre y Señor del sábado, que el Padre ha hecho la ley para el hombre y no el hombre para la ley (Mc 2, 23-28). Cuando ve que la casa del Padre es una guarida de ladrones, no tendrá inconveniente con un amor apasionado por su reino en coger un látigo y echar fuera a los comerciantes (Mc 11, 15-17). Se acusa a Jesús de ser un blasfemo, porque ni obedece al Señor, ni cumple su voluntad, que está clara-

mente manifestada en el culto que dirigen los sacerdotes y en la ley que interpretan los letrados, culto y ley, que el pueblo debe aceptar así, si es que quiere ser pueblo. El sanedrín buscaba un «testimonio para darle muerte y no lo encontraba» (Mc 14, 55). Es un falso profeta, que ha profetizado el fin del templo, que nada menos que es la señal de la alianza, el cimiento del pueblo. «El sumo sacerdote se rasga la túnica y dice: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? ¿Habéis oído la blasfemia?... Todos juzgaron que era reo de muerte» (Mc 14, 63-64).

La acusación de rebeldía

La liberación de la gracia no sólo desestabiliza y arranca desde su raíz la religión vertical apropiada para los intereses de la historia, sino que conmueve también los cimientos horizontales de esta misma historia. El sanedrín puede condenarle por su ley, como blasfemo. Pero su blasfemia les resulta peligrosa sobre todo por el riesgo de desestabilización social. Esto es también lo que más preocupará al gobierno imperial de Roma, que con su ley quiere castigar a los rebeldes e insurrectos. Las dos leyes, la judía y la romana, coincidirán en su ajusticiamiento. «Entonces los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron consejo y decían: "¿Qué hacemos? Porque este hombre realiza muchas señales. Si le dejamos que siga así, todos creerán en él y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación". Pero uno de ellos, Caifás, que era el sumo sacerdote aquel año, les dijo: "Vosotros no sabéis nada, ni caéis en la cuenta de que conviene que muera un hombre por el pueblo, para que no perezca toda la nación"» (Jn 11, 47-50).

El camino de la liberación de la gracia ha sido seguido por un puñado de discípulos, pero en ocasiones se les unen muchos campesinos de Galilea, hombres de los *amhaares,* que confían en que Jesús viene a darles la liberación. Al entrar en la ciudad santa para celebrar la pascua «la gente, muy numerosa, extendió sus mantos por el camino; otros cortaban ramas de los árboles y las tendían por el camino. Y la gente que iba delante y detrás de él gritaba «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!» (Mt 21, 7-9). Los poderosos se sintieron profundamente inquietos (Lc 19, 39). Creían que este movimiento de liberación, promovido por el profeta de Nazaret, iba a terminar con su posición, algo así como el movimiento de los guerrilleros. Por eso, en el juicio de su causa, los dirigentes judíos estarán de acuerdo con los romanos en que hay que eliminarle, no sólo porque su gracia ante Dios parece una blasfemia, sino porque su gracia al servicio de los

hombres significa para ellos la ruina entera del orden social establecido. «Pilato le preguntó: "¿Eres tú el Rey de los judíos?"... Los sumos sacerdotes insistían: "Solivianta al pueblo, enseñando por toda Judea, desde Galilea donde comenzó, hasta aquí"» (Lc 23, 3-5). El gobernador imperial creía tener ante sí a un pretendiente al caudillaje mesiánico. «Pilato entró de nuevo al pretorio y llamó a Jesús y le dijo: "¿Eres tú el Rey de los judíos?"» (Jn 18, 33). Jesús confesó que su «reino no es de este mundo», un reino de explotación y de poder, un reino que tiene que defenderse por las armas (Jn 18, 36). Su reino es el reino de la verdad, de «la gracia y de la fidelidad» (Jn 1, 14). Pero es tal la incidencia histórica de la gracia que para los dirigentes y el mismo pueblo es más peligrosa que la revolución armada. Temían que fuera como ella, pero han visto que la sobrepasa. Por eso se cuelga al Libertador entre los guerrilleros (Lc 23, 33) y se pone sobre el madero el motivo de su muerte «Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos» (Jn 19, 19).

Todos le entregaron

El pueblo entero le entregó. «Ellos» le entregaron. Efectivamente, le entregaron «los judíos» por mano de los impíos (Hech 2, 23; 4, 10; 5, 30; 7, 52; 10, 29; 10, 39; cf. 1 Tes 2, 14 s). Le entregaron los sacerdotes y los saduceos, la nobleza sacerdotal y laical, porque temían que su gesto profético alentara un movimiento mesiánico, que les haría perder su puesto. Pero le entregaron también los letrados y los sacerdotes, que asistieron a la condena. El anuncio del evangelio ponía también en juego su puesto social y su existencia personal que se basaba en la ley, como fundamento de autosuficiencia y predominio. El sanedrín lo entrega a Pilato (Mc 15, 1) y éste a los verdugos (Mc 15, 15). Tiberio había abandonado poco antes su postura antijudía y por ello Pilato actúa con la corrección jurídica, que le permita ganarse a los dirigentes judíos. También el pueblo de los pobres, hostigado por ellos, gritó por su sangre (Mc 15, 11-13). De todas formas, también a ellos les defraudó, les desenmascaró y les sacó de su sitio. Pero hasta los mismos discípulos quedan defraudados. Le siguieron, pero esperaban otra cosa. Pedro le reprochó el camino (Mc 8, 33; Mt 16, 23). Judas le traicionó (Mc 14, 10 s. 17-21.4345). Parece como si todos sintieran dentro de sí el peso de la traición (Mc 14, 19; Mt 26, 22) y de hecho prácticamente todos al final le abandonaron. Le entregaron todos, los hombres en cuanto hombres. El hombre pretende afirmarse con la ayuda de Dios. En los discípulos no ha desaparecido «este hombre», aun cuando en cada paso del seguimiento se vaya abandonando (Mc 8, 34 s). Los hombres o tienen que

abandonar a Jesús o abandonarse a sí mismos. Por eso, en la disyuntiva, prefieren eliminarle y colgarle del madero. Pero con esto no hemos ultimado el gesto de la pascua.

b) *El Padre le entregó*

Jesús llega al monte Calvario, como consecuencia de su camino, es decir, de su gracia encarnada y situada en la historia. Por eso la hondura de su pascua no la descubrimos sólo cuando contemplamos la respuesta que dan todos al entregarle. Unos y otros, grandes y pequeños, a partir de su pecado que es apropiación, y sirviéndose de la ley que legaliza y legitima esta apropiación, le llevan al madero como un malhechor. Pero su gracia se ha encarnado y situado, porque primero fue acogida de manos del Padre, para cumplir su encargo. En este sentido podemos decir que lo último de su entrega no se esconde en la re-acción de la tierra y la humanidad encadenadas a la oferta de su gracia, sino a la oferta misma de esta gracia, recibida del Padre de la misericordia en favor de sus hijos y de su casa común. Los primeros hermanos al contemplar el fracaso y la crucifixión de la gracia, llegaron a decir que el responsable de este exceso de amor había sido en primer lugar su Padre. Fue en realidad el Padre, quien lo entregó.

El Padre le entrega como siervo

En el camino, el Padre lo presenta como un siervo, que va a dar la vida por sus hermanos. Se oye su voz en el bautismo que dice: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me he complacido» (Mc 1, 11); y se vuelve a oír de nuevo en la transfiguración diciendo: «Este es mi Hijo el amado» (Mc 9, 7). Parece que en estos dos instantes nos le presenta no sólo como el Ungido que va a entronizar (Sal 2, 7), sino como el siervo que va a servir (Is 42, 1), porque es el Hijo a quien va a entregar. Su rostro por tanto sólo se descubrirá después de haber atravesado el madero (Mc 9, 9; cf. 15, 39). Así no nos extraña que el camino de la liberación que va abriendo Jesús esté recorrido desde la conciencia de este encargo, que se le im-pone como una necesidad del amor. «Y comenzó a decirles que es necesario que el Hijo del hombre sufra mucho y sea reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los letrados, que sea matado y que resucite al tercer día» (Mc 8, 31; 9, 31; 10, 32-34). Jesús habla del futuro como el cumplimiento no sólo de un encargo, sino de una promesa del Padre. «Será entregado en manos de los hombres» (Mc 9, 31). Es un futuro pasivo cuyo sujeto es

el Padre mismo. El Padre va a poner a su Hijo amado, que es la gracia entregada, el Hijo del hombre, en manos de sus hermanos los hombres, para que ellos lo entreguen, como quieran. Así se entrega la gracia, gratuitamente, a fondo perdido, a plena disposición. Los anuncios de la pasión son como la palabra que va jalonando el camino de Jesús, como la renovada llamada al siervo que escucha con oído atento la voz del que le envía.

La respuesta a esta llamada de «ser entregado» es dada por Jesús con la absoluta obediencia del Hijo fiel. El ha de ir delante de los hermanos reuniéndolos en la mesa común, como el pastor encabeza su rebaño. Y ha de dar la vida por los suyos. Frente a los demás «dirigentes», que han venido a los hermanos como «ladrones y salteadores», a él sólo le queda la oferta gratuita de su vida, según el encargo del Padre, realizado hasta la muerte. «El buen pastor da su vida por las ovejas»... «Como me conoce el Padre y yo conozco a mi Padre y doy mi vida por las ovejas»... «Nadie me la quita, la doy yo voluntariamente»... «Este es el mandato que he recibido de mi Padre» (Jn 10, 11.15.18). Pedro querrá arrancarle de este camino. Es un hombre, seducido en el fondo por este mundo, donde se busca el dinero, el poder y el triunfo, aunque sea en beneficio del pueblo. «Tomándole aparte Pedro, se puso a reprenderle diciendo: ¡"Lejos de ti, Señor!". "¡De ningún modo te sucederá esto!". Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: "¡Quítate de mi vista, Satanás! Eres para mí una piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres y no como Dios"» (Mt 16, 22-23). Jesús sigue adelante con el encargo, aunque los discípulos que caminan junto a él, pretendan una y otra vez la toma del poder en el reino del Mesías. «El Hijo del hombre no ha venido a que le sirvan, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos» (Mc 10, 45). Jesús está expresando en su camino las palabras del siervo que llevaba escritas en sus entrañas: «Quiso el Señor quebrantarle con dolencias. Si se da a sí mismo... lo que quiera el Señor se cumplirá por su mano» (Is 53, 10). La palabra del rescate es una palabra de entrega en inmolación de representación. Es el Padre quien se ha propuesto entregar al Hijo, como siervo, y «descargar sobre él la culpa de todos nosotros» (Is 53, 6).

El Padre le pone en nuestras manos

Los relatos de la pasión presentan un acontecimiento, que es una historia bajo el designio del Padre. Los actores de esta historia son responsables y culpables y, sin embargo, parecen sostenidos por las manos del Padre. Fue él, en efecto, quien apoyó sus brazos, cuando colgaron del madero al Ungido. Esto es lo que intenta expresar el

relato de la pasión cuando se entreteje con las palabras de «la Escritura», que son ni más ni menos que las palabras de la promesa del Padre, que ahora encuentra su cumplimiento: Zac 9, 9; Is 56, 7; Sal 41; Ex 24, 8; Sal 43, 5; Sal 31, 14; Zac 11, 12; Is 50, 6; Sal 69, 22; Is 53, 12; Sal 22; 31, 6. Se puede releer toda la historia de la alianza y descubrir en ella que el Ungido, que es el lugarteniente y representante del Padre, ha de morir para que la alianza se consume. «Y empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras»... «Era necesario que el Cristo padeciera» (Lc 24, 26.27). El último secreto del encargo acabamos descubriéndolo cuando le vemos, rechazado y abandonado, gritar el abandono desde el madero: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15, 34). Muere como un malhechor, como un criminal, condenado por los que tienen en sus manos el orden establecido, acusado de un delito político. Pero si esto fue posible, si fue posible que los hombres le malentendieran, le maltrataran y le dieran muerte fue porque el Padre le puso en sus manos, consintiendo en que muriera por la humanidad y el universo para atestiguarles su amor último y total. Al abandonar al Hijo, el Padre llega al exceso de su amor, mayor exceso que si él se hubiera entregado a sí mismo. Al Padre le costó más dar al Hijo querido, que darse a sí mismo. Su amor llegó al exceso, al extremo, cuando le entregó, le identificó con los pequeños en su culpa, y lo abandonó como a un malhechor, ante quien se oculta el rostro desde la lejanía. Para llevar «hasta el fin» la alianza de su misericordia, el proyecto amoroso de su reino, el Padre le entregó a él «por nosotros», «en vez de nosotros».

La entrega del Hijo, exceso del amor del Padre

Los primeros hermanos que han contemplado de cerca el escándalo de la cruz desde la aurora de la resurrección, han descubierto en el Hijo entregado y abandonado el exceso del amor del Padre, la locura y la debilidad de su gracia. «Fue entregado por nuestros pecados» (Rom 4, 25; cf. Is 53, 6). «La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros pecadores, murió por nosotros» (Rom 5, 8). Parece como que nos prefirió a nosotros a él, pues no se le ahorra, no le dispensa, no le perdona. Parece como si la mayor prueba de amor a él, fuera precisamente el entregarlo y abandonarlo por nosotros. Y no sólo darlo por nosotros, sino indentificarlo con nosotros, de modo que su gracia asuma nuestro pecado y nuestra muerte, desde sus raíces, desde más allá de sus raíces. El Padre «estaba en Cristo, reconciliando el mundo consigo, no tomando en cuenta sus transgre-

siones»... Y «a quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros» (2 Cor 5, 19. 21). El Padre «no perdonó a su propio Hijo, sino que le entregó por nosotros», para darnos «en gracia en él todas las cosas» (Rom 8, 32). «Porque tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único... Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo, para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (Jn 3, 16.17). «En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que envió a su Hijo único al mundo, para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó primero y nos envió a su Hijo, como propiciación por nuestros pecados» (1 Jn 4, 9-10).

c) *El mismo se entregó a sí mismo*

Estamos adentrándonos en el exceso de la gracia, aparecido y consumado en la travesía pascual. Todos le entregaron porque la gracia se encarnó en la tierra encadenada y se situó en medio del conflicto de los hermanos. Esto sucedió, tenía que suceder así porque la gracia había sido entregada por el Padre al Hijo amado y había sido acogida por el Hijo amado de manos del Padre para realizar el último y total gesto de su alianza. Primero el Padre nos lo entregó. Después lo entregamos. Y entre las manos del Padre y las nuestras, que lo colgaron del madero, él mismo se entregó a sí mismo. Así su gesto de amor y de gracia se adentraba en la última esclavitud de la muerte para romper definitivamente sus cadenas.

Jesús se entrega en manos del Padre

El mismo «se entregó» en manos de los hermanos. Y esta entrega sucedió atravesando la conflictiva espesura de su historia. Amar, desenmascarando y pro-vocando a los hermanos entre los frentes, es pasar una raya, que el juego inmanente de la historia no permite traspasar sin caer bajo la maldición de la muerte (Jn 11, 45-50). Pero el riesgo es todavía mayor cuando se hace este camino siendo «manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29), renunciando por entero a la violencia hasta el final (Jn 18, 10-11; Mt 26, 39). Se quedó solo con la fuerza de la gracia, convertida en justicia, libertad y verdad. Jesús avanza en la liberación de la gracia sin defenderse en absoluto. Se entrega en la entera y última gratuidad. Está revelando la misericordia entrañable del Padre, a la que se ha entregado en absoluta obediencia y a la que se entrega una y otra vez, en cada instante del camino. El mismo se entrega a sí mismo, poniéndose en manos del

Padre, como siervo obediente, para que el Padre manifestara su amor por nosotros, en el testimonio de su sangre, entregada como expiación, en inmolación de representación. Se siente a sí mismo como el siervo, del que había hablado el profeta Isaías (cf. Is 53 en Mc 9, 12; 9, 31; 10, 45; 14, 8-24; Lc 11, 22; 22, 37; 23, 34 a, etc.).

Con las manos abiertas, vive en la oración continua su absoluta obediencia al Padre por nosotros. «Abbá» es la palabra de la incondicional entrega y la infinita confianza. Por eso esta palabra aparece vigorosamente cuando llega «la hora» de la pascua. «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad os digo, que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo, pero si muere, da mucho fruto»... Jesús siente que la noche se echa encima, que el príncipe de este mundo le va a acosar con todas sus fuerzas. «Ahora mi alma está turbada. Y ¿qué voy a decir? ¡Padre, líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto! Padre, glorifica tu nombre» (Jn 12, 23-24.27-28). El avanza en la hora firmemente. Y se dispone a entregarse para la llegada del reino, para que todos sean uno en la mesa compartida. «Que todos sean uno»... «Quiero que donde estoy yo estén también ellos conmigo»... «Yo en ellos y tú en mí para que sean consumados en la unidad»... «Yo por ellos me ofrezco como víctima para que ellos sean santificados en la verdad» (Jn 17, 21.24.23.19). Avanza más adelante. Su ser se resiste a la muerte de la maldición, pero su obediencia se afirma en la absoluta disponibilidad. «Comenzó a sentir pavor y angustia... "Mi alma está triste para morir"... Adelantándose un poco, caía en tierra y suplicaba que a ser posible pasara de él aquella hora. Y decía: "¡Abbá, Padre!; todo te es posible; aparta de mí este cáliz, pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú"» (Mc 14, 33-36). Jesús es el Hijo, y al tiempo es Hijo, como siervo humilde, obediente y entregado. Por eso su entrega no es sólo la entrega que de él hicieron los hermanos, cuando el Padre le puso incondicionalmente en sus manos, sino esta misma entrega asumida voluntariamente por sí mismo. En obediencia «él mismo se entregó a la muerte», «voluntariamente aceptada». Era él mismo quien daba la vida hasta el exceso en la hora de la pascua.

Jesús se entrega en manos de los hermanos

Estaban ya dentro de la hora, que Jesús quiere vivir y realizar como el gesto último del amor. El quiere empezar la hora partiendo el pan de los hermanos en la mesa. La pascua es mesa convertida en cruz y después cruz convertida en mesa. «Sabiendo Jesús, que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo» (Jn 13, 1).

Los suyos habían hecho camino con él y todavía estaban en realidad caminando por los senderos del mundo. Había habido entre ellos una disputa sobre quién sería entre ellos el mayor. Querían hacer el camino de la liberación, pero para el tener, el poder y el triunfar. Querían sentarse a la mesa del reino, pensando que era la mesa del dominio y del señorío. Pero se encontraron con una sorpresa. Siempre a lo largo del camino Jesús había expresado su entrega de siervo, acogiendo a los hermanos en la mesa compartida desde su misericordia entrañable. La comunidad de mesa era el gesto que jalonaba el camino. Ahora quería llevar este gesto a su ultimidad y plenitud. Lo iban a matar enseguida. Ya se veía entregado a la muerte, puesto por el Padre en manos de los hermanos. Y entonces se sienta en medio de sus hermanos a partirles el pan, como el siervo entregado, que sirve la ofrenda de la gracia. Les lavó los pies de modo incomprensible (Jn 13, 2-15). «Yo estoy en medio de vosotros, como el que sirve» (Lc 22, 27). Entonces se sienta a la cabecera de la mesa, y el que parecía el esclavo preside como primogénito, en el puesto del Padre, para la entrega del amor hasta el extremo.

La travesía de la pascua es la última liberación, para la consumada fraternidad. Jesús pretende que suceda como en una mesa de familia, es decir, que la mesa y la cruz sean el mismo y el último gesto del amor. «Y estando ellos comiendo, tomando pan, bendiciendo, lo partió y se lo dio y dijo: "Tomad, esto es mi cuerpo". Y tomando una copa, dando gracias, se la dio y bebieron de ella todos. Y les dijo: "Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por los muchos"» (Mc 14, 22-25; Mt 26, 26-29; Lc 22, 15-20; 1 Cor 11, 23-26). Se está anticipando ya en plenitud aquella mesa compartida, que Jesús había ido preparando por los caminos. La preside él mismo, dándose a sí mismo, en todo su amor. Es el gesto de la «alianza», pero ya es «la alianza nueva», que realiza por último y por entero la misericordia entrañable. Sus manos están extendidas y abiertas. Y en ellas el pan partido, que es su «cuerpo entregado» y la copa ofrecida, que es su «sangre derramada». En ellos se encierra toda la gracia, todo «el perdón de los pecados».

En torno a este gesto de la fracción del pan se reúne la familia de hermanos, ocupando los pobres el primer lugar El reino, que se anticipaba, se está anticipando en su plenitud. Allí en torno a la mesa compartida está la fraternidad, que se compone de pobres, que han llegado a ser pobres del Señor. Pero ellos están representando allí a la familia entera, al pueblo y a la humanidad. La entrega que el Señor hace de sí mismo es «por vosotros» y «por los muchos», es decir, «por todos los hombres». Y esta mesa es, en último término, el anticipo de la mesa final en la casa del Padre. La pascua que Jesús está celebrando y realizando, la pascua de esta mesa, tendrá su cumplimiento en el

reino de Dios (Lc 22, 16). Para aquella mesa se citan. Aquel día beberán de nuevo la copa en «el reino de mi Padre» (Mt 26, 29). Pero esta cena, donde se ve al Señor, entregado por el Padre, entregado por los hermanos, entregándose a sí mismo, esta misma cena va a suceder después de la travesía pascual. El está dispuesto a llegar hasta el extremo. Es la hora de pasar de la mesa a la cruz. Lo que dijo de palabra lo dirá en silencio, lo que dio sin sangre vertida, lo dará en el derramamiento de la sangre. El don de la gracia, que él da gratis, se consuma precisamente en la sangre de la alianza (Rom 3, 24-25). «Para que el mundo sepa que amo al Padre, y que hago lo que me ha encomendado. Levantaos. Vámonos de aquí» (Jn 14, 31).

2. *La victoria de la gracia*

a) *La travesía de la cruz*

«Les amó hasta el fin» (Jn 13, 1). El fin es el exceso, el extremo. La acogida de los hermanos en torno a la mesa compartida en medio del campo de batalla del mundo, tenía que conducir hasta allí. Al entregarle el Padre a sus manos, ellos pudieron entregarle y adentrarle en la brecha de la muerte. «Se despojó de sí mismo, tomando la figura de siervo... y se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Flp 2, 7-8).

La cruz, exceso de la gracia

El extremo donde se concentran todas las cadenas es la muerte. La última y definitiva liberación debe suceder allí. Pero para eso es necesario abrazar la muerte de los hermanos, en la comunidad, el universo y la historia. Abrazar su muerte entera. Y abrazarla identificándose con ella, es decir, asumiéndola como propia, padeciéndola como propia. La misericordia entrañable lleva en su exceso no sólo a dar la vida por los hermanos, sino a consentir en que los hermanos se la tomen y la rompan y la entreguen. El que no cometió pecado, fue identificado con el pecado. Se dejó ensombrecer, se dejó triturar. Entregado violentamente entre las manos de los hermanos no respondía con insultos, ni con amenazas, sino que las acogía para ir hasta el extremo de la gratuidad. De este modo «él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el leño» (1 Pe 2, 24), «haciéndose maldición él mismo por nosotros, pues dice la Escritura: maldito todo el que está colgado de un madero» (Gál 3, 13).

Jesús está extendiendo sus manos en la cruz. Es el mismo gesto de la misericordia entrañable llevado hasta el final. Ha sido abandonado por el Padre. Ha sido abandonado por los hermanos. Sólo así llegó el Padre a amarnos en el exceso de su gracia. Sólo al Hijo amado podía encomendarle realizar este exceso. Por eso, el Hijo del amor mira hacia alrededor y ve al pueblo que gritaba, rechazándole, ve de cerca a los soldados (los que legitiman la integración) que se están repartiendo su túnica, y ve también a derecha y a izquierda a los guerrilleros (los que legitiman la subversión) que están tentados de despreciarle. Y dice: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34). Después Jesús sintiendo el abandono del Padre, da un grito exhaustivo de entrega filial: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu. Y, dicho esto, expiró» (Lc 23, 46). Ahora sí que la gracia había llegado hasta el extremo. En su rostro apareció enteramente el rostro del Padre, en su misericordia. En su rostro apareció enteramente el rostro de los hermanos en la esclavitud entera de la muerte. «Todo está consumado. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu» (Jn 19, 30). Todo el amor se había consumado y se había entregado, el amor de sus entrañas, el Amor del Espíritu.

La cruz, escándalo de la gracia

La tarde del viernes santo fue una piedra insalvable de tropiezo. Herido el pastor, se dispersó el pequeño rebaño (Mc 14, 27). El profeta, el maestro, el amigo, más aún el Hijo amado del Padre, había muerto en el madero, como un criminal, no sólo abandonado de los hombres sino hasta del mismo Dios. ¿Qué otro camino les quedaba a los apóstoles más que la huida? «Y abandonándole, huyeron todos» (Mc 14, 50). Pedro se atrevió todavía a seguirle «de lejos» (Mc 14, 54; Jn 18, 15-16.18), pero acabó no sólo huyendo de él, sino traicionándole (Mc 14, 66-72).

Los apóstoles estaban defraudados. Esperaban de él para ellos otra cosa. «Nosotros esperábamos que él fuera el futuro libertador de Israel» (Lc 24, 21). Ellos creyeron encontrar en él un líder político, que hiciera la revolución con la toma del poder, que ellos después también compartirían. El «reino» del «Ungido» resonaba en sus oídos como una hazaña religiosa de liberación socio-política. Ya les había ido defraudando en el camino, porque siempre le encontraban donde no le esperaban y le escuchaban lo que no sospechaban. Pero el fracaso de la cruz hizo que su esperanza se defraudara por entero. Le vieron caer entre los guerrilleros crucificados, a él, que nunca en realidad lo había sido. Pero, sobre todo, le vieron abandonado de su Padre para el que únicamente había querido ser. Le habían vencido

los poderes del mundo. Por eso, no sólo estaban defraudados, sino incluso aterrorizados. Pedro, que había intentado seguirle, por miedo a ser maltratado como él, aseguró una y otra vez que no le conocía (Mt 26, 69-74). Y todos se metieron en casa y cerraron las puertas por miedo a los judíos (Jn 20, 19). Por su causa habían perdido sus cosas. Ahora corrían el riesgo de perder su vida (Mt 10, 24; Jn 15, 20). Pero, en realidad, ya la habían perdido. A pesar de todas las resistencias, cuando le seguían, vivían en realidad de él y para él. Era él quien había fracasado. Parecía, después de las sombras del viernes santo, que se había atrevido a soñar lo imposible, y no sólo a soñarlo sino a perseguirlo y a realizarlo. Fracasó él y, por eso, habían fracasado ellos.

La cruz, victoria de la gracia

En aquella noche oscura pareció que el pecado había vencido al amor, el dolor a la vida, la injusticia a la justicia, la opresión a la libertad, la mentira a la verdad. Jesús baja hasta la última hondura de la muerte (Mc 15, 42-47). Pero los poderes de este mundo no están seguros de que la gracia no puede vencer a la muerte. Habrá que usar el poder para sellar a la misma muerte de aquel profeta. «Los sumos sacerdotes se reunieron ante Pilato y le dijeron:... "Manda que sea asegurado el sepulcro"» (Mt 27, 62-64). Los hombres, que son las figuras que representan a este mundo empecatado y esclavizado, han montado guardia sobre el sepulcro, porque él había dicho que vencería a la muerte. Pero el Padre estrechó a Jesús entre sus brazos, contra sus entrañas, acogiendo en la unidad del Espíritu su cuerpo quebrantado y roto. Fue entonces cuando la gracia apareció en su fuerza soberana y se manifestó el «Hijo en fuerza» (Rom 1, 4), la fuerza soberana de la gracia, convertida en gloria, en luz poderosa y en fuerza irradiante de amor. La tierra se conmueve. Nunca tan dentro de sí había tenido al sol, pero el sol estalló en su seno. La tierra encadenada, la humanidad esclavizada había saltado en pedazos. «Se produjo una gran conmoción» (Mt 28, 2). Estaba amaneciendo el día de la victoria, el último día de la gloria de la gracia. Las figuras que representaban a este mundo quedan derrumbadas. «Los guardias atemorizados... se pusieron a temblar y se quedaron como muertos» (Mt 28, 4). Los que tenían poder para matar, están desarticulados en su ser, reducidos ya a la muerte. Y la muerte misma, el sepulcro, la fosa, donde se pudre la historia en la nada, concentrando allí todas las esclavitudes, ha quedado abierta de par en par. La muerte, la última consecuencia del pecado, ha sido vencida. La muerte, el último eslabón de todas las esclavitudes, ha quedado roto. Se oye un grito.

«¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (Lc 24, 5). «Buscáis a Jesús de Nazaret, el Crucificado. Ha resucitado. No está aquí» (Mc 16, 6).

b) *La cruz convertida en mesa*

«A Jesús, el nazareno, hombre acreditado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por su medio..., a éste, que fue entregado según el determinado designio y previo conocimiento de Dios, vosotros le matasteis, clavándole en la cruz, por manos de los impíos. A éste, Dios le resucitó... Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel, que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros crucificasteis» (Hech 2, 22-24.36). El Padre le ha devuelto a la vida y le ha sentado a su derecha y a la cabeza nuestra. Es la hora de la inauguración del reino en plenitud. Ahora es cuando la mesa compartida, quedará puesta para siempre, hasta que se consume en la casa del Padre. Lo que ha sucedido ha sido la entronización del Hijo, su entronización «en fuerza de gloria».

La entronización del Hijo amado

«Se sentó a la derecha de Dios» (Mc 16, 19). Al sentarse a la derecha del Padre, el Padre le entregó toda la familia de hermanos y toda la casa del universo. El había renunciado al señorío del poder de este mundo y ahora le entrega el Padre el señorío de su gracia, para llevar adelante su reino. «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28, 18). Cuando el Hijo amado llegó al colmo de su despojo, cuando no sólo se despojó del tener y del poder, sino incluso de su ser en gloria, tomando la forma de esclavo y de malhechor, muriendo en el madero, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz, entonces el Padre «le levantó y le dio un nombre que está sobre todo nombre, de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble, en el cielo, en la tierra y en el abismo y toda lengua confiese que Jesús es el Señor para gloria de Dios Padre» (Flp 2, 9-11). A la bajada y a la crucifixión de la gracia, sucedió la victoria de la gracia, la entronización de la gracia en su señorío. Pero podríamos decir también, con Juan, que en la misma bajada, estaba la subida. Que cuando el amor fue despojado, empecatado, maldecido, crucificado y abandonado, entonces fue levantado, exaltado y entronizado. El Hijo del hombre tiene que ser levantado (Jn 3, 14). «Y cuando yo sea levantado sobre la tierra todo lo atraeré a mí mismo» (Jn 12, 32). Por eso, cuando llegó al exceso del amor, fue entonces mismo cuando se manifestó la última

vida. El crucificado por amor es el resucitado Señor de la gloria. Al inclinar la cabeza entrega el Espíritu del Amor (Jn 19, 30), al ser traspasado por el soldado, entrega desde sus entrañas la sangre y el agua (Jn 19, 34). Por eso con las heridas abiertas y gloriosas puede ir al encuentro de los hermanos y compartir con ellos la mesa, la que empezó en los caminos, la que puso antes de padecer ya en la hora, la misma mesa compartida, realizada ahora en el anticipo de la plenitud.

Partiendo el pan a la cabecera de la mesa

El Señor viene ahora al encuentro de los hermanos, para reunirles en torno a la mesa y partirles el pan. Les encuentra por distintos caminos, pero siempre desde el mismo gesto suyo: allegarles a él, en el aliento de su Amor y encargarles que lo compartan, reuniendo la familia de hermanos, de camino hacia la última mesa del reino del Padre. Les encuentra en los caminos por donde iban de vuelta. Allí mismo en el lago (Jn 21, 1-13).

Ellos no acababan de salir de su asombro. «Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: ¿Quién eres tú?, sabiendo que era el Señor» (Jn 21, 12). Fue él quien se había adelantado en el encuentro. Con su presencia y su voz la red que estaba vacía se llenó de peces. Con la luz de su rostro, pudieron sacarla a la orilla. Todo era un signo. El a la cabeza. Ellos en torno. Los peces reunidos sobre la arena, recogidos por la red. Era el signo de la mañana de la resurrección. El, resucitado de entre los muertos, estaba reuniendo a la familia de sus hermanos y preparando la mesa común de su reino. Otra vez la tierra convertida en mesa. «Nada más saltar a tierra, ven preparadas unas brasas y un pez sobre ellas y pan. Jesús les dice: «Venid y comed»... «Toma el pan y se lo da y lo mismo el pescado» (Jn 21, 9.12-13). «Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron... Le reconocieron al partir el pan» (Lc 24, 30-31.35).

La esperanza se había convertido en gozo, el miedo en alegría desbordante. Sencillamente, no podían acabar de creer de pura alegría (Lc 24, 41). El les dijo: «Paz a vosotros». Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús les dijo otra vez: «Paz a vosotros» (Jn 20, 19-21). Vivía Jesús su esperanza, él que les había amado hasta el fin, hasta el extremo (Jn 13, 1). Ahí estaban las marcas de la cruz. Aquellas llagas abiertas y gloriosas que habían vencido a la muerte eran el testimonio supremo del amor del Padre, por manos de su Hijo. La alegría es el gozo de ser amados en esperanza. Los discípulos tenían la esperanza

de haber sido amados. Fue amada la tierra. Fue amada la multitud. Fueron amados ellos. Desmedidamente amados. Definitivamente amados. Aquella mañana de la resurrección era el día de la esperanza. Había empezado el reino. La familia de hermanos, la mesa compartida. Por muchas que fueran las cadenas, se habían roto de raíz. Por grandes que fueran las trincheras se habían derribado en sus cimientos. El Resucitado decía ahora con una fuerza nueva la misma noticia de los caminos: el evangelio de la paz. «Paz a vosotros».

De la mesa al camino

Pero el encuentro con él se convertía al tiempo en misión. Aparecía ahora no sólo resucitado, sino entronizado en su señorío. «El Padre ama al Hijo y ha puesto en sus manos todas las cosas» (Jn 3, 35). «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28, 18). Ahora es cuando los apóstoles lo empiezan a ser plenamente, verdaderamente. Cuando el resucitado les envía en su misma misión. «Como el Padre me envió, así también os envío yo a vosotros» (Jn 20, 21). «Id por todo el mundo y proclamad la buena noticia a toda la creación» (Mc 16, 15). «Id, pues, y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu santo» (Mt 28, 19). «Recibiréis la fuerza del Espíritu santo, que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría y hasta los confines de la tierra» (Hech 1, 8; Lc 24, 47-48). De nuevo se confirmaba la palabra. Echad las redes. Seréis pescadores de hombres (Lc 5, 10). Ahora es cuando compartiréis conmigo la tarea de reunir la familia entera de los hermanos y de construir en el universo de los cielos y de la tierra la mesa común, donde se sienten todos y los pobres sean los primeros. Es cuando se empiezan a recrear todas las cosas. Ahora es cuando amanecen los hombres nuevos de la nueva humanidad para la nueva creación.

c) *A la cabeza de la familia de los hermanos*

La resurrección y ascensión del Señor no le arrancan de nuestros caminos para situarle más allá de las estrellas. Son su entronización. El Hijo amado, que se despojó en el pesebre, que inició la fraternidad, que avanzó por los caminos de la liberación y que atravesó la pascua ha sido entronizado, es decir, el Padre le ha sentado a su derecha y a la cabeza nuestra en la fuerza de su gloria. Por eso «no se ha ido para desentenderse de este mundo, sino que va delante de nosotros, como cabeza nuestra».

Jesús, el primogénito de los hermanos

Jesús aparece ante nosotros con una nueva presencia, que llamamos la fuerza soberana de la gracia, convertida en gloria. «He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20). Con nosotros se sienta a la mesa, a la derecha del Padre, haciendo las veces del Padre, a partirnos el pan como hermanos. Pero después se levanta de la mesa y «va delante de nosotros» a los caminos del mundo (Mc 16, 7; Mt 28, 7.10). Porque es el lugarteniente del Padre y el que ocupa su lugar, le llamamos Ungido, el Cristo. Porque es el representante del Padre, que nos hace transparente e inmediato su rostro, le llamamos Señor. El Padre le ha hecho «Cristo y Señor» precisamente porque es el Hijo único, el Hijo propio, el Hijo amado. El Hijo que ha sido enviado a nosotros y entregado por nosotros está ahora sobre nosotros, para gloria del Padre. Ahora es cuando continúa reuniendo su familia de hermanos y preparando su mesa común. Por eso si quisiéramos llamarle con un nombre familiar, que dijera en su última hondura lo que estos nombres, «Cristo» y «Señor», confiesan, le llamaríamos «Hijo entronizado en fuerza» o también «Hijo mayor», «Hermano mayor», «Primogénito». El Padre ha querido que «él sea el primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8, 29). El primogénito es el hermano, que nace el primero, que ama y sufre el primero, que encabeza el primero. Nosotros al contemplar su camino, comprendemos que ese es su nombre. Por eso se sienta a la mesa a la cabeza de la familia de sus hermanos. Y cuando se levanta de la mesa avanza a la cabeza de la familia de sus hermanos.

De esclavos a libres,
de enemigos a hermanos

El Padre ha dado a Jesús su misericordia entrañable para que él se la dé a los hermanos pequeños. Por eso su señorío no es el poderío del poder, sino la fuerza soberana del amor. A través de sus manos, en la unidad del Espíritu, derramado en los corazones, los hermanos se van incorporando a él y van siendo hijos en él y hermanos en él, compañeros y seguidores de él, herederos con él (Rom 5, 1. 5; 8, 15-17).

Estos hermanos, que él quiere acoger, son hombres que salieron de las manos del Padre, pero después se cerraron al amor. Son gracia, pero clausurada y encadenada. En este sentido en ellos se da el gemido de la esclavitud del pecado que conduce a la muerte y el germen de la libertad que se consuma en la fraternidad (Rom 7, 14-25). Ahora la gracia última y total sale a su encuentro entre las manos del Primogénito que les encabeza. Si ellos la acogen, esta gracia les

arrancará las cadenas, bajo las que están gimiendo. Al asociarlos al gesto pascual del amor crucificado, quedan crucificadas aquellas ataduras del pecado, y los hermanos empiezan a ser libres, con la libertad que les ganó Cristo, el Hermano mayor (Rom 6, 15-18; Gál 5, 1). Pero en el fondo de los hermanos no hay sólo cadenas. Hay también una imagen y semejanza del Padre, creada por las manos del Hijo en la unidad del Espíritu. Esta imagen, consiste en la capacidad de darse, es decir, de amar y compartir. Ahora la imagen está desfigurada. Pero con el aliento del Espíritu del Primogénito esta imagen quedará re-novada, más aún re-creada. Los hermanos se desvisten del hombre viejo y se revisten del hombre nuevo, es decir, se configuran con el Primogénito para que él sea en verdad Hermano mayor de los hermanos y ellos sean en verdad hermanos pequeños del mayor (Rom 8, 29; Col 3, 9-10; Ef 4, 22-24). Cuando los hombres, con las manos abiertas, se entregan al amor del Padre aparecido en el Primogénito y lo acogen en la obediencia de la fe, empiezan a ser de verdad hijos en el Hijo y hermanos en el Hermano. Es decir, han empezado en la unidad del Espíritu la fraternidad, que el Señor mismo encabeza, presidiendo la mesa.

La nueva humanidad del Hombre nuevo

El Primogénito que así avanza a la cabeza, como Hijo entregado a la obediencia del Padre y al servicio de los hermanos, es el nuevo Adán, el hombre nuevo. «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia. Así, lo mismo que el pecado reinó en la muerte, así también reinará la gracia en virtud de la justicia para la vida eterna por Jesús Cristo, Señor nuestro» (Rom 5, 20-21). Adán era cabeza de una familia, que llevaba su imagen, la vieja humanidad. El Primogénito es ahora la cabeza de una familia que lleva también su imagen, la nueva humanidad. «Y del mismo modo que hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevaremos también la imagen del hombre celestial» (1 Cor 15, 49). En la pascua de la gracia ha aparecido el Hombre nuevo, Jesús el Señor, el Hijo y el Hermano. Por él, con él y en él, ha aparecido la fraternidad de los hombres nuevos, hijos del Padre y hermanos de todos, en la unidad del Espíritu. En este sentido la pascua de la gracia es el comienzo de la definitiva liberación de la humanidad y también las primicias de la definitiva plenitud de la humanidad, pues en la pascua ha amanecido la nueva humanidad del Hombre nuevo.

d) *A la cabeza de la casa común de los hermanos*

El Cristo y Señor, que fue crucificado y ha resucitado, no sólo avanza a la cabeza de la familia de los hermanos, sino también a la cabeza de la casa común de esta familia, hasta que se convierta enteramente en la casa del Padre. Ya el Padre, desde antes de los siglos, cuando se propuso reunir la familia de los hijos en torno al Hijo amado, se propuso también que el universo de los cielos y de la tierra fuera una casa común, puesta bajo la cabeza de este Hijo, cuando llegara la plenitud de los tiempos (Ef 1, 10).

Jesús, el primogénito de toda la creación

Cuando Jesús atravesó el madero con su amor crucificado, el Padre desplegó en él la fuerza poderosa de su gloria, «resucitándole de entre los muertos y sentándole a su derecha en los cielos, por encima de todo principado, potestad, señorío, dominación y de todo cuanto tiene nombre, no sólo en este mundo sino en el venidero. «Bajo sus pies puso todas las cosas» (Ef 1, 20-22). Al ser entronizado como Señor de la casa del Padre que él está preparando para la familia de sus hijos, podemos llamarle con toda verdad «el Primogénito de toda la creación» (Col 1, 15). El Hijo amado, enviado, entregado y entronizado es así el Ungido que ha de realizar el señorío del Padre en la creación y el Señor que ha de encabezarlo, hasta que la mesa compartida se realice por entero. Señor del mundo, decimos nosotros; «Cosmocrator», decían los primeros hermanos. No sólo porque ya ha sido designado para ello, sino porque ya ha empezado a reinar, de modo que los cielos, la tierra y los abismos, están ya bajo sus pies, hasta que a través de sus manos se acabe de irradiar en ellos la misericordia del Padre (1 Cor 15, 25-28; Flp 2, 10). El, que es el resplandor de la gloria del Padre y la marca de su ser, aquel que sostiene el universo con su palabra poderosa, es ahora desde su entronización el «heredero del universo» (Heb 1, 2), por quien los hijos pequeños se convertirán también en herederos de este mismo universo transfigurado en «los nuevos cielos y en la nueva tierra» (Ap 21, 1; 2 Pe 3, 13).

Jesús, el Señor, liberación de la tierra encadenada

Por lo que hemos venido contemplando el universo no es casa común, sino cárcel de cadenas y campo de guerra. Al estar sometido a la familia humana, ha tenido que padecer su opresión, pues su pecado ha entrado en el mundo como fuerza que lo domina y configura. Pero

no por ello el universo se ha desintegrado hasta su raíz. «Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto» (Rom 8, 22). Si gime es porque está esclavizada, si sufre dolores de parto es porque encierra en su seno un germen de vida que late hacia la plenitud. El crucificado Señor de la gloria, con la fuerza de su Espíritu y a través de la familia de sus hermanos, que empiezan a ser transfigurados en libertad y fraternidad gloriosas, aporta al universo la definitiva y plena esperanza. En efecto, él mismo, en la fuerza de su Amor, mediante sus hermanos, que acogen y comparten su gracia, irá arrancando todas las cadenas que oprimen la tierra encadenada. Las cadenas que se ven más por fuera, la injusticia, la opresión y la mentira, que configuran el montaje estructural y las cadenas de dentro que están en el origen y en el fin de la esclavitud, el pecado y la muerte. «Porque él debe reinar hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo en ser destruido será la muerte» (1 Cor 15, 25-26). Así se explica que los testigos del evangelio ya no anuncien el «evangelio del reino», sino el «evangelio de Cristo» (1 Cor 15, 3-5), que es la justicia, que nos ha liberado de la injusticia, la libertad, que nos ha liberado de la opresión, la verdad, que nos ha liberado de la mentira, más aún, la gracia que nos ha liberado del pecado, la vida que nos ha liberado del dolor y la resurrección que nos ha liberado de la muerte.

Jesús, el Señor, reconciliación de la tierra entera

Pero la creación no es sólo un tejido de esclavitudes. En su seno se mantiene la vida que el Padre le dio por manos de su Hijo. Y ¿cuál fue su ser y su vida? Sencillamente el ser materiales para construir la casa común, casa que la familia humana había de edificar. Ahora es cuando en este éxodo de la pascua no sólo se arrancan de raíz las cadenas de la creación, sino que agraciada en el Espíritu su gracia original, la creación entera es reconciliada por la sangre de la cruz (Col 1, 13-20). En el reino del Hijo querido se reconcilian todas las cosas del cielo y de la tierra. Bajo la cabeza del Primogénito se tiran todas las trincheras y el mundo entero empieza a aparecer como la mesa compartida donde se parte el pan, entre las manos del Señor. Por eso al avanzar él por el camino, llevando cautiva a la cautividad, está dando al universo su plenitud, haciéndolo crecer hacia él, es decir, haciéndolo ser cuerpo, que sintoniza en un mismo latido, el latido del Amor (Ef 4, 8-16). De esta forma, el Señor convierte el universo en hogar para la familia que tiene un solo Padre, un solo Señor y un solo Espíritu. La reconciliación en la justicia y en la paz se convierte en una edificación de amor y para el amor, una obra de la

gracia para el agradecimiento. Y esto mediante la familia de los hermanos, que con el Primogénito a la cabeza habrá de construirla. «Y le dio como cabeza, sobre todo, a la iglesia que es su cuerpo, la plenitud del que lo llena todo en todo» (Ef 1, 22-23). En la travesía de la pascua, con el Hombre nuevo que ha iniciado la nueva humanidad, se ha iniciado también la nueva creación. Cuando esta plenitud anticipada llegue a consumarse, entonces entregará el Hijo el reino al Padre, para que el Padre en su gracia sea todo en todas las cosas (1 Cor 15, 24.28).

16

La Iglesia de la comunión

Acabamos de ver el camino del Señor, el «camino nuevo y vivo abierto por él para nosotros» (Heb 10, 20), el camino que él mismo es (Jn 14, 6). El es el Hijo amado del Padre, el pobre entre los pobres, el que pasó haciendo el bien, el crucificado por amor, el resucitado para inaugurar la vida, el Señor, que va delante de nosotros, encabezándonos en su iglesia para avanzar el reino, el que vendrá a consumarlo para entregarlo al Padre, para que al fin nos sentemos todos a la mesa, sin lágrimas en los ojos, para alabanza de gloria de su gracia. El camino es él mismo en sus huellas.

Este camino parte de la acogida obediente de la misericordia entrañable del Padre (contemplación), baja después a las partes más bajas de la tierra entre los últimos de los pobres (encarnación), avanza empezando a reunir a los hermanos para compartir el pan (comunión), avanza más hacia adelante arrancando todas las cadenas, empalmadas todas ellas, desde la primera a la última (liberación) y se adentra en el gesto último de la gracia, que es el paso al don total de la vida, atravesando la maldición y la muerte de la cruz (pascua). Es así como el Señor abre la entrada definitiva a la mesa de las bodas, donde ya sólo quedará el gozo y la alabanza del amor (plenitud de la comunión). En cada momento de la historia, con la fuerza poderosa de su Espíritu, la familia de sus hermanos ha de continuar esta misma aventura, con gestos distintos, pero pisando siempre sobre sus pisadas, que iniciaron, avanzan y consumarán el reino de Dios. Desde su pascua hasta su última venida, la Iglesia del Señor no tiene otro camino.

Cuando buscamos rastrear en el evangelio el camino de la iglesia, después de pentecostés, nos encontramos con un hecho muy importante del que hemos de partir:

— el camino de Jesús, de antes de pascua, está visto y entendido desde el camino que la comunidad va haciendo tras él, después de pascua,

— y el camino que la comunidad hace con él, después de pascua, está visto desde el camino que el mismo Jesús hizo por los senderos de la historia antes de la travesía pascual.

Este hecho, que se da también hoy, encierra un misterio, que hemos de admirar y descifrar. Jesús, después de pascua, no termina su camino por la tierra encadenada y por la humanidad dividida y enfrentada. El mismo continúa caminando a la cabeza de su familia de hermanos, por los senderos de la historia, alentándolos con la fuerza de su Espíritu. Es el mismo Señor, el que ahora comparte el camino con su iglesia para la llegada del reino del Padre. Por eso no es extraño que los primeros hermanos pinten el camino de antes de pascua con los trazos del camino de después de pascua y al revés, que los trazos del camino que van haciendo ellos, pasada la pascua, estén trazados con las líneas del camino histórico del Señor por Galilea, hasta que subió a Jerusalén a padecer su pasión e inaugurar su gloria.

1. *Vivir como hermanos*

Nuestro propósito es rastrear ahora el camino de la Iglesia del Señor, tal como queda reflejado en el nuevo testamento. Si nos acercamos a la tierra encadenada ya no sólo de Palestina sino del imperio romano, por donde se han extendido los primeros hermanos, nos encontramos con que la noche está sembrada de puntos de luz. Estos pequeños puntos de luz en aquella noche, cada vez más oscurecida de la historia del siglo primero son las pequeñas comunidades cristianas sembradas en la ecumene. Necesitamos despejar el horizonte para poder acercarnos a aquellas luces pequeñas y penetrantes. Aún no ha aparecido la Iglesia grande y abarcante, que parece envolver la historia de los hombres. Por el contrario, en medio de la sombría historia de la humanidad, la iglesia del Señor, según su palabra, es un pequeño grano de trigo, que empieza a fructificar, un poco de fermento, que empieza a transformar, una pequeña llama viva, que empieza a iluminar.

La fraternidad por dentro y por fuera

Son pequeñas fraternidades que se reúnen en una casa humilde a compartir. Están situadas en los lugares más pobres de los campos y de las ciudades. Por dentro, ya desde el principio, están inquietas por el problema de su unidad. El don y la tarea de vivir como hermanos se presenta lleno de dificultades y de tensiones, que han de superarse y transcenderse. Por fuera, ya desde el principio, están perseguidas. El

don y la tarea de hacer la travesía de la tierra para preparar la mesa compartida del reino, lleva consigo también riesgos últimos, como los del mismo Señor. Los poderes de este mundo se sienten desasosegados ante su presencia, la presencia de la fuerza de la gracia, y se defienden intentando acosar y destruir aquellos pequeños puntos de luz. Esta es la imagen primera que se recoge de la simple mirada del caminar de la Iglesia en la primera hora. Pequeñas comunidades, entre los pobres, por dentro divididas y por fuera perseguidas. Desearíamos ahondar en su vida y en su camino, alcanzando las raíces. Sabemos que no nos será posible des-lindar los pasos del Señor y los pasos de las comunidades. Es que la realidad del camino no permite esta separación. El Señor camina, a su cabeza, compartiendo con las fraternidades su camino, y las fraternidades, en realidad, caminan por él, con él y en él. En él viven, se mueven y son. Por eso su experiencia radical es la misma que sucedió entre las manos del Señor, la experiencia de la fraternidad.

La fraternidad iniciada en los caminos

Las primeras comunidades, que caminan en medio de los pueblos del campo y de los suburbios de las grandes ciudades, son familias de hermanos. Esta fue la experiencia de los caminos de Galilea. La fraternidad fue preparada, iniciada y prefigurada por aquellos senderos. Jesús iba abriendo el camino. Anunciaba el reino del Padre, es decir, la fuerza de su misericordia entrañable. «Todos vosotros sois hermanos... Uno solo es vuestro Padre» (Mt 23, 8-9). Anuncia esta buena noticia, no como una enseñanza, sino como un don de amor, como la entrega de la gracia. Extiende las manos, dando el mismo amor del Padre. Y aquellos que la acogen y a su vez extienden las manos entre las suyas, se van transfigurando ya en el amor. «A todos los que le recibieron, les dio poder de llegar a ser hijos de Dios» (Jn 1, 12). De este modo, el Señor va preparando la fraternidad, pero no sólo la prepara, sino que la empieza ya en los mismos caminos. «Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mc 3, 34-35). Así va apareciendo la figura de lo que la Iglesia ha de ser después, una familia de hermanos en torno al Señor; una fraternidad que le sigue por los caminos del mundo, compartiendo con él las huellas de su amor.

La fraternidad, constituida en la pascua

Esta fraternidad se ahonda, en la medida que el amor del Hermano mayor se va entregando. Su definitiva entrega fue en la pascua. Fue allí cuando nos entregó toda la gracia, la última gracia. Fue allí cuando nos desveló por entero el rostro del Padre, cuando su rostro de Primogénito apareció en toda su claridad, y cuando los hermanos, que acogieron su Amor, se vieron siendo en realidad hijos y hermanos en él. En este sentido podemos decir que la fraternidad se constituye en la pascua. El don del origen es el Espíritu del Hijo entregado por el Padre a nosotros. Es el don de la pascua, convertida en pentecostés. Por eso la fraternidad se constituye en el madero glorificado, es decir, entre las manos abiertas del Cristo muerto y resucitado, que nos entrega el Espíritu, el abrazo común del Padre, que recibió de él, para que nos lo diera a nosotros. «Yo pediré al Padre y os dará otro defensor, para que esté con vosotros para siempre». «Aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros» (Jn 14, 16.20). «El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso os he dicho: recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros» (Jn 16, 14-15). «Recibiréis la fuerza del Espíritu santo, que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines de la tierra» (Hech 1, 8). De este modo la fraternidad, constituida y alentada en la pascua, se manifiesta visiblemente por los caminos del mundo, con el don del Espíritu, que la enciende y la conduce (Hech 2, 1-41). La experiencia originaria es «la comunión con su Hijo Jesús Cristo» (1 Cor 1, 9). Esta es la comunión con el Padre en la unidad del Espíritu: «nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo, Jesús Cristo» (1 Jn 1, 3). Y esta comunión es al tiempo la comunión con los hermanos, en la unidad del Espíritu. «Todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gál 3, 28). Por eso más que de fraternidad, hemos de hablar de familia, de la «iglesia en familia».

2. *La gracia de la fraternidad*

En las pequeñas casas, en donde se reúnen, aparecen como una familia. Una familia es un grupo de hermanos, que tiene el mismo padre, tienen también un mismo hermano mayor y una misma sangre, un mismo lazo de amor que a todos une. El padre, el primogénito, que hace sus veces, y el amor que a todos reúne, incorpora y alienta, es lo que les hace ser hijos y por ello son verdaderamente hermanos. Si no son hijos del mismo padre, pueden ser compañeros, amigos, colabora-

dores, pero nunca hermanos. La horizontalidad de la fraternidad se funda en la verticalidad de la filiación. Las manos del padre que se extienden en el amor, para acoger a todos, son las manos que los hacen ser hermanos unos de otros. Estas mismas manos, son las que ponen la mesa, donde el padre parte su vida y su amor. Allí, reuniendo y alentando a todos, les conduce hacia adelante para preparar la casa común. En este sentido podemos decir que la fraternidad está constituida por el amor de las entrañas del padre, su misericordia entrañable, su gracia. Esta experiencia sencilla, que está viva, hondamente viva, entre los pobres, ayuda a los primeros hermanos a acercarse al misterio de la fraternidad y a adentrarse en él.

En la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu

Los primeros documentos que conservamos de las comunidades cristianas nos reflejan esta realidad. Los hermanos están reunidos en torno a la mesa, para partir el pan y la copa del Señor. Se saludan y se despiden. Este abrazo de saludo y de despedida, descubre cómo ellos se sienten ser. «Pablo, Silvano y Timoteo a la iglesia de los tesalonicenses, que existe en Dios Padre y en el Señor Jesús Cristo: gracia a vosotros y paz» (1 Tes 1, 1). «La gracia del Señor Jesús Cristo, y el amor de Dios y la comunión del Espíritu santo esté con todos vosotros» (2 Cor 13, 13). Este saludo y esta despedida, recogidos de entre otros muchos, nos permiten adentrarnos en el misterio de la fraternidad. La fraternidad existe «en Dios, que es Padre», «desde su amor». Según hemos venido contemplando el camino de este amor, hemos comprendido que él nos ha amado sobre todo entregando al Hijo a la muerte, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su derecha y a la cabeza nuestra como Señor. Por eso la fraternidad existe «en Jesús Cristo, el Señor nuestro» «en su gracia». El amor del Padre, ha aparecido entre sus manos como reconciliación (paz), nacida de la gracia. «Gracia y paz» son el don del Padre, por manos del Hijo en el amor del Espíritu que envuelve y alienta a todos, haciéndolos «santos» (1 Cor 1, 2). El amor del Padre, que es la gracia del Hijo y Señor, aparece como vínculo de comunión, «la comunión del Espíritu santo». La reconciliación de la paz es la que nos hace ser hijos y hermanos en la unidad de la comunión. De este modo la experiencia de la familia de la que partíamos ha quedado sobrepasada. La Iglesia del Señor, cuya vida y cuyo camino estamos rastreando, aparece reunida por el amor del Padre, que es la gracia del Hijo, entregada en la comunión del Amor, que a todos reúne e incorpora.

La Iglesia, familia de hijos

El que reúne esta familia es el «Padre nuestro» (Mt 6, 9-13). «Uno solo es vuestro Padre, el del cielo» (Mt 23, 9). Pero este Padre es nuestro, porque es el Padre de Jesús, el Primogénito. «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesús Cristo» (Ef 1, 3). Es Jesús, quien ha compartido con nosotros su filiación y por eso hemos sido acogidos como hijos entre los brazos de su Padre. Por eso la comunidad confiesa que tiene «un solo Dios y Padre de todos» (Ef 4, 6). Este Padre está en medio de todos, sobrepasa a todos y abarca a todos. El Padre ha reunido la familia de sus hijos por manos de Jesús, su Hijo Primogénito, entregado por nosotros como Cristo y entronizado sobre nosotros como Señor. El es el rostro del Padre. Sus brazos están extendidos y abiertos para darnos su amor. El Padre nos ha elegido en él, para ser hijos por medio de él, hacia él. Se nos ha dado en gracia en él, que es el Hijo amado (Ef 1, 4-7) y él se ha dado a nosotros para adentrarnos en abrazo común hacia el Padre. «Quiero que donde estoy yo, estén también ellos conmigo»... «para que el amor con que tú me amaste esté con ellos y yo en ellos» (Jn 17, 24-26). Ha sido, pues, Jesús, en su entrega pascual el que nos ha dado su Amor, reuniéndonos en su fraternidad (Hech 2, 23 ss; 3, 13 ss; 5, 30 ss; 10, 39 ss; 13, 26 ss).

Así el abrazo de Amor que el Padre daba al Hijo y el Hijo daba al Padre desde siempre nos ha alcanzado a nosotros. El Padre nos ha amado por el Hijo mayor, con el mismo Espíritu, para que nosotros, incorporados al Hijo, le amemos a él, por el Hijo, con el Hijo y en el Hijo, en la unidad del Espíritu santo. El Espíritu del Padre, que es el Espíritu de Jesús, ha sido derramado en nuestros corazones (Rom 5, 5) y se ha convertido en el Espíritu de nuestra filiación (Rom 8, 15). La Iglesia es la «familia de Dios», es decir, la familia que reúne el Padre, por manos de Jesús, el Hijo mayor, en la unidad del Espíritu del amor. Ahora comprendemos la hondura del saludo: «La gracia del Señor Jesús Cristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu santo sean con todos vosotros» (2 Cor 13, 13).

La Iglesia, familia de hermanos

La Iglesia, familia de hijos, es por ello, familia de hermanos. «No habéis recibido un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos, que nos hace gritar: ¡Abbá, Padre! Es el mismo Espíritu, el que da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos, herederos de Dios, coherederos de Cristo» (Rom 8, 15-16).

El «Abbá» de Jesús ha sido puesto en nuestros labios, porque su Espíritu de filiación ha sido compartido a las entrañas mismas de nuestro ser. La Iglesia es una familia de hijos en el Hijo (Mc 3, 31-35). Comulgamos con el Hijo en el mismo Espíritu y esta comunión se hace configuración. El Padre nos predestinó a «configurarnos con la imagen de su Hijo para que él sea el Primogénito entre muchos hermanos» (Rom 8, 29; 2 Cor 3, 17-18; 1 Cor 15, 49). Esta incorporación al Primogénito nos da la libertad, en la mayoría de edad, para alcanzar la plenitud de la herencia. (Gál 4, 1-7). La libertad es para la comunión fraternal en el amor. (Gál 5, 13-14). Los hijos son de suyo al tiempo hermanos. La fraternidad es el don mismo de la filiación compartida en el Hijo que se ha extendido en la anchura. Por eso la Iglesia es una familia de hermanos en el Hermano. En esta fraternidad se rompen desde los cimientos todas las barreras. Los hombres en el mundo están divididos por los muros de la situación económica, social y política, por los muros de la cultura y de la religiosidad, por los muros del sexo y del color de la cara. Pero cuando en la fe, sellados por el bautismo, los hermanos se dejan acoger por el Padre, entre los brazos de Jesús, con la fuerza poderosa de su Espíritu, su consistencia no es más que el don del Amor, que por debajo de su puesto social e incluso por debajo de su clausura existencial, les ha hecho comulgar en la filiación y en la fraternidad del Primogénito. «En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo; ya no hay judío ni griego, libre ni esclavo, hombre ni mujer, ya que sois todos uno en Cristo Jesús» (Gál 3, 27-28). Es la fraternidad del hombre nuevo, donde se está recreando ya la humanidad para recrear la creación (Ef 4, 22-24; Col 3, 9-10). La familia que se ha reunido en torno a Jesús es la comunidad escatológica, donde se anticipa e irradia el Reino.

La Iglesia, familia grande y abierta

Pero se trata de una «familia grande». Cuando Jesús recorría los caminos, muchos intentaban reunir el pueblo santo de Dios, preparándolo para los últimos tiempos. Fueron sobre todo los fariseos, en medio del mundo, y los esenios, retirados al desierto, los que intentan reunir al «resto santo». Era el pequeño grupo de los que se entregaban al cumplimiento de la ley, hasta en sus observancias rituales más pequeñas, y se hacían dignos de este modo de tomar parte en el pueblo de Dios. Las comunidades de los fariseos y esenios, como también todas las comunidades religiosas con sentido escatológico se creían ser un «resto cerrado». Jesús llamó precisamente a los hombres, que las comunidades del resto habían rechazado: a los pobres, a

los paralíticos, a los ciegos, a los pecadores (Lc 14, 13-21; Mt 6, 1-18). Poco antes de que Jesús emprendiera los caminos, el Bautista intentó reunir al pueblo de Dios en un «resto abierto». Rechaza los privilegios de Israel, que le hacen situarse por encima de los pueblos (Mt 3, 9). Y llama incluso a los pecadores que están dispuestos a la conversión (Lc 3, 12-14; 7, 29 s). Pero el Bautista acepta a los pecadores, después que se han arrepentido. Jesús en cambio ofrece a todos, y sobre todo a los pobres y a los pecadores, el perdón de la gracia antes de que se arrepientan (Lc 19, 1-10). La comunidad de Jesús es una familia grande, abierta de par en par, dispuesta a acoger a la multitud y al universo. En Jesús se presenta la gracia des-medida e in-condicional del Padre que acoge en su misericordia entrañable a todos. Por eso su comunidad es la fraternidad de la acogida des-medida e incondicional. Jesús no pretende reunir una comunidad cerrada, un resto cerrado o abierto. El ha recorrido y recorre ahora los caminos, para reunir en la unidad de la comunión de amor a todos los hijos dispersos por el mundo (Jn 11, 51 s). Todos están invitados al banquete. Las manos están abiertas de par en par a todos los hombres y al universo entero. Sólo el Padre, el último día, separará de la mesa a los que no se entregaron al amor, y se negaron a compartir con los hermanos, sobre todo con los pequeños. Ahora, mientras el Señor va recorriendo los caminos de la historia, está la mesa puesta, la luz prendida y la puerta abierta.

En la Iglesia, germen de la nueva creación

La fraternidad es la gracia del Señor, que se ha compartido. En medio de la tierra encadenada hay un gran muro que separaba al bloque dominante del bloque dominado. Por una parte están los ricos y por otra los pobres, por una los poderosos y por otra los débiles, por una los sabios y por otra los ignorantes. Pero hemos descubierto también que en la tierra encadenada, hay cadenas que atan a todos a una hondura mayor: el pecado y la muerte. Estas cadenas son el más hondo cimiento del muro que divide al mundo, el muro que todos han levantado entre el Padre y ellos, rompiendo la comunión para hacer la casa por propia cuenta, una casa que se ha convertido en campo de guerra. La gracia de la fraternidad, entregada en la pascua, ha empezado a re-crear desde sus últimas raíces esta situación. El amor del Padre, aparecido como gracia de Jesús, el Señor, en la comunión del Espíritu ha derribado el muro de la división, que separaba a los hermanos, el muro del pecado. Les ha abierto la puerta de la nueva familia. Pero en la nueva familia, bajo el techo común, se ha derribado también el muro que estaba construido, sobre el muro del fondo,

la barrera del dinero, del poder y de la cultura, que separaba y enfrentaba a los grandes de los pequeños. La gracia está recreando a la humanidad. No es que volvamos a la primera hora de la creación. Es que en la hora de la pascua, la humanidad creada en las manos del Padre por su Hijo en el Espíritu, humanidad que después se cerró y se rompió, está siendo recreada alrededor de una misma mesa, donde la gracia se ha hecho reconciliación, es decir, filiación y fraternidad, que realizan la comunión de la paz. Por eso lo propio de estas pequeñas comunidades sembradas en el mundo es el vivir como hijos y hermanos. Ellos acostumbran a llamarse a sí mismos, con esta sencilla e insondable palabra: «hermanos».

3. *Las gracias de la Gracia*

Volvemos de nuevo a la experiencia de la familia, de la que hemos partido. El padre al dar en amor su propio ser, engendra en torno a su mesa a un puñado de hijos, que son hermanos. En este don todos son iguales. Todos son hijos, todos son hermanos. Todos son iguales. Si entre ellos hay algunos más amados y preferidos, son los pequeños. Y, sin embargo, cada hermano es distinto. ¿Por qué es distinto? Porque el padre, al darles su propio ser, su amor, les ha dado a cada uno un rasgo de su ser, un gesto de su amor. Son las cualidades, que solemos decir. Son formas de ser, capacidades para darse. Cada hermano tiene un don distinto, pero este don es para el servicio, para ponerlo en la mesa común y así edificar juntos la familia y la casa. Parece como que el don único del padre se ha dado en muchos dones, para que los hijos se puedan amar más y ayudar más. Para que lleguen todos a ser uno como los miembros del cuerpo, que aunque tienen distintas tareas, son en cambio un mismo cuerpo, con un mismo latido.

El encargo de compartir el servicio

Así sucede también en la fraternidad de Jesús. Tiene muchas gracias de una misma, muchos dones para muchos servicios, en torno a la misma mesa del amor. Podemos decir que este hecho empezó a darse ya en los caminos de Galilea. El Señor no sólo iba allegando a él y compartiendo su filiación y su fraternidad a los hombres que acogían su misericordia entrañable, sino que les iba confiando el encargo de compartir sus tareas por el camino (Mt 10, 1-8). En la primera impresión, parece como que encarga todo a todos. Y es que todos juntos han de realizar la misión suya, completándose. Pero es posible que cada hermano tuviera como dones especiales para deter-

minadas tareas. De modo que junto a los apóstoles más próximos, que comparten su misma misión, aparecen otros hermanos, que anuncian la palabra, curan a los enfermos, comparten sus bienes a los pobres, se enfrentan con los poderes de este mundo, acogen con entrañable hospitalidad, permanecen escondidos orando, etc. También en este sentido la fraternidad se inició y se prefiguró en los caminos. Los hermanos comprendieron que todos eran hermanos, que todos eran encargados de la obra del Señor, pero seguro que tuvieron que entrelazar sus manos, con los dones distintos, que el Señor les había confiado para que así apareciera con mayor claridad la luz del rostro, que anunciaban e irradiaban. Ahora bien estos dones del amor, estas gracias de la gracia, se ahondan en la medida que el amor de la gracia se entrega, sobre todo cuando se entrega por entero, hasta el fin. No es extraño, pues, que los primeros hermanos hablaran de estos dones desde la experiencia pascual.

Don del Padre, por el Señor, en el Espíritu

«A cada uno de nosotros le ha sido concedida la gracia, a la medida del don de Cristo. Por eso dice: subiendo a las alturas se llevó cautiva a la cautividad y repartió los dones a los hombres... Este que bajó es el mismo que subió por encima de los cielos para llevar el universo a plenitud. El mismo dio a unos el ser apóstoles, a otros profetas, a otros evangelizadores, a otros doctores y maestros... para edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la plenitud de Cristo» (Ef 4, 7-13). ¿Quién es el que reparte estas gracias de la gracia? Siempre, el que reparte el amor en torno a la mesa, es el Padre, «que obra todo en todos» (1 Cor 12, 6). Pero sabemos bien que nada entrega el Padre si no es por manos del Hijo de su amor, y que la suprema entrega, en donde nos regaló todas las cosas, fue la entrega de la pascua. Por el Hijo, muerto, resucitado y entronizado, es por quien el Padre da a los hermanos los dones para el servicio. El Hijo, que marcha a la cabeza, arrancando las cadenas de la tierra y de los hermanos, más aún, llevándose cautiva a la misma cautividad, es el mismo que vuelto hacia los hermanos les regala los dones, para reunir la fraternidad y preparar la casa común. Es «el mismo Señor» el que regala los distintos servicios, que son gestos de su único servicio (1 Cor 12, 5). Pero sabemos que todos sus dones se encierran en el don del Amor del Espíritu, que arde entre sus manos. Esta es la Gracia, el Carisma, el Don, del que proceden todos los dones (1 Cor 12, 4). El Padre, por medio del Señor entronizado, en la fuerza del Espíritu, ha dado a

todos los hijos no sólo el don de la gracia que los hace hermanos, sino las gracias de la gracia, los dones del don, que les regala y les encarga los distintos gestos de su amor.

La fraternidad carismática y diaconal

«A cada uno de nosotros le ha sido dada la gracia según la medida del don de Cristo» (Ef 4, 7). Lo que se ha repartido a los hermanos es la gracia en un gesto, según el Señor los ha distribuido. Por eso estas gracias de la gracia, se llaman «carismas», que quiere decir «dones de la gracia». Pero como están dadas para ponerlas al servicio de los hermanos, el carisma es en realidad para la «diaconía». Los carismas se pueden llamar propiamente «servicios». Y como estos dones y servicios son aliento del Espíritu, fuerzas de su energía, se llaman también «energías» del amor, para ser entregadas en servicio (1 Cor 12, 4.5.6). ¿Cuántos carismas hay en la fraternidad? Hay muchos, tal vez ni siquiera se pueden enumerar. Porque si carisma es todo don alentado por el Amor para ser dado, entonces todos los dones que los hermanos tengan en su creación y en su regeneración, si el Amor les alienta, son carismas y servicios, para la común edificación. Conviene que subrayemos este hecho. La fraternidad de Jesús no tiene un grupo de privilegiados, frente a otros hermanos que están despojados de dones. El elitismo queda excluido de raíz, como veremos más tarde. Todos son hermanos, todos están agraciados, todos están capacitados y llamados para el servicio. Y hasta los dones, que parecen ser los más pequeños, resultan ser los más necesarios. La fraternidad entera es una fraternidad carismática y diaconal. Además, de modo insospechado, porque el Espíritu arde y no se le puede apagar.

El carisma de los apóstoles

En los documentos del nuevo testamento, que nos cuentan de cerca la vida de las primeras comunidades cristianas, hay un interés especial en algunos carismas. No son precisamente aquellos en los que aparece más el amor de los hermanos, sino aquellos en los que aparece más el amor del Señor. Lo que más edifica a la comunidad es el aliento que el mismo Señor, como cabeza de la fraternidad, entrega a los hermanos para que vivan en comunión. Por eso el carisma de los apóstoles se destaca de modo singular. «En primer lugar los apóstoles» (1 Cor 12, 28; Ef 4, 11). Testigos del Señor resucitado, son enviados por él, para que él mismo se haga presente en ellos, sobre todo anunciando a los hermanos la palabra, partiéndoles el pan y alentándoles para el camino.

A los doce, elegidos entre los discípulos, les envía Jesús diciendo: «Id proclamando que el reino de Dios está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, purificad leprosos, expulsad demonios» (Mt 10, 7-8). Les encarga su misma tarea de palabra y de obra. Les da la fuerza de su poder (Mt 10, 7; Lc 10, 9), que supone la posesión del Espíritu (Mt 12, 28 par; Lc 11, 20). El servicio de los apóstoles en último término es representar a Jesús. Es Jesús mismo quien en ellos se presenta y se da (Mt 10, 40; Lc 10, 16). El apóstol ha sido llamado y enviado por el Padre (Gál 1, 15; 2 Cor 2, 14; 3, 6). La elección y misión han sido hechas por el Hijo, son una asociación a la obra del Hijo (Gál 1, 1; Rom 1, 1.2.5; 2 Cor 1, 1; Col 1, 1; Ef 1, 1). Pero la actuación de esta obra de servicio apostólico acontece en el Espíritu (2 Cor 3, 8; 3, 17; 1 Cor 2, 10). En la encrucijada entre la entrega del don del Padre, por el Hijo, en el Espíritu, y la acogida y la comunicación de este don, para edificar la iglesia hacia el reino, se encuentra el carisma y el servicio de los apóstoles. El apóstol es, constitutivamente, representante, lugar-teniente de Cristo. Su carisma y su servicio es la representación de Cristo. Pero no hace presente, sustituyendo a Cristo, sino que Cristo se hace presente actuando y hablando inmediatamente en él. La mediación no es interponerse, sino presencializar en la inmediatez; no consiste en ocupar su puesto, sino en posibilitar que Cristo en él se visibilice y mantenga su presencia. Es así, en último término, lugar de manifestación del Señor en su palabra y en su obra (Gál 1, 16; 2 Cor 1, 19). En último término el Señor ha llamado a los apóstoles para darse él mismo a sus hermanos en el don de sí mismo, reuniéndolos en la fraternidad y alentándolos al camino tras él, hacia la consumación del Reino.

Los carismas de los otros hermanos

En la pequeña fraternidad hay además otros dones y servicios. No es el apóstol ciertamente el que los reparte y confía, para que le ayuden en su tarea. Conviene subrayar esto enérgicamente. En la pequeña fraternidad, como veremos después, no hay una «dirección clerical». Es el Padre, por manos del Señor, en la unidad del Espíritu, quien reparte directamente estos dones, según su beneplácito. Pero estos carismas serán sobre todo para el servicio y edificación inmediata de la familia en torno a la mesa, por los caminos del reino. El don del amor, es decir, la entrega que el Señor hace de sí mismo por manos de los apóstoles, exige la proclamación, la explicación, la acogida, la comunicación y la irradiación al mundo. Los hermanos están sentados en la mesa, término y punto de arranque de su marcha. Allí junto a los apóstoles, aparecen los profetas (1 Cor 12, 28; Ef 4, 11; cf. 1 Cor

14, 3.24-25). Estos hermanos ven la marcha de la historia a la luz del Señor, que está sentado a la cabecera de la mesa y que va caminando delante de ellos por el mundo, abriendo las sendas del reino. Los profetas ayudan a los hermanos a comprometerse y ellos mismos se comprometen a realizar las exigencias en imperativo del don que han recibido. Leen los acontecimientos de la vida, sobre todo aquéllos donde resuenan los dolores de la creación y apuntan con el dedo por dónde deben ir los caminos de la comunión y de la lucha. Otros hermanos, que se llaman «maestros» (1 Cor 12, 28), aportan su reflexión, para que el anuncio y el camino sea fiel a la palabra de Jesús, que se ha transmitido, y evitando toda clase de fabulaciones, se abra un sendero coherente con el del Señor. Pero hay además otros dones, que sirven para anticipar cualificadamente la mesa del reino y expresarla en el mundo. Los que se sienten llamados al cuidado solícito de los hermanos (1 Tes 5, 12; Rom 16, 3; 1 Cor 16, 15 s) y sobre todo los que en medio de la fraternidad se consagran al servicio de los pobres (Hech 6, 1 s). «El que da con sencillez, el que preside con solicitud, el que ejerce la misericordia con alegría» (Rom 12, 8 b). Son los que cuidan de los abandonados, de las viudas, de los huérfanos, de los esclavos y extranjeros y lo hacen con entrañas de misericordia, compartiendo con ellos lo que tienen y son. Es común que se den unidos el servicio de la palabra y de los pobres (Flp 1, 2) y que sean además estos hermanos los que presidan a todos en la caridad en nombre del Señor, cuando falta el apóstol o cuando más tarde ha de transmitirse su misión.

La pequeña fraternidad que vimos en los caminos recibiendo de Jesús distintos encargos y tareas, es la misma que ahora recibe del Señor distintos carismas y servicios. El ha llamado a los apóstoles para hacerse presente a sí mismo, dando el don de sí mismo en la palabra, el pan y el camino. Pero él ha llamado también a los demás hermanos y les ha encargado sus dones y servicios, que expresan y completan el don de sí mismo, en las múltiples tareas de reunirlos, darles la palabra, curarles las heridas y arrancarles las cadenas. Ninguno de los hermanos puede agotar el gesto entero del don del Señor, y en torno al gesto apostólico del mismo Señor todos se ven remitidos originariamente a conjuntarse y completarse. Unos a otros se necesitan, para que cada hermano pueda dar y expresar el don que el Señor quiere realizar a través de sus manos. Por eso toda la fraternidad es apostólica, profética, diaconal y militante para que el Señor, dándose por entero en el don de su Espíritu, expresado en múltiples dones y servicios, edifique la iglesia hacia el Reino.

4. *La comunión de la gracia*

Ya vamos conociendo la Iglesia del Señor, la familia de los hermanos que él encabeza, compartiéndoles su Espíritu para que sigan sus caminos. Pero, según decíamos antes, los caminos de la Iglesia son los mismos caminos del Señor, puesto que la Iglesia es la presencia extendida y prolongada suya. Por eso, si nosotros queremos descubrir los pasos que la Iglesia ha de dar detrás de su Señor, no nos queda más que ver las huellas que éste dejó en el camino de ayer, y que marca en el camino de hoy. Por de pronto la Iglesia debe acoger en obediencia el amor, que se le entrega (contemplación), para compartirlo en fraternidad (comunión), desde los últimos (encarnación). Por ello nos importa detenernos a contemplar cómo la fraternidad acoge y comparte la gracia, empezando por los más pequeños del mundo, para avanzar las sendas de la liberación del Señor, hacia la plenitud de la consumación.

La experiencia familiar permite también aquí que nos adentremos en la edificación de la fraternidad. La familia de los hijos y de los hermanos son un don del padre, que les ha constituido. Por el don de su amor les ha engendrado y les ha hermanado entre sí. Por el don de su amor, les ha diferenciado, dándoles a cada uno un gesto de su cariño para servir a todos, en la unidad de la comunión. Si contemplamos por dentro la vida de familia nos encontramos con dos acontecimientos.

— Los hermanos acogen el amor del padre. El padre extiende sus manos y se da a sí mismo en la mesa. Pero los hijos, a su vez, han de abrir las manos para acoger este amor, que se les entrega. Sin esta acogida renovada día a día, no pueden ser ni mantenerse como hijos, pues cada cual empieza a vivir para sí mismo y a caminar por sí mismo. La fraternidad se rompe.

— Los hermanos comparten el amor del padre. Después de haber acogido este amor, los hijos no pueden retenerlo para sí. Es un amor para ser compartido. Es un amor que alienta al compartir. En la fuerza de este amor, los hermanos han de compartir lo que son, lo que pueden y lo que tienen. Mirando a los pequeños.

Este latido de comunión de amor es el que mantiene a la familia reunida, en torno al padre, incorporada a sus entrañas, alentada a realizar su proyecto de amor. A partir de esta experiencia nos adentramos en la vida de la fraternidad de Jesús hacia dentro, para descubrir estos latidos, que hemos llamado contemplación, comunión y encarnación.

a) *En torno a la mesa*

La acogida del amor se realiza, sobre todo, en torno a la mesa que preside Jesús en el puesto del Padre, extendiéndonos entre sus manos el fuego vivo del Espíritu. «Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (Hech 2, 42). Los hermanos se reúnen en sus casas humildes, en la iglesia-en-familia. No tienen templos ni edificios públicos. Sus encuentros fraternales y su vida diaria empalman estrechamente.

La escucha de la palabra

En la reunión de la fraternidad el apóstol proclama el evangelio. Esta es la «enseñanza de los apóstoles». El «evangelio del reino» (Mt 4, 23; 9, 35; 24, 14) se ha convertido en el «evangelio de Cristo» (1 Cor 15, 3). Es «el evangelio de Jesús» (Hech 8, 35). Lo que sobre todo hace el apóstol es anunciar a Jesús, el Cristo (Hech 5, 42; 8, 5) y Señor (Hech 11, 20) en la entrega suprema de su misterio pascual. Pero en realidad, en la palabra del evangelio es Jesús quien se anuncia y se da a sí mismo. El Cristo, que es el Hijo, reúne a los hermanos en torno a la mesa, como anticipo y preparación del reino y les anuncia la liberación, la reconciliación, la filiación y la fraternidad. El mismo es el evangelio del reino porque lo inicia y realiza en su persona y en su obra. Por eso en el «evangelio de Cristo» él es a la vez el sujeto y el objeto, el portavoz y el mensaje, el dador y el don. Por eso en esta palabra del Señor, anunciada en la enseñanza de los apóstoles, él mismo se da a los hermanos en su Espíritu. La palabra es al tiempo la «enseñanza del Señor» (Hech 13, 12), en la «enseñanza de los apóstoles» (Hech 2, 42; cf. 5, 28; 17, 1. 19). Es una palabra en la que se expresa y se da el Espíritu y por esto se enciende con ella el Espíritu en la comunidad (Hech 10, 44 ss; 11, 15; 13, 52). Al tiempo que llama y convoca, comparte y alienta. «La palabra de la escucha de Dios», «está actuando en vosotros los que creéis» (1 Tes 2, 13). En el evangelio, don del amor del Espíritu, se recrea la fraternidad para irradiar el reino a la creación, por los caminos del compromiso. Así se comprende que el evangelio sea el cimiento para la edificación en profundidad de la familia y del hogar de la iglesia (1 Cor 3, 11). La fraternidad de Jesús vive de su Amor, entregado en la palabra y, sobre todo, en la cena.

La fracción del pan

«Acudían asiduamente... a la fracción del pan»... «Partían el pan en las casas» (Hech 2, 42.46). El Señor, para entregarse por entero a nosotros, quiso escoger el signo de la cena como señal visible del don invisible y anticipado del reino (1 Cor 11, 17-34). Los hermanos están alrededor de la mesa, pero a la cabecera, presidiéndola, está Jesús el Señor. El hace las veces del padre de familia, que por ser el servidor, entregado a todos, ocupa en la mesa de cenar el puesto de la presidencia, como cabeza de sus hijos. Allí la mesa es la «mesa del Señor» (1 Cor 10, 21 s), la cena es «la cena del Señor» (1 Cor 11, 20), la copa es «la copa del Señor» (1 Cor 10, 21 a; 11, 27). El que está sentado a la mesa, entronizado, es el resucitado que lleva en su cuerpo las marcas de la cruz, más aún, que entrega en sus manos todos los gestos de su entrega ultimados en el gesto de la pascua. En el pan y en la copa el Señor entrega todo el amor de la alianza del Padre en el don total de sí mismo, en el gesto de inmolación en representación, que expresa y da el colmo del amor. «El Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan y después de dar gracias, lo partió y dijo: "Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en memoria mía". Asimismo también la copa después de cenar diciendo: "Esta copa es la nueva alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebierais, hacedlo en memoria mía"» (1 Cor 11, 23-25). El don del pan y de la copa es su Espíritu. «El Señor es el Espíritu» (2 Cor 3, 17). Ahora en la cena, al darse a sí mismo nos da el Espíritu en la plenitud. Los hermanos nunca pueden encontrarse con su amor en mayor totalidad, ni acogerlo con mayor hondura, que cuando se sientan a la mesa a partir el pan. En el «alimento espiritual» y en la «bebida espiritual» (1 Cor 10, 3-4; 12, 13), lo que se recibe y se acoge es el Espíritu que nos reúne e incorpora al Señor en su fraternidad y nos alienta a irradiarla a la creación hasta que se consume su reino cuando él vuelva (1 Cor 11, 26).

La acogida orante

La respuesta al don del Amor del Padre, que se nos da por manos de Jesús en la palabra y en el pan, que compartimos a la mesa, es la entrega al Señor en la obediencia de la fe (2 Cor 8, 4; 9, 12; 10, 5; Rom 1, 5; 15, 18). Y la actualización viva de la fe es la oración. «Acudían asiduamente... a las oraciones» (2, 42). Cuando el Espíritu del Señor se ha compartido a los hermanos, entonces verdaderamente es cuando gritan al Padre: «Abbá, Padre». «Venga tu reino. Hágase tu voluntad» (Mt 6, 5-10). Es la respuesta al amor inmenso, a la

misericordia entrañable, a la ternura desmedida del Padre que nos ha iluminado en el rostro de Cristo (2 Cor 4, 6). Por él, con él y en él en la misma comunión de su Espíritu con gemidos inenarrables gritan el «Abbá» y suplican la plegaria central de toda la oración: «Venga tu reino». *Maranatha.* «Ven, Señor, no tardes ya» (1 Cor 16, 22; Ap 22.20). Es la súplica para que el Padre reúna a todos los hijos en la mesa del reino, dando a los pequeños el primer lugar. La comunidad de los hermanos se dispone así a la total entrega al don y a la exigencia del Señor. «Hágase». Después los hermanos podrán compartir y salir a los caminos con un trozo de pan para mañana y un corazón grande para perdonar, seguros de que el Padre no los abandonará de su mano, cuando tengan que atravesar los dolores mesiánicos, que anticipan la llegada del reino. Este es el aliento central de la oración comunitaria que después se puede realizar de muchas maneras. Con los salmos entre las manos, compartiendo comunitariamente la escucha o en el silencio del corazón. Pretendiendo la oración continua, la acción de gracias ininterrumpida. «Perseverantes en la oración» (Rom 12, 12; Hech 1, 14), «siempre en oración y súplica, orando en toda ocasión en el Espíritu» (Ef 6, 18). «Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazón, dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesús Cristo» (Ef 5, 19-20). La fraternidad de la escucha de la palabra y de la fracción del pan es la «comunidad contemplativa» de la acogida humilde y continua del Amor en la oración permanente de la alabanza, de la obediencia y el ofrecimiento.

b) *Tenían un solo corazón y una sola alma*

La comunión de la gracia se realiza en torno a la mesa del Señor (Hech 2, 42). En primer lugar la comunidad de vida. Los primeros hermanos lo expresaron diciendo: «La muchedumbre de los creyentes tenían un corazón y un alma» (Hech 4, 32). ¿Cómo es posible esto? Siempre hemos de partir de las manos abiertas del Señor, en las que él nos da primero, lo que luego nosotros hemos de compartir. Los hombres, por nuestras fuerzas, no podemos alcanzar las raíces de la comunión de la vida. Por una parte nuestro corazón está cerrado, en gran medida. Por otra parte, es tan hondo que ni siquiera conocemos sus profundidades. En la vida de cada día «vivimos para nosotros mismos». Alcanzar la profunda comunión de la vida, en la fraternidad de Jesús, no es algo que sucede horizontalmente, es decir, de unos hermanos a otros, ni tampoco inmanentemente, es decir, por nuestras propias manos. Ha sido el Señor, quien primero nos ha compartido su

vida, incorporándonos a él. «El amor de Cristo nos mantiene unidos... Uno murió por todos... para que ya no vivan para sí los que viven, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Cor 5, 14-15).

La comunión de vida, milagro de la vida en Cristo

El Señor nos da todo su ser, en el gesto de su entrega a muerte en la cruz, que se convierte en mesa, la mesa de la fracción del pan. Allí nosotros acogemos el don de la comunión entre sus mismas manos. El se da a sí mismo y nos acoge a nosotros mismos en él, incorporándonos a sus entrañas. Todo lo que somos, hasta nuestra pequeñez y nuestro pecado, se lo ha apropiado él, de modo que ya vivimos para él y somos en él, pues él antes vivió para nosotros y fue para nosotros. El apóstol Pablo expresaba esta comunión profunda y última de la vida diciendo: «Estoy clavado con Cristo en la cruz y vivo, pero ya no soy yo quien vivo. Es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a la muerte por mí» (Gál 2, 19-20). Primero es el «Cristo en nosotros», es él quien se da, quien nos acoge, quien nos incorpora al latido más hondo de su vida. Después es el «nosotros en Cristo». Nosotros acogemos su amor y en él somos acogidos e incorporados. Pero entonces ya no sólo vivimos «por él» y «en él», sino también «con él». Entonces es cuando nosotros podemos darnos a los hermanos, acogerlos, incorporarlos a nosotros y podemos consentir que ellos se nos entreguen y nos acojan y nos incorporen a su amor. La capacidad de comunión de nuestra vida que tenemos por ser hombres, es decir, por ser gracia, libertad, capacidad de darnos, no sólo queda liberada sino transfigurada. Se hace posible que todos seamos uno. Como el Padre está en Jesús y Jesús en él, en la unidad del Espíritu, así nosotros, en el mismo abrazo del amor, podemos vivir la unidad, como don y tarea, la unidad del único cuerpo que por ser uno solo, tiene un corazón solo y un alma sola.

Un solo corazón y una sola alma

«Así pues, os conjuro, en virtud de toda exhortación en Cristo, de toda persuasión de amor, de toda comunión en el Espíritu, de toda entrañable compasión, que colméis mi alegría, siendo todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos. Nada hagáis por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás, como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés, sino el de los demás.

Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo» (Flp 2, 1-5). «Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, de humildad, dulzura, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaros también vosotros. Y por encima de todo esto, revestíos del amor que es el vínculo de la consumación. Y que la paz de Cristo presida vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados formando un solo cuerpo» (Col 3, 12-15). «Con toda humildad, dulzura y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo espíritu, como una es la esperanza a la que habéis sido llamados. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, que acoge a todos y que está en medio de todos» (Ef 4, 2-6).

Sintonía, simpatía y unidad

Estas palabras nos descubren la hondura de la comunidad de vida en las primeras comunidades cristianas. Frente al acento que ponemos hoy sobre la comunidad de bienes, hemos de afirmar que el origen de toda comunicación está en la comunión de vida «por Cristo, con él y en él». La comunión de vida como intercambio de tareas, vivencias y actitudes en su última profundidad es imposible desde nosotros mismos. Por este camino podemos recorrer hasta las metas más avanzadas de la amistad, pero con ello ni siquiera hemos alcanzado a iniciar la comunión mesiánica, que es un don del Hijo y que se realiza entre sus manos. Desde aquí todo se asume, lo horizontal desde lo vertical, lo histórico desde lo escatológico. Toda la vida de los hermanos, con sus trabajos, dolores, angustias y esperanzas puede ser asumida desde la filiación y la fraternidad, que suceden en nosotros entre las manos del Primogénito en la unidad del Espíritu santo. Viviendo «en las entrañas de Cristo» (Flp 1, 8), los hermanos llegan a ser nuestras propias entrañas (Flp 1, 7). En la fraternidad florece la creación nueva, en una sintonía: todos están tensos en una misma tensión de amor, en un mismo latido. La sintonía se hace simpatía, pasión común. Y la sintonía alcanza la unidad de ser en las mismas entrañas. «Si sufre un miembro todos los demás sufren. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo» (1 Cor 12, 26). «Alegraos con los que se alegran, llorad con los que lloran. Tened un mismo sentir unos con otros» (Rom 12, 15-16). Es el mismo Espíritu el que alienta esta comunión, convirtiendo la fraternidad en un cuerpo (1 Cor 12, 13). En la fraternidad de la gracia el ser se ha

hecho gracia, la vida se ha hecho gracia agraciada, gracia alentada y transfigurada por el aliento de la gracia, que es el Espíritu. Los hermanos han empezado a ser «miembros de miembros», para compartir un mismo latido, que abarca toda su vida, puesta al servicio de la comunidad para proyectarla al trabajo por la mesa compartida.

c) *Muchos miembros, un cuerpo*

La comunidad de vida está inseparablemente unida a la comunidad de dones y de bienes. Si se comparte la vida, hay que compartir los dones. Si se comparte la gracia, hay que compartir las gracias de la gracia, los carismas que nos fueron entregados para el servicio. Y al revés, para compartir en la unidad los dones, que hemos recibido para servirnos, sólo podremos hacerlo si vivimos en la unidad de las entrañas de Cristo, formando un solo corazón y una sola alma. Hasta tal punto estos dos gestos están entrelazados, que en las cartas apostólicas la misma imagen del cuerpo ayuda a descifrar estos dos momentos del mismo camino de comunión. Los distintos dones hacen de la fraternidad un cuerpo con muchos miembros, pues «del mismo modo que el cuerpo es uno aunque tiene muchos miembros... así es también Cristo» (1 Cor 12, 12).

La pluralidad de los dones

También aquí la comunión de dones parte del mismo Señor. Ya hemos visto cómo él, sentado a la cabecera de la mesa, ha repartido a los hermanos los gestos de su gracia. La fuerza de su Amor ha pasado a nuestras manos, para realizar el mismo encargo que el Padre le hizo a él. En esta entrega nos confía dones distintos y nos hace ser distintos. Pero como todos los dones han de expresar el único don de su amor, entonces, somos distintos para ser todos uno. Nuestros distintos dones, al ser regalados, ya están referidos unos a otros para completarse en la unidad de la comunión. Pablo, que ha reflexionado mucho sobre la comunidad de dones, la ha explicado a partir del lenguaje de la gente sencilla. Nadie tiene todos los dones, porque en este caso es como si el cuerpo no tuviera más que un miembro. «Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿dónde estaría el oído? Y si fuera todo oído, ¿dónde estaría el olfato» (1 Cor 12, 17). Por tanto ningún hermano puede totalizar los dones, ni excluir los demás. Totalización y exclusión son impensables en la comunicación de los dones. Los hermanos han de reconocer que el Señor ha dado otros dones a los otros hermanos. Han de admirarlos, han de sentir la alegría de ser comple-

tados por ellos, de que la comunidad está enriquecida con muchas gracias y que puede irradiarse hacia el mundo con muchas tareas. El gozo de la pluralidad es un signo de la fraternidad del Señor. Es la confesión de que su amor nos sobrepasa, de que es siempre mayor y de que su don no se agota en el don, que cada hermano ha recibido de él en sus propias manos. Y sin embargo esta pluralidad no es un pluralismo neutro, sin ninguna medida. Puede haber dones, que no sean «según el Espíritu» y por tanto no aporten a la edificación de la comunión. Pablo al hablar de la pluralidad insiste en que sea «según el mismo Espíritu», «en el único Espíritu» (1 Cor 12, 8-9).

La unanimidad de los dones

Continuando con la imagen del cuerpo, la comunión de dones excluye no sólo la totalización, sino también el individualismo. Al recibir los dones, los hermanos corren el peligro en primer lugar del des-ligamiento. «Puesto que no soy mano, yo no soy del cuerpo»... «Puesto que no soy ojo, no soy del cuerpo» (1 Cor 12, 15.16). Es la apropiación de los carismas, como algo que le pertenece a uno y que uno mismo puede servirse de él, sin estar religado con nadie. Es la auto-suficiencia propia de la vieja humanidad, que a veces alcanza a prostituir hasta los mismos dones del Señor. Porque el des-ligamiento conduce a la des-solidarización. «No puede decir el ojo a la mano: "¡No te necesito! Ni la cabeza a los pies: ¡No os necesito!» (1 Cor 12, 21). Cuando un hermano o un grupo de hermanos se apropian sus carismas y se desligan y se des-solidarizan, empiezan a ser un cuerpo dentro del cuerpo, es decir, un quiste y luego un cuerpo extraño, que dificulta y en parte puede desintegrar la comunicación de los dones y servicios. La comunicación de los carismas, en el Espíritu del Señor, conduce hacia la unanimidad. Es decir, los miembros, alentados por un mismo aliento, comparten sus distintos servicios hacia la unidad de la fraternidad. Así la comunión de los dones se hace comunión de la vida: un-animidad, es decir, tener y ser un corazón y un alma. Lo mismo que, según veíamos antes, la comunión de la vida conduce a la sintonía de los miembros en la comunidad de los dones. También aquí conviene acentuar que la unanimidad no es la uniformidad. El cuerpo no es un miembro, ni está configurado por un miembro. Somos el cuerpo de Cristo, muchos miembros y un cuerpo, en el cual, por estar incorporados a él, nos incorporamos unos a otros, en la unanimidad plural y en el pluralismo unánime en la unidad del Espíritu.

Unos miembros de otros

«Así como nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no desempeñan todos la misma función, así también nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros. Pero teniendo dones diferentes, según la gracia, que nos ha sido dada, si es el don de profecía, ejerzámosle en la medida de nuestra fe; si es el ministerio, en el servicio; la enseñanza, enseñando; la exhortación, exhortando. El que da, con sencillez; el que preside, con solicitud; el que ejerce la misericordia, con alegría» (Rom 12, 4-8). Se trata de que cada miembro alentado por el Espíritu, aporte el latido de su vida y de su servicio al cuerpo entero, para la edificación en el amor y para el avance de la construcción en el mundo de la mesa común del reino. «Haciendo la verdad en el amor, crezcamos en todo hacia aquél, que es nuestra cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo recibe trabazón y cohesión, por medio de toda clase de junturas, que aportan el alimento según la acción propia de cada una de las partes, realizando así el crecimiento del cuerpo, para su edificación en el amor» (Ef 4, 15-16). «Que cada cual ponga al servicio de los demás la gracia que ha recibido, como buenos administradores de las diversas gracias de Dios. Si alguno habla, sean palabras de Dios; si alguno presta un servicio, hágalo en virtud del encargo recibido de Dios, para que Dios sea glorificado en todo por Jesús Cristo, a quien corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén» (1 Pe 4, 10-11).

En el Señor y en el Espíritu

La comunión de dones debe realizarse también «por Cristo, con él y en él». Porque los hermanos al recibir los dones, entre sus manos contraídas y entreabiertas, no sólo corren el peligro de apropiárselos, sino también de prostituirlos. Se hace necesario, por tanto, poner los dones en la mesa común de la fraternidad. Pero la mesa común en realidad son las manos abiertas del Señor. De la misma manera que no podemos compartir la vida de unos a otros directamente sino es «en el Señor», «en el Espíritu», así tampoco podemos compartir los dones si no es «en el Señor», «en el Espíritu». Los hermanos deben pasar sus dones a las manos del Señor, porque en realidad ellos son miembros del cuerpo del que él es la cabeza. Allí, entre sus manos, los dones se liberan de sus limitaciones y apropiaciones y, al tiempo, se recrean, de modo que sean para edificar la fraternidad y a través de ella la casa común. La clausura y la deformación, que padecían los dones en nuestras manos, al pasar a las suyas, se han superado y transcendi-

do. De este modo el Señor puede después ponerlos de nuevo en nuestras manos para que nosotros los compartamos con su Espíritu, como en la hora de la multiplicación de los panes y los peces. La comunicación de los dones entre nosotros, realizada por sus manos, sirve para que el cuerpo crezca en la unidad de la plenitud y así, proyectado hacia el mundo, puede hacer que el universo entero llegue también a su plenitud. No sólo la vida, sino también la capacidad de los hermanos se ha convertido en gracia, en don que se ofrece gratuitamente, para que el Señor lo complete con el don de los otros hermanos y así aparezca su rostro para alabanza de gloria del Padre.

d) *Todo lo tenían en común*

En la fraternidad de Jesús no se puede compartir la vida, si no se comparten los dones. Y ahora añadimos no se pueden compartir los dones, si no se comparten los bienes. A veces suele suceder, que los hermanos en torno a la mesa, creen que están compartiendo la vida en la fe, la esperanza y el amor; creen también que están compartiendo los dones y servicios, que recibieron del Señor, pero no comparten sus bienes. De lo cual resulta que al salir de la mesa del Señor, en donde están reunidos, cada hermano se va a su puesto del mundo, que está construido con el dinero, el poder y la cultura que tiene, y que por ello está situado a uno o a otro lado de la trinchera del campo de guerra. Conviene también desde el principio decir que no es posible, sin embargo, compartir los bienes, si los corazones de los hermanos no están penetrados del Espíritu del Señor y han empezado primero a compartir la vida y los dones.

Desde el cuerpo entregado del Señor

La comunicación de los bienes parte también del gesto de la entrega del Señor a la mesa. Precisamente conservamos en las cartas de Pablo un precioso documento que puede ilustrar esta dimensión del compartir, que nos proponemos ahondar: 1 Cor 11, 17-34. En la fraternidad de Corinto, la mayor parte de los hermanos son pobres, que tienen que vivir de su trabajo. Unos pocos viven mejor y no tienen que vender su trabajo, ni sujetar su vida debajo de otro. Los hermanos se reúnen a cenar, parten el cuerpo y la sangre del Señor, pero no comparten sus bienes. Pablo se asombra del sacrilegio. El no puede menos de contemplar lo que sucede desde el gesto del mismo Señor, que está a la cabecera de los hermanos. El Señor Jesús, en la noche antes de padecer, tomó pan y se lo dio diciendo: «Esto es mi cuerpo

por vosotros». Del mismo modo tomó la copa después de cenar y se la dio diciendo: «esta copa es la nueva alianza en mi sangre» (1 Cor 11, 23-25). Entre sus manos abiertas entrega «su cuerpo entregado» y «su sangre derramada». Ante los ojos de Pablo, el Señor está dando todo lo que tiene hasta el extremo de su amor. Da todo lo que tiene hasta perder todo lo que es. Todo lo que tenía lo pasó a nuestras manos. Pero no sólo se dio en el tener. Se dio en el tener, dándose en el ser. El don del ser, de su ser entregado a muerte, es el último bien que tenía. Pero este don de todo bien, del último bien, es una provocación. Al acogerlo los hermanos, están provocados a hacer lo mismo. De lo contrario están traicionando a la misma entrega del Señor. «Cuando os reunís, pues, en común, eso ya no es comer la cena del Señor; porque cada uno come primero su propia cena y mientras uno pasa hambre, el otro está harto» (1 Cor 11, 20-21).

La provocación del don del Señor

Cuando los hermanos reciben en sus manos el cuerpo y la sangre del Señor quedan enriquecidos. Tienen en su mano todos los bienes. El pan y la copa que reciben son el último bien, que convierte en bienes para compartir todas las cosas que tienen. Ante el cuerpo entregado y la sangre derramada del Señor, que tienen en sus manos, descubren, que nada de lo que tienen les pertenece. Lo mismo que el Señor tomó todo lo nuestro y nos dio todo lo suyo, así también los hermanos, que acogen todo lo que el Señor tiene y es, han de tomar como propio todo lo que tienen los otros hermanos y dar en comunión a los otros hermanos todo lo que ellos son. En primer lugar, antes que nada lo que va de mano en mano es un don. No es una interpelación, ni un mandato, ni una toma de conciencia. Lo que pasa de mano a mano es un don: todo lo que tiene el Señor, entregado hasta la pérdida de sí mismo en la muerte. Este don es la riqueza que seduce a darse de la misma manera. Recibido en las manos el tesoro, uno no tiene más remedio que vender todas las cosas con alegría grande y dárselas a los pobres, para darles la única y última riqueza. Y esto no por una norma, como una especie de «voto de pobreza», personal o comunitario, que de una vez para siempre nos despoja de los bienes, sino como una confrontación permanente, diaria, con la seducción del don de aquel que siendo rico, se hizo extremadamente pobre, para darse todo entero desde la pobreza. Pero si es un don, el que nos enriquece, es un don el que nos pro-voca. La comunidad de bienes no procede de un planteamiento económico horizontal de trabajo comunitario, para ganar más y vivir mejor. Es un gesto del Señor y de los hermanos que a él se incorporan.

Todo lo tenían en común

Los primeros hermanos han contado lo que pasó en la primera hora del evangelio, con unos trazos, muy luminosos, difuminando las sombras que ensombrecían también la situación. Tanta luz, sin mezcla de sombras, ciertamente no se dio. Los documentos lo atestiguan a renglón seguido. Pero relatan unos hechos, que tienen un fondo histórico, al menos como semilla, que empieza a germinar. «Todo lo tenían en común» (Hech 2, 44). Si todo lo tienen en común, es que la conciencia de la propiedad privada se ha resquebrajado. La gracia ha conmovido el suelo tan sólido de este mundo, que se construye sobre la propiedad de los medios de producción, medios que se tienen en propiedad privada y absoluta. «Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era común entre ellos» (Hech 4, 32). El Señor resucitado, sentado a la mesa con ellos, les ha dado la gracia, que conmueve hasta sus cimientos no sólo el ser y el poder de los hermanos, sino hasta su tener. Es entonces cuando aprenden a compartir entre las manos del Señor por un camino, que anticipa la mesa del Padre. En una familia de hermanos, cuando preside el padre y alienta su amor, cada uno aporta según puede y recibe según necesita. Aportar según las posibilidades y recibir según las necesidades era el camino que los hermanos emprendían, en medio de un mundo radicalmente distinto y contrapuesto. «Vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno» (Hech 2, 45). «No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, y lo ponían a los pies de los apóstoles y se repartía a cada uno según su necesidad» (Hech 4, 34-35).

Mesa que anticipa la plenitud

Estos textos, aunque coloreados con demasiada luz, expresan sin embargo un hecho. Las primeras fraternidades pretendían caminar hacia este propósito. La comunidad de corazones que les hace ser un alma y la comunidad de dones, que les hace ser un cuerpo, no es verdaderamente real y transformante, si no va indisolublemente unida a la comunidad de bienes, en torno a la mesa común. Una mesa que no sólo está puesta para los pocos hermanos, que se reúnen en una casa, sino para todos los hermanos extendidos por toda la tierra y en especial para los pobres, que caminan a lo lejos (2 Cor 8, 1-9, 15). Se trata de avanzar por el camino de la seducción la mesa compartida del reino, donde el pan se comparta igualmente para todos y no haya necesidad. El Señor que se ha empobrecido dando todo lo que tenía y

lo que era es la fuerza para intentar compartir, aun desde la extrema pobreza, lo que se necesita para vivir. «Al presente, vuestra abundancia remedia su necesidad, para que la abundancia de ellos pueda remediar también vuestra necesidad y reine la igualdad, como dice la Escritura: el que mucho recogió, no tuvo de más, el que poco, no tuvo de menos» (2 Cor 8, 14-15; cf. Ex 16, 18). Es así como aparece por los caminos del mundo la mesa que anticipa la plenitud del reino. Cuando el tener para sí de los otros se ha desarticulado, y en torno a una misma mesa los hermanos extienden las manos rompiendo las barreras y desarticulando la construcción de la sociedad, provocados y seducidos por la gracia, entonces se puede ver y palpar la comunión, que no es de este mundo, pero que ya lo está transfigurando. La fraternidad de la gracia convierte en gracia no sólo el ser, sino el tener y el poder. Por eso es el fermento de los nuevos cielos y la nueva tierra, en ella iniciados, para irradiarse hasta los confines de la tierra.

El Amor, única fuerza de este compartir

Conviene para terminar estas páginas sobre la comunión de la gracia, insistir por última vez, en lo que hemos venido repitiendo como un estribillo. La comunidad de vida y la comunidad de dones y la comunidad de bienes, parten de las manos abiertas del Señor, que se da a sí mismo en la mesa, en la llama de amor viva de su Espíritu. La última novedad de la fraternidad es el Don, el Carisma, la Gracia, en singular y con mayúscula, es decir, el Espíritu del Amor del Padre, entregado por manos de su Hijo amado para recrear la humanidad y la tierra en alabanza de gloria de su gracia. Sin esta Gracia es imposible esta comunicación con su anchura, altura y profundidad. Todo nace de aquella Gracia, que es la fuente y la fuerza. Puedo intentar la comunidad de vida: si no tengo amor, no edifico la fraternidad, ni me incorporo vitalmente a ella. «Aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad nada soy». Puedo intentar la comunidad de dones, pero si no tengo amor, no aporto nada. «Aunque hablara las lenguas de los ángeles y los hombres, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe». Puedo intentar la comunidad de bienes, pero si no tengo amor, nada nuevo edifico. «Aunque repartiera todos mis bienes a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha» (1 Cor 13, 1-3). La raíz y la fuente de la comunión de la fraternidad está en el amor de la gracia del Señor, que «disculpa sin límites, cree sin límites, espera sin límites, soporta sin límites». «El amor no pasa nunca» (1 Cor 13, 7-8).

17

La Iglesia de la liberación

Ya hemos descubierto las pequeñas comunidades cristianas en el ancho y sombrío marco del imperio romano. Las hemos visto hacia dentro, pero ahora quisiéramos ver su camino hacia fuera. Por de pronto hay dos hechos que nos sorprenden. En primer lugar, se hallan en los márgenes de la sociedad. Son comunidades que están arraigadas en el mundo de los pobres, que entonces, como hoy, es el mundo del campo y el mundo del suburbio. Allí viven y caminan. En segundo lugar, casi todas ellas están perseguidas por los que llevan la marcha de aquel mundo. La persecución crece al entrar en la segunda mitad del siglo primero. Y hay un momento en que parecen estar condenadas a muerte. Este hecho significa que su camino, aunque apenas se perciba, resulta molesto e insoportable para los que han de guardar el orden establecido. Estos dos hechos, vistos desde fuera, nos ayudarán a adentrarnos nada menos que en tres de las huellas del Señor, por donde caminan las primeras comunidades: la encarnación, la liberación y el martirio.

1. *La fraternidad de los pobres*

Al contemplar el camino del Señor, vimos cómo bajó desde el seno del Padre a las partes más bajas de la tierra. Y esto no en un gesto de una hora, sino en un gesto continuo de todo el camino, de modo que cuando alcanzó el abismo de la pobreza y de la abyección fue precisamente en el abandono de la cruz. El Cristo resucitado, que es el Cristo pobre y crucificado en toda la fuerza de su ternura, continúa pasando por los lugares marginales de la tierra para llamar a los hermanos en su seguimiento. Este paso explica que la mayor parte de los hermanos que se reúnen en las pequeñas fraternidades son pobres. En su mesa, como veremos, no se sientan sólo los pobres, sino todos,

incluso los ricos, pobres también, que se han dejado seducir por su gracia. Las comunidades son la prueba de que la misericordia entrañable del Señor ha tirado todas las barreras de la tierra encadenada, que separaban a los hombres y que ahora todos pueden ser uno. Y, sin embargo, constatamos de hecho que la preferencia del Señor por los pequeños ha encontrado en estos una respuesta de fe y de amor. El Señor en su locura y en su debilidad se ha dejado encontrar y ha sido encontrado por los débiles y necios del mundo.

Lo bajo y despreciable del mundo

«¡Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados! Entre vosotros no hay muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos de la nobleza. Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir a lo fuerte. Lo bajo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada a lo que es. Para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios. De él os viene que estéis en Cristo Jesús, al cual hizo Dios para nosotros sabiduría, justicia, santificación y liberación. A fin de que como dice la Escritura: el que se gloríe, que se gloríe en el Señor» (1 Cor 1, 26-31).

Este texto, uno de los primeros escritos del nuevo testamento, retrata en toda su realidad la situación marginal de las primeras comunidades, extendidas por el imperio. Los hermanos, que se sientan en torno a la mesa del Señor, pertenecen a los estratos más bajos de la sociedad. Pablo los retrata como «débiles», «des-validos» y «necios». Estos rasgos sólo se entienden desde sus contrarios. Hay débiles y pobres, porque hay ricos y fuertes; hay desvalidos, porque hay poderosos; hay necios, porque hay sabios, intelectuales y escritores. Tanto en el mundo judío, como en el mundo helenístico, lo que cuenta es el tener, el poder y el saber. Pero tanto el poder, como el saber, no se pueden dar si no es sobre la base del tener. Por eso los hermanos, que siguen al Señor en su Iglesia, son de aquellos que ni tienen, ni pueden, ni saben. Son seguramente gentes del pueblo pobre y trabajador. Pero Pablo subraya todavía más su pobreza. Les llama «lo despreciable», «lo que no es». Posiblemente nos encontraremos aquí no sólo con los hombres pobres del mundo del trabajo, sino también con los hombres des-validos del mundo del dolor y de la extrema marginación. Estos son «los últimos», que han pasado a ser «los primeros» (Mt 19, 30).

Los pequeños, que estaban al margen

Esta impresión se nos confirma no sólo en las comunidades de Pablo sino también en aquellas que retratan los evangelios sinópticos y el evangelio de Juan. Lucas, que escribe el evangelio para fraternidades del mundo de los pobres, situadas en los suburbios de las ciudades, refleja bien a los hermanos que en ellas se congregan. Los ricos han sido también invitados. Pero acoger la invitación a la mesa compartida supone tener algo que perder, algo importante de lo que se tiene. Pueden ser los bienes de la riqueza o las relaciones sociales. Por ello se excusan. ¿Quiénes son, entonces, los que vinieron a la mesa común? Los que estaban en los márgenes, a las afueras, más allá incluso de donde están los pobres trabajadores y honrados, cuya vida se integra en los mecanismos del mundo, aunque sea como herramienta de trabajo. En la fraternidad del Señor están de modo especial «los pobres, los lisiados, los ciegos y los cojos» (Lc 14, 21). Pero los pobres suelen ser al tiempo los ignorantes, los que no tienen la formación religiosa de la ley, ni la educación griega de la buena ciudadanía. La palabra de Mt 11, 25 es como un documento que lo constata: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y a los entendidos y se las has revelado a la gente sencilla». Los sabios han visto la luz, pero se han cegado. Estaban mirando hacia dentro, hacia su propia sabiduría. Los humildes tenían una mirada más limpia y acogedora y se dejaron encontrar. «¿Vosotros también os habéis dejado engañar? ¿Acaso ha creído en él algún magistrado o algún fariseo? Pero esa gente que no conoce la ley son unos malditos» (Jn 7, 47-49).

La carta de Santiago nos retrata esta misma situación, pero en forma de disputa. Las pequeñas fraternidades, ya desde la primera hora del evangelio, están también seducidas por la riqueza. Por eso no es de extrañar que cuando algún rico se acerca a ellas y viene a la casa donde están reunidos, se tenga con él un trato especial. Se admira su vestido lujoso y su anillo de oro y no se consiente ni que esté de pie ni que se siente en el suelo. Se le cede uno de los mejores puestos. El documento grita ante este hecho que contradice frontalmente la mesa compartida del Señor. «Hermanos míos, no entre la distinción de personas en la fe que tenéis en nuestro Señor Jesús Cristo glorioso. Supongamos que entra en vuestra asamblea un hombre con un anillo de oro y un vestido espléndido, y entra también un pobre con un vestido sucio y que dirigís vuestra mirada al que lleva el vestido lujoso y le decís: "Tú, siéntate aquí en un buen lugar". Y en cambio al pobre le decís: "Tú, quédate de pie". O "siéntate a mis pies", ¿No sería esto hacer distinciones entre vosotros y ser jueces con criterios malos? Escuchad, hermanos míos queridos, ¿acaso no ha escogido Dios a los

pobres según el mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino, que prometió a los que le aman? ¡En cambio vosotros habéis despreciado al pobre! ¿No son acaso los ricos, los que os oprimen y os arrastran a los tribunales? ¿No son ellos los que blasfeman el hermoso nombre, que ha sido invocado sobre vosotros?» (Sant 2, 1-7).

Los pobres pasan a ser
pobres del Señor para el servicio

El Señor Jesús ocupa en la mesa el último puesto, que nadie le puede arrebatar. Está más abajo todavía de los pobres. Y está allí con las manos extendidas en la ofrenda de su gracia. El siervo pobre y crucificado es la seducción, que arrastra a todos, pobres y ricos, a descender mucho más abajo de donde están, para hacerse pobres con la pobreza de la gracia y desde allí compartir y caminar. Según acabamos de mostrar, en la fraternidad hay muchos hermanos que «no tienen ni son nada». Pero no están en el último lugar del Señor. Aún les falta algo. Han de bajar a la pobreza de su gracia. De «pobres», han de convertirse en «pobres de corazón» (Mt 5, 3), para entrar en la mesa del reino. Basta tener poco, muy poco o no tener nada y quererlo tener o imaginarse que se tiene, para caer en la idolatría y en la opresión. El pobre está también entregado a los ídolos y pisa al que está por debajo de él. La pobreza de la marginación no es de suyo la pobreza de la gracia. Los pobres, al igual que los ricos, idólatras y ambiciosos, viven también en la arrogancia y marginan y excluyen a otros. El encuentro con el Señor les hace descubrir que son amados entrañablemente, con una decidida preferencia. Entonces, seducidos por este amor, bajan a las manos del Señor, para existir sólo desde la gracia, la última forma de la pobreza. Todo es gracia y todo han de acogerlo y compartirlo en gracia. De una manera paradójica los pobres del Señor han sido enriquecidos. Pasados a los primeros puestos de la mesa, son hijos y herederos en el Primogénito, pero al tiempo han de ser servidores con él. También ellos, alcanzados por la seducción de Cristo, servidor pobre y humilde, han de despojarse del tener, del poder y del saber de este mundo (Mt 10, 9-10. 16-19.37-39) para compartir con él el servicio a la mesa y a la marcha de la fraternidad. En este sentido los pobres han pasado a ser los primeros, pero no en la riqueza, el poder y el saber, sino en el servicio. Los pobres, que han consentido ser «pobres de corazón», son los primeros en servir.

Los ricos, convertidos en pobres del Señor, dejan paso a los pobres

A la mesa de la fraternidad vienen también «los que tienen y son algo». Poco o mucho, pero algo. También ellos no tienen más acceso que la pobreza de la gracia, según dijimos. Cristo en sus pobres es la puerta por donde entran a tomar parte en la mesa compartida, acogiendo la gracia, que les alienta a despojarse y a compartir. La comunión de la gracia, de la que veníamos hablando, lleva consigo el despojo del tener, del poder y del ser.

Dejar paso a los pobres en la comunidad de bienes. Los pobres son los hermanos más entrañados en Cristo, el Señor. Por ello, cuando los demás hermanos acogen en sus manos el pan y la copa, inmediatamente son enriquecidos y provocados, para que entreguen a los pobres, lo que no necesitan para vivir. De lo contrario se comen su condenación (1 Cor 11, 29). Los pobres son miembros de la cabeza. Cuando los demás hermanos existen desde Cristo, desde su gracia, entonces comparten lo que tienen con los pobres de cerca (Hech 2, 45; 4, 34-35) y con los pobres de lejos (2 Cor 8-9). Los que tienen algo, acaban en verdad de ser hermanos a la mesa, cuando lo han compartido con los que no tienen, de modo que no haya ningún pobre y que todos compartan con equidad el mismo pan.

Dejar paso a los pobres desde la comunidad de dones. No basta sólo con despojarse del tener, sino que en la mesa los hermanos son provocados a despojarse del poder. Hasta del «poder espiritual», que nace ya no de la posición en el mundo, sino de los dones recibidos del Señor. Pues los hermanos se pueden creer «levantados» por sus carismas milagrosos y deslumbrantes (1 Cor 12, 8-10) y, sin embargo, están «abajados» en sus obras: roban, fornican y matan (1 Cor 6, 8-10). Es necesario despojarse de todo poder. Y como Jesús es el siervo de la gracia y los más pobres están entrañados en él, los hermanos en sus disputas por el tener y el poder, deben poner como jueces a «los más despreciables de la Iglesia» (1 Cor 6, 4), para que anticipen el juicio final, donde este mundo quedará desarticulado (Mt 25, 31-46).

Dejar paso a los pobres desde la comunidad de vida. El encuentro con la pobreza de la gracia, obliga a los que se entregan a ella a dejar de ser para sí mismos y a ser ofrenda de gracia para todos y sobre todo para los pequeños. Cuando los hermanos creen que el latido de su vida es más fuerte y aporta más, corren el riesgo de creerse alguien, y ser altaneros. La «altanería» no sólo procede de las riquezas de este mundo (1 Tim 6, 17-18), sino también de los dones del Señor (Rom 12, 16). Pero cuando los hermanos se sientan con él a la mesa descubren que el latido más fuerte de la vida lo aportan los miembros más débiles, que son los más necesarios (1 Cor 12, 22-24). Así al pasar

a manos del Señor y a la pobreza de su gracia no sólo hay que ponerse al nivel de los pequeños, sino consentir hondamente con ellos y desde ellos (Rom 12, 16).

La dinámica de la comunión ha redimensionado la comunidad desde los últimos. En efecto, la fraternidad de la gracia es la fraternidad de los pobres, porque todos, grandes y pequeños, han sido seducidos por la pobreza de la gracia y han de bajar al puesto último, desde donde comparten y caminan en el Señor. Desde aquí la fraternidad se ha universalizado. La fraternidad de los pobres es la fraternidad universal. Todos caben a la mesa, pero no conservando en propiedad su riqueza, su poder y su ser, sino convirtiéndolos en gracia para todos, empezando por los pequeños. De este modo queda excluida toda idolatría y opresión, toda arrogancia y marginación. Y es cuando aparece en medio de ellos el Señor como la justicia, la liberación y la sabiduría, que puede desarticular este mundo que se cree ser, reduciéndolo a la nada, porque ha sido recreado para la nueva humanidad en la nueva creación. Así comprendemos cómo la fraternidad de la encarnación para la comunión o de la comunión desde la encarnación, pueda ser, detrás de su Señor, la fraternidad de la liberación.

2. *La fraternidad de la liberación*

Precisamente en torno a la mesa compartida en medio de los pobres es donde se oyen con toda su fuerza los gritos por la liberación. Es porque el Señor preside la mesa y encabeza la marcha. El, sentado a la derecha del Padre y a la cabeza nuestra, ha recibido el encargo y la fuerza para terminar de reunir la familia de hermanos y terminar de hacer de los cielos y la tierra una casa común y una mesa compartida donde se sienten todos y los pobres sean los primeros. El va abriendo los caminos de la liberación para la fraternidad hacia la plenitud (1 Cor 15, 25-28; Ef 1, 20-23). El es la gracia, la vida, la justicia, la libertad, la verdad, la paz, la creación nueva. Por eso cuando parte entre sus manos el pan y la copa, dándose por entero a sí mismo, su gracia hace a los hermanos cobrar más conciencia de las cadenas del pecado, y su vida les hace sentir con más pesadumbre las cadenas del dolor, y la justicia y la libertad suyas les hacen sentir más hondamente los gritos de la creación, que está esclavizada por la injusticia y la opresión. «Sabemos, dicen, que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto» (Rom 8, 22). El universo entero en su historia grita con una espera viva y angustiosa, esperando que la fraternidad de los hijos, que viven del amor del Señor, acabe de aparecer y de arrancar sus cadenas, de modo que la casa común también se construya desde la libertad gloriosa de los hijos, libres

para servir y compartir (Rom 8, 19.21). En la mesa donde se parte la cena del Señor, los hermanos sienten que la humanidad grita, que grita el universo, que grita la historia porque les está esperando a ellos, que son presencia de su Señor, el Cristo libertador.

Ellos tampoco han llegado plenamente a la liberación para la fraternidad. También ellos gimen en su interior anhelando el rescate de su existencia entera, la redención del cuerpo (Rom 8, 23). Pero ellos son primicias del que es «la primicia», el crucificado Señor de la gloria, el Hombre nuevo, que ha inaugurado la nueva humanidad para la nueva creación (1 Cor 15, 20.22). La fraternidad tiene «las primicias del Espíritu» (Rom 8, 23), que le incorpora al Señor y le alienta tras él hasta la consumación del reino inaugurado en la pascua. Por eso la familia de sus hermanos no puede ser un recinto de bienaventurados entusiastas, que verticalmente se evaden de la tierra encadenada, porque han sido transportados a la otra tierra, que es la venidera. Al contrario, el Señor cuando recorría los caminos, les habló de luz en las sombras, de levadura en la masa, de grano en el surco, de sal en la tierra. Esto significa que la Iglesia, por ser la Iglesia del Señor, que es el Señor del mundo, entronizado para realizar en él la mesa común del reino del Padre, ha de hacerse a los caminos de la liberación entre angustias y esperanzas.

a) *La liberación del pecado*

Las primeras comunidades siguen de cerca los mismos pasos del Señor, que las encabeza avanzando el camino, que ellas han de recorrer. Por eso no nos extraña ya que sus gestos de liberación no pretendan en modo alguno legitimar la integración del bloque dominante, ni tampoco la revolución del bloque dominado. Ninguno de los dos gestos alcanza las últimas cadenas y por tanto la última, radical y entera liberación.

Todos bajo el pecado

Los primeros hermanos descubren en la presencia de su Señor resucitado que la cadena más honda que esclaviza la humanidad y el universo en su historia es el pecado, la idolatría, que se ha convertido en opresión (Rom 1, 18-3, 20). Todos, judíos y griegos, ricos y pobres, sabios e ignorantes, «todos están bajo el pecado» (Rom 3, 10; 11, 32). Pablo empalma las palabras de los salmos para describir esta situación de las raíces. «No hay quien sea justo, ni siquiera uno solo. No hay un sensato, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a

una se corrompieron, no hay quien obre el bien, no hay siquiera uno. Sepulcro abierto es su garganta, con su lengua urden engaños. Veneno de serpientes bajo sus labios; maldición y amargura rebosa su boca. Ligeros sus pies para derramar sangre; ruina y miseria son sus caminos. El camino de la paz no lo conocieron, no hay temor de Dios ante sus ojos» (Rom 3, 10-18; cf. Sal 14, 1-3; 5, 10; 140, 4; 10, 7; 36, 2; Is 59, 7-8). Esta cadena última del pecado personal, comunitario y cósmico amenaza con la última destrucción.

Jesús, el Señor, el libertador de nuestros pecados

Las primeras fraternidades tenían especial predilección por descubrir al Cristo salvador y redentor, es decir, libertador, desde los primeros momentos de su vida. Proyectaban hacia atrás la claridad de la pascua. En el evangelio de la infancia, Zacarías canta porque «el Señor ha visitado y redimido a su pueblo, suscitándonos una fuerza de salvación». «Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos»... «realizando la misericordia que tuvo con nuestros padres, recordando su santa alianza» (Lc 1, 68-69.71-72). Por la misericordia entrañable nos ha concedido «el perdón de los pecados» (Lc 1, 77-78). El Hijo amado del Padre, el Emmanuel, ya fue anunciado antes de ser engendrado en la carne, como Jesús «porque él salvará al pueblo de sus pecados» (Mt 1, 21). Y cuando apareció en el pesebre, los ángeles anunciaban que nos había nacido «un salvador, el Mesías, el Señor» (Lc 2, 11), cuya salvación era «luz para alumbrar a las naciones y gloria de su pueblo Israel» (Lc 2, 32). Así veían los primeros hermanos, a la luz de la pascua, los primeros pasos de su camino. Le estaban contemplando desde la travesía del madero, cuando el Padre le resucitó y le entronizó para darnos la liberación, la definitiva y total liberación. «Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado» (Hech 2, 36; cf. 2, 23). «A este le ha levantado Dios con su mano derecha como Jefe y Salvador, para conceder a Israel la conversión y el perdón de los pecados» (Hech 5, 31). Es Jesús, el Salvador (Hech 13, 23). El Hijo enviado y entregado ha sido entronizado sobre nosotros, para terminar de realizar la familia de hermanos y la mesa común. Por eso, porque él va a la cabeza del pueblo hacia la tierra, es el Cristo. Y porque hace las veces del Padre, es el Señor. Pero en su camino realiza la liberación, que es el don de la gracia, para arrancar con el perdón la última cadena del pecado, en la medida que los hermanos acojan su misericordia en la obediencia de la conversión. Jesús, el Cristo, el Señor es el salvador, el libertador de nuestros pecados.

Continúa anunciando el evangelio por sus apóstoles

Nos encontramos por el mismo camino. En la primera hora Jesús, el peregrino que recorría los senderos, anunciaba como mensajero el evangelio del reino del Padre como aurora del perdón. Pero ahora el reino ha empezado ya en su pascua. El reino lo está realizando él, como Cristo muerto y resucitado, que reúne la familia y prepara la mesa común. Ahora, cuando los apóstoles, sus mensajeros, anuncien el evangelio, anunciarán el «evangelio de Cristo». Para avanzar tras él la obra de la liberación para la fraternidad no se puede hacer otra cosa que la que él hizo, es decir, poner su gracia donde estaba el pecado. El anuncio del evangelio es el don mismo de la gracia, «la fuerza de salvación» (Rom 1, 16). Pero ¿quién lo anuncia? Lo anuncian sus apóstoles, testigos y enviados. «Id por todo el mundo y predicad la buena noticia a toda la creación» (Mc 16, 15), «hasta los confines de la tierra» (Hech 1, 8). «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos» (Mt 28, 18-19). Pero los apóstoles son sus representantes, no los que le representan, sino aquellos en los que él se hace presente. «Yo estoy con vosotros» (Mt 28, 20). «Ellos salieron a predicar por todas partes, co-laborando el Señor con ellos» (Mc 16, 20). Es el mismo Señor quien anuncia el evangelio en los labios de los apóstoles. «Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios os exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡Reconciliaos con Dios!... Mirad ahora es el instante favorable! ¡Ahora es el día de la salvación»!» (2 Cor 5, 20; 6, 2). Es el Señor mismo, el libertador, el que continúa saliendo por los senderos de la humanidad y de la tierra encadenadas.

El evangelio es el Cristo entregado por nuestros pecados

Los apóstoles y las fraternidades con ellos anuncian el evangelio del reino de Dios (Hech 8, 2; 14, 21-22; 19, 8, etc.), que es el «evangelio de Jesús» (Hech 8, 35; 17, 18), «del Señor Jesús» (Hech 11, 20). Es, como repite también Pablo, el «evangelio de Cristo» (Rom 15, 19-20; 2 Cor 2, 12, etc.), el evangelio «de la gloria de Cristo» (2 Cor 4, 4) de su «insondable riqueza» (Ef 3, 8). Es el Cristo de la pascua, muerto, resucitado y entronizado. «Porque os trasmití en primer lugar lo que yo a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras» (1 Cor 15, 3-4). La buena noticia de la paz, que es Jesús Cristo el Señor de todos, anuncia y realiza toda su entrega «por nosotros», «por nuestros pecados». El Padre le ungió con el Espíritu y pasó

haciendo el bien, liberando a los oprimidos por el diablo... pero le «llegaron a matar colgándole de un madero. A éste, Dios le resucitó al tercer día»... y «está constituido juez de vivos y muertos» (Hech 10, 36.38.39-40.42). «El testimonio de los profetas es unánime, que todo el que cree en él alcanza, por su nombre, el perdón de los pecados» (Hech 10, 43). En el anuncio del evangelio, es el mismo Señor, en toda su entrega pascual, quien sale al encuentro de los hombres, para darles el perdón de su amor, el Espíritu santo (Hech 2, 38). El anuncio de la palabra es el gesto primero de la liberación. Es poner su gracia, convertida en perdón, allí donde está el pecado, rompiendo así las argollas últimas que oprimen a los hombres en la humanidad y en el mundo. Evangelizar a Jesús es originariamente liberar con la liberación más radical. Por eso la palabra es «palabra de liberación», «palabra de salvación», la gracia convertida en perdón de los pecados. «A vosotros ha sido enviada esta palabra de salvación» (Hech 13, 26; 11, 14), «el evangelio de la gracia de Dios» (Hech 20, 24).

El evangelio ofrecido a todos para la conversión

Jesús el Señor se anuncia y se da a sí mismo, en su Espíritu, cuando los apóstoles recorren los caminos del mundo. Y su mensaje va destinado a todos. A todos los que el pecado estaba esclavizando, a todos se destina el don de su misericordia entrañable. El evangelio es una «fuerza de salvación para todo el que cree, primero para el judío y también para el griego» (Rom 1, 16). Los mensajeros han salido por todos los caminos del universo. En primer lugar se encontraron con los judíos, aquellos hermanos que habían conocido ya la misericordia de la alianza antigua, luego con los griegos, aquellos hermanos que estaban todavía entregados a los ídolos de este mundo. Pero judíos y griegos están cerrados al amor. «Todos pecaron y están privados de la gloria de Dios». Su humanidad está esclavizada y rota. Ahora bien, en el Cristo entregado en el madero y resucitado de entre los muertos ha aparecido la gracia «gratis», «por su gracia», «en su sangre» (Rom 3, 23.24.25). Y al aparecer el señorío de la gracia él se aparece a nuestros ojos, como el Hombre nuevo, Hijo obediente y siervo entregado, que arranca la esclavitud de la idolatría y de la opresión, haciendo posible, por su entrega, que se arranquen las cadenas del pecado, que atan a los hermanos y así estos se adentren en la liberación para la fraternidad. En este don de la gracia, aparecida en el evangelio, los judíos verán el cumplimiento de la promesa de la alianza (Hech 3, 18; 13, 27.33, etc.) y los gentiles descubrirán el rostro de la gracia, que a tientas añoraban, buscando el dios desconocido (Hech 14, 15-17; 17, 22-31; 1 Tes 1, 9-10). El evangelio se entrega,

pues, a todos. Es un don. Se regala, pero no se impone. Los hombres podrán acogerlo o rechazarlo. Si lo «escuchan» (Hech 2, 22.37) y lo «aceptan» (Hech 8, 14) y lo «obedecen» (Hech 6, 7), entonces, mediante el bautismo, el amor del Padre se derrama, por manos de Jesús, en sus corazones, en el Espíritu Santo que se les entrega (Rom 5, 5-11). En la «obediencia de la fe» (Rom 1, 5), los que creen se salvan y se salvarán (Mc 16, 16). Los que no creen se pierden. Porque el don de la última gracia del Señor es el que libera la gracia primera que el hombre es, para que alcance la vida. Pero rechazada la plenitud de la gracia, la gracia de la creación cerrada y apoderada de sí, se desintegra en la muerte (2 Cor 2, 15). Por eso en el mensaje de los apóstoles, como en el de la primera hora de los caminos de Galilea, se añade al anuncio de la buena noticia, una invitación a la conversión. «Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesús Cristo, para remisión (liberación) de los pecados y recibiréis el don del Espíritu santo. Pues la promesa es para vosotros y para vuestros hijos y para todos los que están lejos, para cuantos llame el Señor Dios nuestro» (Hech 2, 38-39).

La liberación para la filiación y la fraternidad

Cuando los hermanos acogen la gracia del evangelio, ¿qué sucede en sus entrañas?: la liberación para la fraternidad. «Todo el que comete pecado es un esclavo». Pero «si el Hijo os da la libertad, seréis realmente libres». «Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8, 34.36.32). «Hermanos, habéis sido llamados a la libertad» (Gál 5, 13). «Cristo nos ha liberado para la libertad. Manteneos pues firmes y no os dejéis oprimir de nuevo bajo el yugo de la esclavitud» (Gál 5, 1; cf. 4, 26.31). «El Señor es el Espíritu y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad» (2 Cor 3, 17). Efectivamente, el Señor con su Amor es «el Libertador», que realiza la alianza borrando los pecados (Rom 11, 26.27). Acoge a los hermanos entre sus brazos extendidos en la cruz, y la fuerza de su Espíritu les arranca las cadenas del pecado, que conduce a la muerte. El hombre viejo, cerrado en la idolatría y la opresión, ha sido crucificado con Cristo y se ha desintegrado la existencia del cuerpo del pecado. Así hemos dejado de ser esclavos del pecado que nos dominaba dentro y fuera, en su señorío (Rom 6, 6). Y el Espíritu de la vida en Cristo nos adentra más hondamente en la comunión con él, (Rom 8, 2). Dejamos de ser esclavos para ser hijos en el Hijo y hermanos en el Hermano, en la unidad del Espíritu santo (Gál 4, 4-7; Rom 8, 14-17). «Es el mismo

Espíritu el que da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios y, si hijos, también herederos» (Rom 8, 16-17). Estamos alcanzando la última radicalidad de la liberación, que sucede entre las manos de Jesús el Señor.

Antes éramos esclavos de un amo, que nos dominaba; ahora hemos empezado a ser hijos. Antes éramos menores de edad, bajo la vara de un pedagogo, ahora hemos pasado a la intimidad de los hijos mayores. Antes éramos extraños y forasteros, ahora hemos entrado en casa para formar parte de la familia, como «familiares» del Padre, es decir, como la familia de sus hijos, que son hermanos, en torno a la misma mesa. En realidad el Señor nos ha arrancado del señorío de la esclavitud para hacernos pasar al hogar de la libertad. Estábamos bajo las cadenas del pecado, que nos imponía el príncipe de este mundo, cuya fuerza le entregamos nosotros y cuyo poder recaía sobre nosotros para la muerte (Ef 2, 1-3). Pero el Padre de la misericordia entrañable, por el gran amor con que nos amó, nos abrazó entre los brazos de su Hijo, muerto, resucitado y sentado a su derecha (Ef 2, 4-6). Fue así como «nos liberó del señorío de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la liberación, el perdón de los pecados» (Col 1, 13-14). Por el Hijo, con el Hijo y en el Hijo, en el mismo Amor de su Espíritu, entramos en la casa del Padre, como hombres nuevos, libres y hermanos, hechura de su gracia (Ef 2, 16-19). Allí se tiran todas las barreras, las del dinero y el poder, las de la raza y la cultura, hasta las de la misma fe. Los «hijos de la familia», son «hermanos unos de otros», formando una sola persona, un cuerpo. «En efecto, todos los que habéis sido bautizados en Cristo Jesús, os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego, libre ni esclavo, hombre ni mujer, porque todos sois uno en Cristo» (Gál 3, 26-28; Rom 10, 12; 1 Cor 12, 13). «Despojaos del hombre viejo con sus obras y revestíos del hombre nuevo... según la imagen del que le creó, donde no hay judío ni griego, circuncisión o incircuncisión, bárbaro ni escita, esclavo ni libre, sino Cristo es todo y en todos» (Col 3, 9-11; Ef 4, 24).

La liberación del pecado es una nueva creación

Las primeras comunidades anuncian incansablemente el evangelio, en el que el mismo Señor se da en su Espíritu, que es la libertad. La liberación de las raíces consiste, efectivamente, en la nueva creación. El Espíritu del Señor, que nos da la libertad, nos da al tiempo la filiación y en ella y por ella la fraternidad. Porque el evangelio no es sólo palabra que a-nuncia y con-voca y re-úne. El evangelio es sobre todo comunión compartida, comunión en el Espíritu del Resucitado,

que nos hace hijos y hermanos, para sentarnos a la misma mesa, como servidores unos de otros. La liberación nos arranca la idolatría con el amor que nos constituye en la filiación, y la opresión con el amor que nos alienta para el servicio. De esclavos a hijos, de enemigos a hermanos, de opresores a siervos. Esta liberación para la fraternidad es la que innova la humanidad y el universo. Mientras los hombres no se hayan hecho hombres nuevos por la acogida de la gracia, nada nuevo sucederá en la historia. Todo movimiento de liberación sacudirá superficialmente la capa de la esclavitud, será un recambio en el señorío del mundo. Pero la acogida de la gracia nos con-vierte en hermanos para servir, para darnos a muerte, para perdernos. Es una liberación para la pérdida (cf. Mt 10, 39; Lc 9, 24; Jn 12, 25) de la que fructificará la espiga de la fraternidad y el pan partido sobre la mesa del mundo. Porque el Señor, como salvador y libertador, avanza a través de su fraternidad hacia la entera liberación de la historia de todas las esclavitudes. En principio la liberación última y total ha empezado ya a suceder en el corazón de los hermanos y en las entrañas de la fraternidad.

b) *La liberación del dolor*

Cuando Jesús recorría los caminos de Galilea, intentó arrancar todas las cadenas que esclavizaban a los hermanos y a la tierra por donde caminaban. Ya descubrimos, cómo a raíz de la cadena del pecado, brota la cadena de la muerte que se anticipa en el dolor. El dolor es una des-integración. Los hombres se destrozan, se rompen y poco a poco se mueren. Pero, cuando contemplábamos esta cadena del dolor y de la muerte, decíamos que para el hombre antiguo, no es sin más un simple problema de enfermedad, el hecho de que la vida enferma, decrece y se arruina. Ante su mirada la enfermedad está en relación con la situación social y ésta a su vez, en relación con las fuerzas más hondas que configuran el mundo. De una manera sencilla podríamos decir que los hombres están «rotos», por que están «tirados» y que están «tirados», porque están «rotos». Pero a su vez están «tirados» y «rotos», sin que apenas podamos hacer nada contra ello, porque «el mundo está roto», está dominado por la fuerza de la destrucción, a la que unos llaman destino y otros demonios. Es sencillamente la fuerza de la des-integración, que según veíamos ha nacido del hombre, pero que ha llegado a la toma del poder en el mundo y ahora retorna sobre el hombre destruyéndole.

Jesús, el Señor, continúa su camino

Las primeras comunidades cristianas, situadas en los márgenes de la sociedad, en los pueblos y en los barrios bajos de las ciudades, se han visto envueltas por este mundo de la marginación y de la miseria. Son «los pobres», «los enfermos», «los mendigos», en fin «los endemoniados», porque en el fondo toda forma de pobreza y de dolor es una consecuencia de la opresión del príncipe de este mundo. Son «los dominados» y «los oprimidos por el diablo» (Hech 10, 38). Cuando el Señor empezó a dar la buena noticia del reino, con la misericordia entrañable del Padre, que en él aparecía, reunió a los hermanos en torno a la mesa compartida pero, según vimos, la gran señal de esta aurora no era sólo que los hombres se hermanaban en una familia, en torno a la mesa común, sino que los pobres pasaban a los primeros puestos. De este modo el viejo mundo, quedaba desarticulado. Desde la basura empezaba a brotar la creación nueva, que nacida en el corazón de los hombres avanzaría arrancando todas las cadenas y tirando todas las barreras. La pregunta que nos hacemos es sencilla. ¿Continuaron las primeras comunidades pisando también sobre estas huellas de liberación marcadas por el Señor? ¿Se dedicaron al servicio de los pobres? ¿Cómo lo hicieron? ¿Qué pretendían en su servicio?

Según hemos explicado, el camino del Señor de antes de pascua se continúa en el camino de después de pascua, una vez iniciada ya, al menos en él, la victoria final del amor. Y como es el mismo Señor el que camina antes y después, no es extraño que el camino de antes se vea desde después de la pascua y el camino de después de la pascua, se vea desde antes. Los hechos y las palabras del Señor antes de padecer se hacen presentes de nuevo, en una situación distinta. En ella se anuncian y se realizan. Por eso, cuando intentamos descubrir el servicio a los pobres de las primeras comunidades, nos encontramos con textos de los caminos de Galilea, que están vistos ahora desde la nueva situación, reflejando las nuevas circunstancias. Y al revés, cuando nos encontramos con textos que narran hechos que sucedieron claramente después de pascua, se advierte que recae sobre ellos, en ocasiones hasta literalmente, la luz de lo que sucedió por los caminos de Galilea. Esta confluencia de la doble mirada, proyecta una mayor luz, no sólo sobre el pasado, sino también sobre nuestro presente y nuestro futuro. El Señor vivo, va siempre delante, haciendo presente el mismo gesto y al mismo tiempo innovándole siempre.

Puesto en el último lugar de los pobres

En los evangelios sinópticos hay una expresión que resume el gesto liberador de Jesús: «los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos» (Mt 20, 16; 19, 30; Lc 13, 30). Es un comentario a la primera bienaventuranza: «Bienaventurados los pobres de corazón, porque vuestro es el reino de los cielos» (Mt 5, 3). Efectivamente, cuando aparece la misericordia entrañable, destinada primeramente, más aún, únicamente a los pobres, este mundo se des-articula. «Derribó a los poderosos de sus tronos y levantó a los humildes, a los hambrientos los colmó de bienes y a los ricos les despidió vacíos» (Lc 1, 52-53). Las primeras fraternidades hacen camino en los marcos del imperio romano, que están en manos de los poderosos de este mundo (Lc 3, 1-2). El retrato de esta situación está hecho con imágenes de Galilea, pero aplicado a la situación de las ciudades del imperio. Unos pocos, vestidos de lujo comen hasta saciarse, la mayoría de los pobres tirados fuera tienen que mendigar un trozo de pan (Lc 16, 19-31). Los hermanos, que oyen el evangelio a la mesa, ven retratada su experiencia de cada día. Pero el Ungido es el Mesías de los pobres. Su programa es anunciar un año de gracia, en el que los ciegos alcancen a ver, los oprimidos consigan la libertad y los pobres reciban la buena noticia (Lc 4, 16-22; Mt 11, 5; cf. Is 61, 1). La fraternidad del Señor va detrás de aquel que bajó de las entrañas del Padre a un pueblo pequeño de la tierra (Lc 1, 26-38), que empezó a ser el salvador desde el pesebre (Lc 2, 1-7. 8-20), que vivió después como trabajador en un taller humilde (Lc 2, 31-32; Mt 13, 55), que cuando recorrió los caminos no tenía donde reclinar la cabeza (Mt 8, 20) y que al final de su marcha quedó suspendido de una cruz como un malhechor (Mt 27, 35). El ha bajado del primer puesto al último. Se ha hecho el servidor de los pobres. No sólo se ha acercado a ellos, sino que se ha identificado con ellos, con todos y cada uno de ellos. «Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, era forastero y me acogisteis, estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y vinisteis a verme»... «Cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos a mí me lo hicisteis» (Mt 25, 35-36.40). Siguiendo las palabras del Señor, que hablan para las pequeñas fraternidades, ellos están seguros de que el Señor es de los pobres, para que los pobres sean del Señor; que él siendo el primero se ha hecho el último, para que ellos, los últimos, lleguen a ser los primeros.

Para que los pobres pasen al primer lugar de su mesa

El Señor sale a su encuentro y los acoge. Mientras los ricos se disculpan, «los pobres, los lisiados, los ciegos y los cojos» (Lc 14, 21) aceptan la oferta de su misericordia. El Señor los sienta a la mesa y la mayor parte de ella es ocupada por los pobres y los enviados. Si en la fraternidad de Jerusalén, la nube inmensa de pobres que recorren la ciudad tienen en la mesa del Señor su propia casa, (Hech 2, 45; Gál 2, 10; 1 Cor 16, 1), lo mismo sucede en las demás comunidades, formadas también por la basura del mundo. El Señor, por medio de sus apóstoles, cura las heridas de los pobres, y les da el evangelio de la gracia. «Los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les da la buena noticia» (Mt 11, 5). De este modo, el Señor revelándoles los secretos de su reino, les invita a compartir con él el peso de su servicio. «Venid a mí los que estáis fatigados y agobiados, que yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo... porque mi yugo es suave y mi carga ligera» (Mt 11, 28-29.30). El yugo son sus bienaventuranzas, con las cuales pasan de ser pobres a ser pobres del Señor, entregados a la causa de su reino (Mt 5, 1-12; Lc 6, 20-23). Según dijimos, el servicio liberador de Jesús, consiste en curar las heridas de los pobres de dentro a fuera, para que sean hombres nuevos, es decir, hijos y hermanos, sentados a la mesa los primeros, para estar también los primeros dispuestos a servir en el camino. Pobres y apóstoles a la cabecera de la mesa compartida son el gran gesto de la liberación que des-integra este mundo. Sobre todo cuando los mismos pobres llegan a ser apóstoles, es cuando los últimos han pasado a ser los primeros, en la aurora de la nueva creación. Los pobres, presencia viva del Señor, son los primeros en edificar la comunidad y alentarla hacia los caminos del reino.

El encargo a los apóstoles de curar las heridas

El mismo gesto de liberación de los pobres «rotos» y «tirados» se lo confió el Señor a los apóstoles, mientras iban de camino, antes de padecer. «Id proclamando que el reino de Dios está cerca. Curad enfermos, resucitad muertos, purificad leprosos, expulsad demonios. Gratis lo recibisteis, dadlo gratis» (Mt 10, 7-8; Lc 10, 9). Los apóstoles también han hecho milagros. Pero para los primeros hermanos tanto los milagros del Señor, como los de sus discípulos, son un resplandor anticipado de la pascua, donde el hombre des-integrado ha vuelto a recobrar su integridad e incluso ésta se ha visto recreada por el Espíritu del Hombre nuevo. No nos extraña, pues, que el

mismo Resucitado confirme a los apóstoles en este encargo de curar las heridas de los hombres y que lo presente como señal de que él va delante abriendo la mesa compartida del reino. También aquí ellos atestiguarán que se ha roto el señorío del demonio, desde que se inició el reinado de la gracia. «Estas son las señales que acompañarán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán en lenguas nuevas, agarrarán serpientes en sus manos y aunque beban veneno no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos y quedarán sanos» (Mc 16, 17-18). La liberación de los pobres en sus heridas, continúa adelante, con la fuerza del Espíritu de la resurrección. Los apóstoles, según ya indicamos, son re-presentantes, es decir, mensajeros en los que el Señor se hace presente. En realidad es el Señor el que hace estos mismos gestos de liberación. «Jesucristo te cura» (Hech 9, 34). El Señor está sentado a la derecha del Padre, pero va también caminando a la cabeza de los hermanos. El co-labora «con ellos confirmando la palabra, con las señales que los acompañaban» (Mc 16, 20). El Señor es quien libera a los pobres de la desintegración y los libera como signo de la convocatoria de la familia de hermanos y de la preparación de la mesa común.

Los signos por manos de los apóstoles

Las primeras comunidades cristianas ven que el Señor hace a través de ellos los mismos gestos de liberación con sus pobres, que cuando caminaba por Galilea. También ellos tienen el «don de curar» (1 Cor 12, 9.28). Si seguimos paso a paso los Hechos de los apóstoles nos sorprende no sólo que los apóstoles hagan también las acciones milagrosas de Jesús, sino que el texto las relate casi con las mismas palabras. Se comprueba lo que veníamos diciendo de que la luz de los caminos de Galilea revierte también sobre los caminos de después de Pascua. Pedro y Juan curan a un tullido, en la puerta hermosa del templo (Hech 3, 1-26). Al ver el pueblo las señales de los apóstoles, sucede como en las aldeas de Galilea. «Sacaban los enfermos a las plazas y los colocaban en lechos y camillas, para que, al pasar Pedro, siquiera su sombra, cubriera a alguno de ellos. También acudía la multitud de las ciudades vecinas a Jerusalén trayendo enfermos y atormentados por espíritus inmundos; y todos eran curados» (Hech 5, 15-16; cf. Mc 6, 56; Lc 4, 40-41). Felipe en Samaría curó a «muchos posesos»... «y muchos paralíticos y cojos quedaron curados. Y hubo una gran alegría en aquella ciudad» (Hech 8, 7-8; cf. Mt 8, 29). Pedro, que andaba recorriendo todos los lugares, bajó a Lidia y curó allí a un paralítico (Hech 9, 32-35; cf. Lc 5, 18-26; 13, 11-13; Jn 5, 1-14) y bajando después a Jope, devolvió la vida a Tabitá, que había muerto

(Hech 9, 36-42; cf. Mc 5, 40-41; Lc 7, 15). Pablo también cura a un paralítico en Listra (Hech 14, 8-10) y camino de Roma, en la isla de Malta hizo también señales de curación (Hech 28, 8-9; Lc 4, 40; 10, 9). Las señales de la presencia del Señor y de la inauguración de su reino (Jn 2, 11) continúan. «En verdad, en verdad os digo, el que crea en mí, hará también las obras que yo hago y las hará mayores aún, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo» (Jn 14, 12-13). Con ellos está el Espíritu, que el Señor les ha dado desde la derecha del Padre (Jn 7, 39; 16, 7).

Los milagros ofrecen la gracia del Señor

El Señor libera a los pobres a través de las manos de sus apóstoles. Ellos son su presencia transparente. Por eso esta liberación de la desintegración ha de suceder «desde la fuerza de su gracia», «para expresar su gracia» y «reunir en su gracia». En la liberación de los pobres no se trata de un servicio asistencial y paternalista. Se trata de darles el nombre del Señor, que les cura las heridas de dentro a fuera: les alienta el corazón y les moviliza las rodillas. El tullido a Pedro y a Juan, «les miraba fijamente esperando recibir algo de ellos. Pedro le dijo: "No tengo oro ni plata; pero lo que tengo te doy: en nombre de Jesús Cristo Nazareno, ponte a andar"» (Hech 3, 5-6). La fraternidad del Señor no tiene que disponer de muchos medios para servir a los hermanos pequeños. Ni tampoco tiene que darse en primer lugar a sí misma. Tiene que anunciarles y darles a su Señor y, con él, darse ella toda por entero. La curación de las heridas sucede originariamente cuando los pobres son evangelizados y son recreados desde dentro. Todo otro servicio será una manifestación de esta evangelización liberadora, que conduce a los pobres a acogerse a la gracia del Señor, sin esperar ninguna otra cosa para su propio bien. Pero la liberación, además, sucede «para expresar su gracia». Los apóstoles están llamados a dar gratis lo que han recibido gratis y precisamente en este servicio de la curación de las heridas y la expulsión de los demonios. Se trata de un servicio de liberación, que se presta como pocos a la comercialización y a la magia. «Al ver Simón que mediante la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu, les ofreció dinero diciendo: "dadme a mí también este poder"» (Hech 8, 18-19). Pero la liberación de las heridas no permite la apropiación personal ni del que cura, ni del que es curado, sino tan sólo la aparición de la gracia del Señor y de su bondad para con los pequeños, que así son renovados y atraídos a su fraternidad. Simón había pensado que el Espíritu, el don de Dios, se compra con dinero

(Hech 8, 20). Pero es un don de gracia para la fraternidad de la gracia, para incorporarse a ella y edificarla, camino de la consumación del reino.

Los milagros convocan a la comunidad

El Señor, ungido por el Espíritu, «pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él» (Hech 10, 38). La liberación sucede en el encuentro con él, con la fuerza de su resurrección. Esta fuerza es la que re-establece, la que re-integra a los hombres (Hech 3, 16). «No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos» (Hech 4, 12). El que rompe las cadenas del pecado, rompe también la cadena del dolor y de la muerte. La rompió en su pascua. No era posible que la muerte le retuviera bajo su dominio (Hech 2, 24). Por eso cuando los pobres son curados y puestos a la mesa, el Señor resucitado se hace presente. El Señor se identificó con los pobres, para que los pobres fueran del Señor. Ahora, liberados, son «su presencia». Junto a los apóstoles, son ellos mismo signo que anuncia y convoca. Son «una convocatoria» para reunirse en la fraternidad del Resucitado y «un aliento» para seguir sus pasos hacia la mesa definitiva del reino. El tullido puesto en pie «no soltaba a Pedro y a Juan» (Hech 3, 11). Los pobres curados, acogidos a la mano de los apóstoles, y los apóstoles, sostenidos por las manos de los pobres. Este es el gran milagro que conmueve y convoca y alienta. «El pueblo lleno de asombro corrió a donde estaban ellos» (Hech 3, 11). Fue cuando Pedro les anunció la buena noticia del Señor resucitado, que les congrega en la fraternidad (Hech 3, 12-26) y hace que los poderosos del mundo, des-estabilizados, tomen enseguida represalias (Hech 4, 1-17). «Los apóstoles daban testimonio con gran poder de la resurrección del Señor» (Hech 4, 33). «Por sus manos se realizaban muchas señales y prodigios en el pueblo» (Hech 5, 12). Así la liberación de la desintegración realizada en la vida de los pequeños es presencia, convocatoria y aliento, porque la fuerza de la pascua ha triunfado de la muerte en el dolor. De este modo los pobres, así liberados, de modo semejante a lo que sucedió en los caminos de Galilea, han pasado del último lugar del mundo al primer lugar del servicio en la iglesia para el reino.

Los milagros abren las sendas nuevas en el mundo

Las curaciones, obradas por los apóstoles, no curan sólo por fuera las heridas y dejan que los hermanos vuelvan a su puesto del mundo, con el corazón cerrado y resignados a la marginación. Si el dolor en el

señorío de Satanás empalma por una parte con el pecado personal y por otra parte con el pecado colectivo (marginación), en el señorío del Resucitado, la liberación del dolor es también signo de la liberación del pecado personal y aliento para la liberación del pecado colectivo. Porque la liberación del dolor pone a los pobres en marcha por las sendas de la nueva fraternidad y les convierte en señal levantada de la última y definitiva liberación. Cuando los apóstoles anuncian la liberación pascual, enseguida «se les presentaron los sacerdotes, el jefe de la guardia del templo y los saduceos» (Hech 4, 1). Al día siguiente se reúnen dirigentes del bloque dominante: ancianos, sacerdotes y letrados. Y toman el acuerdo de prohibirles hablar de aquel «nombre» (Hech 4, 15-17). Más tarde, por continuar curando las heridas de los pobres y reuniéndolos en fraternidad les llevarán al sanedrín (Hech 5, 22 ss). Les habían metido en la cárcel para borrar del pueblo la buena noticia y sus signos. Era tal la incidencia social y política de «este camino», que a Gamaliél, en la asamblea del alto senado, le hizo recordar al movimiento guerrillero de Teudas, que fue aplastado, y el de Judas Galileo, que también pereció con sus seguidores dispersados (Hech 5, 35-37). Su planteamiento es el mismo que en el proceso de Jesús. «¿Qué haremos con estos hombres?» (Hech 4, 16). «¿Qué hacemos? Porque este hombre realiza muchas señales. Si le dejamos que siga así, todos creerán en él y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación» (Jn 11, 47-48). La liberación de la gracia, que arranca del corazón y rehace a los hombres como hombres nuevos en la fraternidad del compartir, desencadena un movimiento hondo de des-estabilización social, que pro-voca una recreación del mundo hacia una nueva tierra, donde ya no haya lágrimas. «Y enjugará las lágrimas todas de sus ojos y no habrá ya muerte ni llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado» (Ap 21, 4).

c) *La liberación de la opresión*

El camino de las primeras comunidades cristianas, según venimos viendo, es el camino de la liberación de la gracia, el mismo camino de su Señor. Pero sabemos que Jesús, el Señor, empezó por la liberación del pecado y del dolor y avanzó por la liberación de la injusticia, la opresión y la mentira. Cuando tropezamos con estas cadenas, no estamos ya en la hondura de la solidaridad común de la culpa y de la muerte, sino en las cadenas, nacidas de aquéllas, que construyen el montaje de la sociedad y del mundo.

Contra los dominadores de este mundo tenebroso

Las primeras comunidades hacen camino, no sólo por Palestina, sino por el imperio romano, y ya apuntamos brevemente cuál era su situación económica, social, política y cultural. Los evangelios y sobre todo los Hechos de los apóstoles y las cartas apostólicas nos permiten descubrir, desde situaciones concretas, cuál era el tejido de las esclavitudes socioeconómicas, sociopolíticas y socioculturales. Pero además nos encontramos con una lectura de esta situación a la luz del señorío del Resucitado. El universo es el señorío del príncipe de este mundo, que domina la humanidad y la tierra. Alienta en ellas el aliento de la idolatría y la opresión, que configura la vida de los hombres, como vida cerrada sobre sí, que se apropia de los otros y los domina (Ef 2, 1-3). Este mundo, pues, está dominado por los «principados y potestades» (Rom 8, 38-39), que a veces parecen fuerzas sobrehumanas y envolventes (Gál 4, 3; Col 2, 8), pero que siempre se hacen presentes en personajes históricos, que dan cuerpo a la opresión de los poderosos sobre los pequeños y a la sumisión de los pequeños a los poderosos (1 Cor 2, 8). El príncipe de este mundo es el mismo diablo que aparecía en la tierra encadenada que recorrió Jesús antes de padecer. Por eso la lucha que está planteada no es sólo contra las fuerzas interiores que rompen al hombre por dentro, sino con las fuerzas exteriores que destrozan al mundo por fuera, haciendo que esta tierra sea una tierra de muerte. Se hace necesario, pues, «resistir a las asechanzas del diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal, que actúan desde lo alto» (Ef 6, 11-12; cf. Sant 4, 7; 1 Pe 5, 8-9). Estamos ante la misma encrucijada del Señor, que tuvo que tomar postura y luchar contra el diablo, que tenía en sus manos los reinos del mundo y su gloria (Mt 4, 1.8).

La absoluta confesión del Señor del mundo

Precisamente estas pequeñas comunidades, sembradas entre las sombras del mundo son las que han compuesto los himnos de alabanza al Señor del universo (Cosmocrator), que encabezando a su iglesia abre la brecha de la historia hacia los cielos nuevos y la tierra nueva. El Padre le dio el nombre sobre todo nombre, «para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble, en el cielo, en la tierra y en el abismo y toda lengua confiese: Jesús Cristo es Señor, para gloria de Dios Padre» (Flp 2, 10-11; Rom 1, 4; Col 1, 15-20; Ef 1, 15-23; 1 Tim 3, 16; Ap 5, 9-14). El Padre le ha entronizado, dándole como cabeza

del universo a la iglesia (Ef 1, 22). Por eso, la iglesia, alentada por su Espíritu y siguiendo sus mismas huellas, se adentra por él, con él y en él, por los senderos del mundo para las tareas de la liberación. La pequeña fraternidad de judíos y gentiles se ha dado cuenta de que el Señor no viene tan pronto como esperaba. Y pasa de la expectación de su vuelta gloriosa a la inserción en el mundo para la transfiguración de su señorío. Pero no puede pactar con el mundo. Al principio parecía una pequeña secta del judaísmo, extendido por el imperio. Pero el judaísmo pactó. Vivía ciertamente como en una isla, pero con un acuerdo pactado. Los judíos, si prescindimos de breves momentos en que fueron perseguidos, lograron integrarse en el imperio, para el triunfo de sus intereses. Su fe en el Señor estaba relativizada a sus intereses, instrumentalizada por ellos. Confesaban su señorío único y tenían la pretensión de ser la fe absoluta, pero no obstante en los caminos de la historia pactaban con los poderes para poder promocionarse y colocarse en el marco imperial. A medida que las pequeñas fraternidades empezaron a madurar y a actuar, se notó la radical diferencia. El Señor Jesús no les permitía pactar con este mundo, ni con el bloque dominante, ni con el bloque dominado. Le confesaban como único Señor del universo, rechazando todos los demás señores. Por eso la fraternidad del Señor empieza a ser un hueso descoyuntado dentro del imperio. Los judíos empiezan a distanciarse de las fraternidades cristianas, tachándolas de «superstición peligrosa para la comunidad» (Suet., *Ner.* 16; cf. Hech 13, 50; 14, 19; 17, 5-9.13; 18, 12-13). Los gentiles ven también que la incidencia de esta fe, desestabiliza su situación (Hech 16, 19-20; 19, 23 ss) y pronto se llega a la conclusión de que su gran pecado es el «odio contra el género humano» (Tácito). Están tan radicalmente opuestas a este mundo (Filostr., *Vit.Apol.*, 5, 33) y pretenden que el señorío de su Señor es tan absoluto (Orig., *Contr. Cels.*, 5, 25.33 ss.41), que pronto aparecen como una terrible amenaza que hay que acosar y ahogar antes de que sea tarde.

Frente a los intereses de los grandes

Pero, ¿por qué el imperio ha visto como una grave amenaza a estos pequeños fermentos de las fraternidades cristianas? Sencillamente porque están encarnadas en el mismo mundo y no aceptan pactar con el mundo, ni que el mundo las integre y las configure a su medida, sino que intentan ser luz y arder con fuerte claridad en medio de las tinieblas (Ef 5, 7-14; Rom 12, 1-2). El Señor Jesús va a su cabeza avanzando el camino de su liberación. También ahora su lucha es entre los frentes. Por una parte está el bloque dominante: los ricos, los

poderosos y los sabios. Seguramente, cuando el Cristo de Mateo se enfrenta sobre todo con los letrados y fariseos, es porque en aquella fraternidad ellos están haciendo recaer su dominio sobre los hermanos (cf. Mt 23, 1-36). Y cuando el Cristo de Lucas se enfrenta sobre todo contra los ricos, es porque estos ante la vista de aquella comunidad están explotando a los pobres, de entre los que han venido a la fraternidad muchos hermanos (Lc 6, 24-26). Pero en los Hechos de los apóstoles nos encontramos también con los mismos personajes del dinero, del poder y de la cultura, que o desprecian a las fraternidades o las amenazan de muerte. En Tesalónica arrastraron a «algunos hermanos ante los magistrados de la ciudad diciendo: Estos que han revolucionado todo el mundo, se han presentado también aquí... Van contra los decretos del César y afirman que hay otro Rey, Jesús» (Hech 17, 6-7). En Atenas Pablo se encuentra con los intelectuales griegos, que desprecian el mensaje del Cristo resucitado, tachando a su mensajero de charlatán. «Unos se burlaron y otros dijeron: "Sobre esto te oiremos otra vez"» (Hech 17, 17-18.32). En Efeso, los industriales de la orfebrería son los que hacen frente a aquella fraternidad que, al negar la idolatría y la opresión, desmontaba también su situación económica (Hech 19, 23-31). Nos encontramos, pues, con que las fraternidades cristianas de la primera hora, siguiendo los pasos de su Señor, se encuentran enfrentadas con los dirigentes de la sociedad, que tienen los medios de producción, el poder y la cultura. El mensaje de la cruz es para ellos una piedra de tropiezo.

Frente a los intereses de los pequeños

Pero lo mismo sucede ante el bloque dominado, el mundo de los pobres. También estos se escandalizan de la liberación del crucificado Señor de la gloria. Se quieren aprovechar de su fuerza, pero para ser más, tener más y poder más. El reproche de Jesús a las ciudades en donde más había trabajado y servido, seguro que encierra también resonancias para lo que está sucediendo en las comunidades de la segunda y tercera generación. También los pobres, más amados, han querido ganarse la causa del evangelio, para engrandecerse y se han disculpado ante sus exigencias (Mt 11, 16-24). Así también pasa en casi todas las comunidades donde los misioneros se han detenido por más tiempo y donde las fraternidades han intentado abrirse paso detrás de su Señor. Corinto nos ofrece el caso más palpable. A pesar de que los hermanos han venido de entre los pobres, aspiran a lo mismo que los poderosos. En los judíos, venidos al seguimiento del Señor, está vivo su afán de poder, en los griegos, que abrazan la fe, su afán de saber. El seguir al Señor para ellos, en muchos casos, era una

ventaja, pero no una pérdida. Por eso, como cada uno busca su ventaja, en las comunidades se dan robos, adulterios, divisiones, desprecios. Invocan el evangelio para legitimar el movimiento de liberación, que es el humanismo humano que busca sus propios intereses. Todo me es posible, dicen. Como si la liberación de Jesús fuera sin más el humanismo griego, inmanente y cerrado, pero más potenciado todavía. Pablo, presencia del Señor, les llàma, les desenmascara y les pro-voca desde la gracia. El Cristo crucificado es la gracia aparecida en la debilidad y en la locura (1 Cor 1, 17-31). De este modo el Señor por medio de sus apóstoles, se enfrenta contra los pobres, que se creen «fuertes», «sabios» y «llenos de gloria». Frente a los pobres, que se engrandecen, resalta el testimonio del apóstol por la locura de la cruz. «Nosotros locos por Cristo... Débiles nosotros... Nosotros despreciados. Hasta el presente pasamos hambre, sed y desnudez, somos abofeteados y andamos errantes... Como la basura de este mundo y el deshecho de todos» (1 Cor 4, 10-13). Es que los hombres están integrados en el montaje de explotación de este mundo, y consienten a él, para situarse bien en él. El Cristo, que es la justicia, la liberación y la sabiduría, pasa provocando a abandonar esta configuración con el mundo, para abrir la brecha de la nueva creación.

Revestirse del Señor para la lucha

La liberación de la gracia, sobre las mismas huellas de Jesús, está encarnada y situada entre los frentes. Frente a los ricos, en favor de los pobres; frente a los pobres, en favor del reino de Dios. Pero esta lucha requiere armas nuevas. Si es necesario desmontar este mundo, pero no para un simple recambio, sino para su entera recreación, si no es posible legitimar la integración para mantener el orden establecido, ni legitimar la revolución para establecer otro orden con los mismos cimientos, entonces las fraternidades han de buscar armas nuevas, que en su raíz no pueden ser las de este mundo. En las comunidades de Pablo se ha reflexionado mucho sobre esta armadura para la lucha. En principio se la llama las «armas de la luz». ¿Pero en qué consisten? ¿Cómo se empuñan? Si antes decíamos que el mismo Señor era el que anunciaba el evangelio a través de los hermanos, y él mismo era también el que curaba las heridas de los pobres, a través de los hermanos, ahora también hemos de decir que es él mismo el que lucha la lucha definitiva entre las manos de los hermanos, que se han incorporado a él. Al entregarse a él en la fe y en el bautismo, se han hecho miembros de su cuerpo, se han revestido de él. «Todos los bautizados en Cristo, os habéis vestido de Cristo» (Gál 3, 27). Al don,

sigue la tarea; al indicativo sigue el imperativo. «Revestíos del Señor Jesús Cristo» (Rom 13, 14). Revestíos del hombre nuevo (Ef 4, 24). Revestirse del Señor es lo mismo que incorporarse a él, prestándole nuestras manos para la lucha. «Ofreceos a vosotros mismos a Dios como vivientes, que han resucitado de entre los muertos y ofreced vuestros miembros como armas de justicia» (Rom 6, 13). Esto requiere despojarse de una armadura vieja y revestirse de una nueva armadura. «La noche está avanzada, el día se echa encima. Despojémonos de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz» (Rom 13, 12). Parece como que esta armadura nueva exige revestirse de dentro a fuera. Es la manera de decir las actitudes con que hay que empuñar las armas y las armas absolutas, que relativizan y recrean todas las demás.

La armadura primera: fe, amor y esperanza

«Nosotros, hijos del día, seamos sobrios, revestidos de la coraza de la fe y de la caridad y del yelmo de la esperanza de la salvación» (1 Tes 5, 8). Lo que está en juego en la lucha es «la salvación», «la liberación», pero la última y total, que ha amanecido cuando el Señor atravesó su pascua y que ahora irradia desde el corazón de los hombres a la comunidad humana y de ésta al universo, mediante el servicio humilde y luminoso de la fraternidad. La armadura primera no es un programa técnico de lucha sociopolítica, sino las actitudes primarias de la existencia cristiana: la obediencia de la fe, para el servicio del amor, en la tensión de la esperanza. Los hermanos han de adherirse al Señor y entregarse enteramente a él, en la obediencia absoluta. Esta entrega les incorpora a la familia de hermanos, en la unidad del amor. Y así incorporados en la unidad del Espíritu, se lanzan al trabajo por la llegada del reino, en la esperanza inquebrantable. La lucha por la liberación en las primeras comunidades no se comprende si no es desde la fraternidad de la radical conversión. El hombre, que está cerrado al amor del Padre y de los hermanos, si lucha desde su cerrazón, lucha en la idolatría y en la opresión, en la arrogancia y en la marginación. De una forma o de otra, más o menos comunitariamente, lucha por «sus intereses», que son el último latido de «su existencia». Pero en la fe, que se hace amor, en esperanza, todas las energías de los hermanos, como «armas de la luz» están puestas en manos del Señor, que como Hombre nuevo alienta la lucha por la nueva humanidad en la nueva creación. «Porque en otro tiempo fuisteis tiniebla, pero ahora sois luz en el Señor. Vivid como hijos de la luz; pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad... No toméis parte en las obras estériles de las tinieblas, antes

bien, denunciadlas... Pero al ser denunciadas se manifiestan a la luz. Pues todo lo que queda manifiesto es luz. Por eso se dice, despierta tú que duermes y levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz» (Ef 5, 8-14).

La armadura segunda: su justicia, su libertad, y su verdad

La lucha por la liberación del Señor es de-nunciar las sombras, más aún, re-crear las sombras. Que las sombras se des-estabilicen, se des-articulen, se des-integren y que en las sombras aparezca la luz nueva, amanecida, recreada. Para ello se necesita una segunda armadura. En las comunidades de Pablo se decía: «Tomad las armas de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y después de haber vencido todo, manteneos firmes. ¡En pie!, pues, ceñida vuestra cintura con la verdad y revestidos de la justicia como coraza, calzados los pies con el celo por el evangelio de la paz, embrazando siempre el escudo de la fe, para que podáis apagar con él todos los encendidos dardos del maligno. Tomad también el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu» (Ef 6, 13-17). En el combate contra los poderes de este mundo y sus agentes, hay que luchar contra la injusticia, pero con «la coraza de su justicia» que es la gracia, que desarticula la injusticia de la historia y la recrea en la justicia de la mesa compartida del reino; hay que luchar contra la opresión; pero con «el yelmo de su liberación», aquella libertad que arranca todas las esclavitudes y que de esclavos nos hace hijos y hermanos, para compartir y servir; hay que luchar contra la mentira, pero con «el ceñidor de su verdad», que transforma la mentira de este mundo y recrea la verdad, transcendiéndola en su verdad que es su vida y su amor. Es así como aparece el reino, la familia reunida en torno a la mesa común, que anuncia y anticipa «el evangelio de la paz». El Señor es el Espíritu y el Espíritu es la libertad y la fraternidad. Por eso la fraternidad del Señor es la fraternidad militante que avanza luchando en su amor: Esta segunda armadura, la armadura de su justicia, de su libertad, de su verdad y de su paz, asumida desde la primera armadura de la fe, convertida en amor para la esperanza, es la que permite usar todas las demás armas. El Señor en su Espíritu, con su fuerza ejercida en esta armadura, es lo absoluto, lo demás es relativo. Ahora es cuando Pablo puede decir: «Todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo esto tenedlo en cuenta» (Flp 4, 8). «Todo es vuestro, vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios» (1 Cor 3, 22-23).

Afrontar «desde el Señor» las mediaciones de la lucha

Las fraternidades, reunidas en torno al Señor, en la luz del Espíritu, podrán leer la historia de la humanidad y de la tierra. Desde la mesa compartida, descubrirán las esclavitudes de cada hora y los gestos concretos de liberación que hay que realizar «desde el Señor», «en el Espíritu». Son los distintos caminos que hay que afrontar en cada momento. Para estos caminos habrá armas, usadas por los hombres, que ellos puedan tomar, «en el Señor». Pero habrá otras que no se pueden tomar «en el Señor». Algunas no se podrán tomar en absoluto. Otras, en cambio, se podrán tomar «en el Señor», pero rehaciéndolas y recreándolas. Por fin habrá momentos en que se necesiten inventar «en el Señor» armas nuevas para poder afrontar la liberación tal como se ve en el Espíritu, y por allí por donde el Espíritu alienta. Por ello los gestos de liberación de las fraternidades son muy distintos y a veces hasta contrapuestos. En unos casos la liberación se hace por la sumisión, en otros por la resistencia. Cuando los hermanos añorando la tierra nueva quieren saltar por encima de las estructuras de este mundo, evadiéndose hacia el entusiasmo, los apóstoles les insistirán en que se inserten en la tierra encadenada y hagan de sus huellas un camino de lucha ciudadana responsable, para buscar otras mediaciones y otras alternativas históricas (Rom 13, 1-7). Pero en ocasiones tendrán que resistir. Con las manos desnudas, renunciando a toda violencia, darán un testimonio profético de la llegada del reino del Ungido, cuando los poderes de este mundo se han divinizado y han querido sellar en la frente a todos los hombres. La sangre del martirio expresará la última forma de lucha, que vence a la opresión con la entrega de la propia sangre, mezclada con la del Cristo (Ap 13, 1-18; 21, 1-8). Las respuestas concretas, los medios concretos, los senderos concretos, las herramientas concretas variarán en cada hora y en cada trozo del camino. Pero siempre la mano del Señor extendida entre las manos de los hermanos, avanzará la liberación de la injusticia, de la opresión, de la mentira y de la guerra, atravesando junto con ellos la sangre de la pascua.

18

La fraternidad para la consumación

Jesús el Señor va delante de la familia de sus hermanos, preparando la mesa común del reino del Padre. El Padre al resucitarle de entre los muertos, le puso a su derecha, a la cabeza de la iglesia y del universo, a la cabeza del universo en la iglesia, que «es su cuerpo, la plenitud del que lo llena todo en todo» (Ef 1, 23). El Hijo amado, enviado a nosotros, entregado por nosotros y entronizado sobre nosotros es la plenitud (Col 1, 19) y él hará por su Espíritu, que la familia de la iglesia llegue en plenitud a ser la familia de sus hermanos. Al hacerlo así, hará que el universo de los cielos y de la tierra se convierta en la mesa común del reino del Padre, para pasarlo a manos de éste, en alabanza de gloria de su gracia. Por ello la fraternidad peregrina tiene en el Espíritu las «primicias» (Rom 8, 23) y las «arras» (2 Cor 5, 5), «prenda de nuestra herencia» (Ef 1, 14). La fraternidad no ha llegado por tanto todavía a la casa de la herencia.

1. *La parábola de la victoria del amor*

Cuando se sigue de cerca esta larga parábola de la misericordia entrañable del padre de familia, que venimos desgranando, se comprueba que aunque los hijos sean infieles, él no puede menos de ser fiel, porque no puede negarse a sí mismo. Es un contraste que puede sobrecogernos. Su amor es incansable, es invencible.

Efectivamente, la historia de su misericordia entrañable es un largo camino hacia la familia y la casa, que él tiene proyectadas en su amor para los suyos. Los hijos se ponen en marcha y salen hacia aquella morada, pero al poco de edificar la casa y rehacer la familia, caen en manos ajenas. Se pasan a otro amor, es decir, al amor de lo suyo, que rompe con el amor del padre y con el amor de los hermanos. Lo que se va edificando, pronto se destroza. La casa construida, se

arruina de nuevo; la familia reunida, se rompe de nuevo. Así sucede, una y otra vez. El caso es que los hijos son ya mayores y sus manos son fuertes. Pero por otra parte sus manos son débiles, parece como que se resisten a la fidelidad del amor. Siempre acaban vendiendo el amor por el dinero, la libertad por la esclavitud, el camino por la seguridad. La pregunta que se puede plantear es la que muchos se hacen. A lo mejor es que el proyecto del padre es imposible. A lo mejor es que sus hijos son radicalmente incapaces de responder a él. Y por tanto el fracaso, la ruina, el enfrentamiento y la muerte no tienen solución, es decir, son la última palabra y el último destino. ¿No sucede siempre que allí donde está la liberación, aparece la opresión; que allí donde se ha inaugurado la comunión, sucede la división? ¿No hemos comprobado, una y otra vez, que el hogar se convierte en cárcel y la fraternidad en frente de enemigos?

Pero el amor del padre, su misericordia entrañable, no conoce plazos ni condiciones, no acepta el fracaso, ni se resigna con la negatividad. Sale de nuevo al encuentro de sus hijos. De momento es el don de su amor el que ha engendrado la familia y construido la casa. Más aún, es el don del amor suyo el que se convirtió en tarea de los hijos para avanzar la casa. Su don fue para que sus hijos lo convirtieran en tarea por los caminos de la historia. Es verdad que una y otra vez esta tarea, como propia de unos hombres libres, puede destruir el don de la libertad para la fraternidad. Pero llegará un día en que este don alcance la victoria, porque su misericordia entrañable es invencible. El don alienta la tarea, pero al tiempo la desborda y por tanto en cualquier momento puede consumarla. Las manos del padre sostienen las de los hijos pero pueden ir más allá de donde van éstas, porque son más grandes y más firmes que éstas. Por ello puede suceder que un día el padre ponga fin al largo camino y que entregue a sus hijos el don consumado de la familia y de la casa, que ellos desde este mismo don habían intentado avanzar.

El camino es largo. El hermano mayor va delante de la familia para realizar el proyecto del amor. Muchos hermanos se retiran para hacer su propia casa y situarse ya en este mundo. Situarse es una seducción. Pero los que consienten a esta seducción se ven desestabilizados por los que avanzan hacia la liberación. Pronto, el puñado de hermanos que avanza con el primogénito, se verán acosados y perseguidos. Se les quiere arrancar de la tierra, porque son un sendero que abre el futuro de una tierra nueva, la tierra de la libertad para la fraternidad. Seguramente que hasta puede haber sangre. El hermano mayor, tomando la forma de siervo, nunca ha querido usar el poder, para imponerse. Su cariño ha aparecido siempre en la debilidad, para ser más entrañable y misericordioso. Pero puede suceder que cuando el padre quiera poner fin a esta larga historia de infidelidades, el

mismo hermano mayor, que va delante, se vuelva hacia atrás y aparezca delante de todos con toda la fuerza soberana del amor del padre aparecida en él. La familia se reunirá definitivamente. La casa se construirá definitivamente. Apiñados en torno a él, que está marcado por las marcas del amor y del dolor, se reunirán todos aquellos, que a lo largo del camino se entregaron a los demás hermanos, sobre todo a los pequeños, y quisieron más el bien común, que su propio bien particular. Pero aquellos otros hermanos que se habían cerrado al amor y que ya se iban deshaciendo en su aparente camino de triunfo, aparecen ahora fuera de casa en las sombras de la noche, separados de la claridad del rostro del padre, que brilla sobre los hermanos en torno a la mesa. La escena es verdaderamente un juicio de amor, o mejor dicho, el final de un juicio, porque el juicio empezó a lo largo del camino.

Mucho le costará al padre esta última decisión de su misericordia. Seguramente que tardará en tomarla por amor a sus hijos. Seguramente que les corregirá y hasta les castigará para que caigan en la cuenta de que no pueden pisar a los hermanos. Sí. No tendrá inconveniente en castigarles. El amor no consiente que los hijos queden abandonados a los deseos de su corazón. Pero al tiempo que los hijos rebeldes prueban las contrariedades, que el amor del padre les ofrece, para que no se pierdan del todo, los hijos pequeños y fieles, deben excederse en el amor, como lo hizo el mayor. Estarán dispuestos también ellos a derramar la sangre en el aparente fracaso, para que se vea la ternura del padre aparecida en medio de los hermanos, ternura convertida en sangre, es decir, en entrega incondicional y excesiva. Este puñado de hermanos, pequeño resto, que acepte continuar avanzando detrás del primogénito se curtirá en la paciencia y se arraigará en la esperanza. Gritará continuamente al padre y al mayor, no para que les arranquen este peso de dar las pruebas de amor en la sangre, sino para que la misericordia entrañable del padre alcance por manos del hijo mayor su última victoria. En esta victoria está la salvación. Así esperarán pacientemente el día grande, en que el primogénito de parte del padre, ponga fin al camino en el juicio del amor. ¡Ojalá aquel día estuvieran todos reunidos alrededor de la mesa! Sólo quedarán fuera los que han querido estar fuera siempre, los que han querido continuar pisando a los pequeños, los que se han desinteresado en provecho propio de luchar por la justicia común a lo largo del camino. ¡Ojalá pudieran estar todos reunidos! Y sin embargo el camino es una respuesta. Los hijos son mayores. Y no se les puede salvar sin ellos. El padre que les engendró sin ellos, no les puede salvar sin ellos.

2. *Al adentrarse en la espesura de la historia*

La pascua del Señor fue un anticipo, que ha de consumarse, incorporando en su Espíritu a la humanidad y al universo. En la pascua reunió la familia y puso la mesa, con los pequeños a la cabeza. Pero después se levantó de la mesa y se puso a caminar como Señor delante de la Iglesia, que a través del universo, hace camino hacia el reino del Padre. Su Iglesia a lo largo del camino aparece como la fraternidad de la comunión y de la liberación. Pero este camino continúa adelante. Si el mundo es un hogar, convertido en campo de guerra, y la humanidad una familia, convertida en trinchera de enemistad, entonces el camino del Señor a la cabeza de su Iglesia, se adentra en la espesura de la historia. Pero al provocar a la historia para que acoja y realice su transfiguración desde la gracia, se hacen más cercanos sus gemidos y se advierten más de cerca sus barrotes. «La expectante espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no porque lo quisiera, sino por aquel (el hombre), que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para tomar parte en la libertad gloriosa de los hijos de Dios» (Rom 8, 19-21).

El mundo se desenmascara

El universo es el escenario, en donde la familia humana avanza su historia de idolatría y de opresión (Rom 1, 18-3, 20). La humanidad ha roto su religación con el Padre que la creó y por ello ha roto su religación con los hombres, que la constituyen. Los ídolos a los que se han entregado, les han convertido en enemigos (Rom 1, 21-23; 1, 28-32). Pablo, citando los salmos, pinta la escena de la ruina. Nadie busca al Padre. Todos se han desviado y por eso todos se han corrompido. Corren para derramar sangre. No conocen el camino de la paz. Y por tanto los caminos que abren son solamente caminos de ruina y de miseria (Rom 3, 10-18). Si tuviéramos que expresar esta situación más en conjunto, diríamos que parece que todos estos poderes de destrucción forman como un señorío, que encabeza el «príncipe de este mundo» (Ef 2, 2; Jn 12, 31). En este señorío, que es el «mundo», hay un aliento común, «el espíritu que actúa en los hijos rebeldes» (Ef 2, 2). Es como una casa donde las ruinas, que nacen de la desobediencia de los hijos, se volvieran sobre ellos, como una atmósfera contagiosa, que los cierra todavía más en la rebeldía y les aboca a romper con el amor y a despeñarse en la muerte (Ef 2, 3; 1 Pe 1, 14). Cuando en esta casa arruinada, que es el «reino de las

tinieblas» (Col 1, 13), se abre camino el Primogénito de la Iglesia y del universo, seguido de los suyos, entonces el mundo aparece en su verdadero rostro. Tiene miedo y se desenmascara.

La seducción del misterio de iniquidad

La mirada iluminada de los hermanos descubre en el mundo, que se desenmascara agresivamente, los últimos barrotes y los últimos poderes que lo configuran. Parecía que estaba firme y seguro. Y, sin embargo, su «figura» está pasando, pasa su configuración y su poder (1 Cor 7, 31) ante el avance del día que amanece. En la fraternidad de Pablo se ha dibujado este rostro del mundo esclavizado y agresivo con los rasgos tomados de la apocalíptica. El que encabeza este señorío es Satanás (2 Tes 2, 9). El alienta el «misterio de iniquidad» que está en marcha (2 Tes 2, 7), desde que la idolatría y la opresión se enseñorearon de su escenario. Esta fuerza poderosa de destrucción aparece, como en figuras de guiñol, en personajes históricos, que a veces parecen más terrenos y otras más supraterrenos. Parece como que la agresividad del mundo se ejerce a través del «Hombre impío, el Hijo de la perdición, el Adversario» (2 Tes 2, 3-4). Este gran personaje tiene tanto poder, que se presenta como el señor y exige ser adorado, «hasta el extremo de sentarse él mismo en el santuario de Dios y proclamar que él mismo es Dios» (2 Tes 2, 4). Esta figura poderosa que domina el universo, se presenta ante los hombres con gran atractivo, «con milagros, señales y prodigios» (2 Tes 2, 9). Son maldades enmascaradas de bien, que seducen a los hombres a entregarse al juego de su idolatría y de su opresión. Tienen un «poder seductor» (2 Tes 2, 11), que seducirá a muchos, que no querrán aceptar la verdad que salva y preferirán entregarse a su señorío de injusticia e iniquidad (2 Tes 2, 12). La seducción alcanza incluso a la pequeña fraternidad, que sigue a Jesús. Muchos abandonarán la fe en el Señor y caerán en la apostasía (2 Tes 2, 3; 1 Tim 4, 1; 2 Tim 3, 1; 4, 3 s).

La idolatrización del poder político

La fraternidad de Jesús, que ha vivido y escrito el evangelio de Marcos, recoge también esta perspectiva de la última hondura de la enajenación de la historia. Por una parte sabe que los dirigentes del viejo pueblo de Dios, que forman el bloque dominante, han pactado con el imperio romano y para legitimar la dominación han absolutizado el poder imperial, consintiendo incluso que desplace al señorío del Señor en su propia casa. La gente sencilla, que está en los campos

y en los montes (Mc 13, 15-17) ha tenido ocasión de ver con sus propios ojos «la abominación de la desolación erigida donde no debe» (Mc 13, 14). La «abominación de la desolación» es una expresión de Daniel (9, 27; 11, 31; 12, 11; 1 Mac 1, 54), con la que se cuenta cómo Antíoco Epífanes, emperador helenístico, ha sustituido en el templo el sacrificio de la alianza por el culto al dios de los griegos, el Zeus olímpico, en donde se personificaba y legitimaba el señorío de este mundo (cf. 2 Mc 6, 2). Por otra parte, en el bloque dominado, la gente sencilla está asistiendo a la idolatrización de los guerrilleros. Ellos luchan en nombre del Señor, pero se han apropiado su nombre para hacer la justicia revolucionaria de la subversión y se presentan como otros mesías, en los que solamente se encuentra la salvación. También aquí se da la seducción del poder político, como forma última de liberación y hasta la misma comunidad cristiana estaría alcanzada por este impacto. «Entonces, si alguno os dice: "Mirad el Cristo aquí", "miradlo allí", no lo creáis. Pues surgirán falsos cristos y falsos profetas y realizarán señales y prodigios, con el propósito de engañar, si fuera posible, a los elegidos» (Mc 13, 21-22).

El dominio imperioso de la bestia

La comunidad que ha escrito el Apocalipsis ha diseñado con rasgos vigorosos este último entramado del mundo de la opresión, por donde hace camino la Iglesia peregrina. Apareció una «señal en el cielo: un gran dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas» (Ap 12, 3). Es «la serpiente antigua, el llamado diablo y satanás, el seductor del mundo» (12, 9; 20, 2), que está ahora con sus ángeles actuando en la tierra. Este príncipe del mundo entrega «su poder y su trono y gran poderío» (13, 2) a una enorme «bestia» del mar, que es el imperio romano con todas sus fuerzas alzadas frente a la comunidad peregrina del Señor (13, 1-10). El imperio para su señorío se sirve de otros agentes históricos, profetas de la bestia, «que seducen a los habitantes de la tierra con las señales» (13, 14; 16, 13; 19, 20; 20, 10). «La tierra entera siguió maravillada de la bestia» (13, 3). Y todos se someten al Dragón, que ha entregado su poder a la bestia y confiesan su señorío. «¿Quién como la bestia?» (13, 4). La humanidad se ha sometido a la idolatría y a la opresión, que configuran el imperio romano. Y a través de sus agentes se logra «que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se hagan una marca en la mano derecha o en la frente, y que nadie pueda comprar nada ni vender, sino el que lleve la marca con el nombre de la bestia o con la cifra de su nombre» (13, 16-17). Estamos ante una descripción simbólica, pero lúcida y vigorosa del

imperialismo romano, que se ha prostituido con el dinero y aparece como una gran prostituta. Roma, la idólatra, es como una mujer «vestida de púrpura y escarlata, resplandeciente de oro, piedras preciosas y perlas». «Llevaba en su mano una copa de oro llena de abominaciones, y también las impurezas de la prostitución» (17, 4). Efectivamente es el imperialismo que se asienta comerciando con la mercancía humana (18, 13), con la sangre de los esclavos, a costa de los cuales puede brillar como la «gran ciudad» (18, 10.16.19), la nueva Babilonia, «porque del vino de sus prostituciones han bebido todas las naciones, y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes se han enriquecido con su lujo desenfrenado» (18.3). «Y vi que la mujer se embriagaba con la sangre de los santos y con la sangre de los mártires de Jesús» (17, 6).

3. *Se adentraban en la espesura de la pascua*

Cuando la fraternidad del Señor, fraternidad de la comunión y de la liberación, intenta abrir el sendero en un mundo con este rostro, que acabamos de diseñar con las palabras de los primeros testigos, se encuentra con dos fuerzas poderosas ante sí: la seducción y la persecución. El imperialismo romano intenta primeramente seducir a los hombres por su bienestar sobre todo, el bienestar de la paz universal. Pretende, según hemos visto, integrar a los pueblos en su soberanía. Pero si los hombres ofrecen resistencia, el imperio pasa de la seducción a la eliminación. Los hombres que no se dejan integrar, han de sufrir la persecución. Ya hemos visto cómo el camino de la fraternidad del Señor, camino de la liberación para la comunión, es mucho más que una alternativa al orden establecido. Es sencillamente una nueva creación que desarticula y recrea el entramado de este mundo. El enfrentamiento entre el imperio y las pequeñas fraternidades no se deja esperar, porque estos puntos minúsculos de luz, son la amenaza de muerte del imperio hasta en sus últimas dimensiones.

Las fraternidades, divididas y perseguidas

En esta situación muchos temen acercarse a la fraternidad e incorporarse a ella. Pero incluso los que han venido a la mesa común están tentados. La primera tentación es abandonarla. En este mundo seductor y hostil no es extraño que suceda el «enfriamiento de la fe» (Lc 18, 8) e incluso la apostasía. La segunda tentación es querer aunar con las concesiones a este mundo la fe en el Señor, y a las exigencias

de su señorío. Este fenómeno de la relativización del Señor, a los intereses personales, que pasan a ser absolutos, hace que las primeras comunidades se encuentren divididas. Por fuera perseguidas, por dentro divididas. Pero dentro de ellas hay siempre una levadura apostólica que vive del Señor y para el Señor, que pretende acoger absolutamente su gracia en la obediencia de la fe. Este fermento es la presencia alentadora del Señor que reúne a todos y les conduce a través del mundo hacia el reino. Ahora bien, se comprende que esta ab-soluta acogida de su misericordia entrañable para convertirla en la tarea de la liberación para la comunión, conduzca inevitablemente al martirio. Las fraternidades han de sufrir desde fuera y desde dentro. Al adentrarse en la espesura del mundo, por la radicalidad del seguimiento, se adentran al tiempo en la travesía pascual. O mejor dicho, al adentrarse en la pascua, se adentran en el mundo y en la humanidad para transfigurarlos y consumarlos.

El camino obligado del martirio

La lucha entre la vieja creación y la nueva creación es el combate final, no porque lo sea en el tiempo, sino porque lo es en la raíz. Por eso este camino del combate por la liberación para la comunión lleva consigo el martirio. Los Hechos de los apóstoles conservan la tradición martirial de la primera generación cristiana. Los mensajeros del evangelio y las mismas comunidades padecen amenazas, asechanzas, azotes, muertes: Hech 4, 3 s.25 s; 5, 17 s. 26 s. 41; 6, 11 s; 7, 54 s; 8, 1 s; 14, 5 s. ¿Podríamos recoger el testimonio de su martirio, mientras avanzan hacia la parusía del Señor? Pablo nos cuenta este itinerario. Al llegar a Tesalónica y predicar el evangelio allí, cuando los primeros hermanos lo aceptaron, empezaron ya a asemejarse al Señor crucificado «en medio de muchas tribulaciones» (1 Tes 1, 6), promovidas en parte por los judíos. Estos viven en fuerte pacto con la administración romana y encuentran en la fraternidad un fermento desestabilizador y amenazador. La comunidad de Tesalónica ha de avanzar como las comunidades de Judea por el camino de la tribulación (1 Tes 2, 14-16). Pablo se gloría de los hermanos «por la tenacidad y la fe en todas las persecuciones y tribulaciones, que estáis pasando» (2 Tes 1, 4). En efecto, los hermanos, liberados (Rom 5, 1-7, 25) para la comunión (Rom 8, 1-39), son hijos y herederos pero llevando las marcas de la cruz. «Herederos de Dios y co-herederos de Cristo, ya que sufrimos con él, para ser también glorificados» (Rom 8, 17). No sólo los apóstoles están sufriendo la persecución (2 Cor 4, 7-11; 6, 1-10; 11, 23-29), sino también los hermanos de la comunidad. Ellos conocen la tribulación y la angustia, el hambre y la desnudez, la persecución, los

peligros y la espada. Por eso se pueden apropiar las palabras del salmo: «Por tu causa nos entregan cada día a la muerte; somos tratados como ovejas destinadas al matadero» (Rom 8, 36). Detrás de estas palabras están los hechos diarios del acoso, la denuncia, la prisión, la tortura, el asesinato. Estas huellas sangrientas de los discípulos, que sufren «por el nombre de Cristo», son anticipo y referencia de su parusía (cf. 1 Pe 2, 12; 3, 13-17; 4, 12-19).

La provocación radical a todos

Efectivamente, el camino de la fraternidad apostólica, detrás de las huellas del Señor, llevaba ya de suyo la persecución (Mt 10, 17-20) pero ésta se hace más sangrienta cuando la fraternidad se adentra en la senda del amor pascual. «Entregará a la muerte hermano a hermano y padre a hijo; se levantarán hijos contra padres y los matarán» (Mc 13, 12). Los discípulos serán peligrosos dentro de sus mismas familias, porque la agresividad de los poderes de este mundo pondrán en juego a aquellos mismos familiares, que les acogen. Tendrán por tanto que ser rechazados en su misma casa. Pero como su senda hacia el reino no es una legitimación de la integración del orden establecido, que pretenden los grandes, ni tampoco una legitimación de la subversión deseada por los pequeños, entonces por la derecha y por la izquierda, a uno y a otro lado, van a encontrar los discípulos la agresividad y el odio. «Seréis odiados de todos» (Mc 13, 13). «Seréis odiados de todas las naciones» (Mt 24, 9 b). Este odio que todos sienten hacia la comunidad del Señor hará que los hermanos sean denunciados y llevados ante los poderosos, tanto del mundo helenístico como del judío. «Os entregarán a los tribunales, seréis azotados en las sinagogas y compareceréis ante gobernadores y reyes» (Mc 13, 9). El final será la muerte. «Les darán muerte» (Mc 13, 12). «Os matarán» (Mt 24, 9 b). Se trata en el fondo de un enfrentamiento último y radical entre el señorío de este mundo y el señorío del Señor, que está irrumpiendo. Todo esto le sucederá a la comunidad precisamente «por mi causa» (Mc 13, 9), «por causa de mi nombre» (Mc 13, 13). Por confesar el nombre y entregarse a la causa del Señor, los hermanos son una recreación radical del orden establecido y por tanto aparecen como el ataque más frontal al imperio que jamás se había conocido.

El supremo testimonio de la sangre

Las comunidades cristianas, a pesar de que su presencia es humilde y pretende primariamente la transformación de los hombres, para irradiar después esta transfiguración a la humanidad y al universo, son consideradas como focos de rebeldía, que amenazan el orden establecido. Entre el año 60 y 64 son martirizados Pedro y Pablo. En el 64 se inicia la persecución de Nerón contra aquellas pequeñas fraternidades, que no se acoplaban a este mundo, ni reconocían a sus señores, sino que pretendían transfigurarlo, buscando el mundo futuro. «Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo, pero, como no sois del mundo, porque yo al elegiros os he sacado del mundo, por eso el mundo os odia». «El siervo no es más que su señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros» (Jn 16, 19. 20). «Os expulsarán de las sinagogas. E incluso llegará la hora en que todo el que os mate, pensará que hace un servicio a Dios» (Jn 15, 2-3). Por eso «vosotros lloraréis y gemiréis y el mundo se alegrará» (Jn 16, 20).

En las comunidades de Juan se ha expresado este hecho con los símbolos tomados de la apocalíptica en un cuadro impresionante, entretejido en el Apocalipsis. El Dragón rojo, que con su cola arrastra la tercera parte de las estrellas del cielo, quiere devorar al Hijo primogénito, que va a nacer, «el hijo varón, que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro» (Ap 12, 5), pero como no pudo porque fue entronizado, persigue a la mujer, la iglesia de los tiempos mesiánicos, la persigue en sus hijos pequeños (12, 13-16), «los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús» (12, 17). Ahora bien, como el Dragón entrega su poder a la bestia para que ejerza su señorío, seduciendo al mundo universo, la bestia atacará a la comunidad de discípulos y testigos, que no se quiere dejar seducir más que por su Señor, el siervo entronizado. «El que a la cárcel, a la cárcel ha de ir; el que ha de morir a espada, a espada ha de morir: Aquí se requiere la paciencia y la fe de los santos» (Ap 13, 10). No es extraño, pues, que Roma la prostituta idólatra se emborrache con la sangre de los discípulos. El imperialismo romano ha derramado la sangre de los santos y de los profetas (Ap 16, 6). «Vi que la mujer se embriagaba con la sangre de los santos y con la sangre de los mártires de Jesús» (17, 6; 18, 24). Y ellos, al lavar sus túnicas en la sangre del Cordero, han empezado ya a compartir su victoria junto al trono, en espera de la consumación final (Ap 7, 9-17). Mientras tanto, sin embargo, la iglesia peregrina y martirial va avanzando por la senda de la travesía pascual, a la espera de la venida gloriosa del Señor.

4. *La misericordia concedida para la larga marcha*

La misericordia entrañable aparecida en la pascua del Señor es la absoluta gracia que se ofrece a todos, del todo en todo. Esta ofrenda sucede ya en el don del Espíritu, que reúne e incorpora a los hermanos en su fraternidad y los alienta a avanzar por los caminos que conducen a la mesa compartida del Padre. Esta ofrenda, que se da por entero, se va irradiando hasta acoger a toda la humanidad y a todo el universo. El «ya» de la pascua es al tiempo un «todavía no», porque la humanidad no se ha transfigurado en «fraternidad» y el universo no se ha transfigurado en «mesa compartida». Llegará un día, el día del Señor, en que suceda enteramente el «ya del todo en todo». Pero en el camino, puesto que el Señor nos entrega su Espíritu, va sucediendo, según hemos visto, la transfiguración de la liberación para la comunión. De todas formas como la humanidad es gracia, por haber sido creada, puede decidir ante la última ofrenda de la Gracia, es decir, puede acogerla o puede rechazarla. «Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo único, para que todo el que crea no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar el mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él, no es juzgado; pero el que no cree, ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios. Y el juicio está en que vino la luz al mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas» (Jn 3, 16-19).

La destrucción del desarraigo

Cuando el mundo rechaza la gracia de la misericordia entrañable aparecida en el Hijo amado, entregado y entronizado, entonces se desintegra. Ha roto, como veíamos, sus religaciones. En vez de la obediencia para el servicio, el mundo se autoconstruye sobre la idolatría para la opresión. Pero el Padre concede misericordiosamente que sus hijos recaigan en las sombras. La gratuidad se atestigua respetando la negatividad y apropiándosela, incluso respetándola después de habérsela apropiado en el madero de su Hijo. El Padre entrega a los hombres a los deseos de su corazón (Rom 1, 24.28). Entonces el mundo autónomo no pierde por ello su poder, pero su poder que es soberano, se convierte en poder de destrucción. La ruptura de la religación *(a-nomía)* se convierte en desintegración *(apóleia)*. La humanidad que se cierra al amor del Padre por la desobediencia y al amor de los hermanos por la ambición avanza destruyendo y destruyéndose, matando y muriendo. Muere matando.

De la misma manera el mundo que se ha desligado de su Señor en la idolatría, convertida en opresión, se convierte en lugar de perdición y de muerte. Las estructuras del mundo y los hombres, que las protagonizan, tienen poder para matar, para matar sobre todo a los pobres y a los indefensos. Pero cuando parece que se construyen a sí mismos en la grandeza de su poderío, se desintegran en sus mismas raíces y se destruyen. Avanzan destruyendo y destruyéndose, matando y muriendo. Mueren matando.

La revelación de la cólera

Mirando estos hechos desde la historia de la salvación que estamos recorriendo, se comprende que en muchas ocasiones esta ruina aparezca como directamente ocasionada por el Señor. Cuando se tiene la mirada enferma, la luz ciega; cuando se tiene el corazón empequeñecido, la misericordia endurece. Además, ¿no tiene el Señor en sus manos todas las cosas? Por tanto si la luz ciega y la misericordia endurece, es porque se está revelando su cólera desde el cielo (Rom 1, 18), «contra toda impiedad e injusticia de los hombres, que aprisionan la verdad en la injusticia» (Rom 1, 18). El Padre consiente misericordiosamente, es decir, doliéndole sus entrañas de misericordia, en que los hijos se cierren a la luz y se cieguen, en que se cierren al amor y se endurezcan. El Padre no puede dar más al mundo después de haberle dado al Hijo querido, pero consiente por su absoluta misericordia en que el mundo se convierta en la tierra de las sombras de muerte. Pero desde que el Hijo colgó del madero su cólera, la forma de su venganza es la misericordia sin arrepentimiento, una misericordia que invita y provoca siempre a la conversión, pero que en último término será invencible. Es la misericordia de la alianza nueva, que será eterna. ¿Qué hacer, por tanto, con este mundo cerrado, que se destroza, destrozando?

La misericordia que envuelve la iniquidad

Los primeros hermanos, que viven la travesía pascual, intentan descifrar este misterio de la misericordia, que envuelve al misterio de la iniquidad. Y para ello recurren a los materiales del movimiento apocalíptico, que en gran medida, según vimos, estaba formado por los pobres del Señor. Y sin embargo hemos de decir con firmeza, que estos materiales están transfigurados desde la ternura de la pascua del Señor. Los pobres del Señor en el antiguo testamento esperan el juicio de la venganza, esperan que el Señor aplaste y destruya a los impíos y

a los malhechores y que a sus fieles les conduzca con su mano derecha y los tenga siempre consigo. Pero la cólera, como hemos dicho, ha quedado transfigurada. La última venganza del Padre ha consistido en darnos al Hijo, colgándolo en el madero, como un malhechor que se ha apropiado todas nuestras iniquidades. La venganza de la parusía no será más que la misericordia de la pascua. Pero si en la pascua aparece la gracia en debilidad, en la parusía aparecerá en fuerza. Si la gracia de la pascua apareció en la figura del Siervo, la gracia de la parusía aparecerá en la forma de Señor y de Juez. Esto significa que los que no hayan acogido la misericordia y se hayan mantenido en la idolatría y en la opresión, ellos mismos voluntariamente se han excluido ya ahora de la mesa común. Pero será necesario ofrecerles una y otra vez la gracia de la misericordia para invitar a todos a la conversión. Es en esta clave en la que los primeros hermanos leen los «signos» y los «castigos», que preceden a la parusía. Los materiales apocalípticos, que usan, no debieran encubrirnos la novedad que les transfigura.

La invitación de la misericordia

La misericordia entrañable se muestra en la gratuidad excesiva, que consiente la negatividad, para hacer aparecer en ella la fuerza de la gracia. En los relatos de la parusía que estamos contemplando aparecen siempre las figuras del poder soberanamente destructor de este mundo desarraigado. El «misterio de iniquidad» se disfraza en ocasiones del «Hombre impío, el Hijo de la perdición, el Adversario» (2 Tes 2, 3-4), que se ha sentado en el trono de Dios, es decir, que ha establecido la idolatría de su propia soberanía. En otras ocasiones el misterio de inquidad aparece como la «abominación de la desolación» (Mc 13, 14), es decir, el intento de suplantar, hasta en el mismo templo, la soberanía del Señor por la soberanía del imperio de este mundo. En otras ocasiones el «misterio de iniquidad» se encarna en el dragón (Ap 12, 3), que da su poder a la bestia (Ap 13, 2), que se sirve del falso profeta (Ap 13, 11-18) y que se corporeiza en la gran ramera, que oprime a todos los pueblos y derrama la sangre de los pobres y de los discípulos (Ap 17, 1-18). El mundo es autónomo, un absoluto relativo, precisamente porque está sostenido por el Señor, absolutamente absoluto. Consentir que el mundo rebelde y desarraigado se desintegre matando, es un gesto misericordioso de condescendencia.

Lo mismo que en la pascua el Padre sostuvo las manos nuestras cuando colgamos al Ungido, también ahora parece que sostiene las garras del mundo agresivo y hostil, que está despedazando a los discípulos. A la bestia «se le concedió hacer la guerra a los santos y

vencerlos; se le concedió poderío sobre toda raza, pueblo, lengua y nación» (Ap 13, 7). Pero estos sucesos que preparan la segunda venida del Señor no son sólo un gesto de misericordia porque el Señor consienta que sean posibles, en medio de un mundo autónomo, sino porque entre las garras del mundo se prolonga la sangre de la pascua, derramada en excesiva gratuidad, por los discípulos, que viven y mueren alentados por el mismo Espíritu del Cordero, que ha sido inmolado. De este modo se atestigua que la fragilidad de los mártires, su sangre derramada sobre la tierra desarraigada y destructora, es el lugar de la aparición de la victoria de la gracia, como invitación a la conversión y como camino para la irradiación. Las cadenas que sujetan y destrozan a los mártires hacen posible que se oiga la voz viva del Cristo que aparece en el camino, a la cabeza de los suyos, acogiendo a todos para el seguimiento hacia el reino. «Seréis golpeados y puestos ante gobernadores y reyes, a causa de mí, en testimonio para ellos. Y a todas las naciones es preciso primeramente que se predique el evangelio» (Mc 13, 9.10). El Espíritu del Señor hablará por boca de los mártires, que padecen en los dolores de la tribulación la llegada del reino. Las señales, que preceden a la parusía, son así una invitación de la misericordia, precisamente para los impíos, que no han querido acogerla.

La provocación de la misericordia

Cuando el mundo rebelde y desarraigado camina en la idolatría y en la opresión y todos se deciden por matar, sobre todo los que protagonizan su poderío, entonces él mismo se precipita en la ruina. El Señor consiente en que la humanidad que construye el mundo exista desde los deseos de su corazón, pero como a esta aventura histórica, por grandiosa y seductora que parezca, le faltan las últimas raíces, el mundo se desintegra. El pequeño pueblo del Señor está ya acostumbrado a asistir a su derrumbamiento. Su sendero fue como senda apenas imperceptible por el imperio egipcio y asirio, por el imperio babilonio y el persa, por el imperio helenístico y romano. El pequeño resto, el puñado de pobres, fieles a la alianza, habían estado siempre en el camino del éxodo no sólo salvándose de la ruina, sino abriendo a todos la senda del absoluto futuro de la liberación para la comunión. Por eso, para los pobres del Señor de las comunidades apocalípticas, la ruina de los grandes imperios era una hazaña de la misericordia del Señor, para provocar a un nuevo éxodo a la humanidad y al universo en su historia. La situación-tipo a la que una y otra vez se vuelven los ojos es al éxodo de Egipto. El pueblo de los hijos es una bendición para los pueblos de la tierra, incluso para los mismos opresores que los despojan. Pero esta bendición les alcanzará de lleno

si consienten en el éxodo de la alianza. Si no consienten, el señorío de la idolatría y de la opresión se hundirá. Pero antes todos verán con sus ojos las ruinas, en acontecimientos asombrosos de destrucción, en azotes, en heridas («plagas»), en donde se ve que la senda de la opresión no tiene futuro, mientras que el éxodo de la alianza avanza hasta la tierra de la promesa.

El apocalipsis con los materiales de la apocalíptica (cf. especialmente Dan 7) ha presentado de nuevo las plagas, con las que es acosado el señorío de este mundo, encarnado ahora en el imperio romano. Son símbolos, que representan cómo el imperio se desintegra, en una desintegración que parece consecuencia de la cólera de Dios, pero que ahora está vista como una provocación de su misericordia entrañable a la conversión. Primero avanzan sobre el señorío de este mundo los caballos de la guerra, del hambre, de la muerte. Y hasta se asiste a un terremoto cósmico (Ap 6, 1-8.12-17). Después suenan sobre él el sonido de las trompetas que hacen lo que anuncian: granizo, sangre, invasiones, exterminio (Ap 8, 6-12). Por fin se derraman sobre él las copas de la enfermedad, el fuego, la sangre y la muerte (Ap 16, 1-21). Esta ruina del señorío de este mundo, el señorío de la idolatría y de la opresión, muestra en su derrumbamiento, que lleva en su mismo seno la muerte final, porque en medio de su aparente grandeza y progreso se está desintegrando y destruyendo desde dentro. «Llorarán y harán duelo por ella los reyes de la tierra, los que con ella fornicaron y se dieron al lujo» (Ap 18, 9). «Lloran y se lamentan por ella los mercaderes de la tierra» (Ap 18, 11), «los que a costa de ella se habían enriquecido» (18, 15), «todos los capitanes, oficiales de barco» (18, 17). La gran ciudad, con cuya opulencia se enriquecieron se ha arruinado en una hora. «La voz de la rueda de molino no se oirá más en ti. La luz de la lámpara no lucirá más en ti; la voz del novio y de la novia no se oirá más en ti» (18, 22-23).

La fidelidad del Señor en sus pobres

El imperialismo romano, signo del señorío de este mundo, se está desintegrando desde sus raíces. Las plagas son provocaciones de la misericordia del Señor para que los hombres vean y comprueben que se están hundiendo en ruinas sin remedio, que avanzan por el callejón sin salida de la muerte. ¿Dónde puede estar la esperanza? En el puñado de pobres, que es fiel a la misericordia del Señor, o mejor dicho en la misericordia del Señor que «derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, que a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos» (Lc 1, 52-53). Pero son el puñado de pobres del Señor, es decir, aquellos que han renunciado a

la idolatría y a la opresión, para entregarse en la fidelidad a la llegada del reino de Dios sobre la tierra. Como en el nuevo éxodo de Babilonia (cf. Is 48, 20; 52, 11; Jer 50, 8; 51, 6.9.45), en la obediencia de la fe hay que entregarse con todo el corazón y con todas las fuerzas al camino del amor. «Salid de ella, pueblo mío, no sea que os hagáis cómplices de sus pecados y os alcancen sus plagas» (Ap 18, 4). «Habitaré en medio de ellos y andaré entre ellos; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Por tanto, salid de entre ellos y apartaos, dice el Señor. Yo seré para vosotros padre y vosotros seréis para mí hijos» (2 Cor 6, 16-18). En este puñado de pobres del Señor, que forman las pequeñas fraternidades está el futuro de la liberación para la comunión; en él se abre el camino hacia la tierra de la herencia. Si «una gran rueda de molino» cae sobre la nueva Babilonia, para reducirla a la nada, es porque en aquel momento el Señor ha juzgado la causa de sus pobres, tomando partido por ellos para realizar la llegada de su reino (Ap 18, 20-21). En este sentido las plagas son una provocación de la misericordia y mientras anuncian y realizan la ruina, se oye el himno de la victoria del Cordero, a quien se le han entregado los destinos del mundo (Ap 4, 1-11).

Tiempo de la paciencia y de la espera

Entonces se comprende cómo el retraso de la parusía es un gesto de desmedida misericordia para con todos los hijos rebeldes. Todos están bajo el pecado (Rom 3, 10). «Pues Dios encerró a todos los hombres en la rebeldía para usar con todos ellos de misericordia» (Rom 11, 32; Gál 3, 22). En esta larga marcha está ya sucediendo el juicio bajo la gracia que se ofrece en su debilidad y en su locura. Es esta gracia de la misericordia la que a todos invita y provoca y muy especialmente a los que la rechazan en su idolatría y en su opresión. A ellos especialmente, como en la parábola del hijo pródigo, se extienden los brazos amorosos del Padre, aparecidos en los brazos extendidos en la cruz de su Hijo, entregado como propiciación para inaugurar la nueva creación. Es «el tiempo de la paciencia de Dios» (Rom 3, 26). La «riqueza de su bondad», su paciencia larga y sostenida nos provocan a la conversión (Rom 2, 4). «Ante el Señor un día es como mil años y mil años es como un día. No se retrasa el Señor en el cumplimiento de la promesa, como algunos lo suponen, sino que usa de paciencia con vosotros, no queriendo que algunos perezcan, sino que todos lleguen a la conversión» (2 Pe 3, 8-9). Pero no podemos engañarnos. Su amor es invencible. Los que no quieran acoger la misericordia, ellos mismos se excluyen. Atesoran cólera para el día del «justo juicio de Dios», cuando seremos juzgados por nuestras obras y

cuando los rebeldes «indóciles a la verdad y dóciles a la injusticia», recibirán «cólera e indignación», «tribulación y angustia» (Rom 2, 5-9).

5. *El Espíritu y la Esposa dicen: «Ven»*

Las pequeñas fraternidades del Señor sembradas en la ecumene se están adentrando en la hondura de la historia, al adentrarse en la hondura de la pascua. Al compartir con el crucificado Señor de la gloria su entrega «gratis», «por su gracia», «en su sangre» (Rom 3, 24.25) se adentran en la última hondura de la liberación y de la comunión. Ellos salen al mundo desde la mesa, donde se parte el pan y la copa, y desde el mundo retornan de nuevo a la mesa. El camino en la publicidad, secularidad, conflictividad y cuotidianeidad del mundo es la entrega de sí mismos hasta el extremo del amor que es la sangre, ofreciéndose como víctimas por el mundo en inmolación de representación (Rom 12, 1). De este modo, viviendo el exceso del amor pascual, que es para el mundo locura y debilidad no se configuran con el mundo, sino que comienzan ya a transfigurarlo. El camino martirial es la senda de la transfiguración, aquella senda donde ellos se transfiguran, transfigurando la humanidad y el universo en su historia.

La alabanza por la victoria ya iniciada

En la mesa del Señor es donde se experimenta el ya y el aún no. Por una parte se ve con los ojos y se palpa con las manos cómo el Siervo, entregado por el Padre en favor nuestro, como cordero indefenso y disponible, ha inaugurado ya la familia de hermanos y la mesa común. Esta comunidad peregrina y martirial, será por tanto la comunidad de la alabanza de gloria. Martirio y alabanza van unidos, porque lo que en realidad merece la pena celebrarse es la victoria del Señor a la que se está asociando la iglesia y el universo. El Apocalipsis está sembrado de himnos de victoria. «Eres digno, Señor Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tú has creado el universo; porque por tu voluntad lo que no existía fue creado. Eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos, porque fuiste degollado y con tu sangre compraste para Dios, hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación y has hecho de ellos para nuestro Dios un reino de sacerdotes y reinan sobre la tierra. Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza» (Ap 4, 11; 5, 9-10.12; 11, 17-18; 12, 10 b-12 a; 15, 3-4).

«La salvación y la gloria y el poder son de nuestro Dios... Porque reina el Señor nuestro Dios... Alegrémonos y regocijémonos y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero y su esposa se ha embellecido» (Ap 19, 1.6-7). Ya el señorío de este mundo ha sido vencido en él y está siendo vencido en aquellos que derramaron su sangre vertida con la del Cordero extendiéndose así el señorío del Cristo, que da alegría a los cielos y a la tierra (Ap 12, 10 b-12 a).

El gemido por la liberación, todavía no consumada

Esta experiencia de la sangre derramada en la mesa, que alienta a derramarla también en los caminos, permite a la comunidad adentrarse en los gemidos de la humanidad y del universo que están todavía en la esclavitud. En la mesa se oyen los gemidos de la creación. El universo padece una «apremiante espera», un «vivo deseo» de que aparezca en su seno la familia de hermanos sentada en la mesa común. «La creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto» (Rom 8, 22). Pero estos gemidos de la creación resuenan en las entrañas de la fraternidad, que todavía no se ve enteramente liberada. «También nosotros, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos en nosotros mismos, suspirando por la liberación de nuestro cuerpo» (Rom 8, 23; cf. Ef 1, 14). Pero, además, la comunidad siente vivamente en la fracción del pan, que los muros del mundo continúan en pie y que las barreras de la comunidad todavía no se han derribado del todo (cf. 1 Cor 11, 17-32). Por eso el gemido por la tierra de la herencia, por la fraternidad unánime y la mesa compartida, se dejan sentir con toda viveza. Ya son libres, pero todavía son esclavos; ya son hermanos, pero todavía son enemigos. Se explica, pues, que allí mismo donde parten el pan y donde sienten que han entrado en la tierra de la herencia, allí mismo se sientan desterrados. El gemido por la liberación y la comunión en su plenitud es lo propio de los desterrados, de los que son huéspedes y advenedizos todavía, de los que son ciudadanos de una ciudad, que todavía no han tomado plenamente en posesión (cf. Flp 3, 20; 1 Pe 1, 1; 2, 11; Col 3, 1-4). Rodeados como están por la misericordia entrañable, gritan los cantos de la alabanza, pero también los gemidos de la súplica.

La plegaria por la consumación

El gran grito de la iglesia peregrina y martirial es: *Marana tha* (1 Cor 16, 22; Did. 6). Lo mismo que la invocación «Abbá», también esta invocación a Jesús, el Señor, es un grito que grita el Espíritu, que

ha sido derramado en nuestros corazones (Gál 4, 6; Rom 8, 15). «Pues nosotros no sabemos cómo pedir para orar como conviene; mas el Espíritu intercede por nosotros con gemidos inenarrables» (Rom 8, 26). Este grito tiene dos acentos. En torno a la mesa de la fracción del pan, puede ser una confesión de que el Señor está cerca, de que está viniendo enseguida y que ha venido ya (cf. Rom 13, 11; Flp 4, 5; 1 Pe 4, 7; Sant 5, 8). En este caso el acento está puesto sobre todo en el «ya». Pero, cuanto más vivamente se experimenta el ya, tanto más vivamente se siente el «aún no» y se añora el ya definitivo. La pascua es el comienzo del fin. Por eso podemos decir de algún modo que el Espíritu que se da en el pan y en la copa es un anticipo de lo que se va a consumar, unas arras de lo que se va a entregar totalmente. No es extraño, pues, que *Marana tha* tenga otro acento fundamental: «Ven, Señor». «El Espíritu y la esposa dicen: "Ven". Y el que oiga diga: "Ven"» (Ap 22, 17).

Las primeras fraternidades, en su camino martirial, a medida que se adentran en la hondura de la pascua atravesando el mundo, tienen la experiencia de que «la noche está ya muy avanzada y el día se echa encima» (Rom 13, 12). Están padeciendo por la causa del reino de Dios y de su justicia (2 Tes 1, 5.6). Y desean ardientemente que esta justicia se consume. *Marana tha* parece tener en primer lugar sentido de plegaria por ellos. Son hombres de barro y sienten la necesidad de terminar de atravesar la travesía de la pascua. «¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia y sin tomar venganza por nuestra sangre?» (Ap 6, 10). «Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos, que están clamando a él día y noche y les hace esperar? Os digo que les hará justicia pronto» (Lc 18, 7-8; cf. Eclo 35, 18-19). Pero cuando los discípulos se adentran en la pascua, no oran la oración de la venganza, sino la de la consumación del amor. Ellos lo que desean es que venga definitivamente el reino, que se reúna la familia de hermanos en torno a la mesa compartida, con los pequeños a la cabecera. Y que ya no haya más lágrimas. Aspiran a que llegue el día en que «ya no tendrán hambre ni sed; ya no les molestará el sol ni el bochorno. Porque el Cordero... será su pastor y los conducirá a los manantiales de las aguas de la vida. Y Dios enjugará todas las lágrimas de sus ojos» (Ap 7, 16-17). El *Marana tha* es la plegaria por la consumación de la plenitud. «Padre de bondad, que todos tus hijos nos reunamos en la heredad de tu reino, con María la virgen Madre de Dios, con los apóstoles y los santos y allí junto con toda la creación, libre ya de pecado y de muerte, te glorifiquemos por Cristo Señor nuestro, por quien concedes al mundo todos los bienes» (Plegaria eucarística IV).

Ahora comprendemos que si la pascua es el anticipo de la parusía, la parusía es la consumación de la pascua. La Iglesia del Señor, por

tanto, que vive del pasado, que se hace memorial presente («Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección»), pende radicalmente del futuro de la consumación («ven, Señor Jesús»). Existe desde la misericordia entrañable, que es gracia que alienta el camino de su tarea, pero sabe que esta gracia desborda su tarea, la impulsa y provoca siempre a transcenderla y está segura de que al final la transfigurará y la consumará. Porque el Señor que tomó de la mano a su Iglesia y la conduce, avanza con su mano extendida y la luz de su rostro, hacia la plenitud consumada de la alianza de su amor. Por eso, la fraternidad del Señor espera firmemente que cualquier día el mismo Señor venga a su encuentro, para entregar el reino al Padre.

6. *Dice el Señor: «Sí, vengo pronto»*

La pascua del Señor fue un amanecer. La noche fue ya vencida, pero todavía no se desplegó el día. Es el lucero de la mañana el que va levantando y estableciendo el día. Primero como escondido en la sombra de la noche, después resplandeciendo para dar la entera victoria a la luz. El Señor ha ido caminando a la cabeza de su Iglesia, reuniendo la familia de hermanos y preparando la mesa común, donde los pequeños sean los primeros.

El Señor viene en gloria

El camino que ha ido haciendo con los suyos ha sido un camino en el claroscuro. El era el Señor, pero todavía «en la forma de siervo» ofreciendo su gracia en la debilidad, para que toda flaqueza, incluso la de los poderosos, fuera envuelta en su misericordia. Pero llega un momento en que se vuelve hacia la comunidad y hacia el universo con un gesto nuevo. Termina su servicio de siervo y aparece de parte del Padre, como lo que es, el Señor de la gloria, que va a consumar la llegada de su reino. Ahora es cuando el día se va a consumar, cuando la luz de la gloria va a envolver a la humanidad y al universo en toda su historia. Está despuntando el día. «El lucero radiante de la mañana» (Ap 22, 16) se ha levantado, viniendo de lo alto (Lc 1, 78; 2 Pe 1, 18). Viene para terminar de realizar la obra que empezó y que fue avanzando con los suyos a lo largo del camino. «Yo soy el alfa y la omega, dice el Señor Dios, "aquel que es, que era y que va a venir", el todopoderoso» (Ap 1, 8). El que era el primero, por cuyas manos todo se inició, es ahora el último, por cuyas manos todo se va a consumar (Ap 21, 6).

Viene el Señor, como Señor de la Iglesia y del universo, viene en la gloria de su majestad. El es el Hijo amado del Padre, enviado a

nosotros, entregado por nosotros y entronizado sobre nosotros. «Dios le exaltó y le concedió el nombre sobre todo nombre, de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble, en el cielo, en la tierra y en el abismo y toda lengua confiese: "Cristo Jesús es el Señor" para gloria de Dios Padre» (Flp 2, 9-11). El Señor entronizado sobre todo, sólo era reconocido y aclamado por su comunidad, y aún ante ésta aparecía en la espera paciente de su misericordia. Pero ahora el que estaba a la derecha del Padre, yendo a la cabeza nuestra, se vuelve hacia su Iglesia y hacia su universo, de parte del Padre, con gran poder y majestad. Va a terminar de realizar el reino y su justicia. Por ello viene al juicio, el juicio de la justicia del Padre, que va a recrear todas las cosas, desde el camino de las sombras, por donde iba avanzando la historia entera.

El descenso del Hijo del hombre

Los primeros hermanos presentan este último gesto del Señor con dos imágenes, una tomada de la apocalíptica judía y otra de la política helenística. En la primera aparece como el Hijo del hombre, en la segunda como el Rey del mundo. Ante la mirada de Daniel (7, 1-28), el mundo es como un mar agitado, del que sucesivamente van saliendo los monstruos de los imperios de este mundo, hasta el último, el helenístico, que con sus enormes dientes de hierro despedaza a los pobres y a los santos. Pero llega la hora del juicio. Se ha preparado el tribunal. El Anciano de larga cabellera y de vestidura blanca se ha sentado en su trono de fuego (7, 9-10). Sobre el tribunal están abiertos los libros. Y he aquí que «en las nubes del cielo venía como un Hijo de hombre. Se dirigió hacia el anciano y fue llevado a su presencia. A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos y naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará y su reino no será destruido» (7, 13-14). En el tribunal se arranca el imperio a los señoríos de este mundo y se entrega al puñado de santos, el resto fiel a la alianza, que hacía camino en medio de la persecución y el martirio (7, 18.24-27). El Hijo del hombre, rodeado del pueblo de los santos, ejercerá así el reino eterno y «todos los imperios le servirán y le obedecerán» (7, 27).

La entrada del Señor del mundo

En el mundo helenístico había un hecho en cierto modo semejante, del que nos han dejado noticia las fuentes antiguas (Polyb. hist. 18.48.4; CIG. 4896. 8 s. 5 y 11.495.85 s; P. Tebt. 48.14).

En medio del imperio, el pueblo padece la injusticia por causa de sus opresores y dirigentes. ¿De quién puede esperar la liberación? Desde luego no puede esperarla de los que le están despojando y oprimiendo, sino del soberano que está a la cabeza de la humanidad y del universo y, por su benignidad, se inclina con su poder y su solicitud a sus súbditos, para hacerles justicia y abrirles el camino del futuro. El pueblo grita. Y el emperador viene a hacer justicia al pueblo y a la tierra. También aquí hay un tribunal. En torno a él la muchedumbre, y entre ella los pobres más despojados y oprimidos. En torno a él la tierra por donde se camina, cuyo montaje es una cárcel, que arranca la libertad e impide la solidaridad. No es extraño, pues, que cuando vaya a venir el soberano, el pueblo salga a su encuentro, lleno de alegría. Precisamente con su juicio definitivo hará posible un pueblo nuevo y una tierra nueva y un camino nuevo y una historia nueva. A esta visita se le suele llamar parusía, es decir «presencia», «aparición» del rey soberano, que viene a establecer su justicia última e inapelable. Si el Hijo del hombre «desciende» de los cielos a la tierra, el soberano «se presenta» ante los cielos y la tierra.

En las dos imágenes, que usan los primeros hermanos para presentar el último gesto del Señor hay algunos rasgos comunes. En primer lugar, el Señor, que viene; en segundo lugar, el pueblo; en tercer lugar, los pobres y oprimidos; en cuarto lugar, la tierra. Por eso, si queremos nosotros ahondar en la venida del Señor, podríamos también sencillamente recorrer estos pasos, que coinciden con todo lo que hasta ahora hemos visto en la historia santa.

El Señor viene

El que ahora viene, fue el que vino desde el Padre y bajó hasta las partes más bajas de la tierra, el que recorrió los caminos y atravesó el madero, el que resucitó venciendo a la muerte y fue puesto a la derecha del Padre y a la cabeza nuestra. El que viene es Jesús, el Cristo. No es ahora cuando empieza a reinar. Empezó cuando fue entronizado. Ahora es cuando termina su reino para entregarlo al Padre (1 Cor 15, 25-28). Por eso ahora viene en gloria. «Verán al Hijo del hombre, que viene en unas nubes, con mucha fuerza y gloria» (Mc 13, 26; Mt 24, 30; Lc 21, 27). El que tomó la forma de siervo, ahora aparece como Señor. Por eso el Apocalipsis tiene preferencia por hablar del «Cordero degollado» (Ap 5, 6; cf. Jn 1, 29; Is 53, 7). Lleva en su cuerpo las huellas del amor crucificado, pero está en pie como vencedor (cf. Hech 7, 55), incluso de la muerte (Ap 1, 18). Por eso el Padre realiza ahora por sus manos la consumación de su reino. «Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la

sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza» (Ap 5, 12.21-22). Ante la mirada de Pablo, que comparte con la comunidad del Apocalipsis esta admiración ante el siervo convertido en Señor (Flp 2, 7-9), el Cristo de la parusía no sólo es el Rey mesías, bajo cuyos pies el Padre ha sometido a sus enemigos (1 Cor 15, 25; cf. Sal 109, 1), sino el Hombre nuevo que inaugura la nueva humanidad para la nueva creación. «Ha sometido todas las cosas bajo sus pies» (1 Cor 15, 27; cf. Sal 8, 7). Por eso su «descenso» y su «aparición» es la consumación de la «justificación», es decir, de la «recreación». El Primogénito de toda la creación, que es el Primogénito entre muchos hermanos, aparece ahora en la fuerza de su gracia, para consumar todo en todo.

La familia de hermanos se reúne

Ya hemos visto cómo a lo largo del camino, el Señor avanzando a la cabeza ha ido reuniendo a la gran familia de sus hermanos. Es hora de convocarlos y reunirlos a todos, por encargo del Padre. El Padre es fiel, nos ha llamado a la comunión con su Hijo y la va a consumar (1 Cor 1, 9; 1 Jn 1, 3; Flp 3, 10 s). De nuevo las comunidades echan mano de las imágenes del entorno para representarlo. Para convocar a la familia de los hijos y a toda la familia humana se oye la voz de la trompeta en el cielo. Es el «día de nuestro Señor Jesús Cristo» (1 Cor 1, 8; Flp 1, 6.10; 1 Pe 1, 7.13) y en este día de su revelación han de ser convocados todos. «El Señor mismo, a la voz del arcangel y al sonido de la trompeta divina, descenderá del cielo» (1 Tes 4, 16; 1 Cor 15, 52). Vendrán todos los que acogieron su misericordia entrañable y a lo largo del camino fueron hijos y hermanos con él. Vendrán los que están vivos y los que ya hayan muerto (1 Tes 4, 16-17). Vendrán los que fueron judíos y gentiles, en la única familia de la Iglesia (Rom 11, 11-32). «Y entonces enviará a los ángeles y reunirá a los elegidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra, hasta el extremo del cielo» (Mc 13, 27). Pero no sólo serán convocados los que acogieron su amor o lo rechazaron en la familia de la Iglesia, sino todos los hombres, que también de alguna manera han tenido que decidir en el camino entre la acogida o el rechazo del amor a los hermanos. Todos los hombres de todos los tiempos, resucitados de sus sepulcros, vendrán a la convocatoria del juicio: «Cuando venga el Hijo del hombre y todos sus ángeles con él, entonces se sentará en el trono de su gloria. Y se reunirán ante él todas las naciones» (Mt 25, 31-32; cf. 10, 15; 11, 22-24; 12, 41-42).

En esta convocación el Señor va a dar a los suyos la comunión definitiva de su amor. Va a terminar de reunir a todos sus hermanos, en el seno de una misma familia. Por eso, no es extraño que el

Apocalipsis hable de la esposa. El desposorio del Señor con su Iglesia, que es su esposa, sucedió en la pascua y se consuma en la parusía. «Han llegado las bodas del Cordero y su esposa se ha embellecido» (Ap 19, 7). Ahora aparece radiante de gracia y de gloria, «como una esposa ataviada para su esposo» (Ap 21, 2), porque se ha consumado el nuevo éxodo (Os 1, 2; 2, 16; Is 61, 10; 62, 4-6; 65, 18). Pero esta esposa es madre de una muchedumbre de hijos (Ap 12, 17). La asamblea convocada ahora es la gran familia de hermanos, que después de sus caminos de transfiguración en la travesía pascual, acaban de ser transfigurados en la imagen gloriosa del Mayor. «Del mismo modo que hemos llevado la imagen del hombre terreno, llevaremos también la imagen del celestial» (1 Cor 15, 49). La llama de Amor viva del Espíritu, no sólo vencerá la muerte (1 Cor 15, 26.54-55), sino que hará que la vida entera se transfigure en la comunión de la filiación y la fraternidad del Primogénito. «Pues a los que de antemano conoció, los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo para que él sea el Primogénito entre muchos hermanos». Sí. A los que predestinó, los justificó y los glorificó (Rom 8, 29-30).

Los pequeños pasan al primer lugar

En este juicio sucede un cambio en la mesa. En la mesa del mundo por una parte está la figura del rico Epulón sentado y por otra la figura del mendigo Lázaro, tirado fuera. En esta mesa, sucederá un cambio importante. El Señor va a hacer un juicio de amor. Todos los hermanos, que se congregaron en su familia a lo largo del camino, y todos los hombres de todos los pueblos van a ser juzgados por el amor, y en concreto por el amor a los pequeños. La regla del juicio es el único mandamiento, en el que se resume todo el camino, mandamiento que hasta puede ser secretamente conocido por aquellos que no vieron con sus ojos el rostro del Ungido. El resultado de este juicio de amor será bien definido y definitivo. El Hijo del hombre, en la figura del rey, «separará a unos de otros, como un pastor separa a las ovejas de las cabras. Pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: "Venid benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber; fui forastero y me acogisteis; estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel y vinisteis a verme"» (Mt 25, 32-36). A la derecha del Señor, a la cabecera de la mesa han pasado los pobres y los servidores de los pobres. Aquellos pobres, que fueron tan despojados, que fueron siervos sin que pudieran decidir su vida, siervos desfigurados, que ni siquiera parecían tener rostro humano y que por ello eran imágenes

vivientes del Siervo del Señor, asociados a su misterio pascual. Y también aquellos hermanos, que siendo ricos o pobres, grandes o pequeños, se hicieron siervos de los pobres, pobres del Señor, para manifestar su misericordia a los últimos. El reino que fue apareciendo en el camino cuando Jesús tomó de una mano a los pobres y de otra a los servidores, se consuma ahora de la misma manera. Estos «pobres, que han llegado a ser santos» y estos «santos que han llegado a ser pobres», es decir estos hijos y hermanos pequeños, que se han dejado acoger absolutamente por la misericordia entrañable y han caminado en ella, son los que han pasado a la cabecera de la mesa. Hay una continuidad entre el camino y este juicio final, que abre la puerta a la última morada (Mt 25, 37-40).

«Entonces dirá también a los de su izquierda: "Apartáos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, estuve forastero y no me acogisteis; estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no vinisteis a verme"» (Mt 25, 41-43). El último juicio del Señor es un desvelamiento del camino de la historia. Su parusía manifiesta su identidad entre la llegada del reino y la liberación de los pobres. Ya en el camino, el Hijo del hombre estaba en el rostro de los desvalidos. Si a lo largo del camino él no ha sido reconocido ni servido en los pequeños, porque los hombres estaban cerrados en la idolatría y en la opresión, ahora tampoco pueden estos idólatras y opresores tomar parte en la mesa de la consumación. Ellos mismos se han excluido de la mesa. Y mientras los hermanos que han existido en el amor, han pasado a la cabecera, los que se cerraron al amor han tomado la senda que les conduce fuera de la casa y de la familia. Ellos mismos se ven alejados de la presencia gloriosa del Hijo del hombre (2 Tes 1, 9), y se abisman en la tribulación y en la ruina, que no tiene fin (2 Tes 1, 6). Los idólatras y opresores irán al «castigo eterno» (Mt 25, 46), a «las tinieblas de fuera» (Mt 25, 30). Como cuando el padre echa fuera de casa a los hijos que no han querido ser hermanos y han despreciado a los pequeños, y se pierden en la noche, donde sólo queda el llanto (Mt 8, 12; 25, 30). Los que fueron «administradores infieles» (Mt 25, 24-30) y «siervos malvados» (Mt 24, 48-51), habrán de marchar a la última muerte, que con las imágenes del entorno se representa como el lago, que arde en fuego (Ap 21, 8; 22, 15).

La casa común se recrea

El Señor en su juicio reúne definitivamente en su comunión a la familia de los hermanos, poniendo a los pequeños en primer lugar, para que sirvan y reinen con él. Pero esto supone una catástrofe para

el mundo. El mundo, según hemos ido viendo, era un campo de guerra atravesado por una barrera, convertida en trinchera. De un lado estaban los ricos, los poderosos, los sabios y de otro los pobres, los oprimidos y los ignorantes. Todos ellos cerrados al amor, en aquella cárcel que aparentaba un poderío soberano. Por eso sobre el suelo se vertía la sangre y se oían los gritos. Los ojos se llenaban de lágrimas y la muerte marcaba con su sello todas las sendas. La parusía conmueve desde sus cimientos la imponente construcción del señorío de este mundo. «En aquellos días, después de aquella tribulación, el sol se entenebrecerá y la luna no dará su resplandor y las estrellas estarán cayendo del cielo y las fuerzas que están en los cielos serán sacudidas» (Mc 13, 24-25). «Sobre la tierra, angustia de las naciones en la perplejidad del rumor del mar y del oleaje» (Lc 21, 25). Con estas imágenes las primeras comunidades quieren expresar la última crisis del mundo, crisis que ya estaba sucediendo, pero que ahora se manifiesta abierta y definitivamente. El universo dominado por la injusticia, la opresión y la mentira, aunque parecía estar firme y avanzar progresivamente, se estaba desintegrando desde sus mismas raíces, en la «anulación» de la servidumbre. Ahora el Señor consuma su obra, que empezó, la obra de hacer de los cielos y de la tierra la mesa compartida en la casa común.

Lo que en la tradición sinóptica aparece como una catástrofe no significa de ninguna manera la destrucción radical del mundo, es decir, su vuelta a la nada, sino su más honda transfiguración. Esto significa en primer lugar que los poderes imponentes de la injusticia, la opresión y la mentira, que parecían divinizados, han sido vencidos. La parusía del Señor es la consumación de la pascua. Ahora se extiende aquella victoria a todo el universo. «Luego el fin, cuando entregue a Dios Padre el reino, después de haber destruido todo principado, dominación y potestad. El último enemigo en ser destruido será la muerte» (1 Cor 15, 24.26). La vieja creación ha pasado. «El primer cielo y la primera tierra desaparecieron y el mar (la morada de la serpiente) no existe ya» (Ap 21, 1). «Y enjugará toda lágrima de sus ojos y no habrá ya muerte, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado ya» (Ap 21, 4). Esta victoria sobre los poderes es una liberación para la comunión. La creación entera estaba gimiendo con dolores de parto, esperando que apareciera la familia de los hermanos, en la plenitud de su amor. Ahora, cuando esta familia ha aparecido, la creación toma parte en esta libertad y en esta fraternidad gloriosas. Las criaturas se han hermanado en la familia del Primogénito. En realidad, el universo había sido hecho por el Padre, por manos del Hijo, para hogar de los hijos, y ahora, su amor victorioso e invencible acaba consiguéndolo.

«Vi un cielo nuevo y una tierra nueva» (Ap 21, 1; Rom 8, 19-23; 2 Pe 3, 13; cf. Is 65, 17). «Entonces dijo el que está sentado en el trono: "Mira que hago un mundo nuevo"» (Ap 21, 5), una «nueva creación» (2 Cor 5, 17). «Y oí una voz fuerte que decía desde el trono: Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él, "Dios-con-ellos", será su Dios» (Ap 21, 3). El universo de los cielos y de la tierra, recapitulado bajo la cabeza del Primogénito (Ef 1, 10), se ha convertido en casa común. Lo que la convierte en morada y hogar, con la mesa compartida, donde brota el manantial del amor gratuito (Ap 21, 6; 22, 17) es la misericordia entrañable de la alianza. Los brazos abiertos del Padre, en las manos extendidas de su Hijo, en la llama de amor viva del Espíritu son la morada. En esta morada se recrea la humanidad en familia de hermanos y se recrea el universo en mesa compartida. Porque esos brazos no sólo están ante nosotros, sino que acogiéndonos, se cierran sobre nosotros, para adentrarnos en la hoguera del Espíritu, el abrazo común del Padre y del Hijo. Es entonces, cuando el Padre es todo en todo, cuando su absoluta misericordia, entregada por el Hijo en el Espíritu ya realizada como «gloria de la gracia» se convierte en «alabanza de gloria de la gracia». Ahora es cuando hemos llegado a la liberación consumada para la plenitud de la comunión en el hogar de la herencia (Ef 1, 3-14).

A «Jesucristo, el testigo fiel,
el Primogénito de entre los muertos
el Príncipe de los reyes de la tierra.
Al que nos ama y nos ha lavado con su sangre
de nuestros pecados y
ha hecho de nosotros
un reino de sacerdotes, para su Dios y Padre.

A El la gloria y el poder
por los siglos de los siglos.
Amén.

Mirad, viene acompañado de nubes;
todo ojo lo verá, hasta los que le traspasaron,
y por El harán duelo todas las razas de la tierra.
Sí. Amén.

Yo soy el Alfa y la Omega,
dice el Señor Dios,
"Aquel que es, que era y que va a venir",
el Pantocrator».
(Ap 1, 5-8).

En torno a la mesa del Señor *

EL CREDO DE NUESTRA FE

Ahora la Familia que ha sido reunida alrededor de la Mesa, canta el Credo de la Misericordia entrañable.

«Creemos en un solo Dios,
Padre todopoderoso.
Creador de cielo y tierra,
de todo lo visible y lo invisible.

Creemos en un solo Señor, Jesucristo,
Hijo único de Dios,
nacido del Padre antes de todos los siglos:
Dios de Dios,
Luz de Luz,
Dios verdadero de Dios verdadero,
engendrado, no creado,
de la misma naturaleza que el Padre,
por quien todo fue hecho;
que por nosotros los hombres
y por nuestra salvación
bajó del cielo,
y por obra del Espíritu Santo
se encarnó de María, la Virgen,
y se hizo hombre;

* Hemos querido entender esta historia de la salvación como una larga conversación en la mesa de la eucaristía. Es una proclamación de las maravillas de la misericordia del Padre, que se han consumado en la pascua de su Hijo, el Señor. Jesús que ha hecho arder nuestro corazón mientras nos explicaba lo que se refería a él en todas las Escrituras, se ha sentado a la mesa para partirnos el pan. La Misericordia cumplida ahora entre sus manos ha abierto nuestros ojos y le hemos reconocido. Por eso le aclamamos y le esperamos. Con fragmentos de las liturgias antiguas de la iglesia de oriente y de occidente hemos querido terminar este libro, sugiriendo que la Palabra que hemos anunciado ha llegado a ser carne, para que podamos ver su gloria, la gloria del Hijo único del Padre, llena de ternura y de fidelidad.

y por nuestra causa fue crucificado
en tiempos de Poncio Pilato:
padeció y fue sepultado,
y resucitó al tercer día, según las Escrituras,
y subió al cielo,
y está sentado a la derecha del Padre;
y de nuevo vendrá con gloria
para juzgar a vivos y muertos,
y su reino no tendrá fin.

Creemos en el Espíritu Santo,
Señor y dador de vida,
que procede del Padre y del Hijo,
que con el Padre y el Hijo
recibe una misma adoración y gloria,
y que habló por los profetas.

Y en la Iglesia,
que es una, santa, católica y apostólica.
Reconocemos un solo Bautismo
para el perdón de los pecados.
Esperamos la resurrección de los muertos
y la vida del mundo futuro.

Amén.

El pan y el vino sobre la Mesa, serán el anticipo definitivo y último del Reino sobre la Tierra para la Humanidad llamada a ser Familia de Hijos y Hermanos.

ORACION SOBRE LAS OFRENDAS

«Como este fragmento estaba disperso sobre los montes
y reunido se hizo uno,
así sea reunida tu Iglesia
de los confines de la tierra en tu Reino.
Porque tuya es la gloria y el poder
por Jesucristo eternamente. Amén».

(*Didajé* 9, 4)

Su misericordia es eternamente fiel. Es solamente suya. Fidelidad inquebrantable, a lo largo del tiempo, en favor de los hombres.

PLEGARIA EUCARISTICA

En verdad es justo y necesario,
es nuestro deber y salvación,
darte gracias, Padre Santo,
siempre y en todo lugar,
por Jesucristo, tu Hijo amado.

Por él, que es tu Palabra, hiciste todas las cosas;
tú nos lo enviaste
para que, hecho hombre por obra del Espíritu Santo
y nacido de María la Virgen,
fuera nuestro Salvador y Redentor.

El, en cumplimiento de tu voluntad,
para destruir la muerte
y manifestar la resurrección,
extendió sus brazos en la cruz,
y así adquirió para ti un pueblo santo.

Por eso, con los ángeles y los santos,
cantamos tu gloria diciendo:

(Texto tomado de la *Traditio Apostolica* 4.19-21 de Hipólito de Roma)

Santo, Santo, Santo es el Señor,
Dios del universo.
Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria.
Hosanna en el cielo.
Bendito el que viene en nombre del Señor.
Hosanna en el cielo.

Te alabamos, Padre Santo,
porque eres grande,
porque hiciste todas las cosas con sabiduría y amor.

A imagen tuya creaste al hombre
y le encomendaste el universo entero,
para que, sirviéndote sólo a ti, su Creador,
dominara todo lo creado.

Y, cuando por desobediencia perdió tu amistad,
no lo abandonaste al poder de la muerte,
sino que, compadecido, tendiste la mano a todos,
para que te encuentre el que te busca.

Reiteraste, además, tu alianza a los hombres;
por los profetas los fuiste llevando con la esperanza de salvación.

Y tanto amaste al mundo, Padre Santo,
que, al cumplirse la plenitud de los tiempos,
nos enviaste como salvador a tu único Hijo.

El cual se encarnó por obra del Espíritu Santo,
nació de María la Virgen,
y así compartió en todo nuestra condición humana
menos en el pecado;
anunció la salvación a los pobres,
la liberación a los oprimidos
y a los afligidos el consuelo.
Para cumplir tus designios,
él mismo se entregó a la muerte,
y, resucitando, destruyó la muerte y nos dio nueva vida.
Y porque no vivamos ya para nosotros mismos,
sino para él, que por nosotros murió y resucitó,
envió, Padre, desde tu seno al Espíritu Santo
como primicia para los creyentes,
a fin de santificar todas las cosas,
llevando a plenitud su obra en el mundo.

Que este mismo Espíritu
santifique, Señor, estas ofrendas,
para que sean
Cuerpo y † Sangre de Jesucristo, nuestro Señor,
y así celebremos el gran misterio
que nos dejó como alianza eterna.

Porque él mismo,
llegada la hora en que había de ser glorificado
por ti, Padre Santo,
habiendo amado a los suyos
que estaban en el mundo,
los amó hasta el extremo.
Y, mientras cenaba con sus discípulos,
tomó pan,
te bendijo,
lo partió
y se lo dio diciendo:

Tomad y comed todos de él,
porque esto es mi Cuerpo,
que será entregado por vosotros.

Del mismo modo,
tomó el cáliz lleno del fruto de la vid,
te dio gracias,
y lo pasó a sus discípulos diciendo:

Tomad y bebed todos de él,
porque éste es el cáliz de mi Sangre,
Sangre de la alianza nueva y eterna,
que será derramada por vosotros
y por todos los hombres
para el perdón de los pecados.
Haced esto en conmemoración mía.

Este es el Sacramento de nuestra fe.

Anunciamos tu muerte,
proclamamos tu resurrección.
¡Ven, Señor Jesús!

Por eso, nosotros, Señor,
al celebrar ahora el memorial de nuestra redención,
recordamos la muerte de Cristo
y su descenso al lugar de los muertos,
proclamamos su resurrección y ascensión a tu derecha;
y, mientras esperamos su venida gloriosa,
te ofrecemos su Cuerpo y Sangre,
sacrificio agradable a ti
y salvación para todo el mundo.
Dirige tu mirada sobre esta Víctima
que tú mismo han preparado a tu Iglesia,
y concede a cuantos compartimos
este pan y este cáliz
que, congregados en un solo cuerpo por el Espíritu Santo,
seamos, en Cristo,
víctima viva para tu alabanza.

Acuérdate, Señor,
de todos aquellos por quienes se ofrece este sacrificio:
de tu servidor el Papa Juan Pablo
de nuestro obispo Mauro
del orden episcopal y de todo el clero,
de cuantos aquí reunidos hacemos esta oblación,
de todo tu pueblo santo
y de aquellos que te buscan con sincero corazón.
Acuérdate también
de los que murieron en la paz de Cristo
y de todos los difuntos,
cuya fe sólo tú conociste.
Padre de bondad,
que todos tus hijos nos reunamos
en la heredad de tu Reino,

con María, la Virgen Madre de Dios,
con los apóstoles y los santos;
y allí, junto con toda la creación,
libre ya de pecado y de muerte,
te glorifiquemos por Cristo, Señor nuestro,
por quien concedes al mundo todos los bienes.

(Esta plegaria eucarística IV está inspirada en la anáfora de San Basilio)

Por Cristo, con él y en él,
a ti, Dios Padre omnipotente,
en la unidad del Espíritu Santo,
todo honor y toda gloria,
por los siglos de los siglos.
Amén.

Hijos, imagen de su rostro, Hermanos a-garrados de sus manos. Familia reunida alrededor de la Mesa, que hace camino en medio del mundo, trabajando por la llegada del Reino.

Padre nuestro, que estás en los cielos,
santificado sea tu Nombre,
venga a nosotros tu Reino,
hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo;
el pan nuestro de cada día dánosle hoy,
y perdónanos nuestras deudas,
así como nosotros perdonamos a nuestros deudores,
y no nos dejes caer en la tentación,
mas líbranos del mal.

Tuyo es el reino,
tuyo el poder y la gloria por siempre, Señor.

Señor Jesucristo,
que dijiste a los Apóstoles:
«Mi paz os dejo, mi paz os doy»,
no mires nuestros pecados,
sino la fe de tu Iglesia,
y, conforme a tu palabra,
concédele la paz y la unidad.

Este es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.
Dichosos los llamados a esta cena.

Señor, no soy digno
de que entres en mi casa,
pero una palabra tuya
bastará para sanarme.

Entrega acogida para entregarse, en favor de la humanidad y del universo. Lo que él nos ha preparado y entregado, nosotros se lo vamos entregando, para que él lo haga perfecto y santo.

«Acuérdate, Señor, de tu Iglesia,
para librarla de todo mal
y hacerla perfecta en tu amor,
y reúnela de los cuatro vientos,
santificada,
en el reino tuyo, que has preparado.
Porque tuyo es el poder y la gloria por los siglos. Amén».

(*Didajé* 10, 5)

«La gracia del Señor Jesucristo,
el amor de Dios
y la comunión del Espíritu Santo
sean en todos vosotros»

(2 Cor 13, 13)

Nota bibliográfica *

ESTUDIOS SOBRE EL ANTIGUO TESTAMENTO

1. Introducción
2. Diccionarios
3. Historia
4. Teología
   — Estudios generales
   — Estudios especiales
5. Tradición histórica
   — Comentarios
   — Estudios
6. Tradición profética
   — Comentarios
   — Estudios
7. Tradición sapiencial
   — Comentarios
   — Estudios

* Los hermanos que trabajan en la Iglesia, evangelizando a los pobres en la ciudad y en el campo, muchas veces no tienen a mano noticias sobre los estudios de la Escritura. Como este libro no pretende ser más que una sugerencia, incluimos aquí una sencilla bibliografía que preste un servicio de información. No está completa, pero hemos querido recoger los mejores trabajos que se pueden leer hoy en castellano. En diálogo con ellos hemos escrito estos papeles de teología apostólica, o mejor hemos puesto su aportación en la mesa de la comunidad, que hace camino detrás del Señor. De todas formas el horizonte de la bibliografía es amplio y diverso, para que se rompa la parcialidad que lleva consigo cualquier ensayo, tan situado como este, de anunciar el evangelio, aunque se quiera hacer sinceramente en el corazón de la Iglesia y del mundo.

INTRODUCCION

Noth, M., *El mundo del Antiguo Testamento*, Cristiandad, Madrid 1976.
González Lamadrid, A. y otros, *Manual Bíblico* I-III, Casa de la Biblia, Madrid 1964-1966.
Schreiner, J., *Palabra y mensaje del Antiguo Testamento. Introducción a su problemática*, Herder, Barcelona 1972.
Cazelles y otros, *Introducción crítica al Antiguo Testamento*, Herder, Barcelona 1981.
Fabris, R., *Problemas y perspectivas de las ciencias bíblicas*, Sígueme, Salamanca 1983.
Schmidt, W. H., *Introducción al Antiguo Testamento*, Sígueme, Salamanca 1983.
Charpentier, E., *Para leer el Antiguo Testamento*, Verbo Divino, Estella ^{4}1984.

DICCIONARIOS

Botterweck, J.-Ringgren, H., *Diccionario Teológico del A.T.* I, Cristiandad, Madrid 1978.
Jenni, O.-Westermann, C., *Diccionario Teológico Manual del A.T.* I-II, Cristiandad, Madrid 1978-1985.
Obermayer, H., *Diccionario Bíblico Manual*, Claret, Barcelona 1975.

HISTORIA

Schuerer, E., *Historia del Pueblo Judío en tiempo de Jesús* I-II, Cristiandad, Madrid 1985.
De Vaux, R., *Historia Antigua de Israel* I-II, Cristiandad, Madrid 1975.
Bright, J., *La Historia de Israel*, Desclée de Brouwer, Bilbao ^{3}1971.
Herrmann, S., *Historia de Israel*, Sígueme, Salamanca ^{2}1985.
Cazelles, H., *Historia política de Israel. Desde Orígenes a Alejandro Magno*, Cristiandad, Madrid 1984.

TEOLOGIA

1. *Estudios generales*

Eichrodt, W., *Teología del A.T.* I-II, Cristiandad, Madrid 1976.
Von Rad, G., *Teología del A.T.* I-II, Sígueme, Salamanca ^{5}1978-1980.
Van Imschoot, P., *Teología del A.T.*, Fax, Madrid 1969.
Zimmerli, W., *Manual de Teología del A.T.*, Cristiandad, Madrid 1980.
Jacob, E., *Teología del A.T.*, Marova, Madrid 1969.

2. *Estudios especiales*

Asensio, F., *Misericordia et veritas. El Hesed y el Emet divinos. Su influjo religioso social en la Historia de Israel*, Analecta gregoriana, 48, Roma 1949.
Criado, R., *El valor dinámico del nombre divino en el Antiguo Testamento*, Facultad Teología, Granada 1950.
García de la Fuente, O., *La búsqueda de Dios en el Antiguo Testamento*, Guadarrama, Madrid 1971.
Iersel, B. M. F., *El Dios de los Padres en la Biblia*, Verbo Divino, Estella 1970.
Rey, B., *De la fe en Yahvé a la fe en la Trinidad*, Fax, Madrid 1973.
Mowinckel, S., *El que ha de venir*, Fax, Madrid 1975.
Cazelles, H., *El Mesías de la Biblia*, Herder, Barcelona 1981.
Haag, H., *De la antigua a la nueva pascua*, Sígueme, Salamanca 1980.
González Lamadrid, A., *La fuerza de la tierra*, Sígueme, Salamanca 1981.
Congar, Y., *El misterio del Templo. Economía de la presencia de Dios del Génesis al Apocalipsis*, Estela, Barcelona 1967.
González Núñez, A., *La oración en la Biblia*, Cristiandad, Madrid 1968.
Maertens, Th., *Fiesta en honor de Yahvé*, Cristiandad, Madrid 1964.
Alonso Díaz, J., *De la esperanza de Israel a la esperanza cristiana*, P.P.C., Madrid 1975.
Gelin, A., *El hombre según la Biblia*, Marova, Madrid 1970.
Tresmontant, C., *Ensayo sobre el pensamiento hebreo*, Taurus, Madrid 1962.
Wolff, H. W., *Antropología del A.T.*, Sígueme, Salamanca 1974.
García de la Fuente, O., *El misterio del pecado*, Casa de la Biblia, Madrid 1963.
González Núñez, A., *La Etica de la Alianza*, Casa de la Biblia, Madrid 1970.
Gelin, A., *Los pobres de Yahvé*, Nova Terra, Barcelona 1970.
Martín Nieto, E., *El clamor de los pobres*, Casa de la Biblia, Madrid ²1959.
Beauchamp, P., *La ley, profetas, sabios*, Cristiandad, Madrid 1977.
Von Rad, G., *Estudios sobre el A.T.*, Sígueme, Salamanca 1976.
Noth, M., *Estudios sobre el A.T.*, Sígueme, Salamanca 1985.
Grelot, P., *Sentido cristiano del A.T.*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1967.
Westermann, C., *El Antiguo Testamento y Jesucristo*, Fax, Madrid 1972.

TRADICION HISTORICA

Von Rad, G., *El libro del Génesis*, Sígueme, Salamanca ²1982.
Asensio, F., *El libro del Exodo*, Sal Terrae, Santander 1971.
Auzou, G., *De la servidumbre al servicio*, Fax, Madrid 1974.
Asensio, F., *El Levítico*, Sal Terrae, Santander 1966.
Auzou, G., *El don de una conquista. Estudio del libro de Josué*, Fax, Madrid 1967.
Arnaldich, L., *El origen del mundo y del hombre según la Biblia*, Rialp, Madrid 1959.
González Núñez, A., *Abraham, padre de los creyentes*, Taurus, Madrid 1963.
Fraine, J. de, *La Biblia y el origen del Hombre*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1965.

Balagué, M., *Prehistoria de la salvación*, Studium, Barcelona 1967.
Renckens, H., *Creación, paraíso y pecado original*, Guadarrama, Madrid 1969.
González Lamadrid, A., *Teología de las tradiciones Yahvista y Sacerdotal*, Casa de la Biblia, Madrid 1970.
González Lamadrid, A., *Teología de la historia deuteronomista*, Casa de la Biblia, Madrid 1970.
Alday, S., *El cántico de Moisés*, C.S.I.C., Madrid 1970.
Vawter, B., *Paso a paso por el Génesis*, Verbo Divino, Estella 1971.
Dubarle, A. M., *El Pecado Original en la Escritura*, Studium, Barcelona 1971.
González Lamadrid, A., *Pentateuco*, P.P.C., Madrid 1972.
Pérez, G., *Josué en la historia de la salvación*, Casa de la Biblia, Madrid 1972.
Michaud, R., *Los Patriarcas*, Verbo Divino, Estella 1982.
Andrade, B., *Encuentro con Dios en la Historia*, Sígueme, Salamanca 1984.

TRADICION PROFETICA

Schoekel, L. A.-Sicre Díaz, J. L., *Profetas* I-II, Cristiandad, Madrid 1980.
Westermann, C., *Comentarios al profeta Jeremías*, Fax, Madrid 1972.
Wolff, H. W., *Oseas hoy*, Sígueme, Salamanca 1984.
Wolff, H. W., *La hora de Amós*, Sígueme, Salamanca 1984.
González Núñez, A., *Profetismo y sacerdocio*, Casa de la Biblia, Madrid ²1962.
Tresmontant, C., *La doctrina moral de los profetas de Israel*, Taurus, Madrid 1963.
Scharbert, J., *Así habla Yahvé*, Paulinas, Buenos Aires 1964.
Monloubou, L., *Profetismo y profetas*, Fax, Madrid 1971.
Caballero, J. M., *Análisis de ambientación de los textos de Jeremías*, Aldecoa, Burgos 1971.
Hernández Martín, J. F., *El mensaje religioso de Jeremías*, Casa de la Biblia, Madrid 1971.
González Lamadrid, A., *Profetismo y profetas preexílicos*, P.P.C., Madrid 1972.
Pérez Calvo, J., *Profetas exílicos y postexílicos*, P.P.C., Madrid 1973.
Olmo Lete, G., *La vocación del líder en el antiguo Israel*, Universidad Pontificia, Salamanca 1973.
Neher, A., *La esencia del profetismo*, Sígueme, Salamanca 1975.
González, A.-Lohfink, N.-Von Rad, G., *Profetas verdaderos; profetas falsos*, Sígueme, Salamanca, 1976.
Sicre, J. L., *Los dioses olvidados*, Cristiandad, Madrid 1979.
Zimmerli, W., *La ley y los profetas*, Sígueme, Salamanca 1980.
Sicre, J. L., *Con los pobres de la tierra*, Cristiandad, Madrid 1984.

TRADICION SAPIENCIAL

Schoekel, L. A.-Sicre Díaz, J. L., *Job*, Cristiandad, Madrid 1983.
González Núñez, A., *El libro de los salmos*, Herder, Barcelona 1966.
Schoekel, L. A., *Treinta salmos: poesía y oración*, Cristiandad, Madrid 1984.
Schoekel, L. A.-Sicre Díaz, J. L., *Proverbios*, Cristiandad, Madrid 1984.

Barucq, A., *Eclesiastés. Qohelet. Texto y comentario,* Fax, Madrid 1971.
Tournay, R.-Nicolay, M., *El Cantar de los Cantares. Texto y comentario,* Fax, Madrid 1970.
Durbale, A. M., *Los sabios de Israel,* Escelicer, Madrid 1959.
González Núñez, A., *El libro de los salmos,* Herder, Barcelona 1966.
Beaucamp, E.-Relles, P., *La oración del pueblo de Israel,* Nova Terra, Barcelona 1969.
Sánchez Hernández, A., *La ética de los sabios de Israel,* Casa de la Biblia, Madrid 1970.
Fuglister, N., *La oración sálmica,* Verbo Divino, Estella 1970.
Pérez Rodríguez, G., *La literatura sapiencial,* P.P.C., Madrid 1973.
Pié Ninot, S., *La palabra de Dios en los libros sapienciales,* Herder, Barcelona 1973.
Beauchamp, P., *Los salmos noche y día,* Cristiandad, Madrid 1981.
Gunkel, H., *Introducción a los salmos* I, Edicep, Valencia 1983.
Von Rad, G., *La sabiduría en Israel,* Cristiandad, Madrid 1985.
Kraus, H. J., *Teología de los salmos,* Sígueme, Salamanca 1986.

ESTUDIOS SOBRE EL NUEVO TESTAMENTO

1. Introducción
2. Diccionarios
3. Historia
4. Teología
   — Estudios generales
   — Estudios especiales
5. Tradición sinóptica
   — Comentarios
   — Estudios
6. Tradición joanea
   — Comentarios
   — Estudios
7. Tradición paulina
   — Comentarios
   — Estudios

INTRODUCCION

Wikenhauser, A.-Schmidt, J., *Introducción al N.T.*, Herder, Barcelona 1978.

Alonso, J. y otros, *Manual Bíblico* III-IV, Casa de la Biblia, Madrid 1964-1968.

Moule, C. F., *El Nacimiento del N.T.*, Verbo Divino, Estella 1973.

Mackencie, R. A. F., *Introducción al N.T.*, Sal Terrae, Santander 1965.

Davies, W. D., *Aproximación al N.T.*, Cristiandad, Madrid 1979.

Gerge, A.-Grelot, P., *Introducción al N.T.*, Herder, Barcelona 1973.

Schreiner, J., *Forma y propósito del N.T. Introducción a su problemática*, Herder, Barcelona 1973.

Marxsen, W., *Introducción al N.T.*, Sígueme, Salamanca 1983.
Lohse, E., *Introducción al N.T.*, Cristiandad, Madrid 1975.
Bornkamm, G., *El N.T. y la Historia del Cristianismo Primitivo*, Sígueme, Salamanca 1975.
Charpentier, E., *Para leer el Nuevo Testamento*, Verbo Divino, Estella ^{4}1984.
Charpentier, E.-Paul, A., *Introducción a la lectura de la Biblia, N.T.*, Cristiandad, Madrid 1983-1985 (n. 6, 8, 9, 10).

DICCIONARIOS

Coenen, L. y otros, *Diccionario Teológico del N.T.* I-IV, Sígueme, Salamanca ^{2}1980-1984.
Léon-Dufour, X., *Diccionario del N.T.*, Cristiandad, Madrid 1977.
Léon-Dufour, X., *Diccionario Bíblico Manual*, Herder, Barcelona ^{5}1973.

HISTORIA

Leipoldt, J.-Grundmann, W., *El mundo del Nuevo Testamento* I-III, Cristiandad, Madrid 1973.
Jeremias, J., *Jerusalén en tiempos de Jesús*, Cristiandad, Madrid ^{3}1985.
Paul, A., *El mundo judío en tiempos de Jesús*, Cristiandad, Madrid.
Theissen, G., *Sociología del movimiento de Jesús*, Sal Terrae, Santander 1979.
Theissen, G., *Estudios de sociología del cristianismo primitivo*, Sígueme, Salamanca 1985.
Hernández Guevara, *Ambiente político del pueblo judío en tiempos de Jesús*, Cristiandad, Madrid 1986.
Cullmann, O., *Jesús y los revolucionarios de su tiempo*, Studium, Barcelona ^{2}1973.
Hengel, M., *Jesús y la violencia revolucionaria*, Sígueme, Salamanca 1973.

TEOLOGIA

1. *Estudios generales*

Bonsirven, J., *Teología del N.T.*, Litúrgica española, Barcelona 1968.
Bultmann, R., *Teología del N.T.*, Sígueme, Salamanca 1981.
Meinertz, M., *Teología del N.T.*, Fax, Madrid ^{2}1966.
Schnackenburg, R., *Teología del N.T.*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1973.
García Cordero, M., *Teología de la Biblia* II-III, Católica, Madrid 1972.
Jeremias, J., *Teología del N.T.*, Sígueme, Salamanca ^{5}1985.
Schelkle, K. H., *Teología del N.T.* I-IV, Herder, Barcelona 1975.
Lohse, E., *Teología del N.T.*, Cristiandad, Madrid 1978.

2. *Estudios especiales*

Blinzer, J., *El proceso de Jesús*, Litúrgica Española, Barcelona 1959.
Sabourin, L., *Los nombres y los títulos de Cristo*, San Esteban, Salamanca 1965.
Durrwell, F., *La resurrección de Jesús, misterio de salvación*, Herder, Barcelona 1967.
Lamarche, P., *Cristo vivo. Ensayo sobre la cristología del N.T.*, Sígueme, Salamanca 1968.
Trilling, W., *Jesús y los problemas de su historicidad*, Herder, Barcelona 1970.
Benoit, P., *Pasión y resurrección de Jesús*, Fax, Madrid 1971.
Mussner, F., *La resurrección de Jesús*, Sal Terrae, Santander 1971.
Blank, J., *Jesús de Nazaret. Historia y mensaje*, Cristiandad, Madrid 1973.
Salas, A., *Jesús, Evangelio vivo. Kerigma y catequesis en el cristianismo primitivo*, Casa de la Biblia, Madrid 1973.
Dodd, C. H., *El fundador del cristianismo*, Herder, Barcelona 1974.
Marxsen, W., *La resurrección de Jesús de Nazaret*, Herder, Barcelona 1974.
Braun, H., *Jesús el hombre de Nazaret y su tiempo*, Sígueme, Salamanca 1975.
Flusser, D., *Jesús en sus palabras y en su tiempo*, Cristiandad, Madrid 1975.
Pikaza, X., *Los orígenes de Jesús. Ensayos de cristología bíblica*, Sígueme, Salamanca 1976.
Hengel, M., *El Hijo de Dios*, Sígueme, Salamanca 1978.
Léon-Dufour, X., *Resurrección de Jesús y mensaje pascual*, Sígueme, Salamanca ^{4}1985.
Marxsen, W., *La resurrección de Jesús como problema histórico y teológico*, Sígueme, Salamanca 1979.
Fuller, R. H., *Fundamentos de la cristología neotestamentaria*, Cristiandad, Madrid 1979.
Schnackenburg, R., *Cristología del N.T.*, en *Mysterium Salutis* III, Cristiandad, Madrid 1980, 186-314.
Wilckens, U., *La resurrección de Jesús*, Sígueme, Salamanca 1981.
Perrot, Ch., *Jesús y la historia*, Cristiandad, Madrid 1982.
Schürmann, H., *Cómo entendió y vivió Jesús su muerte*, Sígueme, Salamanca 1982.
Fabris, R., *Jesús de Nazaret. Historia e interpretación*, Sígueme, Salamanca 1985.
Potterie, I. de la-Lyonnet, S., *La vida según el Espíritu*, Sígueme, Salamanca 1967.
Schürmann, H., *El Espíritu da vida*, Sal Terrae, Santander 1974.
Dunn, J. D. G., *Jesús y el Espíritu Santo*, Estudios Trinitarios, Salamanca 1981.
Schweizer, E., *El Espíritu Santo*, Sígueme, Salamanca 1984.
Brown, R. E. y otros, *María en el N.T.*, Sígueme, Salamanca 1982.
Schnackenburg, R., *La Iglesia en el N.T.*, Taurus, Madrid 1965.
Martimort, A. G., *Los signos de la Nueva Alianza*, Sígueme, Salamanca 1967.
Hamman, A., *La oración: El N.T. Los tres primeros siglos*, Herder, Barcelona 1967.
Grelot, P., *El ministerio de la Nueva Alianza*, Herder, Barcelona 1969.
Colson, J., *Sacerdotes y pueblo sacerdotal*, Mensajero, Bilbao 1969.

Leuba, J. L., *Institución y acontecimiento*, Sígueme, Salamanca 1969.
Lecuyer, J., *El Sacramento de la Nueva Alianza*, Herder, Barcelona 1969.
Cullmann, O., *La fe y el culto en la iglesia primitiva*, Studium, Barcelona 1974.
Cullmann, O., *La realeza de Cristo y la Iglesia*, Studium, Barcelona 1974.
Delorme, J., *El Ministerio y los Ministerios según el N.T.*, Cristiandad, Madrid 1975.
Jeremias, J., *La última cena*, Cristiandad, Madrid 1980.
Léon-Dufour, X., *La fracción del pan*, Cristiandad, Madrid 1983.
Schlier, H., *Eclesiología del N.T.*, en *Mysterium Salutis* IV/1, Madrid 1984, 107-229.
Spicq, C., *Caridad y libertad según el N.T.*, Eler 1964.
Spicq, C., *Dios y el hombre en el N.T.*, Eler 1965.
Schnackenburg, R., *El testimonio moral del N.T.*, Rialp, Madrid 1965.
Dodd, Ch. H., *El evangelio y la ley de Cristo. Relaciones entre la fe y la moral en el cristianismo primitivo*, Dinor, Pamplona 1967.
Spicq, C., *Teología moral del N.T.*, Universidad de Navarra 1970.
Cullmann, O., *La inmortalidad del alma o la resurrección de los cuerpos. El testimonio del N.T.*, Studium, Barcelona 1970.
García de la Fuente, O., *Esperanza*, Fax, Madrid 1974.
García de la Fuente, O., *Caridad*, Fax, Madrid 1974.
Schnackenburg, R., *Existencia cristiana según el N.T.*, Verbo Divino, Estella 1971.
Páramo, S. de, *El problema del sentido literal pleno de la Sagrada Escritura*, Universidad Pontificia de Comillas 1954.
Schlier, H., *Problemas exegéticos fundamentales en el N.T.*, Fax, Madrid 1970.
Schelkle, K. H., *Palabra y Escritura. Estudios sobre exégesis, eclesiología y moral del N.T.*, Fax, Madrid 1972.
Benoit, P., *Exégesis y Teología*, Studium, Barcelona 1974.
Käsemann, E., *Ensayos Exegéticos*, Sígueme, Salamanca 1978.
Jeremias, J., *Abba. El mensaje central del N.T.*, Sígueme, Salamanca ²1983.
Bornkamm, G., *Estudios sobre el N.T.*, Sígueme, Salamanca 1983.

TRADICION SINOPTICA Y HECHOS

1. *Comentarios*

Troadec, H., *Comentario a los Evangelios Sinópticos*, Fax, Madrid 1972.
Schmid, J., *El Evangelio según san Marcos*, Herder, Barcelona 1967.
Huby, J., *Evangelio según san Marcos*, Paulinas, Madrid 1969.
Schnackenburg, R., *El Evangelio según san Marcos* I-II, Herder, Barcelona ²1977.
Taylor, V., *Evangelio según san Marcos*, Cristiandad, Madrid 1979.
Gnilka, J., *El Evangelio según san Marcos* I-II, Sígueme, Salamanca 1986.
Stanley, D. M., *El Evangelio de san Mateo*, Sal Terrae, Santander 1965.
Schmid, J., *El Evangelio según san Mateo*, Herder, Barcelona ²1973.
Bonnard, P., *Evangelio según san Mateo*, Cristiandad, Madrid 1976.
Gomá Civit, I., *El Evangelio según san Mateo* I-II, Marova, Madrid 1976.

Trilling, W., *El Evangelio según san Mateo* I-II, Herder, Barcelona 1980.
Mateos, J.-Camacho, F., *El Evangelio de Mateo*, Cristiandad, Madrid 1981.
Stoeger, A., *El Evangelio según san Lucas* I-II, Herder, Barcelona 1970.
Harrington, W. J., *El Evangelio según san Lucas*, Studium, Barcelona 1972.
Schmid, J., *El Evangelio según san Lucas*, Herder, Barcelona 1974.
Wikenhauser, A., *Los Hechos de los Apóstoles*, Herder, Barcelona 1967.
Kuerzinger, J., *Los Hechos de los Apóstoles* I-II, Herder, Barcelona 1974.
Roloff, J., *Hechos de los Apóstoles*, Cristiandad, Madrid 1984.
Rius Camps, J., *El camino de Pablo a la misión a los paganos. Comentario lingüístico y exegético a Hch 13-38*, Cristiandad, Madrid 1984.

2. *Estudios*

Rigaux, B., *Para una historia de Jesús. Testimonio del evangelio de Mateo, Marcos y Lucas* I-III, Desclée de Brouwer, Bilbao 1969-1973.
Pikaza, J.-Calle, F. de la, *Teología de los evangelios de Jesús*, Sígueme, Salamanca ^{4}1980.
Caba, J., *De los evangelios al Jesús histórico*, Católica, Madrid ^{2}1980.
Dibelius, M., *La Historia de las formas evangélicas*, Edicep, Valencia 1974.
Trevijano Etcheverría, R., *Comienzo del Evangelio*, Aldecoa, Burgos 1971.
Calle, F. de la, *Situación al servicio del kerigma. Cuadro geográfico del evangelio de Marcos*, Inst. Sup. de pastoral, Salamanca-Madrid 1971.
Marxsen, W., *El evangelista Marcos*, Sígueme, Salamanca 1981.
Mateos, J., *Los «Doce» y otros seguidores de Jesús en el Evangelio de san Marcos*, Cristiandad, Madrid 1982.
Trilling, W., *El verdadero Israel. La teología de Mateo*, Fax, Madrid 1974.
Salas, A., *La infancia de Jesús (Mt 1-2). ¿Historia o teología?*, Biblia y Fe, Madrid 1976.
Hengel, M., *Seguimiento y Carisma*, Sal Terrae, Santander 1981.
Pikaza, J., *Hermanos de Jesús y servidores de los más pequeños (Mt 25, 31-46)*, Sígueme, Salamanca 1984.
Salas Ferragut, A., *Discurso escatológico prelucano. Un estudio de Lc 21*, Ciudad de Dios. San Lorenzo del Escorial 1967.
Conzelmann, H., *El centro del tiempo. La teología de Lucas*, Fax, Madrid 1974.
Dodd, C. H., *La predicación apostólica y sus desarrollos*, Fax, Madrid 1974.
Rasco, E., *La teología de Lucas. Origen, desarrollo, orientaciones*, Analecta Gregoriana. Roma 1976.
Escudero Freire, C., *Devolver el Evangelio a los pobres*, Sígueme. Salamanca 1982.
Brown, R. E., *El nacimiento del Mesías*, Cristiandad, Madrid 1982.
Mussner, F., *El mensaje de las parábolas de Jesús*, Verbo Divino, Estella 1963.
Cerfaux, L., *Mensaje de las Parábolas*, Fax, Madrid 1972.
Dodd, C. H., *Las Parábolas del Reino*, Cristiandad, Madrid 1974.
Grupo de Entreveres, *Signos y Parábolas*, Cristiandad, Madrid 1979.
Jeremias, J., *Las Parábolas de Jesús*, Verbo Divino, Estella ^{6}1981.
Jeremias, J., *Palabras desconocidas de Jesús*, Sígueme, Salamanca ^{3}1984.
López Melus, F. M., *Perspectivas de las Bienaventuranzas*, Casa de la Biblia, Madrid 1967.
Jeremias, J., *Palabras de Jesús. El Sermón de la Montaña*, Fax, Madrid 1974.

Davies, W. D., *El Sermón de la Montaña*, Cristiandad, Madrid 1975.
Peláez del Rosal, J., *Los milagros de Jesús en los Evangelios Sinópticos. Morfología e interpretación*, Inst. S. Jerónimo, Valencia 1984.
Léon-Dufour, X., *Los milagros de Jesús*, Cristiandad, Madrid ²1986.
Léon-Dufour, X., *Evangelios y la Historia de Jesús*, Cristiandad, Madrid 1982.
Léon-Dufour, X., *Estudios de Evangelio. Análisis exegético*, Cristiandad, Madrid 1982.
Schürmann, H., *Padre Nuestro*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1982.
Barret, C. K., *El Espíritu Santo en la tradición sinóptica*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1978.

TRADICION JUANICA

1. *Comentarios*

Schnackenburg, R., *El Evangelio según san Juan* I-III, Herder, Barcelona 1980.
Brown, R. E., *El Evangelio según san Juan* I-II, Cristiandad, Madrid 1979.
Wikenhauser, A., *El Evangelio según san Juan*, Herder, Barcelona 1978.
Blank, J., *El Evangelio según san Juan* I-II, Herder, Barcelona 1979-1984.
Mateos, J.-Barreto, J., *El Evangelio de Juan*, Cristiandad, Madrid 1979.
Schnackenburg, R., *Cartas de san Juan*, Herder, Barcelona 1980.
Wikenhauser, A., *El Apocalipsis de san Juan*, Herder, Barcelona 1969.
Schick, E., *El Apocalipsis*, Herder, Barcelona 1973.

2. *Estudios*

Bover, J. M.ª, *Comentarios al sermón de la cena*, Católica, Madrid ²1955.
Miguens, M., *El Paráclito*, Studii Biblici Franciscani. Jerusalén 1963.
Blinzler, J., *Juan y los sinópticos*, Sígueme, Salamanca 1968.
Asensio, F., *La trayectoria teológica de la vida en el A.T. y su proyección en el N.T.*, C.S.I.C., Madrid 1968.
Erdozain, L., *Función del signo en la fe según el cuarto evangelio*, Pont. Inst. Bíblico, Roma 1968.
Comblin, J., *Cristo en el Apocalipsis*, Herder, Barcelona 1969.
Boismard, M. E., *El prólogo de san Juan*, Fax, Madrid ²1970.
Casabo Suque, J. M., *La teología moral en san Juan*, Fax, Madrid 1970.
Feuillet, A., *Prólogo del cuarto evangelio*, Paulinas, Madrid 1971.
Sabugal, S., *Christos. Investigación exegética sobre la cristología joannea*, Herder, Barcelona 1972.
Fernández Ramos, F., *Escritos de san Juan. Evangelio, cartas, apocalipsis*, P.P.C., Madrid 1973.
Capdevila i Montaner, V. M.ª, *Dos estudios sobre la fe*, Balmesiana, Barcelona 1973.
Manson, T. W., *Cristo en la teología de Pablo y de Juan*, Cristiandad, Madrid 1975.
Dodd, C. H., *Interpretación del cuarto Evangelio*, Cristiandad, Madrid 1978.

Dodd, C. H., *La tradición histórica en el cuarto Evangelio*, Cristiandad, Madrid 1978.
Luzarraga, J., *Oración y misión en el evangelio de Juan*, Universidad de Deusto, Bilbao 1978.
Potterie, I. de la, *La verdad de Jesús*, Católica, Madrid 1979.
Mateos, J.-Barreto, J., *Vocabulario teológico del Evangelio de Juan*, Cristiandad, Madrid 1980.
Käsemann, E., *El Testamento de Jesús*, Sígueme, Salamanca 1983.
Tuñí, J. O., *El testimonio del evangelio de Juan*, Sígueme, Salamanca 1983.
Brown, R. E., *La comunidad del discípulo amado*, Sígueme, Salamanca 1983.
Capdevila i Montaner, V. M.ª, *Liberación y divinización del hombre*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1984.

TRADICION PAULINA

1. *Comentarios*

Schelkle, K. H., *Anunciar el Evangelio de Dios. Comentario a la carta a los Romanos*, Sígueme, Salamanca 1966.
Kertelge, K., *Carta a los Romanos*, Herder, Barcelona 1973.
Barth, K., *Breve comentario a la epístola a los Romanos*, Península.
Kuss, O., *Carta a los Romanos. Carta a los Corintios. Carta a los Gálatas*, Herder, Barcelona 1966.
Walter, E., *Primera carta a los Corintios*, Herder, Barcelona ²1977.
Schelkle, K. H., *Segunda carta a los Corintios*, Herder, Barcelona ³1982.
González Ruiz, J. M.ª, *Epístola de san Pablo a los Gálatas*, Fax, Madrid ²1972.
Schlier, H., *La carta a los Gálatas*, Sígueme, Salamanca 1975.
Huby, J., *Cartas de la cautividad*, Paulinas, Madrid 1967.
Conzelmann, H.-Friedrich, G., *Epístolas de la cautividad. Efesios. Colosenses. Filipenses. Filemón*, Fax, Madrid 1972.
Staab, K.-Brox, N., *Epístolas de San Pablo. Carta a los Tesalonicenses. Cartas de la Cautividad. Cartas Pastorales*, Herder, Barcelona 1974.
Zerwick, M., *Carta a los Efesios*, Herder, Barcelona 1967.
Gnilka, J., *Carta a los Filipenses*, Herder, Barcelona 1971.
Mussner, F.-Stoeger, A., *Carta a los Colosenses. Carta a Filemón*, Herder, Barcelona 1970.
Schürmann, H., *Primera carta a los Tesalonicenses*. Herder, Barcelona 1967.
Schlier, H., *El apóstol y su comunidad. 1.ª Tesalonicenses*, Fax, Madrid 1974.
Jeremias, J., *Epístolas a Timoteo y a Tito*, Fax, Madrid 1970.
Strathmann, H., *La epístola a los Hebreos*, Fax, Madrid 1971.

2. *Estudios*

Cerfaux, L., *La iglesia en san Pablo*, Desclée de Brouwer, Bilbao ²1963.
Lyonnet, S., *San Pablo, Libertad y Ley Nueva*, Sígueme, Salamanca 1964.
Didier, G., *Desinterés del cristiano*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1964.

Cerfaux, L., *Jesucristo en san Pablo*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1965.
Augrain, Ch., *Pablo, maestro de vida espiritual*, Mensajero, Bilbao 1965.
Lyonnet, S., *Apóstol de Jesucristo*, Sígueme, Salamanca 1966.
Lyonnet, S., *Historia de la Salvación en la Carta a los Romanos*, Sígueme, Salamanca 1966.
Bover, J. M.ª, *Teología de san Pablo. El misterio de Cristo contemplado por el apóstol*, Católica, Madrid 41967.
Cerfaux, L., *Itinerario espiritual de san Pablo*, Herder, Barcelona 1968.
Robinson, J. A. T., *El Cuerpo. Estudio de Teología Paulina*, Ariel, Barcelona 1968.
Sánchez Bosch, J., *Gloriarse según san Pablo*, Herder, Barcelona 1970.
Guemes Villanueva, A., *La libertad en san Pablo. Un estudio sobre la «eleutheria» paulina*, Universidad de Navarra, Pamplona 1971.
Rey, B., *Creados en Cristo Jesús. La nueva Creación según San Pablo*, Fax, Madrid 21972.
Sánchez Bosch, J., *Libertad y Gracia en la Carta a los Romanos*, Facultad de Teología de Barcelona 1973.
Baracaldo Carbajal, R., *La gloria de Dios según san Pablo*, Coculsa, Madrid 1974.
Kuss, O., *San Pablo*, Herder, Barcelona 1975.
Fitzmyer, J. A., *Teología de san Pablo*, Cristiandad, Madrid 1975.
Sabugal, S., *Conversión de san Pablo*, Herder, Barcelona 1976.
Eichholz, G., *El evangelio de Pablo. Esbozo de teología paulina*, Sígueme, Salamanca 1977.
Legido, M., *La Iglesia del Señor. Un estudio de eclesiología paulina*, Universidad Pontificia, Salamanca 1978.
Bornkamm, G., *Pablo de Tarso*, Sígueme, Salamanca 21982.
Brunot, A., *Los escritos de san Pablo*, Verbo Divino, Estella 1982.
Léon-Dufour, X., *Jesús y Pablo ante la muerte*, Cristiandad, Madrid 1982.
Vidal, S., *La Resurrección de Jesús en las Cartas de Pablo*, Sígueme, Salamanca 1982.
Legido, M., *Fraternidad en el mundo*, Sígueme, Salamanca 21986.

INDICE GENERAL

Aclamación 9

1. Se llenaron de alegría al ver al Señor 15
   1. Les mostró las manos y el costado 15
   2. La alegría de ver su rostro 20
   3. Sentados con él a la mesa 23
   4. Su mesa, término y punto de arranque 27

2. Nos eligió antes de la creación del mundo 35
   1. Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo 35
   2. Amados en el Hijo amado 37
   3. El proyecto de la familia de los hijos 39
   4. El proyecto de la casa común 41

3. Una casa para la familia de los hombres 44
   1. La parábola de la familia y de la casa 44
   2. Un relato de relatos 45
   3. El rostro del Padre, que se deja adivinar 48
   4. El Padre hizo la casa del mundo para la familia de los hombres . . 50
   5. Y puso a la familia de los hombres en la casa del mundo 53
   6. Formando una comunidad de amor, para construir el hogar común 56
   7. Un anticipo de la aurora de la nueva creación 60

4. La fraternidad rota 63
   1. Parábola de la ruptura del amor 63
   2. Los hombres rompieron el amor con el Padre 64
   3. Los hombres rompieron el amor con los hermanos 69
   4. La fuerza del dolor y de la muerte 72
   5. Las oleadas del pecado en el mundo 76
   6. La mano extendida del amor inquebrantable 80
   7. La culpa feliz, que mereció el Redentor 82

5. La misericordia entrañable 85
   1. La parábola de la misericordia entrañable 85
   2. El mosaico del relato de esta historia 87
   3. Los vagabundos del país miserable 90

4. La mano del Padre sale al encuentro 93
5. Con el don de la gracia irradiante 98
6. La acogida de la alianza 100
7. Jesús, el Señor, el heredero de la promesa 104

6. El paso de la esclavitud a la libertad 107
1. La parábola del éxodo 108
2. El mosaico del éxodo 109
3. La opresión del pueblo 112
4. La mano poderosa del Señor 116
5. Moisés, la transparencia del rostro del Señor 121
6. Acogiendo su misericordia en torno a la mesa 124
7. Para avanzar la marcha de la liberación 129
8. Jesús, el Señor, el precio de nuestra liberación 133

7. La hondura del camino de entrada 136
1. La parábola de las quejas y de las peleas 136
2. El mosaico del Sinaí 139
3. Las cadenas estaban más hondas 142
4. La gracia de su voluntad 145
5. La acogida absoluta de la gracia 150
a) La llamada a acoger absolutamente el amor del Señor 152
b) La llamada a compartir absolutamente el amor del Señor . . . 154
1. Llamados a compartir la vida como hermanos 155
2. Llamados a compartir los bienes como hermanos 156
3. Llamados a compartir los caminos como hermanos 157
4. Abiertos de raíz a la fraternidad para caminar más adelante . 159
6. Tomados de la mano por la inquebrantable misericordia 160
7. Jesús, el Señor, el guía del camino, fin y plenitud de la ley 163

8. Los pasos del destierro 166
1. La parábola del destierro 167
2. La idolatría y la opresión 169
3. Anuncio y denuncia de los profetas 171
4. Arrancados fuera de la tierra 176
5. De nuevo la misericordia entrañable 179
6. La tierra de la herencia, otra vez a la vista 183
7. El anuncio de un nuevo éxodo 186
8. Jesús, el Señor, el Ungido, que inaugura el Reino 190

9. La entrada del retorno 193
1. La parábola del retorno 193
2. La difícil brecha del retorno 195
3. Las voces de los profetas se suceden 198
4. La misericordia del Señor aparece de nuevo 203
5. El último peligro del camino 207
6. La expectación del futuro 212
7. Jesús, el Señor, Hijo del hombre, que inaugura la nueva humanidad 217

10. La tierra encadenada 220
1. Bajo el yugo del imperio romano 222
2. La cadena de la injusticia 224

3. La cadena de la opresión 230
4. La cadena de la mentira 235

11. Las luchas por la liberación 241
1. Los grupos en lucha 241
2. Los frentes de la lucha 250
a) La lucha por el pan 250
1. La lucha por el pan desde el bloque dominante 252
2. La lucha por el pan desde el bloque dominado 252
b) La lucha por la libertad 254
1. La lucha por la libertad desde el bloque dominante 256
2. La lucha por la libertad desde el bloque dominado 256
c) La lucha por la fraternidad 257
1. La lucha por la fraternidad desde el bloque dominante . . . 259
2. La lucha por la fraternidad desde el bloque dominado . . . 261

12. La última hondura de la esclavitud y de la enemistad 264
1. La cadena del pecado 264
2. El círculo del pecado 270
a) Los esclavos en el señorío del mundo 271
b) Las cadenas que atan a todos 274
c) Las sombras que envuelven a todos 277
3. La cadena de la muerte 281
a) La muerte anticipada en el dolor 282
b) La muerte, consumada en la destrucción 287
4. El círculo de la muerte 294

13. La aparición de la gracia 299
1. Un profeta por los caminos 300
2. El Hijo del Padre. La acogida de la gracia 302
3. El pobre del pesebre. La pobreza de la gracia 309
a) El descenso: "puso su choza entre nosotros" 310
b) El despojo: "siendo rico, se hizo pobre" 313
4. El vaciamiento: "se vació tomando la forma de esclavo" 317

14. El camino de la gracia 324
1. La comunión de la gracia 324
a) Ha aparecido la gracia 326
b) La familia en torno a la mesa 329
c) Unicamente para los pobres 332
2. La liberación de la gracia 337
a) La liberación ya empieza en las entrañas 338
b) Recreando a los hombres desde dentro 342
c) Para un mundo nuevo de libertad y de justicia 347

15. La pascua de la gracia 354
1. El fracaso de la gracia 355
a) Ellos le entregaron 355
b) El Padre le entregó 363
c) El mismo se entregó a sí mismo 366

2. La victoria de la gracia 369
a) La travesía de la cruz 369
b) La cruz convertida en mesa 372
c) A la cabeza de la familia de los hermanos 374
d) A la cabeza de la casa común de los hermanos 377

16. La Iglesia de la comunión 380
1. Vivir como hermanos 381
2. La gracia de la fraternidad 383
3. Las gracias de la Gracia 388
4. La comunión de la gracia 393
a) En torno a la mesa 394
b) Tenían un solo corazón y una sola alma 396
c) Muchos miembros, un cuerpo 399
d) Todo lo tenían en común 402

17. La Iglesia de la liberación 406
1. La fraternidad de los pobres 406
2. La fraternidad de la liberación 411
a) La liberación del pecado 412
b) La liberación del dolor 418
c) La liberación de la opresión 425

18. La fraternidad para la consumación 433
1. La parábola de la victoria del amor 433
2. Al adentrarse en la espesura de la historia 436
3. Se adentraban en la espesura de la pascua 439
4. La misericordia concedida para la larga marcha 443
5. El Espíritu y la Esposa dicen: "Ven" 449
6. Dice el Señor: "Sí, vengo pronto" 452

En torno a la mesa del Señor 461

Nota bibliográfica 469

COLECCION NUEVA ALIANZA

104. Vida y misterio de Jesús de Nazaret, II
por J. L. Martín Descalzo

103. Vida y misterio de Jesús de Nazaret, I
por J. L. Martín Descalzo

102. La fe de los católicos
por Chenu, Coudreau y otros

101. El pan del domingo (ciclo A)
por A. Pronzato

99. El pan del domingo (ciclo C)
por A. Pronzato

97. El sacerdote en la Iglesia y en el mundo de hoy
por V. Enrique Tarancón

96. Bienaventuranzas y lamentos para tiempos difíciles
por A. Alonso

95. Moral para una sociedad en crisis
por B. Bennàssar

94. Anunciar la libertad a los cautivos
por X. Pikaza

93. Oseas hoy
por H.-W. Wolff

92. La hora de Amós
por H.-W. Wolff

91. El Espíritu santo en la Iglesia
por F.-X. Durrwell

90. Sacerdotes antiguos, sacerdote nuevo según el NT
por A. Vanhoye

EDICIONES SIGUEME

"Misericordia entrañable" como indica su subtítulo es una historia de la salvación anunciada a los pobres. Anunciada como confesión apasionada y sencilla del pequeño discípulo que se encuentra en el amanecer de la pascua. "Es el Señor". Quiere hacer aparecer el rostro amable de Jesucristo en su Iglesia santa. Y que todos los hombres, en especial los pobres, los del tercer mundo y los del cuarto, que se diseña ya entre nosotros, se sientan amados del Señor para hacer camino con él en su Iglesia hacia la nueva historia que él abre en la fuerza de su Espíritu para bienaventuranza de todos los hombres. El libro es una gran aclamación de alabanza y de espera: ¡Jesús Cristo es el Señor para gloria de Dios Padre!: "¡Marana tha!". ¡Ven, Señor, no tardes ya!